STALINGRADO

Antony Beevor

Índice

Prefacio ……
Primera Parte: «El mundo contendrá la respiración»

1. La espada de doble filo de Barbarroja……
2. «Nada es imposible para el soldado alemán»……
3. «Derribad la puerta y toda la estructura podrida se vendrá abajo»…….
4. La sobervia de Hitler: el retraso de la batalla por Moscú……

Segunda Parte: El relanzamiento de Barbarroja

5. La primera batalla del general Paulus…….
6. ¿Cuánta tierra necesita un hombre?.....
7. «Ni un paso atrás»……
8. «¡Llegamos al Volga!»…….

Tercera Parte: «La ciudad fatídica»

9. «El tiempo es sangre»: las batallas de septiembre……
10. «Rattenkrieg»……
11. Traidores y aliados…….
12. Fortalezas de hierro y escombros……..
13. El asalto final de Paulus…….
14. «¡Todo para el frente!»……..

Cuarta parte: La trampa de Zhukov

15. La operación Urano……
16. La obsesión de Hitler……
17. «La fortaleza sin techo»…….
18. «Der Manstein Kommt!»……..
19. Navidad a la manera alemana……

Quinta Parte: El sometimiento del VI ejército

20. El puente aéreo……..
21. «Rendirse es imposible»……
22. «Un mariscal de campo alemán no se suicida con un par de tijeras de uñas»……...
23. «¡Se terminó el baile! Ha caído Stalingrado»……
24. La ciudad de los muertos……...
25. La espada de Stalingrado……...

Apéndice A:
Orden de batalla de alemanes y soviéticos, 19 de noviembre de 1942……

Apéndice B:
El debate estadístico: El número de hombres del VI ejército en el «Kessel»……..

Prefacio

«Rusia –aseveraba el poeta Tiuchev- no puede ser comprendida con el intelecto». La batalla de Stalingrado no puede ser adecuadamente entendida con un examen convencional. La realidad sobre el terreno de esa lucha titánica se escaparía a un estudio puramente militar, del mismo modo que los mapas en la Wolfsschanze de Rastenburg posibilitaron a Hitler distanciarse del sufrimiento de sus soldados, aislándose en un mundo de fantasía.

La idea que impulsa este libro es mostrar, en el marco de una narración histórica convencional, la experiencia de las tropas de ambos bandos, utilizando una amplia gama de nuevos materiales, procedentes especialmente de los archivos de Rusia. La variedad de fuentes es importante para transmitir la naturaleza sin precedentes del combate y sus repercusiones en aquellos atrapados en él con pocas esperanzas de escapar.

Las fuentes comprenden diarios de guerra, informes de capellanes, relatos personales, cartas, interrogatorios de la NKVD (policía de seguridad) de prisioneros alemanes y no alemanes, diarios personales y entrevistas con participantes. Una de las fuentes más ricas en el archivo central del Ministerio de Defensa ruso en Podolsk son los informes muy detallados enviados diariamente desde el frente de Stalingrado a Alexandr Shcherbakov, director del departamento político del Ejército Rojo en Moscú. Éstos describen no sólo las acciones heroicas, sino también los <incidentes extraordinarios> (el eufemismo usado por los comisarios para referirse a la conducta desleal), tales como la deserción, el pasarse al enemigo, la cobardía, la incompetencia, las heridas auto inflingidas, la <agitación antisoviética> e incluso la embriaguez. Las autoridades soviéticas ejecutaron alrededor de 13.500 de sus propios soldados en Stalingrado, cifra equivalente a más de una división completa de tropas. Pronto advertí que el principal reto era tratar de equilibrar la genuina abnegación de tantos soldados del Ejército Rojo con la coerción absolutamente brutal utilizada contra los vacilantes por los departamentos especiales de la NKVD (que pronto se convirtieron en parte de SMERSH, el contraespionaje).

La crueldad casi increíble del sistema soviético explica amplia, aunque no totalmente, por qué tantos antiguos soldados del Ejército Rojo lucharon por el bando alemán. En Stalingrado, las divisiones de la línea del frente del VI ejército tenían 50.000 ciudadanos soviéticos con uniforme alemán. El hambre había obligado brutalmente a algunos a servir en los campos de prisioneros; otros eran meros voluntarios. Durante las batallas finales, muchos informes alemanes dan testimonio del valor y lealtad de estos <hiwis>, que lucharon contra sus propios compatriotas. No es necesario decir que la desconfianza de la NKVD de Beria llegó al frenesí cuando descubrió la dimensión de la deslealtad.

El tema es todavía tabú en Rusia hoy en día. Un coronel de infantería con quien compartí casualmente un coche cama en el viaje a Volgograd (la antigua Stalingrado), al principio se negó a creer que algún ruso pudiera haber llevado el uniforme alemán. Finalmente se convenció cuando le hablé de los recibos de las raciones en los archivos alemanes. Su reacción, en un hombre que evidentemente aborrecía a Stalin por sus purgas en el Ejército Rojo, fue interesante. <No eran ya rusos>, dijo tranquilamente. Su comentario repetía casi exactamente la fórmula utilizada más de cincuenta años antes cuando el frente de Stalingrado informó sobre los

<ex rusos> a Shcherbakov en Moscú. Las emociones de la gran guerra patria permanecen casi tan implacables hoy como en esa época.

Toda esta historia de locura, crueldad y tragedia es reveladora de varias formas inesperadas. Por el lado alemán, el aspecto más sorprendente no reside tanto en la cuestión abierta de la implicación de la Wehrmacht en los crímenes de guerra, aún debatida apasionadamente en la Alemania actual; estriba en la confusión de causa y efecto, especialmente la confusión entre las creencias políticas y sus consecuencias. Las tropas alemanas en Rusia –como lo revelan tantas cartas escritas desde Stalingrado- se encontraban en un completo desorden moral. Los objetivos de someter a los eslavos y defender a Europa del bolchevismo mediante un golpe anticipado resultaron contraproducentes. Hasta el día de hoy, muchos supervivientes alemanes ven la batalla de Stalingrado como una astuta trampa soviética a la que fueron atraídos mediante retrocesos deliberados. En consecuencia, tienden a verse a sí mismos como las víctimas antes que como los promotores de aquel desastre.

Un punto es, sin embargo, irrebatible. La batalla de Stalingrado sigue siendo un tema tan ideológicamente cargado y simbólicamente importante que la última palabra no se dirá hasta dentro de muchos años.

Primera parte

«El mundo contendrá la respiración»

- 1 -

La espada de doble filo de Barbarroja

El sábado 21 de junio de 1941 comenzó con una mañana de verano perfecta. Muchos berlineses tomaban el tren a Potsdam para pasar el día en el parque de Sans Souci. Otros iban a nadar a las playas del Wannsee y el Nikolassee. En los cafés, el amplio repertorio de chistes sobre la fuga de Rudolf Hess a Gran Bretaña había dado paso a rumores acerca de la inminente invasión de la Unión Soviética. Desanimados ante la perspectiva de una guerra más larga, algunos ponían sus esperanzas en la idea de que en el último momento Stalin cediera Ucrania a Alemania.

En la embajada soviética en la calle Unter den Linden los funcionarios estaban en sus puestos. Un mensaje urgente de Moscú exigía «una aclaración significativa» de los enormes preparativos militares en las fronteras desde el Báltico hasta el Mar Negro. Valentín Berezhkov, el primer secretario e intérprete jefe, telefoneó al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en la Wilhelmstrasse para concertar una entrevista. Se le dijo que el ministro del Reich Joachim von Ribbentrop estaba fuera de la ciudad, y que el secretario de Estado barón Von Weizsäcker no podía ponerse al teléfono. A medida que transcurría la mañana, llegaban de Moscú nuevos mensajes urgentes pidiendo noticias. Había una atmósfera de histeria contenida en el Kremlin mientras aumentaban los indicios de las intenciones alemanas, llegando a más de ochenta las advertencias recibidas durante los ocho meses anteriores. El subdirector de la NKVD (*Narodny Komissaryat Vnutrennikh Del*, Comisariado popular para asuntos internos o policía de seguridad) acababa de informar que había habido no menos de «treinta y nueve incursiones aéreas en las fronteras de la URSS» el día anterior. La Wehrmacht se preparaba sin ningún disimulo, aunque la falta de secreto parecía confirmar la idea en el retorcido cerebro de Stalin de que esto era parte de un plan de Adolf Hitler para extraer mayores concesiones.

El embajador soviético en Berlín, Vladimir Dekanozov, compartía la convicción de Stalin de que se trataba de una campaña de desinformación desatada originalmente por los británicos. Incluso desdeñó el informe de su propio agregado militar que se refería al despliegue de 180 divisiones en la frontera. Dekanozov, un protegido de Laurenti Beria, era también georgiano y miembro veterano de la NKVD. Su experiencia en asuntos exteriores iba poco más allá de los interrogatorios y las purgas que había

realizado de diplomáticos mucho más experimentados que él. Otros miembros de la misión, aunque no se atrevían a expresar sus opiniones con demasiado énfasis, apenas si tenían dudas de que Hitler estaba planeando una invasión. Habían incluso enviado las galeradas de un manual de frases preparado para las tropas invasoras, que un impresor alemán comunista había llevado secretamente al consulado soviético. Entre las frases traducidas al ruso estaban: «¡Ríndase o disparo!», «¡Arriba las manos!», «¿Dónde está el director de la granja?», «¿Es usted comunista?».

Las nuevas llamadas de Berezhkov a la Wilhelmstrasse obtuvieron por respuesta que Ribbentrop «no está aquí y nadie sabe cuándo regresará». Al mediodía, intentó contactar con otro funcionario, el jefe del departamento político. «Creo que algo está ocurriendo en el cuartel general del Führer. Es muy probable que todos estén allá.» Pero el ministro de Exteriores alemán no había salido de Berlín. Ribbentrop estaba ocupado preparando instrucciones para la embajada alemana en Moscú con el encabezamiento de «¡Urgente! ¡Secreto de estado!». Al día siguiente, por la mañana temprano, unas dos horas después de comenzar la invasión, el embajador, el conde Friedrich Werner von der Schulenburg, debía transmitir al gobierno soviético una lista de agravios que servirían de pretexto.

A medida que anochecía ese sábado en Berlín, los mensajes de Moscú se hacían cada vez más frenéticos. Berezhkov telefoneaba a la Wilhelmstrasse cada media hora. Con todo, ningún alto funcionario respondía a sus llamadas. Desde la ventana abierta de su despacho podía ver los anticuados cascos Schutzmann de los policías que vigilaban la embajada. Aparte de ellos, los berlineses realizaban su nocturno paseo sabatino por la Unter den Linden. El contraste entre la guerra y la paz creaba una desconcertante atmósfera de irrealidad. El expreso Berlín-Moscú estaba a punto de pasar entre los ejércitos alemanes expectantes cruzando la frontera como si nada malo ocurriera.

En Moscú, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, llamó al conde Von der Schulenburg al Kremlin. El embajador alemán, después de supervisar la destrucción de los papeles secretos de la embajada, salió para ir a la reunión fijada para las nueve y media. Cuando se le puso ante las pruebas de los preparativos alemanes, no admitió que una invasión fuera a tener lugar. Simplemente expresó su consternación de que la Unión Soviética no pudiera entender la situación y rehusó responder a cualquier pregunta hasta que hubiera consultado con Berlín.

Schulenburg, un diplomático de la vieja escuela, que creía en el aforismo de Bismarck de que Alemania nunca debería entrar en guerra con Rusia, tenía buenas razones para sorprenderse de la ignorancia del Kremlin. Más de dos semanas antes había invitado a Dekanozov, entonces de regreso a Moscú, a una comida privada y le advirtió de los planes de Hitler. Era evidente que el viejo conde se sentía libre de toda lealtad hacia el régimen nazi después de que el Führer le hubiera mentido descaradamente, asegurándole no esconder ningún designio contra Rusia.[*] Pero Dekanozov, estupefacto ante tal revelación, inmediatamente sospechó una treta. Stalin, que reaccionó de la misma manera, estalló ante el Politburó: «¡La desinformación ha llegado ahora hasta las embajadas!». Estaba seguro de que la mayoría de advertencias habían sido «*Angliyskaya provokatsiya*» (parte de una trama de Winston Churchill, el archienemigo de la Unión Soviética, para que se iniciara una guerra entre Rusia y

[*] Hitler tuvo ocasión de vengarse al final. Schulenburg, escogido en 1944 por los conspiradores de julio como ministro de Exteriores según el plan de asesinato en Rastenburg, fue colgado por los nazis el 10 de noviembre de ese año.

Alemania). Desde la fuga de Hess a Escocia, la conspiración se había hecho aún más complicada en su mente.

Stalin, que se había negado a aceptar la posibilidad de una invasión hasta la tarde de ese sábado, todavía sentía terror de provocar a Hitler. Goebbels, con alguna justificación, lo comparaba con un conejo hipnotizado por una serpiente. Una serie de informes de los guardias fronterizos hablaba de que en los bosques al otro lado de la frontera se mantenían encendidos los motores de los tanques; que ingenieros alemanes construían puentes sobre los ríos y rompían las barreras de alambres de púas frente a sus posiciones. El comandante del distrito militar especial de Kiev advertía que la guerra comenzaría en cuestión de horas. Llegaban informes de que en los puertos del Báltico, las naves alemanas habían parado súbitamente de cargar y navegaban de regreso a su país. Sin embargo, Stalin, el dictador totalitario, todavía no podía aceptar la idea de que los acontecimientos podían estar fuera de su control.

Esa noche, después de largas discusiones en su estudio con los altos comandantes del Ejército Rojo, Stalin aceptó despachar en clave un aviso a todos los cuarteles de los distritos militares en el oeste: «En el curso del 22 al 23 de junio de 1941, es posible que los alemanes ataquen por sorpresa los frentes de Stalingrado y los distritos militares especiales del Báltico, del oeste, de Kiev y de Odessa. La tarea de nuestras fuerzas es no ceder ante cualquier provocación que suscite complicaciones importantes. Al mismo tiempo las tropas ... deben estar completamente preparadas para el combate, para responder a un posible ataque sorpresa de los alemanes y sus aliados». La marina y algunos altos oficiales habían ignorado calladamente las órdenes de Stalin contra la movilización, pero, para muchas unidades, la advertencia, que no salió hasta pasada la medianoche, llegó demasiado tarde.

En Berlín, Berezhkov había abandonado toda esperanza de ponerse en contacto con el despacho de Ribbentrop a medida que avanzaba la noche. De pronto, a eso de las tres de la mañana, sonó el teléfono que tenía junto a él. Una voz desconocida anunció: «El señor ministro del Reich Von Ribbentrop desea ver a los representantes del gobierno soviético en el Ministerio de Asuntos Exteriores en la Wilhelmstrasse». Berezhkov explicó que tardaría en despertar al embajador y en ordenar un coche.

«El automóvil del ministro del Reich aguarda ya a las puertas de la embajada. El ministro desea ver a los representantes soviéticos de inmediato.»

Fuera de la embajada, Dekanozov y Berezhkov encontraron la limusina negra esperando pegada al bordillo. Un funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores totalmente uniformado estaba de pié junto a la puerta, mientras que un oficial de las SS permanecía sentado junto al conductor. Cuando partían, Berezhkov notó que, más allá de la Puerta de Brandenburgo, el amanecer ya clareaba en el cielo por encima de los árboles del Tiergarten. Era una mañana de pleno estío.

Cuando llegaron a la Wilhelmstrasse, vieron a una multitud de gente afuera. La entrada con su toldo de hierro forjado estaba iluminada con los focos de cámara para los equipos de noticias. Los periodistas rodearon a los diplomáticos soviéticos, cegándolos momentáneamente con los flashes de sus cámaras. Esta recepción inesperada hizo a Berezhkov temer lo peor, pero Dekanozov parecía inalterable en su creencia de que Alemania y Rusia estaban todavía en paz.

El embajador soviético, «apenas de cinco pies de estatura, con su pequeña nariz picuda y unas cuantas mechas de cabello negro pegadas a la calva», no era una figura impresionante. Hitler, cuando lo recibió por primera vez, hizo que dos de los guardias más altos de las SS lo flanquearan para marcar el contraste. Sin embargo el diminuto

georgiano era peligroso para aquellos que tenían el poder. Se le había llamado el «verdugo de Bakú» a causa de sus actividades represivas en el Cáucaso después de la guerra civil rusa. En la embajada en Berlín, tenía incluso una cámara para torturas y ejecuciones construida en el sótano destinada a los sospechosos de traición en la comunidad soviética.

Ribbentrop, mientras esperaba que llegaran, paseaba de un lado a otro en su despacho «como una fiera enjaulada». Casi había perdido por completo la «expresión de estadista que reservaba para las grandes ocasiones».

«El Führer está absolutamente en lo correcto al atacar a Rusia», repetía una y otra vez como si tratara de convencerse a sí mismo. «Los rusos de hecho nos atacarían, si no lo hiciéramos nosotros.» Sus subordinados estaban convencidos de que no podría soportar la idea de destruir lo que consideraba su más importante logro: el pacto Molotov-Ribbentrop. Es posible que hubiera comenzado a sospechar que la temeraria apuesta de Hitler se convertiría en el desastre más grande de la historia.

Se hizo pasar a los dos representantes soviéticos al gran despacho del ministro del Reich. Una extensión de suelos de parqué con diseños llevaba al escritorio en el otro lado de la habitación. Había estatuillas de bronce sobre pedestales alineadas contra las paredes. Cuando se acercaron, el aspecto de Ribbentrop impresionó a Berezhkov: «Su rostro estaba rojo e hinchado, sus ojos vidriosos e inflamados». Se preguntó si habría estado bebiendo.

Ribbentrop, después de darles la mano del modo más somero, los condujo a un costado de una mesa donde se sentaron. Dekanozov comenzó a leer una declaración pidiendo garantías al gobierno alemán, pero Ribbentrop lo interrumpió diciendo que habían sido invitados a la reunión por razones muy distintas. Con vacilaciones pronunció lo que equivalía a una declaración de guerra, aunque esta palabra no fue nunca mencionada: «La actitud hostil del gobierno soviético hacia Alemania y la grave amenaza que representa la concentración de tropas rusas en la frontera oriental de Alemania ha obligado al Reich a tomar medidas militares en contra». Ribbentrop repitió el mismo mensaje con diferentes palabras y acusó a la Unión Soviética de diversos actos, incluida la violación militar del territorio alemán. De repente Berezhkov vio claramente que la Wehrmacht debía de haber comenzado ya la invasión. El ministro del Reich se puso de pié bruscamente. Le entregó el texto del memorándum de Hitler al embajador de Stalin, que se había quedado sin habla: «El Führer me ha encargado informarle a usted oficialmente de estas medidas defensivas».

Dekanozov también se levantó. Apenas llegaba al hombro de Ribbentrop. Por fin comprendió todo: «¡Ustedes lamentarán este ataque insultante, provocador y absolutamente rapaz contra la Unión Soviética. Lo pagarán muy caro!». Se marchó seguido de Berezhkov, avanzando a grandes zancadas hacia la puerta. Ribbentrop se apresuró a seguirlos. «Diga en Moscú –susurró con premura- que yo estaba en contra de este ataque.»

Ya había amanecido cuando Dekanozov y Berezhkov subieron en la limusina para el corto trayecto hasta la embajada soviética. En la Unter den Linden encontraron que un destacamento de las tropas de las SS había acordonado la manzana. Dentro, los miembros del personal, que aguardaban su regreso, les dijeron que las líneas telefónicas habían sido cortadas. Sintonizaron el aparato de radio con una estación rusa. Moscú estaba adelantada una hora respecto al horario de verano alemán, de modo que eran las seis de la mañana del domingo 22 de junio. Para su asombro y consternación, el boletín de noticias se concentraba en la subida de las cifras de producción de la industria y la agricultura soviéticas. Seguía un programa de gimnasia. No hubo ninguna referencia a la invasión alemana. Los oficiales de la NKVD y la GRU (inteligencia militar) de la

embajada subieron inmediatamente al piso superior, un área restringida sellada con puertas de acero y ventanas de hierro. Los documentos secretos fueron quemados en unos hornos de incineración rápida instalados para casos de emergencia.

En la capital rusa, las defensas antiaéreas estaban en alerta, pero la masa de la población todavía no tenía idea de lo que estaba pasando. Los miembros de la *nomenclatura* a los que se les había ordenado permanecer en sus puestos se sentían paralizados por la falta de dirección. Stalin no había hablado. No se había definido una línea divisoria entre la «provocación» y la guerra declarada y nadie sabía lo que ocurría en el frente. Las comunicaciones habían quedado cortadas con el ataque.

Incluso las esperanzas de los optimistas más fanáticos del Kremlin se derrumbaban. Se recibió confirmación a las 3.15 del comandante de la flota del Mar Negro de un ataque aéreo alemán contra la base naval de Sebastopol. Los oficiales navales soviéticos no podían evitar pensar en el ataque sorpresa japonés contra Port Arthur en 1904. Georgi Malenkov, uno de los socios más cercanos de Stalin, se negó a creer en la palabra del almirante Nikolai Kuznetsov, así que telefoneó él mismo para comprobar que no se trataba de una treta de los altos oficiales para actuar al jefe a actuar. A las cinco y media (dos horas después de que comenzara el ataque en las fronteras occidentales), Schulenburg había comunicado la declaración de guerra nazi a Molotov. Según un testigo presencial, el viejo embajador había hablado con lágrimas de rabia en los ojos, agregando que pensaba personalmente que la decisión de Hitler era una locura. Molotov había corrido al despacho de Stalin, donde el Politburó estaba reunido. Al parecer Stalin, al oír las noticias, se hundió en su asiento y no dijo nada. La retahíla de sus obsesivas equivocaciones ofrecía bastante material para una amarga reflexión. El líder más afamado por su despiadada astucia había caído en una trampa que en buena parte era producto de sus propias acciones,

En los días siguientes las noticias del frente fueron tan catastróficas que Stalin, cuyo carácter intimidante contenía una buena dosis de cobardía, llamó a Beria y a Molotov para una conversación secreta. ¿Debían hacer la paz con Hitler, fuesen cuales fuesen el precio y la humillación, como había ocurrido con el tratado de Brest-Litovsk en 1918? Podían renunciar a la mayor parte de Ucrania, Bielorrusia y los estados del Báltico. El embajador búlgaro, Iván Stamenov, fue más tarde llamado al Kremlin. Molotov le preguntó si actuaría como intermediario, pero para su asombro, aquél rehusó: «Incluso si ustedes se retiran a los Urales –replicó- aún ganarán al final».

La amplia mayoría de la población en el interior de la Unión Soviética desconocía por completo el desastre que estaba aconteciéndole al país. Como correspondía a un día de descanso, el centro de Moscú estaba desierto. El almirante Kuznetsov, jefe del estado mayor de la marina, reflexionaba sobre el pacífico panorama en su coche camino del Kremlin. Los habitantes de la capital «todavía no saben que un incendio arde en las fronteras y que nuestras unidades de vanguardia están dedicadas a una ardua lucha».

Finalmente, al mediodía del 22 de junio, la voz de Mólotov, no la de Stalin, se oyó en la radio. «Hoy a las cuatro de la mañana tropas alemanas atacaron nuestro país sin hacer ninguna reclamación a la Unión Soviética y sin haber declarado la guerra.» Su comunicación casi no daba detalles. «Nuestra causa es justa –concluía inexpresivamente-. El enemigo será rechazado. Obtendremos la victoria.»

Aunque las palabras elegidas por Mólotov carecían de inspiración y su modo de hablar fue torpe, su anuncio generó una potente reacción en toda la Unión Soviética. La

ciudad de Stalingrado sobre el Volga podía estar lejos de la lucha, pero esto no disminuyó el impacto. «Era como si una bomba hubiera caído del cielo, fue una conmoción», recordaba una joven estudiante. Se apresuró a presentarse como enfermera voluntaria. Sus amigos, miembros del Komsomol (la Juventud Comunista) comenzaron a hacer colectas para el esfuerzo bélico.

Los reservistas no esperaron la orden de movilización. Se presentaron enseguida. A la media hora del discurso de Mólotov, el reservista Viktor Goncharov salió de su casa para dirigirse al centro en compañía de su viejo padre, el cual presuntamente iba a despedirlo. Su esposa, que trabajaba en el parque tranviario de Stalingrado, no podía venir para decirle adiós. No tenía idea de que su padre, un anciano cosaco de ochenta años que hacía «luchado en cuatro guerras», estaba planeando presentarse también como voluntario. Pero el viejo Goncharov se enfureció cuando el personal del centro lo rechazó.

En la Universidad Técnica de Stalingrado, cerca de la gran fábrica de tractores de Stalingrado, los estudiantes colgaron un gran mapa en la pared, preparado para marcar con banderas el avance del Ejército Rojo en Alemania. «Pensábamos –dijo uno- que con un enorme golpe decisivo aplastaríamos al enemigo.» Incontables noticiarios sobre la producción de tanques y los logros aeronáuticos los habían convencido de la inmensa fuerza militar e industrial de la Unión Soviética. Las imágenes habían resultado doblemente impresionantes en un país que, hasta hacía poco, había sido tecnológicamente atrasado. Además, la omnipotencia interior del sistema estalinista hacía que pareciera inconmovible a los que estaban dentro de él. «La propaganda cayó en un suelo fértil», reconocía otro de los estudiantes de Stalingrado. «Todos teníamos esta poderosa imagen del estado soviético y por tanto de la invencibilidad del país.» Ninguno de ellos imaginaba el destino que esperaba a la Unión Soviética, aún menos lo que le reservaba a la ciudad modelo de Stalingrado con sus plantas de ingeniería, parques municipales y sus altos bloques blancos de apartamentos que miraban a la otra margen del gran Volga.

- 2 -

«Nada es imposible para el soldado alemán»

Durante la noche del 21 de junio, los diplomáticos en Berlín y Moscú no podían sospechar lo que estaba pasando en la frontera que los separaba. Nunca habían sido tan superfluos los ministerios de Asuntos Exteriores. Unos 3.050.000 soldados alemanes, que junto con otros ejércitos partidarios del Eje sumaban un total de cuatro millones de hombres, esperaban, desde Finlandia hasta el Mar Negro, para invadir la Unión Soviética. «El mundo contendrá la respiración», había declarado Hitler en una sesión de planeamiento varios meses antes. El objetivo final era «establecer una línea defensiva contra la Rusia asiática que vaya desde el río Volga hasta Arcángel». La última área industrial que le quedara a Rusia en los Urales podría entonces ser destruida por la Luftwaffe.

Era la noche más corta del año. La radio se mantenía en silencio para los cientos de miles de soldados ocultos en los bosques de abetos y abedules de Prusia Oriental y de la Polonia ocupada. Los regimientos de artillería que habían llegado a las regiones del frente oriental semanas antes, con el propósito aparente de prepararse para realizar maniobras, estaban listos. En Prusia Oriental, los artilleros, vestidos con viejas ropas prestadas de los civiles del lugar, habían camuflado cerca de las posiciones previamente elegidas para disparar. La mayoría de soldados creía en las historias de que se trataba de un gran movimiento de distracción para cubrir los preparativos de la invasión de Inglaterra.

Por la noche, cuando se dieron las órdenes, el ejército alemán no vaciló. Los cañones fueron despojados de su camuflaje, o sacados de sus escondrijos en los graneros. Los engancharon entonces a tiros de caballos, a semiorugas o a tractores de artillería con los faros cubiertos para remolcarlos hasta las posiciones de ataque. En la vanguardia los oficiales a cargo del reconocimiento se internaron con la infantería hasta unos cientos de metros más allá de los puestos fronterizos que ocupaban los guardias soviéticos.

Algunos oficiales de las divisiones brindaban por la inminente operación con champán y coñac añejo traídos de la Francia ocupada. Unos cuantos echaban una ojeada a las memorias del general de Caulaincourt, a quien Napoleón había dicho en vísperas de la invasión de 1812: *«Avant deux mois, la Russie me demandera la paix»*. Algunos, tratando de imaginar lo que se venía, hojeaban los ejemplares del libro de frases que la embajada de Dekanozov había enviado a Moscú con tan poco impacto. Otros leían la Biblia.

En sus campamentos camuflados los soldados habían encendido hogueras para espantar a los mosquitos. Los acordeonistas empezaron a tocar canciones sentimentales. Mientras unos cuantos cantaban, otros permanecían pensativos. Muchos sentían pavor de cruzar la frontera de un país desconocido del cual sólo habían escuchado cosas terribles. Los oficiales les habían advertido de que si dormían en casas rusas, podían ser picados por insectos y coger enfermedades. Con todo, había quienes se reían de sus camaradas preocupados por cortarse todo el cabello como precaución contra los piojos. En cualquier caso, la mayoría creía a los oficiales cuando éstos decían que no había que preocuparse por el invierno. En la 24ª división blindada, por ejemplo, se aseguraba que

el capitán Von Rosenbach-Lepinski había dicho al batallón de reconocimiento de motociclistas: «La guerra con Rusia sólo durará cuatro semanas».

En más de un sentido, esa confianza era comprensible. Incluso los servicios de inteligencia extranjeros daba por hecho que el Ejército Rojo se desintegraría. La Wehrmacht había mejorado su nivel de transporte motorizado con vehículos del ejército francés; por ejemplo, el 70 por 100 de los camiones de la 305ª división de infantería, que perecería en Stalingrado el siguiente año, provenía de Francia. Sin embargo, la Wehrmacht, aunque famosa por su *Blitzkrieg*, también dependía de 600.000 caballos para remolcar los cañones, las ambulancias y los carros con vituallas. Con la gran mayoría de las divisiones de infantería marchando a pie, era improbable que la velocidad total de avance fuera mucho más rápida que la de la Grande Armée en 1812.

Muchos oficiales experimentaban sensaciones ambiguas. «Nuestro optimismo era tremendo después de las victorias bastante fáciles en Polonia, Francia y los Balcanes», contaba el comandante de la primera compañía blindada que llegó al Volga junto a Stalingrado catorce meses después. Pero, como tantos otros de los que acababan de leer a Caulaincourt, tenía un «mal presentimiento por el enorme territorio de Rusia». También parecía que el año había avanzado demasiado como para «iniciar una campaña tan ambiciosa». Se había planeado que la operación Barbarroja comenzara el 15 de mayo. La demora de más de cinco semanas, con frecuencia atribuida a la campaña de Hitler en los Balcanes, estaba en realidad condicionada por muchos otros factores, incluidas las lluvias excepcionalmente fuertes de primavera, la incapacidad de la Luftwaffe de preparar campos de aviación a tiempo y la distribución del transporte motorizado entre las divisiones.

Esa noche se habló a los oficiales de los regimientos de ciertas «órdenes especiales» relacionadas con el inminente conflicto. Comprendían «medidas de fuerza colectivas contra las aldeas» de las zonas donde había actividad partisana y la «orden de los comisarios». Los comisarios políticos soviéticos, los judíos y los partisanos debían ser entregados a las SS o a la policía secreta de campaña. A la mayoría de oficiales del cuerpo y, evidentemente, a todos los agentes de inteligencia se les informó de la orden del 29 de abril del mariscal de campo Von Brauchitsch, que establecía las reglas fundamentales entre los mandos del ejército y el Sonderkommando de las SS y la policía de seguridad que operaban en la retaguardia. Sus «tareas especiales» serían parte de «la batalla final entre dos sistemas políticos opuestos». Finalmente, una «orden sobre la jurisdicción de los tribunales de guerra» privaba a los ciudadanos rusos de cualquier derecho a apelar, y efectivamente exoneraba a los soldados de los crímenes que pudieran cometer contra aquellos, fueran asesinato, violación o saqueo. La orden firmada por el mariscal de campo Keitel el 13 de mayo lo justificaba argumentando «que la derrota de 1918, el período de sufrimiento del pueblo alemán que siguió y la lucha contra el nacionalsocialismo –con los muchos sacrificios de sangre que soportó el movimiento- pueden remontarse a la influencia bolchevique. Ningún alemán debería olvidar esto».

Cuando al lugarteniente Alexander Stahlberg, Henning von Tresckow, su primo, le comunicó en privado esta «orden de los comisarios», aquél exclamó: «¡Eso sería un asesinato!».

«La orden es exactamente esa», añadió Tresckow. Stahlberg preguntó entonces de dónde había venido. «Del hombre a quien prestaste juramento», respondió Tresckow, agregando con una incisiva mirada: «Al igual que yo hice».

Algunos comandantes se negaron a reconocer y a transmitir dichas instrucciones. Eran generalmente aquellos que respetaban el tradicional *ethos* del ejército y aquellos que aborrecían a los nazis. Muchos, pero no todos, procedían de familias militares, en

ese momento un sector en rápida disminución en el cuerpo de oficiales. Los generales eran los que tenían menos disculpa. Más de doscientos oficiales de alta graduación habían asistido a la arenga de Hitler que no había dejado dudas de la inminencia de la guerra. Se trataba de una «batalla entre dos concepciones del mundo diferentes», de una «batalla de aniquilamiento» contra los «comisarios bolcheviques y la intelectualidad comunista».

La idea de *Rassenkampf*, de «guerra racial», dio a la campaña rusa un carácter sin precedentes. Muchos historiadores sostienen ahora que la propaganda nazi había deshumanizado con tanta eficacia al enemigo soviético a los ojos de la Wehrmacht que ésta estaba moralmente anestesiada desde el inicio de la invasión. Quizá la medida más exacta del exitoso adoctrinamiento fue la escasísima oposición en la Wehrmacht a la ejecución en masa de los judíos, que fue deliberadamente confundida con la noción de medidas de seguridad en la retaguardia contra los partisanos. Muchos oficiales se sintieron afrentados porque la Wehrmacht abandonara la ley internacional en el *Ostfront*, pero sólo una minúscula minoría expresó su indignación ante las masacres, incluso cuando era patente que eran parte de un programa de exterminio racial.

El grado de ignorancia que muchos oficiales adujeron después de la guerra, especialmente aquellos del estado mayor, es bastante difícil de creer en vista de todas las pruebas que han aparecido ahora en sus propios archivos. El cuartel general del VI ejército, por ejemplo, cooperó con el Sonderkommando 42 de las SS, que lo siguió por casi todo el camino desde la frontera occidental de Ucrania hasta Stalingrado. No sólo estaban los oficiales al mando muy enterados de sus actividades, sino que incluso les proporcionaron la tropa para ayudarlos a juntar a los judíos de Kiev y trasladarlos al barranco de Babi Yar.

Lo que es particularmente difícil de evaluar retrospectivamente es el grado de ignorancia que había al principio en los regimientos del verdadero programa, en el cual quizá el hambre era el arma más cruel. Pocos oficiales conocieron la directiva del 23 de mayo que exoneraba a los ejércitos alemanes a apropiarse de todo lo que necesitaran, así como a enviar al menos siete millones de toneladas de trigo cada año a Alemania; sin embargo, no debería ser difícil adivinar sus líneas principales, pues se dio junto con las órdenes de vivir a costa del país ocupado. Los jefes nazis no tenían ilusiones sobre las consecuencias que para los civiles tendría la privación de los recursos de Ucrania: «Muchas decenas de millones morirán de hambre», predijo Martín Bormann. Goering voceaba que la población tendría que comerse las sillas de montar cosacas.

Cuando se prepararon las órdenes ilegales de la operación Barbarroja, en marzo de 1941, el general Franz Halder, jefe del estado mayor general, fue quien tuvo la principal responsabilidad de que el ejército aceptara las represalias colectivas contra los civiles. Ya en la primera semana de abril de 1941, el teniente Helmuth Groscurth, que moriría poco después en la rendición de Stalingrado, mostró copias de estas órdenes secretas a dos opositores al régimen: el ex embajador Ulrich von Hassell y el general Ludwig Beck. «Pone los pelos de punta –escribió Hassell en su diario- saber las medidas que han de aplicarse en Rusia, y la sistemática transformación de la ley militar concerniente a la población conquistada en un despotismo descontrolado, en verdad una caricatura de toda ley. Este tipo de cosas transforma al alemán en un ser que sólo había existido en la propaganda enemiga.» «El ejército –observó después- debe asumir el peso de los asesinatos e incendios que hasta ahora estaban a cargo de las SS.»

El pesimismo de Hassell estaba justificado. Aunque unos cuantos comandantes del ejército eran reluctantes a difundir esas instrucciones, varios emitieron órdenes a sus tropas que bien podrían haber venido directamente de la oficina de Goebbels. La más notoria de estas órdenes la dictó el comandante del VI ejército, mariscal de campo Von

Reichenau. El general Hermann Hoth, que estaba al mando del 4º ejército blindado en la campaña de Stalingrado, declaró: «La aniquilación de esos mismos judíos que apoyan el bolchevismo y su organización para el asesinato, los partisanos, es una medida de autoprotección». El general Erica von Manstein, un oficial de los guardias prusianos admirado como el estratega más brillante de tola la segunda guerra mundial, y que admitió en privado tener una parte judía, poco después de asumir el mando del11º ejército emitió una orden que decía: «El sistema judeo-bolchevique debe ser erradicado de una vez por todas». Incluso llegó a justificar «la necesidad de drásticas medidas contra los judíos. Apenas si hay mención de esto en sus memorias de posguerra, *Lost Victories*.

La aceptación de símbolos nazis en el uniforme u el juramento personal de fidelidad a Hitler terminaron con cualquier pretensión de que el ejército permaneciera independiente de la política. «Los generales siguieron a Hitler en estas circunstancias», reconoció el mariscal de campo Paulus muchos años después en su cautiverio soviético, y «como resultado se implicaron completamente en las consecuencias de su política u su dirección de la guerra».

Pese a los intentos nazis de reforma, el ejército alemán no era tan monolítico en el nivel del regimiento en junio de 1941 como algunos escritores han dado a entender. La diferencia de carácter entre una división bávara, una prusiana oriental, una sajona y sobre todo, una austriaca era advertida de inmediato. Incluso dentro de una división de una región en particular, podía haber fuertes diferencias. Por ejemplo, en la 60ª división de infantería motorizada, que más tarde quedó atrapada en Stalingrado, muchos jóvenes oficiales de los batallones de voluntarios provenían de la Technische Hoschschule de Danzig, y estuvieron inmersos en la vibrante atmósfera de la devolución de la ciudad al seno de la patria. «Para nosotros –escribía uno de ellos- el nacionalsocialismo no era un programa de partido, sino la misma esencia de ser alemán.» Por otra parte, los oficiales del batallón de reconocimiento de la división, 160ª Aufklärung-Abteilung, una suerte de caballería mecanizada de los pequeños terratenientes, procedían principalmente de familias propietarias de Prusia Oriental. Entre ellos estaba el príncipe zu Dohna-Schlobitten, que había servido en la Guardia de Corps del Káiser en Ucrania en 1918.

La 16ª división blindada pertenecía plenamente a la tradición del antiguo ejército prusiano. Su 2º regimiento blindado, que encabezó el ataque contra Stalingrado el verano siguiente, tenía su origen en el regimiento más antiguo de la caballería prusiana, los coraceros de la guardia personal del Gran Elector. El regimiento tenía tantos miembros de la nobleza que pocos eran llamados por su rango militar. El tripulante de uno de sus tanques recordaba: «En vez de señor capitán o señor lugarteniente, se decía señor príncipe o señor conde». El regimiento había sufrido tan pocas pérdidas en las campañas polaca y francesa que su identidad de la época de paz permanecía virtualmente intacta.

Las tradiciones de una época más antigua ofrecían una ventaja. «Dentro del regimiento –observaba un oficial de otra división de tanques- se hablaban con tranquilidad. Nadie en Berlín podía bromear como nosotros sobre Hitler.» Los oficiales conspiradores de la plana mayor podían hablar de derrocar a Hitler, incluso a generales no implicados, sin el riesgo de ser denunciados a la Gestapo. El doctor Alois Beck, el capellán católico de la 297ª división de infantería, estaba convencido de que «de las tres armas de la Wehrmacht, el ejército era la menos influenciada por la ideología nacional socialista». En la Luftwaffe, aquellos que estaban en desacuerdo con el régimen permanecían callados. «No podías confiar por completo en ningún alemán en esos

días», decía un teniente en la 9ª división antiaérea que fue capturado en Stalingrado. Solamente se atrevió a hablar libremente con un colega oficial, que a su vez había admitido en privado que los nazis habían matado a un primo suyo enfermo mental.

Un historiador señala que aunque «la Wehrmacht no debería ser vista como una entidad homogénea», el grado en que sus diferentes elementos estaban «dispuestos a participar en una guerra de exterminio contra la Unión Soviética, sea como una cruzada antirrusa, antibolchevique o antijudía, es un área de investigación que necesita ser ahondada». El príncipe Dohna, con la 60ª división de infantería mecanizada, manifestó sentirse «asombrado de mi propio encanallamiento», al releer su diario muchos años después. «Hoy parece imposible comprender cómo pude dejarme atrapar sin protestar en esta megalomanía, pero estábamos dominados por la sensación de ser parte de una tremenda máquina guerrera, que estaba avanzando irresistiblemente hacia el este contra el bolchevismo.»

El 22 de junio, a las 3.15 hora alemana, comenzaron los primeros cañonazos. Los puentes sobre los ríos fueron tomados antes de que reaccionaran los guardias fronterizos de la NKVD (Narodny Komissaryat Vnutrennikh Del // Comisariado Popular para asuntos internos). Las familias de los guardias que vivían en los puestos de frontera murieron con ellos. En algunos casos, las cargas de demolición habían sido trasladadas antes por silenciosos grupos de asalto. Los contingentes alemanes del comando del Sonderverband Brandenburg (llamado así por sus cuarteles junto a Berlín) estaban ya tras las unidades fronterizas rusas cortando líneas telefónicas. Y, desde fines de abril, pequeños equipos de voluntarios rusos y ucranianos anticomunistas se habían infiltrado con equipos de radio. Ya el 29 de abril, Beria había sido informado de tres grupos de espías capturados cuando cruzaban la frontera con aparatos de radio. Los que fueron apresados vivos habían sido «entregados a la NKGB para interrogarlos más a fondo».

La primera luz del amanecer del 22 de junio brilló ante la infantería en el horizonte oriental cuando las unidades de avanzada, esquivando los obstáculos del agua, trepaban a los botes de asalto. Muchos regimientos de infantería, mientras superaban los últimos escasos metros hasta las líneas de salida, podían escuchar las oleadas de bombarderos y cazas que se acercaban por detrás. Los Stukas con alas de gaviota, que volaban a baja altitud, habían despegado en busca de parques de tanques, cuarteles y centros de comunicación detrás de las líneas.

En el cuartel general del 4º ejército, el ruido de los motores aeronáuticos despertó a un oficial ingeniero del Ejército Rojo que reconoció el sonido porque había servido cono consejero en la guerra civil española. Escribió: «Las bombas caían con una penetrante estridencia. El edificio del cuartel general del ejército que acabábamos de dejar estaba envuelto en polvo y humo. Las potentes explosiones rasgaban el aire y silbaban en nuestros oídos. Apareció otra escuadrilla. Los bombarderos alemanes bajaban seguros en picado sobre el indefenso centro militar. Cuando terminó el ataque, de muchos lugares se elevaban gruesas columnas de humo negro. Parte del cuartel general estaba en ruinas. En algún sitio una mujer lloraba con voz aguda e histérica».

El esfuerzo principal de la Luftwaffe estaba dirigido contra los regimientos de aviación del Ejército Rojo. Las incursiones preventivas destruyeron 1.200 aviones soviéticos en las nueve horas siguientes, la mayoría de ellos en tierra. Los pilotos de los Messerschmitt apenas podían creer lo que veían sus ojos cuando, al ladearse sobre los aeródromos (a los que ubicaban mediante el reconocimiento fotográfico), avistaron nítidamente cientos de aeroplanos enemigos distribuidos en filas junto a las pistas de despegue. Aquellos que lograban despegar, o llegaban de aeropuertos del lejano este,

resultaron blancos fáciles. Algunos pilotos soviéticos que no habían aprendido nunca las técnicas del combate aéreo ni sabían que sus obsoletos aparatos no tenían ninguna oportunidad incluso trataron de embestir a los aviones alemanes. Un general de la Luftwaffe decía que estas batallas aéreas contra pilotos sin experiencia eran un infanticidio.

Las divisiones blindadas, con los motores de sus tanques y semiorugas en marcha, apenas si oían algo excepto por medio de sus auriculares. Recibieron la orden de avanzar tan pronto la infantería hubiera asegurado los puentes y los pasos. La tarea de las formaciones acorazadas era penetrar y luego rodear al grueso del ejército enemigo, atrapándolo en un *Kessel* o caldera. Así planeaba la Wehrmacht destruir la capacidad de lucha del Ejército Rojo, y después avanzar virtualmente sin obstáculos hasta sus principales objetivos: Leningrado, Moscú y Ucrania.

El grupo alemán de ejércitos del norte bajo el mando del mariscal de campo Ritter von Leeb era responsable esencialmente del avance desde Prusia Oriental sobre los países bálticos para asegurar los puertos, y luego sobre Leningrado. El grupo de ejércitos del centro, bajo el mando del mariscal de campo Fedor von Bock, debía seguir la ruta de Napoleón a Moscú una vez que hubiera rodeado las principales concentraciones del Ejército Rojo a su paso. Sin embargo, Brauchitsch y Halder se preocuparon mucho cuando Hitler decidió debilitar el empuje central, para fortalecer lo que veían como operaciones subsidiarias. El Führer creía que una vez en posesión de la riqueza agrícola de Ucrania y los campos petroleros del Cáucaso, la invencibilidad del Reich estaba garantizada. Se confió esta tarea al grupo de ejércitos del sur, bajo el mando del mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que contó pronto con el apoyo en su flanco derecho de un pequeño ejército alemán y dos ejércitos rumanos. El dictador rumano, mariscal Ion Antonescu, estuvo encantado cuando se le habló de la operación Barbarroja diez días antes de su lanzamiento. «Por supuesto, estaré allí desde el inicio –había dicho-. Cuando es cuestión de actuar contra los eslavos, podéis siempre contar con Rumania.»

En el aniversario de la proclamación de Napoleón en el cuartel general imperial en Wilkowski, Hitler dio una larga justificación de la ruptura de relaciones con la Unión Soviética. Alteró la verdad, asegurando que Alemania estaba amenazada por «unas 160 divisiones rusas concentradas en nuestra frontera». Con una descarada mentira a su propio pueblo y a sus propios soldados dio inicio a «la cruzada europea contra el bolchevismo.»

- 3 -

«Derribad la puerta y toda la estructura podrida se vendrá abajo»

Rara vez ha habido una fuerza atacante que haya disfrutado de tantas ventajas como la Wehrmacht en junio de 1941. La mayor parte del Ejército Rojo y de las unidades fronterizas, habiendo recibido órdenes de no responder a las «provocaciones», no supieron cómo reaccionar. Después incluso de más de doce horas, Stalin todavía confiaba desesperadamente en una última oportunidad de conciliación y se resistía a permitir que sus tropas respondieran. Un oficial del frente central, lo escuchó gritar con exasperación en el teléfono cuando otro comandante en el frente le informaba de más actividades alemanas en la frontera: «¡Lo sé! ¡Ya ha sido informado! ¡La superioridad lo sabe mejor que nosotros!».

Los tres ejércitos soviéticos estacionados en toda la frontera por órdenes de Stalin nunca tuvieron una oportunidad y sus brigadas de tanques fueron destruidas por un ataque aéreo antes de que se presentara la ocasión de utilizarlas. Brest-Litovsk, el gran baluarte del siglo XVIII, ciudad donde el estado mayor del Káiser había inflingido el humillante *Diktat (tratado-condena)* a Lenin y Trotski en 1918 *(Tratado de Brest-Litovsk: Firmado el 3 de marzo de 1918 entre la Rusia bolchevique y los Imperios Centrales fue el primero de los tratados que pusieron fin a la Gran Guerra. Pese a que Trotski trató de prolongar lo máximo las negociaciones, el envite final alemán en febrero de 1918 derrumbó las menguadas y desorganizadas tropas de la Rusia soviética. Lenin, para poder hacer frente al Ejército Blanco en la guerra civil, tuvo que ordenar la aceptación de las durísimas condiciones alemanas. La derrota alemana en noviembre anuló este tratado, creándose una situación de vacío en toda la antigua franja occidental del imperio zarista. Finalmente los bolcheviques consiguieron recuperar alguno de los territorios a los que habían tenido que renunciar en Brest-Litovsk. Ucrania es el mejor ejemplo. No obstante, la Rusia soviética tuvo que aceptar importantes pérdidas territoriales y el papel de "paria" en el concierto internacional),* quedó rodeado en las primeras horas. Dos contingentes blindados del ejército central, bajo el mando de los generales Hoth y Guderian, rodearon a las grandes fuerzas soviéticas con dos cercos. En cinco días sus fuerzas se habían reunido cerca de Minsk, a unos 320 km de la frontera. Más de 300.000 soldados del Ejército Rojo quedaron atrapados y 2.500 tanques fueron destruidos o capturados.

En el norte, arremetiendo desde Prusia Oriental por el río Niemen, el 4º grupo blindado rompía las líneas rusas con facilidad. Cinco días después, el LVI cuerpo blindado del general Von Manstein, avanzando casi ochenta km al día, estaba a medio camino de Leningrado y se había apoderado del cruce del río Dvina. Este «impetuoso ataque –Manstein escribiría después- era la realización del sueño de un comandante de blindados».

La Luftwaffe, entretanto, había continuado aniquilando la aviación del Ejército Rojo. Al finalizar el segundo día de lucha, su marca había subido hasta los dos mil aviones destruidos. La Unión Soviética podría construir nuevas aeronaves y entrenar nuevos pilotos, pero ese fulminante «infanticidio» de la tripulación aérea la desmoralizó por un largo tiempo. Quince meses después, en el clímax de la batalla de Stalingrado,

un oficial del escuadrón admitió ante un comisario: «Nuestros pilotos sienten que ya son cadáveres cuando despegan. A esto se debe que haya tantas bajas».

En el sur, donde las fuerzas soviéticas eran las más fuertes, el avance alemán fue mucho menos rápido. El general Kirponos, antes que alinear sus fuerzas en la frontera, había logrado establecer una defensa en profundidad. Pero, aunque sus divisiones inflingieron bajas bastante fuertes a los alemanes, las suyas propias eran infinitamente mayores. Kirponos se precipitó con sus formaciones de tanques a la batalla antes de que éstas pudieran actuar efectivamente. El segundo día, 23 de junio, el 1er grupo blindado del general Ewald von Kleist se aproximó a las divisiones soviéticas equipado con el monstruoso tanque KV, y por primera vez, las tripulaciones alemanas vieron el tanque T-34, el mejor tanque todoterreno desarrollado en la segunda guerra mundial.

La consolidación del frente meridional entre los pantanos del Pripet y los montes Cárpatos se demoró mucho más de lo esperado. El VI ejército del mariscal de campo Von Reichenau se veía acosado continuamente por las fuerzas rusas y aislado por los pantanos boscosos a la izquierda. Reichenau deseaba ejecutar a los prisioneros como partisanos, usaran o no el uniforme aún. Las unidades del Ejército Rojo también ejecutaban a sus prisioneros alemanes, especialmente a los pilotos de la Luftwaffe que habían saltado en paracaídas. Eran pocas las oportunidades de enviarlos a la retaguardia, y no deseaban que fueran salvados por el avance contrario.

En Lvov, la capital de Galitzia, la NKVD masacró a los prisioneros políticos para impedir su liberación por los alemanes. Su salvajismo sin duda creció con la atmósfera de sospecha y caos en la ciudad, las borracheras y los saqueos. Lvov estuvo sometida no sólo a bombardeos aéreos, sino también al sabotaje de grupos de nacionalistas ucranianos organizados por Alemania. Las pullas de la población no rusa: «Los alemanes están viniendo a por vosotros», habían promovido un ambiente de miedo cerval poco antes de la invasión.

La convicción de Hitler de que la Unión Soviética era una «estructura podrida» que se «vendría abajo» era compartida por muchos observadores y los servicios de inteligencia extranjeros. La purga del Ejército Rojo, que había empezado en 1937, estuvo impulsada por una inimitable mezcla de paranoia, sádica megalomanía y un deseo de vengar antiguas ofensas que se remontaban a la guerra civil rusa y a la guerra ruso-polaca.

En total, 36.671 oficiales fueron ejecutados, encarcelados o despedidos, y de los 706 oficiales con el rango de comandante de brigada o superior, sólo 303 no se vieron afectados. Los casos sustentados contra los oficiales eran usualmente invenciones grotescas. El coronel K. K. Rokossovsky, después el comandante que dio el *coup de grâce* en Stalingrado, hizo frente a las pruebas que pretendidamente había aportado un hombre que había muerto casi veinte años antes.

La víctima más destacada fue el mariscal Mijail Tujachevsky, el principal defensor de la guerra motorizada. Su arresto y ejecución también representó la destrucción deliberada del pensamiento operativo en el Ejército Rojo, pues había invadido peligrosamente el campo de la estrategia de Stalin. Los antiguos oficiales del ejército imperial bajo Tujachevsky habían estado desarrollando una compleja teoría de «arte operativo» basada en «el estudio de la relación entre la potencia de fuego masivo y la movilidad». Hacia 1941, era esta una herejía desleal, que explica por qué pocos generales del Ejército Rojo se atrevían a concentrar sus tanques efectivamente frente a la amenaza alemana. Aun cuando la mayoría de los oficiales depurados fueron rehabilitados, el efecto psicológico había sido catastrófico.

Dos años y medio antes de que se iniciara la purga, el Ejército Rojo presentaba un espectáculo desastroso en la guerra del invierno contra Finlandia. El mariscal

Voroshilov, el viejo compinche de Stalin desde el 1er cuerpo de caballería, mostraba una sorprendente falta de imaginación. Los finlandeses superaban estratégicamente a sus contrincantes una y otra vez. Sus ametralladores cercenaron el avance de la infantería soviética que luchaba concentrada en los campos nevados. Sólo después de desplegar cinco veces más hombres que sus adversarios, y con una gran concentración de artillería, comenzó el Ejército Rojo a prevalecer. Hitler había observado la lamentable actuación con entusiasmo.

La inteligencia militar japonesa tenía un punto de vista bastante diferente. Era casi el único servicio extranjero que no subestimaba al Ejército Rojo en este momento. Una serie de escaramuzas fronterizas, que culminaron en la batalla de Jalkin-Gol en agosto de 1939, había mostrado lo que un agresivo comandante joven, en este caso el general Georgy Zhukov, de 43 años podría conseguir. En enero de 1941, Stalin fue convencido para promover a Zhukov a jefe del estado mayor. Estaba por tanto justo en el centro cuando, el día después de la invasión, Stalin estableció un cuartel supremo para el estado mayor, con el antiguo nombre zarista de *Stavka*. El Gran Jefe se designó a sí mismo Comisario de la Defensa y Comandante Supremo de la Fuerzas Armadas Soviéticas.

En los primeros días de Barbarroja, los generales alemanes apenas si veían algo que cambiara el bajo concepto que tenían de los comandantes soviéticos, especialmente en la parte central del frente. El general Heinz Guderian, como la mayoría de sus colegas, se sorprendió de la facilidad con que los comandantes del Ejército Rojo desperdiciaban las vidas de sus hombres en cantidades prodigiosas. También advertía en un memorándum que estaban sumamente constreñidos por las «exigencias políticas de la jefatura del Estado», y que sufrían «un miedo cerval a la responsabilidad». Esto combinado con una mala coordinación significaba que «las órdenes para cumplir con las medidas necesarias, en particular las contraórdenes, son expedidas demasiado tarde». Las fuerzas soviéticas de tanques estaban «deficientemente entrenadas, y carecían de iniciativa e inteligencia durante la ofensiva». Todo esto era verdad, pero Guderian y sus colegas subestimaban el deseo en el Ejército Rojo de aprender de los errores cometidos.

El proceso de reforma no fue, desde luego, ni fácil ni rápido. Stalin y sus tenientes, especialmente los antiguos comisarios, rehusaban reconocer que su interferencia política y su obsesiva ceguera habían causado dichos desastres. Los mandos del frente y el ejército habían quedado atados de pies y manos por las instrucciones militares carentes de lógica del Kremlin. Para empeorar las cosas el sistema de «mando dual» de los comisarios que aprobaban las órdenes fue repuesto el 16 de julio. Los jefes políticos del Ejército Rojo trataban de eludir su responsabilidad acusando de traición, sabotaje o cobardía a los comandantes de la línea de combate y a los oficiales de estado mayor.

El general Pavlov, el comandante del área central del frente, que había gritado por teléfono que la superioridad sabía mejor lo que ocurría no se salvó por haber seguido órdenes. Acusado de traición se convirtió en la víctima más destacada ejecutada en esta segunda ronda de purgas en el Ejército Rojo. Puede imaginarse la atmósfera paralizante que se respiraba en los cuarteles generales. Un experto en minas que llegó al comando central acompañado por guardias fronterizos de la NKVD porque ellos conocían el área, fue recibido con expresiones de terror. Un general balbuceó patéticamente: «Yo estaba con las tropas e hice todo... No soy culpable de nada». Sólo entonces el oficial zapador se dio cuenta de que al ver las insignias verdes de sus

acompañantes, los oficiales del estado mayor habían pensado que él había ido a arrestarlos.

En medio de esta histeria de culpas diferidas, comenzó el trabajo básico para la reorganización. La directiva de la *Stavka* de Zhukov del 15 de julio de 1941 planteó «una serie de conclusiones» resultado de «la experiencia de tres semanas de guerra contra el fascismo alemán». Su principal argumento era que el Ejército Rojo había adolecido de malas comunicaciones y de formaciones demasiado grandes y lentas, que simplemente presentaban un «blanco vulnerable para el ataque aéreo». Los grandes ejércitos con varios cuerpos «hicieron difícil organizar el mando y el control durante la batalla, especialmente a causa de que tantos de nuestros oficiales son jóvenes e inexpertos». (Incluso aunque las purgas no fueron mencionadas, era imposible olvidar su sombra). «Por tanto la *Stavka* –escribió- cree que es necesario prepararse para cambiar a un sistema de pequeños ejércitos que consistan en un máximo de cinco o seis divisiones». Este procedimiento, cuando finalmente se introdujo, mejoró muchísimo la velocidad de la reacción, principalmente al abolir el nivel de cuerpos de mando que existía entre la división y el ejército.

El mayor error cometido por los jefes alemanes fue haber subestimado a «Iván», el soldado raso del Ejército Rojo. Rápidamente descubrieron que los soldados soviéticos rodeados o superados numéricamente continuaban luchando cuando sus homólogos de los ejércitos occidentales ya se habrían rendido. Desde la primera mañana de Barbarroja, hubo casos de extraordinario coraje y abnegación, aunque quizás no tantos como los de pánico masivo, pero esto se debió sobre todo a la confusión. La defensa del baluarte de Brest-Litovsk es el ejemplo más asombroso. La infantería alemana ocupó el complejo al cabo de una semana de dura lucha, pero algunos soldados del Ejército Rojo resistieron durante casi un mes desde el ataque inicial sin ningún refuerzo de municiones ni de alimentos. Uno de los defensores garabateó en un muro: «Me estoy muriendo pero no me rendiré. ¡Hasta siempre, patria! 20-VII-41». Este trozo de muro se guarda todavía con reverencia en el Museo Central de las Fuerzas Armadas en Moscú. Lo que no se menciona es que varios de los soldados soviéticos heridos capturados en la ciudadela lograron sobrevivir a los campos nazis de prisioneros de guerra hasta ser liberados en 1945. En vez de ser tratados como héroes, fueron enviados directamente al Gulag por el SMERSH (Smert´ Shpionam o muerte a los espías), siguiendo la ordene de Stalin de que cualquiera que hubiera caído en manos del enemigo era un traidor. Stalin incluso repudió a su propio hijo, Yakob, capturado cerca de Vitebsk el 16 de julio.

Cuando durante el verano disminuyó el caos en el bando ruso, la resistencia se hizo más persistente. El general Halder, que al comienzo de julio había sentido que tenía la victoria en la mano, pronto se sintió menos seguro. «En todas partes los rusos lucharán hasta el último hombre», escribió en su diario. «Capitulan sólo de vez en cuando». Guderian también admitió que los soldados de la infantería rusa eran «casi siempre porfiados en la defensa», y agregó que mostraban habilidad en la lucha nocturna y en los bosques. Estas dos ventajas, sobre todo la lucha nocturna, resultarían mucho más importantes de lo que los alemanes se percataron entonces.

Los comandantes alemanes habían pensado que una sociedad dominada por el terror político nunca se defendería contra un ataque externo decidido. La amable bienvenida de los civiles convenció a muchos alemanes de que vencerían. Los devotos ucranianos, que habían sufrido una de las más aterradoras hambrunas provocadas por el hombre en la historia, saludaron la llegada de los vehículos militares con cruces negras que simbolizaban una nueva cruzada contra el Anticristo. Pero los planes de Hitler de

sometimiento y explotación sólo podían fortalecer la «podrida estructura», al forzar incluso a aquellos que aborrecían el régimen estalinista a apoyarlo.

Stalin y el aparato del partido Comunista rápidamente reconocieron la necesidad de alejar su retórica de los clichés marxistas-leninistas. La frase «la gran guerra patriótica» aparecía en los titulares del primer número de *Pravda*[*] que apareció después de la invasión, y el propio Stalin pronto asumió esta evocación deliberada de la «guerra patriótica» contra Napoleón. Más adelante en ese año, en el aniversario de la Revolución de Octubre, prosiguió invocando a héroes distintivamente no proletarios de la historia rusa: Alexander Nevski, Dimitri Donskoi, Suvorov y Kutuzov.

La ignorancia política de la gran mayoría de la población contribuyó a la preservación de la reputación personal de Stalin. Pocos fuera de la *nomenklatura* y la intelectualidad bien relacionada lo vinculaban directamente con el rechazo a reconocer la amenaza de Alemania y los desastres de fines de junio. Stalin, en una emisión del 3 de julio, no asumió por supuesto ninguna culpa. Se dirigió al pueblo como «hermanos y hermanas» y les dijo que la patria corría un gran peligro, al estar los alemanes penetrando en la Unión Soviética. En suma, esta admisión con su franqueza sin precedentes fortaleció el ánimo del país, porque hasta entonces los comunicados oficiales habían hablado sólo de graves bajas infligidas al enemigo. Fue sin embargo una gran conmoción para muchos, tales como los estudiantes de la universidad técnica de Stalingrado, que esperaban marcar el avance del Ejército Rojo en Alemania con banderitas en el mapa colgado en la pared. Cuando el avance «sorprendente e incomprensible» de la Wehrmacht se hizo claro, el mapa fue rápidamente descolgado.

Cualquiera que sea la opinión que nos merezca el estalinismo, hay pocas dudas de que su preparación ideológica, mediante alternativas manipuladas con deliberación, proporcionaba argumentos implacablemente efectivos para una guerra total. Todas las personas conscientes tenían que aceptar que el fascismo era malo y debía ser destruido de todos modos. El Partido Comunista debía dirigir la lucha porque el fascismo estaba totalmente consagrado a su destrucción. La novela *Vida y destino* de Vasili Grossman capta esta lógica. «El odio que el fascismo nos profesa –declara Mostovskoy, un viejo bolchevique que tiene problemas con el estalinismo- es otra prueba más, una prueba trascendental, de la justicia de la causa de Lenin».

Los argumentos políticos, sin embargo, tenían importancia secundaria para la mayoría de la población. Su verdadero estímulo procedía de un patriotismo visceral. El cartel de reclutamiento «¡La patria os llama!», mostraba a una mujer rusa típica haciendo el juramento militar con el trasfondo de un haz de bayonetas. Aunque poco sutil, era sumamente efectivo entonces. Se esperaban enormes sacrificios. «Nuestra meta es defender algo más grande que millones de vidas –escribió un joven comandante de tanques en su diario exactamente un mes después de la invasión-. No estoy hablando de mi propia vida. La única cosa que hay que hacer es darla en beneficio de la patria».

Cuatro millones de personas se presentaron voluntarias o se sintieron obligadas a ello en la milicia *opolchentsy*. El desperdicio de vidas fue tan terrible, que es difícil de entender: una carnicería cuya futilidad fue sólo superada quizá por el rey zulú que hizo marchar un *impi* [regimiento] de guerreros por un acantilado para comprobar su disciplina. Estos soldados sin entrenamiento, a menudo sin armas y muchos todavía con traje de civil, fueron enviados contra las formaciones blindadas de la Wehrmacht. Cuatro divisiones de milicia fueron casi completamente aniquiladas antes de que el sitio de Leningrado hubiera siquiera comenzado. Las familias, ignorando la incompetencia y el caos en el frente, donde reinaban la ebriedad y los saqueos, o las ejecuciones de la

[*] El *Pravda* era el periódico oficial de guerra del Kremlin. También existían otros como el *Krasnaya Svezda* o Estrella Roja del Ejército Soviético.

NKVD, lloraron estas muertes sin críticas al régimen. La rabia estaba reservada para el enemigo.

La mayor parte de los actos de valentía de ese verano nunca salieron a la luz. Algunas de estas historias, sin embargo, se conocieron después, en parte a causa de que entre las filas creció un fuerte sentimiento de que sería una injusticia que las proezas de muchos valientes no fueran reconocidas. Por ejemplo, se encontró una carta de un tal cirujano Maltsev en Stalingrado expresando su necesidad de testimoniar el coraje de un camarada durante una terrible retirada. «Mañana o pasado mañana habrá una gran batalla –había escrito- y probablemente me matarán, y sueño que esta historia sea publicada para que la gente conozca las hazañas realizadas por Lychkin».

Las historias de coraje ofrecían poca compensación entonces. A mediados de julio el Ejército Rojo estaba en una situación desesperada. En las primeras tres semanas de lucha había perdido 3.500 tanques, más de 6.000 aviones y unos dos millones de hombres, incluida una importante proporción del cuerpo de oficiales del Ejército Rojo.

El siguiente desastre fue la batalla de Smolensko, durante la segunda mitad de julio, en que quedaron atrapados varios ejércitos soviéticos. Aunque al menos cinco divisiones escaparon, todavía unos 300.000 prisioneros del Ejército Rojo fueros capturados a inicios de agosto. Se perdieron más de 3.000 tanques y 3.000 armas. Entonces se sacrificaron, una tras otra, muchas divisiones soviéticas con el fin de impedir que las divisiones blindadas del mariscal de campo Von Bock tomaran el cruce ferroviario de Yelnaya y Roslavl y cerraran otra bolsa. Algunos historiadores, sin embargo sostienen convincentemente que esto retrasó el avance alemán en un momento crucial con importantes consecuencias posteriores.

En el sur, las fuerzas del mariscal de campo Von Rundstedt, ahora con la ayuda de rumanos y húngaros, tomaron 100.000 prisioneros de las divisiones atrapadas en la bolsa de Uman a inicios de agosto. El avance en Ucrania a través de la pradera abierta con girasoles, soja y trigo por cosechar parecía imparable. La concentración más grande de fuerzas soviéticas sin embargo estaba alrededor de la capital de Kiev. Su comandante en jefe era otro de los compinches de Stalin, el mariscal Budenny. Nikita Jruschov era el comisario en jefe, cuya principal responsabilidad consistía en evacuar la maquinaria industrial al este. El general Zhukov advirtió a Stalin que el Ejército Rojo debía abandonar Kiev para evitar ser rodeado, pero el dictador soviético, que acababa de decir a Churchill que la Unión Soviética nunca dejaría Moscú, Leningrado o Kiev, perdió los estribos y lo destituyó del cargo de jefe del estado mayor.

Una vez que las fuerzas móviles de Rundstedt hubieron triunfado en Uman, continuaron virando hacia el sur de Kiev. El 1er grupo blindado entonces se dirigió hacia el norte desde el frente central tomando al mando soviético por sorpresa. El peligro de una terrible trampa se hizo evidente, pero Stalin se negó a abandonar Kiev. Sólo cambió de opinión cuando era demasiado tarde. El 21 de septiembre la batalla del sitio de Kiev había terminado. Los alemanes afirmaron tener 665.000 prisioneros más. Hitler la llamó «la batalla más grande en la historia universal». El jefe del estado mayor, Halder, por otra parte, la llamó el error estratégico más grande de la campaña en el este. Como Guderian, pensaba que todas las energías deberían haberse concentrado en Moscú.

Los invasores, que avanzaban tomando una posición tras otra, sufrían una confusión de emociones e ideas a medida que observaban con una mezcla de incredulidad, desprecio y también miedo al enemigo comunista que había luchado hasta el fin. Los cadáveres apilados parecían incluso más deshumanizados cuando estaban carbonizados, y medio desnudos por la fuerza de la explosión de la metralla. Un

periodista agregado al ejército alemán en Ucrania escribía: «Mirad detenidamente a estos muertos, ese tártaro muerto, ese ruso muerto. Son nuevos cadáveres. Acabados de salir de la gran fábrica de la *Pyatyletka* (plan quinquenal). Son todos iguales. Producidos en serie, estos cadáveres de trabajadores muertos en un accidente industrial caracterizan a una nueva raza, a una raza resistente». Pero, aunque la imagen resultaba convincente, era un error suponer que los cuerpos que tenían ante ellos eran simplemente modernos robots comunistas. Eran los restos de hombres y mujeres que, en la mayoría de los casos, habían respondido a un sentimiento de patriotismo que reunía algo espiritual y visceral a la vez.

- 4 -

La soberbia de Hitler: el retraso de la batalla por Moscú

«La vastedad de Rusia nos devora», escribió el mariscal de campo Von Rundstedt a su esposa apenas sus tropas hubieron completado con éxito el cerco de Uman. El ánimo de los comandantes alemanes había comenzado a oscilar entre el engreimiento y la desazón. Estaban conquistando inmensos territorios, pero el horizonte parecía igualmente infinito. El Ejército Rojo había perdido más de dos millones de hombres, pero aun aparecían más ejércitos soviéticos. «Al inicio de la guerra –escribió el general Halder en su diario el 11 de agosto- nos veíamos con cerca de 200 divisiones enemigas. Ahora ya hemos contado 360». La puerta había sido derribada, pero la estructura no se estaba hundiendo.

A mediados de julio, la Wehrmacht había perdido el impulso inicial. Simplemente no era lo bastante fuerte como para montar ofensivas en tres frentes direcciones diferentes a la vez. Las bajas habían sido más de las esperadas -400.000 al final de agosto- y el desgaste de los vehículos bastante mayor que el que se había predicho. Los motores se obstruían con las nubes de polvo y se malograban constantemente, aunque los repuestos eran escasos. Las malas comunicaciones también añadieron pérdidas. Los rieles del ferrocarril, que eran de una vía algo más ancha, tuvieron que ser vueltos a tender, y en vez de las autopistas señaladas en sus mapas, los ejércitos encontraron trochas y caminos que se convertían en un barro pegajoso con una corta lluvia de verano. En muchas zonas pantanosas las tropas alemanas habían edificado sus propios «caminos de troncos» juntando troncos de abedul. Conforme más se internaban en Rusia, más difícil era aprovisionarse. Las columnas de vehículos blindados que iban velozmente a la vanguardia con frecuencia tenían que parar debido a la falta de combustible.

Las divisiones de infantería, que formaban el grueso del ejército, estaban marchando «hasta 65 km por día» (pero por lo general alrededor de 30), con sus altas botas achicharrándose en el calor del verano. El *Landser* o soldado de infantería, llevaba cerca de 25 kg de equipaje, que comprendía un casco de acero, un fusil, municiones y útiles para abrir trincheras. Su mochila de cuero y lona contenía un servicio de campaña, una cantimplora, un hornillo plegable Esbit, una cuchara – tenedor de aluminio, artículos para limpiar el fusil, una muda de ropa, varilla y estacas para la tienda de campaña, equipo de costura, una maquinilla de afeitar, jabón y condones Vulkan Sanez, aunque las relaciones sexuales con civiles estaban oficialmente prohibidas.

Los soldados de la infantería estaban tan agotados de abrirse paso con todo su equipaje que muchos se caían de sueño en la marcha. Incluso las tropas de los blindados estaban exhaustas. Después de reparar sus vehículos (el mantenimiento en el camino era l trabajo más pesado) y limpiar sus armas, se lavaban rápidamente en un cubo de lona en un vano intento de sacarse la suciedad y el petróleo que se les habían pegado en las manos. Con los ojos hinchados de fatiga, se afeitaban, parpadeando ante un espejo colocado por unos instantes en el soporte de una ametralladora. La infantería solía llamarlos *«die Schwarze»* (los negros) a causa de los monos negros que llevaban. Los corresponsales de guerra se referían e ellos como «los caballeros de la guerra moderna», pero sus vehículos atorados por el polvo se malograban con monótona regularidad.

Las frustraciones provocaron peleas entre los comandantes. La mayoría (el generan Heinz Guderian era el más representativo) se desesperaba con las dilaciones de Hitler. Sostenían que Moscú no era sólo la capital de la Unión Soviética, sino también el centro principal de las comunicaciones y de la industria de armamentos; una ofensiva contra ella también llevaría a los ejércitos soviéticos a su destrucción final. El Führer, no obstante, mantenía a sus generales en orden explotando sus rivalidades y desacuerdos. Les dijo que no sabían nada de cuestiones económicas. Leningrado y el Báltico debían asegurarse para proteger el comercio esencial con Suecia, mientras que la agricultura de Ucrania era vital para Alemania. Sin embargo, su instinto de evitar el camino a Moscú era parcialmente una supersticiosa rehuida de los pasos de Napoleón.

Al grupo de ejércitos del centro, que se había apoderado de Smolensko y había rodeado a los ejércitos soviéticos en la región a finales de julio, se le ordenó detenerse. Hitler envió la mayor parte del grupo blindado de Hoth al norte a colaborar en el ataque contra Leningrado, mientras que la «Panzerarmee Guderian» (la nueva denominación era una típica concesión hitleriana a un general descontento pero necesario) fue desviada hacia el sur para actuar como la mandíbula superior del gran cerco que atenazaba Kiev.

Hitler cambió de opinión otra vez a inicios de septiembre, cuando aceptó por fin la operación Tifón para el avance sobre Moscú. Sin embargo, se perdió más tiempo porque las divisiones blindadas de Hoth estaban todavía ocupadas en las afueras de Leningrado. Las fuerzas de la operación Tifón no estuvieron finalmente listas hasta fines de septiembre. Moscú estaba apenas a poco más de 320 km del punto donde el grupo de ejércitos del centro había sido detenido, y quedaba poco tiempo antes del período del fango otoñal, y después vendría el invierno. Cuando el general Friedrich Paulus, el principal planificador de Halder para Barbarroja, había planeado antes el problema de la guerra en invierno, Hitler había prohibido cualquier alusión al tema.

Hitler en la *Wolfsschanze*[*] solía observar el mapa de operaciones que mostraba las enormes zonas teóricamente controladas por sus fuerzas. Para un visionario que había conseguido el poder absoluto el un país que poseía el ejército mejor preparado del mundo, esta visión provocaba un sentimiento de invencibilidad. Este estratega de sofá nunca poseyó las cualidades para una verdadera conducción militar, porque ignoraba los problemas prácticos. Durante las fulminantes campañas de Polonia, Escandinavia, Francia y los Balcanes el avituallamiento había sido a veces difícil, pero nunca constituyó un problema insuperable. En Rusia, empero, la logística sería un factor tan decisivo como la potencia de fuego, las tropas, la movilidad y la moral. La irresponsabilidad fundamental de Hitler (un desafío psicológicamente interesante del destino) había sido lanzar la invasión más ambiciosa de la historia a la vez que rehusaba adaptar la economía y la industria alemanas para una guerra total. Retrospectivamente, parece más el acto de un jugador compulsivo, tratando inconscientemente de aumentar las apuestas. Las horrorosas consecuencias para millones de personas sólo parecían reforzar su megalomanía.

El mariscal de campo Von Bock tenía bajo su mando a un millón y medio de hombres, pero sus divisiones blindadas estaban debilitadas por la falta de tanques de reemplazo y

[*] La OKW (Oberkommando der Wehrmacht, cuartel general del frente oriental) tenia el nombre de *Wolfsschanze* y se encontraba en el este de Prusia Oriental escondido en los bosques de Gorlitz cerca de Rastenburg (hoy en día esta población se llama Ketrzyn y se encuentra en Polonia).

piezas de recambio. Cuando reunió a sus comandantes en vísperas de la ofensiva, fijó el 7 de septiembre (el aniversario de la Revolución rusa) como el plazo final para rodear la capital soviética. El ambicioso Bock ansiaba ser conocido como el conquistador de Moscú.

La *Stavka*, entretanto, había estado esperando una ofensiva alemana contra Moscú desde que el grupo de ejércitos del centro se había detenido a mediados de agosto. Stalin había enviado al general Yeremenko a organizar ejércitos en el nuevo frente de Bryansk, mientras otros dos frentes, el occidental y el de reserva, se preparaban para defender la capital. Pero pese a estas precauciones las fuerzas de Yeremenko fueron sorprendidas cuando, temprano en la mañana del 30 de septiembre, los blindados *Schwerpunkte* (punto duro, pesado, difícil) de Guderian atacaron su flanco meridional entre la niebla otoñal. El sol salió pronto, dando paso a un día cálido y claro, ideal para la ofensiva. Los alemanes no tenían nada que temer desde el aire. En ese momento sólo quedaba menos del 5 por 100 de la aviación del Ejército Rojo en la Rusia europea.

Durante los primeros días de octubre, la ofensiva fue perfectamente para los alemanes, los grupos blindados y la segunda flota aérea del mariscal de campo Kesselring trabajaban estrechamente. Yeremenko pidió a la *Stavka* permiso para retirarse, aunque no lo obtuvo. El 3 de octubre, las unidades de la vanguardia de Guderian llegaron a la ciudad de Orel, a 200 km tras las líneas de Yeremenko. La sorpresa fue completa. Cuando los primeros blindados corrían en la calle principal entre los tranvías, los transeúntes los saludaban, creyendo que eran rusos. El Ejército Rojo no tuvo siquiera tiempo de preparar las descargas para volar las importantes fábricas de armamento. El 6 de octubre, Yeremenko y su estado mayor lograron escapar por poco de ser capturados por los tanques alemanes al mediodía. Todas las comunicaciones estaban cortadas. En el caos reinante durante los días siguientes, el mariscal Budenny, supuestamente al mando del frente de reserva, perdió incluso su cuartel general, y Yeremenko, que estaba malherido en la pierna, tuvo que ser evacuado por aire.

Los jefes del Kremlin primero se negaron a reconocer la magnitud de la amenaza. El 5 de octubre, un piloto de guerra informaba que una columna de blindados alemanes de 20 km de largo avanzaba rápidamente por el camino a Yujnov, a poco más de 160 km de Moscú. Incluso cuando otro piloto fue enviado a hacer un reconocimiento y confirmó el informe, la *Stavka* todavía se negaba a creerlo. Fue enviado un tercer piloto, y también confirmó lo visto anteriormente. Esto no impidió que Beria quisiera detener e interrogar a su comandante por «alarmista», pero finalmente logró hacer reaccionar al Kremlin.

Stalin convocó una reunión de urgencia del Consejo de Defensa del Estado. También ordenó al general Zhukov, que había reforzado ferozmente la defensa de Leningrado, que volase de regreso inmediatamente. Después de que Zhukov hubiese visto el caos por sí mismo, Stalin le ordenó reorganizar los restos del desastre y formar un nuevo frente occidental. Toda unidad disponible fue destinada a sostener una suerte de línea hasta que las reservas de la *Stavka* pudieran desplegarse. Ahora que Moscú estaba en peligro, más de cien mil hombres se movilizaron en las milicias, y un cuarto de millón de civiles, mujeres en su mayoría, fueron enviados a cavar trincheras antitanques.

La primera nevada cayó la noche del 6 de octubre para derretirse rápidamente dejando en los caminos un barro espeso durante veinticuatro horas. Los grupos blindados de Bock todavía lograron realizar dos amplios cercos dobles, uno hasta el mismo Bryansk y otro alrededor de Bizama en la ruta principal a Moscú. Los alemanes

aseguraron haber aislado a 665.000 soldados soviéticos y haber destruido o capturado 1.242 tanques (más que los tres grupos blindados de Bock juntos).

«¡Qué gran satisfacción debe de ser para usted ver que sus planes maduran tan bien!», escribió el mariscal de campo Von Reichenau al general Paulus, su antiguo jefe de estado mayor, y que pronto se sucedería como comandante en jefe del VI ejército. Pero los grupos de soldados rusos en las bolsas, aunque rodeados y sin suministros, continuaron luchando hasta el fin de mes. «Cada baluarte debe ser capturado uno por uno –oyó Paulus decir a un comandante de división-. Muchas veces no los podemos sacar ni con lanzallamas y tenemos que volarlo todo en pedazos».

Varias divisiones blindadas alemanas también toparon con una nueva forma de lucha no convencional durante el combate. Vieron perros rusos que corrían hacia ellos llevando una silla de aspecto curioso sobre la que se levantaba un palo corto. Primero los soldados de los tanques pensaron que eran perros de primeros auxilios, pero luego se dieron cuenta de que los animales tenían explosivos o minas antitanques amarradas a ellos. Estos perros – mina, entrenados según los principios pavlovianos, habían sido amaestrados para correr bajo grandes vehículos para conseguir alimento. El palo, al ser aplastado por la base de aquél, detonaría la carga. La mayoría de perros fueron muertos antes de que alcanzaran su objetivo. Con todo, esta macabra táctica tuvo un efecto desconcertante.

No obstante, fue el clima el factor que rápidamente se convirtió en el mayor estorbo para la Wehrmacht. La estación de lluvia y barro, la *rasputitsa*, llegó antes de mediados de octubre. A menudo, los camiones alemanes con el rancho no podían llegar, de modo que fueron requisados carros de granja de un solo caballo, llamados *panje* (*panje* era el término utilizado en la jerga de la Wehrmacht para designar a los campesinos polacos o rusos), de las comunidades agrarias de cientos de kilómetros a la redonda. En algunos lugares, donde no había troncos de abedul para hacer un «camino de troncos» los cadáveres de los rusos muertos fueron utilizados en su lugar como «tablones». Con frecuencia, un *Landser* perdía una de sus altas botas, pues se las tragaba el barro que le llegaba a las rodillas. Los motociclistas sólo podían avanzar en ciertos lugares desmontando para empujar sus vehículos. Los comandantes, que nunca carecían de personal para empujar los coches del estado mayor por un camino pantanoso, se preguntaban cómo se podía hacer la guerra en esas condiciones. Sin embargo, todos temían el hielo que pronto llegaría. Nadie olvidaba que cada día contaba.

Las formaciones alemanas de vanguardia continuaban luchando lo mejor que podían. En el centro, el 14 de octubre, la 10ª división blindada y la división *Das Reich* de las SS llegaron al campo de batalla napoleónico de Borodino en el campo ondulado de bosques y ricas tierras agrícolas. Estaban a sólo 113 km del extremo occidental de Moscú. El mismo día, a 160 km al noroeste de la capital, la 1ª división blindada tomó el pueblo de Kalinin, con su puente sobre el Volga, y cortó el tren entre Moscú y Leningrado. Entretanto, en el flanco sur, los blindados de Guderian se dirigieron más allá de Tula para amenazar la capital soviética desde abajo.

El avance del ataque sobre tres flancos contra Moscú sembró el pánico en la dirigencia soviética. En la noche del 15 de octubre, las embajadas extranjeras fueron avisadas de prepararse para salir hacia Kuibishev del Volga. Beria comenzó a trasladar su cuartel general también. Los interrogadores de la NKVD se llevaron a sus prisioneros más importantes consigo. Entre estos estaban antiguos oficiales que, aunque desesperadamente necesarios en el frente, todavía recibían palizas que los hacían puré con el fin de extraerles confesiones. Otros 300 prisioneros fueron ejecutados en tandas en Lubianka. A fines de mes, sin embargo, Stalin dijo al jefe de la NKVD que detuviera

lo que el propio Beria llamaba su «máquina demoledora». El dictador soviético estaba más que deseoso de continuar fusilando a los «derrotistas y cobardes», pero por el momento se había cansadote las fantasías conspirativas de Beria, a las que llamaba «basura».

Stalin exigió informes exactos del frente, pero cualquiera que se atreviera a decirle la verdad era acusado de sembrar el pánico. Se le hacía difícil ocultar su propia inquietud. Sospechaba que Leningrado caería, de modo que su primera consideración fue cómo sacar tropas para que ayudaran a rescatar Moscú. Su total despreocupación por la población hambrienta era tan desalmada como la de Hitler.

Había sólo n hecho alentador en este momento. Las divisiones del Ejército Rojo de la frontera manchú habían comenzado ya a desplegarse en la región de Moscú. Dos de los primeros regimientos siberianos de fusileros en llegar habían combatido efectivamente contra *Das Reich*, división de las SS, en Borodino pocos días antes, pero tomaría varias semanas transportar al grueso de los refuerzos con el tren Transiberiano. El agente soviético clave en Tokio, Richard Sorge, había descubierto que los japoneses planeaban atacar en el Pacífico Sur a los norteamericanos, no el lejano oeste soviético. Stalin no confiaba completamente en Sorge, pero esta vez su información había sido confirmada por las comunicaciones interceptadas.

En la mañana del 16 de octubre, Alexei Kosigin, el vicepresidente del Sovnarkom, el consejo de los comisarios del pueblo, entró en el edificio para encontrarse con que el lugar había sido abandonado. La corriente de aire había dispersado los papeles, las puerta se habían quedado abiertas y los teléfonos sonaban en los despachos vacíos. Kosigin, adivinando que los que llamaban deseaban saber si los diligentes habían dejado la capital, corrió de un escritorio a otro tratando de responder. Aun cuando levantaba el receptor a tiempo había silencio al otro lado. Sólo un funcionario importante se atrevió a identificarse. Preguntó sin tantos rodeos si Moscú se rendiría.

En la reunión de urgencia en el Kremlin, el 17 de octubre, Stalin, Molotov, Malenkov, Beria y Alexandr Scherbakov, el nuevo jefe del departamento político del Ejército Rojo, debatieron planes para minar fábricas, puentes, ferrocarriles, caminos e incluso ese modelo estalinista: el metro de Moscú. No se hizo ningún anuncio público sobre la evacuación de los restantes ministerios a Kuibishev, pero se propagaron las noticias con sorprendente rapidez, considerando los castigos por manifestaciones derrotistas. Circulaban rumores de que Stalin había sido arrestado en un golpe contra el Kremlin, que paracaidistas alemanes habían saltado en la Plaza Roja y que otras tropas enemigas se habían infiltrado en la ciudad con el uniforme soviético. El miedo de que la capital estaba a punto de ser abandonada al enemigo llevó a miles a intentar dejarla, asaltando los trenes en las estaciones. Los motines por comida, los saqueos y las borracheras hicieron pensar a muchos en el caos de 1812 que culminó en el incendio de Moscú.

Stalin había considerado la posibilidad de marcharse, pero cambió de opinión. Fue Alexandr Scherbakov, «con su impasible cara de Buda, con sus gafas de gruesa montura apoyada sobre una varicilla como un botón respingado», vestido con una «simple túnica color caqui con un único adorno en ella: la Orden de Lenin», quién anunció por Radio Moscú la decisión de Stalin de quedarse.

Se declaró el estado de sitio el 19 de octubre. Beria trajo varios regimientos de las tropas de la NKVD a la ciudad para restablecer el orden. Los «alarmistas» fueron fusilados junto con los saqueadores e incluso los borrachos. En la opinión popular, existía sólo una prueba de si la ciudad sería abandonada o defendida: «¿Tendría lugar el desfile militar (por el aniversario de la Revolución) en la Plaza Roja?». El pueblo

moscovita parecía responderse a sí mismo, antes que esperar a que su jefe hablara. De forma idéntica a lo sucedido con la defensa de Madrid exactamente cinco años antes, el ánimo cambió súbitamente de un pánico masivo a una unánime actitud de desafío.

Stalin, con su extraordinario instinto, pronto se apercibió de la importancia simbólica del desfile en la Plaza Roja, aun cuando la momia de Lenin había sido evacuada a un lugar más seguro. Molotov y Beria pensaron primero que la idea era absurda, al estar la Luftwaffe a una distancia que le permitía atacar fácilmente, pero Stalin les dijo que concentraran todas las baterías antiaéreas disponibles en torno a la capital. El viejo y astuto empresario planeaba tomar prestado el toque más espectacular del sitio de Madrid, cuando el 9 de noviembre de 1936 la primera brigada internacional de voluntarios extranjeros había desfilado en la Gran Vía, ante la multitud que frenéticamente coreaba vítores entusiastas aunque equivocados: «¡Vivan los rusos!». Habían marchado directamente por la ciudad para enfrentarse al Ejército de África comandado por Franco en el flanco occidental. En Moscú, Stalin decidió que los refuerzos para los ejércitos de Zhukov cruzarían la Plaza Roja, pasando por delante del pedestal del mausoleo de Lenin, y marcharían directamente a enfrentarse con el invasor. Sabía el valor que las noticias de este hecho tendrían cuando se difundieran por todo el mundo. Conocía también la respuesta correcta a los discursos de Hitler. «Si desean una guerra de exterminio –gruñó en la víspera del desfile del aniversario- tendrán una».

Por entonces la Wehrmacht estaba sufriendo graves dificultades debidas al clima. La penosa visibilidad estorbaba a la «artillería aérea» de la Luftwaffe. Forzados a detenerse a fines de octubre para abastecerse y conseguir refuerzos, la desesperación espoleaba a los ejércitos del mariscal de campo Von Bock a aniquilar al enemigo antes de que llegara el verdadero invierno.

En la segunda quincena de noviembre la lucha fue implacable. Los regimientos en ambos bandos se vieron reducidos a una fracción de su número previo. Guderian, al encontrarse bloqueado por la fuerte resistencia en Tula, al sur de Moscú, viró a la derecha. En el flanco izquierdo, los blindados de Hoth avanzaron para cruzar el canal del Moscota – Volga. Desde un punto al norte de Moscú, las tropas alemanas podían ver con sus binoculares los reflejos de las bocas de los cañones antiaéreos alrededor del Kremlin. Zhukov ordenó a Rokossovski mantener la línea en Kriukovo con los restos del 16º ejército. «No puede haber más retrocesos», ordenó el 25 de noviembre. Rokossovski sabía que lo decía en serio.

La resistencia rusa fue tan decidida que las debilitadas fuerzas alemanas se vieron obligadas a detenerse. A fines de noviembre, en un intento desesperado, el mariscal de campo Von Kluge envió una gran fuerza a la principal ruta hacia Moscú, el camino de Minsk, sobre el cual habían marchado las tropas de Napoleón. Lograron atravesarlo pero el frío entumecedor y la resistencia suicida de los regimientos soviéticos frenaron el ataque.

Guderian y Kluge, por propia iniciativa, comenzaron a retirar a los regimientos más expuestos. Guderian tomó la decisión sentado en la casa de Tolstoi en Yasnaya Poliana, mientras afuera la tumba del gran escritor quedaba cubierta por la nieve. Se preguntaban qué pasaría en todo el frente central. Los grandes ángulos salientes de las líneas alemanas situados a cada lado de Moscú eran vulnerables, pero la desesperación y la escasez de tropas con las que habían estado luchando los convenció de que el enemigo también había arribado a un punto muerto. Nunca imaginaron que los dirigentes soviéticos estaban secretamente reuniendo nuevos ejércitos tras la capital.

El invierno había llegado con toda su fuerza, con nieve, vientos gélidos y temperaturas por debajo de los 20 grados bajo cero. Los motores de los tanques alemanes se congelaban como una roca. En la línea del frente, los exhaustos soldados de la infantería cavaban búnkeres para protegerse del frío y de las bombas enemigas. El suelo había comenzado a congelarse tanto que primero necesitaban encender dos grandes hogueras, antes de intentar excavar. El estado mayor y la retaguardia ocupaban las casas campesinas, expulsando a los civiles rusos en la nieve.

El rechazo de Hitler a considerar una campaña invernal significó un tremendo sufrimiento para los soldados. «Muchos hombres caminaban con los pies envueltos en papel y hay una gran escasez de guantes», escribió el comandante de un cuerpo blindado al general Paulus. Excepto por sus cascos en forma de cubos muchos soldados alemanes eran apenas identificables como miembros de la Wehrmacht. Sus propias botas, altas, ceñidas y forradas de acero aceleraban el proceso de congelamiento, de modo que recurrieron a robar ropa y zapatos a los prisioneros de guerra y a los civiles.

La operación Tifón pudo infligir enormes bajas al Ejército Rojo, pero significó para la Wehrmacht, más pequeñas, irreparables pérdidas en términos de soldados y oficiales preparados. El capellán de la 18ª división blindada escribió en su diario: «Esta no es ya la antigua división. Todas son caras nuevas. Cuando uno pregunta por alguien, recibe siempre la misma respuesta: está muerto o herido».

El mariscal de campo Von Bock fue forzado a reconocer el inicio de diciembre que no quedaban esperanzas de un «éxito estratégico». Sus ejércitos estaban exhaustos y los casos de congelamiento (que llegaron a más de 100.000 en Navidad) estaban superando rápidamente al número de heridos. También la esperanza de que el Ejército Rojo fuera incapaz de nuevos ataques se disipó repentinamente, en el preciso momento en que la temperatura comenzó a bajar de 25 grados bajo cero.

Las divisiones siberianas, incluidos muchos batallones de esquiadores, eran sólo una parte de la fuerza de contraataque preparada secretamente por órdenes de la *Stavka*. Se habían reunido nuevos aviones y escuadrones procedentes del extremo oriental en campos de aviación al este de Moscú. Unos 1.700 tanques, principalmente T-34, sumamente móviles, con anchas orugas que se movían en la nieve y el hielo mucho mejor que los blindados alemanes, estaban también listos para el despliegue. La mayor parte de los soldados del Ejército Rojo, aunque no todos, estaban equipados para la guerra de invierno, con chaquetas acolchadas y trajes blancos de camuflaje. Se abrigaban la cabeza con *ushanki, gorros redondos de piel con orejeras a cada lado, y los pies con grandes valenski* (botas de fieltro). También tenían cubiertas para las partes funcionales de sus armas y aceite especial para impedir la acción del congelamiento.

El 5 de diciembre, el frente de Kalinin del general Koniev atacó el borde exterior del saliente norte alemán. Las salvas de los cohetes *Katiusha* disparados desde múltiples lanzacohetes, a los que los soldados alemanes apodaban los «órganos de Stalin», actuaban como aterradores heraldos de la embestida. A la mañana siguiente, Zhukov lanzó al primer ejército de choque, el 16º ejército de Rokossovski, y dos más contra la parte interna del saliente. Al sur de Moscú, los flancos de Guderian estaban siendo atacados desde diferentes direcciones. En tres días, sus líneas de comunicación peligraban gravemente. En el centro, los continuos ataques impidieron al mariscal de campo Von Kluge destinar tropas del 4º ejército para asistir a los flancos amenazados.

Por primera vez, el Ejército Rojo disfrutaba de superioridad en el aire. Los regimientos de la aviación traídos a los aeródromos situados detrás de Moscú habían

protegido sus aviones del frío, mientras que la debilitada Luftwaffe, operando desde pistas de aterrizaje improvisadas, tenía que descongelar cada máquina encendiendo hogueras bajo los motores. Los rusos disfrutaron de la dura satisfacción de un abrupto giro de la suerte. Sabían que la retirada sería cruel para los soldados alemanes que, mal abrigados, retrocederían entre las tormentas y los campos helados.

Las incursiones que causaban pánico y caos en la retaguardia alemana contribuían a los contraataques convencionales. Los destacamentos guerrilleros, organizados por oficiales de las tropas fronterizas de la NKVD enviados tras las líneas enemigas, atacaban desde las marismas heladas y los bosques de pino y abedul. Los batallones siberianos para la guerra invernal del 1er ejército de choque aparecían repentinamente entre la niebla; la única advertencia era el siseo de sus esquís en la nieve. Las divisiones de caballería del Ejército Rojo también penetraban bastante en la retaguardia, montadas en resistentes y pequeños ponis cosacos. Los escuadrones y regimientos enteros aparecían de pronto a 25 km del frente, cargando contra las baterías de la artillería o los depósitos de vituallas con los sables desenvainados lanzando aterradores gritos de guerra.

El plan soviético para el cerco estaba haciéndose rápidamente evidente. En diez días, los ejércitos de Bock fueron forzados a retroceder hasta unos 160 km. Moscú estaba salvada. Los ejércitos alemanes, mal equipados para combatir en invierno, estaban ahora condenados a sufrir en la intemperie.

Los acontecimientos en otras partes también habían sido trascendentales. El 7 de diciembre, un día después de iniciada la principal contraofensiva, los japoneses habían atacado Pearl Harbor. Cuatro días después, Hitler anunció, con la ovación del gran parlamento alemán alojado el la Opera Kroll de Berlín, que había declarado la guerra a los Estados Unidos de América.

Durante la segunda semana de diciembre, un Stalin ferozmente exultante se mostraba convencido de que los alemanes estaban al borde de la desintegración. Los informes de la línea de retirada, con escenas de cañones abandonados, esqueletos de caballos y de cuerpos congelados de los soldados de infantería medio cubiertos en los ventisqueros, tendían a confirmar la idea de otro 1812. Había habido también estallidos de pánico en la retaguardia alemana. Las tropas auxiliares, cuyos vehículos con frecuencia quedaban inutilizados en terribles condiciones, estaban conmocionadas por los ataques inesperados detrás de sus líneas. El miedo visceral a la Rusia bárbara surgía en ellos. Se sentían muy lejos de casa.

Stalin estaba obsesionado con la oportunidad y cayó en el error de Hitler de creer en el poder de la voluntad, descuidando a la vez la realidad de la escasez de provisiones, la deficiencia del transporte y el cansancio de las tropas. Su ambición no conocía límites y contemplaba el «mapa de decisiones» de la *Stavka*. Exigía mucho más que la ampliación de los contraataques al grupo de ejércitos del centro. El 5 de enero de 1942, los planes de Stalin para una ofensiva general estuvieron completos en una reunión conjunta de la *Stavka* y el Consejo de Defensa del Estado. Deseaba importantes ofensivas en el norte para detener a los sitiadores de Leningrado, y también en el sur –en los territorios perdidos de Ucrania y Crimea-, una idea defendida con energía por el mariscal Timoshenko. Zhukov y los demás que trataron de advertirle de los peligros implícitos fracasaron palmariamente.

El Führer, también preocupado al pensar en 1812, había emitido una serie de órdenes en contra de cualquier retirada. Estaba convencido de que, si aguantaban todo el invierno, romperían la maldición histórica de los invasores de Rusia.

Su intervención ha sido una cuestión polémica. Algunos sostienen que su resolución salvó al ejército alemán de la aniquilación. Otros creen que sus exigencias de resistir a cualquier precio causaron pérdidas terribles e innecesarias de hombres capacitados que Alemania no se podía permitir. La retirada nunca significó arriesgarse a una desbandada, aunque sólo fuera porque el Ejército Rojo carecía de las comunicaciones, las reservas y el transporte necesarios para continuar con la persecución. Hitler, sin embargo, estaba convencido de que su fuerza de voluntad frente a los generales derrotistas había salvado todo el *Ostfront*. Esto tendría consecuencias desastrosas en Stalingrado el año siguiente, endureciendo su obstinación hasta un grado perverso.

La lucha se hizo cada vez más caótica, las líneas del frente se arremolinaban en el mapa en distintas direcciones a medida que la ofensiva general de Stalin degeneraba en una serie de agitadas reyertas. Varias formaciones soviéticas quedaron aisladas cuando rompieron el frente alemán sin un apoyo suficiente. Stalin había subestimado la capacidad de las tropas alemanas para recobrarse de un revés. En la mayoría de casos, reaccionaron luchando ferozmente, muy conscientes de las consecuencias de ser capturados en la intemperie. Los comandantes organizaron en el acto unidades improvisadas, que incluían con frecuencia personal auxiliar, y fortalecieron sus defensas con cualquier armamento disponible, especialmente cañones antiaéreos.

Al noroeste de Moscú, en Jolm, una fuerza de 5.000 hombres dirigidos por el general Scherer resistió, aprovisionada con cargas de paracaídas. El mucho mayor *Kessel* de Demiansk, con 100.000 hombres, fue abastecido por unidades de transporte Junkers 52 que se camuflaban pintadas de blanco. Más de 100 vuelos al día, que llevaron un total de 60.000 toneladas de suministros y evacuaron 35.000 heridos, permitieron que los defensores resistieran a varios ejércitos soviéticos durante setenta y dos días. Las tropas alemanas estaban medio muertas de hambre cuando finalmente fueron relevadas a fines de abril, pero las condiciones para los civiles rusos atrapados en la bolsa eran mucho peores. Nadie sabe cuántos murieron. No tenían nada que comer excepto los intestinos de los animales sacrificados por los soldados. Pero esta operación determinó que Hitler creyera que las tropas rodeadas deberían automáticamente aguantar. Era parte de la fijación que contribuyó en mucho al desastre en Stalingrado menos de un año después.

No obstante, el que Stalin abandonara desalmadamente al 2º ejército de asalto del general Andrei Vlasov, aislado en marismas y bosques a 160 km al noroeste de Demiansk, no sirvió de advertencia a Hitler, ni siquiera después de que el resentido Vlasov se rindiera y, uniendo su suerte a los alemanes, aceptara organizar un ejército ruso antiestalinista. Como para ofrecer un curioso contrapunto dramático, el comandante de la fuerza de relevo en Demiansk, el general Walter von Seydlitz-Kurzbach, se volvió contra Hitler después de ser capturado en Stalingrado. Entonces, en septiembre de 1943, como veremos, se ofreció a organizar «un pequeño ejército de prisioneros de guerra» que fuera trasladado por aire al Reich para iniciar una rebelión. Fue una propuesta que el desconfiado Beria no aceptó.

Con las tropas en la intemperie sufriendo temperaturas que a veces bajaban hasta 40 grados bajo cero, la negativa casi supersticiosa de Hitler a ordenar que se les enviara ropa de invierno tenía que ser solucionada. Goebbels rápidamente logró camuflar la verdad. Un llamamiento a la población el Alemania generó noticias de solidaridad nacional; las mujeres enviaban sus abrigos de piel, incluso los campeones de los deportes de invierno donaban sus esquís para el *Ostfront*. La reacción de Hitler a

declamar en el almuerzo en la *Wolfsschanze*: «El pueblo alemán ha oído mi llamada». Pero cuando las prendas comenzaron a llegar a fines de diciembre, los soldados se las probaban con cínica diversión y asombro. Los vestidos limpios, algunos con olor a naftalina, producían una extraña impresión a los receptores llenos de piojos: «Podías ver la sala de estar con el sofá –escribió un teniente- o la cama de un niño o quizá la habitación de la jovencita de donde venían. Podría haber sido en otro planeta».

Pensar sentimentalmente en el hogar era no sólo una forma de escapismo de un mundo de suciedad y parásitos sino también de un ambiente de creciente brutalidad en donde la moralidad convencional se había distorsionado absolutamente. Los soldados alemanes, sin duda en su mayoría padres e hijos cariñosos en el hogar, se entregaban a una suerte se malsano turismo de guerra en Rusia. Se tuvo que circular una orden que prohibía que se «fotografiaran ejecuciones de desertores [alemanes]», acciones que habían aumentado mucho con la súbita decadencia de la moral. Y las ejecuciones de guerrilleros y judíos en Ucrania –a juzgar por la audiencia que muestran las fotos- atraían una multitud aún mayor de fotógrafos aficionados con uniformes de la Wehrmacht.

Un oficial alemán contaba cuánto se sorprendió con sus soldados al ver a los civiles rusos desvistiendo alegremente los cadáveres de sus compatriotas. Sin embargo, los soldados alemanes les quitaban la ropa y las botas a civiles vivos, obligándolos después a salir a los helados yermos, donde quedaban expuestos casi todos a morir de hambre y frío. Los altos oficiales se quejaban con frecuencia de que sus soldados parecían campesinos rusos, pero no desperdiciaron la menor simpatía con las víctimas robadas de su única esperanza de sobrevivir en esas condiciones. Una bala bien podría haber sido menos cruel.

Durante la retirada de Moscú, los soldados alemanes se apoderaron de todo el ganado y alimentos que podían tener al alcance de sus manos. Rompían los pisos de las salas de estar para comprobar que no hubiera patatas almacenadas debajo. Los muebles y partes de las casas fueron utilizados como leña. Nunca una población sufrió tanto a manos de ambos bandos en una guerra. Stalin había firmado una orden el 17 de noviembre ordenando que las unidades del Ejército Rojo (la aviación, la artillería, las tropas esquiadoras y los destacamentos de partisanos) «destruyeran e hicieran cenizas» todas las casas y granjas hasta 65 km tras las líneas alemanas para evitar que el enemigo encontrara refugio. La suerte de las mujeres y nuños rusos no fue tomada en cuenta por el momento.

La combinación de tensión bélica y los horrores de la guerra aumentaron la tasa de suicidios entre los soldados alemanes. «El suicidio durante una campaña es equivalente a la deserción –advirtió a las tropas en una orden-. La vida de un soldado pertenece a la patria». La mayoría se disparaban cuando estaban solos o de guardia.

Los hombres pasaban la larga y oscura noche pensando en casa y soñando con un permiso. Los *Samizdat* encontrados por los soldados rusos en los cadáveres de los alemanes muestran que en realidad eran tan cínicos como sentimentales. «La Navidad –decía una orden de broma- no tendrá lugar este año, por las siguientes razones: José ha sido llamado al ejército, María se ha incorporado a la Cruz Roja, el niño Jesús ha sido enviado con otros niños al campo (para evitar los bombardeos), los tres Reyes Magos no han podido obtener visado pues carecían de pruebas de origen ario; no habrá estrella a causa de un apagón; los pastores se han convertido en centinelas y los ángeles son operadoras telefónicas [*Blitzmädeln*]. Sólo ha quedado el asno, y no puede haber Navidad con sólo un asno».[*]

[*] «No comprendo –escribió un oficial de inteligencia del Ejército Rojo al pie de la traducción-. ¿De donde viene esto?».

Las autoridades militares se preocupaban de que los soldados enviados a casa con licencia pudieran desmoralizar a la población de Alemania con historias de horror del *Ostfront*. «Usted está bajo el fuero militar –decía el enérgico recordatorio- y está todavía sujeto a sanciones. No hable de armas, ni de tácticas o bajas. No hable de las raciones malas o la injusticia. El servicio de inteligencia del enemigo está listo para explotar esto».

Un soldado, o más probablemente un grupo de soldados, hizo su propia versión de las instrucciones, titulada «Notas para los que salen de permiso». Sus tentativas de ser graciosos revelan mucho acerca de los efectos embrutecedores del *Ostfront*: «Debe usted recordar que está entrando en un país nacionalsocialista cuyas condiciones de vida son muy diferentes a las que se ha acostumbrado. Debe ser diplomático con los habitantes, adaptándose a sus costumbres, y evitar los hábitos que tanto le ha llegado a gustar. *La comida:* no destruya el parqué ni suelos de otro tupo, porque las patatas se guardan en un lugar muy diferente. *El toque de queda*: si usted se olvida de la llave, trate de abrir la puerta con un objeto de forma redonda. Sólo en casos de extrema urgencia use una granada. *La defensa contra los partisanos*: no es necesario pedirles a los civiles la contraseña ni abrir fuego al recibir una respuesta inexacta. *La defensa contra los animales*: los perros alemanes en el peor de los casos muerden, pero no explosionan. Dispararle a cada perro que usted vea, aunque es recomendable en la Unión Soviética, podría crear una mala impresión. *Relaciones con la población civil*: en Alemania el hecho de que alguien lleve ropa de mujer no significa que ella sea un partisano. Pero pese a esto, son peligrosas para todo el que esté de licencia del frente. *Nota general*: cuando esté de licencia en Alemania tenga cuidado de no hablar de la existencia paradisíaca en la Unión Soviética no sea que todo el mundo quiera venir y malograr nuestra idílica comodidad».

Un cierto cinismo apareció incluso en lo referente a las medallas. Cuando se emitió una medalla de la campaña de invierno al año siguiente, rápidamente fue llamada la «Orden de la carne congelada». Hubo casos más serios de desafección. Poco antes de Navidad el mariscal de campo Von Reichenau, comandante en jefe del VI ejército, estalló de rabia al encontrar las siguientes pintadas en los edificios destinados a los cuarteles: «Queremos volver a Alemania»; «Estamos hartos de esto»; «Estamos sucios y con piojos, y queremos volver a casa», y «No queremos esta guerra». Reichenau, aunque reconocía que estos «pensamientos y estados de ánimo» eran evidentemente «resultado de la gran tensión y las privaciones», responsabilizaba directamente a todos los oficiales por «la condición política y moral de sus tropas».

Y mientras un pequeño grupo de oficiales bien relacionados dirigido por Henning von Tresckow conspiraba para asesinar a Hitler, al menos una célula comunista operaba en las filas. El siguiente llamamiento de la «Carta del frente nº 3» a fundar «consejos de soldados en cada unidad, en cada regimiento, en cada división» fue encontrado por un soldado ruso en el forro del capote de un soldado alemán: «Camaradas, ¿quién no está hasta las narices de mierda aquí en el Frente Oriental? … Es una guerra criminal desatada por Hitler y está llevando a Alemania al infierno … Se debe eliminar a Hitler y nosotros los soldados podemos hacerlo. El destino de Alemania está en manos del pueblo en el frente. Nuestra contraseña debe ser "¡Fuera Hitler!". ¡Contra la mentira nazi! La guerra significa la muerte de Alemania».

La dinámica del poder durante la guerra total fortaleció inevitablemente el control estatal aún más. Cualquier crítica al régimen podía ser atacada como propaganda inspirada por el enemigo, y cualquier opositor retratado como un traidor. El dominio de Hitler sobre sus generales fue inamovible y se convirtieron en chivos expiatorios de las obsesiones del antiguo cabo. Aquellos comandantes que no estuvieran de acuerdo con

su política de resistir a toda costa en diciembre de 1941 fueron destituidos. Forzó a Brauchitsch a retirarse y se autodesignó comandante en jefe en su lugar, basándose en que ningún general poseía la indispensable voluntad nacionalsocialista.

El ejército alemán logró restablecer una firme línea de defensa en Smolensko, pero su destrucción final había llegado a ser prácticamente segura. Ahora vemos, con la ventaja retrospectiva, que el equilibrio de poder (geopolítico, industrial, económico y demográfico) varió decisivamente en contra del Eje en diciembre de 1941, con el fracaso de la Wehrmacht en tomar Moscú y la entrada de Estados Unidos en la guerra. El momento psicológico decisivo, sin embargo, sólo llegaría en el siguiente invierno con la batalla por la ciudad de Stalingrado, que, en parte por su nombre, se convirtió en un duelo personal representado por las masas.

Segunda parte

El relanzamiento de Barbarroja

- 5 -

La primera batalla del general Paulus

La extraña serie de acontecimientos que llevaron al general Friedrich Paulus al mando del VI ejército se inició con una furiosa decepción que experimentó Hitler hacia fines de 1941. Un año más tarde una frustración muy semejante llevaría al desastre que les sobrevendría a Paulus y a sus divisiones.

En noviembre de 1941, mientras la atención mundial se centraba en los avances sobre Moscú, la situación en el este de Ucrania había fluctuado locamente. En el clímax del avance del grupo de ejércitos del sur, las divisiones de vanguardia del primer grupo blindado de Kleist alcanzaron Rostov del Don el 19 de noviembre con una fuerte nevada. Al día siguiente tomaron el puente sobre el gran río, la última barrera antes del Cáucaso. Pero el comandante soviético, Timoshenko, reaccionó rápidamente. El flanco izquierdo de la pinza alemana estaba débilmente resguardado por tropas húngaras, y una arremetida allí, combinada con contraataques por el Don congelado, pronto obligaron a retroceder a Kleist.

Hitler estaba furioso, poco después de su júbilo por la ilusión de que Moscú y los campos petroleros caucásicos estaban ambos a su alcance. Para empeorar las cosas, este era el primer retroceso del ejército alemán durante la segunda guerra mundial. Rehusó creer que el mariscal de campo Von Rundstedt carecía de fuerzas y suministros, y se negó a aceptar que debiera permitírsele a Kleist que retrocedieran sus soldados, muchos de los cuales estaban gravemente congelados, a la línea del río Minus.

Rundstedt puntualizó el 30 de noviembre que si ya no existía confianza en la jefatura, deseaba entonces ser relevado del mando. Temprano a la mañana siguiente, Hitler lo destituyó. Dio a Reichenau el comando del VI ejército con la orden de interrumpir la retirada inmediatamente, cosa que éste intentó (o simuló intentar) hacer. Unas pocas horas más tarde, un lapso descaradamente corto, envió un mensaje al cuartel general del Führer con la información de que la retirada tras el Minus se había vuelto inevitable. Reichenau, un hombre con el aspecto de un bulldog hiperactivo, cuya expresión apopléjica quedaba subrayada por su monóculo, no se hizo grato a Rundstedt, quien posteriormente decía de él que era un «matón que solía ir por allí medio desnudo cuando hacía ejercicios».

El 3 de diciembre, el Führer viajó a Ucrania en su Cóndor Focke-Wulf para averiguar lo que había ocurrido. Primero habló con Sepp Dietrich, el comandante de la división *Leibstandarte* de las SS, que, para asombro de Hitler, apoyaba la decisión de retirarse de Rundstedt.

Rundstedt y Reichenau tenían sus cuarteles generales en Polonia, donde Carlos XII de Suecia, el primer invasor moderno de Rusia, había sido derrotado por Pedro el Grande en 1709. Hitler hizo las paces con Rundstedt, que todavía no se había marchado. Acordaron que el viejo mariscal de campo debía volver a Alemania, aunque ahora sería debido a una licencia de enfermedad. Nueve días más tarde, recibió un cheque por 250.000 marcos del Reich como regalo de cumpleaños.

Hitler, todavía algo desconfiado de Reichenau, insistió primero en que permaneciera como comandante en jefe del VI ejército y también del grupo de ejércitos del sur. Pero en la comida, mientras el Führer masticaba cuidadosamente el mijo y los pasteles de calabaza y patatas, Reichenau sustentó convincentemente que no podría dirigir dos cuarteles generales a la vez. Recomendó que el general Paulus, su anterior jefe de estado mayor, asumiera el mando del VI ejército. Hitler aceptó, aunque sin demasiado entusiasmo. Así que el día de Año Nuevo de 1942, Paulus, que nunca había mandado una división o cuerpo, fue catapultado en el escalafón militar hasta el rango de general de fuerzas blindadas. Al cabo de cinco días, se convirtió en comandante en jefe del VI ejército, poco después de que Timoshenko lanzara una gran, aunque mal coordinada, ofensiva contra Kursk.

Friedrich Wilhelm Paulus provenía de una estirpe de hacendados de Hesse. Su padre había ascendido del puesto de contador en un reformatorio al de tesorero jefe de Hesse-Nassau. El joven Paulus se había aplicado a incorporarse a la marina imperial en 1909, pero fue rechazado. Un año después, la ampliación del ejército le brindó una oportunidad. Paulus, que casi con seguridad se sentía en desventaja social en el ejército del Káiser, estaba obsesionado con su atuendo. Sus contemporáneos lo llamaban «*der Lord*». En 1912 contrajo matrimonio con Elena Rosetti-Solescu, hermana de dos oficiales que eran miembros de una familia rumana con vínculos principescos. A ella le desagradaban los nazis, pero es más probable que Paulus, que se había unido al Freikorps en la lucha contra el bolchevismo después de la primera guerra mundial, compartiera la admiración que sentía Reichenau por Hitler.

Como comandante de una compañía del 13º regimiento de infantería, el alto y quisquilloso Paulus era competente pero poco imaginativo si se le compara con Edwin Rommel, el jefe de la compañía de ametralladores. A diferencia de Rommel, un sólido jefe capaz de obviar a sus superiores, Paulus poseía un exagerado respeto por la cadena de mandos. Su trabajo como oficial del estado mayor era concienzudo y meticuloso. Disfrutaba trabajando tarde por la noche, inclinado sobre los mapas, con el café y cigarrillos a mano. Era aficionado a dibujar mapas a escala de la campaña de Napoleón en Rusia. Más tarde, a los colegas oficiales de su hijo de la 3ª división blindada les pareció «más como un científico que un general, al compararlo con Rommel o Model».

Los buenos modales de Paulus lo hicieron popular entre los oficiales de alta graduación. Incluso se llevó bien con el bullicioso patán de Reichenau, cuando se convirtió en su jefe de estado mayor en agosto de 1939. El trabajo de equipo de ambos impresionó a otros oficiales de alta graduación durante el primer año de la guerra, en que su momento más memorable fue la aceptación de la rendición del rey Leopoldo de Bélgica. No mucho después de la conquista de Francia, el general Halder convocó a Paulus a Berlín para trabajar como jefe de planificación en el estado mayor. Allí su tarea

más importante era evaluar las opciones para la operación Barbarroja. Una vez que la invasión estuvo comenzada, Reichenau le pidió a Halder que le devolviera a su jefe de estado mayor.

El «fantástico salto» de Paulus a comandante del ejército, como sus amigos lo llamaron en sus cartas de felicitación, quedó estropeado exactamente al cabo de una semana. El 12 de enero de 1942, su patrocinador, el mariscal de campo Von Reichenau, salió a hacer su carrera matutina en Poltava. La temperatura era de 20 grados bajo cero. Reichenau se sintió mal durante el almuerzo, y súbitamente sufrió un ataque al corazón. Hitler, al saber la noticia, ordenó al doctor Flade, oficial médico del VI ejército, que lo trajera directamente de regreso a Alemania. Reichenau, inconsciente, fue fijado a un asiento amarrado dentro del fuselaje de un Dornier.

El piloto insistió en aterrizar en Lemberg para repostar, pero se estrelló a cierta distancia del campo de aterrizaje. El doctor Flade, pese a tener la pierna rota, encendió los cohetes de señales para pedir ayuda. Cuando finalmente el grupo llegó al hospital en Leipzig, Reichenau estaba muerto. Flade informó a Paulus después de que el desafortunado choque había sido casi como una película: «Incluso su bastón de mariscal de campo se había quebrado en dos». Hitler ordenó que se hiciera un funeral de estado, pero no asistió. Otorgó a Rundstedt la distinción de representarlo.

Aunque las maneras bastante distantes de Paulus lo hacían parecer frío, era más sensible que muchos generales al bienestar de sus soldados. Se dice también que canceló la orden de Reichenau del 10 de octubre fomentando un tratamiento «severo» de los judíos y partisanos, aunque cuando el VI ejército llegó a Stalingrado, su Feldgendarmerie[*] recibió al parecer la orden de arrestar a los activistas comunistas y a los judíos para entregarlos al Sonderkommando SD para «medidas punitivas».

Paulus heredó sin duda un legado abrumador. Desde el mismo comienzo de Barbarroja, las masacres de judíos y gitanos habían sido mezcladas deliberadamente, siempre que fuera posible, con la ejecución de partisanos, porque la frase «*jüdische Saboteure*» [saboteador judío] contribuía a encubrir la ilegalidad del acto y fomentar la noción de una conspiración «judeo-bolchevique». La definición de partisano y saboteador fue pronto ampliada bastante más allá de los términos comprendidos en la ley internacional, que permitía una sentencia a la pena de muerte sólo después de un juicio justo. En una orden del 10 de julio de 1941, el cuartel general del VI ejército advertía a los soldados que cualquier persona en traje civil con la cabeza al rape era casi seguro un soldado del Ejército Rojo y debía por tanto ser ejecutada. Los civiles que se comportaran de una forma hostil, incluidos aquellos que alimentaran a los soldados del Ejército Rojo ocultos en los bosques, también debían correr igual suerte. Los «elementos peligrosos», tales como los oficiales soviéticos, una categoría que luego se extendió desde el secretario local del Partido Comunista y el administrador de la granja colectiva hasta casi todos los empleados del gobierno, debían, al igual que los comisarios y los judíos, ser entregados a la Feldgendarmerie o al Einsatzkommando de las SD. Una orden subsiguiente requirió «medidas colectivas» (fuera ejecuciones o el incendio de aldeas) para castigar el sabotaje. Según la evidencia de August Häfner, *Obersturmführer* de las SS, el mariscal de campo Von Reichenau en persona dio la orden a inicios de julio de 1941 para que 3.000 judíos fueran ejecutados como medida de represalia.

---

[*] Policía militar alemana.
Volksturm fue la milicia alemana nacida en 1943 para hacer frente a la invasión de los aliados.

La conducta de muchos soldados en el grupo de ejércitos del sur era particularmente grotesca. El cuartel general del VI ejército de Reichenau emitió la siguiente orden el 10 de agosto de 1941: «En varios lugares bajo en área de responsabilidad de ejército, los órganos de las SD, las SS del *Reichsführer* y los jefes de la policía alemana han estado realizando necesarias ejecuciones de elementos criminales, bolcheviques y judíos en su mayoría. Ha habido casos en que soldados se han ofrecido como voluntarios para ayudar a las SD en las ejecuciones, o han asistido como espectadores y tomando fotografías». Se prohibía ahora a cualquier soldado, «que no hubiera sido mandado por un oficial superior», que participara, observara o fotografiara cualquiera de estas ejecuciones. Después, el jefe del estado mayor del general Von Manstein pasó el mensaje al *Offizierkorps* del 11º ejército en Crimea que era «deshonroso para los oficiales estar presentes en las ejecuciones de judíos». La lógica militar alemana, en una de sus distorsiones de la causa y el efecto, no parece haber reconocido la posibilidad de que los oficiales ya se hubiesen deshonrado por el mero hecho de promover los objetivos de un régimen capaz de tales crímenes.

A veces las atrocidades se interrumpieron, pero no por mucho tiempo. El 20 de agosto los capellanes de la 295º división de infantería informaron al teniente coronel Helmuth Groscurth, el jefe de la plana mayor, que noventa huérfanos judíos en el pueblo de Belaya Tserkov estaban retenidos en condiciones repugnantes. Había desde párvulos hasta niños de siete años. Debían ser ejecutados, como sus padres. Groscurth, hijo de un pastor y un antinazi convencido, había sido el oficial de la *Abwehr* [servicio de inteligencia] que esa primavera había pasado detalles de las órdenes ilegales para Barbarroja a Ulrico von Hassell. Groscurth buscó inmediatamente al comandante del distrito e insistió en que la ejecución fuera detenida. Luego se puso en contacto con el cuartel general del VI ejército, aunque el *Standartenführer* Paul Blobel, jefe del Sonderkommando, le advirtió que informaría de su interferencia al *Reichsführer* de las SS, Himmler. El mariscal de campo Von Reichenau apoyó a Blobel. Los noventa niños judíos fueron ejecutados la noche siguiente por milicianos ucranianos para respetar los sentimientos del Sonderkommando.

Groscurth escribió un informe completo que envió directamente al cuartel general del grupo de ejércitos del sur. Espantado y furioso, escribió a su esposa: «No podemos ni nos debería ser permitido ganar esta guerra». A la primera oportunidad, fue de licencia a Paris para ver al mariscal de campo Von Witlzleben, uno de los principales miembros del movimiento antihitleriano.

La masacre de los inocentes en Belaya Tserkov pronto quedó empequeñecida por una atrocidad mucho mayor. Después de la captura de Kiev, 33.771 judíos fueron apresados en una redada que duró hasta los últimos días de septiembre, para ser sacrificados por el Sonderkommando 4ª y dos batallones de policía en el barranco de Babi Yar en las afueras de la ciudad. Esta «*Gross-Aktion*» estuvo una vez más enteramente dentro del área de responsabilidad del VI ejército. Reichenau, junto con ciertos oficiales esenciales de su cuartel general que asistieron a la conferencia de planeamiento del comandante de la ciudad el 27 de septiembre de 1941, debió de haber conocido su destino con anterioridad, incluso si los soldados señalados para ayudar en la redada pudieran haberse tragado el cuento de la «evacuación». Los judíos soviéticos no se imaginaban lo que les aguardaba. Casi no tenían idea del antisemitismo nazi, porque bajo el pacto Molotov-Ribbentrop no se había publicado ninguna crítica de las políticas nacionalsocialistas. El comandante de la ciudad en sus proclamas había adormecido las sospechas dando la siguiente instrucción: «Deberá usted traer sus papeles de

identificación, dinero y objetos de valor así como ropa de abrigo». El Sonderkommando, que había previsto unos 5.000 o 6.000 judíos, quedó sorprendido al encontrar que habían aparecido más de 30.000.

La famosa orden del mariscal de campo Von Reichenau al VI ejército del 10 de octubre de 1941, que fue apoyada por el mariscal de campo Rundstedt, deja bien claro que la cadena de mandos de la Wehrmacht fue conjuntamente responsable de las atrocidades cometidas contra los judíos y civiles en Ucrania. «En el escenario oriental de la guerra, el soldado no es sólo un hombre que lucha según las reglas de la guerra, sino también el portaestandarte despiadado de un ideal nacional y el vengador de todas las bestialidades perpetradas contra los pueblos germánicos. Por esta razón el soldado debe apreciar completamente la necesidad de una retribución severa pero justa que debe ser impuesta a la especie subhumana de los judíos». Su deber era «liberar al pueblo alemán para siempre de la amenaza judeoasiática».

Los incendios y ejecuciones de represalia no terminaron con la muerte de Reichenau y la llegada de Paulus. Por ejemplo, el 29 de enero de 1942, unas tres semanas después de que el nuevo comandante en jefe del VI ejército asumiera el mando, la aldea de Komsolomsk cerca de Jarkov, con 150 casas, fue quemada hasta los cimientos. Durante la operación, ocho personas fueron ejecutadas y dos niños, quizá tan aterrorizados que permanecieron escondidos, murieron quemados.

Los soldados alemanes tenían forzosamente que maltratar a los civiles después de casi nueve años de propaganda antieslava y antisemítica del régimen, aun en el caso de que algunos de ellos actuaran entonces conscientemente fuera de los valores nazis. La naturaleza de la guerra producía emociones que eran a la vez primitivas y complejas. Aunque hubo casos de soldados reluctantes a cumplir las ejecuciones que se les ordenaban, la compasión más natural por los civiles se transmutó en una rabia incoherente sustentada por el sentimiento de que mujeres y niños no tenían nada que hacer en la zona de guerra.

Los oficiales preferían evitar la reflexión moral. Se concentraban en cambio en la necesidad de un buen orden militar. Aquellos que todavía creían en las reglas de la guerra con frecuencia se horrorizaban con la conducta de sus soldados, pero las instrucciones de respetar los procedimientos tenían con frecuencia poco efecto. «Los interrogatorios deberían terminar con la liberación del prisionero, o enviando al prisionero a un campo –subraya una orden de la 371ª división de infantería-. Nadie debe ser ejecutado sin una orden del oficial encargado».

También se desesperaban por la dimensión del saqueo. Pocos soldados ofrecían un pago a los lugareños por el ganado y las verduras, principalmente porque el gobierno alemán se negaba a proveerlos de raciones adecuadas. Posteriormente, en el verano, durante en avance hacia Stalingrado, un comandante de compañía de la 384ª división de infantería escribió en su diario: «Los *Landser* van a las huertas y se llevan todo. Se llevan incluso los enseres domésticos, las sillas y las cacerolas. Es un escándalo. Se han publicado varias prohibiciones, pero el soldado raso apenas se controla. Se ve forzado a tal extremo por el hambre». Las consecuencias eran particularmente graves en un país con un clima tan duro como Rusia. El saqueo de las reservas de alimento condenó a la población civil a la muerte por hambre al llegar el invierno. Incluso la fabricación de miel se hizo imposible pues el azúcar necesario para mantener a las abejas vivas durante el invierno fue arrebatado.

La terrible verdad, que muy pocos oficiales podían soportar reconocer, era que el ejército, al tolerar o apoyar la doctrina nazi de una «guerra racial» en el frente oriental, exceptuada de la ley militar e internacional normal, estaba forzado a convertirse en una organización semicriminal. La ausencia de protestas por parte de los generales demostró

una total falta de sensibilidad y de valor morales. El valor físico era innecesario. Los nazis, en los inicios de la campaña rusa, no se habrían atrevido a hacer nada peor contra un alto oficial que pusiera reparos que destituirlo de su puesto de mando.

La habilidad de Hitler para manipular a los generales era misteriosa. Aunque la mayoría de los generales del VI ejército no eran nazis convencidos, eran sin embargo leales a Hitler, o de hecho pretendían serlo. Por ejemplo, una carta escrita el 20 de abril llevaría como fecha «Aniversario de Führer», y en las proclamas se escribía «¡Viva el Führer!». Pero era perfectamente posible para un general mantener su independencia y no dañar su carrera, utilizando exhortaciones militares antes que políticas. El general Kart Strecker, un audaz veterano comandante del XI cuerpo, trató de no reconocer nunca al régimen. Firmaba sus proclamas a los soldados: «Avanzad con Dios. Nuestra fe es la victoria. ¡Saluda mis valientes guerreros!». Lo que es más importante fue que personalmente dio contraórdenes ilegales desde la superioridad, yendo una vez a comprobar en cada una de las unidades que los oficiales las hubieran comprendido. Escogió a Groscurth como su jefe de plana mayor y juntos dirigieron la última bolsa de resistencia en Stalingrado, fiel a su propio sentido del deber, pero no al Führer.

Contrariamente a todas las reglas de la guerra, la rendición no garantizaba las vidas de los soldados del Ejército Rojo. En el tercer día de la invasión de Ucrania, August von Kageneck, un comandante de una tropa de reconocimiento de la 9ª división blindada, vio desde la torreta de su vehículo de reconocimiento «hombres muertos yaciendo en una nítida fila bajo los árboles a lo largo de un camino rural, todos en la misma posición, boca abajo». Evidentemente no habían caído en combate. La propaganda nazi, simultáneamente provocando miedos y odios atávicos, incitaba a los soldados a matar por cualquiera de los dos motivos, aunque a la vez también les recordaba que eran valientes soldados alemanes. Esto generaba una combinación poderosamente destructiva, pues el intento de controlar los signos exteriores de cobardía produce la reacción más violenta de todas. El miedo más tremendo que la propaganda nazi azuzaba en las tropas era el miedo a ser capturado. Reconocía Kageneck: «Tememos caer en manos de los rusos, sin duda sedientos de venganza después de nuestro ataque sorpresa».

Los oficiales con valores tradicionales estaban aún más espantados cuando oían de soldados que disparaban contra las columnas de prisioneros soviéticos avanzando penosamente en la retaguardia. Estas columnas infinitas de hombres derrotados, hambrientos y sobre todo sedientos en el ardor del verano, con sus uniformes marrones y gorros *pilotka* cubiertos de polvo, eran considerados apenas mejores que los rebaños de animales. Un periodista italiano, que había visto muchas columnas, escribió: «La mayoría de ellos están heridos. No llevan vendas. Sus rostros tienen una costra de sangre y barro, sus uniformes en harapos, sus manos ennegrecidas. Caminan lentamente, apoyándose entre sí». Los heridos por lo general no recibían asistencia médica, y aquellos que no podían marchar o que se desplomaban exhaustos eran ejecutados. No se permitía que los soldados soviéticos fueran transportados en los vehículos militares alemanes por si los infectaban con pulgas y piojos. No debería ser olvidado que 600 prisioneros de guerra soviéticos fueron gaseados en Auschwitz el 3 de septiembre de 1941. Fue esta el primer experimento realizado allí con Zyklon B.

Para aquellos que llegaban a los campos de prisioneros con vida, la oportunidad de sobrevivir apenas pasaba de uno por cada tres. En conjunto, más de 3.000.000 de soldados del Ejército Rojo, de 5,7 millones, murieron en los campos alemanes debido a las enfermedades, el frío, el hambre o los malos tratos. El propio ejército alemán, no las

SS ni ninguna otra organización nazi, fue responsable de los prisioneros de guerra. Su actitud recordaba la del Káiser Guillermo II en 1914, que comentó que a los 90.000 prisioneros rusos capturados en Tannenberg «deberían dejarlos morir de hambre».

En el frente meridional, un campo alemán en Lozovaya, invadido por el avance de Timoshenko en enero, reveló espantosas condiciones, con las que los prisioneros del Ejército Rojo morían «de frío, de hambre, de brutal maltrato». Yuri Mijailovich Maximov, de la 127ª división de fusileros, capturado en el otoño de 1941, fue uno de los que fueron llevados a Novo-Aleksandrovsk. El llamado campo no tenía cabañas, consistía sólo en un terreno abierto con una valla de alambre con púas. Los 18.000 hombres eran alimentados con 12 calderos en que se hervían esporádicamente trozos de carne de caballo. Cuando los guardias de servicio daban la orden de avanzar para recibir la comida, disparaban con metralletas a quienes corrieran. Los cadáveres eran dejados allí dos o tres días como advertencia.

Los oficiales alemanes en el frente deseaban que los prisioneros fueran mejor tratados por razones prácticas. En las instrucciones del oficial en jefe de inteligencia de la 96ª división de infantería se lee: «Su información del número, la organización e intenciones del enemigo puede proporcionarnos más de los que nuestros propios servicios de inteligencia pueden proporcionar». Y agregaba: «Los soldados rusos responden a los interrogatorios de forma ingenua». El departamento de propaganda de la OKW (Oberkommando der Wehrmacht, cuartel general del frente oriental) permitía a la vez órdenes de que la deserción rusa debía ser alentada para salvar vidas alemanas. Pero el personal de inteligencia en el frente sabía que esto podía «funcionar sólo si las promesas hechas a los desertores se mantenían». El problema era que por lo general eran tratados tan mal como en resto de los prisioneros.

El desagrado de Stalin por la ley internacional encajaba con el plan de Hitler de guerra de aniquilación, de modo que cuando la Unión Soviética propuso un adhesión recíproca a la Convención de la Haya menos de un mes después de la invasión, su nota fue dejada sin respuesta. Usualmente Stalin no creía necesario observar dichas sutilezas, pero la ferocidad del ataque alemán lo había estremecido.

En el Ejército Rojo, no había equivalentes formales a las órdenes ilegales emitidas a la Wehrmacht, pero era casi seguro que los miembros de las SS, y más tarde otras categorías como los guardas de los campos y miembros de la policía secreta serían ejecutados después de su captura. Los tripulantes de los blindados y los pilotos de la Luftwaffe también se arriesgaban a un linchamiento, pero en general la ejecución de prisioneros era esporádica antes que calculada, mientras que los actos de crueldad desenfrenada eran localizados e incoherentes. Las autoridades soviéticas deseaban desesperadamente conseguir prisioneros, especialmente oficiales, para interrogarlos.

Los partisanos, incluidos los destacamentos del Ejército Rojo, consideraban que los trenes-hospital eran blancos legítimos, y muy pocos pilotos o ametralladores perdonaban a las ambulancias o a los hospitales de campaña. Un doctor de la 22ª división blindada observaba: «Mi ambulancia tenía una ametralladora montada arriba y una cruz roja al costado. El símbolo de la cruz roja es una farsa en Rusia y sirve sólo como un signo para nuestra propia gente». El peor incidente tuvo lugar el 29 de diciembre de 1941, cuando un hospital de campaña alemán fue invadido en Feodosia, en la costa de Crimea. Infantes de marina soviéticos, al parecer muchos de ellos ebrios, mataron cerca de 160 heridos alemanes. Algunos fueron lanzados por las ventanas, otros llevados afuera, donde después de empaparlos con agua los dejaron para que muriesen congelados.

La atrocidad ocasional y primitiva cometida por los soldados del Ejército Rojo durante los primeros dieciocho meses (habría de seguro habido más si no hubieran estado retrocediendo tan rápidamente), llevó a muchos soldados a hacer comparaciones con la guerra de los Treinta Años. Un vínculo más exacto, sin embargo, habría sido la guerra civil rusa, uno de los conflictos más crueles del siglo XX, que la cruzada de Hitler contra el bolchevismo había reiniciado. Pero cuando la guerra prosiguió, la indignación rusa y un terrible deseo de venganza se encendió mucho más por las noticias de los actos alemanes en los «territorios ocupados»: aldeas incendiadas hasta los cimientos en represalia, y civiles muriéndose de hambre, masacrados o deportados a campos de trabajo. Esa prueba del genocidio contra los eslavos suscitó, junto con el deseo de venganza, una implacable determinación de no ser derrotados.

El general Paulus no asumió el mando del VI ejército en un momento sencillo, y estaba probablemente más conmocionado de lo que parecía por la muerte de Reichenau. Su primera experiencia en el alto mando en enero de 1942 coincidió con la ofensiva general mal calculada de Stalin, después del éxito del Ejército Rojo en Moscú. De hecho, era un momento difícil para todas las fuerzas alemanas en el frente meridional. El 11º ejército del general Von Manstein en Crimea no había conseguido aún tomar Sebastopol, y un ataque sorpresa de las tropas del Ejército Rojo del Cáucaso a fines de diciembre había tomado la península de Kerch. Hitler, apopléjico de rabia, había sometido al comandante del cuerpo, general conde Von Sponeck, a una corte marcial.

Paulus trasladó el cuartel general del VI ejército a Harkov, el objetivo del mariscal Timoshenko. La temperatura había bajado hasta 30 grados bajo cero, a veces más. Los transportes alemanes por tren y carretera estaban congelados, y los carros tirados por caballos podían proporcionar sólo las raciones mínimas.

El plan de Timoshenko había sido aislar la región industrial de Donbas y tomar Jarkov con un gran cerco, pero sólo la parte sur de la pinza había logrado penetrar las líneas alemanas. Había sido un exitoso empuje que ocupó un ángulo saliente de casi 100 km de profundidad. Pero el Ejército Rojo carecía de recursos y de tropas de refresco, y después de dos meses de encarnizada lucha, sus ataques se interrumpieron.

El VI ejército resistió, aunque Paulus estaba inquieto. El mariscal de campo Von Bock, a quien Hitler había nombrado a regañadientes para comandar el grupo de los ejércitos del sur, no disimuló su impresión de que había sido excesivamente cauteloso en el contraataque. Paulus conservó el mando, con el apoyo de su protector, el general Halder. Su jefe de estado mayor, el coronel Ferdinand Heim, fue en cambio relevado. En su lugar vino el coronel Arthur Schmidt, un oficial delgado, de facciones finas y lengua afilada, de una familia de comerciantes de Hamburgo. Schmidt, seguro de sus propias capacidades, suscitaba rechazos en el cuartel general del VI ejército, aunque también tenía sus partidarios. Paulus confiaba mucho en su criterio, y como resultado desempeñó un papel importante, algunos dicen que excesivo, en determinar el curso de los acontecimientos en lo que restaba de ese año.

A inicios de la primavera de 1942, las divisiones que perecerían en Stalingrado tenían poco interés en los chismes de la plana mayor. Su preocupación más inmediata era abastecerse y rearmarse. Decía mucho de la capacidad de recuperación profesional del ejército alemán (aunque mucho menos de su sentido de autoconservación) que los recuerdos del terrible invierno se borraran tan pronto llegaron la primavera y el nuevo equipo. «La moral estaba otra vez más alta –señalaba un comandante, cuya compañía

tuvo al fin un complemento completo de dieciocho tanques-. Estábamos en buena forma». Ni siquiera les preocupaba demasiado el hacho de que incluso la versión con largos cañones del blindado Mark III tuviera sólo un cañón de 50 mm que no lograba penetrar los tanques soviéticos.

Aunque no se había anunciado en las divisiones, todos sabían que se iniciaría pronto una gran ofensiva. En marzo, el general Pfeffer, comandante de la 297ª división de infantería, dijo medio en broma a un capitán que se resistía a ser enviado de regreso a Francia para un curso de comandante de batallón: «Alégrate de tener un respiro. Esta guerra durará lo suficiente y será lo bastante terrible para que puedas probarla bien».

El 28 de marzo, el general Halder viajó a Rastenburg para presentar los planes exigidos por el Führer para la conquista del Cáucaso y el sur de Rusia hasta el Volga. No sospechaba que, en Moscú, la *Stavka* estaba estudiando el proyecto de Timoshenko de una renovada ofensiva en el área de Jarkov.

El 5 de abril, el cuartel general del Führer emitió órdenes para la campaña que traería «la victoria final en el este». Aunque se planeaba que el grupo de ejércitos del norte, con la operación Luz del Norte, llevaría el sitio de Leningrado a una culminación exitosa y se uniera con los finlandeses, la principal ofensiva, la operación Sigfrido, rebautizada como operación Azul, tendría lugar en el sur de Rusia.

Hitler estaba todavía convencido de la «cualitativa superioridad» de la Wehrmacht sobre los soviéticos y no veía necesidad de reservas. Era casi como si el relevo de los comandantes de los grupos de ejércitos hubiera borrado también todo recuerdo de los recientes reveses. El mariscal de campo Von Bock, el que fue repuesto más rápido, dudaba de que tuvieran la fuerza para tomar, por no hablar de retener, los campos petroleros del Cáucaso. Temía que la Unión Soviética no estuviera quedándose sin reservas como se creía firmemente en el cuartel general del Führer. «Mi gran preocupación de que los rusos podrían anticiparse a nuestro ataque –escribió en su diario el 8 de mayo- no ha disminuido».

Ese mismo día, Bock dio la bienvenida al general Walther von Seydlitz-Kurzbach, quien había roto el cerco de Demiansk. Seydlitz, un artillero, descendía del brillante general de caballería de Federico el Grande, famoso en su juventud por galopar entre las aspas de un molino de viento en movimiento, pero aún más célebre por la gran victoria de Rossbach en la guerra de los Siete Años, donde sus escuadrones concentrados salieron victoriosos. Walter von Seydlitz era también impulsivo y, como su antecesor, estaba destinado a la mala suerte y a una amarga vejez. Seydlitz había llegado esa tarde por avión desde Königsberg, donde había disfrutado de una licencia de unos pocos días con su esposa, antes de asumir el mando del LI cuerpo bajo Paulus. Cuando se despidieron en el aeródromo, ni él ni su esposa imaginaron «que era un adiós para casi catorce años».

Seydlitz llegó hasta Jarkov al día siguiente. Encontró que la ciudad no había sido dañada seriamente al ser tomada. «Los edificios datan en su mayoría de la época zarista, excepto una nueva universidad de rimbombante estilo estalinista, y un gran taller de tractores construido por los americanos. En el centro casi todas las edificaciones son de ladrillo, aunque en las afueras las casas están hechas de madera». En su nuevo cuerpo, encontró que tenía dos divisiones austriacas, la 44ª división de infantería, sucesora del antiguo regimiento Habsburg Hoch y Deutschmeister, y la 297ª división de infantería del general Pfeffer.

El 10 de mayo, Paulus envió al mariscal de campo Von Bock un esbozo de sus planes para la operación Friedericus: la eliminación del saliente de Barvenkovo ganado por Timoshenko durante la ofensiva de enero. Los temores de Bock de un ataque ruso resultaron correctos incluso antes de lo que se pensaba. Timoshenko había juntado

640.000 hombres, 1.200 tanques y casi mil aviones. El 12 de mayo, seis días antes del inicio programado de la operación Friedericus, el Ejército Rojo lanzó ataques simultáneos alrededor de Volchansk y del saliente de Barvenkovo para aislar Jarkov. Bock advirtió a Paulus que no contraatacara precipitadamente sin apoyo aéreo, pero las brigadas de tanques soviéticos rompieron las líneas del VIII cuerpo del general Walter Heitz y para esa noche, las unidades de tanques rusos estaban a docenas de kilómetros de Jarkov.

La mañana siguiente Bock se percató de que la irrupción enemiga alrededor de Volchansk era más seria de lo que había pensado. El VI ejército de Paulus recibió un duro golpe desde varias direcciones. En setenta y dos horas de lucha, casi siempre bajo una densa lluvia, dieciséis batallones fueron destruidos. Paulus estaba convencido de que una acción para aguantar, cediendo terreno donde fuera necesario, era la única solución. Bock, sin embargo, tenía otras ideas. Persuadió a Halder de que convenciera a Hitler de que un audaz contraataque con el 1er ejército blindado de Kleist podía transformar el revés en victoria. El Führer, que vivía para esos momentos, inmediatamente reconoció la oportunidad. Asegurando que la idea era suya, empujó a Kleist a preparar a su 1er ejército blindado para que atacara el flanco sur del enemigo. Ordenó a la Luftwaffe concentrar todos los grupos de ataque disponibles para inmovilizar a las formaciones de Timoshenko hasta que Kleist estuviera listo.

Kleist atacó el lado sur del saliente de Barvenkovo antes del amanecer del 17 de mayo. Hacia mediodía, la punta de lanza había avanzado 16 km, aunque sus divisiones blindadas tuvieron que enzarzarse con los T-34 en un combate a corta distancia, pues de otro modo sus «obuses rebotaban como fuegos artificiales».

Esa noche, Timoshenko se comunicó con Moscú rogando refuerzos para detener a Kleist. Según Zhukov, Timoshenko no advirtió a Moscú que sus tropas podrían sufrir un cerco, pero el comisario jefe del frente, Nikita Jruschov, asegura que Stalin rehusó reiteradamente permitirles que se retiraran del peligro. (Esto último fue una de las acusaciones contra Stalin durante su famosa denuncia en el XX Congreso del Partido en 1956). Finalmente, el 19 de mayo, Timoshenko detuvo la ofensiva, con el asentimiento de Stalin, pero era demasiado tarde.

Bock decidió que había llegado el momento de que Paulus atacara desde el norte para cerrar la trampa. La lucha resultante, una compresión gradual de más de 250.000 soldados soviéticos, provocó situaciones inéditas. Según un suboficial veterano de la 389ª división de infantería, el regimiento de granaderos se encontró combatiendo en una batalla despiadada con lo que denominó un «batallón de bandidos» formado por mujeres, dirigidas por una pelirroja. «Los métodos de lucha en estas bestias femeninas se manifestaban en formas traicioneras y peligrosas. Se ocultaban en montones de paja y nos disparaban por la espalda cuando pasábamos».

Sólo cuando el anillo se estaba cerrando, una parte del 2º regimiento blindado y otra de la artillería motorizada se encontraron aislados entre masas de rusos al caer la noche. Su comandante era el legendario Hyazinth, conde de Strachwitz, llamado el «soldado de caballería blindado». Strachwitz tenía 49 años, había sido un renombrado jinete de la caballería en la primera guerra mundial (sus tropas se habían adelantado tanto en 1914 que habían visto Paris a lo lejos) y aún conservaba el oscuro mostacho y la buena presencia de una estrella de cine de los años veinte. Más importante aún era que no había perdido su misterioso olfato para el peligro que había hecho su reputación de jefe afortunado.

Como esta pequeña fuerza de la 16ª división de blindados no tenía idea de la situación a su alrededor cuando cayó la oscuridad, Strachwitz ordenó una defensa en forma de erizo hasta el amanecer. Justo antes de las primeras luces, fue con el capitán

barón Bernd von Freytag-Loringhoven, que era uno de sus comandantes de escuadrón, y dos oficiales de artillería hasta una pequeña montaña para mirar alrededor. Cuando los cuatro oficiales enfocaban sus binoculares, Strachwitz súbitamente agarró del brazo a Freytag-Loringhoven y lo arrastró ladera abajo. Avisó a gritos a los dos artilleros, pero éstos no fueron suficientemente rápidos y un obús de una batería rusa en la otra montaña los mató. Strachwitz, sin pérdida de tiempo, ordenó a los chóferes que salieran y los tanques y vehículos cargaron en bloque fuera del vasto cerco, para unirse con el resto de la división.

Los soldados del Ejército Rojo resistieron encarnizadamente durante más de una semana bajo el húmedo clima de primavera. Cargaban desesperadamente –a veces cogidos del brazo- contra las líneas alemanas en la noche, pero el cerco era firme y fueron masacrados por millares bajo la rara luz mortecina de las llamaradas de magnesio. Los cuerpos apilados frente a las posiciones alemanas daban testimonio de su valor suicida. Los supervivientes se preguntaban su alguna vez saldrían de allí. Un anónimo soldado ruso atrapado en la bolsa escribió en un trozo de papel cómo, observando «los reflectores alemanes jugando en las nubes», se preguntaba su vería otra vez a su amada.

Menos de un hombre de cada diez consiguió escapar. Los ejércitos 6º y 57º, atrapados en la «ratonera de Barvenkovo», estaban virtualmente aniquilados. Los ejércitos de Paulus y Kleist consiguieron casi 240.000 prisioneros, 2.000 cañones y el grueso de los tanques de Timoshenko. Sus propias bajas no pasaron de algo más de 20.000 hombres. Las felicitaciones llegaron de todas partes. Paulus se encontró agasajado por la prensa nazi que, reacia a alabar a los aristócratas reaccionarios, daba gran importancia a sus modestos orígenes. El Führer le concedió la Cruz de Hierro y envió un mensaje para expresarle que apreciaba absolutamente «el triunfo del VI ejército contra un enemigo abrumadoramente superior en número». Schmidt, el jefe del estado mayor de Paulus, sostuvo años después que el efecto más importante de esta batalla estuvo en la actitud de Paulus hacia Hitler. La decisión del Führer de contraatacar convenció a Paulus de su brillantez y de la capacidad superior de la OKW[*] para evaluar la situación estratégica.

Fue irónico que, en estas circunstancias, Paulus también recibiera una carta desusadamente emotiva de aprecio del mayor conde Claus von Stauffenberg del estado mayor, que había sido su compañero durante parte de la batalla, en la que le decía: «Cuán refrescante es salir de esta atmósfera a un ambiente donde los hombres dan lo mejor sin pensarlo dos veces, y dan sus vidas también, sin un murmullo de queja, mientras los jefes y aquellos que deberían dar ejemplo pelean y querellan por su prestigio personal, o no tienen el valor de decir sus opiniones sobre una cuestión que afecta a las vidas de miles de sus semejantes». Paulus no advirtió, o lo que es más probable, ignoró deliberadamente el mensaje en clave.

Paulus era claramente reacio a examinar los errores de Hitler, aunque después del modo en que los planes de Barbarroja habían sido cambiados por capricho del Führer el año anterior debería haber sido capaz de evaluar el peligro real para los jefes del campo. Hitler, intoxicado con la idea de su propia infalibilidad, y aprovechándose de la comunicación casi instantánea con su cuartel general, trataría, a la manera de un dios, de controlar cada maniobra desde lejos.

---

[*] OKW (Oberkommando der Wehrmacht) se encontraba cerca de Rastenburg (hoy Ketrzyn, al noreste de Polonia, y al norte de Warszawa o Varsovia).
OKH (Oberkommando des Heeres, cuartel general supremo) se encontraba en Zossen, al sur de Berlín.

- 6 -

¿Cuánta tierra necesita un hombre?

El 1º de junio temprano Hitler despegó del aeródromo cerca de Rastenburg en su avión personal Cóndor Focke-Wulf rumbo al cuartel general del grupo de ejércitos del sur en Poltava. El asunto de la conferencia era la gran ofensiva de verano. Estaba de un humor eufórico cuando saludó al mariscal de campo Von Bock y a los comandantes de alto rango, incluidos Kleist del 1er ejército blindado, Hoth del 4º ejército blindado y Paulus del VI ejército. El alto oficial de la Luftwaffe presente era el capitán general barón Wolfram von Richthofen.

Richthofen, un primo del «barón rojo» [Manfred-Albrecht Freiherr von Richthofen, der *Rote Kampfflieger*, nacido el 02.05.1892 en Breslau y + 21.04.1918 en Vaux-sur-Somme y enterrado en el cementerio Südfriedhof de **Wiesbaden**(D)], a cuyo escuadrón se había unido en 1917, era un hombre de rostro duro, inteligente a la vez que arrogante. Su carrera de crueldad hablaba por sí misma. Había mandado la Legión Cóndor en España, cuando se había inventado la técnica del bombardeo rasante y había sido el responsable directo de la destrucción de Guernica en 1937, un acontecimiento que terminó por simbolizar el horror de la guerra moderna. Fue el VIII cuerpo aéreo de Richthofen el que destruyó Belgrado en abril de 1941, matando a 17.000 civiles; un acto por el cual su comandante en jefe, el general Alexander Löhr, fue ejecutado después de la guerra por los yugoslavos. El mes siguiente, durante la invasión de Creta, la aviación de Richthofen redujo a ruinas la arquitectura veneciana de La Canea y Heraclion.

Durante la conferencia, Hitler apenas mencionó Stalingrado. En lo que se refería a los generales era poco más que un nombre en el mapa. Estaba obsesionado con los campos petroleros de Cáucaso. «Si no tomamos Maikop y Grozni –dijo a sus generales-, entonces debemos poner fin a la guerra». En ese punto, el único interés en Stalingrado era eliminar las fábricas de armamento y conseguir una posición en el Volga. La toma de la ciudad en sí misma no era considerada necesaria.

La primera fase de la operación Azul consistía en capturar Voronezh. La segunda era acorralar al grueso de las fuerzas soviéticas en un gran movimiento de pinza al oeste del Don. El VI ejército avanzaría entonces hacia Stalingrado para apoderarse del flanco nordeste, mientras en ejército blindado de Kleist y el 17º ejército ocupaba el Cáucaso. Después de que Bock hubo terminado su exposición, habló Hitler. Hizo que todo sonara muy sencillo. El Ejército Rojo estaría acabado después de la lucha del invierno, y la victoria en Jarkov había confirmado otra vez la supremacía alemana. Tan seguro estaba Hitler del éxito en el sur, que tan pronto como cayó Sebastopol, planeó enviar el 11º ejército de Manstein hacia en norte. Incluso le habló a éste de su sueño de enviar columnas acorazadas a través del Cáucaso hacia el Oriente Próximo y a la India.

Antes de que la operación Azul comenzara efectivamente, tenían que ser realizadas dos ofensivas menores para organizar el frente y preparar la línea de salida con cabezas de puente al otro lado del río Donets. En la tarde del 5 de junio, como fiesta de despedida, muchos oficiales y soldados del VI ejército fueron al ballet de Jarkov. Los bailarines no remunerados habían sido mantenidos con vida durante el invierno gracias a las raciones de la Wehrmacht. Ese día bailaron el *Lago de los cisnes* y la apretujada audiencia, sudando en sus uniformes de *feldgrau*, disfrutó enormemente con la interpretación de la tragedia del príncipe Sigfrido, atrapado por el malvado Rothbart. (Esta curiosa conjunción de dos nombres en clave: Sigfrido, el nombre original de la operación Azul, y Rothbart, la traducción alemana de Barbarroja, era pura coincidencia). Después de la actuación, la audiencia se apresuró a incorporarse a sus unidades. En esa calurosa noche sin luna, la vanguardia del VI ejército comenzó a moverse hacia el nordeste al sector de Volchansk.

El 10 de junio, a las dos de la mañana, las compañías de la 297ª división de infantería comenzaron a cruzar en Donets en botes de asalto. Habiendo asegurado un punto en el otro lado, las compañías de zapadores se pusieron a trabajar construyendo un pontón de cincuenta y cuatro metros. Hacia el anochecer los tanques de la 14ª división blindada cruzaban ruidosamente. A la mañana siguiente, hubo embotellamientos de tránsito entre los campos minados a ambos lados del camino, marcados con adhesivo blanco. Un chaparrón convirtió la trocha en una ciénaga. Entonces explosionaron dos obuses que, al hacer volar barro y humo negro en el aire, espantaron a los caballos de un carro de equipaje, que retrocedieron desbocados y se salieron del camino. Explotó una mina. Un caballo voló hecho pedazos, el otro cayó en el suelo sangrando. El carro se incendió. Las llamas se extendieron al carro cercano cargado de municiones. Las balas y granadas comenzaron a explosionar en una batalla instantánea.

El patrón de escaramuzas, éxitos y percances relativamente menores continuó al día siguiente. Un mayor de la plana mayor de una división suaba estaba sentado junto a su general en un terraplén del ferrocarril durante una visita a una unidad de avanzada. Fue muerto en el acto por un disparo de un francotirador ruso oculto en un matorral. Su chofer también fue herido en el hombro izquierdo. El general, habiendo ordenado a la infantería y a un par de cañones de asalto autopropulsados que respondieran en represalia, hizo que el cadáver del mayor fuera colocado en su vehículo y abandonó «el fatídico paraje». Durante la cena esa noche en el comedor del cuartel general, los oficiales jóvenes conversaron sobre las ventajas de la muerte súbita. Algunos consideraban que el inesperado fin del mayor era deseable, casi un ideal militar; otros se sentían deprimidos, viendo esto como el robo de una vida que ponía el cuerpo de un oficial al alcance de un juego de tiro al blanco. El general mantuvo un encolerizado silencio durante todo el tiempo, evidentemente perturbado por la muerte de un subordinado por una bala destinada a él.

Mientras el VI ejército y el 1er ejército blindado conseguía una línea de salida para la operación Azul, que debía comenzar el 28 de junio, la confusión reinaba en todos los cuarteles generales involucrados. El 19 de junio, el mayor Reichel, oficial de operaciones de la 23ª división blindada, viajó en una avioneta Fieseler Storch a visitar una unidad en la línea del frente. En contra de todas las medidas de seguridad, había llevado con él una serie de órdenes precisas para la operación. La Storch fue derribada más allá de las líneas alemanas. Una patrulla enviada a recuperar los cuerpos y la documentación encontró que los rusos habían llegado primero. Hitler, al saber la noticia, se trastornó de rabia. Exigió que el comandante de la división y el comandante del cuerpo de Reichel comparecieran ante una corte marcial.

La gran ironía fue que Stalin, cuando se le habló de los papeles capturados, los rechazó por considerarlos falsificaciones. Volviendo a su obsesiva obstinación del año anterior, se negaba a creer en nada que contradijera su opinión de que Hitler asaltaría de nuevo Moscú. El cuartel general del frente suroeste envió los papeles de Reichel al Kremlin por avión, pero Stalin, en una reunión el 26 de junio con el general Golikov, el comandante del avanzado frente de Bryansk, lanzó los papeles a un lado furiosamente al ver que Golikov creía que eran auténticos. Golikov fue enviado directamente de regreso a su cuartel general a preparar un ataque rápido que se adelantara a recobrar Orel. Junto con la plana mayor, Golikov trabajó en esbozar un plan todo el día siguiente y la mayor parte de la noche, pero sus esfuerzos fueron vanos. La ofensiva alemana comenzó pocas horas después.

El 28 de junio, el 2º ejército y el 4º ejército blindado, que se habían desplegado cerca de Kursk, atacaron como estaba previsto por el esta, hacia Voronezh, no por el norte, hacia Orel y Moscú como pensaba Stalin. Un controlador aéreo de vanguardia de la Luftwaffe, generalmente un teniente apoyado por una pareja de suboficiales con uno de los últimos aparatos de radio, fue adscrito a los cuarteles generales de las divisiones blindadas de vanguardia, listo para dar la señal para los ataques aéreos. Una vez que se inició la acometida, las divisiones blindadas de Hoth avanzaron rápidamente, junto con los Stukas de Richthofen golpeando los puntos fuertes o las concentraciones de tanques situadas adelante.

La arremetida del 4º ejército blindado de Hoth causó gran alarma en Moscú. Stalin aceptó la petición de Golikov de más tanques y transfirió varias brigadas de la reserva de la *Stavka* y del frente sudoeste de Timoshenko. Pero debido a las malas comunicaciones, el despliegue para una contraofensiva se demoró. Un Focke-Wulf 189 de un escuadrón de reconocimiento cercano ubicó las áreas de concentración y, el 4 de julio, el VIII cuerpo aéreo de Richthofen arremetió otra vez.

El 30 de junio, el VI ejército de Paulus cruzó la línea de salida preparada en el margen oriental del río Donets. Tenía al 2º ejército húngaro a su derecha y al 1er ejército blindado a su izquierda. Toparon con una resistencia mayor de la que esperaban, pues los T-34 y los cañones antitanques estaban enterrados y camuflados de los Stukas así como de los blindados. Esta forma de combate, no obstante, colocaba a las tropas de los tanques rusos en desventaja porque las tropas mucho más experimentadas de los blindados alemanes los superaban fácilmente. Las tripulaciones soviéticas luchaban hasta el fin sin moverse, o huían a la carrera en el último momento. «Los tanques rusos salen de sus posiciones como tortugas –escribió un observador- y tratan de escapar zigzagueando. Algunos todavía llevan las redes de camuflaje como pelucas verdes».

Las divisiones alemanas avanzaban cruzando inmensos trigales y campos de girasoles. Uno de los principales peligros que afrontaban provenía de los soldados del Ejército Rojo que, aislados por el rápido avance, atacaban desde la retaguardia o el flanco. En muchos casos en que los soldados alemanes respondían disparando, los soldados del Ejército Rojo se desplomaban y yacían sin moverse fingiendo estar muertos. Cuando los alemanes se acercaban a investigar, los soldados soviéticos aguardaban casi hasta el último momento, y entonces «les disparaban a quemarropa».

Pese a su implacable avance, los oficiales del estado mayor alemán seguían incómodos con la captura de los papeles del mayor Reichel. Habían estado discutiendo en privado si Jarkov había sido o no una victoria decisiva: ahora temían una trampa. No sabían si el enemigo estaba preparando ejércitos de reserva para un contraataque sorpresa, o planeando retirarse al interior, extendiendo sus líneas de aprovisionamiento más allá

hacia las vastas regiones con deficientes comunicaciones. En este punto, sin embargo, sus temores eran muy exagerados. Debido a la interrupción de las comunicaciones, el caos en el bando soviético era tan grande que los oficiales y comandantes de la plana mayor tenían que volar en biplanos, escabulléndose de los Messerschmitts, tratando de localizar a sus soldados.

El asunto Reichel tuvo una larga secuela. Se perpetuó la idea de una astuta trampa soviética y fue adornada después de la batalla de Stalingrado por muchos supervivientes e historiadores alemanes del período de la guerra fría, que ignoraban el hecho bastante evidente de que el más grande error de Stalin desde el inicio de la invasión habría sido el negarse a permitir que sus tropas se retirasen. El inicio de la retirada del Ejército Rojo ante los alemanes en julio de 1942 no era parte de un plan diabólico. Simplemente, Stalin había aceptado que era sensato permitir a los comandantes eludir el cerco. En consecuencia, el ataque alemán de pinza al oeste del Don se cerró inútilmente.

La *Stavka*, sin embargo, estaba de acuerdo con que Voronezh, un centro vital de comunicaciones, debía ser defendido hasta el fin. Sabían que si no aguantaban allí, e impedían a los alemanes que avanzaran por el alto Don, todo el frente sur occidental de Timoshenko quedaría flanqueado.

Voronezh sería la primera gran batalla para la 24ª división blindada recientemente motorizada, que hasta el año anterior había sido la única división de caballería de la Wehrmacht. Flanqueada por las divisiones motorizadas *Grossdeutschland* y 16ª, la 24ª división blindada atacó precipitadamente en Voronezh. El 3 de julio sus granaderos blindados alcanzaron el Don y consiguieron una cabeza de puente en la otra orilla. La noche siguiente los granaderos blindados de la *Grossdeutschland* capturaron el puente sobre la principal ruta a Voronezh con un audaz golpe de mano, antes de que los rusos se dieran cuenta de lo que pasaba.

Ese mismo día Hitler voló una vez más a Poltava con su séquito para consultar con el mariscal de campo Von Bock. Otra vez estaba con un ánimo triunfal por la captura de Sebastopol, y acababa de ascender a Manstein a mariscal de campo. «Durante la conversación –escribió Bock en su diario- el Führer se divertía con la idea de que los ingleses se libraran de un general cuando las cosas iban mal, y así estuvieran sepultando cualquier iniciativa en su ejército». Los generales alemanes presentes se vieron forzados a unirse a las risas aduladoras. Aunque evidentemente el Führer estaba de un humor eufórico, no tenía en menor deseo de que los ejércitos soviéticos escaparan, especialmente aquellos al sudoeste de Voronezh dentro de los meandros del Don. Parecía que la ciudad caería rápidamente.

Hitler adoptó una desastrosa solución de compromiso. Permitió a Bock continuar en la batalla de Voronezh con uno de los cuerpos blindados ya implicados, a la vez que enviaba el resto del ejército de Hoth al sur. Pero las unidades alemanas dejadas allí carecían de la fuerza de combate para lograra un rápido resultado. Los defensores rusos resistieron librando una feroz lucha en las calles, en las que los alemanes perdieron sus principales ventajas.

Más por casualidad que por estrategia, la lucha en Voronezh fue parte de una fase en que el Ejército Rojo se dedicó a concentrar la defensa en las ciudades y no en líneas arbitrarias sobre el mapa. La nueva flexibilidad había permitido a los ejércitos de Timoshenko replegarse evitando el cerco, pero ya habían sido tan fuertemente atacados que el 12 de julio un nuevo mando de un grupo de ejércitos –el frente de Stalingrado- se había establecido siguiendo una directiva de la *Stavka*. Aunque nadie se atrevía a expresar la insinuación derrotista de que el Ejército Rojo podría ser obligado a retroceder hasta el Volga, comenzó a crecer la sospecha de que allí sería donde se

libraría la principal batalla. La prueba más palpable fue el rápido envío desde Saratov de la 10ª división de fusileros de la NKVD, cuyos cinco regimientos venían de los Urales y Liberia. El cuartel general de las divisiones tomó el mando de todas las unidades de la NKVD y los batallones de milicianos, organizando un destacamento acorazado y dos batallones de captación de tanques, y asumió el control de tráfico fluvial por el Volga.

Éstos parecían días gloriosos para los regimientos alemanes de la línea del frente. «Hasta donde el ojo puede alcanzar –escribió un observador- los vehículos acorazados y las semiorugas avanzan arrolladores por la estepa. Los estandartes ondean en el trémulo aire de la tarde». Los comandantes iban de pie erectos en las torretas de sus tanques, un brazo en alto, señalando a sus compañías el avance. Sus orugas revolvían el polvo y lo levantaban como una estela de nubes de humo.

Estos días eran especialmente embriagantes para los jóvenes oficiales que se precipitaban a reconquistar Rostov del Don. La recuperación de la moral con el clima primaveral, el nuevo equipo y el gran éxito en Jarkov había dejado atrás la pesadilla del invierno anterior. «Era casi como si tuviéramos dos divisiones en nuestra cabeza –explicaba el conde Clemens von Kageneck, un teniente de la 3ª división blindada que pronto ganaría la Cruz de Hierro (con hojas de roble)-. Íbamos a la carga alborozadamente aunque sabíamos que el enemigo atacaría otra vez en el invierno». Habían medio olvidado la capacidad de Rusia, con sus enormes distancias, su clima extremo y sus malos caminos, para desgastar la moderna maquinaria y forzarlos a volver a las tácticas y a las condiciones de la primera guerra mundial.

En los primeros meses de la campaña, la infantería calculó cuidadosamente cuánto había avanzado desde que cruzó la frontera en la mañana de Barbarroja. Ahora no se preocupaban más. Marchaban hacia delante, con una costra de polvo y sudor en los rostros, al «ritmo de 10 kilómetros» (10 km por hora) en un intento de ir a la par con las formaciones motorizadas. Los comandantes de los blindados parecían también olvidar que la artillería de la mayoría de las divisiones alemanas no estaban todavía mecanizadas, que los caballos avanzaban a duras penas y tosían regularmente en las nubes de polvo, mientras las tripulaciones de cañones iban bamboleándose de fatiga sobre ellos. Pero la tecnología y lo llano de la estepa tenía una gran ventaja. Cualquier herido de los combates de las avanzadillas era rápidamente evacuado por «Sanitäts-Ju», un Junkers 52 convertido en ambulancia aérea.

Impresionados por el horizonte sin límites u la amplitud del cielo, y quizá también influidos por la vista de vehículos tambaleándose locamente entre los baches como barcos en una fuerte marejada, los más imaginativos veían la estepa como un mar inexplorado. El general Strecker la comparó en una carta a «un océano que podría ahogar al invasor». Los pueblos eran equivalentes a islas. En la estepa tostada por el sol, también ofrecían la fuente de agua más factible. Pero un comandante de blindados podía divisar una iglesia con su cúpula de bulbo de cebolla y al llegar allí encontrar que todo el resto del pueblo estaba destruido, quizá con los troncos aún humeantes. Sólo las chimeneas de ladrillo permanecían en pie. Los esqueletos de los caballos y reses yacían alrededor, con los vientres que al hincharse con el calor hacían que las patas quedaran grotescamente levantadas en el aire. Con frecuencia, el único signo de vida era un insólito gato que maullaba entre las ruinas.

En algún pueblo no tocado por la lucha, podía ocurrir que un viejo campesino apareciera vacilante, quitándose el gorro como si estuviera ante un *barin* de antes de la revolución, y se apresurara a traer agua para los visitantes. Mientras tanto, algunas mujeres del pueblo podían llevarse los gansos a un barranco o bosquecillo cercano para

ocultarlos, aunque pronto descubrirían que los soldados alemanes tenían tan buen olfato como cualquier grupo de requisamiento del Partido Comunista.

Los soldados no sólo se apropiaban de las cebollas y nabos de los campesinos, también saqueaban casi toda la huerta o parcela por donde pasaban. El botín de guerra favorito eran los pollos, patos y gansos, pues eran muy transportables y fáciles de preparar en la olla. Clemens Podewils, un corresponsal de guerra adscrito al VI ejército, describe en su diario la entrada de un grupo de combate a un pueblo después de una corta escaramuza: «Unas figuras negras saltaban de los tanques y semiorugas. De pronto se realizaba una gran ejecución. Los pollos, con sus pescuezos sangrantes y batiendo las alas en los últimos estertores, fueron metidos en los vehículos. Los hombres subían de nuevo a ellos, las ruedas de los tanques rechinaron en el suelo, y los vehículos corrían otra vez». La única cosa que no se molestaron en arrebatar a los lugareños ese verano fueron sus semillas de girasol, a las que los soldados alemanes llamaban en broma «chocolates rusos».

Hay una inquietante incongruencia en muchos relatos que no establecen ninguna conexión entre las escenas aterradoras y su propia participación. «Un muchachito apareció en nuestro camino –escribió un estudiante de teología de veinte años-. Ya no mendigaba, simplemente murmuraba: "*Pan*, pan". Es espeluznante ver cuánta pena, sufrimiento y apatía pueden existir en el rostro de un niño». Poco después, el mismo estudiante de teología convertido en soldado, justo antes de su muerte, revela el lirismo de un romántico de inicios del siglo XIX: «Alemania, no he usado aún esta palabra, tú, país de grandes y fuertes corazones. Eres mi hogar. La vida de uno vale la pena al convertirse en una semilla tuya».

Los aliados de los alemanes saqueaban con una noción propia de moralidad paradójica según la cual debía ser correcto robarles a los comunistas. Un cabo húngaro escribió en su diario: «Nuestros muchachos han robado tres jarras de leche que las mujeres habían bajado al sótano; cuando nuestros chicos aparecieron con granadas y pretendieron lanzarlas, las mujeres asustadas se fueron corriendo y nuestros chicos se llevaron la leche. Rogamos a Dios que nos ayude también en el futuro».

Ese mes de julio Hitler se volvía cada vez más impaciente con las demoras que eran esencialmente responsabilidad suya. Las divisiones blindadas avanzaban con repentinas acometidas, pero tuvieron que detenerse en un momento crucial debido a que se les acabó el combustible. Esto representaba un retraso doblemente mortificante para el Führer, cuyos ojos se iban constantemente a los campos petroleros del Cáucaso señalados en el mapa.

Su humor impaciente lo impulsó a realizar el más desastroso cambio de planes, que en realidad hizo perder más tiempo y desperdiciar más del precioso combustible al hacer que las formaciones cambiaran de rumbo. El paso principal de la operación Azul había sido un rápido avance del VI ejército y el 4º ejército blindado hacia Stalingrado para atajar la retirada de las tropas de Timoshenko, antes de que se lanzaran a atacar Rostov y por el bajo Don se dirigieran al Cáucaso. Pero Hitler estaba tan desesperado por acelerar la ofensiva que decidió lanzar las dos etapas a la vez. Esto por supuesto redujo la concentración de la fuerza. Totalmente contra el parecer de Halder, desvió el ejército blindado de Hoth hacia el sur y privó al VI ejército del XL cuerpo blindado, convirtiendo su avance en un lento asalto frontal contra Stalingrado.

El mariscal de campo Von Bock no podía ocultar su exasperación ante la arbitraria decisión del Führer de convertir la operación Azul de un conjunto con dos etapas en dos partes completamente separadas. Hitler también decidió dividir el grupo

de ejércitos del sur en dos. El mariscal de campo List, un bábaro, debería llevar el grupo de ejércitos A hacia el Cáucaso, mientras que el mariscal de campo barón Von Weichs debía mandar el grupo de ejércitos B, con el VI ejército como su formación más grande. El Führer, demasiado consciente de la desaprobación de Bock, lo destituyó, culpándolo por la demora en Voronezh. De modo que Hitler no sólo cambió la organización, sino también el ritmo y la secuencia que regía la lógica de la operación Azul. Su siguiente paso, dos semanas después, fue aumentar su amplitud considerablemente, mientras reducía las fuerzas disponibles aún más.

La atención del Führer estaba centrada fijamente en los accesos al Cáucaso, pues esperaba con impaciencia señales de una gran batalla de envolvimiento, que acorralaría a las fuerzas de Timoshenko en la estepa el norte de Rostov. Pero el único cerco que se logró fue el comparativamente pequeño del XL cuerpo blindado en Millerovo el 17 de julio. Las divisiones blindadas, sin pérdida de tiempo, dejaron a otras tropas para que lo completaran. Se dirigieron al sudeste y sus unidades de vanguardia llegaron al pueblo y a la estación de trenes de Morozovk al día siguiente. El 19 de julio llegaron al bajo Don: un trecho de 200 km en sólo tres días.

Una vez más, el destino que aguardaba a los prisioneros soviéticos fue terrible. Stepan Ignatevich Odiniktsev, un oficinista de la 60ª división de caballería, estuvo entre los capturados en Millerovo el 17 de julio. Junto con otros miles de prisioneros rusos fue arreado hacia una jaula improvisada en Morozovsk, junto a la principal línea de ferrocarril que iba por el este hasta Stalingrado y de regreso hacia el oeste por Ucrania. Algunos prisioneros fueron distribuidos en las siguientes semanas en otros campos apresuradamente levantados, y Odiniktsev se encontró en otra jaula de alambres de púas y sin techo, cerca de la aldea de Golubaya. Después de haber sido hallado tres meses más tarde por tropas del Ejército Rojo, recordaba: «Nos mataban de hambre. En los mejores días recibíamos un poco de centeno en agua hervida. La carne de un caballo muerto era una exquisitez. Nos golpeaban constantemente con la culata de los rifles, a veces sin razón. Cada día docenas de personas morían de hambre o de los golpes». Aunque la NKVD sospechaba muchísimo de cualquier soldado del Ejército Rojo apresado por los alemanes, el interrogador de Odiniktsev creyó su historia: «Este hombre –anotó con lápiz al final del informe mecanografiado- parece un esqueleto cubierto de piel».

Tan rápido fue el avance alemán en ese momento que, el 19 de julio, Stalin ordenó personalmente al Consejo de Defensa de Stalingrado que preparara de inmediato la ciudad para la guerra. La *Stavka* temía que Rostov no resistiera por más tiempo. El 17º ejército se dispuso a cruzar el Don, a orillas del Mar Negro, el 1er ejército blindado estaba listo para atacar desde el otro lado del Don al este de ella. El 23 de julio, la 13ª y la 22ª divisiones blindadas respaldadas por granaderos blindados de la división *Wiking* de las SS atacaron justo el centro de Rostov llegando hasta el principal puente sobre el Don. La lucha en la ciudad fue salvaje, especialmente la defensa de las tropas de la NKVD de su cuartel general, pero al final del día siguiente, las últimas bolsas de resistencia fueron aplastadas en una operación de sistemática limpieza casa por casa. El Führer estaba exultante. La reconquista de Rostov borró sus malos recuerdos del invierno anterior.

Hitler había llegado a su nuevo cuartel general en la vanguardia, en la cuidad ucraniana de Vinnitsa (hoy Vinnycja, al sur de Kiev [Kyïv]) el 16 de julio. Como una alternativa al *Wolfsschanze* de Rastenburg, tenía el nombre clave de *Werwolf*. (La palabra «*Wolf*» [lobo], la antigua versión alemana de Adolf, evidentemente suscitaba en el Führer una

emoción atávica). Sin duda se sintió reconfortado al saber que Vinnitsa estaba «*Judenrein*» («limpia de judíos») después de las ejecuciones en masa realizadas por un batallón de policía el otoño anterior. La ciudad, trascendió más tarde, había sido escenario de atrocidades estalinistas en 1938 cuando las tropas de la NKVD masacraron a más de 10.000 ucranianos, pero los alemanes no descubrieron sus tumbas sino hasta 1943.

El complejo *Werwolf* con sus amplias y cómodas cabañas de madera había sido construido en un bosque de pinos al norte de la ciudad. La «casa del Führer», engañosamente simple, se construyó rodeada de un patio privado. Hitler, paranoico en territorio enemigo, también tenía un búnker de hormigón. Su guardaespaldas, Rattenhuber, describió las medidas de seguridad en Vinnitsa en un interrogatorio efectuado por los oficiales del SMERSH poco después del fin de la guerra. Stalin, que estaba obsesionado con todos los detalles personales de Hitler, recibió un informe especial de Abakumov, jefe de SMERSH.

Los esfuerzos y la atención prestada a los detalles, cuando se trataba de las necesidades y la seguridad del Führer, recordaban los de una corte bizantina. Antes de que llegara, los equipos de la Gestapo registraban las paredes en busca de micrófonos y explosivos. Una firma hortícola alemana, Zeidenspiner, creó una gran huerta, y la organización Todt sembró las plantas. El jefe de personal de Hitler, *Hauptsturmführer* Fater, tenía que ir a seleccionar en persona las verduras. Cualquier otra verdura destinada al plato del Führer tenía que ser sacada en presencia de un mensajero designado que entonces la llevaba directamente a la cocina. Toda la comida se analizaba químicamente antes de ser preparada y era probada por un catador antes de que llegara a su plato. Las muestras de agua tenían que ser examinadas varias veces al día. El agua mineral era embotellada en presencia de los mensajeros, y llevada por ellos. Incluso la ropa de la lavandería pasaba por rayos X para asegurarse de que no hubiera explosivos ocultos. Se almacenaban tanques de oxígeno fuera del búnker preparados para bombear el aire dentro, porque Hitler temía los vapores nocivos del ferrohormigón. La Gestapo supervisaba el contenido de estos tanques y los comprobaba regularmente.

La estancia del Führer durante la segunda quincena de julio coincidió con un período de mucho calor. La temperatura subió hasta casi 40ºC. Hitler sudando con profusión, se sentía incómodo, especialmente en su estado de febril impaciencia durante el avance sobre Rostov. Incapaz de soportar la espera, no cesaba de animar a Halder a que acelerase la operación. También estaba convencido de que el Ejército Rojo vivía la etapa final de su derrumbe que el 23 de julio rescribió la operación Azul en la directiva nº 45 del Führer: «En una campaña que ha durado poco más de tres semanas, los objetivos esenciales esbozados por mí para el flanco sur del frente oriental se han conseguido ampliamente. Sólo unas débiles fuerzas enemigas han logrado escapar del cerco y alcanzar el margen opuesto del Don».

Hitler, habiendo ignorado ya el fundamento estratégico sobre el que se basaba todo el plan, ahora aumentaba sus objetivos de un plumazo. El VI ejército tomaría y ocuparía Stalingrado. Ya no estaba satisfecho con la idea original de avanzar meramente hasta el Volga y destruir las fábricas de armamento. Paulus debía entonces enviar grupos motorizados Volga abajo hasta Astracán en el Mar Caspio. Se ordenó ahora al grupo de ejércitos A bajo el mando del mariscal de campo List tomar toda la costa oriental del Mar Negro y casi todo lo que restaba del Cáucaso.

List, al recibir esta orden dos días después, se quedó mirando fijamente con incredulidad. Sólo podía concluir que Hitler poseía informes de inteligencia que confirmaban el derrumbe del Ejército Rojo que aún no habían circulado. Los comandantes del ejército también escucharon que el 11º ejército de Manstein, habiendo ya completado la conquista de Crimea, estaban marchando al frente de Leningrado, y que las divisiones de granaderos blindados *Grossdeutschland* y *Leibstandarte* de las SS estaban siendo enviadas de regreso a Francia. «La constante subestimación del potencial enemigo –escribió Halder en su diario- va tomando paulatinamente una forma grotesca y haciéndose peligrosa».

Hitler trató de justificar esta apuesta de alto riesgo fundándose en los refuerzos que llegaban de los aliados. Aunque el Führer podía ser de lo más persuasivo con su torrente propagandístico total y edificante (lo que Rommel llamaba cínicamente «una cura de rayos de sol»), convenció a muy pocos generales en este asunto en particular. Cuando hablaba en términos grandiosos del 3º y 4º ejércitos rumanos, del 2º ejército húngaro y del 8º ejército italiano, sabía perfectamente bien que no podían nunca equipararse a un cuerpo alemán completo, por no hablar de un ejército, principalmente por su desprotección frente a un ataque de tanques. Los generales alemanes también compartían la opinión formada del mariscal de campo Von Rundstedt sobre este «ejército perfecto de la Liga de las Naciones», que incluía rumanos (cuyos oficiales y suboficiales eran en su opinión «indescriptibles»), italianos («gente terrible») y húngaros («sólo deseaban volver a casa rápidamente»). Con un par de excepciones, tales como los eslovacos («de primera, muy modestos») y las tropas de montaña rumanas, él y otros comandantes alemanes consideraban que estaban mal equipados, mal armados, poco entrenados y que carecían de toda preparación para la guerra en el *Ostfront*.

Aunque usando un tono arrogante, otras fuentes confirman muchas de las observaciones de Rundstedt. Diarios, cartas e informes de los interrogatorios soviéticos dejan muy clara la penosa y, a veces, patética suerte de los soldados y suboficiales aliados. El cabo István Baligh era parte de la 1ª brigada motorizada húngara que salió de la estación de trenes de Budapest «en medio de gente silenciosa y tristes sonidos de cornetas», destinado a la «tierra ensangrentada de Rusia». «¡Madre de Dios que velas por Hungría –escribió en un diario minucioso que fue hallado con su cadáver en la orilla del río Don tres meses después y enviado a Moscú-, ruega por nosotros y protégenos de todos los pecados y desastres! Amén». Al partir sus ánimos eran ambivalentes: tristeza, un antiguo pavor de la estepa rusa y momentos de febril optimismo. En algunos de los trenes con tropas «se escuchaban canciones», recordaba otro húngaro al ser interrogado. «Los soldados y oficiales bebían vino y había alegría. Nadie sabía lo que era la guerra realmente».

Cinco días después el tren de Valgo pasó por algunos de los campos de batalla del año anterior. «Por todas partes se podían ver tanques rusos aplastados. Los miramos y la idea de ese infierno rojo avanzando sobre Hungría nos asustó. Gracias a Dios que ha sido detenido. Confiábamos firmemente en aplastar el peligro rojo para Europa». El 1º de julio, en Ivanovka, escucharon el fuego de la artillería por primera vez. «Por todas partes pueden verse los restos de vehículos alemanes incendiados. ¿Está comenzando a girarse la buena fortuna bélica de los alemanes? Creed en Dios pues así la buena suerte permanecerá con nosotros pese a algunas derrotas».

La amplia mayoría de los soldados aliados eran reclutas, de los cuales al menos la mitad eran analfabetos. Su falta de familiaridad con el adelanto tecnológico los hacía presas del pánico si eran atacados por tanques o aviones. Su jornal diario, como reconoció un teniente rumano de caballería cuando fue apresado, era «suficiente para

comprar sólo un litro de leche». Los servicios médicos parecían haber cambiado poco desde el siglo pasado.

La moral de las unidades húngaras no mejoraba con el modo en que los oficiales trataban a sus hombres. El castigo en campaña en los ejércitos aliados podía ser arbitrario, si no caótico. El cabo Valgo apuntó el 3 de julio: «Un hombre fue a ver a su camarada sin el permiso del comandante de su destacamento. Querían colgarlo, pero el castigo fue cambiado por una guardia de ocho horas por la noche, pero esto también fue pospuesto. No obstante, otros tres soldados fueron colgados. Para dolor mío es como si todavía viviéramos en el siglo XIV». Los rumanos todavía podían ser castigados con la pena de azotes por sus oficiales. Las medidas disciplinarias se habían hecho más necesarias después de que las fuerzas rumanas sufrieran 98.000 bajas en el sitio de Odesa a fines del verano de 1941. Pocos de ellos habían comprendido la razón para continuar avanzando al este del Dniéster, una vez que Besarabia había sido reconquistada.

La actitud balcánica hacia la guerra seguía siendo primitiva en otros sentidos. Ciertos soldados experimentaron su decepción ente la escasez de botín después de lo que los oficiales les habían prometido. «El hábito de saquear está en la sangre de alemanes y húngaros por igual», admitió cándidamente uno de ellos ante el interrogador de la NKVD después de ser capturado.

La verdadera debilidad de estos ejércitos aliados no fue comprobada sino hasta el otoño. Para cuando Hitler llegó a reconocer, pero no aceptar, el error, era demasiado tarde para evitar el desastre. Si uno considera las ambiciones de Hitler, casi siempre compulsivamente demasiado optimistas en esta etapa, es claro que nunca leyó, o nunca asimiló, el cuento de León Tolstoi «¿Cuánta tierra necesita un hombre?» escrito en 1886. Allí se cuenta que un campesino rico llamado Pajom oye hablar de la tierra fértil en el país de los bashkires más allá del Volga. Son un pueblo sencillo y él podrá conseguir toda la tierra que quiera sin mucha dificultad. Cuando Pajom llega al país de los bashkires, le dicen que por mil rublos podría tener todo el terreno que recorra en una jornada, con la condición de volver al punto de partida el mismo día. Pajom, que los desprecia por su sencillez, está exultante. Está seguro de que puede abarcar una gran distancia. No obstante, apenas comienza divisa un valle bonito y luego otro, un estanque allá, una parcela de tierra que sería buena para lino más lejos, y los decide incluir. Entonces se da cuenta de que el sol comienza a ponerse. Al percatarse de que se arriesga a perderlo todo, corre lo más rápido que puede para volver a tiempo. «¡Ay! ¡He sido demasiado ambicioso! –se dice a sí mismo-. Lo he echado a perder todo; no podré llegar antes de que se ponga en sol». El esfuerzo lo mata. Muere en el punto de partida y allí es enterrado. «El obrero cavó una fosa de tres arshines (seis pies), aproximadamente la longitud del cadáver y enterró a su amo», el la conclusión de Tolstoi.[*] A menos de sesenta años la diferencia con la historia era que no se trataba de enterrar a un solo hombre en la estepa, sino a cientos de miles de sustitutos.

[*] Citas de L. Tolstoi tomadas de *Obras completas*, 4 vols., vol. 2º, versión castellana de Irene y Laura Andresco, Aguilar, Madrid, 1975.

- 7 -

«Ni un paso atrás»

El 28 de julio de 1942, mientras Hitler estaba aún celebrando la toma de Rostov, Stalin sentía que el momento crucial se aproximaba. Las fuerzas soviéticas que retrocedían ante el VI ejército de Paulus se enfrentaban a la aniquilación al oeste del Don. Si los alemanes avanzaban entonces por el Volga, cuarenta millas más allá, el país quedaría dividido en dos. El convoy PQ-17 acababa de ser destruido en el Mar de Barents y la nueva línea angloamericana de aprovisionamiento quedaría pronto amenazada. La Unión Soviética estaba a punto de ser estrangulada.

Ese día, Stalin súbitamente dejó de pasear de arriba abajo en su despacho en el Kremlin mientras escuchaba un informe del general Vasilevski. «Han olvidado la orden que di a la *Stavka*!», estalló. Esta orden, emitida el agosto pasado, decía que «quienquiera que se quitara la insignia durante la batalla y se rindiera sería considerado un desertor malicioso, cuya familia debe ser arrestada como familia de uno que falta a un juramento y traidor a la patria. Tales desertores deben ser ejecutados en el acto. Aquellos que caigan en un cerco … y que prefieran rendirse deben ser destruidos por todos los medios, y sus familias deben ser privadas de toda asistencia y estipendio del estado».

-¡La han olvidado! –Repitió Stalin-. Escriba una orden con las mismas palabras.

-¿Cuándo desea usted que me presente con la nueva orden? –preguntó Vasilevski.

-Hoy mismo. Vuelva tan pronto como esté lista.

Vasilevski regresó esa noche con un borrador de la Orden nº 227, más conocida generalmente como «Ni un paso atrás». Stalin hizo muchos cambios, luego la firmó. La orden debía ser leída a todas las tropas del Ejército Rojo. «Los que siembran el pánico y los cobardes deben ser destruidos en el acto. La mentalidad de retirada debe ser eliminada. Los comandantes del ejército que hayan permitido el abandono voluntario de las posiciones deben ser relevados y ser sometidos a un juicio inmediato por un tribunal militar». Quien se rindiera era «un traidor a la patria». Cada ejército tenía que organizar «de tres a cinco destacamentos bien armados (de hasta 200 hombres cada uno)» para formar una segunda línea que abatiera a cualquier soldado que tratara de escapar. Zhukov ejecutó esta orden en el Frente Occidental en diez días, utilizando tanques conducidos por oficiales especialmente seleccionados. Seguían a la primera ola de un

ataque, listos «para combatir la cobardía» abriendo fuego contra cualquier soldado que flaqueara.

Se establecieron tres campos para interrogar a aquellos que habían conseguido escapar de un cautiverio o cerco alemán. Los comandantes que permitieran la retirada debían ser privados de su rango y enviados a compañías o batallones penales. El primero en el frente de Stalingrado se organizó tres semanas después, el 22 de agosto, el día antes de que los alemanes alcanzaran el Volga.

Las compañías penales (*shtrafroty*) debían realizar misiones semisuicidas tales como la limpieza de minas durante un ataque. En total unos 422.700 hombres del Ejército Rojo «expiarían con su sangre los crímenes que habían cometido ante la patria». La idea era tan atractiva para las autoridades soviéticas que los prisioneros civiles fueron transferidos del Gulag a unidades *shtraf*; algunos dicen que fueron un millón, pero esto bien puede ser una exageración. Las promesas de redención por el coraje generalmente resultaron falsas, principalmente por la indiferencia burocrática. Se dejaba a los hombres morir en sus filas. En el frente de Stalingrado, el 51º ejército fue enviado a juntar a los oficiales que habían escapado del cerco. El primer grupo de cincuenta y ocho oficiales supieron que serían enviados ante una comisión que los destinaría a nuevas unidades. En cambio, se encontraron, sin juicio ni previa advertencia, en compañías penales. Cuando el error salió a la luz dos meses más tarde, «ya estaban o heridos o muertos».

El sistema de los departamentos especiales de la NKVD, restablecidos el año anterior para bregar con «traidores, desertores cobardes» fue reforzado. El departamento especial u OO (*Osobyi Otdel*) se remontaba a 1919, cuando Lenin y Félix Dzerzhinski, el jefe de la Checa, deseaban ejercer un completo control sobre las fuerzas armadas. En abril de 1943, menos de dos meses después de que terminara la batalla de Stalingrado, los departamentos especiales, bajo su jefe Víctor Abakumov, se convirtió en SMERSH, siglas de *Smert Shpionam* (Muerte a los espías).

Las divisiones de fusileros tenían una plana mayor del Departamento Especial de la NKVD de hasta veinte oficiales, con un «representante operativo» por batallón, y una unidad de vigilancia del cuartel general de veinte a treinta hombres, que custodiaban a los prisioneros y ejecutaban a los «cobardes y traidores». El oficial del Departamento Especial reclutaba a sus propios agentes e informantes. Según un antiguo informante de SMERSH, tendía a ser «pálido porque solía trabajar durante la noche» y, en el desfile, «nos miraba fijamente al rostro como si supiera algo malo acerca de cada uno de nosotros».

Los departamentos especiales de la NKVD hacían su trabajo de eliminar a los espías y traidores con gran seriedad. Un oficial, usando el nombre de Brunny, escribió al autor y periodista Ilya Ehrenburg quejándose de que los diarios no publicaran bastantes alabanzas de los departamentos especiales. «Es muy difícil descubrir a un espía fascista experimentado. Requiere mucha inteligencia y un buen ojo. Un soldado de la NKVD debe ser muy agudo y conocer las reglas especiales de este juego. La prensa publica mucho sobre las atrocidades de los alemanes, lo cual es necesario, pero es también importante hacer que nuestros soldados odien a los traidores».

La Wehrmacht trató de explotar este enfoque estalinista de la lealtad. Una instrucción alemana recomendaba enfáticamente que se advirtiera a los prisioneros soviéticos «del trato que les esperaba en manos de la NKVD» si lograban escapar «de la cautividad alemana y regresar al Ejército Rojo».

Otro departamento de la NKVD, establecido por Laurenty Beria en el otoño de 1939, se encargaba de los prisioneros de guerra. Su principal tarea había sido la liquidación de más de 4.000 oficiales polacos en el bosque de Katin. En el verano de

1942, sin embargo, sus oficiales estaban sin trabajo porque durante en avance del Eje se capturaron muy pocos alemanes. Todos los miembros de un pequeño destacamento de la 29ª división motorizada del 4º ejército blindado fueron interrogados por la teniente Lepinskaia del departamento político del cuartel general del frente sudoeste. Las preguntas para evaluar su moral proporcionaron poco material esperanzador. «La mayoría de soldados desean luchar hasta el fin –dice en un informe-. No hay casos de deserción o heridas auto inflingidas. Los oficiales son estrictos pero justos».

Lepinskaia tuvo más suerte con los prisioneros rumanos. Un oficial admitió que sus hombres detestaban al mariscal Antonescu por haber «vendido la patria a Alemania». Los soldados rumanos fueron incluso más comunicativos. Les hablaron de «pugilatos con los alemanes», incluso de que un oficial alemán había sido muerto después de que matara a dos de sus camaradas. Sus propios oficiales eran «muy groseros» con ellos y con frecuencia los golpeaban. Había numerosos casos de heridas auto inflingidas, pese a los sermones de los oficiales de que eran «un pecado contra la patria de Dios». Lepinskaia concluyó que los rumanos estaban claramente en un «bajo estado moral y político». Su informe fue enviado rápidamente a Moscú.

El avance por la estepa del Don proporcionó muchas ambiguas experiencias al VI ejército después de las nieves invernales. El general Strecker, comandante del XI cuerpo, la encontró «tan cálida como África, con grandes nubes de polvo». El 22 de julio, su jefe de estado mayor, Helmuth Groscurth, registró una temperatura de «53ºC al sol».

Las súbitas lluvias, aunque convertían los caminos temporalmente en fango, casi no servían para aliviar la escasez de agua, que era la preocupación del *Lander* alemán en ese momento. El Ejército Rojo contaminó los pozos durante su retirada, mientras que los edificios de las granjas colectivas eran destruidos, y los tractores y el ganado llevados a la retaguardia. Se estropeaban las provisiones que no podían ser trasladadas a tiempo: «Los rusos han echado petróleo en las reservas de grano», escribió un cabo a su familia el 10 de agosto. «Los bombarderos soviéticos lanzan bombas de fósforo por la noche para incendiar la estepa», informaba una división blindada. Pero muchas de las columnas de humo negro en el horizonte fueron causadas por cordita prendida alrededor de las posiciones de artillería.

Los artilleros alemanes con pantalones cortos, con sus torsos bronceados musculazos de levantar los proyectiles, parecían atletas de una película de propaganda nazi, pero las condiciones no eran tan saludables como parecían. Comenzaron a aumentar los casos de disentería, tifus y fiebre paratifoidea. Alrededor de las ambulancias de campaña, cocinas y especialmente la sección de carnicería «la plaga de moscas era horrible», informaba un doctor. Eran más peligrosas para los que tenían las heridas abiertas, como las quemaduras de los tripulantes de los tanques. El avance continuo hacía muy dificultoso cuidar a los enfermos y heridos. La evacuación por una ambulancia aérea (Sanitäts-Ju) era la mejor esperanza, pero la insistencia de Hitler en la velocidad significaba que casi todo medio de transporte aéreo tenía que ser desviado para proporcionar combustible a las divisiones blindadas detenidas.

Para los soldados del VI ejército, el verano de 1942 ofreció el último idilio de la guerra. En el país cosaco del Don, las aldeas con cabañas blancas techadas de paja, rodeadas por cerezos, sauces y caballos en los prados formaban un atractivo contraste con el usual deterioro de las aldeas ocupadas por las granjas colectivas. La mayoría de los civiles, que habían permanecido atrás desafiando las órdenes comunistas de evacuación, eran amistosos. Muchos de los hombres más viejos habían luchado contra

los bolcheviques en la guerra civil rusa. Sólo la primavera anterior, apenas unas cuantas semanas antes de la invasión alemana, los cosacos se habían rebelado en Shajti, al norte de Rostov, proclamando una república independiente. Habían sido aplastados por las tropas de la NKVD con rápida y previsible brutalidad.

Para sorpresa de un comandante de una compañía en la 384ª división de infantería, los cosacos siguieron siendo amistosos después de que sus soldados los saquearan. Les entregaron huevos, leche, pepinos encurtidos e incluso un jamón entero de regalo. Entonces acordó comprarles gansos por dos marcos del Reich por unidad. «Para ser franco, la gente da todo lo que tiene si se les trata correctamente –escribió en su diario-. Nunca he comido tanto como aquí. Comimos cucharadas de miel hasta ponernos enfermos, y de noche comimos jamón cocido».

Durante el rápido avance alemán, Stalin trató de culpar a sus generales. Estuvo cambiando comandantes con la vana esperanza de que un nuevo jefe despiadado pudiera impulsar a la resistencia y transformar la situación. Incluso telefoneó a un comandante del ejército para destituirlo y después le dijo que llamara por teléfono a uno de sus propios comandantes del cuerpo que debía ser su reemplazo. Un sentimiento de fracaso y desastre se diseminó, destruyendo la confianza parcialmente recobrada después de la batalla de Moscú. El Ejército Rojo, sufriendo todavía por la prematura ofensiva de Stalin al inicio del año, carecía de las tropas entrenadas y suboficiales y oficiales experimentados. Muchos de los reclutas lanzados a la batalla habían recibido poco más de una docena de días de entrenamiento, algunos incluso menos. La ignorancia de los jóvenes campesinos reclutados en las granjas colectivas sobre la guerra y el armamento moderno era penosa. Un soldado de caballería que encontró un tubo de aluminio en el suelo pensó que podía usarlo como un mango para su cepillo de caballo. Resultó ser una bomba incendiaria que estalló en sus manos.

Los alemanes nunca terminaban de asombrarse del derroche de los comandantes rusos con las vidas de sus hombres. Uno de los peores casos ocurrió durante las batallas defensivas al oeste del Don. Tres batallones con oficiales entrenados, sin armas ni raciones, fueron enviados contra la 16ª división blindada. Su comandante, que se rindió después de la masacre, dijo a sus captores que cuando había protestado «por esta tarea insensata», el comandante del ejército, que estaba obviamente borracho, había bramado que siguiera adelante.

El Ejército Rojo todavía sufría el viejo temor de la iniciativa dejado por las purgas. Pero con los últimos desastres en el sur, que finalmente destruyeron la reputación de los cazadores de brujas estalinistas, una nueva hornada de comandantes estaba comenzando a surgir; enérgicos, despiadados y mucho menos temerosos de los comisarios y la NKVD. Los éxitos de Zhukov ofrecieron la luz y la esperanza para muchos otros oficiales que surgían, furiosos por las humillaciones del Ejército Rojo.

El general Vasili Chiukov, que pronto se convertiría en el comandante del ejército de Stalingrado, era uno de los más implacables de esta nueva generación. Sus arranques de genio eran comparados a los de Zhukov. Su fuerte rostro campesino y su espeso cabello eran típicamente rusos. Tenía también un sólido sentido del humor y una risa de bandido que descubría sus dientes con coronas de oro. La propaganda soviética posteriormente lo retrataba como el verdadero producto de la Revolución de Octubre.

Vasily Chuikov se había perdido los desastrosos seis meses iniciales de la guerra, pues había estado en China como agregado militar acreditado ante Chiang Kai-shek. Después de ser llamado a la Unión Soviética, se convirtió en comandante de un ejército de reserva cerca de Tula. A inicios de julio, cuando todavía sufría una herida en

la espina dorsal, recibió la orden de trasladar sus incompletas divisiones, ahora llamadas 64º ejército, para contener a los alemanes al este del Don.

Chuikov, acompañado por su comisario jefe, Konstantin Kirkovich Abramos, llegó hasta el cuartel general de Stalingrado el 16 de julio. Oyeron que el enemigo estaba avanzando rápidamente hacia el Don pero nadie tenía detalles. El 62º ejército estaba distribuido sobre la parte alta del meandro oriental del Don, y Chuikov tenía que traer sus divisiones para cubrir la parte baja, al sur del río Chir. Comprensiblemente, estaba preocupado por la moral del ejército a su izquierda al haber interceptado un camión lleno de oficiales con latas de gasolina sobrantes que escapaban a la retaguardia sin permiso.

Justo a su derecha, por encima del río Chir, la 44ª división de infantería austriaca estaba empeñada en duros combates contra tres divisiones del 62º ejército. La lucha era particularmente brutal. Un cabo capturado le dijo a su interrogador que un oficial les había disparar contra dos soldados heridos del Ejército Rojo que habían encontrado «escondiéndose en un foso». Más al norte, sin embargo, los alemanes habían penetrado con toda su fuerza, separando a muchos regimientos cuando llegaban al Don en Kamensky.

Los aviones de reconocimiento alemanes rápidamente ubicaron los puntos débiles a los largo del Don, y el despliegue de las divisiones de vanguardia de Chuikov. El 25 de julio, los alemanes atacaron con todas sus fuerzas. Las tormentas de polvo no facilitaron el bautismo de fuego del 64º ejército, ni tampoco contribuyó el hecho de que los destacamentos esenciales permaneciesen todavía acantonados en Tula. La mañana siguiente hubo un ataque alemán acorazado, y aunque los blindados aterrorizaban a las tripulaciones de los ligeros tanques T-60, que trataban de ocultarse en los barrancos, poco podían hacer contra los pesados tanques KV.

«Tenían un alcance mayor –explicó un comandante de blindados-. No podíamos atacarlos a campo abierto. De modo que, como los buques en el mar, retrocedí con mis tanques fuera de su alcance, hice un amplio desvío, y los ataqué desde atrás». Los pesados tanques rusos se dispersaron, excepto uno que había perdido una oruga; se le había encallado la manivela de dirección, de modo que la torreta no pudo girar. «Nos pusimos en fila detrás de él, y comenzamos a disparar. Contábamos los disparos contra el tanque, pero ninguno penetró en su blindaje. Entonces vimos que la escotilla del tanque se movía. Entendí que querían rendirse, así que por radio ordené a mi compañía el cese del fuego». Los rusos entonces abrieron la escotilla, temblorosos y ensordecidos, pero ni siquiera uno estaba herido. «Era deprimente darnos cuenta de cuán inferiores eran los cañones de nuestros tanques».

El ataque alemán contra el flanco derecho del 62º ejército pronto sembró el caos. El 26 de julio se difundió el rumor en los escalones de la retaguardia del 64º ejército de Chuikov de que los tanques alemanes estaban a punto de separarlos. Comenzó una estampida hacia el pontón sobre el Don. El pánico se contagió entonces a las tropas en la línea del frente. Chuikov envió a oficiales de la plana mayor al margen del río a restablecer el orden, pero la aviación alemana había descubierto la oportunidad. Las olas de Stukas de Richthofen aparecieron y varios altos oficiales de Chuikov fueron muertos.

El 62º ejército estaba en una situación peor. La 33ª división de guardias fusileros, bajo el mando del coronel Alexandr Utvenko, se encontró atrapada en la margen oriental del Don, atacada por dos divisiones alemanas. «Habrían acabado rápidamente con nosotros si no nos hubiéramos enterrado profundamente», dijo Utvenko al escritor Konstantin Simonov poco después. Su división, de hasta 3.000 soldados, tuvo que enviar a los heridos en carretas y camellos hacia la retaguardia por la noche. Los alemanes también estaban experimentando grandes bajas. Sólo en un sector

del batallón, 513 cadáveres alemanes fueron arrastrados a una *balka* o barranco. Los rusos estaban tan escasos de municiones que tenían que atacar para apoderarse de las municiones y armas de los enemigos. Tenían tan poco que comer que hervían el trigo de los campos circundantes. El 11 de agosto, los restos de la división se separaron en pequeños grupos para luchar hasta el Don. Contaba Utvenko: «Yo mismo recargué mi pistola cinco veces. Varios comandantes se mataron. Hasta 1.000 hombres fueron muertos, aunque vendieron sus vidas muy caro. Un hombre sacó un folleto de su bolsillo y comenzó a caminar hacia los alemanes. Galia, la interprete de nuestra plana mayor, gritó: "¡Miradlo! ¡La serpiente se va a rendir!" y lo mató con su pistola».

La última bolsa de resistencia, habiéndose quedado sin municiones antitanque, fue invadida por los blindados alemanes. Utvenko y sus restantes compañeros saltaron de un montículo a una marisma, donde le hirió el pie la explosión de una bomba. Sólo podía gatear y pasó el día siguiente escondiéndose en un campo de girasoles con unos veinte soldados. Esa noche se unieron a más supervivientes y nadaron cruzando el Don. Ocho de ellos se ahogaron. A Utvenko lo llevó a través del río su ayudante, un ex ginecólogo, llamado Judobkin, que tuvo un ataque epiléptico apenas llegaron a la orilla opuesta. Utvenko recalcaba que había sido una suerte que no lo tuviera en el río. «Si no nos hemos muerto allí –replicó Judobkin- sobreviviremos a la guerra». Judobkin tenía una razón especial para creer que viviría. Su madre había sido notificada de su muerte en Crimea, donde resultó malherido, y ella organizó un oficio religioso. Según una superstición rusa, su la misa de difuntos de uno se celebra mientras está vivo todavía, uno no morirá pronto. Simonov sintió vívidamente en ese terrible verano de 1942 que esa idea era simbólica para todo el país.

Pese a los desastres y el caos de las malas comunicaciones, las unidades del Ejército Rojo continuaron resistiendo. Actuaron principalmente con incursiones nocturnas, pues un tanque a la luz del día provocaba inmediatamente una respuesta de la Luftwaffe. El comandante de compañía alemán de la 384ª división de infantería, que llevaba un diario, apuntó el 2 de agosto: «Los rusos resisten fuerte. Estas son tropas frescas y jóvenes. Una de nuestras compañías de zapadores evitó la batalla. Muy vergonzoso». Sus propios soldados comenzaron entonces a sufrir muchísimo de dolores de estómago, quizá debido al agua contaminada. «Es terrible aquí –escribió pocos días después-. Qué noches aterradoras. Cada uno de nosotros está tenso. Los nervios de uno no aguantan el riesgo».

En un intento de contrarrestar la superioridad de la Luftwaffe, los regimientos de aviación del Ejército Rojo fueron transferidos rápidamente del frente central al septentrional. Un regimiento de pilotos de combate nocturno que aterrizó por primera vez en una base para apoyar el frente de Stalingrado descubrió que su aeródromo no era más que un amplio campo sembrado de sandías y rodeado de tomatales, que los campesinos locales continuaban cosechando mientras los pilotos aterrizaban y despegaban. La presencia del regimiento fue pronto detectada por un avión de reconocimiento Focke-Wulf, y cuando los Messerschmitt venían lanzando metralla casi a ras del suelo, el mercado campesino cercano fue alcanzado por el fuego. En un instante la escena rural se convirtió en un caos total: los caballos despavoridos se encabritaban arrastrando las carretas, los niños gritaban, las ráfagas de ametralladora desgarraban los toldos y los vendedores eran muertos entre las frutas y verduras. El escuadrón de pilotos nocturnos recibió menos daños, por lo que se encontró forzado a mantener un agotador horario de incursiones. Frecuentemente no había tiempo para comer en las cocinas de campaña al lado de las pistas de aterrizaje, de modo que la

tripulación de tierra llevaba los platos a los aviones para distribuirlos y los pilotos comían en la cabina de mando. Las reglas de seguridad remachadas por los comisarios al personal de tierra eran tan absolutas que nunca contaron el número de aeroplanos en el campo, ni cuántos no volvían de una misión.

En las confusas escaramuzas aéreas de ese momento, el mayor Kondrashov, el comandante del regimiento, fue derribado tras las líneas alemanas. Su pierna izquierda, que más tarde perdió, quedó destrozada en la caída, pero un campesina que vivía cerca logró sacarlo de las ruinas y lo cuidó en su casa. El lugar había sido marcado por sus colegas pilotos del regimiento, y poco después del amanecer, dos de ellos aterrizaron cerca de la casa. Llevaron fuera a Kondrashov y lo metieron aprisa en el asiento trasero de uno de los aviones; el piloto lo llevó a un hospital militar.

Los combates aéreos sobre el Don durante los últimos días de julio y comienzos de agosto atraían la atención de todo el campo de batalla abajo. Los infantes alemanes y los tripulantes de los blindados por igual se hacían sombra sobre los ojos con una mano, mirando el cielo azul y las estelas de vapor. Los aviones rusos generalmente atacaban los blancos terrestres al mediodía. Era una incursión tan regular que los Messerschmitt 109 con frecuencia se aseguraban de que estuvieran por allí listos para ir contra ellos. Vitoreaban cada vez que una nave enemiga era alcanzada y el avión tocado, humeante, caía haciendo una espiral y explosionaba en tierra. La reputación de los pilotos estrella comenzó a crecer en el ejército alemán así como en la Luftwaffe.

En esta guerra de movimientos, las planas mayores de las divisiones blindadas y motorizadas rara vez se molestaban en camuflar sus cuarteles generales. Al trabajar en tiendas rápidamente montadas durante la noche, siguiendo una nueva serie de órdenes o comprobando las municiones y el número de bajas, se encontraban con que las lámparas de alcohol atraían a legiones de insectos, antes que a las balas enemigas. Se habituaron a dormir durante el día, cabeceando y balanceándose mientras los vehículos del cuartel general se trasladaban al siguiente destino.

El comandante de la 16ª división blindada, el general Hans Hube, dormía la siesta en medio de una batalla frente a su estado mayor, de modo que su impasibilidad inspiraba confianza. «Papá Hube», como sus tropas lo llamaban, impresionaba de inmediato con su rostro robusto y poderoso y su mano artificial negra, pues había perdido un brazo en la primera guerra mundial. Hube era una criatura de hábitos y organización firmes. Hubiera o no batalla, se aseguraba de comer regularmente cada tres horas, «ingiriendo muchísimas calorías y vitaminas». Aunque no era un intelectual, era «un hombre de pensamiento brillante y claro», según más de un oficial que lo conocía bastante bien. Hitler lo admiraba mucho como soldado, pero debido a que este «veterano guerrero» era un realista que decía lo que sentía, el Führer lo consideró «demasiado pesimista» hacia el fin de la batalla de Stalingrado.

Una serie de comandantes del enemigo, que dejaba a los tanques detenidos al descubierto, que así presentaban un blanco perfecto para los Stukas o los cañones antiaéreos de 88 mm, mortales en su desempeño terrestre. Sabían que el T-34 era en general un vehículo de guerra acorazado mucho mejor que cualquiera que hubiera fabricado Alemania hasta entonces. Por otra parte, su punto de mira no era muy bueno, pocos comandantes rusos tenían binoculares decentes, y mucho menos tenían radios. La debilidad más grande del Ejército Rojo, sin embargo, era la pobreza de su táctica. Sus fuerzas blindadas fallaban en el uso adecuado del terreno y demostraban poca familiaridad con los principios del fuego y el movimiento. Y, como rápidamente reconoció Chuikov, eran incapaces de coordinar ataques con la aviación del Ejército Rojo.

La autocomplacencia a veces llevó a los alemanes a bajar la guardia. Con la primera luz del 30 de julio, un grupo de T-34 que se habían aproximado al abrigo de la oscuridad, sorprendieron al cuartel general de Hube en una aldea. Los oficiales luchaban con sus trajes mientras las bombas explosionaban entre los vehículos del cuartel general y los de la retaguardia. Podewils, el corresponsal de guerra agregado a esta división, sacó la cabeza afuera: «Un panorama no muy esperanzador –escribió en su diario-. ¡Vehículos de todo tipo trataban caóticamente de adelantar el otro tan rápido como pudieran!». Los alemanes habían sido también sorprendidos el día anterior por otra inesperada escaramuza, que Hube llamó secamente un «caso del húsar».

La sorpresa inicial pasó pronto. Una compañía del 2º regimiento blindado llegó, y poco después seis T-34 ardían bajo el cielo abierto en un terreno bajo y pantanoso. Un T-34, en un ataque suicida, embistió a los vehículos que transportaban a la división a la aldea, pero súbitamente se topó con un blindado alemán que, «con un tiro directo a bocajarro, literalmente hizo volar su torreta por los aires». Hube, después de haber observado la acción al inicio de la mañana, le dijo a Podewils: «Mejor váyase a la línea del frente. Es más seguro allá». Podewils y su compañero salieron tarde en la mañana. Condujeron sobre el «camino de troncos» que cruzaba la marisma. Uno de los ennegrecidos T-34 todavía humeaba. Despedía «el olor de carne quemada».

En el cuartel general del cuerpo escuchó que durante los últimos ocho días el Ejército Rojo había enviado cerca de mil tanques por el Don: justamente más de la mitad de ellos habían sido destruidos. Estas cifras eran muy exageradas. El comandante del Ejército Rojo tenía sólo 550 tanques distribuidos, y muchos nunca lograron cruzar el Don. Los informes absurdamente optimistas del frente eran los principales responsables. Un tripulante de un blindado observó que «cada vez que un tanque ruso era alcanzado, casi todos los blindados en la batalla reclamaban la pieza». Sin embargo la vista de tantos tanques rusos destruidos impresionó a todos los que los vieron. El general Von Seydlitz dijo que desde lejos los KV parecían «un enorme rebaño de elefantes». Cualquiera que hubiera sido la exacta cifra de bajas, muchos alemanes se sentían convencidos de que debían de estar cerca de la victoria total. La hidra rusa no podía continuar generando más cabezas para que ellos se las cortaran.

El Führer, otra vez frustrado con el lento avance, retornó al plan original del 4º ejército blindado apoyando al VI ejército en la toma de Stalingrado. La pérdida de tiempo y el costo en combustible no fueron mencionados. Las divisiones acorazadas de Hoth reaccionaron rápidamente. Avanzando hacia el norte contra una oposición muy débil, pronto amenazaron Kotelnikovo, a menos de 160 km al suroeste de Stalingrado. Pero el principal problema era si podrían compensar los cambios de plan hechos por Hitler. El general Von Richthofen, basándose en los informes de reconocimiento aéreo, anotó en su diario el 2 de agosto: «Los rusos están enviando fuerzas desde todas direcciones hacia Stalingrado».

Paulus, con un ánimo confiado según Richthofen, lanzó ataques de pinza encabezados por las 16ª y 24ª divisiones blindadas y apoyados por los Stukas de Richthofen. Después de dos días de lucha, rodearon a ocho divisiones de fusileros y a toda la artillería dejada al oeste del Don. El cerco se cerró finalmente en Kalach. Desde la cumbre de un pequeño precipicio que dominaba el «apacible Don», las primeras tripulaciones blindadas avistaron la ciudad de Kalach bajo la luz violeta de la noche. El sol poniente a sus espaldas proyectaba ante ellos las alargadas sombras de sus tanques hacia el este. Más allá de Kalach se extendía la estepa hasta Stalingrado. La propia

Kalach consistía principalmente en pequeños talleres, un decaída estación de tren y chozas de madera «*höchst primitiv*».

Después de su éxito, los tripulantes de los blindados bromeaban entre sí con alivio y alegría, rebajando la tensión de la batalla. Se oían canciones en algunos tanques. Pero pronto sus comandantes los alinearon en posición defensiva de «erizo». Después de que hubo anochecido, los miles de rezagados rusos atrapados en el margen occidental comenzaron a atacar, y la noche se vio interrumpida continuamente por ráfagas de ametralladora, bengalas y trepidantes intercambios de disparos de fusil.

Al día siguiente los soldados alemanes empezaron a limpiar los bosques sistemáticamente, lo que algunos oficiales comparaban a una cacería de ciervos bastante grande. Entre los prisioneros capturados había un alto oficial de comunicaciones y su personal, en su mayor parte mujeres. Esa noche se desató otra batalla, esta vez bajo la luz de la luna, alrededor de las posiciones alemanas. A la mañana siguiente los alemanes incendiaron la maleza para sacar a los rusos que quedaban en el bosque. Finalmente, se consideró que el área estaba «limpia de enemigos». Pocos escaparon. De la 181ª división de fusileros del 62º ejército, que habían sido 13.000 al inicio de la lucha, sólo 105 hombres se escaparon por el Don.

La lucha había sido realmente dura. Muchos soldados alemanes no compartían la confianza de Paulus, ni la opinión de Hitler de que el enemigo estaba acabado. El primer día, el batallón antitanque de la 371ª división de infantería perdió 33 hombres. Cada vez más, los soldados del VI ejército, al igual que los de la 389ª división de infantería, escuchaban el «*Urrah!*» de la infantería soviética cargando. Un soldado que escribía a su familia estaba completamente abatido por «las muchas pero muchas cruces y tumbas, recientes de ayer» y las consecuencias para el futuro. Las grandes bajas en otras divisiones parecen también haber hecho mella en la moral. La 76ª división de infantería tenía que escoger los soldados extras para las partidas de enterramiento. Uno de estos hombres seleccionados dijo a su interrogador ruso, cuando fue capturado un mes después, que él y sus dos compañeros tuvieron que enterrar setenta y dos cadáveres en un solo día. Un cabo de artillería, por otra parte, que había trabajado durante veintinueve horas sin un adecuado descanso, no dudaba del victorioso resultado para la Wehrmacht: «Los rusos pueden matar tantos como quieran, pero nosotros les daremos a más. Es un gran placer cuando un par de cientos de rusos atacan. Una ametralladora autopropulsada es suficiente y todos tratan de escapar».

Algunas unidades fueron premiadas por sus esfuerzos con raciones extra de chocolate y cigarrillos, las cuales disfrutaron durante el relativo frescor de la noche. La lucha había sido dura. «El único consuelo –escribió un zapador a casa- es que podremos tener paz y tranquilidad en Stalingrado, adonde trasladaremos los cuarteles de invierno y, entonces, piénsalo solamente, habrá una oportunidad de pedir permiso».

En ningún otro lugar fue la orden de Stalin «Ni un paso atrás» más aplicable que en la ciudad amenazada que llevaba su nombre. La batalla de la guerra civil que tuvo lugar allí cuando el pueblo se llamaba Tsaritsin (en tártaro significaba el pueblo sobre el Tsaritsa, o río amarillo), fue invocada junto con el mito de que la dirección de Stalin había alterado el curso de los acontecimientos favorable a los ejércitos blancos y con ello había salvado a la revolución. El consejo militar regional no se limitaba en usar todas las medidas para convertir la ciudad en una fortaleza. La tarea distaba de ser fácil. Stalingrado describía una curva de veinte millas a lo largo del alto margen occidental del Volga. Los defensores tenían un amplio tramo de agua al descubierto tras ellos, por el cual tendrían que venir todos los suministros y refuerzos.

En toda la región se movilizó a la población. Todas las mujeres y hombres disponibles entre dieciséis y cincuenta y cinco años fueron movilizados en «columnas de trabajadores», organizadas según los consejos de distrito del Partido. Como en Moscú el año anterior, las mujeres con pañuelos y los niños mayores recibieron palas de largos mangos y canastas para cavar fosos antitanque de más de seis pies de profundidad en la tierra arenosa. Mientras las mujeres cavaban, los zapadores del ejército colocaban pesadas minas antitanque en el margen occidental.

A los escolares más jóvenes, entretanto, los pusieron a trabajar construyendo paredes de barro alrededor de los tanques de almacenamiento de petróleo en los márgenes del Volga. Supervisados por sus maestros, llevaban el barro en unas angarillas de madera. Un avión alemán apareció repentinamente. Las niñas no sabían dónde esconderse, y la explosión de una bomba enterró a dos niñas de catorce años. Cuando sus compañeros las sacaron, hallaron que una de ellas, Nina Grebennikova, estaba paralizada con la columna rota. Sus amigos llorosos y asustados limpiaron las angarillas y la llevaron al hospital de Stalingrado, junto a donde el Tsaritsa desemboca en el Volga.

La defensa antiaérea era la prioridad principal, pero muchos de los cañones no habían aún recibido proyectiles. La mayoría de baterías las formaban mujeres jóvenes, principalmente miembros del Komsomol, que habían sido reclutadas en abril con la pregunta ineludiblemente dirigida: «¿Desea defender a su patria?». Las baterías se ubicaban en ambos márgenes del Volga para defender las instalaciones clave, tales como la estación eléctrica en Beketovka al sur y las grandes fábricas en la sección septentrional de la ciudad. Allá, los trabajadores de las líneas de producción de armamento, tales como la fábrica de tractores de Stalingrado, que se había transformado para producir tanques T-34, recibían un entrenamiento militar elemental.

El consejo de defensa de Stalingrado emitía un decreto tras otro. Se ordenó a las granjas colectivas entregar sus reservas de grano al Ejército Rojo. Se establecieron tribunales para procesar a los que faltaran al deber patriótico. La omisión en denunciar a un miembro de la familia que desertara o no se enrolara implicaba una condena a diez años. El director de una escuela secundaria, al que se le ordenó que sesenta y seis de sus estudiantes de diecisiete años fueran llevados a alistarse a la comisión militar de distrito, fue llevado ante el tribunal porque treinta y uno desertaron en el camino.

Los tribunales también juzgaban *in absentia* a los civiles «desertores», la mayoría de ellos denunciados por refugiados que se retiraban. Aquellos encontrados culpables fueron sentenciados por «traidores al Partido y al estado soviético». Con frecuencia la culpa era una cuestión de tiempo. Y. S., que escapó cuando sus aldea fue bombardeada, fue sentenciada a seis meses en un campo de trabajo «por abandonar su lugar de trabajo», mientras que A. S., que no quiso dejar su casa cuando los alemanes se estaban aproximando, fue condenada *in absentia* por «traidora a la patria». Un mínimo de diez años en un campo de trabajo en el Gulag la esperaba.

Por algún tiempo a partir de entonces el departamento político del frente de Stalingrado prestó «atención especial a la investigación de los reclutas varones de las regiones de Ucrania liberadas por el Ejército Rojo en el invierno de 1941-1942». Aquellos que se habían «negado a evacuar» las ciudades y aldeas eran, por definición, sospechosos de ser «sistemáticamente antisoviéticos» y de haber colaborado con los alemanes.

Las declaraciones en Moscú sobre la libertad religiosa tenían poco peso en la región de Stalingrado. El jefe de un banco agrícola en un distrito, que envió a su hermano, un oficial del Ejército Rojo, algunas oraciones «aconsejándole que las recitase antes de la batalla», fue condenado por «actividad antipartidaria». Los civiles también

tenían que ser muy cuidadosos al comentar la velocidad del avance alemán o la incompetencia de la defensa rusa. A. M., un trabajador de una piscifactoría del Volga, fue acusado de «degeneración política y moral» y de «propaganda contrarrevolucionaria», porque presuntamente «alababa a los alemanes y denigraba a los jefes del Partido, del gobierno y del Ejército Rojo».

Stalin, advertido de la atmósfera de pánico tras el frente, recurrió una vez más al cambio de comandantes. Habiendo relevado a Timoshenko el 21 de julio, para reemplazarlo por el general V. N. Gordov, supervisado por Vasilevski, decidió entonces a inicios de agosto dividir el frente en dos comandancias: la parte meridional se extendería desde el Tsaritsa (véase el mapa 6) en el centro de Stalingrado hacia el sur en la estepa de Kalmik. El coronel Andrei Yeremenko, que no se había aún recobrado por completo de la herida en la pierna, se opuso a la separación del frente por el centro de Stalingrado, pero esto sólo irritó al supremo comandante en jefe.

Yeremenko voló el 4 de agosto en un avión Douglas y aterrizó en un pequeño aeródromo en el límite noroeste de la ciudad. Jruschov se encontró con él y viajaron en coche hasta el cuartel general. Para Yeremenko la falta de información sobre el enemigo era deprimente. Cinco días más tarde Stalin reorganizó las comandancias del frente otra vez y promovió a Yeremenko al mando de ambas. Pero Stalin, todavía nervioso, envió a Zhukov a investigar y a informarle de regreso.

El principal peligro, como enseguida descubrió Yeremenko, era un ataque simultáneo del VI ejército de Paulus desde la otra orilla del Don, desde el oeste, y del 4º ejército blindado de Hoth acometiendo desde el sudoeste. Todo el bajo Volga estaba en peligro, y había pánico en Astracán después del bombardeo alemán. Las refinerías de petróleo cercanas al estuario del Caspio ardieron durante una semana, emitiendo pestíferas nubes negras. Otras incursiones causaron el caos, pues los puertos estaban repletos de refugiados y en los muelles se apilaba la maquinaria industrial, destinada a la evacuación hacia el este. Ahora, fuera del desierto, la única ruta de escape pasaba por el mar Caspio.

Había pocas fuerzas disponibles para oponerse a las fuerzas de Hoth en la estepa semidesértica de Kalmik, que los rusos del norte pensaban que era «el fin del mundo». Lev Lazarev, que mandaba un destacamento de infantes de marina allí, decía de esta zona: «No es Rusia, es Asia. Es difícil entender la razón para luchar por ese territorio, sin embargo, todos sabíamos que teníamos que resistir o morir allí». Sin soldados disponibles, las autoridades militares soviéticas habían recurrido a la marina. Las brigadas de marineros fueron trasladadas por tren a través de Siberia desde la flota del Extremo Oriente. Sus oficiales eran cadetes de dieciocho años, provenientes de la academia naval de Leningrado, donde habían luchado al inicio del sitio. En agosto, cuando los marineros estaban en ruta desde el Extremo Oriente, los cadetes recibieron tres semanas de entrenamiento de campaña en la estepa de Kalmik. Estos jóvenes esperaban con nerviosismo a los rudos marineros que iban a mandar. Pero no se pusieron en ridículo en la batalla. La tasa de bajas entre los jóvenes tenientes sería terrible. De la clase de veintiún cadetes de Lazarev, sólo quedaban con vida dos al año siguiente.

En el bando alemán, entretanto, una sensación de desasosiego comenzó a crecer pese a las victorias: «Después del Don avanzaremos sobre el Volga», escribió un comandante de la 384ª división de infantería que llevaba un diario. Pero reconocía el peligro. Alemania simplemente no tenía «suficientes tropas para embestir por todo el frente». Comenzó a sospechar que la guerra había desarrollado un impulso autónomo. No acabaría cuando alcanzaran el gran río que supuestamente marcaba su destino final.

- 8 -

«¡Llegamos al Volga!»

El 21 de agosto de 1942, las compañías de infantería del LI cuerpo del general Von Seydlitz cruzaron el Don en botes de asalto neumáticos. Rápidamente establecieron una cabeza de puente cerca de la aldea de Luchinski. Nuevas compañías remaban furiosamente en la amplia extensión del agua. Unos kilómetros río abajo, en Vertiachi, un batallón entero cruzaba el Don en menos de setenta minutos.

Una vez que las cabezas de puente fueron aseguradas, los batallones de zapadores se pusieron a trabajar construyendo los pontones para que pasaran los tanques y otros vehículos del XIV cuerpo blindado del general Von Wietersheim. Los zapadores alemanes, sorprendidos por los misteriosos contrastes del «apacible Don», se referían al río afectuosamente como el «arroyo». Ciertos soldados y oficiales del VI ejército parecen haber quedado encantados por este tramo del país cosaco en el Don. Algunos soñaban con tener una granja allí una vez que ganaran la guerra.

Poco después del mediodía del 22 de agosto, el puente estaba listo, y la 16ª división blindada del general Hube, «el ariete del cuerpo», comenzó a cruzar. Los tanques, las semiorugas, los cañones de asalto autopropulsados, los vehículos de reconocimiento de ocho ruedas y los camiones traqueteaban ensordecedoramente en el pontón.

Esa noche, apenas salió la luna, los aviones rusos comenzaron a realizar sus turnos de bombardeos. En ambos márgenes los vehículos alcanzados ardían brillantemente, iluminando el área del blanco, pero las bombas continuaban sin acertarle al puente mismo. El cuartel general de la división de Hube recibió informes de escaramuzas en los extremos de la cabeza de puente. De vez en cuando podía escucharse el estridente ruido de los cohetes *Katiusha* de los «órganos de Stalin». Es sonido era desestabilizante, aunque las baterías enemigas disparaban a ciegas. Tras la cortina formada por la infantería las protegidas tropas de los blindados hacían el recuento final de sus vehículos o se ponían a dormir por un momento. A las 4.30, cuando amanecía ya en el este, la sección del conde Von Strachwitz, del 2º regimiento blindado, reforzada por compañías blindadas de granaderos, avanzó hacia el Volga. Los soldados de los tanques, conscientes del acontecimiento histórico, lo vivieron como «un momento de gran euforia».

La estepa entre el Don y el Volga, dura en la sequía estival como una roca, permitía avanzar rápido. Los comandantes de los tanques, de pie en las torretas con sus gafas para el polvo, tenían que mantenerse ojo avizor pues un barranco o *balka* oculto podía no ser visible para el conductor. En los primeros 20 km, los tripulantes de los blindados vieron pocos enemigos. El terreno ligeramente ondulado, de pasto seco y grueso, parecía sobrenaturalmente vacío.

El sol no estaba aún en su cenit cuando el general Hube, después de una ráfaga de transmisiones de radio, súbitamente detuvo al cuartel general. Apagaron los motores para escuchar el ronroneo de una avioneta. Apareció una nave de enlace Fieseler Storch. Dio la vuelta y luego aterrizó junto a los vehículos blindados. El piloto bajó y se aproximó dando zancadas. Era el general Von Richthofen, ahora comandante en jefe de la 4ª flota aérea. Richthofen no se preocupó de disimular su impaciencia con el ejército. «El general Paulus está preocupado por su flanco izquierdo», había anotado en su diario sólo tres días antes. También se disgustó cuando se le dijo que la principal prioridad de la Luftwaffe era «¡disparar a los tanques!». Para los pilotos de combate, el ataque terrestre era considerado un trabajo de poca categoría e innecesariamente peligroso. No requería la habilidad de un combate aéreo y se corría el riesgo de recibir un tiro afortunado desde tierra cuando los infantes rusos se tendían de espaldas y disparaban sus fusiles.

Richthofen, en mangas de camisa y con la gorra del uniforme echada para atrás, dejando ver parte de su cabeza rapada, saludó a Hube marcialmente. Por órdenes del cuartel general del Führer, todos los recursos de la 4ª flota aérea habían sido desviados al frente de Stalingrado, «para paralizar a los rusos por completo». Le dijo a Hube: «¡Aproveche el día hoy! Será apoyado por 1.200 aviones. No puedo prometerle más mañana».

Por la tarde, los tripulantes de los tanques alzaron la vista, parpadeando con la luz del sol, para ver las olas de bombarderos Junkers 88 y Heinkel 111, así como escuadrones de Stukas en «grupos muy apretados», volando hacia Stalingrado. Una masa de sombras pasaba por la estepa. A su regreso los pilotos de los Stukas «hacían sonar sus sirenas para saludar a las tropas que avanzaban». Las tropas de los blindados respondían al saludo con júbilo. En la distancia, podían ya ver las columnas de humo elevándose desde la ciudad, a la cual el cuartel general, en un exceso de entusiasmo propagandístico, definía como «Stalingrado, la ciudad de Stalin, el punto de partida de la revolución roja».

Para los habitantes de Stalingrado, el domingo 23 de agosto fue «un día que nunca olvidarían». La ciudad modelo de la que estaban tan orgullosos, con sus jardines a lo largo del alto margen occidental del Volga y los grandes edificios blancos de apartamentos que daban a la ciudad su apariencia moderna y cubista, se convirtió en un infierno.

Los altavoces en las calles atados a los postes de alumbrado comenzaron a repetir: «Camaradas, un aviso de bombardeo aéreo … ». La población había escuchado tantas falsas advertencias de bombardeos aéreos, emitidas con la misma voz monótona, que al comienzo pocos tomaron éste en serio. Sólo después de que las baterías antiaéreas abrieron fuego comenzó la gente a correr en busca de refugio. Aquellos que paseaban por el Mamaev Kurgan, el gran monte del cementerio tártaro que dominaba el centro de la ciudad, eran los más expuestos. Abajo, en las anchas calles que iban paralelas al Volga, la masa de refugiados de los distritos adyacentes encontraban poca

protección, fuera de las trincheras en patios y jardines excavadas por los comités de manzana para aquellos que no podían alcanzar un sótano a tiempo.

La aviación de Richthofen comenzó un bombardeo a ras de suelo por turnos, «no sólo los objetivos industriales, sino todo», dijo un estudiante presente ese día. Las bombas de mucha potencia oscilaban suavemente cuando eran arrojadas en grupos desde los Heinkels. La descripción de las escenas en la ciudad hacen difícil suponer que alguien pudiera sobrevivir fuera de un sótano. Las bombas incendiarias llovían sobre las casas de madera en el límite sudoeste de la ciudad. Se quemaban hasta los cimientos, pero en la humeante ceniza, sus espigadas chimeneas de ladrillo permanecían en pie en filas como en un camposanto surrealista. Más cerca de la orilla del gran río, las fachadas de los altos bloques blancos de apartamentos seguían en pie, aunque alcanzadas por las bombas, pero la mayor parte de los pisos de dentro se habían derrumbado. Muchos otros edificios quedaron demolidos o incendiados. Las madres acunaban a los bebés muertos, y los niños trataban de levantar a las madres muertas junto a ellos. Cientos de familias quedaron enterradas en las ruinas.

Un piloto alemán, después de que su avión fuera alcanzado por una de las baterías antiaéreas de las mujeres, logró saltar en paracaídas, pero cuando éste se abrió, descendió directamente hacia un incendio. Aquellos habitantes de Stalingrado que vieron su fin estaban tan conmocionados por el ataque que incluso la satisfacción de la justicia poética estaba fuera de su alcance.

Los grandes tanques de almacenamiento de petróleo en el margen del Volga fueron también atacados. Una bola de fuego se elevó hasta unos ó hasta unos 450 m en el cielo, y en los siguientes días la columna de fuego podía verse desde más de 320 km de distancia. El petróleo incendiado se dispersó a través del Volga. Las bombas destruyeron los teléfonos y las depuradoras de agua, y el principal hospital de Stalingrado quedó partido en dos por un grupo de bombas. Las ventanas estallaron y los niños salieron arrojados de sus camas. Entre ellos, Nina Grebennikova, la niña de catorce años cuya columna vertebral había quedado rota una semana antes por la bomba que cayó cerca de los tanques de petróleo. El ataque al hospital aterrorizó tanto a los miembros del personal que éstos huyeron abandonando a los pacientes, algunos de los cuales se quedaron cinco días sin comidas ni cuidados.

Una madre, atrapada sin protección con su hija cuyas piernas estaban paralizadas de terror, «tuvo literalmente que arrastrarla a casa» en medio de las bombas. Ningún conductor se atrevía a hacer el trayecto. Como prácticamente todos los padres estaban en el frente o fueron movilizados entonces, se dejó a las mujeres para que bregaran con las horribles secuelas. La esposa de Viktor Goncharov, ayudada por su hijo de once años, Nikolai, enterró el cadáver de su padre en el patio de su bloque de apartamentos, que había recibido un impacto directo. «Antes de cubrir la tumba –recuerda el hijo- buscamos su cabeza, pero no pudimos encontrarla». Su suegra, Goncharova, esposa del veterano cosaco, se perdió en el caos. De algún modo la vieja mujer logró aguantar durante la batalla, sobreviviendo algo más de cinco meses en un búnker. No se encontraron otra vez sino hasta el fin de la guerra, casi tres años después.

El ataque aéreo contra Stalingrado, el más concentrado en el *Ostfront*, representaba la culminación natural de la carrera de Richthofen desde Guernica.[*] Los

[*] Hay otros ecos de la guerra civil española. Rubén Ruiz Ibarruri, el hijo de La Pasionaria, fue muerto al mando de la compañía de ametralladoras de la 35ª división de guardias fusileros al sur de Kotluban. Cuatro mariscales sucesivos de la Unión Soviética estrechamente vinculados a la batalla de Stalingrado (Voronov, Malinovski, Rokossovski y Rodimtsev) habían sido asesores soviéticos en España, al igual que Shumilov, el comandante del 64º ejército. Voronov había dirigido la artillería republicana durante el cerco de Madrid contra el Ejército de África de Franco.

aviones de la 4ª flota aérea realizaron un total de 1.600 incursiones ese día y lanzaron 1.000 toneladas de bombas perdiendo sólo tres máquinas. Según algunas estimaciones, había casi 600.000 personas en Stalingrado, y 40.000 fueron muertas durante la primera semana del bombardeo.

La razón de por qué tantos ciudadanos y refugiados aún permanecían en el margen occidental del Volga era típica del régimen. La NKVD había requisado casi todas las embarcaciones, adjudicando una prioridad mínima a la evacuación de la población civil. Después Stalin, al decidir que no se debía consentir el pánico, rehusó permitir a los habitantes de Stalingrado que fueran evacuados por el Volga. Esto, pensaba, forzaría a las tropas, especialmente a las milicias localmente reclutadas, a defender la ciudad más encarnizadamente. Uno de los muchachos atrapados allí con sus madres observaba: «Nadie se molestaba por los seres humanos. Éramos sólo carne de cañón».

Mientras los bombarderos de Richthofen machacaban Stalingrado, la punta de lanza acorazada de la 16ª división blindada había avanzado virtualmente sin oposición a través de la estepa a lo largo de casi 40 km. «En torno a Gumrak –se registraba en la división- la resistencia del enemigo se hizo más fuerte y los cañones antiaéreos comenzaron a disparar desaforadamente contra nuestros vehículos acorazados desde el extremo noroeste de Stalingrado».

La resistencia provenía de las baterías operadas por jóvenes voluntarias, apenas salidas de la secundaria. Pocas habían disparado cañones antes, debido a la escasez de municiones y ninguna había sido entrenada para apuntar a blancos terrestres. Cambiaron de objetivo, dejando a los bombarderos sobre la ciudad, cuando vieron los blindados, cuyas tripulaciones «parecían pensar que estaban en un paseo dominical». Las jóvenes artilleras furiosamente bajaron las palancas, poniendo los cañones a la altura de cero –los cañones antiaéreos de 37 mm eran copias bastante toscas de los Bofors- y apuntaron a los vehículos de la vanguardia.

Los tripulantes de los blindados rápidamente superaron la sorpresa inicial y se desplegaron para atacar algunas baterías. Los Stukas pronto llegaron para dar cuenta de las demás. Esta batalla desigual era contemplada con angustia por el capitán Sarkisian, el comandante de un batallón de morteros pesados soviético, que más tarde relató lo que vio al escritor Vasili Grossman. Cada vez los cañones antiaéreos quedaban en silencio, Sarkisian exclamaba: «¡Oh, están acabados ya! ¡Los han barrido!». Pero cada vez, después de una pausa, volvían a disparar los cañones. «Ésta –declaró Grossman- fue la primera página de la defensa de Stalingrado».

La punta de lanza alemana avanzó sobre los últimos kilómetros. Alrededor de las cuatro de la tarde, cuando el sol de agosto se estaba suavizando, alcanzaron el Rinok, al norte de Stalingrado, y allí «los soldados de la 16ª división divisaron el Volga, fluyendo a la derecha ante sus ojos». Apenas podían creerlo. «Habíamos comenzado temprano por la mañana en el Don –recordaba uno de los comandantes de compañía de Strachwitz- y luego estábamos en el Volga». Alguien en el batallón sacó una cámara y tomaron fotografías de cada uno, de pie sobre sus vehículos, mirando con los binóculos a la lejana orilla. Fueron incluidas en el archivo del cuartel general con la leyenda: «¡Llegamos al Volga!». El fotógrafo, volviendo la cámara al sur, tomó otras fotos de recuerdo. Una mostraba las columnas de humo de las incursiones de la Luftwaffe y se registró como «Vista de los suburbios de Stalingrado en llamas».

Poco después de su llegada, el excelente piloto de combate Kart Ebener y un compañero del ala de combate «Udet» daban vueltas sobre el Volga justo al norte de

Stalingrado. Los pilotos descubrieron tanques y granaderos acorazados, y «un sentimiento de abrumadora alegría y alivio por sus compañeros en tierra» inspiró otras acrobacias para celebrarlo.

Como otros comandantes de blindados, el capitán Freytag-Loringhoven se puso de pie sobre el tanque para mirar con los binoculares a la otra rivera del ancho río. La vista era excelente desde el margen occidental, mucho más elevado. Recordaba: «Mirábamos la extensísima estepa hacia Asia, y me sentí abrumado. Pero no pude pensar mucho en esto porque teníamos que atacar a otra batería antiaérea que había comenzado a dispararnos».

Las integrantes de las baterías antiaéreas tenían un sorprendente aguante. Según el capitán Sarkisian, «las jóvenes rehusaban bajar a los búnkeres». Se dice que una de ellas, llamada Masha, «permaneció en su puesto cuatro días sin ser relevada» y tuvo nueve aciertos. Incluso si tal cifra es una exageración, como muchas otras en ese momento, los informes de la 16ª división blindada no dejan dudas de su valentía. «Hasta precisamente la caída de la tarde –dice uno de estos informes- tuvimos que luchar, tiro a tiro, contra treinta y siete posiciones antiaéreas enemigas, operadas por mujeres que luchaban tenazmente, hasta destruirlas todas».

Las tropas blindadas se horrorizaron cuando descubrieron que habían estado disparando contra mujeres.* Pero los rusos encontraron estas delicadezas curiosamente ilógicas, considerando que los bombarderos de Richthofen habían matado miles de mujeres y niños en Stalingrado esa misma tarde. Los oficiales alemanes en Stalingrado no sufrieron por largo tiempo estas ilusiones caballerescas. Uno de ellos escribió después: «Es un craso error definir a las rusas como “soldados con faldas”. La mujer rusa ha sido completamente preparada para las tareas del combate y para asumir cualquier puesto del que una mujer es capaz. Los soldados rusos tratan a estas mujeres con una gran deferencia».

Los defensores soviéticos de Stalingrado estaban en una posición peligrosa, en parte porque el general Yeremenko había concentrado la mayor parte de sus fuerzas disponibles para retardar el avance del 4º ejército blindado de Hoth en su avance sobre Stalingrado desde el sudoeste. Nunca había imaginado que las fuerzas de Paulus irrumpirían tan repentina y audazmente a su derecha.

Nikita Jruschov se reunió con él en el cuartel subterráneo situado en un profundo túnel en la garganta del Tsaritsa. La amenaza que afrontaban era tan urgente que cuando llegaron dos oficiales ingenieros para informar de que sus hombres acababan de terminar un pontón sobre el Volga, les dijeron que lo destruyeran de inmediato. Los dos zapadores se quedaron mirando a su comandante en jefe con horrorizada incredulidad. Se atajaron sus protestas. No es difícil imaginar el pánico que habría en Stalingrado, para no decir nada de la reacción en Moscú, si los alemanes hubieran seguido recto y de una vez y tomado una cabeza de puente en la orilla oriental del Volga, como Strachwitz había deseado efectivamente hacer.

Stalin se puso furioso al saber que las tropas alemanas habían llegado al Volga. Prohibió que se minaran las fábricas, que se evacuara la maquinaria y cualquier otra medida que «pudiera ser tomada como una decisión de entregar Stalingrado». La ciudad debía ser defendida hasta el fin. El consejo militar hizo poner carteles en toda la ciudad proclamando el estado de sitio: «Nunca entregaremos nuestra ciudad natal. Hagamos

* Pocos miembros del VI ejército parecen haber sabido de los sármatas en el bajo Volga (una mezcla de escitas y amazonas, según Heródoto), que permitían que las mujeres participaran en la batalla.

barricadas en cada calle. Transformemos cada distrito, cada manzana, cada edificio en una fortaleza inexpugnable». El pánico hizo presa de muchos hombres, incluso del secretario del consejo del Komsomol de Stalingrado, que «abandonó su puesto» y voló al margen oriental sin permiso.

Aquellos trabajadores no ocupados directamente en la producción de armas para el uso inmediato fueron movilizados en «brigadas especiales» de las milicias bajo el mando del comandante coronel Sarayev, de la 10ª división de la NKVD. Se distribuyeron fusiles y municiones, pero muchos hombres sólo recibieron un arma después de que un camarada hubiera caído. En el suburbio industrial del norte de Spartakovka, batallones mal armados de milicias de trabajadores fueron enviados a luchar contra la 16ª división blindada con los resultados previsibles. Los estudiantes de la universidad técnica proseguían abriendo trincheras en el flanco norte de la ciudad, aunque estaban ya bajo el fuego directo de la 16ª división blindada. Los edificios de su facultad cerca de la planta de tractores de Stalingrado habían sido destruidos por las bombas arrojadas en las primeras oleadas de bombardeos. El personal docente ayudó a formar el núcleo de un «batallón destructor» de defensa local. Uno era una joven mecánica de la planta de tractores, que había sido transformada para fabricar T-54. Allí, los voluntarios se subían a los tanques antes de que hubieran sido siquiera pintados. Tan pronto como la munición, apilada en la fábrica, había sido cargada, los sacaban de la línea de producción para llevarlos directamente a la batalla. Estos tanques carecían de miras, y sólo podían ser apuntados a la distancia de casi un tiro a quemarropa por el cargador, que trataba de enfocar el cañón mientras que el tirador movía la torreta.

Hube envió a su batallón de motociclistas a sondear el flanco norte. «Ayer llegamos a la línea del ferrocarril –escribió un cabo a su familia al día siguiente- y capturamos un tren con armas y vehículos de suministro, que no habían sido ni siquiera descargados. También tomamos muchos prisioneros. Entre ellos había muchos "soldados con faldas", cuyas caras eran tan repelentes que uno apenas podía soportar miradas. Ojalá esta operación no dure mucho». El botín de material de Arriendo y Préstamo de Estados Unidos resultó muy popular. Los oficiales de la 16ª división blindada especialmente apreciaban los *jeeps* americanos, flamantes con sus nuevas marcas rusas, que consideraban vehículos mucho mejores que su homólogo alemán, el Kübelwagen.

Los regimientos de la aviación del Ejército Rojo también fueron lanzados al combate el 24 de agosto, pero en Yak no tenía muchas posibilidades frente a un Messerschmitt 109, y los bombarderos Shturmovik, aunque acorazados por abajo, eran sumamente vulnerables cuando un hábil piloto los perseguía. Los soldados alemanes aplaudían en tierra cuando los pilotos de la Luftwaffe despachaban al enemigo «*mit Eleganz*», como si la guerra aérea fuera una especie de corrida de toros realizada para el placer de los espectadores de abajo.

Los bombardeos alemanes sobre la ciudad continuaron con otro «gran ataque» en la tarde del 25 de agosto. La estación eléctrica de Beketovka fue gravemente dañada, aunque pronto fue reparada. Por lo demás, los escuadrones de la Luftwaffe continuaron pulverizando la ciudad. Muchas personas perdieron todo lo que tenían, pero las familias espontáneamente compartían lo que les había quedado. Sabían bien que al día siguiente podían encontrarse en la misma situación, y nada reducía la noción de la propiedad privada más rápidamente que tal destrucción desde el cielo.

Al fin se dio permiso para que las mujeres y los niños cruzaran el margen oriental en embarcaciones requisadas por la NKVD. Sólo unos pocos vapores quedaron

disponibles, porque la mayoría se necesitaban para evacuar a los heridos y traer municiones y refuerzos. La travesía era realmente tan arriesgada como permanecer en la ciudad, porque la Luftwaffe continuó atacando los barcos que cruzaban el Volga. El embarcadero del transbordador, río arriba de la garganta del Tsaritsa, fue bombardeado nuevamente y el restaurante Shanghai que estaba allí, un lugar de encuentro preferido en la época de paz en una franja del parque a la orilla del río, fue quemado hasta que sólo quedó el esqueleto. Las familias que cruzaban vieron pasar cuerpos ennegrecidos flotando como troncos chamuscados y algunos tramos del río todavía ardían con el petróleo de los tanques de almacenaje. Los niños del hospital, incluida Nina Grebennikova, atada a una camilla, fueron trasladados a través del Volga el 28 de agosto, y llevados a un hospital de campaña en el margen oriental.

Los cañones de la 16ª división blindada habían estado activos desde la noche del primer domingo, anunciando su presencia en el Volga hundiendo un vapor de carga y bombardeando una cañonera. También bombardearon el transbordador del tren, dejando una masa de coches quemados y destruidos, y en los pocos días siguientes hundieron siete naves del río. Los soldados de los tanques afirmaban que eran «cañoneras» y no parecían percatarse de que podían estar evacuando civiles.

En su tercera noche, los blindados alemanes hundieron un vapor de ruedas que llevaba a mujeres y niños desde la ciudad al margen oriental. Al escuchar los gritos y las demandas de auxilio, los soldados preguntaron a su comandante si podían utilizar algunos de los botes neumáticos de los zapadores para rescatarlos. Pero el teniente rehusó: «Sabemos cómo el enemigo pelea en esta guerra», repuso. Cuando cayó la noche, los tripulantes de los blindados se cubrieron la cabeza con las mantas para no escuchar más los gritos. Algunas mujeres lograron nadar hasta un banco de arena donde permanecieron durante todo el día siguiente. Los alemanes no dispararon cuando fueron evacuadas por la noche, como prueba de que eran diferentes de los rusos: «*Nosotros* no impediríamos algo así».

Tras las posiciones alemanas más avanzadas en el margen del Volga había una especie de parque plantado de robles, nogales, castaños y adelfas, bordeado de huertas de melones, tomateras, vides y frutales. Allí el avance de las unidades de la 16ª división blindada se detuvo, utilizando la vegetación como protección. El cuartel general del batallón de zapadores se ocultó bajo un gran peral. Durante la tregua en el combate, los soldados de los blindados y los ingenieros militares recogían la fruta madura, utilizando las gorras y los cascos como canastas. Después de semanas en la árida estepa, contemplar el Volga, «como un lago tranquilo», desde una frondosa sombra, intensificaba de alguna forma la sensación de haber llegado al final del viaje a la frontera de Europa. Resultaba una lástima que los rusos continuaran resistiendo. Los soldados, a la primera oportunidad, escribían a sus familias desde el Volga, orgullosos de estar entre los primeros que ponían el pie en el nuevo confín oriental del Reich alemán. Unos pocos que habían servido en la campaña el año anterior encontraban que su primera vista de los blancos edificios de apartamentos en la alta margen occidental les recordaba Atenas. Esta conexión curiosamente inapropiada llevaba a algunos a referirse a Stalingrado como la «Acrópolis».

Las unidades de VI ejército que todavía esperaban para cruzar el Don estaban celosas de la gloria conseguida por la vanguardia. Un tirador antiaéreo escribió a casa: «Pronto tendremos también el derecho a cantar: “Allá está un soldado en el margen del Volga”». Un artillero también escribió a casa sobre el *Wolgalied*, para el cual Franz Lehar escribió la música: «La canción realmente será exacta en nuestro caso».

Muchos estaban convencidos de que la victoria estaba cercana. Un soldado de la 389ª división de infantería escribió: «No puedes figurarte la velocidad de nuestros

queridos camaradas motorizados. Y con ello los ataques arrolladores de la Luftwaffe. Qué sentimiento de seguridad tenemos cuando nuestros pilotos están sobre nosotros, porque nunca ve uno un avión ruso. Me gustaría compartir contigo este rayito de esperanza. Nuestra división habrá cumplido con su deber tan pronto caiga Stalingrado. Deberíamos entonces, Dios mediante, vernos otra vez este año. Si cae Stalingrado, el ejército ruso en el sur quedará destruido».

La posición de la división de Hube estaba lejos de ser segura. La amenaza al tráfico fluvial en el Volga, por no hablar de las furiosas llamadas telefónicas desde el Kremlin, aumentaron la urgencia de Yeremenko de ordenar contraataques desde el flanco norte para aplastar el estrecho corredor de los alemanes. La artillería ruso podía disparar sobre esa franja, apenas de 6 km de ancho, desde ambos lados, y los alemanes no estaban en condiciones de responder. No sólo la 16ª división blindada, sino el resto del cuerpo de Wietersheim, estaban casi sin combustible.

El 25 de agosto, Richthofen voló para reunirse con Paulus y el general Von Seydlitz en el cuartel general de la 76ª división de infantería. El tic nervioso de Paulus en la parte izquierda de la cara se hacía más pronunciado cuando estaba bajo tensión, y también sufría de disentería* crónica –lo que los alemanes llamaban «la enfermedad rusa»-, que no contribuía a su relax. El intolerante Richthofen notó que el comandante en jefe del VI ejército estaba «muy nervioso» con la situación. Esa noche, la Luftwaffe lanzó suministros al XIV cuerpo blindado de Wietersheim en paracaídas, pero la mayor parte cayó en tierra de nadie o en manos enemigas. A la mañana siguiente, el reconocimiento aéreo alemán informó de que las fuerzas acorazadas soviéticas se estaban concentrando en el norte.

Richthofen, como Hitler, opinaba que una rápida victoria en Stalingrado solucionaría de un plumazo todos los problemas de un amplio flanco izquierdo al provocar el derrumbe final del Ejército Rojo. Flaquear ahora era el mayor peligro, como tambalearse en la cuerda floja. Paulus era perfectamente consciente de esa lógica. Perseveró, manteniendo su fe en el criterio de Hitler de que las fuerzas rusas debían de estar ya acabadas. Cuando el general Von Wietersheim recomendó más tarde la retirada parcial del XIV cuerpo blindado, Paulus los destituyó y ascendió al general Hube en su lugar.

Mucho dependía del avance rápido del 4º ejército blindado desde el sur, pero Hitler había obligado a Hoth a dejar un cuerpo blindado tras él en el Cáucaso. Así quedó reducido al XLVIII y al IV cuerpos blindados. También, como el general Strecker observó, «cuanto más se acercan los alemanes a la ciudad, menores son los avances diarios». Tras las líneas se estaba preparando una defensa incluso más feroz. El Consejo de Defensa de Stalingrado emitió sus órdenes: «¡No abandonaremos la ciudad a los alemanes! Todos vosotros, organizad brigadas, contruid barricadas. Hagamos barricadas en cada calle … rápidamente de tal modo que los soldados que defiendan Stalingrado puedan destruir al enemigo sin piedad!».

El 27 de agosto, llovió por primera vez en cinco meses, pero la causa real de la demora del flanco derecho de Hoth se debía a la resistencia opuesta por las tropas soviéticas alrededor del lago Sarpa y cerca del Tundutovo en las montañas al sur del meandro del Volga bajo Stalingrado. Ese día por ejemplo, la compañía penal adjunta a la 91ª división de fusileros rechazó numerosos ataques de fuerzas enemigas superiores. El departamento político del frente de Stalingrado informó más tarde a Shcherbakov:

* La disentería es una enfermedad infecciosa que tiene por síntomas característicos la inflamación del intestino grueso y la diarrea con pujos y mezcla de sangre.

«Muchos hombres han pagado sus errores con coraje y deberían ser rehabilitados y devueltos a sus regimientos». Pero una vez más, la mayoría de ellos morirían antes de que se hiciera nada.

El avance mejoró dos días más tarde cuando Hoth repentinamente llevó al XLVIII cuerpo blindado hacia el flanco izquierdo de la estepa de Kalmik. La principal ventaja del ejército alemán estaba en la estrecha cooperación entre la división blindada y la Luftwaffe. En la batalla constantemente cambiante, los soldados de la infantería alemana utilizaban la bandera roja con la esvástica como identificación en tierra para asegurarse de que no serían bombardeados por sus propios aviones. Pero el verdadero peligro de los Stukas atacando a sus propias fuerzas de tierra por error aparecía en las operaciones blindadas de rápido movimiento.

El teniente Max Plakolb, comandante de una pequeña sección de control aéreo de avanzada de la Luftwaffe, estaba vinculado al cuartel general de la 24ª división blindada. Al mismo tiempo, cuando las divisiones blindadas 14ª y 24ª y la división de infantería motorizada comenzaban a dar la vuelta alrededor del sudoeste de Stalingrado, Plakolb conectó la radio. Las unidades de vanguardia de la 24ª división habían avanzado mucho más rápido que la división vecina, y Plakolb súbitamente captó en su radio un informe del enlace: «Concentración de vehículos enemigos … ». El piloto entonces dio la posición de la 24ª división blindada. Con «la mayor urgencia», puesto que los Stukas se estaban aproximando, Plakolb llamó al escuadrón, utilizando la contraseña «Bonzo», y los convenció de detener el ataque justo a tiempo.

Tan rápido fue el avance del XLVIII cuerpo blindado desde el sur que el la noche del 31 de agosto sus unidades de vanguardia ya habían alcanzado la línea de ferrocarril Stalingrado-Morozovsk. De pronto, parecía como si se hubiera presentado la oportunidad de aislar los restos de los ejércitos soviéticos 62º y 64º. Las divisiones de infantería de Paulus, que avanzaban lentamente desde el Don, nunca habrían rodeado la retaguardia rusa. La única posibilidad era enviar el XIV cuerpo blindado hasta el corredor de Rinok para cerrar la trampa, tal como instaba el cuartel general del grupo de ejércitos. Era una apuesta considerable, y Paulus se pronunció contra el plan. Hube habría tenido que girar en redondo con sus blindados mal pertrechados, interrumpir las batallas e ignorar a los ejércitos enemigos que se concentraban precisamente al norte. Yeremenko, atento al peligro, sacó a sus fuerzas restantes de la trampa.

En algunos casos, antes que un plan, era el pánico el que dictaba la retirada. En el 64º ejército, los integrantes de la batería antiaérea 748 huyeron abandonando sus cañones. Este incidente rápidamente se transformó en un caso de conspiración, ante la mirada siempre desconfiada de los comisarios, con la acusación de que un miembro de la batería después «dirigió un batallón de tiradores alemanes de metralletas» en un ataque contra la vecina 204ª división de fusileros.

En el flanco norte de Paulus, el XIV cuerpo blindado apenas si había estado ocioso. Los rusos continuamente organizaban ataques de distracción a ambos lados del corredor. Las respuestas del general Hube a estas mal coordinadas embestidas eran contundentes y triunfales. Trasladó su cuartel general el 28 de agosto a un angosto barranco que ofrecía una mejor protección contra los ataques aéreos nocturnos. Consiguió tener una noche de descanso sin molestias durmiendo en un foso cubierto de paja debajo de su tanque.

Los bombardeos rusos comenzaron a atacar tanto de día como de noche, volando bajo sobre el Volga. Las negras nubes de los cañones antiaéreos alemanes marcaban su avance en el cielo matinal. Una vez, un caza alemán rugió a ras de suelo encima del barranco de Hube antes de subir en picado para atacar a los bombarderos en el cielo

despejado. Para aquellos que lo vieron desde el cuartel general, este caza parecía haber ofrecido la visión mágica de un caballero teutónico aéreo de brillante armadura. «Su estela plateada –escribió uno en su diario con reveladora emoción- viró hacia el este sobre el río hacia el territorio enemigo, un cristal, un heraldo del amanecer».

El 28 de agosto, los cazas rusos también intentaron atacar la nueva base de la Luftwaffe cerca de Kalach, pero un grupo de cazas Messerschmitt 109 los hizo huir. Orgullosos de su victoria, los jóvenes y bronceados pilotos de caza se reunieron para rendir informes, pero su austero comandante –al cual llamaban «el príncipe» por su parecido a una estatua medieval en una catedral- no los felicitó. En cambio transmitió la orden que había irritado tanto a Richthofen: «Caballeros, el volar para divertirse y para comparar quién puede derribar más aviones enemigos debe cesar. Cada avión, cada gota de combustible, cada hora de vuelo es insustituible. La vida fácil que estamos llevando en tierra es completamente irresponsable: en el aire aún es peor. Cada disparo debe servir para ayudar a la infantería, si no hay objetivos en el aire». Unos murmullos resentidos recibieron sus palabras.

Como sucede a menudo, a fines de agosto el clima cambia súbitamente. El sábado 29 de agosto, llovió casi todo el día y la noche. Los soldados estaban empapados, y las trincheras llenas de agua. «Esta Rusia de mierda» era la reacción ordinaria en las cartas enviadas a casa en este momento. Parecían tan cerca de lo que habían creído su objetivo final después de una marcha de casi cuatro meses sin respiro.

La 16ª división blindada de Rinok en el margen del Volga ya no disfrutaba de su anterior ánimo de vibrante optimismo. Los disparos de la artillería soviética habían aplastado las huertas y manzanares donde habían ocultado sus vehículos, dejando cráteres y árboles quebrados por la metralla. Estaban todos preocupados por las crecientes concentraciones en el norte. Hube habría estado bajo una fuerte presión antes si la estación ferroviaria militar rusa en Frolovo hubiera estado más cerca del frente, y la infantería soviética hubiera podido desplegarse más rápidamente. El 24º ejército se unió al 66º ejército y al 1er ejército de guardias en la preparación del contraataque. Una vez que las formaciones bajaron del tren, marcharon en diferentes direcciones, pero en el caos nadie parecía saber dónde estaban. La 221ª división de fusileros ni siquiera sabía con seguridad a qué ejército pertenecía y su comandante no tenía información sobre las posiciones ni las fuerzas del enemigo.

El 1º de septiembre ordenó a la compañía de reconocimiento salir en grupos de diez a averiguar dónde estaban los alemanes. Los soldados, montados en caballos del lugar, se dirigieron al sur cruzando la línea férrea Stalingrado-Saratov. La división los siguió en masa. De pronto, una fuerza alemana que volvía de un ataque contra la ciudad divisó a la fuerza que avanzaba. Algunos bimotores Messerschmitt 110 se separaron para bajar a ametrallarlos mientras que el resto de la flota volvía a la base para cargar bombas. Regresaron a eso del mediodía, pero entonces la división se había desplegado y el atractivo blanco se había dispersado.

Los grupos de reconocimiento volvieron habiendo avistado algunas unidades alemanas, pero eran incapaces de trazar una línea de frente para su comandante. Simplemente no existía de una forma reconocible. Los comandantes rusos estaban «preocupados y molestos». Aunque su infantería superaba por mucho a los alemanes que se les enfrentaban, no habían llegado ninguno de sus tanques ni artillería, y sólo habían recibido unos pocos cañones antitanques.

La situación resultó aún más desastrosa para la 64ª división de fusileros que estaba formándose en la retaguardia. La moral se hundió con los ataques aéreos alemanes, que también destruyeron el hospital de campaña matando a muchos doctores y enfermeras. Los heridos llevados a la retaguardia relataron historias de terror que

desconcertaron a las tropas bisoñas que esperaban en la reserva a ser enviadas al frente. Primero los individuos, después grupos enteros comenzaron a desertar. El comandante de la división ordenó a las unidades más débiles que formaran. Las arengó y maldijo por su cobarde fracaso en servir a la patria. Después, para castigarlas, decidió diezmarlas al estilo romano. Pistola en mano, fue hasta la fila delantera y comenzó a contar hasta diez en voz alta. Disparó a quemarropa a la cara de cada décimo hombre hasta vaciar el cargador.

Zhukov, apenas fue nombrado Vicecomandante Supremo, sólo por debajo de Stalin, llegó a Stalingrado el 29 de agosto para supervisar las operaciones. Pronto descubrió que los tres ejércitos destinados para las operaciones estaban mal armados, formados por antiguos reservistas y con escasas municiones y artillería. A través de la línea codificada con Moscú, convenció a Stalin de que el ataque se pospusiera una semana. Stalin aceptó, pero el avance alemán sobre el límite occidental de la ciudad, ahora que los cuerpos de Seydlitz se habían unido al 4º ejército blindado, lo alarmaron nuevamente el 3 de septiembre. Telefoneó al general Vasilevski, el jefe del estado mayor, exigiendo conocer la situación exacta. Tan pronto como éste admitió que los tanques alemanes habían llegado a los suburbios, estalló desesperando de Zhukov y otros generales: «¿Qué pasa?, ¿no entienden que si entregan Stalingrado, el sur del país quedará separado del centro y probablemente no podremos defenderlo? ¿No se dan cuenta de que no es sólo una catástrofe para Stalingrado? ¡Perderíamos nuestra principal vía fluvial y pronto el petróleo también!».

Vasilevski replicó tan tranquilo como le era posible: «Estamos poniendo todo con lo que contamos para luchar en los lugares amenazados. Creo que hay una posibilidad aún de que no perdamos la ciudad».

Poco después Stalin volvió a llamar, dictó entonces un mensaje para que fuera enviado a Zhukov. Ordenó que el ataque debía tener lugar inmediatamente, estuvieran o no las divisiones desplegadas o hubieran o no recibido la artillería. «La demora en este momento –insistió- equivale a un crimen». Stalingrado podía caer el mismo día siguiente. Después de una larga y conflictiva llamada telefónica, Zhukov finalmente lo convenció de esperar dos días más.

Si Stalin estaba en lo correcto y Zhukov equivocado es difícil de decidir. Paulus tuvo tiempo de reforzar el XIV cuerpo blindado, y la Luftwaffe sacó todas las ventajas de su poderío contra objetivos en la estepa a cielo abierto. El 1er ejército de guardas logró avanzar sólo unos pocos kilómetros, mientras que el 24º ejército fue forzado a retroceder a su punto de partida. Pero al menos esta ofensiva logró desviar las reservas de Paulus en el momento más crítico, cuando los desastrados restos de los 62º y 64º ejércitos retrocedían hasta la frontera de la ciudad.

Los alemanes también sufrieron una de las tasas más altas de bajas ese verano. No menos de seis comandantes de batallón fueron muertos en un solo día, y una serie de compañías quedaron reducidas a sólo cuarenta o cincuenta hombres cada una. (El total de bajas del *Ostfront* acababa de superar el millón y medio). El interrogatorio de prisioneros soviéticos explicaba la determinación a la que debían hacer frente. «De una compañía –dice un informe-, sólo quedaron vivos cinco hombres. Han recibido órdenes de que Stalingrado no sea entregada jamás».

Los soldados del Ejército rojo sentían que habían luchado mucho y muy duro durante los primeros diez días de la batalla. Uno de ellos escribía así a su familia: ¡Hola, queridos!: Desde el 23 de agosto, hemos estado combatiendo duras batallas con un enemigo cruel y astuto. El comandante del pelotón y el comisario fueron malheridos. Tuve que asumir el mando. Unos setenta tanques venían contra nosotros. Discutimos la situación entre los camaradas y decidimos luchar hasta la última gota de sangre. Cuando

los tanques avanzaron sobre las trincheras, lanzamos granadas y botellas llenas de petróleo». En muy corto tiempo, la mayoría de soldados rusos se enorgullecieron extremadamente de luchar en Stalingrado. Sabían que los pensamientos de todo el país estaban con ellos. Tenían pocas ilusiones, no obstante, sobre la desesperada lucha que aún los aguardaba. Stalingrado en ese momento tenía menos de 40.000 defensores para resistir al VI ejército y al 4º ejército blindado. Ningún comandante olvidaba que «el Volga era la última línea de defensa de los Urales».

Los alemanes estaban llenos de confianza durante la primera semana de septiembre. La lucha había sido dura, un soldado escribía a casa, «pero Stalingrado caerá en los próximos días». «Según lo que los oficiales nos dicen con certeza». Y hubo una indisimulada sensación de triunfo en el cuartel general del VI ejército cuando, el 3 de septiembre, un oficial del estado mayor informó del enlace entre el flanco sur del LI cuerpo de ejército y el flanco izquierdo del 4º ejército blindado: «¡El cerco de Stalingrado en el margen occidental del Volga está cerrado!» Desde el cruce del Don el 23 de agosto hasta el 8 de septiembre el VI ejército afirmó haber tomado «26.500 prisioneros y destruido 350 cañones y 830 tanques».

Paulus recibió una carta del coronel Wilhelm Adam, uno de sus oficiales del estado mayor, que estaba de licencia por enfermedad en Alemania y lamentaba amargamente su ausencia en ese momento histórico. «Aquí, todos esperaban la caída de Stalingrado –escribió a su comandante en jefe-. Uno espera que sea el punto decisivo de la guerra». Sin embargo, al pie de Stalingrado las noches de repente se hicieron más frías, hasta el punto de encontrar hielo en el suelo por la mañana y una capa de hielo en los cubos de lona de los caballos. El invierno ruso pronto estaría con ellos otra vez.

Sólo unos pocos preveían, no obstante, los obstáculos que aguardaban al VI ejército. Los masivos bombardeos de Richthofen no sólo habían fracasado en destruir la voluntad del enemigo, sino que su misma potencia destructiva había convertido la ciudad en un perfecto matadero para que los rusos lo usaran contra los alemanes.

Tercera parte

«La ciudad fatídica»

- 9 -

«El tiempo es sangre»: las batallas de septiembre

La primera vez que el pueblo alemán oyó que la ciudad de Stalingrado era un objetivo militar fue en un comunicado del 20 de agosto. Poco más de dos semanas después, Hitler, que nunca había querido que sus tropas se vieran envueltas en una lucha en las calles en Moscú o Leningrado, tomó la determinación de capturar esta ciudad a cualquier precio.

Los acontecimientos en el frente del Cáucaso, supuestamente su mayor prioridad, desempeñaron un papel crucial en su nueva obsesión con Stalingrado. El 7 de septiembre, un día en que Halder por el fracaso del avance sobre el Cáucaso llegó al colmo. Rehusó aceptar que el mariscal de campo List no tuviera tropas suficientes para la tarea. El general Alfred Jodl, que acababa de regresar de una visita al cuartel general de List, comentó en la cena que List sólo había seguido las órdenes del Führer. «¡Eso es una mentira!», vociferó Hitler, saliendo furiosamente. Como para probar que se le había citado mal, las instrucciones fueron enviadas de regreso por teletipo, ordenando que se enviaran estenógrafos del Reichstag a Vinnitsa para registrar palabra por palabra lo que dijera en la conferencia diaria sobre la situación.

Después de los triunfos en Polonia, Escandinavia y Francia, Hitler a menudo se mostraba propenso a despreciar las exigencias mundanas, tales como los suministros de combustible y la escasez de hombres, como si estuviera por encima de los límites

materiales normales de la guerra. Su estallido en esta ocasión parece haberlo llevado a una especie de barrera psicológica. El general Warlimont, que regresó después de una semana de ausencia, estaba tan sorprendido por la «larga mirada de ardiente odio» de Hitler que pensó: «Este hombre se ha desprestigiado, se ha dado cuenta de que su apuesta fatal ha terminado, que la Rusia soviética no será derrotada en esta segundo intento». Nicolaus von Below, el ayudante del Führer de la Luftwaffe, también encontró al volver «una situación completamente nueva». «Todo el séquito de Hitler producía una impresión unánimemente deprimente. Hitler de pronto estaba por completo ausente».

Es probable que Hitler percibiera la verdad (después de todo, había dicho a sus generales que fallar en la toma del Cáucaso significaría tener que poner fin a la guerra), pero todavía no podía aceptarla. El Volga estaba bloqueado y las industrias de armamento de Stalingrado igualmente destruidas –dos objetivos definidos por la operación Azul- pero ahora tenía que capturar la ciudad que llevaba el nombre de Stalin, como si esto en sí mismo pudiera conseguir la subyugación del enemigo por otros medios. El peligroso soñador buscaba la victoria simbólica como compensación.

Uno o dos éxitos espectaculares quedaban para sostener la ilusión de que Stalingrado sería el crisol en donde probar la superioridad del poderío alemán. En la constante lucha en el frente septentrional, el conde Von Strachwitz, el comandante estrella de la 16ª división blindada, había mostrado la cabeza fría, tener claro el objetivo y disparar con rapidez. Los rusos enviaban una oleada tras otra de T-34 y de tanques americanos conseguidos por la ley de Préstamos y Arriendo. Resultaba fácil inutilizar a los vehículos americanos, con su perfil sobresaliente y su protección más delgada. No agradaban a los soldados rusos. «Los tanques no eran buenos –dijo un conductor a sus captores-. Las válvulas se parten, el motor se sobrecalienta y la transmisión no sirve».

«Los rusos atacaron en una montaña –recordaba Freytag-Loringhoven- y nosotros estábamos en la otra ladera. Durante dos días estuvieron viniendo exactamente de la misma manera, exponiéndose contra el horizonte». Más de cien fueron destruidos. «Hasta donde la vista podía alcanzar –escribió un cabo de zapadores a su familia- había innumerables tanques quemados y abatidos». Strachwitz, a los cuarenta y nueve años, recibió las hojas de roble de la Cruz de Hierro, y fue destinado a Alemania poco después debido a su edad. Entregó el mando a Freytag-Loringhoven.

En este punto, los ataques rusos eran espantosamente inútiles e incompetentes, pero no dejaban duda de la determinación de defender Stalingrado costara lo que costase. Era una resolución igual o mayor que la determinación del invasor. «La hora del valor ha sonado en el reloj … », decía un poema de Anna Ajmatova en ese momento, cuando la propia existencia de Rusia parecía estar en peligro mortal.

Desde la caída de Rostov, cualquier medio para fomentar la resistencia se había vuelto permisible. El 8 de septiembre, una foto en el *Stalinskoe znamia*, el periódico del frente de Stalingrado, mostraba a una joven aterrorizada atada de pies y manos. «¿Qué pasa si los fascistas atan así a tu amada?», decía el pie. «Primero la violarán descaradamente, luego la tirarán bajo un tanque. Avanza guerrero. Dispara al enemigo. Tu deber es impedir que el violador viole a tu chica». Tal propaganda –casi una repetición del tema del poema «¡Mátalo!» de Konstantin Simonov- era sin duda tosca, pero su simbolismo reflejaba exactamente el ánimo de ese momento. El poema «Yo odio» de Alexei Surkov era igualmente feroz. La violación alemana de la patria sólo

podía ser borrada con una sangrienta venganza.[*] El 9 de septiembre una avanzadilla del 4º ejército alemán encontró ejemplares de *Estrella Roja* (Krasnaya Svezda) con un llamamiento de Ilia Ehrenburg a los soldados soviéticos que concluía: «No contéis los días, no contéis los kilómetros. Contad sólo el número de alemanes que habéis matado. Matad al alemán, esta es la oración de vuestra madre. Matad al alemán, es el grito de la tierra rusa. No vaciléis. No ceséis. Matad».

Para Yeremenko y Jruschov, la principal decisión en este momento de crisis era escoger un sucesor para comandante del 62º ejército, que evidentemente no creía que Stalingrado podía resistir. El 10 de septiembre, el 62º ejército luchó para replegarse de nuevo en la ciudad. Quedó separado del 64º ejército en el sur cuando la 29ª división de infantería motorizada irrumpió en el Volga en Kuporosnoe, en la punta meridional de Stalingrado. El 11 de septiembre, el cuartel general de Yeremenko en el cañón del Tsaritsa había recibido intensos disparos. Konstantin Simonov llegó en ese momento. Le sorprendió el «triste olor a hierro quemado» cuando cruzaba el Volga hacia la ciudad aún humeante. En el búnker sin ventilación, Jruschov, «que estaba taciturno y replicaba con monosílabos … tomó un paquete de cigarrillos y trató de encender uno una y otra vez, pero la llama se apagaba porque la ventilación del túnel era muy mala».

Simonov y su acompañante fueron a dormir con sus abrigos en una esquina del sistema de túneles próxima a la entrada del Tsaritsa. Cuando se despertaron al día siguiente, el lugar estaba vacío. «No había oficiales del estado mayor, ni máquinas de escribir, nadie». Al final encontraron un guardavía que enrollaba el último trozo de cable. El constante corte de las líneas terrestres durante los bombardeos habían forzado a Yeremenko y a Jruschov a buscar la autorización de Stalin para retirar su puesto de comando al otro lado del río. El único cuartel general que quedaba en el margen occidental era el del 62º ejército.

A la mañana siguiente, el general Chuikov recibió una convocatoria del nuevo cuartel general en Yami del consejo militar conjunto para Stalingrado y los frentes del sudoeste. Le llevó todo el día y casi toda la noche cruzar el Volga y encontrar el lugar. El reflejo de los edificios ardiendo de Stalingrado era tan fuertes que, incluso en la rivera oriental del ancho Volga, no tenían necesidad de encender los faros de su *jeep* de Préstamos y Arriendo.

Cuando finalmente Chuikov vio a Jruschov y Yeremenko a la mañana siguiente, resumieron la situación. Los alemanes estaban listos para tomar la ciudad a cualquier precio. Rendirse era imposible. No había dónde retirarse. Chuikov había sido propuesto como el nuevo comandante del ejército en Stalingrado.

-Camarada Chuikov –preguntó Jruschov-, ¿cuál es el objetivo de su misión?

-Defender la ciudad o morir en el intento –replicó. Yeremenko y Jruschov lo miraron y dijeron que había entendido su misión correctamente.

Esa noche, Chuikov cruzó con un barco transbordador desde Krasnania Sloboda, junto con dos T-34, hasta el desembarcadero central justo encima del cañón del Tsaritsa. Cuando la nave se acercaba a la orilla, cientos de personas, principalmente civiles deseosos de escapar, salían silenciosamente de los cráteres dejados por las bombas. Otros se preparaban para llevar a los heridos a bordo. Chuikov y sus acompañantes salieron a buscar el cuartel general.

Después de muchas indicaciones equivocadas, el comisario de una unidad de zapadores los llevó al Mamaev Turgan, el gran montículo funerario tártaro, también llamado la montaña 102, por su altura en metros. Allí, Chuikov encontró el cuartel

---

[*] Prácticamente no cabe duda de que la propaganda con la «violación» a fines de 1942 contribuyó significativamente a las violaciones masivas cometidas por los soldados del Ejército Rojo en su avance en el territorio alemán a fines de1944 y en 1945.

general del 62º ejército y habló con el jefe del estado mayor, el general Nikolai Ivanovich Krilov. El tosco y áspero Chuikov era muy distinto de Krilov, un hombre preciso, con una mente analítica, aunque ambos se entendieron mutuamente y comprendieron la situación. Había sólo una manera de resistir. La tendrían que pagar con vidas. «El tiempo es sangre», como Chuikov lo expresó después, con simplicidad brutal.

Apoyado por Krilov y Kuzma Akimovich Gurov, el comisario del ejército de siniestro aspecto, con la cabeza al rape y gruesas cejas, Chuikov comenzó a infundir terror en todo comandante que siquiera considerara la idea de retirarse. Algunos altos oficiales habían comenzado a replegarse hacia el río, abandonando a sus hombres, la mayoría de los cuales, como Chuikov se percató, también deseaban «cruzar el Volga tan rápidamente como fuera posible, fuera de este infierno». Se aseguró de que las tropas de la NKVD controlaban todos los muelles y embarcaderos. Los desertores, cualquiera que fuera su rango, afrontaban una ejecución sumaria.

Hubo muchos otros informes alarmantes sobre la confiabilidad de las tropas. Antes de ese día, en la 6ª brigada de guardias de tanques, un antiguo sargento mató al comandante de su compañía, amenazó entonces al conductor y al operador de radio con su pistola. Tan pronto como salieron del tanque, condujo hacia las líneas de la 76ª división de infantería. Debido a que el sargento tenía una bandera blanca puesta en la torreta, los investigadores concluyeron que este «experimentado traidor» había «planeado todos los detalles de su repugnante conspiración» previamente. Se consideró que los dos soldados sacados a la fuerza del tanque habían «mostrado cobardía». Ambos comparecieron ante el tribunal militar y fueron probablemente ejecutados.

En ese momento, el 62º ejército se reducía a 20.000 hombres. Le quedaban menos de sesenta tanques. Muchos eran buenos sólo para disparar sobre puntos inmóviles. Chuikov, sin embargo, tenía más de 700 morteros y cañones, y deseaba que toda la artillería más pesada fuera retirada a la orilla oriental. Su principal preocupación era aminorar el efecto de la abrumadora superioridad aérea. Había ya advertido la reluctancia de las tropas alemanas a entrar en combates cercanos, especialmente durante las horas de la oscuridad. Para desgastarlos, «debe hacerse sentir a todo alemán que está viviendo ante la boca de un cañón ruso».

Su preocupación más inmediata era controlar una mezcla de tropas que no conocía, en posiciones de las que no había hecho un reconocimiento, cuando los alemanes estaban a punto de lanzar su primer gran ataque. Chuikov describió las defensas improvisadas que encontró como poco más que barricadas que el morro de un camión podía derribar. El cuartel general del VI ejército por otra parte exageraba en otro sentido los informes de «posiciones fuertes con profundos búnkeres y emplazamientos de hormigón». El verdadero obstáculo para los atacantes, como pronto descubrirían, era el arruinado paisaje urbano.

Ese mismo día, 12 de septiembre, Paulus estaba en el cuartel general *Werwolf* de Hitler, en Vinnitsa, con el general Halder y el general Von Weichs, el comandante en jefe del grupo de ejércitos B. Los informes de esta reunión varían. Paulus asegura haber planteado la cuestión de un extenso flanco izquierdo a lo largo del Don hasta Voronezh, y la falta de un «corsé» que endureciera a los ejércitos italianos, húngaros y rumanos. Según Paulus, los planes de Hitler se basaban en la suposición de que los rusos estaban a punto de agotar sus recursos, y de que el flanco del Don sería fortalecido con más formaciones aliadas. Hitler, que estaba interesado sólo en Stalingrado, deseaba conocer

cuán pronto caería. Paulus probablemente repitió la estimación que había dado a Halder el día anterior: diez días de lucha, «después catorce días para reagruparse».

La primera fase del ataque alemán comenzó la mañana siguiente a las 4.45 hora alemana, 6.45 hora rusa. (Hitler insistía aún en que la Wehrmacht en Rusia operara con la misma hora que el cuartel general *Wolfsschanze* en Prusia Oriental). En el flanco izquierdo del LI cuerpo del ejército, la 295ª división de infantería se dirigió al Mamaev Kurgan y a la derecha, las 76ª y 71ª divisiones de infantería atacaron la estación central de ferrocarril y el embarcadero central del Volga. Los oficiales de la 295ª habían lanzado a sus hombres con la idea de que lograrían llegar al Volga con una incursión.

El asalto aéreo y de la artillería contra las posiciones soviéticas durante el día anterior había sido intenso: «Una masa de Stukas caía sobre nosotros –escribió un cabo en la 398ª división de infantería-, y después de ese ataque, uno no podía creer que ni un ratón quedara con vida». El bombardeo continuó también el 13 de septiembre. Desde su puesto de mando en el Mamaev Kurgan, Chuikov observaba con sus binoculares periscópicos. Una cortina de polvo con fragmentos de mampostería puso el cielo de color marrón. El suelo temblaba continuamente. Dentro del búnker, la tierra fina, como de un reloj de arena, se escurría entre las vigas que formaron el techo. Los oficiales del estado mayor y los encargados de las señales estaban cubiertos de ella. Los obuses y las bombas también destruían los cables telefónicos del campo. Los técnicos enviados a descubrir averías y a hacer reparaciones en los cables tenían pocas posibilidades de trabajar a cielo abierto. Tan frecuentes eran los cortes que incluso las jóvenes telefonistas tenían que aventurarse afuera. Chuikov logró ponerse en contacto con Yeremenko en la retaguardia sólo una vez en le curso del día, y al atardecer había perdido contacto con sus divisiones en el margen occidental. Se vio forzado a recurrir a mensajeros cuya esperanza de vida cruzando la ciudad bombardeada era incluso menor que la de los técnicos del tendido de cables.

Aunque los alemanes hicieron avances en el extremo occidental de la ciudad, capturando el pequeño campo de vuelo y las barracas, sus intentos de batir el promontorio norte resultaron infructuosos. La lucha era más dura de lo esperado. Muchos se dieron cuenta en privado de que muy bien podían pasar el invierno en Stalingrado.

Chuikov decidió trasladarse durante esa noche al antiguo cuartel general en el túnel, que comenzaba en el cañón del Tsaritsa y tenía una salida en Pushkinskaia Ulitsa, una calle cerca de la orilla del Volga. La línea del desfiladero del Tsaritsa también había sido la elección evidente para Paulus y Hoth como límite entre los dos ejércitos. Mientras que las divisiones de Seydlitz, en el norte, embestían contra el Mamaev Kurgan y la estación central del ferrocarril, las divisiones blindadas 14ª y 24ª y la 94ª división de infantería de Hoth, en el sur, avanzaban preparadas para atacar hacia el granero de hormigón que dominaba el horizonte de Stalingrado.

Las noticias del avance de la 71ª división de infantería en el centro de Stalingrado, precisamente al norte del Tsaritsa, fueron saludadas con intenso júbilo en el cuartel general del Führer. La misma información llegó al Kremlin esa noche. Stalin estaba debatiendo la posibilidad de un gran contragolpe estratégico en Stalingrado con Zhukov y Vasilevki, cuando Poskrebishev, el jefe de su secretario, entró para decir que Yeremenko estaba al teléfono. Después de hablar con él, Stalin les comunicó las novedades a los dos generales: «Yeremenko dice que el enemigo está trasladando tanques cerca de la ciudad. Espera un ataque mañana». Se volvió a Vasilevski: «Dé órdenes inmediatamente para que la 13ª división de guardias de Rodimtsev cruce el

Volga y vea qué más puede enviar allá». Una hora más tarde Zhukov estaba en un avión de vuelta a Stalingrado.

En las primeras horas del 14 de septiembre, Chuikov y su estado mayor se abrían paso rumbo al sur hacia el búnker de Tsaritsa en dos vehículos a través de la ciudad destruida. Las calles derruidas eran apenas transitables, y el corto trayecto se interrumpía muchas veces. Chuikov estaba impaciente, porque había ordenado un contraataque y necesitaba estar listo en el nuevo cuartel general. Sus tropas sorprendieron a los alemanes en varios lugares, pero fueron batidas tan pronto amaneció, pues los escuadrones de Stukas de la Luftwaffe comenzaron a operar. La única noticia alentadora que recibió esa mañana fue que la 13ª división de guardias fusileros cruzaría el río esa noche. Pero los avances del enemigo ese día eran tan fuertes y rápidos que muchos empezaron a dudar de si las tropas de Rodimtsev lograrían desembarcar en el margen occidental.

La división de la infantería alemana se abrió paso hasta la lejana ladera del Mamaev Kurgan, pero la amenaza más inmediata a la supervivencia de Stalingrado provenía precisamente del sur. «¡Ambas divisiones (la 71ª y la 76ª) lograron avanzar – decía el informe sumamente optimista del VI ejército- con un ataque a la estación central al mediodía, y a las 15.15, habiendo capturado la depuradora de agua, llegaron a orillas del Volga». La estación central de hecho cambió de manos tres veces en dos horas durante la mañana, y fue recapturada por un batallón de fusileros de la NKVD por la tarde.

Cuando llegó al cuartel general de Chuikov, a primera hora de la tarde, el general Alexandr Rodimtsev llevaba el uniforme mugriento. Desde que había puesto el pie en la orilla occidental del Volga, los constantes ataques aéreos lo habían obligado a meterse precipitadamente en los cráteres para refugiarse. Divertido, aunque con el intenso aire de un estudiante apasionado, Rodimtsev parecía más un intelectual moscovita que un general del Ejército Rojo y héroe de la Unión Soviética. El cabello prematuramente canoso, muy corto a los lados y alto en la frente, lo hacía parecer estirado. A los treinta y siete años de edad, Rodimtsev pertenecía a esa pequeñísima minoría de personas que pueden decir genuinamente que se ríen del peligro. En la guerra civil española, actuando bajo el nombre de «Pablito», había sido el asesor soviético clave en la batalla de Guadalajara de 1937, en la que los republicanos españoles hicieron huir a los cuerpos expedicionarios de Mussolini. Era un héroe para sus tropas, que afirmaban que su mayor temor era que, al ser herido, fuera transferido a otra formación por no estar en forma para el servicio.

Chuikov no dejó a Rodimtsev ninguna duda del peligro de la situación. Acababa de desplegar su última reserva, los diecinueve tanques que quedaban de una brigada blindada. Aconsejó a Rodimtsev dejar todo el equipo pesado detrás. Sus hombres necesitaban sólo armas personales, ametralladoras y lanzagranadas, así como todas las granadas que pudieran cargar.

Chuikov convocó al corones A. A. Sarayev, el comandante de la 10ª división de fusileros de la NKVD y también comandante de la guarnición de Stalingrado. Sarayev, que había estado en Stalingrado desde julio con cinco regimientos de tropas de la NKVD (algo más de 7.500 hombres) había acrecentado mucho su imperio. Había creado un ejército privado de más de 15.000 hombres a ambos márgenes del Volga. También controlaba los pasos del río y el tráfico fluvial. Chuikov, que tenía poco que perder en ese momento, amenazó con telefonear al cuartel general del frente si Sarayev no obedecía sus órdenes. Aunque Beria había amenazado con «aniquilar» a un

comandante en el Cáucaso por haberse atrevido a sugerir que las tropas de la NKVD deberían estar bajo el mando del ejército, Sarayev se dio cuenta de que en este caso era más sensato obedecer. El viento del Kremlin comenzaba a soplar a favor del ejército.

Se ordenó a los batallones de la milicia bajo su mando que ocuparan los edificios importantes y los defendieran hasta el fin. Un batallón regular de la NKVD fue enviado al Mamaev Kurgan, mientras que a dos regimientos de fusileros se les ordenó bloquear el avance enemigo sobre el río. A los guardias de Rodimtsev debería serles permitido desembarcar. Las tropas de la NKVD lucharon valientemente, sufriendo fuertes bajas, y la división recibiría después la Orden de Lenin y el título de «Stalingradski». Sarayev permaneció en su puesto durante el combate, pero pronto perdió su feudo. Su sucesor como comandante de las fuerzas de la NKVD, el mayor-general Rogatin, asumió el mando la segunda semana de octubre, con un nuevo cuartel general situado en el margen oriental.

Otro encuentro desagradable tuvo lugar por la noche. Al otro lado del Volga, el delegado civil de Stalin, Georgi Malenkov, había convocado a los altos oficiales del 8º ejército del aire al cuartel general del frente. Pensaron, al llegar, que habían sido llamados allí para recibir medallas. Yeremenko y Zhukov estaban en pie en el fondo. Malenkov, que en el primer día de la guerra había dudado del informe del almirante Kuznetsov del ataque aéreo alemán contra Sebastopol, ahora hacía sentir su desagrado a los oficiales de la aviación del Ejército Rojo. Exigió saber qué unidades habían estado activas cada día y después los acusó de insuficiente actividad. Dictó sentencias de corte marcial contra los comandantes. Para hacer sentir su poder llamó al frente a un oficial, un mayor bajito, de cabello negro peinado hacia atrás y con una cara bastante hinchada de engreimiento. «Mayor Stalin –dijo al hijo de José Vissarionovich-[*], la actuación de sus aviadores en el combate es indignante. En la última batalla ninguno de sus veinticuatro pilotos ha derribado a un solo alemán. ¿Qué es esto? ¿Se ha olvidado de cómo combatir? ¿Cómo debemos entender esto?» Malenkov después humilló al general Jriukin, el comandante del 8º ejército del aire. Sólo la intervención de Zhukov acabó con estos actos. Les recordó que la división de Rodimtsev estaba a punto de cruzar el Volga. Era mejor que el regimiento de combatientes responsable de cubrirlos se asegurara de no permitir que cayera ninguna bomba alemana. Los oficiales de aviación salieron en fila, demasiado afectados para decir nada.

La *Stavka* había ordenado que la 13ª división de fusileros avanzara hacia Stalingrado tres días antes. Aunque tenía más de 10.000 hombres, una décima parte de ellos no tenía armas. La división se dispersó eludiendo un reconocimiento aéreo alemán entre los olmos, álamos ucranianos y sauces del margen oriental alrededor de Krasnaia Sloboda. Les dieron poco tiempo para preparar el viaje hacia el sur de Kamishin. Rodimtsev, conociendo la urgencia, había agobiado a sus camaradas todo el tiempo. Los radiadores de los camiones se habían recalentado, los camellos de carga se habían puesto nerviosos y el polvo levantado por los vehículos era tan espeso que «los milanos que posaban en los postes de telégrafo se habían vuelto grises». En varias ocasiones, las tropas se habían dispersado cuando los Messerschmitts de morro amarillo volaban a ras de suelo para bombardear las columnas.

En las cercanías del Volga, la estepa polvorienta terminaba y aparecían los arces anunciando la proximidad del agua. Un signo en forma de flecha clavado a un árbol

[*] Otros dos hijos de jefes soviéticos, Vladimir Mikoyan y Leonid Jruschov, servían en la aviación del Ejército Rojo en Stalingrado. Vasili Stalin, que era más que nada un donjuán, pronto eludió las obligaciones de combate para hacer una película de propaganda sobre la fuerza aérea.

llevaba una única palabra: «Transbordador». Los soldados avistaron el denso humo negro delante, y dieron codazos a sus compañeros de fila. Era el primer signo de la batalla que los esperaba en el otro lado del gran río.

En la orilla del río, fueron rápidamente enviados con municiones, granadas y raciones (pan, salchichas y azúcar para el té). Rodimtsev, después de su encuentro con Chuikov, decidió no aguardar a que oscureciera completamente. Hizo avanzar rápidamente a la primera oleada de guardias en el crepúsculo con una mezcla de cañoneras de la flotilla del Volga y barcos civiles requisados (remolcadores, gabarras, barcos pesqueros e incluso botes de remo). Aquellos que se quedaron esperando turno en el margen oriental trataban de calcular cuánto tiempo pasaría antes de que lo barcos regresaran por ellos.

El cruce era posiblemente más misterioso para aquellos que iban en los barcos de remos, pues el agua golpeaba suavemente la proa y los toletes crujían al unísono. Las lejanas detonaciones de los disparos de fusil y el ruido sordo de la explosión de los obuses sonaban huecos en la amplitud del río. Así que la artillería alemana, con sus morteros y ametralladoras bastante cerca de la orilla, cambió de objetivo. Se alzaron columnas de agua en medio de la corriente que empaparon a los ocupantes de los barcos. Los vientres plateados de los peces pronto refulgieron en la superficie. Una cañonera de la flotilla del Volga recibió un impacto directo, y veinte miembros del destacamento de a bordo murieron. Algunos hombres fijaban la vista en el agua que los rodeaba para evitar mirar la lejana orilla, del mismo modo que un escalador evita mirar hacia abajo. Otros, sin embargo, constantemente echaban una ojeada hacia delante a los edificios ardiendo en la orilla occidental, con la cabeza de un casco de acero instintivamente hundida entre los hombros. Los estaban enviando a una imagen del infierno. Cuando la oscuridad se intensificó, las enormes llamas dibujaban la silueta de

los esqueletos de altos edificios en la orilla y proyectaban grotescas sombras. Las chispas volaban en el aire nocturno. El margen del río ante ellos era «un revoltijo de máquinas quemadas y gabarras rotas arrojadas a tierra». Cuando se aproximaban a la orilla, sintieron el olor de los edificios carbonizados y el hedor nauseabundo de los cadáveres pudriéndose bajo los escombros.

La primera oleada de guardias de Rodimtsev no preparó sus bayonetas. Saltaron de los botes al agua baja de la orilla del río y cargaron directamente contra el margen empinado y arenoso. En ciertas partes los alemanes estaban a menos de cien metros de distancia. No era necesario que nadie dijera a los guardias que cuanto más se demoraran, más probable era la muerte. Afortunadamente para ellos, los alemanes no tuvieron tiempo de atacar ni de preparar sus posiciones. Un batallón del 42º regimiento

de guardias a la izquierda se unió a las tropas de la NKVD, y lograron que los alemanes se replegasen a la estación central. El 39º regimiento de guardias a la derecha cargó contra una gran fábrica de ladrillo rojo (acribillada a balazos y conservada hasta hoy como monumento), que liberaron en un reñido combate sin piedad. Cuando llegó la segunda oleada, el regimiento reforzado avanzó hasta la vía del ferrocarril que pasaba por la base del Mamaev Kurgan.

La 13ª división de guardias fusileros sufrió un 30 por 100 de bajas en las primeras veinticuatro horas, pero la orilla del río quedó a salvo. Los pocos supervivientes (sólo 320 hombres de los 10.000 iniciales sobrevivieron hasta el final de la batalla de Stalingrado) juraban que su determinación «fluía de Rodimtsev». Siguiendo su ejemplo, hicieron también la promesa: «No hay tierra para nosotros más allá del Volga».

Los alemanes primero vieron el contraataque de Rodimtsev apenas como un revés temporal. Estaban convencidos de que su avance hacia el centro de la ciudad era irreversible. Un miembro de la 29ª división de infantería motorizada escribió: «Desde ayer la bandera del Tercer Reich flamea sobre el centro de la ciudad. El centro y la zona de la estación [central] están en manos alemanas. No puedes imaginarte cómo hemos recibido las noticias». Pero los soldados, tiritando en el clima más frío, «soñaban ya en cuarteles de invierno subterráneos, con estufas Hindenburg brillando, y muchas cartas de sus queridas familias».

Las compañías de la infantería alemana habían avanzado en el desfiladero del Tsaritsa. La entrada al cuartel general del 62º ejército quedó bajo fuego directo y el búnker de Tsaritsin repleto de heridos. Pronto, el aire húmedo y caliente se hizo irrespirable. Los oficiales del estado mayor se desmayaban por falta de oxígeno. Chuikov decidió cambiar la sede de su cuartel general una vez más, esta vez cruzando el río, yendo hacia el norte y después cruzando otra vez al margen occidental.

La lucha se intensificó en el Mamaev Kurgan. Si los alemanes lo tomaban, sus cañones podrían controlar el Volga. Uno de los regimientos de fusileros del NKVD logró retener una pequeña parte de la montaña hasta que fue reforzado por el resto del 42º regimiento de guardias fusileros de Rodimtsev y parte de otra división justo antes de que amaneciera el 16 de septiembre. Los recién llegados atacaron la cumbre y las faldas del monte esa mañana temprano. Del parque donde los enamorados paseaban unas pocas semanas antes no quedaba nada y el Mamaev Kurgan estaba totalmente irreconocible. Ni una brizna de hierba quedaba en la tierra, ahora sembrada de fragmentos de obuses, bombas y granadas. Toda la ladera del monte estaba removida y agujereada de cráteres, que servían como trincheras instantáneas en la encarnizada lucha de ataque y contraataque. El guardia Kentia se hizo famoso por haber derribado y pisoteado la bandera alemana izada en la cumbre por los soldados de la 295ª división de infantería. Mucho menos se supo de los episodios no heroicos. Se decía que un comandante de una batería rusa en el Mamaev Kurgan desertó porque «temía ser responsable por su cobardía durante la batalla». Los artilleros habían sido presa del pánico y habían escapado cuando un grupo de la infantería alemana irrumpió y atacó la batería. El veterano teniente M. había mostrado «indecisión» y no había matado alemanes, un crimen que merecía la pena de muerte en ese momento.

A las 11 de la noche del 16 de septiembre, el teniente K., un comandante de sección en la 112ª división de fusileros, a unos 8 km al norte, descubrió la ausencia de cuatro soldados y sus suboficiales. «En vez de tomar medidas para encontrarlos y detener este acto de traición, todo lo que hizo fue informar del hecho al comandante de

su compañía». Alrededor de la una de la madrugada el comisario Kolabanov fue a la sección a investigar. Cuando se acercaba a las trincheras, escuchó una voz que, desde las posiciones alemanas, llamaba en ruso a los soldados de la sección por sus nombres, incitándolos a pasar la línea. «Deberíais todos desertar, te alimentan y te tratan bien. En el lado ruso, moriréis pase lo que pase». El comisario vio entonces varias figuras que cruzaban la tierra de nadie hacia el lado alemán. Con cólera observó que los demás miembros de la sección no les dispararon. Encontró que diez hombres, incluido el sargento, se habían marchado. El comandante de la sección fue arrestado y llevado ante una corte marcial. La sentencia, presumiblemente la ejecución o una compañía *shtraf*, no está registrada. En la misma división, al parecer un capitán trató de convencer a otros dos oficiales de desertar con él, pero uno de ellos «no aceptó y ejecutó al traidor», aunque uno no puede estar seguro de que esta versión de los hechos no estuviera camuflando una disputa personal.

Los alemanes contraatacaron una y otra vez durante los días que siguieron, pero los guardias de Rodimtsev y los restos del regimiento de fusileros de la NKVD lograron resistir en el Mamaev Kurgan. Lucharon con la 295ª división de infantería hasta llegar a un punto muerto. Sus pérdidas fueron tantas que se fusionaron varias compañías. Las bajas de oficiales eran particularmente altas, debido a los francotiradores rusos. Después de menos de dos semanas en la línea, una compañía en el regimiento del coronel Korfes de la 295ª división de infantería estaba a cargo de su tercer comandante, un joven teniente.

«Las escaramuzas a muerte» continuaron en el Mamaev Kurgan y la artillería pesada alemana continuó bombardeando las posiciones soviéticas durante los dos meses siguientes. El escritor Vasili Grossman observó que los obuses arrojaban tierra por los aires. «Estas nubes de tierra pasan entonces a través del tamiz de la gravedad, los trozos más pesados caen directamente al suelo, mientras el polvo sube hasta el cielo». Los cadáveres de la batalla en las ennegrecidas laderas eran desenterrados y luego enterrados otra vez en el incesante y revuelto fuego de los obuses. Años después de la guerra, se dice que se desenterraron un soldado alemán y un soldado ruso durante un trabajo de limpieza. Los dos cadáveres habían quedado enterrados por la explosión de un obús apenas se hubieron matado mutuamente con sus bayonetas.

En la deliberadamente comedida descripción de Zhukov, estos eran «días muy difíciles para Stalingrado». En Moscú, los funcionarios de la embajada de Estados Unidos estaban seguros de que la ciudad estaba acabada, y el ánimo en el Kremlin era de extremo nerviosismo. En la noche del 16 de septiembre apenas acabada la cena, Poskrebishev vino silenciosamente y colocó en el escritorio de Stalin una transcripción del departamento de inteligencia del estado mayor general. Era el texto de un mensaje de radio de Berlín interceptado: «Stalingrado ha sido tomada por las brillantes fuerzas alemanas. Rusia ha sido dividida en dos partes, norte y sur, y pronto se derrumbará agonizante». Stalin leyó el mensaje varias veces, después se puso de pie por unos momentos junto a la ventana. Le dijo a Poskrebishev que lo comunicara con la *Stavka*. Por teléfono dictó un mensaje para Yeremenko y a Jruschov: «Denos una idea de lo que está pasando en Stalingrado. ¿Es verdad que los alemanes han tomado Stalingrado? Denos una respuesta directa y franca. La espero de inmediato».

De hecho la crisis inmediata ya había pasado. La división de Rodimtsev había llegado en el momento preciso. Ya durante el día, los comandantes alemanes sabían de los refuerzos traídos del otro lado del río, tales como la 95ª división de fusileros de Gorishni y una brigada de la infantería de marina destinada a reforzar la muy debilitada

35ª división de fusileros al sur de Tsaritsa. La Luftwaffe también advirtió que el 8º ejército del aire había aumentado el número de naves preparadas para responderles, aunque los pilotos de combate soviéticos todavía sufrían de un miedo instintivo al enemigo. «En cuanto aparece un Me-109 –se quejaba un informe de un comisario- empieza un tiovivo, cada uno trata de proteger su propia cola».

El personal de la Luftwaffe observaba, ante todo, una intensificación del fuego antiaéreo. «Tan pronto aparecen los escuadrones de Stukas –anotó un oficial de enlace de la 24ª división blindada- el cielo queda cubierto con innumerables nubes negras de fuego antiaéreo». Una exaltada ovación se elevaba de las posiciones rusas en tierra cuando uno de los odiados Stukas explosionaba en medio del aire en una bola de humo, y sus restos caían envueltos en llamas. Incluso los pilotos de cazas, mucho más rápidos, sufrían los disparos cada vez más intensos del otro lado del Volga. El 16 de septiembre, un suboficial de la Luftwaffe, Jürgen Kalv, se vio forzado a lanzarse en paracaídas de su dañado Me-109 al Volga. Aterrizó en el río y nadó hasta la orilla, donde lo esperaban los soldados del Ejército Rojo.

Los tripulantes de los bombarderos de la Luftwaffe apenas si tenían un respiro. Cada aparato era necesario para el bombardeo en cadena. El 19 de septiembre, un piloto calculó que en los últimos tres meses había volado en 228 misiones: tantas como las realizadas en los tres años anteriores sobre «Polonia, Francia, Inglaterra y Rusia juntas». Él y su tripulación estaban volando seis horas al día.

Su vida en tierra, centrada el campos de aviación improvisados en la estepa, era una carrera de comidas apresuradas, teléfonos de campaña sonando y un estudio intensivo de los mapas y las fotografías de reconocimiento en la tienda de operaciones. De nuevo en el aire, la identificación de los blancos no era fácil cuando abajo se extendía un increíble caos de ruinas e incendios», y columnas cada vez más enormes de humo negro aceitoso salían de los tanques de petróleo envueltos en llamas, oscureciendo el sol hasta una altitud de 3 km.

El ejército enviaba constantemente peticiones de misiones: «Ataquen objetivo en área A 11, sector noroeste, el gran bloque de casas, dura resistencia enemiga allí». Los pilotos de la Luftwaffe, sin embargo, no sentían que aportaran mucho al continuar pulverizando una tierra baldía de «naves industriales incendiadas, destrozadas, donde no quedaba ni una pared en pie».

Para el personal de tierra, «mecánicos (especialistas en armamento, bombas y radio)» que preparaban las naves para despegar «tres, cuatro, cinco veces al día» no había respiro. Para los tripulantes de los aviones, los únicos momentos de tranquilidad eran al amanecer y al anochecer, pero incluso entonces no se entretenían junto al campo de aviación, mirando el cielo encima de este «país inmenso»: ya hacía la tercera semana de septiembre, las heladas fueron fuertes. El 17 de septiembre, la temperatura bajó de repente. Los hombres se pusieron prendas de lana bajo sus chaquetas, que en la mayoría de los casos ya se estaban desintegrando. «La ropa de los soldados –apuntó un doctor- estaba tan usada que con frecuencia se veían obligados a utilizar prendas del uniforme ruso».

Mientras la enconada lucha por el Mamaev Kurgan continuaba, una batalla igualmente feroz se desarrollaba por el gran silo de cereales hecho de hormigón cerca del río. El rápido avance del XLVIII cuerpo blindado de Hoth había aislado virtualmente esta fortaleza natural. Los defensores de la 35ª división de guardias aplaudieron y bromearon cuando los refuerzos de una sección de la infantería de marina mandada por el teniente Andrei Jozianov llegó durante la noche del 17 de septiembre. Tenían dos viejas

ametralladoras Maxim y dos largos fusiles rusos antitanque, que utilizaron para disparar contra un tanque alemán cuando un oficial y un intérprete aparecieron con la bandera de tregua a pedirles que se rindieran. La artillería alemana entonces recorrió la vasta estructura preparando el terreno para la 94ª división de infantería sajona, cuya insignia eran dos espadas cruzadas de porcelana de Meissen.

Los cincuenta y pico defensores rechazaron diez asaltos el 18 de septiembre. Sabiendo que no podían esperar nuevos suministros, conservaban cuidadosamente las municiones, las raciones y el agua. Las condiciones en que continuaron luchando en los dos días siguientes fueron terribles. Los asfixiaba el humo y el polvo, incluso el grano en el silo se había incendiado, y pronto no tuvieron nada que beber. También estaban escasos de agua para llenar el cañón de las ametralladoras Maxim. (Probablemente los marinos recurrieron a su propia orina con este propósito, una práctica frecuente en la primera guerra mundial, pero los relatos soviéticos evitan dar detalles).

Para cuando nuevos tanques alemanes llegaron a acabar con ellos, todas sus granadas y proyectiles antitanque se habían consumido. Las dos Maxims quedaron inutilizadas. Los defensores, incapaces de ver dentro del silo con el humo y el polvo, se comunicaban gritándose entre sí con sus resecas gargantas. Cuando los alemanes irrumpieron, dispararon contra sonidos, no contra objetos. Esa noche, con sólo un puñado de municiones, los supervivientes atacaron. Tuvieron que dejar atrás a los heridos. Aunque fue un combate encarnizado, difícilmente podía tratarse de una victoria admirable para los alemanes, y con todo Paulus eligió el enorme granero como el símbolo de Stalingrado en la insignia que estaba haciendo diseñar en el cuartel general del ejército para conmemorar la victoria.

La defensa igualmente obstinada de los edificios semifortificados en el centro de la ciudad costó a los alemanes muchas vidas durante esos días. Estas «guarniciones» de soldados del Ejército Rojo de diferentes divisiones resistían desafiantes, sufriendo también terriblemente por la sed y el hambre. Hubo una violenta batalla por la posesión del gran almacén Univermag en la Plaza Roja, que servía como cuartel general del 1er batallón del 42º regimiento de guardias fusileros. Un pequeño depósito llamado «la fábrica de clavos» formó otro reducto. Y en un edificio de tres pisos, no muy lejos, los guardias lucharon durante tres días, con la nariz y la garganta seca llena del polvo del ladrillo de las paredes demolidas. Los heridos morían en los sótanos, abandonados una vez que sus joven enfermera sucumbió al ser herida en el pecho. Seis hombres, de lo que originalmente había sido casi la mitad de un batallón, escaparon en el último momento cuando los tanques alemanes finalmente aplastaron las paredes.

De los logros alemanes en el centro de la ciudad, el más serio para el Ejército Rojo fue su avance hacia el embarcadero central. Esto les permitía golpear los principales puntos de paso nocturno con la artillería, compuesta de lanzadores Nebelwerfer y ametralladoras, disparando a la luz de bengalas paracaídas de magnesio. Estaban decididos a impedir que los refuerzos y las vituallas llegaran a los defensores.

La principal estación, que había cambiado de manos quince veces en cinco días, terminó con los alemanes como ocupantes de las ruinas. Rodimtsev, de acuerdo con la política de Chuikov, ordenó que la línea del frente se trazara siempre a 45 m de los alemanes o menos, para dificultar la actividad de su artillería y aviación. Los hombres de su división se enorgullecían especialmente de su puntería. «Cada soldado de los guardias dispara como un francotirador» y así «fuerzan a los alemanes a gatear, no a caminar».

Los soldados alemanes, con los ojos rojos por el cansancio de la dura lucha, y lamentando la muerte de más camaradas de los que habían imaginado, habían perdido el ánimo triunfalista de apenas una semana antes. Todo parecía perturbadoramente

diferente. Encontraron que el fuego de artillería era más temible en una ciudad. El estallido de las bombas no era el único peligro. Siempre que atacaban un edificio alto, la metralla y la mampostería caían desde lo alto. El *Landser* había ya comenzado a perder la noción del tiempo en este extraño mundo, con su paisaje destruido de ruinas y escombros. Incluso la luz del mediodía tenía una claridad rara y fantasmal a causa de la constante neblina de polvo.

En un área tan concentrada, un soldado tenía que hacerse más consciente de la guerra en tres dimensiones, con el peligro de los francotiradores en los edificios altos. También debía observar el cielo. Cuando venían los ataques de la Luftwaffe, un *Landser* se abrazaba a la tierra exactamente del mismo modo que lo hacía un ruso. Estaba siempre el miedo de que los Stukas no distinguieran las banderas rojas y blancas con la esvástica negra extendidas para identificar sus posiciones. Con frecuencia, disparaban bengalas de reconocimiento para marcar el punto. Los bombarderos rusos también volaban bajo, lo suficientemente bajo como para mostrar la estrella roja en la cola del avión. Mucho más alto en el cielo, los pilotos de combate centelleaban al sol. Un observador decía que se movían y gritaban más como peces en el agua que como aves en el aire.

Los ruidos atacaban los nervios sin cesar. «El aire está lleno –escribió un oficial de blindados- del aullido infernal de los Stukas, el estruendo de la artillería y el fuego antiaéreo, el rugido de los motores, el traqueteo de las orugas de los tanques, el chillido del lanzador y de los "órganos de Stalin", el tableteo de las metralletas arriba y abajo, y todo el tiempo uno siente el calor de una ciudad quemándose por todos lados». Los gritos de los heridos afectaban mucho más a los hombres. «No es un sonido humano –escribió un alemán en su diario-, sólo es el sordo grito de sufrimiento de un animal salvaje».

En tales circunstancias, la añoranza de la familia se volvía más fuerte. «El hogar está tan lejos; ¡oh, dulce hogar! –escribió uno melancólicamente-. Sólo ahora sabemos bien cuán maravilloso es». Los defensores rusos por otra parte consideraban la añoranza del hogar un lujo que no se podían permitir. «¡Hola, mi querida Palina! –escribió un soldado desconocido a su esposa el 17 de septiembre-. Estoy bien y con salud. Nadie sabe lo que va a pasar pero viviremos y veremos. La guerra es dura. Tienes información de lo que está pasando en el frente por las noticias. La misión de cada soldado es sencilla: acabar con tantos *fritzes* como sea posible y luego expulsarlos hacia el oeste. Te extraño mucho pero no puedo hacer nada pues varios miles de kilómetros nos separan». Y el 23 de septiembre, un soldado llamado Sergei escribió a su esposa Liolia, un simple mensaje: «Los alemanes no nos resistirán». No hay ninguna mención del hogar.

Un nuevo intento de tres ejércitos soviéticos en el frente septentrional para atacar el flanco izquierdo del VI ejército fracasó el 18 de septiembre. El rápido traslado de los escuadrones de la Luftwaffe contra la amenaza, combinado con los contraataques del XIV cuerpo blindado resultó demasiado efectivo en la estepa a cielo abierto. Un segundo intento también falló al día siguiente. Todo lo que los tres ejércitos consiguieron, a un alto coste, fue ahorrarle al 62º ejército el ataque de la Luftwaffe durante menos de dos días.

Chuikov, que sabía que no habría una tregua, comenzó a traer la 284ª división de fusileros del coronel Batiuk, principalmente siberianos, de la otra ribera del Volga. Los acantonó en reserva bajo el Mamaev Kurgan, en caso de que los alemanes se establecieran firmemente alrededor del embarcadero central, y después atacaran al norte

por el margen del río en un intento de aislar a su ejército desde atrás. La mañana del 23 de septiembre, unas cuantas horas después de que los últimos siberianos de Batiuk hubieran alcanzado el margen occidental del Volga, la división fue lanzada al ataque en un intento de expulsar a los alemanes del embarcadero central y conectar con las tropas soviéticas aisladas al sur del Tsaritsa. Pero las divisiones alemanas, aunque sufrieron grandes bajas, los forzaron a retroceder. Ese día, en que Paulus casualmente cumplía cincuenta y dos años, los alemanes finalmente aseguraron el amplio corredor que aislaba el ala izquierda del 62º ejército en la bolsa meridional del desfiladero del Tsaritsa.

Con previsible minuciosidad, los alemanes no cejaron en sus intentos de aplastar la resistencia en este sector meridional de Stalingrado. Dos días más tarde lograron un gran avance. Esto suscitó el pánico en dos brigadas de las milicias, que estaba ya virtualmente sin alimento ni municiones. El hundimiento, sin embargo, comenzó por arriba, como informó el cuartel general de Stalingrado a Shcherbakov en Moscú. El comandante de la 42ª brigada especial, «abandonó la línea de defensa, simulando que salía para consultar con el estado mayor del ejército». Lo mismo ocurrió con la 92ª brigada especial, pese a su refuerzo de la infantería de marina. El 26 de septiembre, el comandante y el comisario, seguidos por su plana mayor, abandonaron a sus hombres, también «fingiendo que iban a hablar de la situación con el alto mando», pero en realidad se pusieron a salvo en la gran isla de Golodni en medio del Volga. A la mañana siguiente, «cuando los soldados supieron que sus comandantes habían desertado, la mayoría corrió a la orilla del Volga y comenzaron a preparar balsas para ellos mismos». Algunos trataron de impulsar con remos troncos y tablas halladas en la playa hasta la isla de Golodni, otros simplemente nadaron. El enemigo, al descubrir sus desesperados intentos de escapar, abrieron fuego con morteros y la artillería, y mataron a muchos en el agua.

«Cuando el mayor Yakovlev, el comandante del batallón de ametralladores, para entonces el oficial de más alto rango de la brigada que quedó en el margen occidental, supo que el comandante de la brigada había desertado y sembrado el pánico entre las tropas, asumió el mando de la defensa». Pronto descubrió que se había quedado sin comunicaciones, pues los encargados de las señales estaban entre los que habían huido a la isla. Ayudado por el teniente Solutsev, Yakovlev reunió a las tropas que quedaban, y estableció una línea de defensa que, pese a la escasez de hombres y municiones, resistió siete ataques en las siguientes veinticuatro horas. Todo este tiempo, el comandante de la brigada permaneció en la isla. Ni siquiera trató de enviar más municiones a los defensores dejados atrás. En un intento de encubrir lo que estaba pasando, envió informes ficticios sobre el combate al cuartel general del 62º ejército. Esto le resultó poco beneficioso. El estado mayor de Chuikov comenzó a sospechar. Fue arrestado y acusado de «desobediencia criminal de la orden nº 227». Aunque no se dan detalles en el informe a Moscú de la sentencia pronunciada por el tribunal de la NKVD, es difícil creer que hubiera clemencia.

- 10 -

Rattenkrieg[*]

La frustración de Hitler por la falta de éxito en el Cáucaso y en Stalingrado llegó al máximo el 24 de septiembre, cuando relevó al general Halder, jefe del estado mayor general del ejército. Ambos hombres estaban sufriendo de una especie de agotamiento nervioso. A Halder lo había exasperado lo que consideraba la intromisión obsesiva y errática de un bisoño, mientras que el Führer veía en cualquier crítica implícita de su dirección el resentimiento de generales reaccionarios que no compartían su voluntad de victoria. La principal preocupación de Hitler –anotó Halder en su diario esa noche- era la «necesidad de adoctrinar al estado mayor general en una creencia fanática en la Idea». Esta preocupación por dominar al estado mayor general se convirtió en una lucha sucedánea en sí misma. Las repercusiones no son difíciles de imaginar. Una situación peligrosa podía fácilmente convertirse en un desastre.

En la víspera de la pelea con Jodl y List, Paulus escuchó que sería nombrado para reemplazar a Jodl como jefe del estado mayor de la Wehrmacht. Muchos creían que el general Von Seydlitz sería su sucesor al mando del VI ejército. No obstante, Hitler decidió permanecer con las caras que conocía bien. Jodl fue rehabilitado y el adulador mariscal de campo Keitel se mantuvo en su lugar para corroborar al Führer su genio militar y ayudar a la nazificación del ejército. Los oficiales profesionales se

[*] En alemán en el original: «Guerra de ratas». (*N. de la T.*)

referían a él como el «Lakeitel» o el «burro que asiente», pero también despreciaban a muchos otros generales por su cobardía moral. «El estado mayor general camina directamente a su propia destrucción –escribió Groscurth al general Beck, jefe después de la conspiración de julio-. Ya no hay ni una pizca de honor». El único consuelo de Groscurth era que el comandante de su cuerpo, el general Strecker, y otros colegas oficiales de la plana mayor del cuartel general del XI cuerpo sentían lo mismo. «Es realmente un placer estar con estos hombres».

El relevo de Halder, así como marcó el fin del estado mayor general como un cuerpo independiente de planificación, también privó a Paulus de su último protector en un momento crítico. Paulus debió de haberse sentido secretamente abatido por haber perdido la oportunidad de un nuevo nombramiento. Hitler había dicho que con el VI ejército podía asaltar el cielo, y sin embargo Stalingrado aún no caía. Un equipo del ministerio de propaganda aguardaba su caída, «listo para filmar el izamiento de las banderas», y la prensa rogaba que les permitieran publicar «*Stalingrad Gefallen!*», porque el propio cuartel general de Paulus había anunciado el 26 de septiembre que «¡la bandera de batalla del Reich flamea sobre el edificio del Partido de Stalingrado!». Incluso Goebbels comenzó a preocuparse de que la prensa alemana estuviera describiendo los acontecimientos «con un aspecto muy de color de rosa». Se instruyó a los editores de que subrayaran la dureza y complejidad del combate. Una semana más tarde, no obstante, llegó a estar seguro de que «se puede esperar la caída de Stalingrado con certeza»; tres días después, su humor cambió de nuevo todavía y ordenó que otros temas debían ponerse en primer plano.

La presión y la crítica que Paulus recibió «desde la mañana a la noche» por no haber tomado Stalingrado lo ponía «muy nervioso», según Groscurth. La tensión exacerbaba la disentería que estaba sufriendo. Los oficiales del estado mayor advirtieron que el tic que tenía en el lado izquierdo de la cara se había vuelto más pronunciado. En el cuartel general de VI ejército en Golubinski, una aldea en el margen occidental del Don, miraba fijamente un mapa a gran escala de Stalingrado. Gran parte de la ciudad había sido ya tomada, y su servicio de inteligencia estimaba que la tasa de bajas soviéticas era el doble de la alemana. Sólo podía esperar que Hitler estuviera en lo correcto respecto a que las reservas se le agotarían el enemigo de un momento a otro. Sus propios recursos se estaban consumiendo rápidamente, y la asombrosa tenacidad del enemigo desanimaba a todos.

Buena parte de la crítica que se le dirigía se fundaba en el hecho de que el VI ejército, con dos cuerpos del 4º ejército blindado, era la formación más grande del ejército alemán, con casi un tercio de millón de hombres. Los ajenos a la situación, sin experiencia del combate, no podían entender el problema. Uno puede efectivamente sostener que Paulus podía haber utilizado mejor sus tropas, pero sus críticos parecen olvidar que aunque ocho de sus divisiones estaban empeñadas en el combate en la ciudad, otras once divisiones formaban un frente de casi 210 km, distribuyéndose por los meandros grandes y pequeños del Don y después por la estepa hasta el Volga al norte de Rinok, así como por una franja al sur de Stalingrado frente a Beketovka (véase el mapa 4). Sólo una única división quedaba de reserva.

En el flanco norte, en la estepa cada vez más desolada, el XI cuerpo del ejército de Strecker, el VIII cuerpo del ejército del general Walther Heitz y el XIV cuerpo blindado de Huber se enfrentaban a constantes ataques de cuatro ejércitos soviéticos, que intentaban aliviar la presión sobre la propia ciudad. A la derecha, el IV cuerpo del ejército del general Jaenecke (frente al 64º ejército del general Shumilov) se vinculaba con el débil 4º ejército rumano, una línea de defensa muy extensa que se perdía en el norte del Cáucaso. En total, el mando de Yeremenko incluía el 62º ejército de Chuikov,

el 64º ejército alrededor de Beketovka, el 57º ejército que ocupaba hasta más allá del laga Sarpa, el 51º ejército que sostenía la línea del resto de los lagos y después el 28º ejército que se extendía hasta el yermo de la estepa de Kalmik.

Para los ejércitos alemanes, rumanos y rusos en el flanco sur, la guerra en la estepa era esencialmente como la primera guerra mundial, sólo que con un mejor armamento y la aparición esporádica de modernos aviones. Para las divisiones acorazadas en ambos flancos, las planicies tostadas por el sol, sobre las que habían cargado a toda velocidad como buques de guerra apenas unas semanas antes, ahora les parecían profundamente deprimentes. La falta de árboles y montañas hacía que los alemanes del sur y los austriacos añoraran su patria. Las lluvias en la *rasputitsa* generaban condiciones miserables. Los soldados en los refugios subterráneos, escuchando la lluvia y viendo que el nivel del agua les subía hasta los tobillos, tenían poco que hacer más que pensar en las afecciones de sus pies húmedos y observar a las ratas mojadas mordisqueando los cadáveres en tierra de nadie. Las patrullas de reconocimiento, las incursiones y los ataques de tanteo ofrecían la única actividad a ambos lados. Pequeños grupos se arrastraban hacia las líneas enemigas, después lanzaban granadas en las trincheras. El único cambio ocurrió el 25 de septiembre, cuando los ejércitos 51º y 57º atacaron las divisiones rumanas al sur de Stalingrado en la línea de los lagos salados y las hicieron retroceder, pero no lograron distraer a las divisiones alemanas de la ciudad.

Luchar en el mismo Stalingrado no podía ser más diferente. Representaba una nueva forma de guerra, concentrada en las ruinas de la vida civil. Los desechos de la guerra –tanques quemados, casquetes de bombas, cables y cajas de granadas- se mezclaban con los escombros de los hogares: catres de hierro, lámparas y enseres domésticos. Vasili Grossman escribía de la «lucha en las semiderruidas salas y corredores» de los bloques de apartamentos, donde podría todavía haber un vaso de flores marchitas, o la tarea escolar de un niño abierta sobre una mesa. En un puesto de observación, en lo alto de un edificio arruinado, un observador de la artillería, sentado en una silla de cocina, podía buscar objetivos con un periscopio colocado en un agujero idóneo hecho por una bomba.

Los soldados de infantería alemana odiaban la lucha casa por casa. Encontraban este combate tan cercano, que rompía los convencionales límites militares, psicológicamente desorientador. Durante la última fase de los combates de septiembre, ambos bandos habían luchado por tomar un gran almacén de ladrillo situado sobre la orilla del Volga, cerca de la desembocadura del Tsaritsa, que tenía cuatro pisos en el lado del río y tres en el de tierra. En un punto, era «como un pastel relleno» con los alemanes arriba, en medio los rusos, y más alemanes debajo de ellos. Con frecuencia el enemigo era irreconocible, pues todos los uniformes estaban impregnados por el mismo polvo de color pardo.

Los generales alemanes no parecían haberse imaginado lo que esperaba a sus divisiones en la ciudad arruinada. Perdieron las grandes ventajas de la *Blitzkrieg* y en muchos sentidos retrocedieron a las técnicas de la primera guerra mundial, aunque sus teóricos militares habían sostenido que la guerra de trincheras había sido «una aberración en el arte de la guerra». El VI ejército, por ejemplo, se vio obligado a responder a las tácticas soviéticas reinventando las «cuñas de asalto» introducidas en enero de 1918: grupos de asalto de diez hombres armados de una ametralladora, mortero y lanzallamas para despejar búnkeres, sótanos y alcantarillas.

A su manera, la lucha en Stalingrado era incluso más aterradora que la impersonal carnicería de Verdún. El combate a corta distancia en edificios, búnkeres, sótanos y alcantarillas en ruinas pronto fue apodado «*Rattenkrieg*» por los soldados

alemanes. Poseía una salvaje intimidad que espantaba a sus generales, que sentían que rápidamente estaban perdiendo control sobre los acontecimientos. El general Strecker escribió a un amigo: «El enemigo es invisible. Emboscadas en sótanos, restos de muros, búnkeres ocultos y ruinas de fábricas producen fuertes bajas entre nuestras tropas».

Los comandantes alemanes admitían abiertamente la pericia rusa para el camuflaje, pero pocos reconocían que su aviación había creado las condiciones ideales para los defensores. «No ha quedado ni una casa en pie –escribía a su casa un teniente-, queda sólo un yermo quemado, un páramo de escombros y ruinas que es casi intransitable». En el extremo sur de la ciudad, el oficial de enlace de la Luftwaffe con la 24ª división blindada escribió: «Los defensores se han concentrado y hecho fuertes en las secciones de la ciudad haciendo frente a nuestros ataques. En el parque, hay tanques o sólo torretas de tanques enterradas, y los cañones antitanque ocultos en sótanos hacen muy difícil el avance para nuestros tanques».

El plan de Chuikov era fragmentar los asaltos alemanes masivos con «rompeolas». Edificios fortificados, ocupados por infantería con fusiles antitanque y ametralladoras, desviarían a los atacantes por canales donde los tanques T-34 y los cañones antitanques camuflados aguardaban, medio enterrados en los escombros. Cuando los tanques alemanes atacaban con la infantería, la principal prioridad de los defensores era separarlos. Los rusos utilizaban morteros de trincheras, buscando lanzar sus bombas precisamente detrás de los tanques para espantar a la infantería, mientras que loa artilleros antitanque atacaban a los mismos tanques. Los accesos canalizados serían también minados con anticipación por los zapadores, cuya tasa de bajas era la más alta de todas las especialidades. «Cometa un error y no habrá más cenas» era su lema no oficial. Utilizando ropa de camuflaje, una vez que llegó la nieve, se arrastraban por la noche para poner minas antitanques y taparlas. Un zapador experimentado podía colocar hasta treinta por noche. También eran famosos por salir de su refugio para lanzar una mina al paso de un tanque que avanzaba.

Gran parte de la lucha consistía no en ataques importantes, sino en pequeños conflictos letales e implacables. En la batalla intervenían escuadrones de asalto, generalmente de seis u ocho hombres, de la «Academia de Lucha Callejera de Stalingrado». Se armaban con cuchillos y espadas afiladas para matar silenciosamente, así como con metralletas y granadas. (Las espadas eran tan escasas que los hombres grababan sus nombres en el puño y dormían con la cabeza sobre la hoja para asegurarse de que nadie se las robara). Los escuadrones de asalto enviados a las alcantarillas eran reforzados con lanzallamas y zapadores que traían cargas explosivas. Seis zapadores de la división de guardias de Rodimtsev consiguieron incluso encontrar un hueco en un baluarte alemán y lo volaron utilizando 140 kg de explosivos.

Una táctica más general se desarrolló, basada en la percepción de que los ejércitos alemanes estaban escasos de reservas. Chuikov ordenó acentuar los ataques nocturnos, principalmente por la razón práctica de que la Luftwaffe no podía reaccionar ante ellos, pero también porque estaba convencido de que los alemanes estaban más asustados durante las horas de oscuridad, y que se fatigarían. El *Landser* alemán llegó a abrigar un miedo especial hacia los siberianos de la 284ª división de fusileros del coronel Batiuk, que eran considerados como cazadores naturales de cualquier tipo de presa. «Si sólo pudieras comprender lo que es el terror –escribió un soldado alemán en una carta interceptada por los rusos-. Al más pequeño roce, aprieto el gatillo y disparo ráfagas de la ametralladora». La propulsión de disparar a todo lo que se moviera en la noche, que con frecuencia desataba descargas cerradas de centinelas igualmente nerviosos sobre todo un sector, sin duda contribuyó al gasto alemán de más de 25 millones de balas durante sólo el mes de septiembre. Los rusos también mantenían la

tensión encendiendo bengalas en el cielo nocturno de vez en cuando para dar la impresión de un ataque inminente. La aviación del Ejército Rojo, en parte para evitar a los Messerschmitts de día, sostenía una implacable serie de ataques cada noche contra las posiciones alemanas. También servía como otra parte del proceso de desgaste para extenuar a los alemanes y crispar sus nervios.

Los rusos utilizaban bombarderos bimotores nocturnos, que atraían el fuego de toda la batería alemana del frente, y un gran número de pequeños U-2 maniobrables que lanzaban pequeñas bombas en los ataques nocturnos: «Los *russkies* [rusos] estuvieron zumbando sobre nosotros toda la noche», escribió un cabo de zapadores a su familia. Lo peor era el espeluznante cambio de sonido. A lo lejos, el U-2 sonaba como una máquina de coser, uno de sus muchos apodos. Después, cuando el piloto se acercaba al blanco, apagaba el motor para deslizarse como un ave rapaz. El único sonido era el silbido del aire pasando a través de sus riostras, hasta que la bomba caía. Aunque la carga de la bomba era sólo de 400 kilos, el efecto psicológico del avión era considerable. «Estamos agotados tendidos en nuestros agujeros esperándolos», escribía un soldado. Los U-2 tenían muchos más apodos que los demás aparatos o armas en Stalingrado, como «el suboficial de servicio», debido a la manera en que se acercaba sigilosamente sin previo aviso, «el bombardero de la medianoche», «la máquina de café» y «el cuervo del ferrocarril». El VI ejército pidió al cuartel general del grupo de ejércitos que la Luftwaffe mantuviera la presión sobre los aeródromos rusos con ataques las veinticuatro horas. «La incuestionable superioridad aérea de los rusos por la noche ha llegado a un nivel insoportable. Las tropas no descansan, y su fuerza se verá pronto desvanecida».

No hay referencias explícitas en los archivos que quedan a casos de estrés bélico. Las autoridades médicas alemanas tendían a utilizar el eufemismo de «agotamiento», como los británicos, pero su prescripción era más cercana a la brutal simplicidad del Ejército Rojo. El ejército alemán había rechazado reconocer incluso su existencia. En 1926, casi siete años antes de que Hitler tomara el poder, la neurosis de guerra fue simplemente abolida como una condición junto con la pensión que se pagaba en este caso. Quitad la enfermedad, era el razonamiento, y desaparecerá el motivo para dejar la línea del frente. El colapso nervioso era clasificado como cobardía, y por tanto podía ser un delito capital. Es por eso imposible decir qué proporción de infracciones disciplinarias en ambos bandos en Stalingrado, especialmente la deserción, fue originada por el *shock* de combate y la tensión general. En todo caso uno puede estar seguro, a partir de estudios en situaciones comparables, de que la tasa de bajas por *shock* de combate debió haber comenzado a subir fuertemente en septiembre tan pronto como la guerra de movimientos se convirtió en una guerra de aniquilación virtualmente estacionaria. Las bajas psicológicas comenzarían a aumentar –si uno se guía por los estudios británicos de casos de *shock* de combate en Anzio y Normandía- tan pronto como las tropas se vieron forzadas a la inmovilidad o rodeadas.

El principal desacuerdo de Chuikov con los altos oficiales en el cuartel general del frente se refería a la posición de los regimientos de las divisiones, del ejército y de la artillería del frente. Finalmente, triunfó argumentando que debían estar situadas en el margen oriental del Volga porque simplemente no había suficiente espacio para ellas y sus tropas en el margen occidental. Habría sido también cada vez más difícil transportar un suministro importante de proyectiles para la artillería por el Volga, y «en Stalingrado, el campo de tiro no vale nada sin bombas».

«Una casa tomada por los rusos, otra tomada por los alemanes –apuntó Vasili Grossman en su cuaderno a poco de haber llegado-. ¿Cómo se puede utilizar la artillería

pesada en este tipo de batalla?» Pronto encontraría la respuesta. La artillería soviética concentrada en el otro lado del Volga, como había insistido Chuikov, no intentó bombardear las posiciones alemanas en la línea del frente. Su propósito era destrozar las líneas enemigas de comunicación, y sobre todo, a los batallones que se estaban formando para atacar. Para lograrlo, montones de oficiales de observación de la artillería soviética se ocultaron como francotiradores en lo alto de los edificios arruinados. Los alemanes, muy conscientes del peligro que representaban, los trataban como blanco de alta prioridad para sus propios francotiradores o cañones antitanques.

Siempre que se descubría una concentración de tropas alemanas, y se pasaban las coordenadas del blanco a las baterías del margen oriental por medio de teléfonos inalámbricos o de campaña, el volumen del fuego era abrumador. «Al otro lado del Volga –escribió Grossman- parecía como si el universo entero se sacudiera con el poderoso rugir de la artillería pesada. El suelo temblaba».

Las únicas baterías de artillería que permanecieron en el margen occidental eran los lanzacohetes *Katiusha* puestos sobre camiones. Ocultos tras la alta ribera del Volga, iban marcha atrás casi hasta el borde del agua, disparaban sus dieciséis cohetes en rápida sucesión, y regresaban otra vez. El lanzador multicohetes soviético fue la más efectiva de las armas de más largo alcance del Ejército Rojo. Sus dieciséis cohetes de 130 mm, cada uno de casi cinco pies de largo, eran lanzados en una rápida sucesión con un sonido que ponía el corazón en un puño. Muchos de los que experimentaron una salva de *Katiushas* por primera vez pensaron que estaban bajo un ataque aéreo. Los soldados del Ejército Rojo le pusieron el nombre de *Katiusha* al cohete por un estribillo en la canción así titulada, que fue la más popular en Rusia durante toda la guerra. En ella, Katiusha promete a su novio mantener vivo el amor en su corazón mientras él defiende la patria en el frente.

Los soldados rusos fingían despreciar al equivalente alemán, el mortero de seis cañones, llamado Nebelwerfer. Lo llamaban el «burro», porque hacía el sonido de un rebuzno, o «Vaniusha» (que significaba «Ivancito», así como Katiusha era el diminutivo de Katia). Había un chiste en el 62º ejército sobre lo que pasaría si «Vaniusha tratara de casarse con Katiusha».[*]

Chuikov pronto reconoció que las armas clave para la infantería serían la metralleta, la granada y el fusil del francotirador. Después de la guerra de invierno, con posterioridad a los abrumadores ataques de las tropas finesas con esquís, que disparaban en movimiento, el ejército ruso aceptó la idea de brigadas de ocho hombres, concebidas para ir a la batalla si fuera necesario en la parte trasera de un T-34. En la lucha callejera de Stalingrado, el tamaño de la brigada resultó ideal para el combate a corta distancia. Para despejar casas y búnkeres, la granada de mano resultó esencial. Los soldados del Ejército Rojo la llamaban su «artillería de bolsillo». Era también efectiva para la defensa. Por órdenes de Chuikov, las granadas estaban a mano apiladas en hornacinas excavadas en las paredes de las trincheras. No es de extrañar que hubiera muchos accidentes provocados por soldados sin preparación. El segundo en el mando de una compañía fue muerto y varios hombres quedaron malheridos cuando un recién llegado manipuló erróneamente una granada. Otros perecieron cuando los soldados, principalmente del Asia Central, trataron de hacer encajar los detonadores alemanes capturados en sus propias granadas. «Es necesario mayor entrenamiento en el manejo de armas», informó el jefe del departamento político al consejo militar del frente de Stalingrado.

---

[*] La lista de apodos y términos de argot es casi interminable. Las balas eran «pipas de girasol» y las minas eran «pepinillos». Una «lengua» era un centinela enemigo capturado para su interrogatorio.

Otra arma, a menudo tan peligrosa para su usuario como para las víctimas que pretendían hacer, era el lanzallamas, que era efectivamente aterrador cuando despejaba túneles de alcantarillado, sótanos y escondrijos inaccesibles. El operador sabía que tan pronto el enemigo lo avistara, sería el primer blanco de sus balas.

Los soldados del Ejército Rojo disfrutaban inventando artilugios para matar alemanes. Ideaban trampas explosivas, cada una al parecer más ingeniosa e impredecible en sus resultados que la última. Fastidiados por su incapacidad para responder a los ataques de los Stukas, el capitán Ilgachkin, comandante de un batallón, decidió con uno de sus soldados rasos, Repa, construir su propio cañón antiaéreo. Ataron un fusil antitanque a los radios de una rueda de carro que a su vez estaba montada sobre una gran estaca clavada en el suelo. Ilgachkin realizó los cálculos más complicados basándose en la velocidad de la boca del cañón, e hizo una estimación de la rapidez de un avión volando en picado, aunque es otra cuestión si «el demacrado y melancólico» Repa prestó mucha atención a estas cifras. En cualquier caso el artillero logró un cierto éxito, pues Repa consiguió derribar tres Stukas.

Las auténticas baterías antiaéreas también corrigieron sus tácticas. Los Stukas venían a una altitud de entre 1.200 y 1.500 m, después rotaban un poco para lanzarse en picado en un ángulo de unos 70 grados con sus sirenas silbando. Se remontaban después precisamente a menos de 600 m. Los artilleros antiaéreos aprendieron a poner un telón de fuego para acertarles en el momento que se lanzaban en picado o en el momento en que comenzaban a remontar. Dispararles cuando bajaban era un desperdicio de municiones.

Otro aparato fue ideado por Vasili Ivanovich Zaitsev, que pronto se convertiría en el francotirador más famoso en el ejército de Stalingrado. Zaitsev adhirió la mira telescópica de su fusil a un cañón antitanque para enfrentarse a los nidos de metralletas, haciendo pasar una bomba precisamente por la tronera. Pero pronto descubrió que las cargas en las bombas producidas en serie no eran suficientemente regulares para los disparos de precisión. La fama podía ser obtenida incluso con armas convencionales. Bezdeko, el mejor lanzador de morteros de la división de Batiuk, era famoso por haber logrado lanzar seis bombas en el aire a la vez. Estas historias eran aprovechadas en un intento de difundir el culto del experto entre los soldados. El lema del 62º ejército era: «Cuida tu arma con tanto celo como tus ojos».

Las «guarniciones» que defendían los edificios fortificados tan esenciales en la estrategia de Chuikov, y que incluían jóvenes camilleros o encargadas de señales, sufrían grandes privaciones cuando quedaban aisladas durante varios días sin interrupción. Tenían que soportar el polvo, el humo, el hambre y, lo peor de todo, la sed. La ciudad había estado sin agua potable desde que la estación de bombeo fue destruida por los ataques de agosto. Sabiendo las consecuencias de beber agua contaminada, los soldados desesperados disparaban a las tuberías con la esperanza de extraer unas cuantas gotas.

El suministro de alimentos a las posiciones de vanguardia era un problema constante. Un destacamento antitanque tenía un cocinero tártaro de Kazán que llenaba los grandes termos del ejército con té o sopa, se los ponía atados a la espalda y se arrastraba hasta las posiciones de la línea del frente bajo los disparos. Si los termos eran alcanzados por la metralla o las balas, la sopa o el té se helaba y él quedaba «cubierto de carámbanos hasta el momento en que volvía».

Col las líneas del frente mal definidas, y una defensa en profundidad de no más de unos pocos cientos de metros en algunos lugares, los puestos de mando eran casi tan

vulnerables como las posiciones de avanzada. «Que las bombas explotaran sobre nuestro puesto de mando era un acontecimiento normal –escribió el coronel Timofei Naumovich Vishnevski, comandante de la división de artillería del 62º ejército, a un amigo desde el hospital-. Cuando dejé el búnker, podía oír disparos de metralleta por todas partes. A veces parecía que los alemanes nos rodeaban». Un tanque alemán llegó hasta la entrada de su búnker y «su casco bloqueaba la única salida». Vishnevski y sus oficiales tuvieron que cavar a toda velocidad para escapar por el barranco al otro extremo. El coronel estaba malherido. «Mi cara está completamente desfigurada –escribió- y por tanto seré la forma de vida más baja a los ojos de las mujeres».

Los búnkeres del mando alemán corrían menos riesgos de ser invadidos durante septiembre y octubre, y la norma de tener un metro de tierra sobre las vigas de madera servía como protección suficiente sólo contra los *Katiushas*. El principal peligro era un tiro directo de la artillería pesada al otro lado del Volga. Los comandantes de divisiones y regimientos estaban preocupados por su comodidad personal así como por la eficiencia. Un gramófono con frecuencia aparecía junto a un cajón de coñac o vino traídos de Francia. Algunos oficiales empezaron a usar pantalones de deporte, o incluso de tenis, cuando estaban en el aire húmedo y pesado de sus búnkeres, porque sus uniformes de combate estaban infestados de piojos.

Con mucha más razón era un mundo al revés para sus soldados. En vez de decir «buenas noches», se despedían deseándose una «noche tranquila» ante las peligrosas horas de la oscuridad. En la mañana gélida, se levantaban con todas las articulaciones entumecidas, buscando un trozo asoleado en el fondo de la trinchera como lagartos que tratan de absorber los rayos cálidos. Sintiéndose más valientes en la luz diurna, los alemanes gritaban insultos y amenazas desde sus líneas: «*Russkies!* ¡Os ha llegado la hora!» o «*Hei, Rus, bul-bul, sdavaisa!*», su ruso simplificado para decir: «¡Rendíos o soplaréis burbujas!». La idea de hacer retroceder a las tropas rusas hacia el Volga, donde se ahogarían como un rebaño en estampida, se convirtió en un constante estribillo.

Durante las treguas en la batalla, los soldados rusos también buscaban rincones asoleados lejos del alcance de los disparos de francotiradores enemigos. Las trincheras eran a veces como un «taller de calderero», con los cascos de las bombas convertidas en quinqués, con un trapo como mecha y cajas de cartuchos como encendedores de cigarrillos. La ración de rústico tabaco *majorka*, o su carencia, era una preocupación constante. Los entendidos insistían en que no se debía utilizar papel especial para enrollar los cigarrillos gordos y mal liados de *majorka*, sino sólo periódico. Se suponía que la tinta del impresor contribuía al gusto. Los rusos fumaban constantemente en la batalla. «Está permitido fumar en la acción –dijo un fusilero antitanque a Simonov-, lo que no está permitido es errar el blanco. Yerra una vez y nunca encenderás un cigarrillo otra vez».

Más importante incluso que el tabaco era la ración de vodka, teóricamente 100 gramos diarios. Los hombres se quedaban en silencio cuando aparecía el vodka, mirando cada uno la botella. La tensión de la batalla era tan enorme que la ración nunca se consideraba suficiente, y los soldados estaban dispuestos a ir bastante lejos para satisfacer esta necesidad. El alcohol industrial e incluso el anticongelante era bebido después de ser pasado a través del filtro de carbón activado de una máscara de gas. Muchos soldados se habían deshecho de sus máscaras de gas durante la retirada del año anterior, de modo que los que aún las tenían podían negociar. El resultado podía ser mucho peor que el feo dolor de cabeza. La mayoría se recobraron porque eran jóvenes y saludables y no lo consumían con frecuencia, pero aquellos que lo probaban demasiadas veces se quedaron ciegos.

En los ejércitos de la estepa, los soldados a menudo bebían hasta un litro de licor en invierno. La cantidad por encima de la ración oficial se completaba evitando informar de las bajas y repartiendo lo correspondiente a éstas, o trocando uniformes o partes del equipo con lo aldeanos tras las líneas. Los brebajes caseros obtenidos de esta forma en la estepa de Kalmik incluían «todos los tipos de alcohol imaginables, incluido un licor extraído de la leche». Tal comercio resultaba más peligroso para los civiles que para los soldados. Un «tribunal militar de las fuerzas de la NKVD» sentenció a dos mujeres a diez años en el Gulag a cada una por intercambiar alcohol y tabaco por la seda de los paracaídas para hacer ropa interior.

Los servicios médicos del Ejército Rojo rara vez eran considerados una prioridad por los comandantes. Un soldado gravemente herido quedaba fuera de combate, y los altos oficiales se preocupaban ante todo por reemplazarlo. Sin embargo esta actitud no disuadió a las figuras más valientes del campo de batalla de Stalingrado, que eran las camilleros, principalmente muchachas estudiantes de la universidad y de secundaria con una preparación muy básica de primeros auxilios.

La comandante de la compañía sanitaria de cien mujeres del 62º ejército, Zinaida Georgevna Gavrilova, era un estudiante de medicina de dieciocho años, que había recibido el puesto por una recomendación muy enfática del regimiento de caballería donde acababa de servir. Sus camilleros, muchas de ellas bastante mayores que ella, tenían que superar el terror y avanzar arrastrándose, a menudo bajo un intenso fuego, para llegar hasta los heridos. Tenían que ser «física y espiritualmente fuertes», como decía su comandante.

El personal médico no era combatiente. La bella Gulia Koroleva, una muchacha de veinte años de una célebre familia moscovita de literatos, había dejado a su hijo pequeño en la capital y se había alistado como enfermera voluntaria. Mientras sirvió en la 214ª división de fusileros del 24º ejército en el flanco norte, se reconoció que había «traído más de cien soldados heridos de la línea del frente y matado a quince fascistas ella misma». Recibió póstumamente la orden de la Bandera Roja. Natalia Kachnevskaia, una enfermera del regimiento de guardias fusileros, antes una estudiante de teatro en Moscú, recogió a veinte soldados heridos en un solo día y «lanzó granadas a los alemanes». El cuartel general de Stalingrado también distinguió (póstumamente) a otra camillero, Kochnevskaia, que se había ofrecido de voluntaria para el frente, y había sacado veinte soldados de la línea de fuego. Aunque herida dos veces, continuó vendando y llevando oficiales y soldados.[*]

Los sacrificios de estas camilleras con frecuencia se desperdiciaban por el trato posterior dado a los pacientes. Los heridos que llevaban o arrastraban hasta el borde del Volga eran dejados sin cuidados hasta que, mucho después de la medianoche, eran cargados como sacos de patatas en las lanchas de suministro, vacías para el viaje de vuelta. Cuando los heridos eran descargados en el margen oriental, las condiciones podían ser incluso peores, tal como una aviadora descubrió.

Los supervivientes de un regimiento de aviación dispersado que pasaron la noche durmiendo en los bosques al este del Volga se despertaron al amanecer con

[*] A excepción de una famosa integrante de la tripulación de un tanque, Yekaterina Petliuk, muy pocas mujeres sirvieron como soldados combatientes en la ciudad. En los ejércitos del aire que apoyaban el frente de Stalingrado, sin embargo, había un regimiento de bombarderos dirigido por la famosa aviadora Marina Raskova. «Nunca la había visto de cerca –escribió Simonov después de conocerla en el aeródromo de Kamishin- y no me di cuenta de que era tan joven y tan bonita. Quizá recuerdo esto tan bien porque poco después supe que la habían matado».

extraños sonidos. Perplejos, se arrastraron hasta los árboles de la ribera del río para investigar. Allí vieron «cientos de heridos, hasta donde el ojo podía abarcar», dejados en las orillas arenosas, que habían sido transbordados desde el otro lado del Volga durante la noche. Los heridos estaban pidiendo agua, o «gritando y llorando, al haber perdido brazos o piernas». El personal de tierra se puso a ayudarlos lo mejor que pudo. La antigua enfermera de maternidad Klavdia Sterman juró que tan pronto llegaran a Moscú, pediría ser transferida a una unidad médica en el frente.

El sobrevivir distaba de estar garantizado incluso al llegar a uno de la serie de hospitales de campaña en el margen oriental del Volga. Las condiciones en los hospitales del Ejército Rojo, pese a la presencia de algunos de los mejores médicos rusos, los hacía parecer una fábrica de procesamiento de carne. El hospital de campaña en Balashchov, que se especializaba en brazos y piernas, a unos 10 km de la ciudad, estaba pobremente equipado. En vez de camas normales de hospital, tenía literas de tres pisos. Una joven cirujana, recién llegada, estaba preocupada no sólo por el estado físico de los heridos. «Con frecuencia se encierran en sí mismos y no desean entrar en contacto con nadie». Supuso primero que los soldados heridos traídos del otro lado del Volga lejos del «infierno» de Stalingrado no desearían regresar nunca. «Por el contrario: se hizo evidente que los soldados y oficiales deseaban volver al frente». Los amputados no mostraban verdaderamente ningún sentimiento de alivio al estar fuera del combate. De hecho, la mayoría de los incapacitados o marcados por cicatrices permanentes, como el coronel de artillería cuyo rostro había sido rajado por la metralla, sentían que ya no eran verdaderos hombres.

Las malas raciones no ayudaban ni a la recuperación ni a la moral. Grossman, conmovido, claramente suponía que ese era el destino de Rusia en ese momento. «En el hospital –apuntó en su cuaderno- los heridos reciben un trocito de arenque salado que las enfermeras cortan con gran cuidado. Esto es pobreza». En aquellos días, antes de que abriera los ojos, parecía incapaz de aceptar la verdad. La lógica soviética dictaba sin compasión que las mejores raciones fueran para las tropas combatientes. Los heridos, si tenían suerte, recibían tres porciones de *kasha*, o papillas de alforfón, un día, nada más. El arenque salado visto por Grossman era una golosina desusada.

Una evidencia más reveladora de la mentalidad que controlaba los servicios médicos del frente de Stalingrado provenía de los resultados de la «competencia socialista», reportados a Shcherbakov en Moscú. Los proveedores de comida iban primero, en segundo lugar los cirujanos y los conductores en tercer lugar. Cualquiera que fuera el criterio sobre el que este ejercicio estaba basado rebajaba completamente el sacrificio genuino de los trabajadores médicos, que dieron tanta de su propia sangre para transfusiones (dos veces por noche en algunos casos) que con frecuencia se desmayaban. «Si no dieran sangre –explicaba un informe- los soldados morirían».

En la gran batalla de desgaste, los envíos de heridos al margen oriental tenían que ser equilibrados con «carne de cañón» fresca del otro lado del Volga para la ciudad. La *Stavka* enviaba con cuentagotas las divisiones de refuerzo al 62º ejército mientras sus predecesores caían destrozados. Los nuevos batallones eran enviados a embarcarse al caer la noche bajo la vigilancia de las tropas de la NKVD. Sólo podían clavar la mirada en la ciudad sobre el horizonte opuesto, iluminado por incendios de petróleo. Había también destacamentos de la NKVD en muchos barcos, listos para disparar contra el que saltara por la borda en un intento final de evitar su destino en el margen occidental. Las explosiones de bombas alemanas sobre el río eran suficientes para hacer que

muchos perdieran el control. Si alguno sucumbía al pánico, un sargento o un oficial podía ejecutar al infractor allí mismo y apartar su cuerpo a un lado.

Las barcas en que se embarcaban tenían todos los signos de los peligros de la travesía. Se decía que una de las lanchas de bomberos, remozada como vehículo naval para la flotilla del Volga, había recibido 436 impactos de bomba y bala en un trayecto de ida y vuelta; sólo un metro cuadrado de casco estaba intacto.

Los blancos más fáciles para los cañones alemanes eran las barcas a remo utilizadas por los regimientos de ingenieros en el transbordo a la ciudad de suministros pesados, tales como troncos para los búnkeres. Cuando uno de estos barcos iba a la deriva en el margen occidental, y los soldados corrieron para ayudar a descargar, encontraron un teniente zapador y tres de sus hombres ametrallados hasta el punto de que «parecía que una dentadura de hierro había masticado salvajemente los troncos empapados de la lancha y esos cuerpos humanos».

El cuartel general del VI ejército sabía que, con el invierno aproximándose, no había tiempo que perder. Incluso antes de que la Plaza Roja y los grandes silos al sur del Tsaritsa fueran tomados, comenzaron a prepararse para dar un golpe devastador en la mitad norte industrial de la ciudad.

Chuikov había trasladado su nuevo cuartel general a la orilla del río Volga, 800 m al norte de las metalisterías, temprano en la mañana del 18 de septiembre. Los oficiales de su estado mayor habían escogido un sitio no protegido justamente bajo un gran tanque de almacén de petróleo que suponían estaba vacío.

Se hicieron grandes esfuerzos para trasladar más municiones y vituallas por la noche, así como refuerzos que desembarcaron en la orilla detrás de las plantas Octubre Rojo y Barrikadi. El personal no indispensable que podía ser utilizado mejor en otras partes fue evacuado. La mayoría de las defensas antiaéreas alrededor de la estación eléctrica de Stalingrado había sido abatida y sus municiones destruidas, de modo que las jóvenes de los contingentes artilleros que quedaban fueron retiradas al otro lado del Volga el 25 de septiembre, y reasignadas a otras baterías en el margen oriental.

El domingo 27 de septiembre, a las 6.00 (hora alemana), la ofensiva se abrió con un concentrado bombardeo de los Stukas. A medida que los Stukas despegaban, uno por uno, lanzándose al ataque con sus sirenas silbando, sus formas de gaviotas eran negras siluetas contra el amanecer otoñal. En tierra, un total de dos divisiones blindadas y cinco divisiones de infantería avanzaban para aplastar el principal saliente triangular que asomaba hacia el oeste desde la orilla del Volga.

El 62º ejército se adelantó al empuje inicial de la operación alemana, al norte del Mamaev Kurgan, con varios destructivos ataques en el flanco sur. Éstos parecían confirmar las sospechas excesivas de algunos oficiales del estado mayor alemán de que encargados de señales rusos se habían deslizado en su territorio e interceptado las líneas alemanas. No podían aceptar que la preparación de su ataque hubiera sido tan evidente.

El principal esfuerzo soviético había sido preparar obstáculos antitanque y densos campos de minas frente a las principales fábricas que se extendían 8 km hacia el norte a partir del Mamaev Kurgan: la planta química Lazur («Azure»), la metalistería Octubre Rojo, la fábrica de armamento Barrikadi y la fábrica de tractores de Stalingrado.

Los *Landser*, pesadamente cargados, comenzaron a avanzar a sus líneas de salida durante el bombardeo, subiendo y bajando *balkas* convertidas en laderas pedregosas con los escombros. Estaban sin aliento por el esfuerzo, y tenían la boca seca por el miedo anticipado del combate que les esperaba. A la izquierda, parte de la 389ª

división de infantería se preparaba para avanzar sobre las viviendas de los trabajadores de la Barrikadi. Un observador los describía como «simétricos bloques blancos de edificios y pequeñas casas con techos de planchas de zinc con destellos». El bombardeo las convirtió enseguida en pasto de las llamas. En el medio, la 24ª división blindada avanzaba desde el pequeño aeródromo. La 100ª división de cazadores austríaca atacaba los asentamientos de trabajadores de la Octubre Rojo. Entretanto, en la base de su flanco, la cumbre del Mamaev Kurgan fue arrebatada a la 95ª división de fusileros de Gorishni, que habís sido aplastada por bombardeos desde el aire y la artillería.

El Ejército Rojo se mostró otra vez despiadado con su población civil. Durante el combate por los asentamientos de los trabajadores de la Barrikadi, un sargento de la 389ª división de infantería (ex sargento de policía de Darmstadt) observó que «las mujeres rusas que salían de las casas con fardos y trataban de buscar refugio de los disparos en el lado alemán, eran derribadas por la espalda por los disparos de ametralladoras rusas».

El ataque enemigo había sido tan fuerte que Chuikov se dijo a sí mismo: «Una batalla más como esta y estaremos en el Volga». Un poco después, Jruschov llamó desde el cuartel general del frente para asegurarse de que mantenían la moral. Chuikov replicó, pensando sin duda en el destino de la 95ª división de fusileros en el Mamaev Kurgan, que su principal preocupación era el poder aéreo alemán. Jruschov también habló con Gurov, el comisario del ejército, exhortándolo a mayores esfuerzos.

A la mañana siguiente, lunes 28 de septiembre, la Luftwaffe concentró sus ataques en el margen occidental y en la navegación del Volga para destruir el único medio de aprovisionamiento del 62º ejército. Los cañones antiaéreos de la flotilla del Volga tenían tanta actividad en ese período que el estriado se había desgastado rápidamente. Cinco de las seis lanchas de aprovisionamiento quedaron gravemente dañadas. Chuikov suplicaba un mayor apoyo del 8º ejército del aire, para mantener a raya a la Luftwaffe, mientras lanzaba regimientos adicionales al contraataque para recuperar la cumbre del Mamaev Kurgan. Forzaron a los alemanes a retroceder, pero la cumbre propiamente dicha terminó como una tierra de nadie entre ambos bandos. La tarea vital para Chuikov era impedir que los alemanes la utilizaran como una base para el fuego de artillería, desde donde podrían controlar el norte de Stalingrado y los pasos del río. Esa noche, Chuikov y su estado mayor pudieron sentir cierto alivio al ver que lo peor había sido evitado, pero sabían que la pérdida de embarcaciones era seria. Miles de heridos yacían en las orillas del río, sin ser evacuados, y las tropas en las líneas del frente pronto se quedarían sin municiones ni vituallas.

El martes 29 de septiembre, los alemanes comenzaron a aplastar el vértice del restante triángulo de territorio soviético. La aldea de Orlovka fue atacada desde el oeste por una parte de la 389ª división de infantería, y desde el nordeste por la 60ª división de infantería motorizada. La resistencia de las tropas soviéticas, inferiores en número, era tan desesperada que un cabo de al 389ª escribió a su familia: «No puedes imaginar cómo defienden Stalingrado, como perros».

Los ejércitos soviéticos en el norte atacaron otra vez al XIV cuerpo blindado el 30 de septiembre. La 60ª división de infantería motorizada y la 16ª división blindada aseguraban haber destruido entre ambas setenta y dos tanques, en un «importante éxito defensivo» contra por lo menos dos divisiones de fusileros y tres brigadas de tanques soviéticas. El costoso ataque del frente del Don no desvió demasiado la presión sobre Orlovka ni sobre las plantas industriales, pero contribuyó a ralentizar la eliminación del saliente de Orlovka, un proceso que al final llevó a los alemanes casi diez días.

La 24ª división blindada, la mayor parte de la 389ª división de infantería y la 100ª división de cazadores avanzaron hacia las metalisterías Octubre Rojo y hacia la

fábrica de cañones de Barrikadi, «la confusa maraña de una zona industrial totalmente destruida», como definió un cazador el enorme complejo, en donde casi todas las ventanas y techos habían quedado hechos añicos con el bombardeo, y la herrumbrada maquinaria era irreconocible de tan retorcida que estaba. «Ya estaban cayendo los primeros camaradas. Los gritos pidiendo camilleros aumentaban. Los disparos arreciaban, pero no sólo en el frente, ahora también venían de ambos lados». Las bombas de la artillería rusa y las explosiones de bombas de mortero también causaban fuertes bajas tanto por la metralla como por los fragmentos de piedra que se desprendían de los escombros.

Al día siguiente, para acelerar el ataque contra el complejo Octubre Rojo, Paulus ordenó a la 94ª división de infantería y a la 14ª división blindada que subieran desde el sector sur de la ciudad. En el lado ruso, también el 62º ejército, muy presionado, recibió algunos refuerzos urgentemente necesarios cuando la 39ª división de guardias fusileros del general Stepan Guriev cruzó el Volga. Fue enviada directamente a reforzar la línea a la derecha de los talleres Octubre Rojo. Otra división de refresco, la 308ª división de fusileros, una segunda formación integrada principalmente por siberianos, también comenzó a cruzar el Volga, pero estas adiciones apenas si compensaban las bajas ya sufridas.

Chuikov pronto se vio ante un peligro inesperado. El 1 de octubre, la 295ª división de infantería se infiltró en los barrancos en el flanco derecho de Rodimtsev. Sus guardias contraatacaron fieramente, emboscándolos de cerca, con metralletas y granadas. Pero durante la noche, un gran grupo de la infantería alemana pasó a través del principal desagüe que corría por el barranco de Krutoi, y llegó al margen del Volga. Viró al sur y atacó la retaguardia de la división de Rodimtsev. Esta incursión coincidió con otra irrupción por la derecha. Rodimtsev reaccionó rápidamente, ordenando a todas las compañías sobrantes realizar un contraataque por sorpresa, y la situación se salvó.

El 2 de octubre, los alemanes atacaron los tanques de almacenaje de petróleo de la orilla situados precisamente encima del cuartel general de Chuikov. Los tanques no estaban vacíos después de todo. Los impactos directos de las bombas y obuses alemanes los incendiaron. El petróleo ardiendo se deslizó por la ladera de la montaña, alrededor del cuartel general y por el río. Sólo funcionaba el transmisor de radio. «¿Dónde están?», repetía la señal del cuartel general del frente de Stalingrado. Finalmente llegó la réplica: «Estamos donde hay más fuego y humo».

Durante la primera semana de octubre, Chuikov claramente había comenzado a preguntarse si serían capaces de defender la franja rápidamente decreciente en el margen del río. Todo dependía de la travesía del Volga. Sabía que sus muy maltrechos regimientos habían inflingido fuertes bajas a los alemanes, pero el resultado de la batalla dependía tanto del temple como de los recursos. No tenían más alternativa que seguir el lema del 62º ejército: «Para los defensores de Stalingrado no hay más territorio al otro lado del Volga». Este se había convertido realmente en un juramento sagrado para muchos soldados. Uno de los más famosos actos de valor aconteció en esta momento en la parte sur del distrito fabril, cuando los tanques alemanes avanzaban sobre una posición defendida en las ruinas de una escuela por un destacamento de la infantería de marina adscrito a la 193ª división de fusileros. Se habían quedado sin granadas antitanque, de modo que el marino Mijail Panikako empuñó dos bombas de petróleo. Cuando se posicionaba para lanzar la primera, una afortunada bala alemana la destrozó en sus manos, envolviéndolo en llamas. Se tiró hacia delante cubriendo los pocos metros que quedaban y se lanzó contra el costado del tanque, estallando la otra bomba como una bola de fuego sobre la cubierta del motor detrás de la torreta.

Los comandantes alemanes estaban también alarmados. Sus hombres estaban exhaustos y la moral sufría. Los soldados de la 389ª división de infantería, por ejemplo, no ocultaban sus ansias de ser destinados de nuevo a Francia debido a las fuertes bajas que habían padecido. Los cementerios alemanes de guerra tras las líneas estaban creciendo cada día. Aquellos que escucharon el discurso de Hitler el 30 de septiembre desde el Palacio de los Deportes de Berlín no se sintieron animados cuando se jactó de que las potencias aliadas no apreciaban los logros alemanes, sobre todo sus avances desde el Don hasta el Volga. Una vez más lanzando el guante al rostro del destino, Hitler insistía en que «nadie nos sacará de ese lugar».

- 11 -

Traidores y aliados

«Nosotros los rusos estábamos ideológicamente preparados para la batalla de Stalingrado –decía un veterano oficial-. Sobre todo, no nos hacíamos ilusiones sobre el coste y estábamos preparados para pagarlo». La verdad completa habría sido decir que el estado y quizá la mayoría de soldados tenían pocas ilusiones. No es un insulto a su valor –en cualquier caso, lo confirma- recordar a la minoría que no soportaría, o no podría soportar, la espantosa tensión de la batalla.

Las autoridades soviéticas eran despiadadas. «En una ciudad ardiendo –escribió Chuikov- no aguantamos a los cobardes, no hay sitio para ellos». Los soldados y los civiles por igual fueron advertidos con las palabras de Lenin que citaba Stalin: «Aquellos que no apoyen al Ejército Rojo en todas las formas, y no apoyen el orden y la disciplina, son traidores y deben ser ejecutados sin piedad». Todo «sentimentalismo» era rechazado. En la guerra total, tarde o temprano se cometen errores de justicia militar, del mismo modo que en la línea del frente los soldados se arriesgan a ser muertos por su propia artillería o aviación.

Establecer una feroz disciplina fue duro al comienzo. Hasta el 8 de octubre el departamento político de Stalingrado no se sintió capaz de informar a Moscú de que «el espíritu derrotista está casi eliminado y el número de incidentes de traición está bajando». Que el régimen soviético era casi tan implacable hacia sus propios soldados como hacia el enemigo lo demuestra la cifra total de 13.500 ejecuciones, fueran

sumarísimas o judiciales, durante la batalla de Stalingrado. Allí se cuentan crímenes clasificados por los comisarios como «incidencias extraordinarias», desde la retirada sin recibir órdenes hasta las heridas autoinflingidas, la deserción, el pasarse al enemigo, la corrupción y las actividades antisoviéticas. Los soldados del Ejército Rojo también eran considerados culpables si no disparaban de inmediato contra cualquier camarada que tratara de desertar o rendirse al enemigo. En una ocasión, a fines de septiembre, cuando un grupo de soldados soviéticos se rindió, los tanques alemanes avanzaron rápidamente para protegerlos del fuego que le disparaban desde sus propias líneas.

Las unidades más débiles de Chuikov eran las brigadas especiales de las milicias, formadas principalmente por trabajadores de las fábricas de la zona norte de Stalingrado. Para evitar que se retiraran, se colocaban entre ellos grupos de voluntarios de bloqueo del Komsomol bien armados o destacamentos de la NKVD. Sus comisarios con chaquetas negras de cuero y armados con pistolas le recordaban al escritor Konstantin Simonov a los guardias rojos en 1918. En el caso de la 124ª brigada especial, que se enfrentaba a la 16ª división blindada situada en Rinok, los grupos de bloqueo tras las líneas forzaban a los que estaban cediendo a la tensión a escapar al enemigo. Dobronin informó a Jruschov de que, el 25 de septiembre, un grupo de diez desertores, incluidos dos suboficiales, se pasó a los alemanes. La siguiente noche otros cinco hombres se deslizaron subrepticiamente. Según el informe alemán sobre el interrogatorio del primer grupo de estos mismos desertores, las fuerzas de su compañía eran de hasta cincuenta y cinco hombres: «Desde su último ataque el 18 de septiembre, en que sufrieron fuertes bajas, no han recibido más tareas. Tras la línea del frente hay una segunda línea de miembros del Komsomol y del Partido, armados con ametralladoras pesadas y pistolas ametralladoras».

Un veterano teniente soviético de Smolensko desertó por una razón muy diferente. Había sido capturado en la batalla por el meandro del Don en agosto, pero logró escapar de la prisión alemana poco después. Cuando se presentó a filas otra vez en el Ejército Rojo, «fue arrestado según una orden de Stalin, y tratado como un desertor», y enviado a una compañía penal en el sector de la 149ª brigada especial.

Otros desertaron por razones que suscitaron en los alemanes un falso optimismo. «La moral de los rusos está realmente baja –escribió un suboficial de la 79ª división de infantería a su familia-. La mayoría de desertores se entregan a nosotros por hambre. Es posible que los rusos sufran una hambruna este invierno».

Los archivos soviéticos son muy reveladores de la mentalidad de la época. Cuando tres soldados desertaron del 178º regimiento de fusileros de reserva, se ordenó a un teniente salir y apresar otros tres hombres, fueran soldados o civiles, para completar el número. Muchos, si no la mayoría de desertores, eran de las filas de refuerzos civiles reclutados para hacer número. Por ejemplo, una gran proporción de los 93 desertores de la 15ª división de guardias fusileros habían sido «ciudadanos de Stalingrado evacuados a Krasnoarmeisk». «Estos hombres carecían completamente de entrenamiento y algunos no tenían uniformes. En la prisa de la movilización, sus pasaportes no les fueron retirados a muchos». Esto, reconocía el informe a Moscú, fue un grave error. «Vestidos de civil y con pasaportes, fácilmente lograron volver a cruzar el Volga. Es necesario y urgente retirar los pasaportes a todos los soldados».

Los comisarios estaban furiosos con los rumores de que los alemanes permitían a los desertores rusos y ucranianos regresar a casa si vivían en los territorios ocupados. «Los agentes alemanes explotan una deficiencia de la instrucción política, realizan su trabajo de corrupción tratando de persuadir a los soldados inestables de que deserten,

especialmente a aquellos cuyas familias están en los territorios temporalmente ocupados por los alemanes». Estos refugiados del avance alemán carecían de noticias del destino de sus familias y sus hogares.

A veces los desertores eran ejecutados ante una audiencia de unos doscientos soldados de su división. Era más habitual, sin embargo, que el hombre condenado fuera llevado por una cuadrilla del destacamento de guardias del departamento especial de la NKVD a un lugar apropiado tras las líneas. Allí, se le decía que se desnudara de modo que su uniforme y sus botas pudieran ser vueltas a utilizar. Pero incluso una tarea tan expeditiva no siempre marchaba según lo previsto. Después de una ejecución en la 45ª división de fusileros, un camillero desconfiado descubrió que el hombre condenado aún tenía pulso. Estaba a punto de gritar pidiendo ayuda, cuando comenzó el bombardeo de la artillería enemiga. El soldado ejecutado se sentó, después se puso en pie, y tambaleándose se fue en dirección de las líneas alemanas. «Era imposible decir –dice el informe a Moscú- si sobrevivió o no».

El departamento especial de la 45ª división de fusileros debió de haber tenido tiradores sorprendentemente imprecisos; en realidad uno se pregunta si recibían como aliciente para su trabajo una ración extra de vodka. En otra ocasión, se les ordenó ejecutar a un soldado condenado por haberse herido a sí mismo. Como solía ocurrir le quitaron el uniforme, le dispararon y luego lo tiraron al agujero hecho por una bomba, que cubrieron con un poco de tierra. La cuadrilla de ejecutores regresó al cuartel general de la división. Dos horas más tarde el presunto ajusticiado, con la ropa interior manchada de barro y sangre, regresó tambaleante a su batallón. Se tuvo que llamar a la misma cuadrilla de ejecución para que lo fusilaran de nuevo.

En muchos casos, las autoridades en el vecindario de la casa del desertor eran también informadas. La familia podía entonces ser perseguida según la orden nº 270 como castigo adicional, pero sobre todo, como advertencia. Los comisarios y los oficiales de los departamentos especiales en el frente de Stalingrado consideraban las represalias contra los parientes cercanos como absolutamente esenciales para disuadir a otros que pudieran estar tentados de escapar.

Los departamentos especiales de la NKVD, cuando investigaban los casos de deserción, sin duda presionaban mucho a un sospechoso para que denunciara a otros. Un soldado recién llegado a la 302ª división de fusileros (51º ejército) fue acusado por un camarada por haber dicho: «Si me envían a la línea del frente, seré el primero en pasarme a los alemanes». «En el interrogatorio» afirmó haber confesado que persuadió a otros cinco de ir con él y «reveló» sus nombres, pero podría haber sido inducido por la NKVD a inventar una conspiración que nunca existió.

Los comisarios decían que la deserción en una unidad se debía al «descuido y buen corazón de los oficiales». Pero había también innumerables casos en que los oficiales utilizaban su derecho aceptado de tirar a matar como «una medida extrema para ser utilizada sólo en el servicio activo cuando un hombre del Ejército Rojo rehúsa cumplir una orden militar o se retira del campo de batalla». En una rara ocasión, no obstante, las autoridades consideraron que los oficiales habían sido exageradamente duros. «Durante la noche del 17 al 18 de octubre, dos soldados desaparecieron de [la 204ª división de fusileros en el 64º ejército]. El comandante del regimiento y el comisario ordenaron al comandante de la compañía que ejecutara al comandante de la sección de los hombres que habían desertado». Este joven teniente de diecinueve años había ingresado sólo cinco días antes, y apenas si conocía a los desertores de su sección. «El comandante de la compañía obedeció la orden. Fue a su trinchera y, en presencia del comisario, lo mató a tiros».

Los comisarios, que deseaban alardear de que la Unión Soviética abarcaba a todos los pueblos, podría haber señalado el hecho de que casi la mitad de los soldados del 62º ejército no eran rusos. Las secciones de propaganda, sin embargo, tenían buenas razones para guardar silencio sobre el tema. Se esperaba demasiado de la *levée en masse* del Asia Central. «Es difícil para ellos comprender las cosas –informaba un teniente ruso enviado allí a mandar una sección de ametralladores- y es muy difícil trabajar con ellos». La falta de familiaridad con la tecnología moderna también significaba que era muy probable que se aterrorizaran con un ataque aéreo. Las dificultades lingüísticas y las incomprensiones resultantes desde luego empeoraban las cosas. Una formación, la 196ª división de fusileros, formada predominantemente por kazajos, uzbekos y tártaros, «tuvo bajas tan graves que tuvo que ser retirada del frente para ser reconstituida».

Los comisarios se daban cuenta de que las cosas estaban muy mal, pero su prescripción era previsible: «Adoctrinar a los soldados y oficiales de nacionalidad no rusa en los más nobles objetivos de los pueblos de la URSS, en la explicación del juramento militar y la ley de castigar toda traición a la patria». Su adoctrinamiento no puede haber sido muy exitoso, porque muchos prácticamente no tenían ni idea acerca de qué trataba esta guerra. Un tártaro en la 284ª división de fusileros, incapaz ya de soportar el combate, decidió desertar. Se arrastró en la oscuridad hacia adelante sin ser visto, pero entonces perdió el rumbo en tierra de nadie. Sin darse cuenta, cruzó de vuelta al sector ocupado por el 685º regimiento de fusileros. Encontró un búnker de mando y entró. Convencido de haber llegado a su destino, supuso que los oficiales que lo observaban debían ser oficiales alemanes utilizando uniformes rusos como disfraz. «Anunció que venía a rendirse –dice el informe-. El traidor fue ejecutado.

Los comisarios también encontraban problemas burocráticos. «Es muy difícil clasificar las incidencias extraordinarias –explicaba el departamento político del frente a Shcherbakov en Moscú- porque no se puede decir en muchos casos si un soldado desertó o se pasó al enemigo». «En las circunstancias del combate –el departamento informó en otra ocasión- no es siempre posible determinar con seguridad lo que ocurrió con un soldado en particular o con grupos de hombres. En la 38º división de fusileros, a un sargento y a un soldado que fueron a traer las raciones de la compañía nunca se les volvió a ver. Nadie supo lo que fue de ellos. Podrían haber quedado sepultados por una gran bomba o podrían haber desertado. A no ser que haya testigos, sólo podemos sospechar».

El hecho de que los oficiales con frecuencia omitían el contar a sus soldados con exactitud no ayudaba. Algunos ausentes eran registrados como traidores, y después se averiguaba que habían sido evacuados a un hospital de campaña con graves heridas. Incluso un soldado que se dio de alta en el hospital para volver a su unidad para luchar podía encontrarse con que lo habían registrado como desertor y condenado. A veces, el descuido de los oficiales era deliberado. Las muertes de los soldados a veces no eran incluidas en el parte para obtener más raciones, una práctica tan vieja como los ejércitos organizados, pero que ahora se definía como «desorden criminal en la lista militar».

Las dificultades estadísticas reconocidas por Dobronin deberían ser efectivamente tenidas en cuenta cuando se consideran el total de 446 deserciones durante septiembre. No se menciona la otra categoría: «Pasarse al enemigo», aunque incluso los propios informes del frente de Stalingrado sobre deserciones en grupo indican un problema serio. Por ejemplo, después de que 23 hombres de un solo batallón desertaran en tres noches, «una zona protectora» fue «establecida al la línea del frente», y los oficiales hicieron «una guardia de veinticuatro horas».

Las heridas autoinflingidas fueron consideradas como deserción por deshonestidad. Un soldado de la 13ª división de guardias fusileros de Rodimtsev, de quien se sospechaba que se había disparado a sí mismo, fue escoltado hasta el puesto de socorro. Cuando la artillería alemana comenzó a disparar, trató de escapar, pero fue retenido. Un consejo de doctores lo examinó y declaro que se había herido a sí mismo. El prisionero fue ejecutado ante un público formado por soldados traídos de su batallón. Incluso hubo oficiales que fueron acusados de heridas autoinflingidas. Un teniente de diecinueve años de la 196ª división de fusileros, habiendo sido acusado de dispararse a sí mismo en la mano izquierda con una metralleta, fue ejecutado en presencia de oficiales de su formación. El informe concluye, con lógica poco convincente, que su culpa era obvia pues «había tratado de ocultar su crimen aplicándose un vendaje».

Los que fingían una enfermedad entraban en la misma categoría. «Once soldados en un hospital de campaña pretendieron ser sordos y mudos –apuntó Dubronin, añadiendo después que eran aptos para el servicio militar, y sus papeles pasaron al tribunal militar, comenzaron a hablar».

La herida autoinflingida más extrema era el suicidio. Como en la Wehrmacht, las autoridades la definían como «un signo de cobardía», o el resultado de «humores enfermizos». Incluso la definición de cobardía podía cobrar muchas formas. Un piloto, que saltó en paracaídas de su aeroplano en llamas, destruyó su tarjeta de candidato al Partido Comunista apenas aterrizó, porque pensaba que había caído tras las líneas alemanas. Al volver a su base, el comisario lo acusó de cobardía según la orden nº 270 de Stalin, aunque la propaganda soviética subrayaba que los alemanes ejecutaban a los comunistas en el acto.

La NKVD y el departamento político del frente de Stalingrado trabajaban estrechamente sobre cualquier indicio de actividad antisoviética. Por ejemplo, «los hombres encontrados con octavillas alemanas eran entregados a la NKVD». Era peligroso recoger una, incluso para enrollar un cigarrillo de tabaco *majorka*. Un soldado que perdiera los estribos y le dijera a su superior lo que pensaba de él y del Ejército Rojo, podía verse ante una acusación de «propaganda antirrevolucionaria» o de «falta de fe en nuestra victoria». El cabo K. de la 204ª división de fusileros fue ejecutado por haber «desacreditado a los jefes del Ejército Rojo y expresado amenazas terroristas contra el oficial de mando». Aquellos que criticaban al régimen, como dos soldados del 51º ejército, fueron entregados también a la NKVD. Uno «había diseminado expresiones fascistas de que los trabajadores de las granjas colectivas eran como esclavos», y el otro había dicho que «la propaganda soviética miente para elevar la moral del ejército».

Los casos de «actividades antisoviéticas», que eran con frecuencia tratadas como sinónimo del crimen de «traición a la patria», parecen haber sido comparativamente raros en la línea del frente. Los oficiales generalmente seguían el consejo informal del ejército ruso de 1812: «Cuando los soldados murmuran, los oficiales no deberían escuchar». La mayoría reconocía que en la guerra, cuando los hombres se enfrentaban a la muerte, necesitaban decir lo que pensaban. Entre los camaradas de la línea del frente, los soldados no reprimían sus críticas de la incompetencia, la corrupción y la prepotencia de los funcionarios del Partido Comunista. El riesgo constante de ser muerto en cualquier momento los hacía despreocuparse de los comisarios e informantes de los departamentos especiales. Estando las trincheras tan cerca de los alemanes, parecía haber poca diferencia entre un bala del enemigo y esa ración final del estado soviético, los «nueve gramos de plomo» de la NKVD.

La mayoría de los casos registrados de actividades antisoviéticas tuvieron lugar tras las líneas. Los reclutas recién llegados que se quejaban tenían más probabilidad de

ser denunciados por sus camaradas. Un civil de Stalingrado del batallón de instrucción 178 que se atrevió a decir que se congelarían y morirían de hambre cuando el invierno llegara, fue rápidamente arrestado «gracias a la conciencia política de los aprendices K. e I.». La paranoia de la NKVD se proyectaba hasta los destacamentos de transportes e ingenieros del frente de Stalingrado en el margen oriental del Volga. Doce soldados y cinco oficiales, incluidos dos de alta graduación, fueron arrestados en octubre por «actividades antisoviéticas de carácter derrotista». «Una mayoría de los arrestados son de los territorios ocupados», agregaba el informe, asegurando que tenían un plan «para traicionar a la patria y unirse al enemigo».

Los informes periodísticos que aseguraban que los *frontoviki* hablaban animosamente de la heroica dirección del camarada Stalin en sus trincheras, y que marchaban al ataque con el grito de batalla «*Za Stalina!*» («¡Por Stalin!»), eran pura propaganda. Yuri Belash, un poeta soldado, escribió:

> Para ser franco sobre esto
> En las trincheras en lo último en que pensábamos
> Era en Stalin.

Aunque la prensa soviética exaltara las historias de heroísmo personal, la propaganda en Stalingrado confirmaba claramente la total falta de respeto de las autoridades por el individuo. Los periódicos tomaron el lema, al parecer inventado por Chuikov en una reunión del consejo militar: «Cada hombre debe convertirse en una de las piedras de la ciudad». Uno de los oficiales de Chuikov añadió admirativamente que el 62º ejército «soldaba las piedras de la ciudad inspirada por Stalin como hormigón viviente». Este lema adquirió su expresión acabada en el monstruoso monumento posbélico construido en el Mamaev Kurgan, en que las figuras de los soldados entre las ruinas son deliberadamente retratadas con bajorrelieves de ladrillos. Este monumento a la Unión Soviética, no a los soldados personalmente, los convierte virtualmente en un ejército de terracota, como aquellos de los emperadores chinos.

Incluso la política administrativa cotidiana confirmaba esta impresión de los soldados como objetos descartables. Las botas, los uniformes y los equipos nuevos estaban reservados para los nuevos ejércitos que se estaban organizando en la retaguardia. Para los soldados de la línea del frente de Stalingrado, las mudas no provenían del almacén del oficial de la intendencia, venían de los cuerpos de los camaradas muertos. Nada se gastaba cuando llegaba el entierro. Los hombres eran enviados por la noche a la tierra de nadie para que quitaran a los cadáveres la ropa interior. La vista de los camaradas caídos, dejados semidesnudos a la intemperie, repugnaba a muchos. Cuando el invierno se hizo más crudo, los trajes de camuflaje para la nieve se hicieron particularmente valiosos. Un soldado herido trataría de sacarse el sobretodo blanco antes de que se manchara de sangre. Era sabido que un soldado, demasiado malherido para quitarse por sí mismo el traje de camuflaje para la nieve, se disculparía por las marcas con aquellos que se lo quitaran.

Grossman, un observador cercano de sus compatriotas en Stalingrado, rechazó la idea de que hubieran sido completamente embrutecidos con la indiferencia. «La vida no es fácil para un ruso –escribió-, pero en el fondo de su corazón no siente que esto sea inevitable. Durante la guerra en el frente observé sólo dos sentimientos hacia los hechos: o un optimismo increíble o una tristeza completa. Nadie podía soportar el pensamiento de que la guerra iba a durar largo tiempo, y a la vez no se creía a quien dijera que sólo con meses y meses de trabajo duro llegaría la victoria». La verdad era que en una batalla tan terrible uno sólo podía pensar en sobrevivir por lo que quedaba del día o aún la hora. Considerar alguna cuestión más allá era un sueño peligroso.

Los soldados tenían al menos una especie de objetivo y raciones bastante regulares para mantenerse funcionales. Los civiles atrapados en Stalingrado no tenían prácticamente nada. El que más de 10.000 de ellos, incluidos 1.000 niños, estuvieran todavía vivos en las ruinas de la ciudad después de más de cinco meses de batalla, es la parte más asombrosa de toda la historia de Stalingrado.

Las fuentes soviéticas aseguran que entre el 24 de agosto y los primeros ataques aéreos, cuando finalmente se permitió a los habitantes de Stalingrado cruzar el Volga, y el 10 de septiembre, se evacuaron al margen oriental 300.000 civiles. Esta cifra era totalmente inexacta, considerando la crecida población de la ciudad. Lo que no fue admitido entonces era que más de 50.000 civiles quedaron atrapados en el margen occidental, en parte por el control de la NKVD del paso del río.

La última evacuación oficial fue caótica y trágica. La multitud era enorme. Comprendía muchas familias a las que se había negado el permiso para marcharse hasta el último momento, con frecuencia sin una buena razón. El vapor comenzó a estar peligrosamente sobrecargado, de modo que no se permitió a más personas subir a bordo. Los abandonados en el muelle se quedaron de pie mirando cómo se iba el transbordador, desesperados por su suerte, pero entonces, «sólo a menos de cincuenta metros del muelle, fue alcanzado por una bomba» y se hundió, envuelto en llamas, delante de sus ojos.

Muchos civiles no podían incluso ni llegar a la orilla del río, por haber quedado atrapados tras las líneas alemanas a causa del veloz avance del VI ejército. Hitler, el 2 de septiembre, había ordenado despejar Stalingrado de civiles, aunque el primer éxodo fue más espontáneo que organizado. Una gran columna de refugiados dejó la ciudad dirigiéndose al oeste en territorio alemán ocupado el 14 de septiembre, con las pocas posesiones que les quedaban amontonadas en carretillas o puestas en maletas de cartón. Un corresponsal alemán vio a los civiles alcanzados por las bombas convertidos en un sangriento amasijo de torsos y ropas desgarradas, mientras una mano cercenada quedaba pegada a las líneas telegráficas en lo alto. Pero aquellos que esperaban a la seguridad del territorio alemán tenían pocas esperanzas de encontrar comida. Los destacamentos del VI ejército ya estaban en actividad, requisando y cosechando los frutos de la región para su propio consumo. Incluso los agricultores cosacos, algunos de ellos antiguos guardias blancos, que habían dado la bienvenida a los alemanes como libertadores con pan y sal, fueron desprovistos de todos sus ganados y cereales.

La visión de refugiados podía producir extrañas confusiones en el pensamiento, tal como un antiguo suboficial de la 295ª división de infantería reveló sin querer en una carta familiar. «Hoy vi muchos refugiados viniendo de Stalingrado. Una escena de miseria indescriptible. Niños, mujeres, viejos (tan viejos como el abuelo) yacían aquí por el camino ligeramente vestidos y sin protección contra el frío. Aunque son nuestros enemigos, era profundamente conmovedor. Por esa razón no podemos agradecer bastante a nuestro Führer y al buen Dios que a nuestra patria se le haya todavía ahorrado tal terrible infelicidad. He visto mucha miseria durante esta guerra, pero Rusia supera todo. Sobre todo Stalingrado. No comprenderías esto, uno tiene que verlo».

Los muchos miles de mujeres y niños dejados atrás en la ciudad buscaron refugio en los sótanos en ruinas, en alcantarillas y en cuevas excavadas en las elevadas orillas. Al parecer incluso había civiles encogidos en los huecos hechos por las bombas en el Mamaev Kurgan durante lo peor de la batalla. Muchos, por supuesto, no sobrevivieron. Simonov, en su primera visita, se quedó atónito. «Cruzamos el puente sobre uno de los barrancos que cortan la ciudad. Nunca olvidaré la escena que se abrió ante mis ojos. Este barranco, que se extendía a mi derecha e izquierda, hervía de vida, exactamente como un hormiguero sembrado de cuevas. Se habían excavado calles

enteras en cada ladera. Las bocas de las cuevas estaban cubiertas de retazos y cartones carbonizados. Las mujeres habían utilizado todo lo que podía servir».

Escribió del «casi increíble» sufrimiento de todos los que estaban en Stalingrado, fueran soldados o civiles, pero luego rápidamente dejó de lado cualquier asomo de sentimentalismo: «Estas cosas no pueden evitarse: la lucha que se libra aquí es de vida o muerte». Prosiguió con la descripción del cuerpo de una mujer ahogada arrastrada hasta la orilla del Volga y que aún se aferraba a un tronco carbonizado «con dedos destrozados y chamuscados. Su rostro estaba desfigurado: el sufrimiento que soportó antes de la muerte la liberara debió de haber sido insoportable. Los alemanes hicieron esto, delante de nuestros ojos. Y no podían pedir cuartel a aquellos que lo han presenciado. Después de Stalingrado no daremos cuartel».

Aunque un refugio era la prioridad esencial, los civiles se veían ante la virtual imposibilidad de encontrar alimento y agua. Cada vez que había una tregua en los bombardeos, las mujeres y los niños salían de los agujeros en el suelo para cortar tajadas de carne de los caballos muertos antes de que los perros vagabundos y las ratas los dejaran mondos. Los principales hurgadores eran los niños. Más jóvenes, pequeños y ágiles, presentaban un blanco menor. Se deslizaban por la noche al silo de cereales terriblemente quemado al sur de Tsaritsa, que los alemanes habían capturado finalmente. Allí, con frecuencia lograban llenar bolsas o carteras con el trigo chamuscado y escapar corriendo, pero los centinelas alemanes que protegían los silos para el uso de su propio ejército mataron a algunos de ellos. Aquellos que intentaban robar las latas de raciones del ejército alemán también eran muertos en el acto, tanto en Stalingrado como en la retaguardia.

Los soldados alemanes utilizaron a los propios huérfanos de Stalingrado. Las tareas diarias, como llenar las botellas de agua, eran peligrosas cuando los francotiradores rusos estaban a la espera de cualquier movimiento. De modo que, con la promesa de un trozo de pan, hacían que los niños y niñas rusos llevaran las botellas a la orilla del Volga para llenarlas de agua. Cuando el bando soviético se percató de lo que pasaba, los soldados del Ejército Rojo mataron a los niños que realizaban estas misiones. Un precedente de esta impiedad había quedado establecido durante los primeros momentos del sitio de Stalingrado, cuando los civiles fueron utilizados por las tropas alemanas como un escudo. Stalin había dado inmediatamente la orden de que las tropas del Ejército Rojo deberían matar a todos los civiles que obedecieran las órdenes alemanas, incluso si actuaban bajo presión. Esta instrucción fue aplicada en Stalingrado. «El enemigo –informaba la 37ª división de guardias fusileros- forzó a los civiles a ir adelante a recoger a los soldados y oficiales muertos. Nuestros soldados abrieron fuego sin importar quiénes trataban de tomar cadáveres fascistas». Otros niños tuvieron mucha más suerte. Se agregaron a los regimientos y cuarteles generales soviéticos. Muchos eran utilizados como mensajeros, exploradores o espías, pero los huérfanos más pequeños, algunos de cuatro o cinco años, eran sólo mascotas.

El cuartel general del VI ejército estableció un *Kommandantur* para el centro y norte de la ciudad, y otro para el sur del Tsaritsa. Cada uno tenía una compañía de Feldgendarmerie responsable, entre otras cosas, de prevenir el sabotaje y de registrar y evacuar a los civiles. Se dieron instrucciones para que cualquiera que no se registrara fuera ejecutado. Se ordenó que los judíos llevaran una estrella amarilla en la manga. La Feldgendarmerie trabajaba en estrecho contacto con la policía secreta de campo bajo el comisario Wilhelm Moritz. Un oficial del *Kommandantur*, capturado después de la batalla, admitió que sus tareas habían comprendido también la selección de civiles

«aptos» para el trabajo forzado en Alemania y la entrega de activistas comunistas y judíos a la SD. Las fuentes soviéticas afirman que los alemanes ejecutaron a más de 3.000 civiles durante el combate, y que más de 60.000 civiles de Stalingrado fueron transportados al Reich, por orden de Hitler, como trabajadores esclavos. El número de judíos y comunistas arrestados por la Feldgendarmerie del VI ejército y entregados a las SS no se especifica. El Sonderkommando 42, siguiendo el avance del VI ejército, había alcanzado Nizhne-Chirskaia en la estela del XXIV cuerpo blindado el 25 de agosto, y puntualmente masacró dos camiones de niños «la mayoría entre edades de seis y doce años». También habían ejecutado a una serie de funcionarios comunistas e informadores de la NKVD denunciados por los cosacos, cuyas familias «kulak» habían sufrido enormemente a manos del régimen. Los Sonderkommandos permanecieron en Stalingrado hasta la cuarta semana de septiembre.

Una importante evacuación de civiles tuvo lugar el 5 de octubre, y la última a inicios de noviembre. Tandas de civiles fueron seleccionados para ser llevados en camiones de ganado a las cabezas de línea en la retaguardia. La miseria de los refugiados era demasiado evidente. Los sensatos tomaban todas las mantas que podían para intercambiarlas por comida en las semanas siguientes. Estos civiles de Stalingrado fueron llevados primero a un campo improvisado cerca de la aldea de Voroponovo (hoy Gorkovski), después a otros campos en Marinovka, Kalach y Nizhne-Chirskaia.

El trato que recibieron no era todavía tan malo como el que sufrían los soldados rusos capturados. En la jaula cerca del Gumrak había, hacia el 11 de septiembre, más de 2.000 prisioneros de guerra, muchos de ellos de los batallones de milicias obreras. A los oficiales soviéticos se les dejó poner orden, si era necesario con los puños, cuando se les lanzaba la comida por encima de la alambrada. No había instalaciones médicas. Un doctor soviético hacía lo que podía por los heridos, pero «en casos desesperados, sólo podía ayudarlos a morir para que no sufrieran más».

Las redadas posteriores fueron más brutales. Finalmente, «una enorme multitud negra» fue forzada a salir con las primeras nevadas. Este último grupo, el más grande, de civiles de Stalingrado fue llevado a Karpovka y a otros campos. Las condiciones eran horrorosas. Incluso en nombre de «campo» era optimista, pues era sólo un lugar cercado con alambre de púas en la intemperie de la estepa. No había cabañas. Los prisioneros trataron de cavar agujeros en el suelo para huir de los penetrantes vientos, después se apiñaban juntos. En la noche del 7 de noviembre, el aniversario de la revolución, los prisioneros rusos la celebraron cantando bajito entre ellos, pero esa noche comenzó a llover muy fuerte. Hacia el amanecer, la temperatura bajó rápidamente y sobrevino una dura helada en la que ellos temblaban incontrolablemente con las ropas empapadas. Muchos murieron. En un agujero, una madre junto a Valentina Nefiodova se acurrucó abrazando a sus hijos pequeños, un niño y una niña: ésta sobrevivió, pero aquél murió en sus brazos. El primo adolescente de Nefiodova también se congeló hasta morir esa noche.

Los guardias en esos campos eran en su mayoría ucranianos con uniformes alemanes.[*] Muchos eran *bulbovitsi*, nacionalistas de extrema derecha llamados así por Taras Bulba, que trataban a sus víctimas de un modo terrible. No todos los guardias, sin embargo, eran tan crueles. Algunos permitían escapar a sus prisioneros, a cambio de un soborno. Pero los fugitivos pronto eran cazados en la estepa abierta por la Feldgendarmerie. En el campo de Morozovsk, no obstante, la familia Goncharov, madre, abuela y dos niños, fueron salvados por la bondad de un doctor alemán, que

[*] Unos 270.000 ucranianos habían sido ya reclutados de los campos de prisioneros hacia el 31 de enero de 1942. Otros eran civiles voluntarios. El *Stadtkommandantur* en Stalingrado, según un informe de la NKVD, tenía 800 jóvenes ucranianos armados y uniformados para servir de centinelas y escoltas.

arregló que fueran trasladados a una vivienda de una granja porque Nikolai, de once años, estaba sufriendo una grave congelación.

De los miles que aún consiguieron evitar las redadas en la ciudad, llevando una existencia troglodita bajo los escombros («nadie sabe cómo»), virtualmente todos cayeron enfermos por envenenamiento del alimento o el agua contaminada. En las afueras de la ciudad los niños se arrastraban como animales salvajes en busca de raíces o bayas silvestres. Muchos sobrevivieron durante tres o cuatro días con un pedazo de pan rancio que les había dado un soldado alemán o ruso, dependiendo de la línea del frente. Las mujeres se vieron forzadas a ofrecer sus cuerpos macilentos para sobrevivir o alimentar a un niño. Incluso hubo informes de burdeles improvisados en las ruinas. En varios casos, algo que podemos llamar amor surgió en las poco prometedoras circunstancias entre mujeres rusas y soldados alemanes. Era casi invariablemente una relación fatal. Se descubrió que una mujer de Stalingrado acusada de «comunicarse con el enemigo con un pañuelo blanco», había «ocultado a tres fascistas» en su sótano. Fue entregada a la NKVD. Los tres soldados alemanes fueron ejecutados en el acto.

En los sectores alejados de la propia ciudad, parece que menos soldados fueron muertos al ser capturados, toda vez que la inteligencia militar soviética comenzó a hacerse más compleja. Su necesidad de información más exacta proveniente de los prisioneros creció rápidamente en octubre, mientras Zhukov y su estado mayor estaban planeando el gran contragolpe.

El interrogatorio soviético de los prisioneros alemanes de guerra, que generalmente tenía lugar un día después de la captura, seguía un patrón bastante establecido. El primer objetivo era identificar su formación y evaluar su fuerza actual, la condición de los suministros y la moral. También se les preguntaba a los prisioneros alemanes cosas como: ¿Han sido ellos miembros de las juventudes hitlerianas? ¿Qué sabían de preparativos para una guerra química? ¿Qué acciones partisanas habían visto o de cuáles habían oído? ¿Cuán efectivas eran las octavillas de propaganda soviética? ¿Qué les habían dicho sus oficiales de los comunistas? ¿Cuál había sido la ruta de avance de su división desde junio de 1941? (Esto era para ver si podían estar vinculados a los crímenes de guerra registrados en las áreas por donde habían pasado). Si el prisionero provenía de una familia de agricultores, ¿tenían ellos prisioneros de guerra rusos trabajando en su casa? ¿Cuáles eran sus nombres? Las cartas familiares eran confiscadas para ver si proporcionaban una indicación de la moral civil en Alemania. Durante el último verano y otoño de 1942, después de los «ataques de mil bombarderos» de la RAF, los interrogadores de la NKVD estaban particularmente interesados en su efecto en la moral civil y también en los soldados del frente. Más tarde, cuando la NKVD se estremeció al descubrir que tantos ciudadanos soviéticos, principalmente ex soldados del Ejército Rojo, se habían adscrito al ejército alemán, los interrogadores trataron de descubrir cuántos habían estado en cada compañía.

Por instinto de autoconservación, los prisioneros decían lo que suponían que los rusos deseaban escuchar. En algunos casos por casualidad era también la verdad. «Los soldados veteranos –decía otro cabo- no creen la propaganda que Goebbels nos mete en la cabeza. Nosotros recordamos las lecciones inolvidables de 1918». Hacia mediados de septiembre, los soldados alemanes capturados estaban admitiendo abiertamente a sus interrogadores rusos que ellos y sus compañeros «temían el invierno que se aproximaba».

Muchas de las entrevistas con los prisioneros fueron realizadas por el capitán N. D. Diatlenko de la NKVD, que hablaba el alemán y fue transferido al 7º departamento

del frente de Stalingrado. El teniente coronel Kaplan, subdirector de inteligencia del 62º ejército, tenía que interrogar a los prisioneros mediante el intérprete Derkachev. Kaplan claramente empleaba poco tiempo cuando tenía que trabajar. Después de que un cabo malherido revelara que la 24ª división blindada había quedado reducida a dieciséis tanques, Kaplan anotó al final de la página: «El interrogatorio no terminó porque el hombre murió de las heridas pronto».

Ya consciente de las tensiones entre los ejércitos alemán y rumano, Kaplan también estaba interesado en las relaciones tirantes dentro de la Wehrmacht. Los prisioneros austriacos, quizá con la esperanza de un mejor tratamiento, se quejaban de la conducta de los oficiales alemanes que los discriminaban. Un checo de treinta y dos años de la 24ª división blindada, que fue capturado el 28 de septiembre, incluso se ofreció a combatir por la Unión Soviética. Sin embargo, en este momento, la prioridad principal de la inteligencia del Ejército Rojo era formar una evaluación exacta de la dependencia de los alemanes respecto a las divisiones aliadas en todo el frente del Don y en la estepa de Kalmik.

Una serie de comandantes alemanes de regimiento en este momento estaban horrorizados con los reemplazos que les enviaban. Uno de la 14ª división blindada escribió que eran necesarias «medidas muy enérgicas» para corregir la «ausencia de fuerza de voluntad y valentía».

La mayor debilidad, con todo, seguían siendo las tropas aliadas, representadas como ejércitos completos en el mapa de situación de Hitler. La moral de los italianos, rumanos y húngaros había sido sacudida por ataques aislados de partisanos a los trenes hacia el frente. Pronto comenzaron a sufrir mucho con los ataques aéreos rusos, aun cuando les inflingían pocas bajas. Y cuando se las veían con un ataque terrestre ruso con cohetes *Katiusha* del «órgano de Stalin», sus tropas empezaron a preguntarse qué estaban haciendo allí.

La aviación soviética lanzaba octavillas escritas en húngaro, italiano y rumano, diciendo a los soldados aliados que no murieran inútilmente por los alemanes. Esta propaganda actuaba mejor sobre las minorías nacionales. Los serbios y los rutenios enrolados en las fuerzas húngaras eran los que con más probabilidad desertaban. «¿Cómo se puede confiar en aquellos que no son húngaros?», escribió el cabo Valgo en su diario. La inteligencia del Ejército Rojo informó a Moscú de que una serie de pequeños grupos hacían planes para desertar juntos incluso antes de llegar al frente. Cuando los rusos atacaban se ocultaban en sus trincheras y esperaban para rendirse.

Un desertor rutenio de otro regimiento entrevistado por la NKVD informó de que la mayoría de sus camaradas estaban rezando «Dios me mantenga con vida» durante «días enteros sentados en las trincheras. La mayoría de los soldados no querrán luchar, pero temen desertar porque creen las historias de los oficiales de que los rusos los torturarán y ejecutarán».

Uno de los grandes problemas con los ejércitos aliados era la confusión. Las unidades de la línea del frente continuamente eran tiroteadas o bombardeadas por sus propios aliados. «Dios nos ayude y haga breve esta batalla –escribía el cabo Valgo-. Todos nos bombardean y tirotean». Menos de una semana después escribió: «Oh Dios, detén esta terrible guerra. Si hemos de tomar parte por más tiempo nuestra resistencia se quebrará … ¿Tendremos otra vez algún agradable domingo en casa? ¿Tendremos otra vez la ocasión de sentarnos a la entrada? ¿Nos recordarán en casa?». La moral cayó tan bajo que las autoridades militares húngaras prohibieron a los soldados que escribieran a sus familias para evitar que esto creara un gran inquietud en Budapest. Incluso el

soborno resultaba ineficaz. Antes del siguiente ataque, los soldados fueron animados «con la mejor comida posible: barras de chocolate, conservas, manteca, azúcar y *goulash*», pero la mayoría sufrieron de dolores de estómago después, pues «un hombre aquí no está acostumbrado a una comida así».

«Los rusos tienen admirables tiradores –escribió Valgo el 15 de septiembre-. Dios no permita que sea yo el blanco. Nos enfrentamos a las mejores unidades rusas –agregó el mal informado cabo-, los fusileros siberianos bajo el mando de Timoshenko. Tenemos frío pero aún no es invierno. ¿Qué pasará en el invierno si nos dejan aquí? Ayúdanos, Virgen bendita, a volver a casa». La entrada del día siguiente (otra invocación a «Dios y a la Virgen bendita») fue la última. El diario de Balogh, recuperado de su cadáver cerca de la orilla del Don, fue traducido al ruso unos pocos días después en el cuartel general del frente sudoeste del general Vatutin y enviado a Moscú.

El 8º ejército italiano, que defendía el flanco del Don entre los húngaros y el 3er ejército rumano, había preocupado a los alemanes desde finales de agosto. El cuartel general del Führer se vio forzado a aceptar que el XXIX cuerpo del ejército fuera utilizado para reforzar la defensa italiana. Su estado mayor dio el siguiente consejo a los oficiales de enlace: «Deben tratarlos cortésmente, y es necesaria un comprensión política y psicológica … El clima y el ambiente en Italia hacen al soldado italiano distinto del soldado alemán. Los italianos se cansan más fácilmente, por una parte, y por otra, son más eufóricos. No deben sentirse ustedes superiores a nuestros aliados italianos que han venido aquí sin miedo en condiciones duras y desconocidas para ayudarnos. No usen expresiones mal sonantes ni sean cortantes con ellos». La comprensión hizo poco para compensar la manifiesta falta de entusiasmo de los italianos por la guerra. Cuando un interprete soviético preguntó a un sargento por qué el batallón entero se había rendido sin disparar un tiro, éste replicó con profunda lógica civil: «No disparamos porque pensamos que habría sido un error».

El VI ejército, en una muestra de unidad contra el Komintern, incluso tenía una unidad aliada que era el 369º regimiento croata, adscrito a la 100ª división de cazadores austriaca. El 24 de septiembre, el Poglavnik de Croacia, el doctor Ante Pavelic´, llegó por aire para inspeccionar sus tropas y otorgar medallas. Fue recibido por el general Paulus y una guardia de honor proporcionada por las tropas de tierra de la Luftwaffe.

Estratégicamente, las formaciones aliadas más importantes eran los dos ejércitos rumanos en cada flanco del VI ejército de Paulus. No sólo estaban mal equipados, sino que no tenían el nivel de fuerzas requerido. El régimen rumano, bajo la presión de Hitler de proporcionar más tropas, había llamado a filas a más de 2.000 civiles convictos sentenciados por violación, saqueo y asesinato. La mitad de ellos fueron enviados al batallón especial de castigo 991, pero tantos desertaron en el primer encuentro con el enemigo que la unidad fue disuelta y el resto transferido a la 5ª división de infanterí aen el frente del Don, delante de Serafimovich.

Los oficiales rumanos parecen haber sido desusadamente paranoicos respecto a la infiltración del enemigo en la retaguardia. Los brotes de disentería eran considerados con la mayor sospecha. «Los agentes rusos –declaraba una circular de advertencia de la 1ª división de infantería rumana- han estado efectuando envenenamientos en masa en la retaguardia para causar bajas entre nuestras tropas. Utilizan arsénico, un gramo del cual es suficiente para matar a diez personas». El veneno estaba supuestamente oculto en cajas de cerillas, y los «agentes» eran identificados como «mujeres, cocineros y ayudantes vinculados al aprovisionamiento de alimentos».

Los alemanes de todos los rangos que establecían contacto con sus aliados con frecuencia se sentían consternados por la manera en que los oficiales rumanos trataban a sus hombres. Tenían una actitud de «señores y vasallos». Un conde austriaco, el teniente Stolberg, decía en un informe: «Por encima de todo los oficiales no son buenos … no tienen ningún interés en sus hombres». Un cabo de zapadores de la 305ª división de infantería advirtió que las cocinas de campaña rumanas preparaban tres tipos de comida: «Una para los oficiales, otra para los suboficiales y otra para los hombres, que consiguen sólo un poco para comer».

Las relaciones entre los aliados se expresaban en frecuentes rencillas. «Para evitar en el futuro incidentes lamentables y malentendidos entre los soldados rumanos y alemanes, cuya amistad está sellada con la sangre vertida por la causa común en el campo de batalla», el comandante en jefe del 3er ejército rumano recomendaba que se organizasen «visitas, cenas, fiestas, pequeñas celebraciones y demás, de modo que las unidades rumanas y alemanas establecieran un vínculo espiritual más estrecho».

A inicios del otoño de 1942, los oficiales de inteligencia del Ejército Rojo tenían sólo una sospecha de la dependencia de la Wehrmacht de los «*hiwis*» (apócope de *Hilfswillige* o «ayudante voluntario»). Aunque algunos eran voluntarios genuinos, la mayoría eran prisioneros de guerra soviéticos, reclutados de los campos para compensar la escasez de hombres, principalmente como trabajadores, pero cada vez más incluso en tareas de combate.

El coronel Groscurth, jefe del estado mayor del XI cuerpo en el gran meandro del Don, comentaba en una carta al general Beck: «Es preocupante que nos veamos obligados a reforzar nuestras tropas de combate con prisioneros rusos de guerra, que ya se están convirtiendo en pistoleros. Es una situación extraña que las “bestias” a quienes hemos estado combatiendo estén ahora viviendo con nosotros en la armonía más estrecha». El VI ejército tenía más de 50.000 auxiliares rusos adscritos a sus divisiones en la línea del frente, que representaban un cuarto de su fuerza. La 71ª y la 76ª divisiones de infantería tenían más de 8.000 *hiwis* cada una, aproximadamente el mismo número de hombres, hacia mediados de noviembre, que la fuerza total alemana. (No hay cifras para el número de *hiwis* adscritos al resto del VI ejército y otras formaciones auxiliares, que, según algunas estimaciones, sumarían un total de más de 70.000 hombres).

«Los rusos en el ejército alemán pueden dividirse en tres categorías –dijo un *hiwi* capturado al interrogador de la NKVD-. Primero, los soldados movilizados por las tropas alemanas, las llamadas secciones cosacas, que están adscritas a las divisiones alemanas. En segundo lugar, los *Hilfwillige*, que son los lugareños o prisioneros rusos voluntarios, o aquellos del Ejército Rojo que desertan para unirse a los alemanes. Esta categoría viste el uniforme alemán completo con sus propios rangos e insignias. Comen como los soldados alemanes y están adscritos a los regimientos alemanes. Por último, están los prisioneros rusos que hacen el trabajo pesado, las cocinas, los establos y demás. Estas tres categorías reciben diferente trato, el mejor naturalmente se reserva para los voluntarios. Los soldados rasos nos tratan bien, pero el peor trato lo dan los oficiales y los suboficiales de una división austriaca».

Este *hiwi* en particular había sido uno de los once prisioneros sacados del campo de Novo-Aleksandrovsk, a fines de noviembre de 1941, para trabajar para el ejército alemán. Ocho de ellos habían sido ejecutados cuando se desmayaron de hambre durante la marcha. Este sobreviviente quedó adscrito a la cocina de campaña de un regimiento de infantería, donde pelaba las patatas. Después fue transferido a cuidar los caballos.

Muchas de las llamadas unidades cosacas formadas para la represión en la retaguardia y de los partisanos, que él mencionó, contenían una alta proporción de ucranianos y rusos. Hitler detestaba la idea de eslavos *Untermensch* en uniformes alemanes, de modo que tuvieron que ser redefinidos como cosacos para ser considerados racialmente aceptables. Esto reflejaba el desacuerdo fundamental entre la jerarquía nazi, obsesionada con la total subyugación de los eslavos, y los oficiales del ejército profesional que creían que su única esperanza era actuar como los libertadores de Rusia del comunismo. Ya en el otoño de 1941, la inteligencia del ejército alemán había llegado a la conclusión de que no podía vencer a Rusia si no convertía la invasión en una guerra civil.

Los *hiwis* que fueron inducidos, con promesas, a ir de voluntarios desde los campos de prisioneros, quedaron pronto desengañados. El desertor rutenio, en el interrogatorio, habló de algunos *hiwis* que habían encontrado cuando buscaban en una aldea. Eran ucranianos que habían desertado para unirse a los alemanes con la esperanza de regresar a ver a sus familias. «Creíamos las octavillas –le dijeron- y deseábamos volver con nuestras esposas». En cambio, se encontraron llevando el uniforme alemán y entrenándose bajo oficiales alemanes. La disciplina era implacable. Podían ser fusilados «por la infracción más pequeña», tal como retrasarse en el recorrido de la marcha. Pronto serían enviados al frente. «¿Significa que matarás a tu propia gente?», preguntó el rutenio. «¿Qué podemos hacer? –le respondieron-. Si regresamos donde los rusos, nos tratarían como traidores. Y si nos negamos a combatir, nos fusilarán los alemanes».

La mayoría de las unidades alemanas del frente parece haber tratado bien a sus *hiwis*, aunque con un cierto grado de afectuoso desprecio. Un destacamento de artilleros antitanque de la 22ª división blindada, al oeste del Don, solía dar a su *hiwi*, a quién por supuesto llamaban Iván, un grueso sobretodo y un fusil para cuidar su cañón antitanque, cuando bajaban a la aldea local a beber, pero en una ocasión tuvieron que regresar corriendo a rescatarlo porque un grupo de soldados rumanos, al descubrir su identidad, querían ejecutarlo en el acto.

Para las autoridades soviéticas, la idea de ex soldados del Ejército Rojo sirviendo en la Wehrmacht era claramente inquietante. Se precipitaron a concluir que las purgas y el trabajo de los departamentos especiales no habían sido lo bastante completos. El departamento político del frente de Stalingrado y la NKVD estaban obsesionados con el uso de *hiwis* para infiltrar y atacar sus propias líneas. «En algunas zonas del frente –se informó a Shcherbakov- ha habido casos de ex rusos que se han puesto el uniforme del Ejército Rojo y han penetrado nuestras posiciones con el propósito de efectuar reconocimientos y capturar oficiales y soldados para interrogarlos». En el sector de la 38ª división de fusileros (64º ejército) la noche del 22 de septiembre, una patrulla de reconocimiento soviética se había encontrado con una patrulla alemana. Los soldados del Ejército Rojo informaron a su regreso de que había habido al menos un «ex ruso» con los alemanes.

El nombre «ex ruso» iba a servir como sentencia de muerte para cientos de miles de hombres durante los tres años siguientes, cuando la SMERSH[*] se concentró en la traición, asunto que estaba muy cerca del corazón de Stalin. Al despojar sumariamente a los opositores y los fugitivos de su identidad nacional, la Unión Soviética intentaba suprimir cualquier indicio de descontento en la gran guerra patria.

[*] Smert Spionen, o muerte a los espías dirigido por Viktor Abakumov

- 12 -

Fortalezas de hierro y escombros

«¿Se convertirá Stalingrado en un segundo Verdún? –escribía el coronel Groscurth el 4 de octubre-. Eso el lo que uno se pregunta con gran interés». Después del discurso de Hitler en el Palacio de los Deportes de Berlín cuatro días antes, asegurando que nadie los sacaría de su posición en el Volga, Groscurth y otros intuyeron que al VI ejército nunca se le permitiría interrumpir esta batalla, fueran cuales fueran las consecuencias. «Se ha convertido incluso en una cuestión de prestigio entre Hitler y Stalin».

El gran asalto alemán contra el distrito fabril del norte de Stalingrado había comenzado ya el 27 de septiembre, pero hacia el final del segundo día, las divisiones alemanas sabían que les aguardaba todavía el combate más duro. El complejo Octubre Rojo y la fábrica de armas Barrikadi se habían convertido en fortalezas tan letales como las de Verdún. En todo caso, eran más peligrosas porque los regimientos soviéticos estaban muy bien escondidos.

Los oficiales de la 308ª división de fusileros siberianos de Gurtiev, al llegar a la fábrica Barrikadi y sus vías férreas, recorrieron «el bosque oscuro y prominente de los talleres de reparación, los rieles brillantes y húmedos ya afectados por el óxido en algunos tramos, el caos de los vagones de carga destrozados, las pilas de vigas de acero desperdigadas confusamente en un patio tan grande como la plaza de la ciudad, los montones de carbón y escoria rojiza, las potentes chimeneas agujereadas en muchos sitios por los proyectiles alemanes».

Gurtiev designó dos regimientos para defender la planta, y el tercero para proteger el flanco que incluía el profundo barranco que iba hasta el Volga desde la urbanización donde vivían los trabajadores, que ya estaba en llamas. Pronto se le llamó «el barranco de la muerte». Los siberianos no perdieron el tiempo. «En lugares silenciosos cavaban la tierra pedregosa con sus picos, en los muros de los talleres

cortaban troneras, hacían refugios subterráneos, búnkeres y trincheras de comunicación». Un puesto de mando fue instalado en una larga plataforma de hormigón que estaba debajo de las grandes naves. Gurtiev era famoso por ser un severo instructor de las tropas. Cuando esperaban en reserva al este del Volga, los hacía cavar trincheras, después traía tanques para que pasaran sobre ellas. «Plancharlas» era el mejor modo de enseñarles a hacerlas muy hondas.

Por suerte para los siberianos, sus trincheras estaban listas para el momento en que llegaron los Stukas. Los «gritones» o los «músicos», como los rusos llamaban a los bombarderos que bajaban en picado con sus sirenas aullantes, causaron menos bajas de los habitual. Los siberianos habían hecho sus trincheras angostas, para reducir la exposición a las esquirlas de las bombas, pero las continuas ondas de las explosiones de las bombas hacía que la tierra vibrase como en un terremoto y les causaban dolor de estómago. La fuerte percusión dejó a todos sordos temporalmente. A veces la onda expansiva era tan intensa que rompía los vidrios y hacía que las radios se resintonizasen.

Estos ataques aéreos de debilitamiento, llamados «calentamientos caseros», duraron casi todo el día. A la mañana siguiente, los patios de la Barrikadi fueron bombardeados a poca distancia por cuadrillas de Heinkel 111 y con la artillería y morteros otra vez. De pronto, los cañones alemanes casaron de disparar. Incluso antes del grito de advertencia: «¡Preparaos!», los siberianos se aprestaron, sabiendo muy bien los que la inquieta tregua anunciaba. Momentos después oyeron el chirrido metálico y rechinante de las orugas de los tanques en los escombros.

La infantería alemana descubrió al cabo de pocos días que la división siberiana de Gurtiev no se había sentado a esperarlos. «Los rusos atacan cada día con la primera y la última luz», informó un suboficial de la 101ª división de cazadores. La política horrorosamente derrochadora de Chuikov de contraataques repetidos pasmó a los generales alemanes, aunque se vieron obligados a reconocer que desgastaba a sus tropas. La medida defensiva más exitosa, sin embargo, era la artillería pesada en el margen oriental del Volga, una vez que se coordinaron los planes de hacer fuego.

En la planta Octubre Rojo, los destacamentos de la 414ª división antitanque habían escondido cañones de 45 mm y 96 mm en los escombros, utilizando los montones de desechos de metal como camuflaje y protección. Estaban situados para disparar desde distancias tan cortas como 135 m o menos. Hacia el amanecer del 28 de septiembre, dos regimientos de la 193ª división de fusileros habían cruzado también el Volga y preparado sus posiciones con rapidez. El «calentamiento casero» fue realizado por ataques masivos de Stukas al día siguiente. El avance alemán hizo que fueran urgentemente necesarios refuerzos adicionales. La 39ª división de guardias fusileros fue enviada al otro lado pese a que sólo tenía un tercio de la fuerza adecuada.

Los ataques alemanes se hicieron más duros en octubre, especialmente cuando fueron reforzados por la 94ª división de infantería y la 14ª división blindada así como por batallones de ingenieros combatientes enviados especialmente por aire. En el lado soviético, las unidades estaban completamente fragmentadas y con frecuencia tenían todas las comunicaciones bloqueadas, pero los individuos y los grupos seguían luchando sin órdenes. En el sector de Barrikadi, el zapador Kossichenko y un conductor de tanque anónimo, cada uno con el brazo destrozado, sacaban los pasadores de las granadas con los dientes. Por la noche, los zapadores continuamente corrían adelante llevando más minas antitanques, dos a la vez, «sosteniéndolas bajo el brazo como barras de pan», para enterrarlas en las ruinas de los accesos. Los ataques alemanes, escribió Grossman, fueron finalmente frenados por la «dura, empecinada obstinación siberiana». Un batallón alemán de zapadores, en un único ataque que realizó en este momento,

sufrió un 40 por 100 de bajas. El comandante regresó de visitar a sus hombres callado e inmutable.

Las divisiones de Chuikov estaban muy maltratadas, exhaustas y muy escasas de municiones. Sin embargo el 5 de octubre, el general Golikov, el subcomandante de Yeremenko, cruzó el río para transmitir la orden de Stalin de que la ciudad debía ser defendida y de que las partes ocupadas por los alemanes debían ser recuperadas. Chuikov obvió una disposición tan irrealizable. Sabía que la única oportunidad de resistir dependía de bombardeos masivos de la artillería del otro lado del río. Los alemanes pronto hicieron irrelevantes las exhortaciones de Yeremenko. Después de un día relativamente tranquilo, el 6 de octubre, lanzaron un fuerte asalto contra la planta de tractores de Stalingrado con la 14ª división blindada atacando desde el sudoeste y la 60ª división motorizada desde el oeste. Uno de los batallones de la 60ª fue virtualmente destruido por salvas de *katiushas* disparadas desde la máxima distancia. La elevación extra necesaria fue lograda sosteniendo los camiones de lanzamiento de modo que las ruedas traseras colgaran sobre la elevada orilla del Volga. Entretanto, parte de la 16ª división blindada atacó el suburbio industrial de Spartakovka, al norte, haciendo retroceder a los restos de la 112ª división de fusileros y a la 124ª brigada especial. El ejército de Chuikov, ahora en un área drásticamente reducida a lo largo del margen occidental, percibía que estaba siendo implacablemente desplazado hacia el río.

Los pasos del Volga se hicieron cada vez más vulnerables con el perímetro del 62º ejército tan drásticamente reducido. Las baterías alemanas e incluso el fuego directo de las ametralladoras alcanzaban los puntos de desembarco. Un estrecho pontón desde la isla de Zaitsevski hasta el margen occidental había sido edificado por un batallón de barquerons de Yuroslavl. Esto permitía que una constante corriente de cargadores parecida a la de las hormigas cruzara durante la noche llevando raciones y municiones. Su pequeño tamaño reducía el blanco, pero para aquellos que andaban sobre las planchas constantemente moviéndose, las bombas que explosionaban en el río a los costados del puente hacían aterrador cada trayecto. Las barcas de carga todavía eran necesarias para los objetos más grandes y pesados, así como para evacuar a los heridos. Los tanques de reemplazo eran llevados al otro lado con gabarras. «Tan pronto como anochece –escribía Grossman- los hombres responsables del paso del río salen de los subterráneos, búnkeres, trincheras y refugios ocultos».

Cerca de los puntos de desembarco en el margen oriental había panaderías de campaña en búnkeres, cocinas subterráneas que proporcionaban comida caliente en termos, e incluso casas de baño. Pese a tales comodidades relativas, el régimen en el margen oriental era casi tan duro como en la misma ciudad. Los barcos de carga y sus tripulantes, reclutados en la 71ª compañía especial de servicio, estaban directamente bajo las órdenes del nuevo comandante de la NKVD, el mayor general Rogarin, que también tenía el mando de la oficina militar del distrito fluvial.

Las tasas de bajas entre las tripulaciones de las embarcaciones fluviales eran comparables a las de los batallones en la línea del frente. Por ejemplo, el vapor *Lastochka* («la golondrina»), mientras evacuaba a los heridos, recibió diez impactos directos en un solo trayecto. Los miembros que quedaban de la tripulación reparaban los agujeros durante el día, y estaban listos para navegar otra vez al día siguiente. Las pérdidas también podían ser grandes por los accidentes debidos a la premura. El 6 de octubre, un bote sobrecargado se volcó y dieciséis hombres de veinte se ahogaron. Poco después, otra nave desembarcó en la oscuridad en un lugar equivocado y treinta y cuatro

personas perecieron en un campo minado. Aunque un poco más tarde para aquel día, el incidente indujo a las autoridades a «cercar los campos minados con alambres de púas».

La tensión del trabajo con frecuencia llevaba a embriagarse si había la oportunidad. El 12 de octubre, cuando las tropas de la NKVD realizaban una revisión sin previo aviso de las casas en la aldea de Tumak a la orilla del río, encontraron una «escena vergonzosa». Un capitán, un comisario, un sargento de los almacenes, un cabo de la flotilla del Volga y el secretario local del Partido Comunista habían «bebido hasta quedar inconscientes», como decía el informe, y estaban en el piso «durmiendo con mujeres». Pese a estar totalmente ebrios fueron llevados ante «el jefe de las tropas de la NKVD, el mayor general Rogatin».

Hubo otros extraños escándalos en tierra también. El 11 de octubre, en medio de la lucha por la planta de tractores de Stalingrado, los T-34 de la 84ª brigada de tanques, con soldados de la 37ª división de guardias fusileros aferrados a las torretas y cubiertas de los motores, contraatacaron a la 14ª división blindada en el lado sudoeste de la fábrica. Ambas divisiones soviéticas habían acabado de llegar al margen occidental. El conductor de un tanque, que no pudo ver por el visor de la escotilla el hueco dejado por una bomba, se hundió allí. Según el informe «el comandante de la compañía de infantería, que estaba borracho», se puso furioso con la sacudida que recibieron y se bajó de un salto. «Corrió frente al tanque, abrió la escotilla y disparó dos tiros, matando al conductor».

En esa segunda semana de octubre, hubo una tregua en el combate. Chuikov sospechó correctamente que los alemanes estaban preparando un ataque aún mayor, probablemente con refuerzos.

Paulus estaba bajo tanta presión de Hitler como Chuikov lo estaba de Stalin. El 8 de octubre, el grupo de ejércitos B, por órdenes del cuartel general del Führer, había dado instrucciones al VI ejército de preparar otra gran ofensiva contra el norte de Stalingrado que comenzara como máximo hacia el 14 de octubre. Paulus y su estado mayor en el cuartel general estaban consternados por las bajas. Uno de sus oficiales anotó en el diario de guerra que la 94ª división de infantería había quedado reducida a 535 soldados en la línea del frente, «¡lo que significa un promedio de fuerza combatiente por cada batallón de tres oficiales, once suboficiales y sesenta y dos hombres!». También dijo que la 76ª división de infantería estaba fuera de combate. Sólo la 305ª división de infantería, reclutada en las costas septentrionales del lago Constante, podía ser integrada al VI ejército para reforzar las formaciones y comprometidas.

Los alemanes, con octavillas y provocaciones en voz alta, no hacían ningún secreto de sus preparativos. La única interrogante era su objetivo preciso. Las compañías de reconocimiento de las divisiones soviéticas salían cada noche a capturar tantas «lenguas» como fuera posible. Desgraciados centinelas o portadores de raciones eran traídos para someterlos a interrogatorios intensivos, y el prisionero, por lo general, debido al absoluto terror que la propaganda nazi sobre los métodos bolcheviques le provocaba, sólo tenía muchas ansias de hablar. La sección de inteligencia del cuartel general del 62º ejército pronto concluyó a partir de una nueva combinación de fuentes que la principal ofensiva se dirigiría otra vez contra la planta de tractores. Los trabajadores que quedaban allí y en la Barrikadi, que habían estado reparando tanques y cañones antitanques durante el combate, fueron enrolados en los batallones de la línea del frente o, en el caso de los obreros especializados, evacuados al otro lado del Volga.

Por suerte para el 62º ejército, sus análisis de inteligencia resultaron correctos. Los objetivos alemanes eran despejar la fábrica de tractores y la fábrica de ladrillos en

su lado sur, para luego abrirse paso hacia el margen del Volga. La arriesgada decisión de Chuikov de traer regimientos del Mamaev Kurgan al sector septentrional valió la pena. Sin embargo, se horrorizó al saber que la *Stavka* había reducido el cupo de munición de artillería para el frente de Stalingrado. Este era el primer indicio de que un gran contraataque estaba preparándose. Stalingrado, advirtió de repente con ambigua emoción, ahora representaba el cebo de una enorme trampa.

El lunes 14 de octubre, a las seis de la mañana hora alemana, la ofensiva del VI ejército se inició en un frente estrecho, utilizando cada Stuka disponible de la IV flota aérea del general Von Richthofen. «Todo el cielo estaba repleto de aviones –escribió un soldado de la 389ª división de infantería, que esperaba para salir al ataque-, todos los cañones antiaéreos disparaban, las bombas caían rugiendo, los aviones se estrellaban, era una enorme obra dramática que seguíamos con sentimientos encontrados desde nuestras trincheras». El fuego de la artillería alemana y los morteros derribaban los refugios subterráneos y las bombas de fósforo prendían fuego en el material combustible que quedaba.

«El combate asumió proporciones monstruosas más allá de toda posibilidad de medida –escribió uno de los oficiales de Chuikov-. Los hombres en las trincheras de comunicación se tambaleaban y caían como si estuvieran en la cubierta de un barco durante una tormenta». Los comisarios claramente sentían un impulso de hacerse poéticos. «Aquellos de nosotros que han visto el oscuro cielo de Stalingrado en estos días –escribió Dobronin a Shcherbakov en Moscú- nunca lo olvidarán. Es amenazador y severo, las llamas purpúreas lamen el cielo».

La batalla comenzó con el ataque principal contra la planta de tractores desde el sudoeste. Al mediodía, parte del XIV cuerpo blindado reinició su empuje hacia el norte. Chuikov no dudó. Empeñó su principal fuerza acorazada, la 84ª brigada de tanques, contra el principal asalto de las tres divisiones de infantería encabezadas por la 14ª división blindada. «El apoyo que nos daba la artillería pesada era insólitamente fuerte –escribió un suboficial de la 305ª división de infantería-. Varias baterías de Nebelwerfer, el bombardeo en cadena de los Stukas y de cañones de asalto autopropulsados en cantidades nunca vistas antes bombardearon a los rusos, que en su fanatismo opusieron un tremenda resistencia».

«En una batalla terrible, agotadora –escribió un oficial de la 14ª división blindada-, en la superficie y en el subsuelo, en las ruinas, los sótanos y las alcantarillas de la fábrica. Los tanques subían montículos de escombros y chatarra, y se arrastraban chirriando a través de talleres destruidos caóticamente y disparaban a bocajarro en estrechos patios. Muchos de los tanques temblaban o explosionaban a causa de la fuerza de una mina enemiga que estallaba». Las bombas que daban en las instalaciones sólidas de hierro de los talleres de la fábrica generaban lluvias de chispas que se veían a través del polvo y el humo.

La resistencia de los soldados soviéticos era efectivamente increíble, pero simplemente no podían soportar la fuerza en un punto central del ataque. Durante la primera mañana, los blindados alemanes penetraron, aislando a la 37ª división de guardias de Zholudev y a la 112ª división de fusileros. El general Zholudev quedó enterrado vivo en su búnker por una explosión, un destino frecuente durante ese día terrible. Los soldados lo sacaron y lo llevaron al cuartel general del ejército. Otros empuñaron las armas de los muertos y siguieron luchando. Los blindados alemanes cubiertos de polvo se estrellaban contra las grandes naves de la planta de tractores, como monstruos prehistóricos, rociaban ráfagas de ametralladora por todas partes, y

machacaban las esquirlas de vidrio de los tragaluces destrozados bajo sus orugas. Durante la lucha a corta distancia que siguió, no había líneas del frente claras. Los grupos de guardias de Zholudev que habían sido rebasadas podían atacar repentinamente como salidos de ninguna parte. En tales condiciones, un oficial médico alemán sensato estableció su estación de vendaje de avanzada en un horno de fundición.

Hacia el segundo día de la ofensiva, el 15 de octubre, el cuartel general del VI ejército se sintió capaz de hacer constar que: «La mayor parte de la fábrica de tractores está en nuestras manos. Hay sólo algunas bolsas de resistencia que han quedado tras el frente». La 305ª división de infantería forzó a los rusos a retirarse al otro lado de las líneas de ferrocarril en las fábricas de ladrillo. Esa noche, después de la irrupción de la 14ª división blindada en las fábricas de tractores, su 103º regimiento blindado de granaderos cruzó audazmente hacia la orilla del Volga cerca de los tanques de petróleo, hostigado por la infantería soviética que atacaba desde los barrancos. Afortunadamente para el 62º ejército, Chuikov había sido convencido de trasladar el cuartel general , porque las comunicaciones eran muy deficientes. La lucha apenas di había disminuido. La 84ª brigada de tanques afirmaba haber destruido «más de treinta tanques fascistas medianos y grandes» frente a la pérdida de dieciocho suyos. Las pérdidas humanas de la brigada estaban «todavía siendo calculadas» cuando el informe llegó dos días después. Aunque la cifra de tanques alemanes era casi con seguridad optimista, los jóvenes comandantes de la brigada demostraron una estimulante valentía ese día.

El comisario de un regimiento de artillería ligera, Babachenko, fue convertido en Héroe de la Unión Soviética por su valentía cuando la batería quedó aislada. El mensaje de despedida de los defensores recibido por radio en el cuartel general decía: «Cañones destruidos. Batería rodeada. Continuaremos luchando y no nos rendiremos. Saludos a todos». Sin embargo, utilizando granadas, fusiles y metralletas, los artilleros rompieron el cerco del enemigo e hicieron una nueva posición contribuyendo a restaurar la línea de defensa del sector.

Hubo casos de valentía anónima no celebrada de los soldados rasos («verdadero heroísmo masivo», como lo expresaban los comisarios). Hubo también casos pregonados de valor individual, como el de un comandante de una compañía de la 37ª división de guardias fusileros, el teniente Gonichar, que con una ametralladora capturada y sólo cuatro hombres, logró dispersar una fuerza alemana atacante en un momento crítico. Nadie sabe cuántos soldados del Ejército Rojo murieron ese día, pero 3.500 heridos fueron llevados al otro lado del Volga esa noche. Los camilleros, totalmente agotados, sufrieron tantas bajas que muchos de los heridos se arrastraron solos hasta el margen del río.

Los comandantes alemanes en la estepa pedían constantemente noticias de los avances en la ciudad. «Los muros de las fábricas, las líneas de ensamblaje, la entera superestructura se derrumba bajo la tormenta de bombas –escribió el general Strecker a un amigo-, pero el enemigo simplemente reaparece y utiliza estas ruinas recientemente creadas para fortificar sus posiciones defensivas». Algunos batallones alemanes se quedaron en cincuenta hombres. Enviaban los cadáveres de sus compañeros por la noche para que fueran enterrados. Inevitablemente, un cierto cinismo surgió en las filas alemanas respecto a sus superiores. «Nuestro general –escribió a su familia un soldado de la 389ª división de infantería- se llama Jeneke [Jaenecke], recibió la Cruz de Hierro anteayer. Ahora ha conseguido su objetivo».

Durante los seis días de lucha desde el 14 de octubre, la Luftwaffe mantuvo turnos de aviones que atacaban los pasos del río y las tropas. «La ayuda de nuestros

cazas es necesaria», comentó el departamento político del frente de Stalingrado en una crítica en clave de la aviación del Ejército Rojo enviada a Moscú. En efecto, el 8º ejército del aire había disminuido a menos de 200 aeronaves de todos los tipos, de las cuales sólo dos docenas eran cazas. Sin embargo, incluso los pilotos de la Luftwaffe compartían la creciente sospecha de las tropas de tierra de que los defensores rusos de Stalingrado podían resultar invencibles. «No puedo comprender –escribió uno a su familia- cómo los hombres pueden sobrevivir en ese infierno, y sin embargo los rusos se instalan firmes en las ruinas, y en huecos y sótanos, y en un caos de esqueletos de acero que solían ser fábricas». Estos pilotos también conocían que su efectividad pronto disminuiría rápidamente a medida que las horas de luz diurna se acortaran y el clima empeorara.

La exitosa ofensiva alemana en el Volga justo bajo la planta de tractores de Stalingrado aisló por completo a los restos de la 112ª división de fusileros y a las brigadas de milicias que se habían enfrentado al XIV cuerpo blindado en el norte y en el oeste. Mientras los restos asediados de la 37ª división de guardias fusileros de Zholudev continuaban luchando en la planta de tractores, los restos de otras formaciones eran empujadas hacia el sur. La gran amenaza para la supervivencia del 62º ejército era una ofensiva alemana en el margen del río, que aislaba a la división de Gorishni desde la retaguardia.

El nuevo cuartel general de Chuikov estaba en peligro constante. Su grupo de defensa inmediata se enzarzaba frecuentemente en el combate. Como el 62º ejército perdía la comunicación con tanta frecuencia, Chuikov pidió permiso para que un grupo del cuartel general de retaguardia cruzase al margen izquierdo, mientras un grupo de vanguardia, incluido todo el consejo militar, permanecía en el margen oriental. Yeremenko y Jruschov, que sólo estaban pendientes de la reacción de Stalin, se negaron en redondo.

También el 16 de octubre los alemanes avanzaron desde la fábrica de tractores hacia la planta de Barrikadi, pero la combinación de tanques rusos enterrados en los escombros y las chillonas salvas de cohetes *Katiusha* lanzadas desde el margen del río interrumpieron sus ataques. Esa noche, el resto de la 138ª división de fusileros fue traída del otro lado del Volga. Cuando avanzaban hacia delante después del desembarco, tuvieron que pasar por encima de «cientos de heridos que se arrastraban hacia el embarcadero». Las nuevas tropas fueron situadas en una línea oblicua de defensa al norte de las fábricas de Barrikadi.

El general Yeremenko también cruzó el río esa noche para evaluar la situación por sí mismo. Apoyándose pesadamente en un bastón después de las heridas del año anterior, subió cojeando la orilla hasta los búnkeres atestados del cuartel general del 62º ejército. Los cráteres y troncos destrozados de los refugios que habían recibido impactos directos dejaban poco a la imaginación. Los objetos y los individuos por igual estaban cubiertos de polvo y ceniza. El generan Zholudev estalló en lágrimas, al recordar la destrucción de su división en la fábrica de tractores. Sin embargo, al día siguiente, después del regreso de Yeremenko, el cuartel general del frente tuvo que advertir a Chuikov que incluso habría menos municiones disponibles.

Después de que los alemanes aislaran a las fuerzas soviéticas al norte de la planta de tractores de Stalingrado en la noche del 15 de octubre, Chuikov recibió pocas noticias alentadoras de ellos, sólo «muchos pedidos» del cuartel general de la 112ª división de

fusileros y de la 115ª brigada especial para que se les permitiera retirarse al otro lado del Volga. Ambos cuarteles generales al parecer dieron «información falsa», afirmando que sus regimientos habían sido prácticamente eliminados. Este pedido de retirada, equivalente a traición después de la orden de Stalin, fue rechazado. Durante una pausa en el combate varios días después, Chuikov envió al coronel Kaminin al enclave para examinar el estado de sus regimientos. Encontró que la 112ª división de fusileros todavía tenía 598 hombres vivos, mientras que la 117ª brigada especial tenía 890. El comisario antiguo, según el informe, «en vez de organizar una defensa activa … no salió de su búnker y presa del pánico trató de convencer a su comandante de retirarse al otro lado del Volga». Por «su traición a la defensa de Stalingrado» y «excepcional cobardía», los acusados oficiales y comisarios de alta graduación fueron llevados más tarde ante la corte marcial por el consejo militar del 62º ejército. Su destino no ha quedado registrado, pero no podían esperar mucha compasión de Chuikov.

Se organizaron ofensivas de distracción el 19 de octubre a cargo del frente del Don hacia el noroeste y por el 64º ejército hacia el sur. Estos esfuerzos aliviaron la presión sobre el 62º ejército sólo durante unos pocos días, pero el respiro posibilitó a los regimientos destruidos ser llevados al otro lado del Volga para reorganizarlos con refuerzos. La ayuda espiritual llegó en una forma extraña. Se difundieron rumores de que el camarada Stalin en persona había sido visto en la ciudad. Un viejo bolchevique que había luchado en el sitio de Tsaritsin afirmaba incluso que el gran jefe había aparecido en su antiguo cuartel general. La visita, evocadora de la milagrosa aparición de Santiago al ejército español cuando combatía a los moros, no tenía ningún sustento en la realidad.

Un civil importante, sin embargo, estaba particularmente ansioso por visitar el margen occidental en este momento. Era Dmitri Manuilski, el veterano responsable del KOMINTERN para los asuntos alemanes, que había hecho un intento fracasado con Kart Radek de iniciar una segunda revolución alemana en octubre de 1923, antes de que Lenin expirase por fin. Más tarde fue el ucraniano principalmente responsable de la devastación realizada por Stalin en Ucrania en 1933. Manuilski tenía un interés especial que se manifestaría posteriormente, pero Chuikov rechazó firmemente sus solicitudes de visitar el margen occidental.

En Berlín, el humor de Goebbels vacilaba otra vez entre la convicción de que la caída de Stalingrado era inminente (dio órdenes el 19 de octubre de que todos los que habían recibido la Cruz de Hierro debían ser traídos para ser entrevistados por la prensa) y momentos de prudencia. Preocupado porque el pueblo alemán pudiera sentirse decepcionado por el lento avance, pensaba que debía hacerle recordar cuánto habían avanzado los ejércitos alemanes en sólo dieciséis meses. Dio órdenes de que se pusieran señales en todas las ciudades de Alemania mostrando la distancia hasta Stalingrado. Tres días más tarde ordenó que nombres como Octubre Rojo y Barricada Roja fueran evitados a toda costa cuando se informaba sobre la dura lucha, por si acaso eso animaba a «los círculos contagiados de comunismo».

Durante las grandes batallas por el sector industrial septentrional de la ciudad, la lucha casa por casa, con ataques y contraataques locales, había continuado en los distritos del centro. Uno de los episodios más famosos de la batalla de Stalingrado fue la defensa de la «casa de Pavlov», que duró

cincuenta y ocho días (foto izq. Casa de Pavlov después de la batalla de Stalingrado).

A fines de septiembre, una patrulla del 42º regimiento de guardias se había apoderado de un edificio de cuatro plantas que daba a una plaza, situado a unos 275 m de los altos de la orilla del río. Su comandante, el teniente Yakov asumió el mando. Descubrieron que varios civiles habían permanecido en el sótano durante todo el combate. Uno de ellos, Mariya Ulianova, tuvo un papel activo en la defensa. Los hombres de Pavlov destruyeron los muros del sótano para mejorar sus comunicaciones, y abrieron boquetes en las paredes, para tener mejores aspilleras para las ametralladoras y los fusiles antitanques de largos cañones. Cada vez que los blindados se acercaban, los hombres de Pavlov se dispersaban, fuera por el sótano o por el piso superior, desde donde podían dispararles de cerca. La tripulación del blindado no podía elevar sus principales armas lo bastante para responder. Chuikov después gustaba hacer ver que los hombres de Pavlov mataron a más soldados enemigos que los alemanes pedieron en la toma de Paris. (Jakov Pavlov, convertido en Héroe de la Unión Soviética, más tarde se convirtió en el archimandrita del monasterio de Sergievo –antes Zagorsk- donde atrajo un gran número de fieles que nada tenían que hacer con su fama de Stalingrado. Está ahora muy delicado).

Otra historia, que es más una viñeta entresacada de cartas, se refiere al teniente Charnosov, un observador de artillería del 384º regimiento de artillería. Su última carta a su esposa dice: «¡Hola, Shura! Envío besos para nuestros dos pajarillos, Slavik y Lidusia. Tengo buena salud. Me han herido dos veces, pero son sólo arañazos, así que todavía dirijo la batería muy bien. La época del combate duro ha llegado a la ciudad de nuestro amado jefe, a la ciudad de Stalin. Durante estos días de duro combate estoy vengando a mi querido pueblo natal de Smolensko, pero por la noche voy al sótano donde dos niños rubios se sientan en mi regazo. Me recuerdan a Slavik y Lida». En su cuerpo se encontró la carta anterior de su esposa: «Estoy muy feliz de que estés luchando tan bien –había escrito ella- y que te hayan premiado con una medalla. Lucha hasta la última gota de sangre y no los dejes tomarte prisionero, porque el campo es peor que la muerte».

Este intercambio epistolar fue considerado ejemplar, y era también característico del momento. Podían ser genuinos, pero como muchos otros sólo revelaban una verdad parcial. Cuando los soldados se sentaban en un rincón de sus trincheras o en un subterráneo mal iluminado a escribir a sus familias, con frecuencia tenían dificultades para expresarse. La hoja, que sería más tarde doblada en un triángulo, porque no había sobres, parecía a la vez demasiado grande y demasiado pequeña para sus propósitos. La carta resultante se ceñía por tanto a tres temas principales: preguntas por la familia en casa, tranquilidad («Estoy bien, todavía vivo»), y preocupación por la batalla («estamos constantemente destruyendo sus tropas y equipos, Día y noche, no los dejamos en paz»). Los soldados del Ejército Rojo eran muy conscientes de que los ojos de toda la nación estaban puestos sobre ellos, pero muchos debieron de haber arreglado parte de sus cartas porque sabían que los departamentos especiales censuraban cuidadosamente en correo.

Incluso si deseaban escapar escribiendo a sus esposas o novias, la batalla permanecía siempre con ellos, en parte porque la valía de un hombre se definía por la opinión de sus camaradas y el comandante. «Mariya –escribió un tal Kolia-, pienso que recordarás nuestra última noche juntos. Porque ahora, en este minuto, hace exactamente un año que nos separamos. Y era muy difícil para mí decirte adiós. Es muy triste, pero teníamos que separarnos porque era el mandato de la patria. Cumplimos esa orden tan

bien como pudimos. La patria exige que aquellos de nosotros que están defendiendo esta ciudad resistamos hasta el fin. Y vamos a cumplir dicha orden».

La mayoría de soldados rusos parecía haber subsumido sus sentimientos personales dentro de la causa de la gran guerra patria. Podrían haber temido más al censor que a sus homólogos alemanes, sus cerebros podrían haber sido efectivamente lavados por el régimen estalinista, y sin embargo el sentido de abnegación aparece como mucho más que una consigna ideológica. Parece casi atávico, una obligación moral de enfrentarse al invasor. «La gente podría reprocharme –escribió un teniente del Ejército Rojo en Stalingrado a su novia de unas pocas semanas- si leyeran esta carta la razón de que estoy luchando por ti. Pero no puedo distinguir dónde terminas tú y donde comienza la patria. Tú y la patria sois lo mismo para mí».

Un estudio de las cartas familiares escritas por los oficiales y soldados de los dos bandos es muy ilustrativo. En muchas cartas de alemanes en Stalingrado de esta época, hay una nota herida, desengañada e incluso incrédula sobre lo que está pasando, como si esta no fuera ya la misma guerra en la que se habían embarcado. «Muchas veces me pregunto –escribía un teniente alemán a su esposa- para qué todo este sufrimiento. ¿Se ha vuelto loca la humanidad? Esta época terrible marcará a muchos de nosotros para siempre». Y pese a la propaganda optimista de la inminente victoria en Alemania, muchas esposas intuían la verdad: «No puedo dejar de preocuparme. Sé que estas combatiendo constantemente. Seré siempre tu fiel esposa. Mi vida pertenece a ti y a nuestro mundo».

Había también un sorprendente número de soldados rusos descontentos, que, o se olvidaban de que sus cartas eran censuradas, o estaban tan desanimados que ya no les importaba. Muchos se quejaban del rancho. «Tía Liuba –escribía un joven soldado-, por favor, envíame algo de comida. Me da vergüenza pedírtelo, pero el hambre me obliga a hacerlo». Muchos admitían que estaban reducidos a comer animales muertos y otros decían a sus familias que los soldados enfermaban «debido a la mala comida y a las condiciones insalubres». Un soldado enfermo de disentería escribió: «Si las cosas siguen así, será imposible evitar una epidemia». La predicción del soldado pronto resultó correcta. En el hospital 4169, los soldados con tifus fueron rápidamente puestos en cuarentena. Los doctores pensaban que «los heridos cogieron el tifus de los lugareños en el camino al hospital y que se difundiría desde allá».

Así como había quejas por la mala comida y las malas condiciones, también aparecieron fuertes signos de derrotismo. Los comisarios, siempre listos a saltar sobre sus sombras en la noche estalinista, estaban claramente desconcertados con los resultados de la censura postal de la NKVD. «Sólo en el 62º ejército, en la primera quincena de octubre, se divulgaron secretos militares en 12.747 cartas», informó el departamento político a Moscú. «Algunas cartas contienen claros enunciados antisoviéticos, alabando al ejército fascista y flaqueando en la fe en la victoria del Ejército Rojo». Citaban unos cuantos ejemplos: «Cientos y miles de personas mueren cada día –escribía un soldado a su esposa-. Ahora es todo tan difícil que no veo una salida. Podemos considerar que Stalingrado está prácticamente perdida». En un momento en que la mayoría de civiles rusos habían estado viviendo de poco más que de sopas hechas de ortigas y hierbajos, un soldado del 245º regimiento de fusileros escribía a su familia: «En la retaguardia deben de estar pregonando que todo debería ir para el frente, pero en el frente no tenemos nada. La comida es mala y hay muy poca. Las cosas que dicen no son verdad». Un teniente que escribió que «los aviones alemanes son muy buenos … Nuestros artilleros antitanques derribas sólo unos cuantos» fue también identificado como un traidor.

El peligro no estaba sólo con los censores. Un joven ucraniano muy ingenuo, reclutado como refuerzo para la división de Rodimtsev, dijo a sus compañeros que no debían creer todo lo que les decían del enemigo: «En el territorio ocupado, tengo a mi padre y a una hermana, y los alemanes no matan ni roban a nadie. Tratan bien a la gente. Mi hermana ha estado trabajando para los alemanes». Sus camaradas lo arrestaron en el acto. «La investigación prosigue», concluía el informe a Moscú.

Una forma de represión en el Ejército Rojo estaba en efecto suavizándose en este momento. Stalin, en una política deliberada de mejorar la moral, había ya anunciado la concesión de premios con un aire decididamente reaccionario, tales como las órdenes de Kutuzov y Suvorov. Pero su reforma más obvia, anunciada el 9 de octubre fue el decreto 307, que restableció el mando único. Los comisarios fueron rebajados a un papel asesor y «educativo».

Los comisarios se horrorizaron al descubrir cuánto los odiaban y despreciaban los oficiales del Ejército Rojo. Se decía que los oficiales de los regimientos de aviación fueron particularmente insultantes. El departamento político de Stalingrado deploraba la «actitud absolutamente incorrecta» que había aparecido. Un comandante de un regimiento dijo a su comisario: «Sin mi permiso, usted no tiene derecho a entrar y hablar conmigo». Otros comisarios encontraron que su «nivel de vida disminuyó», ya que fueron «obligados a comer con los soldados». Incluso los jóvenes tenientes se atrevían a comentar que no veían motivos para que los comisarios siguieran recibiendo el sueldo de oficiales, «porque ahora ya no eran responsables de nada, leerán el periódico y se irán a la cama». Los departamentos políticos eran considerados ahora un «apéndice innecesario». Decir que los comisarios estaban acabados, escribió Drobonin a Shcherbakov en un claro intento de conseguir apoyo, era «un enunciado contrarrevolucionario». Dobronin había ya revelado sus propios sentimientos, cuando, antes de octubre, informó, sin crítica, de que un soldado había dicho: «Han inventado las órdenes de Kutuzov y Suvorov. Ahora debería haber las medallas de San Nicolás y San Jorge, y será el fin de la Unión Soviética».

Los principales premios comunistas (Héroe de la Unión Soviética, la Orden de la Bandera Roja, la Orden de la Estrella Roja) eran todavía, desde luego, tomados muy seriamente por las autoridades políticas, incluso si la Estrella Roja se había convertido en algo como una ración estajanovista dada a todo hombre que destruyera un tanque alemán. Cuando, en la noche del 26 de octubre, el jefe del departamento de personal del 64º ejército perdió un maletín que contenía cuarenta insignias de la orden de la Bandera Roja, mientras esperaba el transbordador para cruzar el Volga, suscitó una tremenda consternación. Podría pensarse que se habían perdido los planes de la defensa de todo el frente de Stalingrado. El maletín finalmente fue encontrado a 3 km del lugar al día siguiente. Sólo faltaba una medalla. Pudo haber sido un soldado que llegó a la conclusión (quizá entusiasmado con la idea después de unos cuantos tragos), de que sus esfuerzos en el frente habían sido poco reconocidos. El jefe del departamento de personal fue llevado ante un tribunal militar con el cargo de «descuido criminal».

Los soldados, por otra parte, tenían un actitud mucho más vigorosa hacia estos símbolos de valor. Cuando uno de ellos recibía una condecoración, sus camaradas la ponían en una jarra de vodka, que tenia que beber, atrapando la medalla entre los dientes, hasta la última gota.

Las auténticas estrellas estajanovistas del 62º ejército no eran en realidad los destructores de tanques, sino los francotiradores. Se promovió un nuevo culto de la actividad del francotirador, y cuando llegaba el vigésimo quinto aniversario de la Revolución de Octubre, la propaganda alrededor de este arte tétrico llegó al frenesí, con «una nueva oleada de competencia socialista por matar el mayor número de *fritzes*». Un francotirador que llegara a cuarenta muertos recibía la medalla «al valor», y el título de «noble francotirador».

El francotirador más famoso de todos, aunque no el de la mayor marca, fue Zaitsev de la división de Batiuk, que, durante las celebraciones de la Revolución de Octubre, elevó su cuenta de muertos a 149 alemanes. (Prometió lograr 150, pero le faltó uno). El de mayor puntuación, identificado sólo «Zikan», mató a 224 alemanes hasta el 20 de noviembre. Para el 62º ejército, el taciturno Zaitsev, un pastor de las laderas de los Urales, representaba mucho más que un héroe deportivo. Las noticias de los nuevos puntos añadidos a su marca pasaban de boca en boca por todo el frente.

Zaitsev, cuyo nombre significa «liebre», fue encargado de entrenar a los jóvenes francotiradores, y sus pupilos se hicieron conocidos como *zaichata* o «lebratos». Era el inicio del «movimiento de francotiradores» en el 62º ejército. Se organizaron conferencias para difundir su doctrina y el intercambio de ideas sobre la técnica. Los frentes del Don y del sudoeste adoptaron el «movimiento de francotiradores», y produjeron sus tiradores estrella, tales como el sargento Passar del 21º ejército. Especialmente orgulloso de sus tiros a la cabeza, fue acreditado con 103 muertos.

Los francotiradores no rusos fueron merecedores de elogio. Kucherenko, un ucraniano, que mató a diecinueve alemanes, y un uzbeco de la 169ª división de fusileros que mató a cinco en tres días. En el 64º ejército, el francotirador Kovbasa (la palabra ucraniana para «salchicha») trabajaba para una red de por los menos tres trincheras conectadas, una para dormir y dos para disparar. Además, excavó posiciones falsas al costado de los destacamentos vecinos, donde instaló banderas blancas atadas a palancas, que podía agitar desde lejos con cuerdas. Kovbasa afirmaba orgullosamente que tan pronto un alemán veía que una de sus banderolas se agitaba, no podía evitar salir de su trinchera para ver mejor, y gritar: «*Rus, komm, komm!* Kovbasa entonces le disparaba desde un ángulo. Danielov, del 161º regimiento de fusileros, también cavó falsas trincheras y confeccionó espantapájaros con trozos de equipo del Ejército Rojo. Esperaba entonces a los soldados alemanes bisoños para dispararles. Cuatro de ellos fueron sus víctimas. El sargento mayor de la 13ª división de guardias fusileros, Dolimin, instalado en un ático, escogía a los artilleros de una ametralladora enemiga y un cañón de campaña. Los blancos más apreciados eran, sin embargo, los observadores de la artillería alemana. «Por dos días [el cabo Studentov] siguió a un oficial de observación y lo mató al primer disparo». Studentov juró subir su marca de 124 alemanes hasta 170 para el aniversario de la Revolución.

Todos los francotiradores tenían sus propias técnicas y sus escondrijos favoritos. «El noble francotirador» Ilin, que fue acreditado con «185 *fritzes*», algunas veces utilizó un viejo cañón o tubería como escondrijo. Ilin, un comisario del regimiento de guardias fusileros, operaba en el sector Octubre Rojo. «Los fascistas deberían conocer la fuerza de las armas en las manos de los superhombres soviéticos», proclamó, prometiendo entrenar diez nuevos francotiradores.

Algunas fuentes soviéticas aseguran que los alemanestrajeron al jefe de su escuela de francotiradores para cazar a Zaitsev, pero éste los despistó. Zaitsev, después de una caza de varios días, descubrió al parecer su escondite bajo una lámina de chapa de zinc y lo mató de un tiro. La mira telescópica del fusil de su presa, presuntamente el trofeo más preciado de Zaitsev, se expone todavía en el museo de las fuerzas armadas

de Moscú, pero esta espectacular historia es poco convincente en lo fundamental. Vale la pena advertir que no hay mención en los informes a Shcherbakov, aunque casi todos los aspectos de la actividad de los francotiradores eran descritos con gusto.

Grossman estaba fascinado con el carácter y la vida de los francotiradores. Llegó a conocer bien a Zaitsev y a varios otros, incluido Anatoli Chekov. Chekov había seguido a su padre, un borracho, a trabajar en una planta química. Había «conocido los aspectos oscuros de la vida» desde la infancia, pero también descubrió su pasión por la geografía y ahora soñaba con diferentes partes del mundo en los largos días en sus escondites, esperando que apareciera una víctima. Chekov resultó ser uno de esos asesinos con talento natural que las guerras producen. Había sobresalido en la escuela de francotiradores y, a los veinte años, en Stalingrado, parecía no experimentar el miedo, «así como el águila nunca teme a las alturas». Poseía una rara habilidad para camuflarse en escondrijos en la cima de los edificios altos. Para impedir que el reflejo de la boca de su arma delatara su posición, improvisó un dispositivo para ocultarlo colocado al final del cañón y nunca disparaba con poca luz. Una precaución adicional para reducir la visibilidad del reflejo era tratar de tener como fondo una pared blanca.

Un día, llevó a Grossman con él. Los blancos más fáciles y más comunes eran los soldados que traían los recipientes de alimentos a las posiciones de la línea del frente. No pasó mucho tiempo antes de que apareciera un infante para entregar las raciones. Utilizando la mira telescópica Chekov apuntó 5 cm por encima de la punta de la nariz. El soldado alemán cayó para atrás, dejando caer el recipiente de comida. Chekov temblaba de emoción. Apareció un segundo soldado. Chekov le disparó. Luego un tercer alemán se arrastró hacia delante. Chekov lo mató también. «Tres», murmuró Chekov para sí mismo. La puntuación total sería registrada más tarde. Su mejor marca fue diecisiete en dos días. Acertarle a un hombre que llevaba botellas de agua era una prima, comentó Chekov, ya que forzaba a los demás a beber agua contaminada. Grossman planteó la pregunta de si ese muchacho que soñaba en lugares remotos y «que no mataría una mosca», no era «un santo de la guerra patriótica».[*]

El culto del francotirador produjo imitadores con armas diferentes. Manenkov, de la 95ª división de fusileros, adquirió renombre con su largo y pesado fusil PTR (antitanque). Se convirtió en un Héroe de la Unión Soviética después de destruir seis tanques en el combate alrededor de la fábrica de cañones Barrikadi. Un teniente Vinogradov en la 149ª división de artillería se hizo famoso como el mejor lanzador de granadas. Cuando él y veintiséis hombres quedaron aislados sin comida durante tres días, el primer mensaje que pasó fue un pedido de granadas, no de rancho. Incluso herido y sordo, Vinogradov era «todavía el mejor cazador de *fritzes*». Una vez logró acechar y matar a un comandante de compañía alemán y coger los papeles de su cadáver.

Cuando las divisiones alemanas se abrían paso hacia el sur desde la fábrica de tractores hasta la línea de defensa de la fábrica de Barrikadi, Chuikov, en la noche del 17 de octubre, cambió su cuartel general una vez más. Terminó en la orilla del río a la altura del Mamaev Kurgan. Una sólida fuerza de alemanes irrumpió hasta el Volga al día siguiente, pero fueron forzados a retroceder con un contraataque.

---

[*] Grossman parece haber atravesado un período de idealización espiritual, viendo al soldado del Ejército Rojo en términos casi tolstoianos. «En la guerra –escribió en otro cuaderno- el ruso se pone una camisa blanca en el alma. Vive pecadoramente, pero muere como un santo. En el frente, los pensamientos y las almas de muchos hombres son puros y hay incluso una modestia monacal».

Las únicas noticias tranquilizadoras eran del coronel Kaminin, enviado al reducto de resistencia que quedó al norte de las fábricas de tractores en Rinok y Spartakovka. La situación había sido restablecida y las tropas estaban en general luchando con bravura. Había todavía problemas con las brigadas de las milicias. En la noche del 25 de octubre, una sección entera de la 124ª brigada especial, «anteriormente trabajadores en las fábricas de tractores», se disponía a pasarse a los alemanes. Sólo un único centinela estaba contra la idea, pero había amenazado unirse a ellos cuando lo amenazaron. Ya en tierra de nadie, el centinela pretendió tener un problema con un escarpín y se detuvo. Aprovecho la oportunidad para escapar de los otros y corrió de regreso a las líneas rusas. Los desertores le dispararon, pero sin éxito. El centinela, soldado D., llegó a su regimiento sano y salvo, aunque fue después arrestado y llevado ante una corte marcial «por no tomar medidas decisivas para informar a sus comandantes del crimen proyectado e impedir a los traidores que desertasen».

La batalla de desgaste continuó alrededor de la fábrica Barrikadi y la Octubre Rojo, con ataques y contraataques. Un puesto de mando de un batallón de la 305ª división de infantería, según un oficial, estaba «tan cerca del enemigo que el comandante del regimiento podía escuchar al otro lado del teléfono el «*Urrah!*» ruso. Un comandante ruso de regimiento, sin embargo, estaba en medio del combate. Cuando su cuartel general fue tomado, dio su propia posición por radio para un bombardeo de *Katiushas*.

Los soldados alemanes tuvieron que admitir que «los perros luchan como leones». Sus propias bajas subieron rápidamente. Los gritos de «*Sani! Hilfe!*» de los heridos se convirtieron en parte de la escena casi tanto como las explosiones y el rebote de las balas en los escombros. Sin embargo, el 62º ejército quedó reducido a varias cabezas de puente en el margen occidental, nada más que unos pocos cientos de metros. Las calles fueron tomadas, las posiciones soviéticas incluso empujadas más cerca del Volga, la fábrica de cañones Barrikadi parcialmete ocupada. El último punto de paso del 62º ejército estaba directamente bajo el fuego de la ametralladora, y todos los refuerzos habían sido puestos en ese sector para salvarlo. Las divisiones soviéticas quedaron reducidas a unos cientos de hombres cada una, pero todavía resistían. «Nos sentíamos en casa en la oscuridad», escribió Chuikov.

«Padre –escribió un cabo alemán a su familia-, usted siempre me decía: “Sé leal a nuestra bandera, y triunfarás”. Nunca olvidaré estas palabras porque ha llegado el tiempo de que todo hombre sensato en Alemania maldiga la locura de esta guerra. Es imposible describir los que está pasando aquí. Toda persona en Stalingrado que todavía tiene cabeza y manos, hombres y mujeres, continúa luchando». Otro soldado alemán también escribía a su familia con un humor amargo: «No os preocupéis, no os apenéis, porque cuanto antes esté bajo tierra, menos sufriré. Con frecuencia pensamos en que Rusia debería capitular, pero este pueblo ignorante es demasiado estúpido para darse cuenta de ello». Un tercer soldado contemplaba las ruinas alrededor de él: «Aquí una frase del Evangelio me viene muchas veces a la mente: no dejaré piedra sobre piedra. Aquí esto es verdad».

- 13 -

El asalto final de Paulus

En la estepa, la rutina de las divisiones alemanas era un mundo aparte del combate en la ciudad. Tenían que sostener líneas de defensa y repeler ataques de sondeo, pero la vida ofrecía una existencia mucho más convencional, especialmente de regreso del frente. El domingo 25 de octubre, los oficiales de un regimiento en la 376ª división de infantería bávara invitaron al general Edler von Daniels, su comandante de división, a una competición de tiro de la *Oktoberfest* de Munich.

La principal preocupación en ese momento era la preparación de buenos cuarteles de invierno. «No es una imagen atrayente –escribió a casa un soldado de la 113ª división de infantería-. A lo largo y ancho no hay aquí aldeas, ni bosques, ni un árbol ni un arbusto y ni una gota de agua». Se ponía a trabajar a los prisioneros rusos y a los *hiwis* haciendo casamantas y trincheras. «Realmente necesitamos hacer buen uso de estos hombres porque estamos muy escasos de personal», escribió un suboficial veterano. Desde las estepas sin árboles, las divisiones de infantería fueron forzadas a enviar camiones y equipos de trabajadores a Stalingrado para traer vigas de las ruinas de las casas destruidas para los techos de los búnkeres. Al sur de Stalingrado, la 297ª división de infantería excavó cuevas artificiales en los flancos de las *balkas* para hacer establos, almacenes y finalmente un completo hospital de campaña, para el cual se trajo

de Alemania todo el equipo por tren. Durante el veranillo de San Martín, de inicios y mediados de octubre, los alemanes estaban deseosos de su «*Haus*» lista. Incluso los soldados más jóvenes reconocían las implicaciones de cavar: permanecerían allí durante todo el invierno.

Hitler emitió sus propias instrucciones para el invierno. Esperaba «una defensa muy *activa*» y un «orgulloso sentido de victoria». Los tanques debían ser protegidos del frío y de los bombardeos en búnkeres de hormigón especialmente edificados, pero los materiales necesarios nunca llegaron, de modo que los vehículos permanecieron a la intemperie. El cuartel general del VI ejército también trazó elaborados planes para el invierno. Incluso se ordenó una película finlandesa de instrucción: *Cómo construir una sauna en el campo*, pero ninguno de estos preparativos eran muy convincentes. «El Führer nos ha ordenado defender nuestras posiciones hasta el último hombre –escribió Groscurth a su casa en Alemania-, algo que haríamos por nuestra propia cuenta, ya que la pérdida de una posición difícilmente mejoraría nuestra situación. Sabemos que sería como quedarse varado sin cobijo en medio de la estepa».

El cuartel general del Führer también decidió que la mayoría de los animales de carga del VI ejército debían ser enviados a más de 160 km en la retaguardia. Esto ahorraría los trenes de suministro requeridos para traer grandes cantidades de forraje. En total se habían reunido entre el Don y el Volga unos 150.000 caballos, así como cierta cantidad de bueyes e incluso camellos. El transporte motorizado y las unidades de reparación también eran llevados allá. Las razones que estaban detrás de tal movimiento eran comprensibles desde un punto de vista puramente logístico, pero resultarían un serio error en una crisis. En el VI ejército, especialmente, casi todas las unidades de artillería y médicas dependían casi enteramente de caballos para su movilidad.

La moral, según un sargento mayor de la 371ª división de infantería, «sube y baja según la cantidad de correo que ingresa». Casi todos parecían estar sufriendo de una aguda nostalgia del hogar. «Aquí uno debe convertirse en una persona completamente diferente –escribió un suboficial veterano de la 60ª división de infantería motorizada- y eso no es fácil. Es exactamente como si estuviéramos viviendo en otro mundo. Cuando llega el correo, todos salen de sus “casitas”, y no pueden ser detenidos. Por el momento, debo quedarme quieto y mirar con una sonrisa indulgente».

Los pensamientos ya estaban ocupados en la Navidad: la «fiesta más bonita de todo el año». Los soldados comenzaron a hablar de los regalos con sus esposas. El 3 de noviembre, una división dio a conocer sus «pedidos de instrumentos musicales, juegos, decoraciones del árbol de Navidad y velas».

Se planearon los turnos de licencia, una cuestión que suscitaba más esperanzas y más decepciones que ninguna otra. Paulus insistió en que la prioridad fuera dada a los soldados «que habían estado en el teatro de operaciones oriental sin una pausa desde junio de 1941». Para los afortunados que salieron para el largo viaje, el tiempo pasaba desapercibido en una sensación de irrealidad. El hogar parecía tener la calidad onírica de una existencia previa. De vuelta entre sus familias, los hombres encontraban imposible hablar sobre sus experiencias. Muchos se sintieron consternados al descubrir cuán pocos civiles tenían una idea de lo que estaba pasando. Lo peor de todo: era totalmente inútil informarlos, pues esto significaba que sus esposas se angustiarían más. La única realidad ahora parecía ser una existencia de pesadilla de la que no podían escapar. Era humano sentirse tentado por la idea de deserción, pero pocos la consideraban seriamente. El recuerdo más vivido de su patria era decir adiós. Para muchos, fue la última vez. Sabían que estaban reingresando al infierno cuando pasaban por el letrero de la principal vía a Stalingrado: «Entrada a la ciudad prohibida. Los

visitantes ponen sus vidas y las de sus compañeros en riesgo». Muchos encontraron difícil decidir si ésta era o no una broma.

Las nuevas prendas de invierno comenzaron a ser enviadas a fines de octubre. «Es un asunto típicamente alemán –señalaba un oficial-, con pantalones y chaqueta reversibles, color gris de campaña y blanco». Pero los soldados en la estepa árida estaban cada vez más piojosos. «Por el momento no tiene sentido pensar en bañarse. Hoy maté mi primera cohorte de ocho piojos». Pronto se gastaron bromas sobre «los partisanillos». Algunos de los *hiwis* rusos les recomendaron a sus compañeros alemanes un remedio casero para librarse de ellos. Consistía en enterrar cada prenda de ropa bajo tierra con sólo un extremo fuera. Los piojos se ponían allí y entonces se les podía quemar.

Los doctores del regimiento comenzaron a preocuparse cada vez más por la salud general de las tropas en este momento. Cuando los asesores debatieron en Berlín a fines del siguiente enero la mortalidad médica del VI ejército, detectaron un vertiginoso ritmo de crecimiento en la tasa de mortalidad por enfermedades infecciosas, disentería, tifus y fiebre paratifoidea.[*] Esta «*Fieberkurve*» había comenzado a subir rápidamente ya desde inicios de julio. Aunque el número total de enfermos era aproximadamente el mismo que el año pasado, los especialistas berlineses se sorprendieron al establecer que sucumbieran cinco veces más soldados.

Los mismos rusos habían notado el número de alemanes enfermos con sorpresa y hablaban de una «enfermedad alemana». Los doctores en Berlín sólo podían especular que «la reducida resistencia de las tropas» se debía a la tensión acumulada y a las escasas raciones. Los más vulnerables parecían haber sido los soldados más jóvenes, entre los diecisiete y veintidós años. Sólo ellos representaban el 55 por 100 de estas muertes. Cualesquiera que fueran las causas exactas, no hay duda de que la salud del VI ejército era ya un asunto que preocupaba seriamente a inicios de noviembre, cuando la peor posibilidad no parecía otra que otro invierno en búnkeres bajo la nieve.

Mientras el 64º ejército soviético lanzaba ataques para subyugar a las tropas de Stalingrado, el 57º ejército tomó una montaña dominante entre la 20ª división rumana y la 2ª de infantería. Más allá, en la estepa de Kalmik, el 51º ejército realizaba ataques en profundidad contra las posiciones rumanas. Una noche el teniente veterano Alexandr Nevski y su compañía de tiradores de metralletas se infiltraron a través de las líneas de defensa para atacar el cuartel general de la 1ª división de infantería rumana en una aldea en la retaguardia, donde causaron el caos. Nevski fue malherido dos veces durante la acción. El departamento político del frente de Stalingrado, siguiendo la nueva línea del Partido de invocar la historia rusa, decidió que Nevski debía pertenecer a la línea de su glorioso tocayo. Este «comandante intrépido, el heredero completo de la gloria de su antecesor» fue premiado con la orden de la Bandera Roja.

En la ciudad, la gran ofensiva alemana se había disgregado a fines de octubre por el cansancio y la carencia de municiones. El último ataque de la 79ª división de infantería contra la fábrica Octubre Rojo se derrumbó el 1º de noviembre bajo el intenso fuego de la artillería de la otra orilla del Volga. «El efecto del fuego masivo de la artillería enemiga ha debilitado decisivamente la fuerza de ataque de la división», advirtió el

[*] La ictericia era registrada aparte. «La ictericia predomina especialmente aquí –escribió un oficial-. Y como significa un billete de vuelta a casa, todo el mundo desea coger una». No parece haber habido ningún caso registrado de soldados que comieran ácido pírico de las bombas para volverse amarillos, como ocurrió en la primera guerra mundial.

cuartel general del VI ejército. La 94ª división de infantería que atacaba la bolsa norte en Spartakovka fue también triturada.

«En los últimos dos días –puntualizaba un informe a Moscú del 6 de noviembre-, el enemigo ha estado cambiando de táctica. Probablemente a causa de las grandes bajas de las últimas tres semanas, han dejado de usar grandes formaciones». Junto al sector de Octubre Rojo, los alemanes habían cambiado a «tropas de reconocimiento para sondear los puntos débiles entre nuestros regimientos». Pero estos nuevos «ataques repentinos» no lograban más éxito que los anteriores precedidos de fuertes bombardeos.

También durante la primera semana de noviembre, los alemanes comenzaron «a instalar redes de alambre en las ventanas y agujeros de bombas» de sus casas fortificadas de modo que las granadas de mano rebotan. Para atravesar la red, el 62º ejército necesitaba artillería de pequeño calibre, de la que carecía, pues era cada vez más difícil enviar nada por el Volga. Los soldados del Ejército Rojo comenzaron a improvisar ganchos en sus granadas para que se prendieran en las redes.

Las fuerzas soviéticas contraatacaron de todas las formas que pudieron durante los inicios de noviembre. Las cañoneras de la flotilla del Volga, algunas con torretas sobrantes de los tanques T-34 montadas en la popa, bombardearon a la 16ª división blindada de Rinok. Y los «fuertes ataques enemigos con bombas en la noche» continuaron desgastando el aguante de los soldados alemanes.

«En todo el frente oriental –escribió Groscurth a su hermano el 7 de noviembre- estamos esperando una ofensiva general en honor del aniversario de la Revolución de Octubre». Pero la observancia del vigésimo quinto aniversario se limitó en el medio local a soldados soviéticos, «que excediendo sus promesas socialistas de destruir *fritzes*, lo convirtieron en una competición socialista». Se esperaba especialmente que los miembros del Komsomol mantuvieran una cuenta exacta de sus marcas. En el 57º ejército, el funcionario político principal informaba de que «de los 1.697 miembros del Komsomol, 678 todavía no han matado ningún alemán». A estos rezagados presumiblemente les apretaron las clavijas.

Algunas celebraciones de la Revolución de Octubre no suscitaron la aprobación de las autoridades. Un comandante de batallón y su segundo en el mando, que traían refuerzos para la 45ª división de fusileros, «se embriagaron» y «se ausentaron durante trece horas». Dejaron el batallón vagando sin rumbo en el margen oriental del Volga. Una serie de divisiones del frente de Stalingrado tenían poco con qué celebrar, fuera porque la ración especial de vodka no fue enviada, o fuera porque llegó demasiado tarde. Varias unidades ni siquiera recibieron su ración de alimento ese día.

Muchos soldados, privados de vodka, recurrieron a desesperados sucedáneos. En el peor de los casos, los efectos no se hicieron evidentes de inmediato. La noche después de la celebración del aniversario, veintiocho soldados de la 248ª división de fusileros murieron en una marcha de aproximación por la estepa de Kalmik. No buscaron ningún auxilio médico y nadie admitió que sabía de qué se trataba. Los oficiales pretendían creer que habían muerto de frío y fatiga durante la marcha. El departamento especial de la NKVd sospechaba, no obstante, y se realizaron autopsias en veinticuatro de los cuerpos. Se determinó que la muerte fue causada por el excesivo consumo de «líquidos antiquímicos». Los soldados habían tomado grandes cantidades de una solución creada para ser tomada en cantidades minúsculas en caso de ataque con gases. Este líquido nocivo contenía por lo visto algo de alcohol. Uno de los supervivientes fue entrevistado en el hospital. Admitió que alguien había asegurado que era «una especie de vino». La NKVD se negó a aceptar que esto podía ser un caso claro

de robo de material bélico y de embriaguez. El caso fue considerado como «un acto de sabotaje para envenenar soldados».

El 8 de noviembre, el día después del aniversario de la revolución, Hitler pronunció un largo discurso para los «viejos combatientes» nazis en el Bürgerbraukeller en Munich. La transmisión fue oída por muchos en el VI ejército. «Deseaba llegar al Volga –declaró con acentuada ironía-, para ser preciso a un sitio particular, a una ciudad particular. Por una casualidad tenía el nombre del propio Stalin. Pero no pienso que he ido allá sólo por esa razón, ha sido porque ocupa una posición muy importante … Deseaba capturarla y, como debéis saber, estamos bastante contentos, ¡casi la tenemos! Quedan sólo un par de parcelas. Algunos dicen: "¿Por qué no están combatiendo más rápido?". Es porque no deseo un segundo Verdún, y prefiero en cambio hacer el trabajo con pequeños grupos de asalto. El tiempo no tiene importancia. No están subiendo más barcos por el Volga. Y ¡ese es el punto decisivo!».

Su discurso se cuenta entre los ejemplos más grandes de soberbia de la historia. El África Corps de Rommel estaba ya retirándose de El Alamein a Libia y las fuerzas angloamericanas acababan de desembarcar a lo largo de la costa norteafricana para la operación Antorcha. Ribbentrop aprovechó la oportunidad para seguir un acercamiento a Stalin mediante la embajada soviética en Estocolmo. «Hitler rehusó de plano –anotó su ayudante de la Luftwaffe-. Dijo que un momento de debilidad no es el más oportuno para tratar con el enemigo». Las fatuas jactancias sobre Stalingrado que siguieron a este rechazo no eran puramente rehenes de la suerte: iban a atraparlo en la senda hacia el desastre. El demagogo político había esposado al caudillo. Los peores temores de Ribbentrop en víspera de Barbarroja serían pronto confirmados.

En Stalingrado, el verdadero invierno llegó al día siguiente, y la temperatura bajó a 18 grados bajo cero. El Volga, que a causa de su tamaño era uno de los últimos ríos en congelarse, comenzó a dejar de ser navegable. «Los témpanos de hielo chocan, se rajan triturándose entre sí –anotaba Grossman-, y el sonido susurrante, como el de arenas en movimiento, puede oírse a bastante distancia de la orilla». Era un sonido fantástico para los soldados en la ciudad.

Este era un período que el general Chuikov había estado temiendo, lo que llamaba la guerra en dos frentes: el hostil Volga detrás y el enemigo atacando en los estrechos tramos del territorio que quedaba delante. El cuartel general del VI ejército, conociendo los problemas a los que los rusos se enfrentaban, concentraban el fuego otra vez en el paso del Volga. Un vapor de la flotilla del Volga, que traía cañones y municiones del otro lado, fue alcanzado y quedó encallado en el agua baja sobre un banco de arena. Se acercó otro barco, y toda la carga fue transbordada bajo el intenso fuego. Es muy probable que los marineros que trabajaban en el agua helada murieran como los *pontonniers* franceses que edificaron el puente sobre el Berezina más de un siglo antes.

«Las proas chatas y anchas de las gabarras lentamente quebraban la superficie blanca, y tras de ellas los negros tramos de agua pronto quedaron cubiertos por una película de hielo». Los barcos crujían con la presión del hielo y las guindalezas chasqueaban con la tensión. Cruzar el río se volvió «como una expedición polar».

Durante los primeros diez días de noviembre, la presión alemana se mantuvo con ataques constantes de pequeña escala, a veces con tanques. El combate bien podía ser de grupos más pequeños, pero era todavía igual de feroz. Una compañía del 347º

regimiento de fusileros atrincherados a sólo 180 m del Volga quedó reducida a sólo nueve hombres cuando fue rebasada, pero su comandante, teniente Andreev, reunió a los supervivientes y contraatacaron con metralletas. Un grupo de refuerzos que llegó justo en ese momento aisló a los alemanes, y salvó el paso septentrional del 62º ejército. Los rusos observaban cuidadosamente el sistema alemán de señales con bengalas, y lo utilizaron para provecho propio adaptando sus combinaciones de colores utilizando cartuchos capturados. A un comandante de una patrulla se le reconoció el mérito de haber despistado a la artillería alemana haciendo que cambiara el fuego de dirección sobre sus propias tropas.

Con tramos tan angostos de tierra de nadie, la deserción quedaba como un último recurso, pero ahora había casos de soldados alemanes que intentaban cruzar las líneas. En el centro del sector de la 13ª división de guardias fusileros, un soldado alemán se deslizó de una de las casas defendidas hacia un edificio ocupado por los rusos. Algunos de sus compañeros apoyaban claramente su acción, porque gritaban: «*Rus!* ¡No disparéis!» Pero cuando el hombre estaba a medio camino de la tierra de nadie, un soldado ruso recién llegado disparó desde la ventana de un segundo piso y le dio. El alemán herido avanzó arrastrándose y gritando: «*Rus!* ¡No disparéis!» El ruso volvió a disparar, y esta vez lo mató. Su cuerpo se quedó allí durante el resto del día. Esa noche una patrulla rusa se arrastró hacia allá, pero encontró que los alemanes habían ya enviado un destacamento propio para recuperar el arma y los documentos del muerto. Las autoridades soviéticas decidieron que «más trabajo explicativo» era necesario «para explicar a los soldados que no deberían disparar contra los desertores en el acto». Se recordó a las tropas la orden nº 55, que se refería a alentar la deserción del enemigo con un buen trato. En el mismo sector, «se ha advertido que los soldados alemanes alzan las manos por encima de las trincheras para ser heridos». Inmediatamente se dieron instrucciones al departamento político de que aumentara las actividades de propaganda con transmisiones de radio y octavillas.

El 11 de noviembre, poco antes del amanecer, comenzó al ataque final alemán. Grupos de combate recién organizados de las divisiones de infantería 71ª, 79ª, 100ª, 295ª, 305ª y 389ª, reforzados con cuatro nuevos batallones de vanguardia, atacaron los reductos de resistencia que quedaban. Aunque la mayoría de divisiones estaban muy mermadas por la reciente lucha, formaban todavía una concentración masiva.

Una vez más, los Stukas del VIII cuerpo aéreo prepararon el camino, pero el general Von Richthofen había perdido casi la paciencia con lo que consideraba el «convencionalismo del ejército». Al inicio del mes, en una reunión con Paulus y Seydlitz, se había quejado de que «la artillería no estaba disparando y que la infantería no estaba haciendo ningún uso de nuestros ataques con bombas». El logro más espectacular de la Luftwaffe, el 11 de noviembre, fue demoler las chimeneas de las fábricas, pero una vez más no pudieron aplastar al 62º ejército en sus trincheras, búnkeres y sótanos.

Los siberianos de Batiuk lucharon desesperadamente por retener una cuña en el Mamaev Kurgan, pero la punta principal del ataque enemigo estaba a 800 m más al norte, hacia la planta química de Lazur y la llamada «raqueta de tenis», un nudo de andenes y apartaderos de ferrocarril que semejaban esta forma. La principal fuerza par este ataque era la 305ª división de infantería y la mayoría de batallones de vanguardia acudieron para reforzar la ofensiva. Los edificios clave fueron capturados pero luego recobrados por los rusos con una dura lucha. Al día siguiente hubo un alto en el combate.

Más al norte, los hombres de la 138ª división de fusileros de Liudnikov, aislados detrás de la fábrica Barrikadi con el Volga a sus espaldas, resistieron ferozmente. Cada uno tenía un promedio de treinta cartuchos por cada fusil y metralleta, y una ración diaria de menos de cincuenta gramos de pan seco. Por la noche, los biplanos U-2 trataban de arrojar sacos con alimentos y municiones, pero el impacto de la caída con frecuencia dañaba los cartuchos, que después trababan las armas.

La noche del 11 de noviembre, el 62º ejército se lanzó al ataque, junto con la 95ª división de fusileros, al sudeste de la planta Barrikadi. La intención, según el informe enviado a Shcherbakov el 15 de noviembre, era impedir a los alemanes que llevaran tropas para proteger sus flancos. Esto parece contradecir el relato de Chuikov en sus memorias, donde asegura que él y su estado mayor no sabían de la gran contraofensiva desatada el 19 de noviembre, hasta que fueron informados la noche de antes por el cuartel general de Stalingrado.

Los atacantes soviéticos, sin embargo, fueron detenidos casi de inmediato por el poderío de los bombardeos alemanes, y forzados a resguardarse. Desde las cinco de la madrugada del 12 de noviembre, hubo un «huracán de fuego» que duró una hora y media. Después una fuerza numerosa de la infantería alemana atacó, logrando actuar como una cuña entre los regimientos rusos de fusileros. A las 9.50 los alemanes enviaron más tropas, parte de las cuales avanzaba hacia los tanques de petróleo en la orilla del Volga. Uno de los regimientos de fusileros soviéticos logró resistir el principal ataque, mientras otros dos grupos de asalto rodeaban y aislaban a los ametralladores alemanes que habían irrumpido. Tres tanques alemanes fueron incendiados en el desesperado combate. El primer batallón del regimiento quedó reducido a cincuenta hombres, que se las arreglaron para sostener la línea a unos 65 m de la orilla del Volga hasta que llegó otro batallón.

Sólo un hombre sobrevivió de la infantería de marina que vigilaba el puesto de mando del regimiento. Su mano derecha fue aplastada y no pudo disparar más. Regresó al búnker y al saber que no quedaban pertrechos, llenó su gorra con granadas. «Puedo tirarlas con la mano izquierda», explicó. Muy cerca, una patrulla de otro regimiento luchó hasta que sólo quedaron vivos cuatro y sus municiones se acabaron. Un hombre herido fue enviado a la retaguardia con el siguiente mensaje: «Comenzad a bombardear nuestra posición. Frente a nosotros hay un gran grupo de fascistas. Adiós camaradas, no nos hemos retirado».

La posición del 62º ejército para recibir pertrechos se hizo más desesperada aún porque los témpanos de hielo bajaban por le Volga. Eran necesarios rompehielos en las orillas donde el río se congeló primero. El 14 de noviembre, el vapor *Spartakovets* llevó 400 soldados y 40 toneladas de suministros al margen derecho justamente detrás de Octubre Rojo, y a su vuelta trajo 350 heridos por el fuego, pero muy pocas naves podían pasar. Los equipos de rescate estaban a la espera durante la noche para ayudar a cualquier barco aprisionado por el hielo, que se convertía por tanto en un blanco fácil para los cañones alemanes. «Si no pueden terminar el trabajo –Richthofen anotó cáusticamente- cuando el Volga se está congelando y los rusos en Stalingrado están sufriendo una fuerte escasez, entonces nunca lo lograrán. Además los días cada vez son más cortos, y el clima está empeorando».

Paulus estaba en una gran tensión. Su doctor le advirtió que iba hacia un colapso si continuaba sin descansar. «Hitler estaba obsesionado con el simbolismo de Stalingrado –explicó uno de los oficiales del estado mayor de Paulus-. Para despejar los últimos pocos puntos de resistencia en noviembre ordenó que incluso los conductores de tanques debían unirse a la infantería para el golpe final». Los comandantes de blindados se horrorizaron ante tal desperdicio irracional, pero no pudieron conseguir

que Paulus cancelase la orden. Al final, trataron de juntar como pudieron suficientes conductores de reserva, cocineros, camilleros y personal de señales (de hecho, cualquiera antes que sus experimentados pilotos de tanques) para mantener sus divisiones funcionando. Las fuertes bajas en los regimientos blindados resultarían muy serias, si no desastrosas, en cuestión de días.

El general Von Seydlitz estaba muy preocupado. A mediados de noviembre, el cuartel general del VI ejército apreciaba que «el 42 por 100 de sus batallones pueden ser considerados "fuera de combate"». La mayor parte de compañías de infantería había bajado a menos de 50 hombres y tenían que ser fusionadas. Seydlitz también estaba preocupado por la 14ª y la 24ª divisiones blindadas, que necesitaban ser readaptadas, listas para la inevitable ofensiva soviética de invierno. En su opinión, la lucha había continuado hasta demasiado avanzado el año. El mismo Hitler admitió ante él, durante una comida en Rastenburg, que las tropas alemanas debían comenzar a prepararse para «todas las penalidades de un invierno ruso» a inicios de octubre. Las tropas en Stalingrado habían estado excluidas específicamente de las instrucciones para preparar las defensas invernales, y, sin embargo, Hitler en Munich se había jactado de que el tiempo no tenía importancia.

Las mayores bajas se dieron entre los oficiales y suboficiales experimentados. Sólo una pequeña minoría de los combatientes originales quedaba en ambos bandos. «Estos eran alemanes diferentes de aquellos con los que habíamos luchado en agosto –señalaba un veterano soviético-. Y nosotros también éramos distintos». Los soldados del frente en ambos bandos parecían sentir que los mejores y los más valientes eran los primeros en morir.

Los oficiales del estado mayor alemán también estaban preocupados por la siguiente primavera. Un cálculo sencillo mostraba que Alemania no podía sostener tales bajas por mucho tiempo más. Toda idea de una heroica aventura se había vuelto amarga. Se instaló un fuerte sentimiento de aprensión. Como símbolo de la determinación de venganza, la nueva práctica del Ejército Rojo en Stalingrado, al saludar la muerte de un comandante bien considerado, era lanzar una salva o descarga, «no al aire, sino contra los alemanes».

- 14 -

«¡Todo para el frente!»

El plan para la operación Urano, la gran contraofensiva soviética contra el VI ejército, tuvo una gestación insólitamente larga, si uno considera la desastrosa impaciencia de Stalin del anterior invierno. Pero esta vez su deseo de venganza contribuyó a controlar su impetuosidad.

La idea original se remontaba al sábado 12 de septiembre, el día en que Paulus se encontró con Hitler en Vinnitsa, y en el que Zhukov fue llamado al Kremlin después de los fallidos ataques contra el flanco norte de Paulus. Vasilevski, el jefe del estado mayor general, estaba también presente. Allí, en el despacho de Stalin, rodeado por los retratos recién colgados de Alexandr Suvorov, el azote de los turcos en el siglo XVIII, y el de Mijail Kutuzov, el empecinado adversario de Napoleón, se le hizo explicar a Zhukov otra vez qué había ido mal. Él se concentró en el hecho de que los tres ejércitos con menos fuerza combativa enviados al ataque habían carecido de artillería y tanques.

Stalin exigió saber los que era necesario. Zhukov replicó que deberían conseguir otro ejército con la fuerza combativa, apoyado por un cuerpo de tanques, tres brigadas blindadas y al menos 400 obuses, todo respaldado por un ejército de aviación. Vasilevski estuvo de acuerdo. Stalin no dijo nada. Alzó el mapa marcado con las

reservas de la *Stavka* y comenzó a estudiarlo solo. Zhukov y Vasilevski se retiraron a un rincón del salón. Murmuraron entre sí, hablando del problema. Coincidían en que debía encontrarse otra solución.

Stalin poseía un oído más agudo del que ellos pensaban. «¿Y qué –dijo- significa "otra" solución?». Los dos generales se sorprendieron. «Vayan al estado mayor general –les dijo- y reflexionen con mucho cuidado qué debe hacerse efectivamente en el área de Stalingrado».

Zhukov y Vasilevski regresaron la noche siguiente. Stalin no perdió el tiempo. Para su sorpresa recibió a los dos generales con un apretón de manos formal.

- Bueno, ¿qué traen ustedes? –preguntó-. ¿Quién hace el informe?
- Cualquiera –replicó Vasilevski-. Somos de la misma opinión.

Los dos generales habían pasado el día en la *Stavka*, estudiando las posibilidades y la proyectada creación de los nuevos ejércitos y cuerpos blindados para los meses siguientes. Cuanto más miraban el mapa del saliente alemán, con los dos flancos vulnerables, más se convencían de que la única solución digna de considerar era una que «variara la situación estratégica en el sur de modo decisivo». La ciudad de Stalingrado, sostenía Zhukov, debería ser defendida con una batalla de desgaste, con sólo las tropas suficientes para mantener viva la defensa. No debían desperdiciarse formaciones en contraataques menores, a no ser que fueran absolutamente necesarios para impedir al enemigo que tomara todo el margen occidental del Volga. Entonces, mientras los alemanes se centraban enteramente en capturar la ciudad, la *Stavka* reuniría secretamente nuevos ejércitos detrás de las líneas para un gran cerco, utilizando profundas acometidas más allá de la punta del vértice.

Stalin mostró primero poco entusiasmo. Temía que pudieran perder Stalingrado y sufrir un nuevo golpe humillante, a no ser que hicieran algo enseguida. Sugirió un compromiso, situando los puntos de ataque mucho más cerca de la ciudad, pero Zhukov respondió que el grueso del VI ejército también estaría mucho más cerca y podría ser desplegado otra vez contra las fuerzas que los atacaban. Finalmente, Stalin vio la ventaja de esta operación tan ambiciosa.

La gran ventaja de Stalin frente a Hitler era su carencia de vergüenza ideológica. Después de los desastres de 1941, no tenía el menor reparo en revivir el pensamiento militar ridiculizado de los años veinte e inicios de los treinta. La teoría de las «operaciones en profundidad» con «ejércitos de choque» mecanizados para aniquilar al enemigo no tenía ya que permanecer en la clandestinidad como un culto herético. En la noche del 13 de septiembre Stalin dio a este plan de operaciones en profundidad su total respaldo. Instruyó a los dos hombres para que implantaran «un régimen de la más estricta reserva». «Nadie, fuera de nosotros tres, debe saber de esto por ahora». La ofensiva se llamaría operación Urano.

Zhukov no era sólo un gran planificador, era el mejor ejecutor de los planes. Incluso Stalin se sentía impresionado por su implacabilidad en la persecución de un objetivo. Zhukov no quería repetir los errores de inicios de septiembre con ataques al norte de Stalingrado, utilizando tropas sin entrenamiento y mal equipadas. La tarea de entrenamiento era enorme. Zhukov y Vasilevski enviaron divisiones del ejército de reserva, tan pronto como estaban formadas, a las zonas relativamente tranquilas del frente para entrenarlas bajo el fuego. Esto también tenía la involuntaria ventaja de confundir a la inteligencia militar alemana. Al coronel Reinhard Huelen, el jefe sumamente enérgico pero sobrevalorado de la Fremde Heere Ost, comenzó a sospechar que el Ejército Rojo estaba planeando una gran ofensiva de distracción contra el grupo de ejércitos del centro.

Los informes de reconocimiento y los interrogatorios de prisioneros confirmaron la sospecha original de que la operación Urano debía dirigirse a los sectores rumanos en cada flanco del VI ejército. En la tercera semana de septiembre, Zhukov hizo un viaje por el flanco norte del saliente alemán en el mayor secreto. Una noche se le ordenó a Alexandr Glichov, un teniente de la compañía de reconocimiento de la 221ª división de fusileros, presentarse en el cuartel general de división. Allí vio dos coches Willy del estado mayor. Un coronel lo entrevistó y luego le dijo que entregara su metralleta y se pusiera en la parte delantera de uno de los coches del estado mayor. Su tarea era guiar a un alto oficial por el frente.

Glichov tuvo que esperar hasta la medianoche a que una figura fornida, no muy alta y casi empequeñecida por sus guardaespaldas, saliera del búnker del cuartel general. El alto oficial subió a la parte trasera del coche sin decir palabra. Glichov siguiendo instrucciones, guió al conductor de un puesto de mando de cada unidad a otro a lo largo del frente. Cuando volvieron poco antes del amanecer, se le devolvió su metralleta y se le dijo que volviera a su división con el mensaje de que había cumplido su tarea. Muchos años después de la guerra, supo de su antiguo oficial de mando que Zhukov era el alto oficial que había escoltado esa noche, a veces hasta 180 m dentro de las líneas alemanas. Puede que no hubiera sido necesario para el comandante supremo entrevistar a cada comandante de unidad en persona sobre el terreno y las fuerzas contrarias, «pero Zhukov era Zhukov».

Mientras Zhukov hacía esta inspección secreta a lo largo del flanco norte, Vasilevski había visitado los 64º, 57º y 51º ejércitos al sur de Stalingrado. Vasilevski exigió un avance que rebasara las líneas de los lagos salados de la estepa. No dio la verdadera razón, que era establecer una zona bien protegida para la operación Urano.

El secreto y el engaño eran vitales para camuflar sus preparativos, y sin embargo el Ejército Rojo tenía dos ventajas aún más eficaces a su favor. La primera era que Hitler se negaba a creer que la Unión Soviética tuviera ejércitos de reserva, por no hablar de las grandes formaciones de tanques necesarias para las operaciones en profundidad. La segunda equivocación alemana era aún más útil, aunque Zhukov nunca lo reconoció. Todos los ineficaces ataques organizados contra el XIV cuerpo blindado en el flanco norte cerca de Stalingrado habían hecho que el Ejército Rojo pareciera incapaz de organizar una ofensiva peligrosa en la región, por no decir nada de un cerco veloz y masivo de todo el VI ejército.

Durante el verano, cuando Alemania estaba produciendo aproximadamente 500 tanques al mes, el general Halder había dicho a Hitler que la Unión Soviética estaba produciendo 1.200 al mes. El Führer dio un puñetazo en la mesa y dijo que eso era imposible. Sin embargo, esta cifra era demasiado baja. En 1942, la producción soviética de tanques se elevó de 11.000 durante el primer semestre a 13.600 en el segundo, lo que hacía un promedio de más de 2.200 al mes. La producción de aviones también estaba creciendo de 9.600 durante el primer semestre a 15.800 durante el segundo.

La sola insinuación de que la Unión Soviética, privada de importantes regiones industriales, pudiera producir más que el Reich, llenaba a Hitler de una furiosa incredulidad. Los caudillos nazis se habían negado siempre a reconocer la fuerza del sentimiento patriótico ruso. También subestimaron el despiadado programa de evacuación de la industria a los Urales y de militarización de los trabajadores. Más de 1.500 fábricas habían sido evacuadas desde las regiones occidentales de la Unión Soviética hasta detrás del Volga, particularmente a los Urales, y reorganizadas por ejércitos de técnicos trabajando como burros durante el invierno. Pocas fábricas tenían

calefacción. Muchas no tenían ventanas al comienzo o tejados adecuados. Una vez comenzada la línea de producción, nunca paraban, a no ser que hubiera un colapso, fallas eléctricas o escasez de ciertas piezas. Los trabajadores planteaban menos problemas. Las autoridades soviéticas simplemente reclutaban nuevas poblaciones de trabajadores. La burocracia soviética desperdició el tiempo y el talento de sus civiles, y despilfarró sus vidas en accidentes industriales, con tanta indiferencia por el individuo como los planificadores militares mostraban hacia sus soldados, y sin embargo el sacrificio colectivo –forzado y voluntario a la vez- representó un logro aterradoramente impresionante.

En un momento en que Hitler todavía rehusaba contemplar la idea de mujeres alemanas en las fábricas, la producción soviética dependía de la movilización masiva de madres e hijas. Decenas de miles de mujeres trabajadoras -«combatientes en monos»- balanceando torretas de tanques desde los montacargas hasta las líneas de producción, o dobladas sobre tornos, creían apasionadamente en lo que estaban haciendo par ayudar a los hombres. Los carteles no cesaban de reconocerles su pape: «¿Cuál es tu contribución al frente?».

Cheliabinsk, el gran centro de las industrias de guerra en los Urales, se hizo conocido como Tankogrado. Pronto, se crearon escuelas para entrenar tanguistas cerca de las fábricas. El Partido organizó vínculos entre trabajadores y regimientos, mientras las fábricas hacían colectas para pagar más tanques. Un artillero de tanques llamado Minakov compuso un rima que cautivó el gusto de las líneas de producción de los Urales:

¡Para acabar con el enemigo
Para alegrar al amigo
No hay mejor máquina
Que el T-34!

Algunos sugirieron después que los trabajadores de la línea de producción debían formar el primer regimiento de tanques voluntarios de los Urales. Los organizadores afirmaron haber recibido, a las treinta y seis horas de haber colgado el primer cartel, «4.363 solicitudes para unirse al regimiento blindado, de las cuales 1.253 eran de mujeres».

Incluso los campos de trabajadores esclavos dedicados a la producción de munición lograron un nivel bastante más alto que sus homólogos en Alemania. Había también muchos menos casos de sabotaje. Los prisioneros del Gulag todavía creían en la derrota del invasor.

La ayuda de los aliados es rara vez mencionada en los relatos soviéticos, por razones de propaganda, pero su contribución para mantener al Ejército Rojo luchando en el otoño de 1942 no debería pasarse por alto. Stalin se quejó a Zhukov de la calidad de los cazas Hurricane ofrecidos por Churchill, y los tanques que los británicos y estadounidenses proporcionaron no se podían comparar con el T-34. Las consignaciones de botas, municiones y sobretodos eran igualmente impopulares entre los soldados soviéticos, por su inutilidad para la guerra invernal. Pero los vehículos estadounidenses –especialmente los camiones y todoterrenos Ford, Willy y Studebaker- y la comida (fueran los millones de toneladas de trigo en sacos blancos estampados con el águila americana o las latas de Spam [carne de cerdo en conserva] o de carne de vaca de Chicago), significaron una enorme diferencia, aunque no reconocida, en la capacidad de la Unión Soviética de resistir.

Zhukov sabía la importancia de tener los comandantes apropiados para la guerra mecanizada. A fines de septiembre, persuadió a Stalin para que nombrase al general Konstantin Rokossovski, una antigua víctima de la NKVD de Beria, comandante del frente del Don, que se extendía desde el extremo norte de Stalingrado hacia el oeste, hasta Kletskaya, un poco más allá del gran meandro del Don. Al mismo tiempo el teniente general Nikolai Vatutin fue puesto al mando del nuevo frente sudoeste en el flanco derecho de Rokossovski, delante del 3er ejército rumano.

El 17 de octubre, el cuartel general del frente del Don dio la orden de que todos los civiles «comprendidos en 25 km de la línea del frente» debían estar evacuados para el 29 de octubre. Aparte de las consideraciones de seguridad, las autoridades militares deseaban poder ocultar a las tropas en las aldeas de día, durante la marcha de aproximación. Era una operación considerable, pues los evacuados debían llevar «su propio ganado, ovejas, cerdos, gallinas y alimento para un mes». Las vacas debían servir como animales de acarreo, y todos los tractores de las granjas colectivas, cosechadoras y otras máquinas valiosas debían ser retiradas. Varios miles de civiles fueron reclutados en cuerpos de construcción de más de 100.000 personas para reparar los caminos y puentes en la ruta de Saratov-Kamishin-Stalingrado y todas las demás vías que iban hacia el frente.

Desde el nuevo ferrocarril Saratov-Astracán, las líneas se derivaban a estaciones terminales en la estepa donde las reservas de la *Stavka* se apearían, muy a la retaguardia, antes de seguir hacia las áreas de concentración tras el frente. El esfuerzo del sistema ferrocarrilero soviético, movilizando 1.300 vagones al día para los tres frentes, era inmenso. La confusión era inevitable. Una división fue dejada en los trenes de tropas durante casi dos meses y medio en los apartaderos de Uzbekistán.

El plan de la operación Urano era simple, aunque audazmente ambicioso en su enfoque. El principal asalto, a más de 160 km al oeste de Stalingrado, sería lanzado hacia el sudeste desde la cabeza de puente de Serafimovich, un tramo de 65 km al sur del Don que el 3er ejército rumano no había podido ocupar. Este punto de ataque estaba tan lejos en la retaguardia del VI ejército que las fuerzas motorizadas alemanas alrededor de Stalingrado no podrían regresar a tiempo para alterar el resultado. Entre tanto, un ataque interior proyectado desde otra cabeza de puente al sur del Don, en Kletskaia, tras atacar la retaguardia del XI cuerpo del ejército de Strecker, se extendería a través de los meandros mayores y menores del Don. Finalmente, desde el sur de Stalingrado, otra ofensiva acorazada atacaría hacia el noroeste para coincidir con el principal ataque alrededor de Kalach. Esto marcaría el cerco del VI ejército de Paulus y parte del 4º ejército blindado de Hoth. En conjunto un 60 por 100 del total de las fuerzas de tanques del Ejército Rojo estaba dedicado a la operación Urano.

La seguridad soviética resultó mejor de lo que se podría haber esperado, considerando el numero de prisioneros y desertores del Ejército Rojo que pasaban a manos de la Wehrmacht. La inteligencia alemana no pudo identificar durante el verano de 1942 la creación de cinco nuevos ejércitos de tanques (cada uno equivalente aproximadamente a una división blindada fuerte). A medida que se acercaba el momento del castigo, el Ejército Rojo prestaba mucha atención a *maskirovka*, un término que englobaba el engaño, el camuflaje y la seguridad operativa, reduciendo la cantidad de intercambios por radio. Las órdenes eran dadas en persona y no por escrito. Las medidas de engaño activo incluían acelerar la actividad en torno a Moscú. Los alemanes identificaron el ángulo saliente de Rzhev como el área más probable para una ofensiva soviética en noviembre. Mientras tanto, en el sur, a las divisiones en la línea

del frente en todos los sectores vitales para la operación Urano se les ordenó construir líneas defensivas, puramente para provecho del reconocimiento aéreo alemán, mientras el frente de Voronezh, que no estaba implicado, recibía órdenes de preparar equipos para puentes y barcos, como para una ofensiva.

La actividad de las tropas en otros sectores se escondía con la construcción de defensas, que dieron la impresión opuesta de los planes para una ofensiva. Las marchas de acercamiento de formaciones para la operación Urano se hacían de noche, y las tropas se ocultaban durante el día, una tarea difícil en la desnuda estepa, pero las técnicas de camuflaje del Ejército Rojo eran notoriamente eficaces. Se construyeron no menos de diecisiete falsos puentes sobre el Don para distraer la atención de la Luftwaffe de los cinco verdaderos, por los cuales cruzaron el 5º ejército de tanques, el 4º cuerpo de tanques, dos cuerpos de caballería y numerosas divisiones de fusileros.

Al sur de Stalingrado, el 13º cuerpo mecanizado, el 4º cuerpo mecanizado, el 4º cuerpo de caballería y las formaciones de apoyo (junto con más de 160.000 hombres, 430 tanques, 550 cañones, 14.000 vehículos y más de 10.000 caballos), fueron traídos en tandas por el bajo Volga durante la noche, una operación difícil y peligrosa, al bajar por el río los témpanos de hielo. Tenían que ser camuflados al amanecer. El Ejército Rojo desde luego no podía esperar ocultar la operación que preparaba, pero, como dijo un historiador, su «hazaña más grande fue encubrir la magnitud de la ofensiva».

A inicios de otoño de 1942, la mayoría de los generales alemanes, aunque no compartían el convencimiento de Hitler de que el Ejército Rojo estaba acabado, seguramente lo consideraban al borde del agotamiento. Los oficiales del estado mayor, por otra parte, tendían a adoptar una opinión más escéptica. Cuando el capitán Winrich Behr, un oficial muchas veces condecorado del Africa Corps, se unió al cuartel general del VI ejército, el teniente coronel Niemeyer le dio la bienvenida con una valoración mucho más sombría de la que había esperado. «Mi querido amigo –dijo-, venga y vea el mapa de la situación. Mire todas las marcas rojas. Los rusos están comenzando a concentrarse en el norte aquí, y en el sur aquí». Niemeyer percibió que los altos oficiales, aunque preocupados por la amenaza a sus líneas de concentración, no tomaban el peligro del cerco seriamente.

Paulus y Schmidt, que vieron todos los informes de Niemeyer, pensaron que su preocupación era exagerada. Ambos generales esperaban ataques bastante duros de la artillería y los tanques, pero no una gran ofensiva en profundidad en su retaguardia, utilizando la propia táctica alemana *Schwerpunkt*. (Después del suceso, Paulus parece haber caído en el error muy humano de convencerse de que había visto el verdadero peligro todo el tiempo. Schmidt, no obstante, fue bastante franco al admitir que habían subestimado gravemente al enemigo). El general Hoth, por otra parte, parece haber tenido una visión mucho más clara de la amenaza planteada por un ataque desde el sur de Stalingrado.

La mayoría de los generales en Alemania estaban convencidos de que la Unión Soviética era incapaz de dos ofensivas, y la valoración del coronel Huelen, aunque deliberadamente ambigua para cubrir toda posibilidad, continuaba señalando un ataque contra el grupo de ejércitos del centro como la zona más probable para una gran ofensiva en el invierno. Su organización no fue capaz de identificar la presencia del 5º ejército de tanques en el frente del Don, delante de los rumanos. Sólo una señal interceptada poco antes de la ofensiva indicaba su participación.

El aspecto más sorprendente en este período fue le evidente presunción de Paulus y Schmidt de que, una vez que el estado mayor del VI ejército había enviado sus

informes, nada más podía hacerse puesto que los sectores amenazados caían fuera de su zona de responsabilidad. Esta pasividad era totalmente contraria a la tradición prusiana, que consideraba que la inactividad, el esperar las órdenes y el dejar de pensar por sí mismos eran imperdonables en un comandante. Hitler, por supuesto, se había propuesto aplastar esa independencia en sus generales, y Paulus, que por carácter era más un oficial de estado mayor que un comandante de campaña, había accedido.

Paulus ha sido responsabilizado muchas veces por no desobedecer a Hitler después, una vez que la dimensión del desastre era evidente, pero su verdadero error como comandante fue no prepararse para enfrentar la amenaza. Era su propio ejército el que estaba amenazado. Todo lo que necesitaba hacer era retirar la mayor parte de sus tanques de la inútil batalla en la ciudad para preparar una sólida fuerza motorizada lista para reaccionar rápidamente. Debería haber reorganizado los depósitos de suministros y municiones para asegurar que sus vehículos se mantenían listos para movilizarse de inmediato. Este grado comparativamente reducido de preparación –y la desobediencia al cuartel general del Führer- habría dejado al VI ejército en posición de defenderse efectivamente en el momento crítico.

Hitler había decretado en una instrucción del Führer del 30 de junio que las formaciones no debían tener contacto con sus vecinos. Con todo, los miembros del estado mayor del cuartel general persuadieron al general Schmidt de ignorar esta orden. Un oficial del VI ejército con un aparato inalámbrico fue adscrito a los rumanos del noroeste. Este era el teniente Gerhard Stöck, que había ganado una medalla de oro en el lanzamiento de jabalina en las olimpiadas de Berlín de 1936. El general Strecker hizo también arreglos para enviar un oficial de enlace del XI cuerpo.

La primera advertencia de una fortificación en el flanco del Don había llegado a fines de octubre. El general Dunitrescu, el comandante en jefe del 3er ejército rumano, había desde hace tiempo sostenido que su sector sólo podía ser defendido si ellos ocupaban todo el margen, utilizando el mismo río Don como el principal obstáculo antitanque. Dumitrescu había recomendado tomar el resto del margen meridional a fines de septiembre, pero el grupo del ejército B, aunque aceptaba su argumento, explicó que todas las tropas sobrantes debían ser concentradas en Stalingrado, cuya captura todavía se suponía inminente.

Una vez que los rumanos comenzaron a notar el fortalecimiento del enemigo, comenzaron a estar cada vez más ansiosos. Cada una de sus divisiones, sólo siete batallones de hombres, tenía que cubrir un frente de 20 km. Su mayor defecto era la falta de armas antitanques efectiva. Tenían sólo unos cañones antitanque Pak de 37 mm tirados por caballos, que los rusos apodaron «el que llama a la puerta» porque sus balas no podían penetrar la coraza de los T-34. Las baterías de la artillería rumana estaban también muy escasas de munición, porque la prioridad había sido el VI ejército.

El estado mayor de Dumitrescu informó de su preocupación al cuartel general del grupo del ejército el 29 de octubre, y el mariscal Antonescu también llamó la atención de Hitler hacia la peligrosa situación en que se encontraban sus tropas, pero Hitler, que todavía estaba a la espera de noticias de la conquista final de Stalingrado casi de un día para otro, también estaba distraído por otros acontecimientos decisivos. La retirada de Rommel de la batalla de El Alemein fue seguida pronto por advertencias de que una flota angloamericana se aproximaba para invadir el norte de África. El desembarco de la operación Antorcha también puso su atención en Francia. La entrada de fuerzas alemanas en la zona no ocupada tuvo lugar el 11 de noviembre, día en que Paulus lanzó su ataque final contra Stalingrado.

Para entonces las advertencias de una ofensiva soviética contra el saliente se habían comenzado a acumular rápidamente. El oficial de enlace informó el 7 de noviembre de que «el 3er ejército rumano está a la espera de un fuerte ataque enemigo con tanques el 8 de noviembre en el sector Kletskaia-Raspopinskaia». El único problema era que los rumanos continuamente esperaban que la ofensiva rusa comenzara en las próximas veinticuatro horas, y cuando nada pasaba, especialmente después de que el vigésimo quinto aniversario de la revolución transcurriera sin novedad, esto comenzó a tener el efecto del pastorcito que gritaba que venía el lobo.

El general Von Richthofen, por otra parte, estaba cada vez más convencido por los datos de sus escuadrones de reconocimiento aéreo. Incluso durante el ataque de Paulus el 11 de noviembre, desvió parte del VIII cuerpo aéreo para atacar las concentraciones rusas delante del 3er ejército rumano. El día siguiente escribió en el diario: «En el Don, los rusos están realizando resueltamente preparativos para una ofensiva contra los rumanos. El VIII cuerpo aéreo, el conjunto de la 4ª flota aérea y la fuerza aérea rumana siguen atacándolos continuamente. Sus reservas se han concentrado ahora. ¿Cuándo, me pregunto, vendrá el ataque?».

El 14 de noviembre, escribió: «El clima está cada vez peor, con nieblas que hacen que las alas se congelen y tormentas de lluvia helada. En el frente de Stalingrado está todo tranquilo. Nuestros bombarderos han llevado a cabo ataques exitosos contra los ferrocarriles al este de Stalingrado, dislocando el flujo de refuerzos y suministros. Los cazas y los cazabombarderos han estado concentrándose en aplastar la marcha rusa hacia el Don».

Los bombardeos rasantes de los aviones alemanes sobre las áreas de la retaguardia soviética atraparon a parte del 5º ejército de tanques y estuvieron a punto de causar dos bajas importantes. La aviación alemana sorprendió a Jruschov y Yeremenko en Svetli-Yar, donde estaban recibiendo a una delegación de Uzbekistán que traía treinta y siete vagones de tren con presentes para los defensores de Stalingrado, consistentes en vino, cigarrillos, melón seco, arroz, manzanas, peras y carne.

La reacción a la amenaza de los diversos niveles de mando (el cuartel general del Führer, el del grupo de ejércitos B y el del VI ejército) no sólo tuvo el inconveniente de haber sido demasiado limitada y tardía. Las contagiosas ilusiones de Hitler también desempeñaron un papel. Se escudó dando órdenes para que se reforzara a los rumanos con tropas alemanas y campos minados, pero se negó a aceptar que no hubiera recursos ni suficientes formaciones disponibles.

Todo lo que quedaba para fortalecer el amenazado flanco norte era el XLVIII cuerpo de blindados, dirigido por el teniente general Ferdinand Heim, ex jefe del estado mayor de Paulus. En el papel esta formación parecía poderosa, con la 14ª división blindada, la 22ª división blindada y la 1ª división blindada rumana, así como con un batallón antitanque y un batallón motorizado de artillería, pero un examen más detallado resultaba mucho menos impresionante. Todos los cuerpos blindados sumaban menos de cien tanques modernos útiles para las tres divisiones.

La 14ª división blindada, que había sido destruida en la lucha por Stalingrado, no había tenido oportunidad de rehacerse. El contingente rumano estaba equipado con tanques ligeros Škoda de Checoslovaquia, que no tenían la menor oportunidad ante los rusos T-34. La 22ª división blindada, como formación de reserva, había padecido una aguda escasez de combustible, y durante su largo período de inmovilidad, los ratones se habían refugiado del duro clima en los cascos de los carros. Habían roído el aislamiento de los cables eléctricos y no había repuestos disponibles de inmediato. Entre tanto, otros regimientos de la división eran continuamente segmentados, y enviados de aquí para allá en respuesta a las demandas de ayuda de las unidades rumanas. Para calmar a los

rumanos, se mandaban destacamentos tan mínimos como los formados por dos tanques y un par de cañones antitanques en «una búsqueda inútil» de un sector a otro, como si se tratara de un ejército teatral cada vez menos convincente. El ayudante del Führer en la Luftwaffe, Nicolaus von Below, aseguraba que «Hitler estaba mal informado de la calidad de este grupo blindado», pero incluso aunque eso fuera exacto, él era quién había creado la atmósfera en donde el estado mayor de su cuartel general evitaba las verdades incómodas.

Al sur de Stalingrado, la única formación de reserva tras el VI cuerpo rumano era la 29ª división de infantería motorizada, pero el 10 de noviembre se dijo que «al recibir la contraseña "Hubertusjagd", debían salir cuanto antes hacia Perelazovski en el área del 3er ejército rumano». Perelazovski era el punto central del XLVIII cuerpo blindado. Pese a todas las advertencias del general Hoth, la amenaza al flanco sur no fue tomada seriamente.

El clima en la primera quincena de noviembre hizo difíciles las marchas forzadas de las formaciones soviéticas. La lluvia helada fue seguida por fuertes y súbitas heladas. Muchas unidades, con las prisas por preparar la operación Urano, no habían recibido los uniformes de invierno. No sólo escaseaban los guantes y los gorros, sino incluso elementos básicos tales como los escarpines utilizados en vez de los calcetines.

El 7 de noviembre, mientras la 81ª división de caballería del 4º cuerpo de caballería cruzaba la estepa de Kalmik en el flanco sur, catorce hombres, sobre todo uzbecos y turcomanos, que no habían recibido los uniformes de invierno, murieron por congelamiento «debido a la irresponsable actitud de los comandantes». Los oficiales cabalgaban delante, sin saber lo que pasaba detrás. Los soldados congelados se caían de los caballos, incapaces de sostenerse, y los suboficiales, sin saber qué hacer, los lanzaban a las carretas donde terminaban muriendo. Sólo en un escuadrón perdieron treinta y cinco caballos. Algunos soldados trataron de eludir la batalla próxima. En la 93ª división de fusileros, durante la marcha, hubo siete casos de heridas autoinflingidas. «En los próximos días –informó el frente de Stalingrado a Shcherbakov- otros traidores serán procesados, entre ellos un miembro del Partido Comunista, que cuando estaba de guardia se disparó en la mano izquierda».

En nerviosismo llenaba cada vez más la atmósfera del Kremlin, sobre todo desde que Georgy Zhukov tenía la poco envidiable tarea de advertir a Stalin de que el inicio de la operación Urano tenía que ser pospuesto diez días, hasta el 19 de noviembre. Las dificultades de transporte, principalmente la escasez de camiones, significaban que las formaciones atacantes no habían aún recibido su asignación de combustible y municiones. Stalin, aunque temía que el enemigo tuviera noticia de lo que se preparaba y escapara de la trampa, no tenía más alternativa que aceptar. Importunó a la *Stavka* pidiendo información sobre cualquier cambio en la disposición del VI ejército. Luego, el 11 de noviembre, Stalin se mostró ansioso de que no tuvieran suficientes aviones para mantener a raya a la Luftwaffe. Pero la escala y el detalle de los planes de Zhukov finalmente lo tranquilizaron. Esta vez, intuyó, se vengarán por fin.

Zhukov y Vasilevski volaron de vuelta a Moscú para informarle el 13 de noviembre. «Podíamos decir que estaba satisfecho –escribió Zhukov- porque fumaba su pipa pausadamente, se alisaba el mostacho y nos escuchó sin interrumpir».

La inteligencia del Ejército Rojo, por primera vez, había hecho un decidido intento de coordinar sus diversas fuentes. Era su primera oportunidad real de ponerse a prueba desde los desastres anteriores, que se debían en gran parte a las obsesivas ideas preconcebidas de Stalin, que omitía totalmente cualquier material fiable que se

generaba.[*] La mayor parte del material de inteligencia procedía de «lenguas» capturadas por las patrullas de reconocimiento, ataques de tanteo y reconocimientos aéreos. Las señales de inteligencia de las unidades de radio también servían para confiar la identidad de una serie de formaciones alemanas. El reconocimiento de la artillería funcionaba bastante bien, con el general Voronov supervisando las concentraciones de regimientos en los sectores clave. Los zapadores, entretanto, levantaban mapas de los campos minados propios y enemigos con anterioridad. El principal problema era la niebla que se congelaba al tocar el suelo, de lo que el general Von Richthofen se había también quejado amargamente.

El 12 de noviembre, la primera nevada fuerte coincidió con una serie de misiones de reconocimiento. Se enviaron a capturar prisioneros que comprobaran si las nuevas formaciones se habían trasladado a los sectores seleccionados para la irrupción. La compañía de reconocimiento de la 173ª división por primera vez descubrió que los alemanes preparaban búnkeres de hormigón. Otros prisioneros tomados por patrullas de asalto de uno a otro lado del frente pronto confirmaron que aunque se había ordenado hacer búnkeres de hormigón, las nuevas formaciones no habían llegado. En el frente del 3er ejército rumano, descubrieron que los altos oficiales habían requisado todos los materiales para revestir de hormigón primero sus cuarteles generales en la retaguardia, y que no había nada para las posiciones en la primera línea. Las tropas rusas de estos sectores donde la ofensiva estaba a punto de tener lugar «sabían que algo estaba ocurriendo, pero no sabían exactamente de qué se trataba».

La principal preocupación de Moscú era la falta de información fiable sobre la situación de la moral del VI ejército. Hasta entonces, en la lucha alrededor de Stalingrado, de modo que, aparte de una carta que otra y órdenes de un nivel inferior tenían poco para seguir adelante. Por último, el 9 de noviembre, el general Ratov, de la inteligencia del Ejército Rojo, recibió un documento interceptado de la 384ª división de infantería situada enfrente del meandro menor del Don, una mezcla de regimientos sajones y austriacos. Vio inmediantamente que aquí tenía por fin la evidencia que habían estado esperando. Copias traducidas fueron enviadas a Stalin, Beria, Molotov, Malenkov, Voroshilov, Vasilevski, Zhukov y Aleksandrov, jefe de la división de propaganda y agitación. El general Ratov podía sin duda imaginar el regocijo que su contenido suscitaría en el corazón del gran jefe. Eran doblemente alentadoras, pues esta formación de Dresde no había participado en la lucha de las calles de Stalingrado.

«Soy muy consciente del estado de esta división –escribía el general barón Von Gablenz a todos los comandantes de la 384ª división de infantería-. Sé que no le quedan fuerzas. No es sorprendente y haré todos los esfuerzos para mejorar el estado de la división, pero el combate es cruel y se hace más cruel cada día. Es imposible cambiar la situación. El letargo de la mayoría de los soldados debe corregirse con una jefatura más activa. Los comandantes deben ser más severos. En mi orden del 3 de septiembre de 1942, nº 187-42, estipulé que aquellos que desertaran de su puesto deben comparecer ante la corte marcial … Actuaré con toda la severidad que la ley exige. Aquellos que se duerman en sus puestos en la línea del frente deben ser castigados con la muerte. No debería haber dudas sobre esto. En la misma categoría está la desobediencia … expresada de las siguientes formas: falta de cuidado de las armas, del cuerpo, de la ropa,

[*] La inteligencia podía ser una rama peligrosa donde servir. El 22 de noviembre, tres días después de que empezara la gran ofensiva, el jefe de inteligencia del 62º ejército fue acusado de «derrotismo e ideas contrarrevolucionarias», y acusado de dar información falsa sobre el enemigo. Es imposible saber si el oficial en cuestión estaba acusado de crímenes políticos o incompetencia, fueran suyos o de un superior, del cual era el chivo expiatorio.

de los caballos y del equipo mecanizado». Los oficiales deben advertir a sus soldados que «deberían contar con permanecer en Rusia durante todo el invierno».

Las formaciones soviéticas motorizadas, que habían sido camufladas detrás de las líneas, avanzaron a sus posiciones de partida. Se hizo una pantalla de humo para cubrirlas cuando cruzaban el Don hacia las cabezas de puente, y se pusieron altavoces de las compañías de propaganda que propagaban música y mensajes políticos a todo volumen, exactamente detrás de la línea del frente, para tapar el ruido de los motores.

En los frentes de los tres «ejes de Stalingrado», se habían concentrado más de un millón de hombres. El general Smirnov, jefe de los servicios médicos, tenía 119 hospitales de campaña con 62.000 camas listas para las bajas. Se dieron las órdenes tres horas antes del ataque. Se dijo a las unidades del Ejército Rojo que debían hacer un ataque en profundidad contra la retaguardia del enemigo. No se mencionó el cerco. Las tropas estaban intensamente exaltadas al pensar que los alemanes no sabían lo que estaba a punto de atacarlos. Comenzaba la revancha. Los vehículos fueron examinados una y otra vez. Les esperaban grandes distancias. Sus motores fueron escuchados «como un médico auscultando un corazón». El momento de escribir cartas, afeitarse, lavar las vendas de los pies y jugar al ajedrez o al dominó había terminado. «Se ordenó a los hombres y los comandantes que descansaran, pero estaban demasiado emocionados. Todos repasaban mentalmente si habían cumplido realmente con todo».

En la víspera de la batalla, los alemanes no se daban cuenta de que el día siguiente sería muy diferente. El informe diario del VI ejército era breve: «En todo el frente, no hay cambios importantes. El hielo acumulado en el Volga es más débil que ayer». Esa noche, un soldado que ansiaba una licencia escribió a casa, reflexionando sobre el hecho de estar a «3.285 km de la frontera alemana».

Cuarta parte

La trampa de Zhukov

- 15 -

La operación Urano

Apenas pasadas las cinco de la madrugada del jueves 19 de noviembre, sonó el teléfono en el VI ejército. El estado mayor de operaciones estaba alojado en Golubinski, una gran aldea cosaca en el margen derecho del Don. Fuera, había comenzado a nevar, lo cual, combinado con la niebla helada, impedía a los centinelas ver más allá de unos pocos metros.

La llamada era del teniente Gerhard Stöck, el lanzador de jabalinas con medalla de oro del IV cuerpo del ejército rumano del sector de Kletskaia. Su mensaje quedó archivado en el diario de guerra: «Según la declaración de un oficial ruso capturado en el área de la 1ª división de caballería rumana, el ataque esperado debería comenzar hoy a las cinco de la madrugada en punto». Puesto que no había otro signo del inicio de la ofensiva, y eran ya más de las cinco, el oficial de guardia no despertó al jefe del estado mayor del ejército. El general Schmidt se enfurecía si se le molestaba con una falsa alarma, y recientemente había recibido muchas de éstas procedentes de las divisiones rumanas situadas al noroeste.

En realidad, durante toda la noche, los zapadores soviéticos con sus trajes de camuflaje blanco habían estado avanzando a gatas en la nieve, transportando minas anticarros. La artillería y las baterías de morteros rusos concentrados cargaron a las 7.20 horas rusa, 5.20 hora alemana, al recibir la cotraseña «Sirena». Un general soviético dijo que la blanca nieve helada era «tan espesa como la leche». El cuartel general del frente consideró un nuevo aplazamiento, debido a la mala visibilidad, pero se decidió por lo opuesto. Diez minutos más tarde, los regimientos de cañones, obuses y *Katiushas* recibieron la orden de prepararse para disparar. La señal fue dada por trompetas, que fueron claramente oídas por las tropas rumanas al frente.

En el VI ejército, el teléfono sonó otra vez. En pocas palabras Stöck dijo al capitán Behr, que fue quien descolgó, que los toques de trompeta habían marcado el inicio de un bombardeo masivo. «Tengo la impresión de que los rumanos no podrán resistir, pero le mantendré informado». Behr no dudó en despertar al general Schmidt esta vez.

En los dos principales sectores escogidos para la ofensiva del norte, más de 3.500 cañones y morteros pesados se habían concentrado en abrir una ruta para el paso de una docena de divisiones de infantería, tres cuerpos de tanques y dos de caballería. Las primeras salvas sonaban como truenos en el aire tranquilo. Al disparar en una niebla que era impenetrable para los oficiales de observación de la vanguardia, la artillería y las baterías de *Katiushas* no podían ser ajustadas, pero habiendo sido colocadas unos pocos días antes, sus disparos siguieron siendo exactos.

El suelo comenzó a temblar como en un terremoto de baja intensidad. El hielo en los charcos se quebraba como si fueran viejos espejos. El bombardeo era tan intenso que a 50 km al sur, los oficiales médicos de la 22ª división blindada se despertaron de un profundo sueño, «porque el suelo temblaba». No esperaron órdenes. «La situación era clara». Cargaron sus vehículos listos para dirigirse al frente.

Los soldados rusos en los frentes del Don y Stalingrado también escucharon el distante rugir de la artillería, y preguntaron a los oficiales qué estaba ocurriendo. Los comandantes tuvieron que responder: «No sé». La obsesión con el secreto era tan grande que no se hizo ningún anuncio hasta que el resultado de la batalla estuvo total y realmente decidido. La mayoría, por supuesto, lo adivinaba y difícilmente podía contener la emoción. Stalin, en su discurso de doce días antes, en el vigésimo quinto aniversario de la Revolución, había insinuado vagamente que habría un gran contraataque diciendo: «Habrá también una fiesta en nuestra calle».

Después de una hora, las divisiones de fusileros soviéticas, sin el apoyo de los tanques, avanzaron. Los cañones y las baterías de *Katiushas*, que todavía disparaban a ciegas, ampliaron su alcance para golpear la segunda línea rumana y su artillería. La mal equipada infantería rumana, aunque sacudida por el fuerte bombardeo, se enderezó en sus trincheras y luchó con bravura. «El ataque fue rechazado», informó un oficial alemán que estaba con la 13ª división de infantería rumana. Un segundo asalto, esta vez con el apoyo de los tanques, también fue rechazado. Finalmente, después de otra tanda

de bombardeos, los cañones soviéticos dejaron abruptamente de disparar. La niebla hacía que el silencio pareciera más profundo. Entonces, los rumanos oyeron el ruido de los motores de los tanques.

La masiva preparación de la artillería, que había revuelto la nieve y el barro en la tierra de nadie, no mejoró el trayecto para los T-34. También ocultó las rutas a través de los campos minados. Los zapadores, que iban en la parte trasera del segundo o tercer tanque, listos en caso de que el vehículo guía diera con una mina, pronto tenían que responder a la orden: «¡Zapadores, saltad!». Bajo el fuego de la infantería rumana, corrían a la vanguardia para abrir un ruta nueva.

Los soldados rumanos resistieron valerosamente a varias oleadas de infantería soviética, y lograron eliminar una serie de tanques, pero careciendo de suficientes armas anticarros, estaban condenados. Varios grupos de tanques irrumpieron, luego atacaron por los flancos. Al no poder perder más tiempo con ataques de infantería, los generales soviéticos enviaron sus formaciones de blindados directamente a las líneas rumanas en masa, y las principales brechas se abrieron alrededor del mediodía. El 4º cuerpo de tanques y el 3er cuerpo de guardias de caballería aplastaron al IV cuerpo rumano en el sector de Kletskaia, y se encaminaron al sur. Los soldados de caballería soviéticos, con las ametralladoras cruzadas a la espalda, iban a medio galope en sus pequeños y desgreñados ponis cosacos por el paisaje cubierto de nieve casi tan rápido como los tanques. Los T-34, con sus torretas encorvadas hacia delante encima de sus cascos, parecían igualmente impacientes por llegar al enemigo.

Media hora más tarde, a unos 50 km al oeste, el 5º ejército de tanques del general Romanenko destruía las defensas del II cuerpo rumano. Las anchas orugas de los T-34 trituraron las alambradas de púas y demolieron las trincheras. El 8º cuerpo de caballería los siguió inmediatamente. Su misión era proteger su flanco derecho y ampliar el cerco hacia el oeste.

El viento había dispersado un poco la bruma a mitad de la mañana, de modo que algunos aviones de los 2º, 16º y 17º ejércitos del aire soviéticos, salieron al ataque. Las bases de la Luftwaffe parecen haber sufrido una visibilidad más defectuosa, o bien sus controladores aéreos no habrían corrido los mismos riesgos que sus colegas rusos. «Una vez más, los rusos han hecho un uso magistral del mal tiempo –escribió Richthofen, con más sentimiento que exactitud, en su diario esa noche-. Las lluvias, la nieve y las nieblas heladas han detenido todos los vuelos. El VIII cuerpo del aire logró con gran dificultad hacer despegar uno o dos aparatos. Acordonar los pasos del Don con bombardeos no es posible».

El cuartel general del VI ejército no fue informado oficialmente de la ofensiva hasta las 9.45. La reacción en este punto indica que, aunque la amenaza fue tomada en serio, no fue realmente considerada letal. Los ataques en Stalingrado, incluso aquellos en que particularmente divisiones blindadas, no se detuvieron.

A las 11.05, el general Von Sodenstern, el jefe del estado mayor del grupo de ejércitos B, telefoneó a Schmidt para informarle de que el XLVIII cuerpo blindado del general Heim había sido enviado al norte, a Bolshoi, para apoyar a los rumanos. (En realidad el cuerpo había estado avanzando hacia el sector de Kletskaia, cuando, provocando la ira de Heim, las órdenes transmitidas por Hitler en Babiera habían dictado el cambio de dirección). Sodenstern sugirió que el VI ejército debería decirle al XI cuerpo del general Strecker que enviara tropas a fortalecer las defensas al este de Kletskaia, donde la 1ª división de caballería rumana resistía. Hasta entonces sólo sabían de veinte tanques enemigos avistados («hasta ahora sólo un ataque débil»). A las 11.30,

se ordenó a un regimiento de la 44ª división de infantería austriaca dirigirse al oeste por la noche. Este era el inicio de un proceso que comprometió a parte del VI ejército en el meandro del Don, y estorbó gravemente su libertad de maniobra.

Pese a los oficiales de enlace y a las nuevas líneas telefónicas que habían sido tendidas, se pasaba poca información detallada. El primer indicio de que la situación podía ser peligrosa de lo que se había pensado antes no llegó sino hasta más de dos horas después de la irrupción soviética. Llegaron las noticias de «un ataque enemigo blindado» (en efecto, el 4º cuerpo de tanques del mayor general Kravchenko) que había irrumpido a la derecha contra la 13ª división de infantería rumana y avanzó más de 10 km hasta Gromki. Las noticias habían ya sembrado el pánico entre varios cuarteles generales de la formación rumana: «cajas de archivos y equipaje personal» fueron metidos en camiones y su personal partió a toda prisa. Había incluso más incertidumbre sobre el avance del ataque más amplio del 5º ejército de Romanenko, más al oeste.

La tranquilizadora idea de enviar al llamado XLVIII cuerpo blindado al norte para un contraataque demostraba hasta qué punto los altos oficiales alemanes se habían dejado corromper por los propios delirios de Hitler. Un cuerpo blindado hubiera sido mucho más suficiente frente a un ejército de tanques soviéticos, pero en tanques de batalla funcionales aquel cuerpo no llegaba ni a una división completa. La 22ª división tenía algo más de treinta tanques funcionales y estaba tan escasa de combustible que necesitaba tomar prestado de las reservas rumanas. Las bromas sobre el sabotaje de los ratones habían pasado por todo el ejército, pero pocos se rieron cuando sus resultados se hicieron evidentes.

Los cambios de órdenes sólo empeoraron las cosas. En vez de desplegar los cuerpos blindados de Heim en bloque como se había planeado, la 1ª división blindada rumana fue desviada cuando ya estaba avanzando. Esta preparación originó nuevos desastres. Un ataque sorpresa en su cuartel general destruyó el aparato de radio del oficial de enlace alemán, el único medio de comunicación con el cuartel general del general Heim, y se perdió todo contacto durante los días siguientes.

El aspecto más sorprendente de los acontecimientos de ese día era la falta de reacción del general Paulus. Habiendo dejado de organizar una fuerza mecanizada de asalto ante la ofensiva enemiga, continuó sin hacer nada. Las divisiones blindadas 16ª y 24ª se quedaron empantanadas en la lucha en las calles de Stalingrado desprovistas de muchas de sus unidades clave. No se hizo nada para traer combustible ni municiones para abastecer sus vehículos.

Durante la tarde del 19 de noviembre, los tanques soviéticos avanzaron hacia el sur en columnas a través de la niebla helada. Debido a que había tan pocos hitos en este páramo nevado, se habían adscrito como guías para las unidades delanteras a civiles del lugar, pero no era suficiente. La visibilidad era tan mala que los comandantes tenían que conducir con brújula.

El avance era doblemente peligroso. Los ventisqueros escondían profundos barrancos. En algunos lugares los altos pastos de la estepa, cubiertos de escarcha, asomaban por encima de la nieve, aunque más allá los montones de nieve se extendían con curvas engañosamente suaves. Las sacudidas de los tanques eran tan fuertes que los tripulantes sólo se libraban de caer sin sentido por sus cascos de cuero acolchados. Muchos se rompieron alguna extremidad, principalmente brazos, en las torretas y los cascos, pero las columnas de tanques no se detenían por ninguna baja. Detrás podían ver los reflejos y explosiones mientras la infantería terminaba de despejar la primera y la segunda línea de trincheras.

Los comandantes del 4º cuerpo de tanques, que avanzaba por el sur más allá de Kletskaia, observaban ansiosamente el flanco izquierdo, esperando un contraataque alemán. Sabían que los rumanos eran incapaces de hacerlo. Cuando la ventisca se intensificó, la nieve bloqueó las miras de los cañones, y llenó las aberturas de las ametralladoras montadas coaxialmente junto al armamento principal. Cuando la noche comenzó a caer a las 15.30, los comandantes dieron la orden de encender los faros. No había otra alternativa si deseaban continuar avanzando.

En el ataque occidental, el 26º cuerpo de tanques del general Rodin divisó grandes incendios. Eran parte de una granja colectiva que los alemanes habían abandonado rápidamente después de prender fuego a los edificios. Claramente, el enemigo era consciente de su presencia. Los conductores de tanques apagaron sus faros cuando la artillería alemana abrió fuego.

Fue el 1er cuerpo de tanques de Butkov, a la derecha, quien finalmente encontró al XLVIII cuerpo blindado gravemente debilitado. Los tanques alemanes todavía tenían problemas eléctricos y sus angostas orugas se deslizaban en el hielo negro. La lucha en la oscuridad era caótica. Las ventajas alemanas habituales de habilidad táctica y coordinación se habían perdido por completo.

La orden del cuartel general del grupo de ejércitos de bloquear el dique roto cerca de Kletskaia con parte del XI cuerpo y la 14ª división blindada era ya irremediablemente tardía cuando fue emitida. El cuartel general del grupo de ejércitos B y el del VI ejército estaban ciegos por la falta de información clara. «No es siquiera posible tener un panorama de la situación general a partir del reconocimiento aéreo», escribió el general Von Richthofen en su diario. Los rusos habían también conseguido hacerla confusa, lanzando ataques contra casi todos los sectores del VI ejército.

A las cinco de la tarde, hora para la cual el 4º cuerpo de tanques de Kravchenko había avanzado más de 30 km, se ordenó al XI cuerpo del general Strecker formar una nueva línea de defensa orientada hacia el sur para proteger la retaguardia del VI ejército. Pero los comandantes alemanes, incluido Richthofen, todavía no sospechaban el objetivo del Ejército Rojo. «Ojalá –escribió- los rusos no alcancen la línea del ferrocarril, la principal vía para nuestros suministros». Todavía no podían imaginarse que los rusos estaban intentando un cerco completo del VI ejército.

A las seis de la tarde, el cuartel general del general Von Seydlitz recibió instrucciones de que las partes de la 24ª división blindada que no habían intervenido en la lucha en Stalingrado debían dejar el área de Peskovatka y Vertiachi cerca del paso del Don. Sin embargo, no fue sino hasta las diez en punto de esa noche –diecisiete horas después del inicio de la ofensiva- que el VI ejército recibió una orden firme del capitán general Von Weichs de interrumpir la lucha en Stalingrado. «Cambio de situación cerca del área del 3er ejército rumano obliga a medidas radicales con el objetivo de movilizar fuerzas lo más rápidamente posible para cubrir la retaguardia del VI ejército y de asegurar las líneas de comunicación». Todas las actividades de ofensiva en Stalingrado debían «ser detenidas de modo inmediato». Las unidades blindadas y motorizadas debían ser enviadas al oeste lo más rápidamente que fuera posible. Debido a la total falta de preparación para dicha eventualidad, esto no resultaría en absoluto rápido. El 62º ejército de Chuikov, como era de esperar, también lanzó fuertes ataques para impedir que los alemanes se retiraran.

A la 16ª división blindada, «en cuyas filas muchos *hiwis* rusos habían sido enrolados para cubrir numerosas bajas», se le ordenó también marcharse con los depósitos de reserva en el camino, ya que no había suficiente combustible en el retorno

inmediato de Stalingrado. Pero ante todo, la división tenía que salir del combate alrededor de Rinok. Esto significaba que aunque parte de la división se trasladara hasta el oeste la noche siguiente, algunos de los tanques del 2º regimiento de tanques no recibieron la orden de «moverse» hasta las tres de la madrugada del 21 de noviembre, cuarenta y seis horas después del comienzo del ataque soviético.

Puesto que los ataques soviéticos tenían lugar en la retaguardia del VI ejército, y fuera del área de su responsabilidad, Paulus había esperado órdenes superiores. El grupo de ejércitos B, entretanto, debía reaccionar ante las órdenes transmitidas por el Führer desde Berchtesgaden. La determinación de Hitler de controlar los acontecimientos había producido un desastroso inmovilismo cuando era necesaria la mayor rapidez. Nadie parece haberse parado a reexaminar las intenciones del enemigo. Al enviar el grueso del regimiento blindado del VI ejército al otro lado del Don a defender su flanco posterior izquierdo, se perdió toda flexibilidad. Lo peor de todo era que dejaba el flanco sur al descubierto.

En el frente del 4º ejército blindado al sur de Stalingrado, los regimientos escuchaban las descargas de artillería en la mañana del 19 de noviembre a bastante más de 100 km al noroeste. Supusieron que el gran ataque había comenzado, pero nadie les decía los que estaba ocurriendo. En la 297ª división de infantería, cuyo flanco derecho estaba contiguo al 4º ejército rumano, el mayor Bruno Gebele, comandante de un batallón de infantería, no sufría «ninguna ansiedad particular». Su sector se mantuvo tranquilo todo el día

La tierra se había congelado, la estepa parecía excepcionalmente árida cuando el viento batía desde el sur la fina nieve seca como polvo blanco. La división vecina a la izquierda, la 371ª de infantería, podía escuchar los témpanos de hielo friccionándose entre sí en el Volga. Esa noche, en el cuartel general de la división escucharon que todos los ataques del VI ejército en Stalingrado se habían detenido.

A la mañana siguiente, la niebla era otra vez densa. Yeremenko, el comandante del frente de Stalingrado, decidió posponer el inicio del bombardeo pese a las nerviosas llamadas telefónicas de Moscú. Finalmente, a las diez de la mañana, la artillería y los regimientos de *Katiushas* abrieron fuego. Tres cuarto de hora después, las fuerzas de tierra avanzaron por los corredores que habían despejado los zapadores a través de los campos minados durante la noche. Al sur de Beketovka, el 64º y el 57º ejércitos apoyaron el ataque del 13º cuerpo mecanizado. Cuarenta kilómetros más al sur, entre los lagos Sarpa y Tsatsa, el 4º cuerpo mecanizado y el 4º cuerpo de caballería encabezaban el ataque del 51º ejército.

Los vecinos alemanes de la 20ª división de infantería rumana observaban «masas de tanques soviéticos y olas de infantes, en cantidades nunca vistas antes, avanzando contra los rumanos». Gebele había estado en contacto con el comandante del regimiento rumano contiguo, el coronel Gross, que había servido en el ejército austrohúngaro, y por eso hablaba bien el alemán. Los hombres de Gross tenían sólo un Pak de 3,7 cm remolcado a caballo para todo su sector, pero los soldados campesinos rumanos lucharon valientemente, considerando el hecho de que habían quedado abandonados a su suerte. Sus oficiales y altos suboficiales «nunca fueron vistos en el frente y pasaron el tiempo en varios edificios en la retaguardia con música y alcohol». Los informes soviéticos reconocieron que las defensas rumanas tenían mucho mejor armamento del que se suponía. Se dijo que el primer tanque de la 13ª brigada de tanques atravesó la línea aplastando no menos de cuatro cañones antitanques bajo sus orugas y que destruyó tres puestos de tiro.

Gebele observó el ataque desde un puesto de observación en su sector. «Los rumanos lucharon valientemente, pero contra las oleadas del ataque soviético no tenían posibilidades de resistir por mucho tiempo». El ataque soviético parecía proceder «como si estuvieran en un campo de entrenamiento: fuego, movimiento, fuego, movimiento». Sin embargo, las imágenes en las noticias de los tanques T-34 avanzando a toda velocidad, escupiendo nieve de sus orugas, llevando cada uno a un grupo de asalto de ocho hombres con trajes de camuflaje, tienden a encubrir terribles deficiencias. Las formaciones de ataque al sur de Stalingrado estaban desesperadamente escasas de vituallas, debido a las dificultades del transbordo por el Volga casi congelado. Las divisiones comenzaron a quedarse sin alimento en el segundo día de la ofensiva. Al tercer día, la 157ª división de fusileros no tenía ni carne ni pan. Para resolver el problema, todos los vehículos del 64º ejército, incluidos los que servían como ambulancias, fueron destinados al suministro de los atacantes. Los heridos simplemente fueron abandonados en la nieve.

El entusiasmo de casi todas las tropas atacantes era muy patente. Era visto como un momento histórico. Fomkin, un tendedor de hilos telegráficos de la 157ª división de fusileros, se ofreció de voluntario para ir delante de los tanques atacantes a través del campo minado. Uno no puede siquiera dudar del informe del departamento político del frente de Stalingrado sobre la felicidad de las tropas «de que haya llegado la hora largamente esperada en que los defensores de Stalingrado harían correr la sangre del enemigo por la sangre de nuestras esposas, niños, soldados y oficiales». Para aquellos que participaron, fue el «día más feliz de toda la guerra», contando incluso la rendición alemana final en Berlín.

La patria violada estaba por fin siendo vengada, pero eran las divisiones rumanas, no las alemanas, las que soportaron lo más duro. Su infantería, en opinión del jefe del estado mayor Hoth, padecía de «terror a los blindados». Según los informes soviéticos, muchos de ellos rápidamente tiraron sus armas, alzaron las manos y gritaron: «*Antonescu kaputt!*». Los soldados del Ejército Rojo al parecer encontraron también que muchos se habían disparado en la mano izquierda, vendándose la herida luego con pan para prevenir una infección. Los prisioneros rumanos fueron organizados en columnas, pero antes de ser llevados a los campos, muchos –quizá incluso cientos- fueron ejecutados por soldados del Ejército Rojo por su cuenta. Hubo informes de cuerpos de oficiales soviéticos hallados mutilados en un cuartel general rumano, pero esto no fue probablemente lo que desató las matanzas espontáneas.

Aunque la irrupción en el sudeste se logró rápidamente, el ataque no fue según lo planeado. Hubo «episodios de caos en las unidades de vanguardia» debido a «órdenes contradictorias». Esto parece ser un eufemismo para la cautela y la falta de control del mayor general Volski de sus columnas del 4º cuerpo mecanizado, que se confundieron a medida que avanzaban hacia el oeste desde la línea de los lagos.[*]

Al norte de Volski, el problema inicial del coronel Tanashchishin con el 13º cuerpo mecanizado era la escasez de camiones para mantener el avance de la infantería a la misma velocidad que los tanques. Pero entonces encontró una oposición mucho más dura de los rumanos. La única reserva alemana en esa parte del frente, la 29ª división de infantería motorizada del general Leyser, avanzó para interceptar el cuerpo de

[*] Volski estaba ya en malos términos casi con todo el mundo. Poco antes del ataque, había escrito una carta personal a Stalin, «como un comunista honrado», advirtiendo que la ofensiva fracasaría. Tanto Zhukov como Vasilevski habían tenido que volar de vuelta a Moscú el 17 de noviembre. Después de escuchar sus argumentos, Stalin telefoneó a Volski desde el Kremlin. Volski se retractó de la carta. Stalin estaba curiosamente tranquilo. No se puede descartar la posibilidad de que fuera un ardid preventivo que Stalin pudiera utilizar contra Zhukov y Vasilevski en caso de que la operación Urano fracasara.

Tanashchishin a unos 16 km al sur de Beketovka. Incluso aunque la división de Leyser logró infligir un fuerte revés a las columnas soviéticas, el general Hoth recibió orden de retirarla para proteger el flanco sur del VI ejército. El VI cuerpo del ejército rumano había virtualmente desaparecido; había pocas posibilidades de restablecer una nueva línea de defensa, e incluso el propio cuartel general de Hoth estaba amenazado. El 6º regimiento rumano de caballería era todo lo que quedaba entre el ataque blindado del sur y el río Don.
El éxito del ataque de Leyser sugiere que si Paulus hubiera establecido una fuerte reserva móvil antes de la ofensiva, podría haber atacado al sur con ella, una distancia de poco más de 25 km, y habría aplastado bastante fácilmente el brazo inferior del cerco. Al día siguiente, la podría haber enviado después hacia el norte en la dirección de Kalach para afrontar la principal amenaza de una ofensiva septentrional. Pero esto presuponía una apreciación clara del verdadero peligro, de la que tanto Paulus como Schmidt carecían.

En la mañana del viernes 20 de noviembre, alrededor de la hora en que comenzaron los bombardeos al sur de Stalingrado, el 4º cuerpo de tanques de Kravchenko, casi a 40 km en la retaguardia rebasando al XI cuerpo de Strecker, viró para avanzar al sudoeste. El 3er cuerpo de guardias de caballería viraba mientras tanto para atacar al XI cuerpo desde atrás. Strecker estaba tratando de establecer una línea de defensa al sur del gran meandro del Don para proteger esta brecha abierta detrás de todo el ejército. El grueso de esta unidad entretanto estaba frente al 65º ejército soviético al norte, que mantenía la presión, con los constantes ataques, para impedir cualquier traslado.

Con los rumanos «huyendo frenéticamente, la mayoría dejando tras de sí sus armas», la 376ª división de infantería tenía que retirarse para enfilarse hacia el oeste, tratando de hacer contacto con parte de la 14ª división blindada al sur. La 44ª división de infantería austriaca tenía también que trasladarse, pero «mucho material se perdió porque no podía ser llevado debido a la falta de combustible».

Al sur de estos, el regimiento blindado de la 14ª división blindada todavía no tenía una idea clara de la dirección en que se aproximaba el enemigo. Habiendo avanzado hacia el oeste 20 km, se retiró luego en la tarde havia Verjne-Buzinovka. En el camino, se encontró con un regimiento del flanco del 3º cuerpo de guardias de caballería, al que virtualmente aniquiló. Durante los primeros dos días, el regimiento blindado destruyó treinta y cinco tanques soviéticos. Por otra parte, un destacamento antiaéreo desprotegido, utilizando sus «ochenta y ocho» como cañones antitanque, fue invadido por un ataque ruso.

«La catastrófica escasez del combustible» seguía estorbando la acción de las demás divisiones blindadas y motorizadas, que comenzaban a encaminarse al oeste desde Stalingrado para reforzar este nuevo frente. Estaban también sufriendo de una escasez de tripulantes de tanque después de la orden de Hitler de enviar a todos los hombres disponibles a Stalingrado para la infantería. La otra decisión amargamente lamentada fue la retirada de los caballos del VI ejército al oeste. La nueva guerra de movimientos impuesta súbitamente por los rusos forzó a las divisiones alemanas de infantería a abandonar su artillería.

El derrumbe rumano se aceleró cuando las puntas de lanza soviéticas penetraron más profundamente. Pocas de las tropas de apoyo en la retaguardia habían sido entrenadas para combatir y los oficiales del estado mayor huyeron del cuartel general. Como consecuencia del avance de los tanques, escribió un periodista soviético, «el camino está sembrado de cadáveres enemigos; los cañones abandonados apuntan hacia

el lado equivocado. Los caballos vagan por las *balkas* en busca de alimento, arrastrando tras ellos los ronzales desechos por el suelo; grises espirales de humo ondulan desde los camiones destruidos por las bombas; los cascos de acero, granadas de mano y cartuchos de fusiles llenan el camino». Grupos aislados de rumanos habían continuado resistiendo en sectores de la antigua línea del frente, pero las divisiones de fusileros soviéticos del 5º ejército de tanques y el 21º ejército pronto los aplastaron. Perelazobski había sido sede de un cuartel general del cuerpo rumano que, según el general Rodin, había sido tan rápidamente abandonado que el 26º cuerpo de tanques bajo su mando encontró «papeles del estado mayor desperdigados en el suelo y los abrigos forrados de piel de los oficiales en los colgadores», habiendo sus propietarios escapado por la noche helada. Lo más importante para la columna soviética mecanizada fue que capturaron el depósito de combustible intacto.

Entretanto, la 22ª división blindada, incapaz de resistir a los T-34 del 1er cuerpo de tanques, se había retirado. Hizo un intento de atacar en dirección nordeste al día siguiente, pero fue pronto rodeada. Reducida a poco más que al equivalente de una compañía de tanques, más tarde se abrió camino retirándose hacia el sudoeste acosada por el 8º cuerpo de caballería soviético.

Mientras tanto, el 26º cuerpo de tanques de Rodin, habiendo aplastado parte de la 1ª división blindada rumana que se interpuso en su camino, comenzó también a avanzar por la estepa abierta hacia el sudeste. Se había dicho a las columnas soviéticas que olvidaran el enemigo que quedaba atrás y se concentraran en el objetivo. Si los reconocimientos aéreos de la Luftwaffe hubieran sido capaces de identificar los cursos más o menos paralelos de los tres cuerpos de tanques durante la tarde del 20 de noviembre, entonces las alarmas en el cuartel general del VI ejército podrían haber sonado antes.

La principal formación rumana que todavía luchaba eficazmente era el «grupo Lascar». Consistía en los restos del V cuerpo del ejército, reunido por el intrépido teniente general Mihail Lascar, cuando quedó aislado entre dos grandes ataques soviéticos acorazados. Lascar, que había recibido la Cruz de Hierro de Sebastopol, era uno de los pocos altos oficiales rumanos que los alemanes realmente respetaban. Resistió suponiendo que el XLVIII cuerpo blindado vendría en su auxilio.

El cuartel general del VI ejército, 20 km al norte de Kalach, en Golubinski, parece haber comenzado la mañana del sábado 21 de noviembre con un ánimo relativamente optimista. A las 7.40 «una descripción no desfavorable de la situación» fue despachada al grupo de ejércitos B. Paulus y Schmidt, que todavía percibían los ataques al flanco izquierdo de Strecker por el 3er cuerpo de guardias de caballería como la principal amenaza, pensaban evidentemente que sus fuerzas traídas hacia el oeste desde Stalingrado transformarían la situación.

Durante el curso de esa mañana, sin embargo, Paulus y Schmidt recibieron una serie de desagradables sorpresas. Los diferentes mensajes apuntaban todos a la misma conclusión. El grupo de ejércitos B les advirtió que el flanco sur del VI ejército estaba amenazado ahora por dos lados. Llegó un informe de que una gran columna blindada (en realidad parte del IV cuerpo de tanques de Kravchenko) estaba a menos de 30 km al oeste. Se dirigía a la carretera del Don, exponente de la ingeniería militar alemana en el margen occidental que unía la mayoría de los puentes en ese tramo vital del río. El VI ejército no tenía tropas en la zona capaces de enfrentar la amenaza. Para empeorar las cosas, muchas de las bases de reparación y los depósitos de abastecimiento del VI ejército estaban expuestos. Paulus y Schmidt al fin reconocieron que el enemigo tenía

como objetivo un cerco total. Los ataques diagonales soviéticos, desde el noroeste y sudeste, tenían como blanco seguro Kalach y su puente.

Las desastrosas reacciones alemanas a la operación Urano se habían basado no sólo en la creencia de Hitler de que los rusos no tenían reservas, sino también en las arrogantes suposiciones de la mayoría de los generales. «Paulus y Schmidt habían esperado un ataque –explicaba un oficial en el cuartel general del VI ejército- pero no tamaño ataque. Era la primera vez que los rusos usaban loa tanques así». Incluso Richthofen admitió esto implícitamente cuando escribió que la ofensiva enemiga era «para él, una sorprendentemente exitosa incursión». El mariscal de campo Von Manstein, por otra parte, creía (quizá con la ventaja del punto de vista retrospectivo) que el cuartel general del VI ejército había tardado demasiado en reaccionar y había sido sumamente negligente al ser incapaz de ver la amenaza contra Kalach, el obvio paso del Don entre las dos incursiones.

Poco después de mediodía, casi todo el estado mayor del cuartel general fue enviado al cruce de ferrocarril de Gumrak, a unos 13 km de Stalingrado, de modo que estuviera cerca del grueso del VI ejército. Entretanto, Paulus y Schmidt volaron en dos aeroplanos ligeros Fieseler Storch a Nizhne-Chriskaia, donde se les unió el general Hoth el día siguiente para una entrevista. En Golubinski, dejaron detrás las columnas de humo que se elevaban en el aire helado desde los almacenes y archivos en llamas, así como de varios aviones de reconocimiento inservibles que habían sido incendiados en la pista de aterrizaje contigua. En su precipitada partida, también dejaron una «decisión del Führer» comunicada por el grupo de ejércitos B a las 3.25. Comenzaba: «El VI ejército se mantiene firme pese al peligro de cerco temporal».

Había pocas esperanzas de mantener posiciones esa tarde del 21 de noviembre. La acumulación de demoras del regimiento blindado de la 16ª división blindada había dejado una brecha bajo el XI cuerpo del ejército de Strecker y otros diversos grupos que intentaban formar una nueva línea de defensa. Esto fue rápidamente aprovechado por el 3er cuerpo de guardias de caballería y el 4º cuerpo mecanizado. Las divisiones de Strecker, cada vez más amenazadas desde el norte y el nordeste, no tenían más opción que comenzar a retirarse hacia el Don. El plan poco estudiado de enviar los regimientos blindados del VI ejército hacia el oeste ahora demostraba haber sido una peligrosa desviación de fuerzas.

Kalach, el principal objetivo de los tres cuerpos de tanques soviéticos, era uno de los puntos más vulnerables de todos. No había una defensa organizada, sólo un conjunto mal avenido de subunidades, principalmente tropas de mantenimiento y suministro, un pequeño destacamento de Feldgendarmerie y una batería antiaérea de la Luftwaffe.

La compañía de transportes y talleres de la 16ª división blindada se había instalado en Kalach para el invierno. «Las primeras noticias de cualquier cambio en la situación» no les llegaron sino hasta las diez de la mañana del 21 de noviembre. Posteriormente escucharon que las columnas de tanques soviéticos que habían atravesado las líneas rumanas al noroeste estaban ahora avanzando hacia su sector del Don. Alrededor de las cinco de la tarde supieron por primera vez del ataque al sur de Stalingrado. No tenían idea de que los cuerpos mecanizados de Volski, pese a todas las dudas que habían irritado a Yeremenko, estaba aproximándose al antiguo cuartel general del 4º ejército blindado, a sólo 50 km al sudoeste.

Las defensas de Kalach no eran sólo completamente inadecuadas para la tarea, sino que estaban mal dirigidas. En el margen oeste, sobre las alturas del Don, había cuatro emplazamientos antiaéreos de la Luftwaffe, y otros dos cañones antiaéreos en el

margen oriental. Sólo un grupo de veinticinco hombres de la Organización Todt fueron asignados a la seguridad inmediata del puente, mientras que el batallón restante de las tropas de retaguardia permaneció en el pueblo del margen oriental.

El general Rodin, comandante del 26º cuerpo de tanques, encargó la tarea de capturar el puente de Kalach al teniente coronel G. N. Filippov, comandante de la 19ª brigada de tanques. Al salir de Ostrov a medianoche, la columna de Filippov avanzó hacia el este, hasta Kalach, durante las primeras horas del 22 de noviembre. A las 6.15, dos tanques capturados y un vehículo de reconocimiento, con los faros encendidos para no despertar sospechas, pasó por el puente provisional sobre el Don y disparó contra los guardias. Otros dieciséis tanques soviéticos entretanto se habían hundido en la densa maleza de los altos de la orilla del río para cubrirlos. Era el punto desde donde los blindados alemanes habían avistado la ciudad el 2 de agosto.

Varios tanques soviéticos fueron incendiados, pero la audacia de Filippov fue compensada. El destacamento que guardaba el puente fue desalojado, y suficientes tanques T-34 cruzaron el río para combatir los tardíos intentos de volar el puente. La infantería motorizada rusa apareció en los altos del Don, seguida de otro grupo de tanques. Siguieron dos ataques más, apoyados por la artillería y los morteros desde los altos del Don al otro lado del río. A media mañana, la infantería soviética irrumpió en la ciudad. En las calles reinaba el caos, atestadas de rumanos rezagados separados de sus unidades. No pasó mucho tiempo antes de que las pocas armas pesadas manejadas por los batallones sobrantes se quedaran sin municiones o fuera de juego, aun cuando los conductores y mecánicos habían sufrido pocas bajas. Después de haber volado los talleres, se retiraron de la ciudad, subieron a los camiones y se dirigieron a encontrar su división en Stalingrado. El camino estaba abierto para la conexión al día siguiente entre los cuerpos de tanques 4º y 26º, que venían del flanco septentrional, y el 4º cuerpo mecanizado de Volski, que venía del sur de Stalingrado.

Orientándose entre sí con bengalas de reconocimiento verdes disparadas a intervalos en el cielo, las puntas de lanza rusas se encontraron en la estepa abierta cerca de Sovietski con fuertes abrazos, una escena que fue reproducida en un fecha posterior para la propaganda soviética ante las cámaras de los noticiarios. Los intercambios festivos de vodka y salchichas entre los tripulantes de los tanques en ese momento no fueron filmados, pero eran bastante más genuinos.

Las noticias se difundieron rápidamente, con la frase «¡Estamos rodeados!». Ese domingo 22 de noviembre era para los protestantes el día de los difuntos. «Un sombrío Totensonntag de 1942 –escribió Kart Reuber, un sacerdote que servía como doctor en la 16ª división blindada-, preocupación, miedo y horror». Sin embargo, al principio muchos no estaban preocupados al oír las noticias. Habían ocurrido cercos el invierno anterior, habían sido rotos, pero los oficiales mejor informados, al reflexionar con más profundidad, comenzaron a darse cuenta de que esta vez no había reservas que pudieran rescatarlos rápidamente. «Nos hicimos mucho más conscientes del peligro en que estábamos –recordaba Freytag-Loringhoven- de ser aislados muy adentro de Rusia en un extremo de Asia».

A 65 km al oeste, el último reducto de resistencia rumana estaba llegando a su fin, aunque a primeras horas de ese día, el general Lascar había rechazado la exigencia de rendición del Ejército Rojo. «Continuaremos luchando sin pensar en rendirnos», declaró, pero sus tropas, aunque resistían con valor, estaban sin vituallas y con escasas municiones.

El paso soviético de Kalach puso inmediatamente al XI cuerpo del ejército, al norte, en grave peligro. Había ya estado luchando una batalla defensiva casi por tres lados, en medio de la incertidumbre y el caos, agravados por rumores. La confusión se muestra el los fragmentos de un diario encontrado en el cuerpo de un oficial alemán de artillería:

> 20-11. … ¿se está deteniendo la ofensiva? Cambio de posición hacia el norte. Nos queda sólo un cañón. Todos los demás están malogrados.
>
> Sábado, 21-11. Tanques enemigos temprano … Cambio de posición en la retaguardia. Los rusos están ya muy cerca. Nuestra infantería (motociclistas y zapadores) concentrados para una cerrada defensa. Hoy todavía más rumanos pasaron sin detenerse. Nos estamos retirando. Ahora bajo presión de los rusos en dos flancos. Nuevo puesto de tiro. Sólo permanecimos un corto tiempo, luego otro cambio de puesto en la retaguardia. Construcción de un búnker.
>
> Domingo, 22-11. Alarma a las 3.30. ¡Echados como la infantería! Los rusos se acercan. Los rumanos se retiran. No podemos mantener esta posición en nuestro poder. Esperamos ansiosamente otra orden para cambiar la posición.

Durante su retirada, las divisiones de la infantería alemana se encontraron al descubierto repeliendo ataques de caballería «como si fuera 1870», tal como lo expresó un oficial. Su mayor problema era el transporte, principalmente debido a la escasez de caballos. El algunos casos la solución adoptada fue brutalmente simple. Un suboficial cogía a tres cuartas partes de los rusos de una jaula de prisioneros de guerra para que sirvieran de animales de carga. «Cuando se inició la retirada el 20 de noviembre –informó un prisionero de guerra ruso-, fuimos puestos en lugar de los caballos a remolcar los carros cargados de municiones y alimentos. Los prisioneros que no podían arrastrar los carros tan rápido como quería el *Feldwebel* eran ejecutados en el acto. De ese modo fuimos obligados a remolcar los carros durante cuatro días, casi sin descanso. En el campo de prisioneros de Vertiachi, un cerco de alambradas de púas sin ningún cobertizo, los alemanes escogieron los prisioneros menos enfermos y se los llevaron con ellos». El resto, los prisioneros más enfermos, fueron dejados allí para que murieran de hambre y frío en la nieve. «Sólo dos de noventa y ocho estaban todavía vivos» cuando fueron encontrados por una unidad de avanzada del 65º ejército. Se llamó a los fotógrafos para registrar las horribles escenas. Las fotografías fueron publicadas en la prensa y el gobierno soviético acusó formalmente al mando alemán de un crimen de guerra.

La 376ª división de infantería era la más expuesta al ataque ruso, que era «extraordinariamente rápido», según su comandante el general Edler von Daniels. La división, reducida a 4.200 hombres, cuando quedó atrapada en el margen occidental del Don como parte del XI cuerpo del ejército retrocedió en dirección sudeste el 22 de noviembre. Dos días más tarde, por la mañana temprano, la división cruzó el Don por el puente en Vertiachi.

El regimiento de tanques de la 16ª división blindada había entretanto estado avanzando, y finalmente cruzado el Don en la noche del 22 de noviembre para apoyar al XI cuerpo. En el camino, había logrado pasar por sus talleres acorazados en Peskovatka, donde algunos tanques nuevos y acabados de reparar fueron recogidos. Desde su posición en el flanco sur de la cabeza de puente alemana en el meandro del Don, el regimiento blindado intentó un contraataque en la dirección de Suchanov el 23 de noviembre en medio de una densa niebla, pero fue emboscado por los infantes soviéticos, con traje de camuflaje blanco, armados con fusiles antitanques. En vista de la

fuerza del enemigo, y debido a la aguda escasez de combustible, la 16ª división blindada retrocedió. Tomó posiciones lista para cubrir la retirada, pero las comunicaciones eran tan malas que casi todas las órdenes tenían que despacharse mediante un jinete mensajero.

La retirada alemana hacia el este a través del Don, de regreso a Stalingrado y alejándose del resto de la Luftwaffe, era en muchos sentidos peor que la retirada ante Moscú, el diciembre pasado. La nieve fina, dura y seca, se revolvía por la estepa, flagelando sus caras, sin importar cuánto levantaran los cuellos de sus abrigos contra el viento. Pese a las duras lecciones del año anterior, muchos soldados todavía no habían recibido el uniforme de invierno. Las líneas de retirada estaban repletas de armas, cascos y equipos descartados. La mayoría de soldados rumanos tenían poco más que sus uniformes marrones. Se habían librado de sus cascos de acero en la retirada. Los más afortunados, principalmente los oficiales, llevaban gorros de piel de oveja de los Balcanes. Vehículos incendiados y tiroteados habían sido abandonados al lado del camino o en los barrancos. En un punto había un cañón antiaéreo cuyo cilindro había explosionado, enroscándose como una flor exótica. Más cerca de los puentes del Don, había densos embotellamientos de tráfico de camiones, autos del estado mayor, jinetes con mensajes tratando desesperadamente de pasar, carros campesinos y un raro cañón de campaña remolcado por caballos exhaustos y desnutridos. De vez en cuando había olas de pánico, con gritos de «¡Tanques rusos!». El 16º cuerpo de tanques soviéticos estaba atacando a la 76ª división de infantería hacia Vertiachi, amenazando con aislar a las unidades alemanas dejadas al oeste del Don.

Algunas de las escenas más horrorosas tuvieron lugar en las cercanías del puente de Akimovski, pues los soldados gritaban, se empujaban e incluso se peleaban por cruzar al margen oriental. Los débiles y heridos eran pisoteados. A veces, los oficiales se amenazaban mutuamente por no dejar pasar primero a sus respectivos hombres. Incluso un destacamento de la Feldgendarmerie con metralletas no pudo restaurar cierta apariencia de orden. Un considerable número de soldados, para evitar el caos y la congestión, trataron de cruzar a pie el Don congelado. El hielo era grueso y fuerte cerca de los márgenes, pero en el centro había partes débiles. Aquellos que caían a través del hielo estaban condenados. Nadie pensó siquiera en ir en su ayuda. Las comparaciones con Berezina dominaban los pensamientos de la mayoría de las personas.

De vez en cuando, en estas líneas de retirada, un oficial sin afeitar al igual que los hombres que lo rodeaban decidió que era su deber detener la desintegración. Sacó la pistola para reunir a los últimos rezagados, luego utilizándolos como un núcleo, obligó a los otros hasta que sus fuerza creció rápidamente. Las armas pesadas y los cañones fueron también requisados para formar un improvisado grupo de combate. La fuerza reunida con varios grados de coacción tomó después posiciones y esperó a que los tanques o la caballería soviéticos aparecieran entre la niebla helada.

Al otro lado del Don, en el margen oriental, todas las aldeas estaban atestadas de soldados alemanes que habían perdido sus divisiones buscando alimento y cobijo del terrible frío. Los rumanos exhaustos y medio muertos de hambre, que se habían estado retirando durante más de una semana ya, recibieron poca simpatía de sus aliados. «Los numerosos rumanos –comentaba un oficial- fueron obligados a vivaquear afuera». Las líneas de retirada incluyeron los almacenes de suministros, pero esto sólo aumentó el caos. Un oficial de blindados más tarde informó sobre el caos en Peskovatka, «especialmente la conducta frenética y nerviosa de una unidad antiaérea de la Luftwaffe», volando, incendiando y destruyendo almacenes y transportes «de un modo alocado». Los soldados que pasaban saqueaban cualquier desecho que encontraban. De las montañas de latas llenaban mochilas y bolsillos hasta que estaban repletas. Nadie

parecía tener un abrelatas, de modo que en su impaciencia utilizaban bayonetas, sin saber lo que la lata contenía. Si se trataba de granos de café, los vaciaban en un casco de acero y los aporreaban con la empuñadura de la bayoneta como si fuera una tosca mano de mortero. Cuando los soldados que no habían recibido ninguna ropa de invierno veían a las tropas del almacén lanzar los trajes nuevos a las llamas, corrían a sacarlos de allí para ellos mismos. Entretanto la Feldpostamt estaba quemando cartas y paquetes, muchos de los cuales contenían alimentos enviados desde casa.

Escenas mucho más terribles se vivieron en los hospitales de campaña. «Aquí todo está desbordado –informaba un suboficial de un almacén de reparaciones de Peskovatka que sufría mucho de ictericia (enfermedad que se manifiesta por la especial coloración amarillenta de la piel y de la conjuntiva de los ojos, debido a trastornos hepáticos que aumentan la concentración de bilis en la sangre)-. Los heridos y enfermos leves deben buscar lugar por sí mismos». Había pasado la noche en la nieve. Otros sufrieron mucho más. Había camiones aparcados en el barro helado del patio de fuera, todavía llenos de heridos con las cabezas y los muñones vendados. Los conductores habían desaparecido y los cadáveres no fueron sacados de entre ellos. Nadie les había ofrecido a los vivos nada de comer o beber. Los camilleros y los doctores en el interior estaban demasiado ocupados, y los soldados que pasaban preferían ignorar sus gritos de auxilio. Los enfermos fingidos y los heridos que caminaban que trataban de obtener un lugar en el hospital de campaña se encontraron llevados ante un suboficial encargado de reunir a los rezagados para reorganizarlos en compañías sobrantes. A los que sufrían de congelamiento, a no ser que se tratara de casos graves, se les dio ungüentos y vendajes, y después también se les envió al servicio.

Dentro, los pacientes dormitaban apáticamente. Quedaba poco oxígeno en el aire pesado y húmedo, pero al menos estaba caliente. Los camilleros sacaban vendas, muchas ya infestadas de piojos grises, limpiaban las heridas, ponían inyecciones contra el tétanos y las volvían a vendar. Las posibilidades de supervivencia de un hombre dependían básicamente del tipo y lugar de la herida. El proyectil –fuera una esquirla de bomba, un fragmento de granada o una bala- importaba menos que el punto donde había penetrado. La selección era sencilla. Aquellos con heridas graves en la cabeza o el estómago eran puestos de lado para dejarlos morir, porque esas operaciones requerían para realizarlas un equipo de cirujanos completo durante noventa minutos o dos horas, y aproximadamente sólo uno de cada dos pacientes se salvaba. Se daba prioridad a los heridos que caminaban, pues podían ser enviados de nuevo al combate. Las camillas ocupaban demasiado espacio y demasiado personal. Las costillas rotas podían tratarse con rapidez. Los cirujanos con delantales de caucho, escalpelos y sierras, trabajando en parejas, ejecutaban rápidas amputaciones en extremidades que sujetaban un par de camilleros. La ración de éter se reducía para hacerla durar más. Los miembros cortados eran tirados a los cubos. El suelo alrededor de la mesa de operaciones se había vuelto resbaladizo con la sangre, pese a la ocasional pasada con una fregona. Una mezcla de olores malsanos subsumía todo rastro del carbólico habitual del hospital de campaña. La línea de producción quirúrgica parecía no tener fin.

Las tropas dejadas todavía en el margen occidental del Don se preguntaban si escaparían. «Directamente hacia el Don –continuaban las entradas del diario del oficial de artillería-. ¿Saldrá bien? ¿Llegaremos a la gran bolsa? ¿Todavía estará en pie el puente? Horas de incertidumbre y ansiedad. Secciones de defensa a derecha e izquierda del camino. Con frecuencia el camino es también la línea del frente. ¡Por fin el Don!

Puente intacto. ¡Nos quitamos un peso de encima! En el extremo tomar un puesto de tiro. Los rusos avanzan ya. La caballería cruzó al sur respecto a nosotros».

«Se han hecho estallar una serie de tanques –informaba un cabo más tarde- porque no conseguimos combustible a tiempo». La 14ª división blindada fue dejada con sólo veinticuatro tanques que podían ser reparados, de modo que la tripulación sobrante fue reorganizada en una compañía de infantería armada con carabinas y pistolas ametralladoras. Los altos oficiales estaban al borde de la desesperación. Temprano por la mañana del 25 de noviembre, el príncipe zu Dohna-Schlobitten, el oficial de inteligencia del XIV cuerpo blindado, escuchó al pasar una conversación entre el general Hube y su jefe de estado mayor, el coronel Thunert, en la cual utilizaron frases como «último recurso» y «una bala en la cabeza».

La temperatura bajó drásticamente. La dureza del suelo significaba una tasa mucho más alta de bajas por fuego de mortero, pero no era tanto la tierra helada como el agua helada lo que afectaba la retirada. La espectacular helada significaba que el Don pronto sería fácil de atravesar para el enemigo. Durante la siguiente noche, la infantería soviética pudo cruzar el Don cerca de Peskovatka. Por la mañana temprano, los pacientes en el hospital de campaña se despertaron con el sonido de ráfagas de ametralladora y mortero. El suboficial con ictericia, que había sobrevivido esa noche a la intemperie después de ver que no había lugar para él, informaba desde el almacén de recambios: «Todos corrían de un lado a otro como pollos degollados. En el camino había colas de vehículos, uno detrás de otro, mientras las bombas de mortero caían por todas partes. Aquí y allá uno de ellos fue alcanzado y ardió por completo. Los heridos graves no podían ser transportados, por la falta de camiones. Una compañía rápidamente formada con soldados de diferentes unidades logró repeler a los rusos justo antes de que alcanzaran el hospital de campaña».

Esa noche, el estado mayor en el cuartel general del XIV cuerpo blindado recibió la orden de destruir «todos los elementos del equipo, expedientes y vehículos que no fueran absolutamente necesarios». Debían retirarse al otro lado del Don hacia Stalingrado. Para el día siguiente, el 26 de noviembre, la 16ª división blindada y parte de la 44ª división de infantería estaban entre las últimas tropas del VI ejército que quedaban al oeste del Don. Esa noche cruzaron el puente de Luchinski hacia el lado del río donde estaba Stalingrado. Para la 16ª división blindada, este era «el mismísimo puente que habíamos cruzado doce semanas antes en nuestro primer ataque contra la ciudad del Volga».

Una compañía del 64º regimiento de granaderos blindados cubrió la retirada bajo el mando del teniente Von Mutius. Su tarea era defender el puente, permitiendo a los rezagados pasar hasta las tres y media de la madrugada, en que el puente de 275 m sobre el Don sería volado. A las 3.10, el ansioso joven Von Mutius admitió ante el sargento mayor de su compañía, el *Oberfeldwebel* Wallrawe, que estaba «muy orgulloso» de ser «el último oficial de la Wehrmacht alemana en cruzar el puente». Wallrawe no hizo comentarios. Veinte minutos más tarde, con los granaderos blindados de regreso en el margen oriental del Don, los ingenieros volaron el puente. El VI ejército estaba ahora situado entre el Don y el Volga.

El triunfo no suavizó la actitud de los hombres del Ejército Rojo hacia el enemigo: «Me siento mucho mejor porque hemos comenzado a destruir a los alemanes –escribía un soldado a su esposa el 26 de noviembre-. Este era el momento en que comenzamos a derrotar a las serpientes. Estamos capturando muchas. Apenas si tenemos tiempo para enviarlos al campo de prisioneros. Ahora están comenzando a pagar por nuestra sangre

y por las lágrimas de nuestro pueblo, por los agravios y por los robos. Recibí el uniforme de invierno de modo que no tengo que preocuparme. Las cosas van bien. Pronto volveré a casa después de la victoria. Envío 500 rublos». Aquellos que estaban todavía en el hospital, recuperándose de las heridas recibidas antes, se lamentaban amargamente de no estar en el combate. «Los combates son fuertes y buenos ahora – escribió un soldado ruso a su esposa- y estoy aquí acostado perdiéndome todo eso».

Había numerosas demandas por atrocidades alemanas que son difíciles de evaluar. Algunas, sin duda, eran exageraciones o invenciones con propósitos propagandísticos, otras eran básicamente ciertas. Las tropas soviéticas que avanzaban encontraban a mujeres, niños y viejos expulsados de sus casas por el ejército alemán, con sus posesiones en pequeños trineos. A muchos les habían robado la ropa de invierno. Vasili Grossman informó de historias parecidas desde el eje meridional del avance. Escribió que los soldados del Ejército Rojo que buscaban prisioneros se irritaban al encontrarlos con el botín patético de las casas campesinas; «Pañuelos y zarcillos de ancianas, sábanas y faldas, pañales de bebés y blusas de colores chillones de muchachas. Un soldado tenía veintidós pares de medias de lana en su poder». Los demacrados civiles venían a hablar de sus sufrimientos durante la ocupación alemana. Les habían quitado todas las vacas, las gallinas y los sacos de grano que pudieron encontrar. Los viejos habían sido flagelados hasta que revelaron dónde habían ocultado el grano. Las casas rurales habían sido incendiadas, a muchos civiles se los llevaron para que trabajaran como esclavos y al resto se les dejó morir de hambre o de frío. Pequeños grupos de tropas rusas ejecutaron la venganza en los alemanes que caían en sus manos, especialmente cuando se embriagaban. Entretanto las brigadas de la NKVD bajaron a los pueblos liberados, donde arrestaron a 450 colaboradores. La más grande redada se haría más de un mes después en Nizhne-Chirskaia, donde los cosacos habían denunciado a los agentes de la NKVD a la policía secreta alemana de campaña. Unos 400 guardianes de campos fueron también ejecutados, de los cuales 300 eran ucranianos.

Grossman observó a los prisioneros de guerra alemanes conducidos de regreso. Muchos se cubrían los hombros con mantas astrosas (andrajoso) en vez de abrigos. Usaban cuerdas o alambres en lugar de cinturones. «En esta vasta, plana y desolada estepa, uno puede verlos desde lejos. Pasan junto a nosotros en columnas de doscientos a trescientos hombres, y en grupos más pequeños de veinte a cincuenta. Una columna, de varios kilómetros de largo, lentamente sigue su camino, reproduciendo fielmente cada vuelta y cada recodo de la carretera. Algunos de los alemanes hablan un poco de ruso. “No queremos la guerra”, gritan. “Queremos ir a casa. ¡Al diablo con Hitler!” Sus guardias comentan sarcásticamente: “Ahora, cuando nuestros tanques los han aislado, están dispuestos a gritar que no quieren la guerra, pero antes de eso tal pensamiento nunca les cupo en la cabeza”». Los prisioneros fueron enviados al otro lado del Volga en gabarras tiradas por remolcadores. «Están de pie apretujados en la cubierta, llevando abrigos gris campaña andrajosos, zapateando y soplándose los dedos congelados». Un marinero observándolos dijo con sombría satisfacción: «Ahora tienen una vista del Volga».

En Abganerovo, la infantería soviética encontró el empalme de ferrocarril congestionado de vagones de carga, que a juzgar por sus marcas, habían sido tomados de varios países en la Europa ocupada. Vagones motorizados fabricados en Francia, Bélgica y Polonia estaban allá, cada uno marcado con el águila negra y la esvástica del Tercer Reich. Para los rusos, los vagones llenos de vituallas eran como una Navidad inesperada. El sentimiento de privar al poderoso ejército alemán de sus mal habidos bártulos era doblemente placentero, aunque los antiguos problemas de alcoholismo

semicrónico todavía se manifestaron. El comandante, el segundo en el mando y dieciocho soldados de una compañía del flanco sur se convirtieron en bajas al beber un suministro capturado de anticongelante alemán. Tres murieron, mientras que los restantes diecisiete quedaron «en condición delicada en un hospital de campaña». En el flanco norte, un oficial ruso dijo al príncipe Dohna que cuando su batallón, medio muerto de hambre por la falta de raciones, capturó un depósito de vituallas rumano, 150 hombres murieron «debido al exceso de consumo».

Mientras tanto, en el mismo Stalingrado, el 62º ejército se encontró en una extraña posición. Aunque formaba parte de un nuevo cerco del VI ejército, permanecía aislado del margen oriental del Volga, escaso de suministros y con sus heridos sin evacuar. Cada vez que un barco se arriesgaba a cruzar entre los peligrosos témpanos de hielo, la artillería alemana abría fuego. Sin embargo la atmósfera había cambiado ahora que los atacantes se habían convertido en los sitiados. Los hombres del 62º ejército no eran todavía capaces de creer que el momento decisivo había llegado. Los soldados rusos, con ninguna posibilidad de conseguir más tabaco hasta que el Volga se congelara por completos, cantaban para distraerse de sus deseos de nicotina. Los alemanes escuchaban desde sus búnkeres. Ya no gritaban insultos.

- 16 -

La obsesión de Hitler

La tarea de informar al Führer sobre el gran ataque soviético del 19 de noviembre recayó en el jefe del estado mayor del ejército, el general Zeitzler, que había permanecido en Prusia Oriental. Hitler estaba en el Berghof, más allá de Berchtesgaden, que era donde había recibido noticias de la aceptación de Stalin del pacto nazi-soviético en agosto de 1939. En esa ocasión, había golpeado en la mesa con aire triunfal, para sorpresa de las damas de sus corte. «¡Los tengo! –había gritado saltando-. ¡Los tengo!». Esta vez su reacción parece haber sido de nerviosa furia.

El diario del mando supremo de la Wehrmacht se refería, con reveladora doblez, a las «alarmantes noticias de la ofensiva rusa que había sido largamente esperada por el Führer». La reacción de Hitler al fracasado contraataque del XLVIII cuerpo blindado ese día era más que significativa. Después de que su torpe interferencia no había logrado detener el derrumbe rumano, deseaba un chivo expiatorio, y ordenó el arresto del general Heim.

Hitler reconoció, aunque no lo admitió, que toda la posición alemana en el sur de Rusia estaba ahora en peligro. En el segundo día de la ofensiva, ordenó al mariscal de campo Von Manstein que regresara al sur de Vitebsk a formar un nuevo grupo de ejércitos del Don. Manstein era el estratega más admirado del ejército alemán y había trabajado con éxito con las fuerzas rumanas en Crimea.

Sin la presencia física del Führer, el mando supremo de la Wehrmacht estaba paralizado. Durante el 21 de noviembre, el día en que Paulus y Schmidt abandonaron su cuartel general en Golubinski cuando fue amenazado por una columna de tanques

soviéticos, el ayudante de Hitler, el general Schmundt, estaba preocupado por «los cambios en los uniformes de los oficiales y funcionarios de la Wehrmacht».

La orden del Führer al VI ejército de permanecer firme pese a la amenaza de «cerco temporal» finalmente alcanzó a Paulus cuando éste llegó a Nizhne-Chirskaia. Se le dijo también que asumiera el mando de todas las tropas de Hoth al sur de Stalingrado y de los restos del VI cuerpo del ejército rumano. La parte clave era: «Mantener las líneas férreas abiertas cuanto sea posible. Seguir órdenes sobre el asunto del abastecimiento por aire». Paulus, cuyo instinto se inclinaba por la retirada del Volga para unirse con el resto del grupo de ejércitos B, era sumamente reacio a cumplir con este abrupto decreto hasta no estar seguro de que tenía una mejor comprensión de toda la situación.

Había volado a Nizhne-Chirskaia porque el cuartel general que se preparaba allí para el invierno poseía comunicaciones seguras con el grupo de ejércitos B y la *Wolfsschanze* de Rastenburg. Pero Hitler, al saber de su llegada, sospechó que deseaba escapar de los rusos. Le ordenó volar de regreso inmediatamente para unirse con el resto de su estado mayor en Gumrak, dentro del cerco. Cuando el general Hoth llegó temprano a la mañana siguiente, el 22 de noviembre, encontró a Paulus irritado y molesto con la insinuación de Hitler de que había abandonado a sus hombres. El general Schmidt, jefe del estado mayor de Paulus, habló por teléfono con el general Martin Fiebig, comandante del VIII cuerpo aéreo. Schmidt repitió que el VI ejército necesitaba urgentemente combustible y municiones para atacar, y Fiebig repitió lo que había dicho la tarde del día anterior: «Es imposible abastecer a todo el ejército desde el aire. La Luftwaffe no tiene suficientes aviones de carga».

Los tres generales pasaron la mayor parte de la mañana evaluando la situación del VI ejército. Schmidt fue quien más habló. Era él quien había hablado con el general Von Sodenstern en el grupo de ejércitos B la noche anterior y había oído los detalles del avance soviético del sur al este de Perelazovski. Sodenstern le había dicho francamente: «No tenemos nada con qué detenerlos. Tienen ustedes que arreglárselas».

Durante la discusión, el mayor general Wolfgang Pickert, comandante de la 9ª división de artillería de la Luftwaffe, entró en el salón. Schmidt, compañero de la Escuela de estado mayor, repitió la frase favorita de su instructor: «¡Decisión con fundamentos, por favor!». Pickert replicó sin dudarlo que deseaba retirar su división de inmediato.

«Nosotros también deseamos salir –replicó Schmidt- pero ante todo debemos formar una defensa amplia para formar una línea de defensa en el costado sur donde los rusos están atacando». Prosiguió diciendo que no podían abandonar las divisiones en el margen occidental del Don, y que el VI ejército no estaría en posición de atacar en los siguientes cinco o seis días. Para que la operación tuviera alguna oportunidad de éxito, «debemos tener combustible y municiones traídas por la Luftwaffe». El general Hube había ya anunciado por radio que los tanques estaban a punto de quedar detenidos.

«Eso no significa ninguna diferencia», repuso Pickert. No tenía intención de perder una división antiaérea entera con sus armas. «El VI ejército no puede ser abastecido por aire si no nos movemos». Schmidt estaba de acuerdo, aunque señaló que no tenían una completa idea de la situación general, ni sabían de qué reservas disponía el alto mando. Subrayó que la falta de combustible y caballos significaba que «más de 10.000 heridos y el grueso de las armas pesadas y vehículos tendrían que ser dejados atrás. Sería un final napoleónico».

Paulus, después de su estudio de la campaña de 1812, se sentía evidentemente atormentado por la visión de la desintegración de su ejército, segmentado en trozos, mientras luchaba por escapar a través de la estepa nevada. No deseaba pasar a la historia

como el general responsable del desastre militar más grande de todos los tiempos. Debió de haber sido también una tentación natural para Paulus, que nunca se distinguió por su independencia de criterio, posponer las decisiones que eran peligrosas política y estratégicamente, ahora que sabía que el mariscal de campo Von Manstein estaba a punto de asumir el mando. Pero Manstein, que no podía viajar al norte a causa del clima, estaba varado en el tren del cuartel general, retenido por los ataques de los partisanos.

Paulus tenía el instinto de un oficial del estado mayor, no los de un jefe de grupo de batalla que reacciona ante el peligro. No podía aceptar un ataque a menos que estuviera adecuadamente preparado y aprovisionado, y formara parte de un plan general aprobado por un alto mando. Ni él ni Schmidt habían apreciado que la velocidad era el factor decisivo. Habían fracasado del todo en preparar la línea altamente móvil que ofrecía la única esperanza de romper el cerco antes de que estuviera cerrado. Ahora fallaba en percibir que una vez que el Ejército Rojo consolidara su posición, casi todos los factores, pero especialmente el clima, se volverían contra ellos.

Se había perdido mucho tiempo ya al enviar regimientos de tanques a la retaguardia al otro lado del Don. Con la confirmación esa mañana de la pérdida de Kalach, tenían que decir al XI cuerpo de ejército de Strecker y al XIV cuerpo blindado de Hube que se prepararan para retirarse al margen oriental para unirse con el resto del VI ejército. Al final de la mañana, Schmidt comunicó las órdenes relevantes al general Hube y al coronel Groscurth, jefe del estado mayor de Strecker.

A las dos de esa tarde, Paulus y Schmidt volaron de regreso al nuevo cuartel general en Gumrak dentro del *Kessel*, o área cercada. Paulus trajo con él un suministro de vino tinto y champaña Veuve-Cliquot (una curiosa elección para alguien que planea supuestamente partir rápidamente). Una vez que llegó al cuartel general del VI ejército cerca de la estación ferroviaria de Gumrak, comenzó a ponerse en contacto con sus comandantes de cuerpo. Deseaba sus opiniones sobre la orden del Führer, renovada esa noche, de establecer una defensa «erizo» y esperar nuevas órdenes. «Todos compartían nuestra opinión –escribió Schmidt más tarde- de que un ataque en el sur era necesario». El más franco fue el general Von Seydlitz, cuyo cuartel general estaba sólo a 160 km de distancia.

El mensaje de Paulus a las siete de la tarde expuso un cuadro de desolación: «Ejército cercado», eran las primeras palabras, aunque el cerco no se había sellado. Era un mensaje débil y mal estructurado, que no seguía el formato correcto. Lo más esencial fue que Paulus no pudo proponer un firme curso de acción. Pedía «libertad de acción si resultara imposible lograr una defensa total en el flanco sur».

A las 22.15, Paulus recibió un mensaje de radio del Führer. «El VI ejército está temporalmente cercado por las fuerzas rusas. Conozco al VI ejército y a su comandante en jefe y no hay duda de que en esta difícil situación resistirá valientemente. El VI ejército debe saber que estoy haciendo todo para auxiliarlo. Emitiré mis instrucciones con tiempo. Adolf Hitler». Paulus y Schmidt, convencidos pese a este mensaje de que Hitler entraría en razón, comenzaron a hacer planes para un ataque hacia el sudoeste.

Hitler, en esa noche del 22 de noviembre, se disponía a salir con Keitel y Jodl en su tren especial de Berchtesgaden a Leipzig, desde donde un aeroplano lo llevaría a Rastenburg. Durante el viaje al norte, había hecho parar el tren cada cierto tiempo para hablar con Zeitzler. Deseaba confirmar que a Paulus no se le daría permiso para retirarse. Durante una de esas conversaciones, el Führer le dijo a Zeitzler: «Hemos encontrado otra salida». No decía que había estado hablando en el tren especial con el

general Hans Jeschonnek, el jefe del estado mayor de la Luftwaffe, quien le había ya indicado, pese a las advertencias de Richthofen, que un puente aéreo para aprovisionar el VI ejército podría ser posible sobre una base temporal.

El mariscal del Reich, Goering, al escuchar lo que el Führer deseaba, inmediatamente convocó una reunión de sus oficiales de transporte. Les dijo que eran necesarias 500 toneladas diarias. (La estimación del VI ejército de 700 toneladas fue obviada). Replicaron que 350 toneladas serían el máximo, y sólo por un corto período. Goering, con pasmosa irresponsabilidad, aseguró rápidamente a Hitler que la Luftwaffe podía mantener al VI ejército en su posición presente por aire. Incluso con esta cifra más baja, no se hizo ninguna previsión en caso de mal tiempo, aviones inservibles o actividad del enemigo.

A la mañana siguiente temprano, el 24 de noviembre, las esperanzas de todos los generales implicados en el destino del VI ejército estaban firmemente defraudadas. Otra decisión del Führer llegó al cuartel general de Paulus a las 8.30. En ella, los límites de los que Hitler ahora llamaba «Fortaleza Stalingrado» fueron claramente establecidos. El frente en el Volga debía ser defendido «fueran cuales fuesen las circunstancias».

Zeitzler había estado confiado la noche antes en que Hitler recuperaría la sensatez. Ahora, el Führer demostraba indudablemente que la opinión de todos los generales responsables de la operación de Stalingrado no contaba para nada. Sus sentimientos fueron sintetizados por Richthofen en su diario, cuando escribió que se habían convertido en poco más que en «suboficiales muy bien pagados». La noción de Hitler del poder de la voluntad estaba completamente separada de la lógica militar. Tenía la idea fija de que si el VI ejército se retiraba de Stalingrado, la Wehrmacht nunca volvería. Sentía que el Tercer Reich estaba en su cenit (apogeo de algo). También, muy relacionado con el hecho de tratarse de una persona tan egocéntrica, su orgullo personal estaba en juego después de sus jactancias sobre la ciudad de Stalin en el discurso en el Bierkeller de Munich menos de dos semanas antes.

Quizá dicha combinación de circunstancias estaba destinada a producir momentos de amarga ironía. Poco antes de que la decisión del Führer fuera emitida, el general Von Seydlitz, el comandante del LI cuerpo en Stalingrado, había decidido anticiparse a los acontecimientos. Consideraba «completamente impensable» que un ejército con veintidós divisiones «debiera formar una defensa completa y así privarse de toda libertad de movimientos». Preparó un largo memorándum sobre el tema para el cuartel general del VI ejército. «Ya en las batallas defensivas menores de los últimos días hemos agotado nuestras reservas de municiones». La situación de los suministros era decisiva. Era su deber ignorar la orden catastrófica de quedarse.

En la noche del 23 de noviembre, Seydlitz ordenó a la 60ª división de la infantería motorizada y a la 94ª división de infantería que quemaran los almacenes y volaran sus posiciones, y luego abandonaran las posiciones en la zona norte de Stalingrado. «En miles de incendios rápidamente provocados –escribió el oficial de intendencia de la 94ª división de infantería- quemaron abrigos, uniformes, botas, documentos, mapas, máquinas de escribir así como alimentos. El general quemó personalmente su propio equipo». El Ejército Rojo, alertado por las explosiones y las llamas, acorraló a la debilitada división al descubierto cuando se retiraba de Spartakovka y le inflingió casi mil bajas. La formación vecina, la 389ª división de infantería en la planta de tractores de Stalingrado también sufrió en la confusión.

Hitler, furioso al saber de esta retirada, culpó a Paulus. Para impedir cualquier nueva desobediencia de sus órdenes, tomó la extraordinaria decisión de dividir el mando en el *Kessel*. El general Von Seydlitz, al que creía capaz de una resistencia fanática, fue hecho comandante en jefe de la parte nordeste del *Kessel*, incluida la misma

Stalingrado. El aviso llegó el 25 de noviembre a las seis de la mañana. Un poco más tarde por la mañana, Paulus llevó con él al capitán Behr a visitar el cercano cuartel general de Seydlitz. Paulus entregó la señal transmitida desde el grupo de ejércitos del Don. «Ahora que tiene su propio mando –dijo con intención- puede usted atacar». Seydlitz no podía ocultar su embarazo. Manstein, que estaba horrorizado con la idea de dividir el mando, logró que se redefiniera la cuestión de una manera menos insensata.

El encuentro de Paulus con el general Von Seydlitz no fue la única entrevista difícil tras el cerco de Stalingrado. En la *Wolfsschanze*, el mariscal Antonescu se vio sometido a una diatriba en la que el Führer culpó a los ejércitos rumanos del desastre. Antonescu, el más leal de los aliados de Hitler, replicó herido. Ambos dictadores, no obstante, se calmaron, sin atreverse a desechar una alianza que ninguno podía repudiar. Pero estas paces no se reflejaron posteriormente.

Los oficiales rumanos estaban furiosos de que el alto mando alemán hubiera ignorado todas sus advertencias, especialmente sobre la carencia de defensas antitanques. Entretanto las tropas alemanas, sin saber de las bajas rumanas, acusaron a sus aliados de haber causado el desastre al haber huido. Muchos incidentes desagradables tuvieron lugar entre los grupos de soldados de ambas nacionalidades. Después de su malhumorado encuentro con Antonescu, incluso Hitler se vio obligado a reconocer que debía hacerse algún intento para restaurar las relaciones entre los aliados. «Según un decreto del Führer –informaba el cuartel general del VI ejército a los comandantes de los cuerpos-, las críticas de los errores de los oficiales y soldados rumanos deben terminar». La tensión entre los aliados no era difícil de imaginar para las autoridades soviéticas, que rápidamente organizaron el lanzamiento de 150.000 folletos de propaganda en rumano.

El deseo de Hitler de vengarse del general Heim, comandante del XLVIII cuerpo blindado, se mantuvo sin piedad. «El Führer ordenó que el general Heim fuera relevado del mando inmediatamente –anotó el general Schmundt en su diario apenas Hitler hubo regresado a la *Wolfsschanze*-. El Führer en persona decidirá todas las nuevas medidas de disciplina militar en este asunto».

Muchos altos oficiales sospechaban que Hitler no sólo quería a Heim como chivo expiatorio del desastre, sino a todo el cuerpo de oficiales. Groscurth había escrito caústicamente sobre «el agradecido ejército del partido victorioso», poco después de que Hitler en un mensaje radiofónico hubiera afirmado su triunfo sobre la casta de los oficiales del estado mayor general con sus calzas de rayas anchas. Como aquel otro antinazi, Henning von Tresckow, Groscurth también creía que el estado mayor general ya no merecía ese nombre, debido a su cobarde sometimiento a Hitler. Sin embargo, el cuerpo de oficiales todavía seguía siendo el único grupo capaz de oponerse a un estado totalitario.

Tresckow creía que un desastre espectacular podía provocar el cambio, siempre y cuando el ejército tuviera un comandante muy respetado en una posición clave que estuviera preparado para hacer frente a Hitler. El mariscal de campo Von Manstein realmente inspiraba el necesario respeto, de modo que Tresckow, cuando sugirió la oportunidad, arregló que su joven primo Alexander Stahlberg se convirtiera en el nuevo ayudante de Manstein. El momento parecía oportuno. Stahlberg se presentó al servicio el 18 de noviembre, dos días antes de que Hitler escogiera a Manstein como comandante en jefe del nuevo grupo de ejércitos del Don.

Las cualidades militares y la inteligencia de Manstein eran innegables, pero sus instintos políticos eran mucho menos previsibles, pese a las alentadoras apariencias.

Manstein despreciaba a Goering y aborrecía a Himmler. Ante sus colegas de más confianza, admitía sus ancestros judíos. Podía ser también caústico respecto a Hitler. Como broma, su perro dachshund *Knirps* había sido entrenado para alzar la pata y saludar al oír la orden «*Heil Hitler!*». Por otro lado, su esposa era una gran admiradora de Hitler, y lo más importante era que Manstein, como ya se ha mencionado, había incluso dado esa orden a sus tropas mencionando «la necesidad de medidas duras contra los judíos».

El tren del suntuoso cuartel general de Manstein con *wagons-lits* (el salón del tren había pertenecido a la reina de Yugoslavia) detuvo su tortuoso camino al sur en Smolensko. Allí, el comandante en jefe del grupo de ejércitos del centro, mariscal de campo Hans Günther von Kluge, subió para informar informalmente sobre la situación en Rusia meridional. Kluge, influenciado por Tresckow, era uno de los pocos mariscales de campo activos listos para unirse a la conspiración. Le dijo a Manstein que Hitler había colocado al VI ejército en una posición insostenible. El mapa de la situación desplegado en el vagón claramente demostraba el peligro.

Kluge quiso recalcarle a Manstein un consejo: los intentos del Führer de controlar los movimientos hasta el nivel de batallón debían ser detenidos desde el inicio. «Y quede usted advertido –añadió Kluge con énfasis-, el Führer atribuye la supervivencia del Ostheer durante la gran crisis del último invierno, no a la moral de nuestros soldados ni a todo nuestro trabajo duro, sino exclusivamente a su propia habilidad». Muy poco después de este encuentro, el Ejército Rojo lanzó una ofensiva contra el grupo de ejércitos del centro para impedir al mando alemán que trajera tropas para romper el cerco de Stalingrado.

El tren, provisto de calefacción, continuó a través del paisaje ruso cubierto por las primeras nieves de invierno. Manstein y sus oficiales de estado mayor hablaban de música y de sus conocidos y amigos comunes, jugaban al ajedrez y al bridge, y evitaban la política. El teniente Stahlberg, al oír que Manstein estaba emparentado con el ex presidente Von Hindenburg, se preguntó cuál de los mariscales de campo en esta guerra podría convertirse en «el salvador de la patria» en el caso de derrota total. «Seguro que yo no», repuso de inmediato Manstein.

El cumpleaños del mariscal de campo (sus cincuenta y cinco años) caía el 24 de noviembre, día de su llegada al cuartel general del grupo de ejércitos B. El general Von Weichs, mostrando a Manstein el mapa de operaciones actualizado, no ocultó la gravedad de la situación. El aviso del cuartel general del Führer acababa de llegar, ordenando al VI ejército defender la Fortaleza Stalingrado y esperar abastecimiento por aire. Manstein, según su ayudante, parecía sorprendentemente optimista. Incluso la brecha de 240 km entre las tropas alemanas en el sur del *Kessel* de Stalingrado y el grupo de ejércitos A en el Cáucaso no disuadió a Manstein de escoger la vieja capital cosaca de Novocherkassk del Don para su cuartel general. Puso a cosacos del Don con gorros de piel de oveja y uniformes de la Wehrmacht como guardias en la entrada principal. «Cuando entrábamos o dejábamos la casa –refirió su ayuda de campo- sacaban el pecho y se colocaban en posición de firmes como si se tratara de Su Majestad Imperial, el Zar».

Hitler dio instrucciones estrictas para que las noticias del cerco en Stalingrado no se difundieran al pueblo alemán. El 22 de noviembre, el comunicado había admitido que había habido un ataque en el frente septentrional. El día siguiente, apenas se había completado el cerco del VI ejército, sólo se mencionaron los contraataques y las bajas del enemigo. Un anuncio subsiguiente lo hizo parecer como si los ataques soviéticos

hubieran sido rechazados con fuertes bajas. Finalmente, el 8 de diciembre, tres semanas después del hecho, se reconoció que había sido también un ataque al sur de Stalingrado. Se mantuvo la ficción hasta enero con la vaga fórmula de «las tropas en el área de Stalingrado».

Las autoridades nazis no podían, por supuesto, impedir la rápida difusión del rumor, especialmente dentro del ejército. Casi de inmediato, un soldado en un hospital de campaña escuchó decir a un capellán: «El VI ejército entero está rodeado. Es el comienzo del fin». Los intentos de silenciar a los soldados y oficiales con medidas disciplinarias fueron contraproducentes, y la falta de franqueza sólo aumentó la sensación de inquietud en Alemania. A los pocos días del cerco, los civiles estaban escribiendo al frente preguntando si las noticias eran ciertas. «¡Ayer y hoy –escribió un pagador de Bernburg- la gente ha estado diciendo que ha habido un ataque en tu área!».

Las autoridades nazis creían que podían reprimirlo todo hasta que una fuerza de relevo estuviera lista para penetrar en Stalingrado. Paulus, mientras tanto, podía haber sido profundamente escéptico de la garantía dada por Goering de abastecer al VI ejército por aire, pero se sentía incapaz de desechar los argumentos de su propio jefe de estado mayor de que podían al menos aguantar hasta inicios de diciembre, mes en que Hitler prometía una ofensiva para socorrerlos.

Paulus afrontaba lo que Strecker llamaba «el problema de conciencia más difícil para todo soldado: si desobedecer las órdenes de su superior para manejar la situación como juzgara mejor». Los oficiales a los que les disgustaba el régimen y despreciaban al GRÖFAZ («El Más Grande Comandante de Todos los Tiempos»), como se referían en privado a Hitler, esperaban que Paulus se opondría a esta locura y desatara una reacción en todo el ejército.[*] Pensaban en la revuelta del general Hans Yorck von Wartenburg en Tauroggen en diciembre de 1812, cuando se negó a seguir luchando bajo Napoleón, un acontecimiento que desató una ola de sentimiento patriótico en Alemania. Muchos creían en la comparación. El general Von Seydlitz al parecer la invocó así en una conversación con Paulus, cuando trataba de persuadirlo de escapar; así lo hizo también el coronel Stelle, ingeniero en jefe del VI ejército. Schmidt, por otra parte, consideraba que «tal acción contra las órdenes se convertiría en un motín con connotaciones políticas».

La respuesta de Paulus a Stelle tenía un transfondo realmente fatalista: «Sé que la historia de la guerra ha pronunciado ya un veredicto para mí». Sin embargo, estaba en lo correcto al rechazar la comparación con Tauroggen. Yorck, sin ninguna comunicación, podía aducir que actuaba en nombre del rey de Prusia sin verse privado del mando. Pero en una época en que todos los cuarteles generales estaban en constante contacto por radio, correos y teletipo, la orden de arrestar a un comandante habría sido comunicada de inmediato. El único actor de este drama capaz de desempeñar el papel de Yorck era Manstein, como Tresckow y Stauffenberg habían reconocido, pero Manstein, descubrirían pronto, no tenía intención de aceptar tan peligroso papel. «Los mariscales de campo prusianos no se amotinan», dijo el año siguiente, contradiciendo enfáticamente la tradición de Yorck cuando un representante del grupo de ejércitos del centro lo abordó.

Muchos historiadores han creado también la impresión de que casi todos los oficiales del VI ejército creían que debía hacerse inmediatamente un intento de romper

[*] Pensaban que los altos oficiales podían convencer a Hitler de renunciar al cargo de comandante en jefe y que se podía lograr un cambio de régimen sin el desastroso caos y el motín de noviembre de 1918. Esta era una lectura increíblemente ingenua del carácter de Hitler. Era más probable que la oposición más leve desatara un espantoso baño de sangre. Fueron los más jóvenes, como Tresckow y Stauffenberg, quienes reconocieron que Hitler sólo podía ser derrocado mediante el asesinato.

el cerco ruso. Esto es un error. Los comandantes de cuerpos y divisiones y los oficiales del estado mayor estaban firmemente a favor de un ataque, pero sobre todo en la infantería, los comandantes de regimientos y batallones estaban mucho menos convencidos. Sus tropas, especialmente aquellas que estaban ya encerradas en sus búnkeres, no deseaban abandonar sus posiciones y armamento pesado para «salir a la nieve», donde se verían expuestas a un ataque ruso al descubierto. Los soldados también eran reluctantes a moverse porque creían en las promesas de un fuerte contraataque que vendría a rescatarlos. El lema que apoyaba esto en el fin del orden del día de Paulus del 27 de noviembre: «¡Resistamos! ¡El Führer nos sacará!», había resultado muy efectivo. (Schmidt trataría más tarde de negar que esa frase había procedido del cuartel general del VI ejército, e incluso sugirió que había sido inventada por un comandante subordinado).

En el *Kessel*, los soldados tendían a creer en la consigna de «¡Resistamos!» como una promesa firme. Así lo hicieron muchos oficiales, pero otros instintivamente percibieron la realidad. Uno recordaba como un colega, teniente de los granaderos blindados, al recibir las noticias, le indicó con los ojos que viniera a su vehículo para que pudieran hablar de la situación en privado.

-Nunca saldremos de ésta –dijo-. Esta es una oportunidad única que los rusos no van a perder.

-Eres un auténtico pesimista –replicó el otro-. Creo en Hitler. Cumplirá lo que ha dicho.

- 17 -

«La fortaleza sin techo»

Durante la primera semana de diciembre, los rusos realizaron ataques decididos para dividir al VI ejército. En un fuerte combate defensivo, sus divisiones blindadas perdieron casi la mitad de los 140 tanques restantes. Tenían la grave desventaja de la falta de combustible y municiones. El 6 de diciembre, un grupo de combate de la 16ª división blindada fue enviado a realizar un contraataque a pie porque no tenía combustible para sus semiorugas. El teniente Von Mutius, el joven oficial que había estado tan orgulloso de ser el último miembro de la Wehrmacht en retirarse al otro lado del Don, era el segundo en el mando.

Su objetivo era una montaña al norte de Baburkin que lograron tomar, pero súbitamente salieron tanques rusos de una *balka* apoyados por la infantería. El comandante del grupo de combate dio la orden de retirarse. «Una retirada sistemática era imposible –informó un sargento mayor más tarde-. Cada hombre corría para salvarse. El enemigo disparaba detrás de nosotros con todas sus armas. La mitad del grupo de combate fue aniquilado. El teniente Von Mutius fue gravemente herido. Para impedir mayores bajas seguía gritando: “¡Dispersaos!”». El sargento estaba convencido de haber salvado muchas vidas, cuando yacía impotente esperando a los rusos. Los supervivientes lo consideraron «un verdadero héroe».

Después de numerosos ataques, los comandantes soviéticos se dieron cuenta de que los sitiados estaban lejos de haber sido derrotados. El 57º ejército del esencial sector sudoeste había sufrido fuertes bajas. Las explicaciones del fracaso soviético eran interesantes. Un informe, «la artillería y la infantería no se coordinan muy bien cuando irrumpen en las líneas defensivas del enemigo», suena como un circunloquio para

referirse a fuertes bajas debidas al «fuego amistoso» (disparos entre soldados del mismo bando). «Los soldados no están bien instruidos en la necesidad de cavar trincheras», era otra de estas observaciones ociosas. Su fallo en hacerlo acarreó «irreparables pérdidas en tanques y aeroplanos soviéticos». No se mencionó el hecho de que el suelo estaba congelado y que las herramientas para hacer las trincheras eran muy escasas.

Tras las líneas, los oficiales e interpretes de la NKVD trabajaban hasta tarde por la noche interrogando a prisioneros alemanes, incluidos los primeros desertores así como a «lenguas» capturadas por las compañías de reconocimiento. «Los bolcheviques con frecuencia toman prisioneros entre nosotros», informó un teniente de la 44ª división de infantería austriaca Hochund Deutschmeister. El frente de inteligencia del Don estaba tratando de identificar a las divisiones desmoralizadas, en atacar a las cuales debían concentrarse. Pronto observaron que las divisiones 44ª y 376ª, las cuales habían sido retiradas del otro lado del Don, no habían podido construir búnkeres adecuados. La mayoría de sus hombres, durante este período en que el clima cambiaba del hielo y la lluvia y de nuevo a las heladas, se metía en huecos en el suelo cubriéndose con lonas impermeables. La NKVD estaba particularmente interesada en cualquier signo de resentimiento nacional. El 10 de diciembre, el teniente Heinrich Boberg, cuando fue interrogado por el capitán Diatlenko replicó: «Se dice que los soldados austriacos no luchan bien. Hay algo de verdad en esto, pero no diría que es verdad respecto a la 44ª división de infantería. Los austriacos tienen razones históricas para no ser tan rígidos como los prusianos. Y como los austriacos están acostumbrados a llevarse bien con los de otras nacionalidades, no tienen el mismo tipo de orgullo nacional que los prusianos». La designación nazi de «Ostmark» para Austria parecía desaparecer notablemente rápido del vocabulario austriaco cuando eran capturados.

Una vez que los principales ataques de inicios de diciembre cesaron, el frente del Don continuó manteniendo la presión sobre la 44ª división de infantería con incursiones, utilizando aviones Shturmovik para el ataque terrestre. Sin embargo, la moral del VI ejército en su conjunto se mantuvo extraordinariamente sólida. Otro teniente de la 16ª división blindada informó más tarde que «simplemente no surgieron dudas de un resultado positivo de la batalla» en ese momento. Los *Landser*, especialmente aquellos en la estepa cubierta de nieve, bromeaban sobre «la fortaleza sin techo». La mayoría de los más jóvenes, educados bajo un sistema totalitario, no esperaban que les dijeran las razones de su triste situación. La garantía del Führer era, para ellos, una promesa que nunca sería rota.

Las raciones fueron pronto reducidas drásticamente, pero los oficiales y suboficiales les aseguraron que la situación no duraría. La Luftwaffe traería todo lo que necesitaran, y entonces una gran fuerza de relevo, dirigida por el general Von Manstein, avanzaría desde el sudoeste para romper el cerco. Muchos soldados se convencieron, o quizá se lo dijeron oficiales menos imaginativos, de que estarían fuera para la Navidad. Un soldado de la 376ª división de infantería escribió a su familia: «Desde el 22 de noviembre hemos estado rodeados. Lo peor ha pasado. Esperamos estar fuera del *Kessel* para Navidad … Una vez que haya terminado la batalla del cerco, entonces la guerra con Rusia habrá acabado». Algunos se convencieron de que inmediatamente les concederían una licencia, y pasarían realmente la Navidad en casa con sus familias.

Los responsables de administrar la operación de suministro aéreo eran bastante menos optimistas. El oficial jefe de intendencia del VI ejército pronosticó el 7 de diciembre: «Las raciones reducidas entre un tercio y la mitad de modo que el ejército pueda aguantar hasta el 18 de diciembre. La falta de forraje significa que el grueso de los caballos tendrían que ser sacrificados hacia mediados de enero».

Los oficiales de la Luftwaffe a cargo del aeródromo de Pitomnik, procedentes de la 9ª división antiaérea, no se hacían ilusiones. Sabían que un mínimo de 300 vuelos al día serían necesarios para restaurar la capacidad de combate del VI ejército, y esto era imposible. En todo caso, la aviación del Ejército Rojo, muy fortalecida y más audaz, así como el fuego antiaéreo por todo el borde del *Kessel*, representaban un desafío formidable para los pesados trimotores Junkers 52. Jeschonnek y Goering no consideraban que los aeródromos podían estar al alcance de la artillería pesada soviética. Lo peor de todo era que no habían hecho una previsión de clima, incluso después de la experiencia del invierno anterior. Había muchos días con una visibilidad nula, y muchos de una temperatura tan baja que sería imposible encender los motores de los aviones, aún prendiendo hogueras debajo de ellos. Aparte de Richthofen, sin embargo, los oficiales de la Luftwaffe, dentro del *Kessel* o fuera, no se atrevían a hablar. «Era derrotista expresar dudas», decía uno de ellos.

Además de traer combustible, municiones y alimentos (en teoría dos toneladas en cada Junkers 52, y bastante menos en cada Heinkel 111), los aviones llevarían a los heridos al hospital general de campaña cerca del aeródromo de Pitomnik. Quizá la mejor indicación del pesimismo de los oficiales era la decisión secreta de sacar a todas las enfermeras alemanas, incluso antes que la mayoría de los heridos, para asegurarse de que no cayeran jamás en manos de los rusos. Aunque se hicieron grandes esfuerzos para guardar esto en secreto, los oficiales del 369º regimiento de infantería croata se enteraron y presionaron a la Luftwaffe para que transportara a sus amantes, disfrazadas de enfermeras. El teniente a quien abordaron admiraba bastante a los croatas como soldados y prometió ayudar. Su coronel, sin embargo, asumió una línea de elevada moral. «Pero por supuesto eso no importa –replicó el teniente-, sean prostitutas croatas, hermanas enfermeras o lo que sea. Deben irse para estar a salvo de los rusos». El coronel aún se negó. El teniente después sospechó que los croatas lograron hacer pasar a sus mujeres a los aviones a escondidas.

Al pie del aeródromo se desparramaban campamentos, búnkeres y tiendas. Había numerosos cuarteles generales y destacamentos de señales con mástiles de radio y vehículos, así como un hospital de campaña general. Pitomnik rápidamente se convirtió en el primer objetivo de los regimientos de cazas y bombarderos soviéticos. Durante el curso de los días 10, 11 y 12 de diciembre, la aviación soviética realizó cuarenta y dos ataques aéreos.

Los rusos, pese a toda su actividad aérea sobre el *Kessel*, todavía no se daban cuenta de cuán grande era la fuerza que habían rodeado. El coronel Vinogradov, jefe de la inteligencia del Ejérciot Rojo en el frente del Don, estimaba que la operación Urano había atrapado cerca de 86.000 hombres. La cifra más probable, incluidos aliados y *hiwis*, era casi tres veces y media mayor: cerca de 290.000. Los aliados, incluidos los restos de las dos divisiones rumanas, el regimiento croata con la 100ª división de cazadores y una columna motorizada de italianos que habían escogido un mal momento para ir a buscar madera en las ruinas de Stalingrado.[*]

En la batalla al oeste del Don y en el flanco norte, el XI cuerpo de Strecker había sufrido más. La 44ª división de infantería perdió cerca de 2.000 hombres, la 376ª, 1.600

[*] Las cifras dadas en ese momento y en cálculos recientes varían ampliamente, sin identificar a veces las nacionalidades involucradas. La discrepancia más significativa aparece entre los 51.700 *hiwis* registrados con las divisiones a mediados de noviembre, y los 20.300 inscritos en la relación de raciones del VI ejército del 6 de diciembre. Es difícil saber di esto se debió a las fuertes bajas, a que los *hiwis* aprovecharon la oportunidad para escapar durante la retirada de fines de noviembre o a que los rusos eran incorporados encubiertamente a la fuerza combatiente de las divisiones. Véase Apéndice B para mayor detalle.

y la 384ª, más de 900. Los oficiales en todo el VI ejército se sentaron en mesas improvisadas en los búnkeres de tierra bajo la nieve para escribir a la luz de la vela a las familias: «Tengo el triste deber de informarle de que … ».

Con el VI ejército reducido a condiciones muy semejantes a las de la primera guerra mundial, los soldados más antiguos se encontraron recordando la existencia del frente occidental y su humor negro. Después del frío de mediados de noviembre, un húmedo período de deshielo había sobrevenido; era el «general Barro» reapareciendo brevemente antes del «general Invierno». Algunos volvieron a las viejas prácticas de la vida en las trincheras, tales como recurrir a la única fuente segura de líquido caliente, cuando hacían sus necesidades, para enjuagarse el barro seco de las manos.

La construcción de trincheras y búnkeres variaba según las circunstancias de cada división. Aquellos que habían sido forzados a retirarse o a tomar nuevas posiciones tenían por delante un trabajo duro, que, en buena parte, era realizado por los *hiwis* y otros prisioneros rusos. Los alemanes habían aprendido de la lucha en las calles de Stalingrado. Cavaron búnkeres bajo los tanques inutilizados e hicieron un uso mejor de las características existentes. Pero los primeros días después del cerco, el suelo estaba todavía congelado, e incluso las hogueras surtían poco efecto en ablandar la tierra antes de comenzar a cavar. En la estepa, la mayor carencia era de madera tanto para las hogueras como para las vigas para cubrir los búnkeres de tierra. Las casas campesinas cercanas a la línea del frente no duraron mucho. Los habitantes que habían ya acumulado paja en torno a sus casas, con una capa de tablones y troncos para aislarlas durante el invierno, se vieron pronto desalojados. Si se hubieran quedado, habrían visto a los soldados desmantelando rápidamente sus casas, para tomar los tablones, las vigas, puertas e incluso las ventanas para mejorar sus refugios.

Los soldados, habiendo demolido las casas de los civiles, manifestaron un deseo instintivo de convertir sus refugios en un nuevo hogar. Las trincheras de comunicación revestidas y los terraplenes alrededor de las entradas a los búnkeres no permitían hacerse una idea de lo que uno podía encontrar dentro. Construyeron bastidores para postales o fotos entrañables. Algunas cosas eran siempre respetadas. Nadie tocaba o insultaba la fotografía de la esposa o hijos de un compañero. Los oficiales se aseguraban de que tenían bancos y una mesa. El general Edler von Daniels, comandante de la 367ª división de infantería, tenía un complejo de búnker diseñado por uno de su estado mayor con planos de arquitectura impecables después de que se mudó a su nueva posición en el flanco sudoeste. El oficial superior del doctor Kart Reuber, el sacerdote que servía como médico, tenía un búnker particularmente grande donde podía caber un piano que había sido abandonado por otra división. Y allí, en el subsuelo, imperceptible en la superficie y amortiguado por las paredes de tierra, tocaba a Bach, Händel, Mozart y la sonata Patética de Beethoven. Su interpretación era bella, pero también, al parecer, obsesiva. «El oficial al mando tocaba, aun cuando las paredes temblaban con el bombardeo y el suelo se deslizaba». Incluso siguió tocando cuando los oficiales vinieron a informarle del combate en el exterior.

Algunas unidades fueron lo bastante afortunadas como para retener sus antiguas posiciones. La 297ª división de infantería, al sur de Stalingrado, había terminado su complejo sanatorio subterráneo antes de la ofensiva rusa. Temían que pudieran perder, junto con todo el equipo hospitalario, las camas, la vajilla y la cuchillería traída en tren desde Alemania. Pero cuando la línea del frente del *Kessel* quedó establecida, su precioso hospital, para alivio suyo, quedó apenas a unos pocos kilómetros tras la nueva línea del frente.

Muchos soldados todavía no habían recibido la ropa de invierno adecuada antes del cerco, de modo que recurrieron a la improvisación con diferentes grados de éxito.

Bajo sus uniformes, cada vez más soldados utilizaban prendas del uniforme soviético: túnicas sin botones y pantalones bombachos acolchados. En las heladas fuertes, un casco de acero era como el compartimento de una nevera, de modo que utilizaban polainas, bufandas e incluso vendajes rusos para el pie enrollados alrededor de la cabeza como aislantes térmicos. Su desesperación por obtener guantes de piel los llevó a matar a perros vagabundos y a desollarlos. Algunos trataron incluso de hacerse túnicas de piel de caballo del matadero curtida chapuceramente, pero la mayoría de estos artículos eran incómodos, a no ser que pudieran comprar la ayuda de un antiguo talabartero o zapatero.

Las condiciones más insalubres tendían a presentarse en aquellas unidades que habían sido forzadas por los ataques soviéticos a tomar una nueva posición en plena estepa en el extremo occidental del recién formado *Kessel*. El oficial de artillería que tuvo que retirarse al otro lado del Don escribió en su diario: «Miserablemente helado en la noche. ¿Cuánto tiempo se espera que durmamos a la intemperie? El cuerpo no soportará mucho más. Y encima de eso ¡la suciedad y los piojos!». En esas condiciones, las tropas no habían tenido aún oportunidad de cavar trincheras de comunicación ni letrinas. Los soldados estaban durmiendo, amontonados como sardinas, en huecos en el suelo cubiertos de lona impermeable. Las infecciones se propagaban rápidamente. La disentería pronto tendría un efecto enervante y desmoralizador, pues los soldados debilitados defecaban en cuclillas sobre las palas en sus trincheras, lanzando después el contenido por encima del parapeto.

Los que escribían cartas con frecuencia les ahorraban a sus familiares toda la sordidez de sus vidas. «Nos acuclillamos juntos –escribió Kurt Reuber- en un hueco cavado en la ladera de un barranco en la estepa. El refugio más pobre y peor equipado. Polvo y arcilla. Nada se puede hacer con él. Apenas hay madera para los búnkeres. Estamos rodeados por un triste paisaje, monótono y melancólico. El clima de invierno varía en distintos grados de frío. La nieve, la densa lluvia, la helada y luego el repentino deshielo. Por la noche los ratones corren sobre tu cara».

Durante los caóticos días del cerco, con el constante movimiento, comenzó realmente la progresiva infestación de la ropa. «La plaga de piojos fue temible –escribió un cabo del regimiento blindado- porque no teníamos oportunidad de lavarnos, cambiarnos ni matarlos. En mi casco encontré unos doscientos de estos fieles animalejos». Un soldado desconocido se sintió motivado a escribir una nueva versión de una canción popular:

A la luz de una linterna
En la casita
Me siento todas las noches
Buscando un piojo …

Durante las largas noches del invierno ruso muchas oportunidades para las conversaciones sobre la familia y sobre cuánto mejor había sido la vida antes de venir a Rusia. En la 376ª división de infantería, lamentaban su partida de Angulema hacia el *Ostfront*, dejando atrás los cafés, el vino barato y las muchachas francesas. Otros pensamientos iban más atrás, a la triunfante bienvenida al regresar a casa en el verano de 1940. Las multitudes que los saludaban, los besos y la adulación, habían sido inspirados en gran parte por la idea de que la lucha estaba concluida. La gran mayoría del país había vitoreado a Hitler por haberlos conducido a una corta guerra victoriosa con tan pocas bajas.

Con frecuencia, cuando los pensamientos viajaban a casa, las armónicas tocaban melodías sentimentales en el búnker. Después de tan espectacular giro de la fortuna, los hombres atendían a los rumores mucho más que antes, con constantes preguntas y especulaciones mal informadas. Incluso los oficiales tenían poca idea de la verdadera situación. Otro tema, relacionado con las posibilidades de escapar, era la herida perfecta que no significara la invalidez ni fuera demasiado dolorosa, pero que todavía sirviera para que sus receptor fuera evacuado por aire. Los camaradas que habían salido de licencia justo antes del cerco eran considerados con admirada envidia, mientras que los que habían regresado en ese momento encontraban bromas bondadosas, pero sin duda muy provocadoras. Una persona que nunca se quejó de su mala suerte fue Kart Reuber. Había vuelto a su unidad dos días antes de que se cerrara el *Kessel*. Pronto resultaría difícil decir qué servicios serían más necesarios, si los del doctor o los del sacerdote.

Los alemanes sitiados suponían que los soldados del Ejército Rojo frente a ellos casi no carecían de nada, se tratara de rancho o de abrigo, pero esta imagen con frecuencia era inexacta. «Debido a las malas comunicaciones, la comida no llega a tiempo a los soldados en el frente», decía uno de los informes del frente del Don. Otro decía: «El fallo de oficiales y comisarios en usar los búnkeres para dar cobijo a los soldados ha hecho que muchos hombres tuvieran que ser enviados al hospital por congelamiento, principalmente en los pies».

Los soldados soviéticos mejor equipados eran los francotiradores. Prácticamente casi nada se les negaba. En los campos nevados de la estepa con sus trajes de camuflaje, operaban en parejas, uno con un telescopio y el otro con un fusil de largo alcance. Se arrastraban por la noche en tierra de nadie, donde abrían huecos en la nieve y escondrijos desde los cuales observaban y disparaban. Su tasa de bajas era más alta que en la ciudad, porque tenían pocas opciones de ocultarse y líneas de escape. Pero el «movimiento de francotiradores» todavía atraía más voluntarios de los que podía entrenar o utilizar.

Todo problema dilatado de la moral de las tropas usualmente reflejaba la indiferencia de las autoridades soviéticas hacia el soldado individual. La obsesión por el secreto hizo que los hombres no implicados directamente en la operación Urano no se les dijera nada de ella sino hasta cinco días *después* de su inicio. A primera vista, el aspecto más sorprendente de esta época triunfal es el número de desertores del Ejército Rojo que continuaron pasándose a las líneas del ejército alemán rodeado, entrando así en una trampa, pero esta paradoja parece explicable principalmente por una mezcla de ignorancia y desconfianza. El coronel Tulpanov, el oficial de la NKVD a cargo de reclutar oficiales alemanes, admitía abiertamente ante uno de sus prisioneros estrella, el piloto de combate Heinrich von Einsiedl, que: «Estos rusos estaban muy sorprendidos de escuchar de los alemanes la misma historia que había sido difundida por su propia propaganda. No habían creído que los alemanes estuvieran cercados».

Zhukov, de modo característico, iba al grano cuando definía el cerco del VI ejército como «una tremenda educación para la victoria para nuestras tropas». Grossman también estaba en lo correcto al escribir: «La moral de nuestros soldados nunca había estado tan alta». (Resulta interesante, que ninguno de estos comentarios confirmara exactamente la línea de la propaganda oficial soviética de que «la moral de un ejército depende del orden socialmente justo y progresivo de la sociedad que defiende»).

Los soldados del ejército enemigo disfrutaban del previsible placer de provocar a quienes hace tan poco los provocaban. Algunas compañías enviaban a una patrulla por la noche con un espantapájaros elegantemente vestido de Hitler. Entonces lo izaban en

tierra de nadie, y colocaban un cartel invitando a los *Landser* a dispararle. El espantapájaros contenía una trampa explosiva de un par de granadas, para el caso de que un oficial alemán enviara a una patrulla a retirarlo la noche siguiente. Sobre una base más organizada, las compañías de propaganda de la NKVD pusieron sus altavoces. Durante horas sin fin, los altavoces tocaban a todo volumen música de tango, que se consideraba que transmitía un ánimo adecuadamente siniestro, intercalando mensajes preparados en discos de gramófono para recordar a las tropas sitiadas su desesperada situación. Primero, sus actividades tuvieron poca influencia, pero más tarde, cuando las esperanzas alemanas comenzaron a desvanecerse, el efecto se hizo acumulativo.

El Ejército Rojo, que se percató de que los alemanes tenían que economizar los proyectiles de artillería, porque eran pesados de llevar por aire, se dedicaron a los ataques de sondeo tratando de provocar una réplica. Las tropas que trabajaban en exceso en este momento eran las compañías de reconocimiento de las divisiones que servían como guías para estas incursiones. «Éramos como gitanos, aquí hoy, mañana ya no», recordaba un oficial que fue uno de los cinco supervivientes de la compañía original de 114 hombres. Las patrullas, normalmente de cinco o seis hombres, penetraban en el *Kessel* y se ocultaban cerca de los caminos con trajes blancos de camuflaje para la nieve a fin de observar los movimientos de tráfico y de tropas. A su vuelta, capturaban una «lengua» para interrogatorio.

La actividad de patrullaje era particularmente intensa en los flancos del sudoeste del *Kessel*. Los comandantes soviéticos estaban seguros de que los alemanes harían un intento de atacar, y deseaban estar prevenidos. La estepa plana y cubierta de nieve, con nidos de ametralladora disfrutando de buenos campos de tiro, era peligrosa para las patrullas de reconocimiento. En una ocasión, a inicios de diciembre, no obstante, un grupo de reconocimiento, respaldado por un grupo de ataque, se deslizó hasta las trincheras opuestas sólo para encontrarlas vacías. Los alemanes se habían retirado a los búnkeres más abrigados detrás. Después de que los primeros infantes rusos habían explorado las trincheras y los búnkeres de fuego sin ser molestados, el comandante del grupo de reconocimiento inspeccionó el botín, que incluía un largo abrigo de piel de oveja. Después, junto al teléfono de campaña, descubrió «un vaso blanco con una rosa». Parecía incomparablemente bello porque no había visto un objeto completamente civil durante mucho tiempo. Pero el comandante de la compañía llegó entonces y decidió, demasiado ambiciosamente para una fuerza tan pequeña, tratar de apoderarse de más territorio. Una vez que avanzaron, todo empeoró rápidamente. Los alemanes respondieron con sus tanques, y su propia artillería se negó a disparar para apoyarlos porque no había recibido órdenes a través de la cadena de mandos adecuada. Se dio una lucha muy confusa, y mientras el grupo de reconocimiento se retiraba, el joven comandante recibió una grave herida en la pierna de una explosión de bomba. Cuando yacía en la nieve mirando la sangre en su traje blanco de camuflaje, pensó en el vaso con la rosa.

A veces, cuando los grupos rusos y alemanes de reconocimiento se cruzaban de noche en tierra de nadie, pretendían no haberse visto. Cada uno tenía órdenes de no ser desviado de su tarea por un tiroteo. Si, pese a ello, los grupos se enfrentaban, la lucha se hacía con frecuencia en un silencio mortal, con cuchillos y bayonetas. «Después que maté a un alemán con un cuchillo por primera vez –recordaba un comandante de patrulla rusa de reconocimiento de la infantería de marina- lo vi en mis sueños durante tres semanas». Uno de los más grandes peligros, sin embargo, era volver a las propias líneas lejos de donde se le esperaba.

Afortunadamente para las tropas rusas, las deficiencias de ropa de invierno, que habían sido serias, fueron subsanadas después de la exitosa culminación de la operación

Urano. Casi todos los soldados recibieron guantes de piel de conejo, chaquetas forradas, chalecos de piel de oveja y una *ushanka* de piel gris a la que transfirieron la estrella roja de su gorra de verano.

Un constante flujo de nuevas tropas fortaleció las divisiones. Para el *ingénu*, unirse a una patrulla de soldados fogueados en la batalla era siempre intimidante, pero aprovecharse de su experiencia ofrecía una mejor oportunidad de supervivencia que unirse a una formación sin experiencia. Una vez el nuevo soldado había aceptado que su posibilidad de sobrevivir era relativa antes que absoluta, y aprendía a vivir al minuto, la tensión cesaba.

Para un joven ciudadano soviético, la experiencia más chocante no era la rudeza de la soldadesca, sino la forma franca de hablar de los *frontoviki* sobre los temas políticos. Muchos se expresaban de un modo que llevaba a los recién llegados a mirar sobresaltados a su espalda. Afirmaban que la vida después de la guerra debía ser diferente. La terrible existencia de aquellos que trabajaban en las granjas colectivas y en fábricas debía mejorar, y los privilegios de la *nomenklatura* ser restringidos.

En esta etapa de la guerra, el riesgo de ser denunciado en el frente era realmente ínfimo. Como dijo un veterano: «Un soldado sentía que, habiendo pagado con sangre, tenía el derecho a la libre expresión». Tenía que ser más cuidadoso si se le evacuaba a un hospital de campaña, donde los informantes y funcionarios políticos vigilaban cualquier crítica al régimen. (El peligro volvió al frente hacia el fin de la guerra durante el avance en Alemania. La tarea del ejército estaba casi terminada, y los departamentos especiales de la NKVD, para entonces SMERSH, no perdieron el tiempo en imponer el terror estalinista).

Los soldados se atormentaban hablando de comidas caseras, así como con sus ensoñaciones. Algunas patrullas eran lo bastante afortunadas como para tener un contador de historias que inventara modernos cuentos de hadas. Jugaban a las cartas (aunque estaba oficialmente prohibido) y al ajedrez. Ahora que estaban en posiciones fijas por un corto tiempo, valía la pena tallar las piezas apropiadas y confeccionar un tablero. La mayoría de ellos se complacían recordando el pasado. Los moscovitas hablaban constantemente de su ciudad natal, no tanto para impresionar a sus camaradas de las provincias, sino por genuina nostalgia en la aridez de la estepa.

Escribir a casa era «muy difícil», confesó un teniente de la infantería de marina. Era «imposible» decir la verdad. «Los soldados en el frente nunca enviaban malas noticias a casa». Sus padres guardaban todas las cartas y cuando las releyó después de la guerra, encontró que no tenían ninguna información sobre la guerra. En general, una carta familiar comenzaba usualmente como un ejercicio para tranquilizar a las madres: «Estoy vivo y saludable, y comemos bien», pero el efecto quedaba bastante diluido con los comentarios subsiguientes al manifestar que estaban listos para sacrificar sus vidas por la patria.

En las patrullas había anécdotas, bromas y burlas, pero éstas, al parecer, rara vez eran crueles entre los que tenían el mismo rango. Sorprendentemente la grosería brillaba por su ausencia. Hablaban de muchachas «sólo cuando estaban de un humor especial», lo que significaba cuando su sentimentalidad se veía estimulada por una ración de vodka o algunas canciones. Se suponía que cada compañía tenía al menos una concertina con el propósito de mantener la moral. La canción del Ejército Rojo en Stalingrado en las últimas semanas de 1942 era *Zemlianka* («El refugio subterráneo»), la equivalente rusa de *Lili Marlene*, con una melodía cadenciosa parecida. Esta canción pegadiza que Alexei Surkov escribió el invierno anterior (a veces también llamada «Cuatro pasos a la muerte», por su verso más famoso) fue condenada inicialmente por ser ideológicamente errónea a causa de su «excesivo pesimismo». Pero *Zemlianka*

resultó tan popular entre las tropas de la línea del frente que los comisarios tuvieron que hacer la vista gorda.

El fuego chisporrotea en la estufa
Del tronco lagrimea la resina
Y la concertina en el refugio
Canta tu sonrisa y tus ojos.

Los bosques de Moscú me hablan de ti
Por el blanco campo nevado.
Ojalá pudieras escuchar
Cuán triste es mi viva voz.

Estás ahora muy lejos
Nos separa la nieve infinita
Llegar a ti es tan difícil,
Y aquí estoy a cuatro pasos de la muerte.

Canta concertina, desafía a la ventisca,
Llama a la felicidad que ha perdido el camino.
Tu inextinguible amor
Me abriga en esta fría choza.

Dentro del *Kessel*, la disciplina del VI ejército se mantenía rígidamente. Hitler, entretanto, en un típico intento de asegurar la lealtad, comenzó a ser generoso con las promociones y medallas. Paulus fue ascendido a capitán general.

Para los soldados, la mayor fuente de consuelo era la promesa del Führer de que lo haría todo para procurar su liberación. El general Strecker, en efecto, estaba convencido de que los soldados se quejaban extraordinariamente poco por la drástica reducción de sus raciones a causa de que estaban convencidos de que pronto los rescatarían. Durante una de sus visitas a la línea del frente, un centinela levantó una mano al escuchar los disparos de la artillería en la distancia. «Escuche, *Herr General* –dijo-. Estos deben de ser nuestros salvadores acercándose». Strecker se sintió muy afectado. «La fe de un soldado raso alemán da ánimos», comentó.

Incluso los oficiales antinazis no podían creer que Hitler se atrevería a abandonar al VI ejército. El golpe para el régimen y para la moral en Alemania sería demasiado grande, pensaban. También la cercanía de la Navidad y el Año Nuevo estimulaban la idea de que las cosas cambiarían para mejor. Incluso el escéptico Groscurth estaba más optimista. «Las cosas parecen un poco menos desoladas –escribió- y uno puede ahora esperar que saldremos del atolladero». Pero todavía se refería a Stalingrado como la «*Schicksalsstadt*», «la ciudad fatídica».

- 18 -

«*Der Manstein Kommt!*»

El primer fin de semana de diciembre comenzó a nevar intensamente. La nieve llenaba las *balkas*, forzando a los que vivían en las cuevas excavadas en sus laderas a abrirse una salida. Había poco combustible para los vehículos, y los caballos que arrastraban los carros con el rancho estaban tan famélicos que su fuerza tenía que economizarse en las montañas más bajas. El capellán Altmann, de la 113ª división de infantería, después de cabalgar en uno de ellos, anotó: «No puedo quedarme sentado, porque el caballo está tan mal alimentado que no puede soportar el más mínimo esfuerzo».

Sobre todo sorprendió a Altmann la patética juventud de los soldados del regimiento que estaba visitando. Su primera pregunta era completamente previsible: «¿Cuándo vamos a tener más de comer?». También advirtió que aunque era sólo la segunda semana de diciembre, «ya sus maltrechos búnkeres en medio de la estepa pelada tienen adornos navideños». En el cuartel general del batallón, recibió una llamada telefónica que le avisaba de una tarea poco navideña: «Mañana al amanecer, ejecución de un soldado alemán (de 19 años, herida autoinflingida)».

Aunque todos los soldados sufrían mucho por el hambre, la mayoría todavía no se hacía una idea del problema de suministro que tenía el VI ejército. Hitler, cuando ordenó a Paulus que permaneciera en su puesto, había prometido que más de cien aviones de carga Junkers 52 llevarían las provisiones, aunque durante la primera semana de operaciones del puente aéreo desde el 23 de noviembre los viajes no llegaron ni a treinta vuelos diarios. El 24 de noviembre, debido a la acción del enemigo y a los accidentes, se perdieron veintidós aviones de carga, y otros nueve fueron derribados el día siguiente. Los Heinkel 111 tuvieron que ser apartados de las misiones de bombardeo

en un intento desesperado de compensar las pérdidas. Richthofen llamó a Jeschonnek tres veces en un intento de convencerlo de que carecían de aviones para aprovisionar al VI ejército por aire. No se podía establecer contacto con Goering. Había ido a Paris.

El puente aéreo no transportó ni siquiera el mínimo de las 300 toneladas diarias prometidas. Sólo 350 toneladas llegaron durante el curso de toda la semana. De estas 350 toneladas, había sólo 14 toneladas de alimentos para un número de raciones reducido entonces a 275.000. Tres cuartos de toda la carga consistía en combustible, del que parte era para los aviones de la propia Luftwaffe estacionados en Pitomnik para proteger los aviones de carga de los cazas rusos. Los Messerschmitts en la base de Pitomnik, sin embargo, se veían ahora ante pavorosas contingencias, así como en condiciones de vuelo a menudo espantosas. Un piloto capturado dijo a su interrogador de la NKVD que, volando desde Pitomnik como escolta, su M-109 había sido atacado por seis cazas rusos.

En la segunda semana hasta el 6 de diciembre, llegaron 512 toneladas (todavía menos de un cuarto del mínimo), traídas por un promedio de 44 aviones de carga diarios. Sólo 24 toneladas eran alimentos. Más animales de tiro tuvieron que ser sacrificados para compensar la escasez. Los soldados veían que sus raciones iban disminuyendo con rapidez, pero estaban convencidos de que la situación no duraría. Admiraban la valentía de los tripulantes de la Luftwaffe y desarrollaron un gran afecto por «*Tante Ju*», los trimotores Junkers que evacuaban a los camaradas heridos y llevaban las cartas a sus familias en Alemania. «Estoy bien y con salud –escribían en diciembre, tranquilizando a sus familias en casa-. Nada peor puede ocurrir», era el estribillo constante. «No os preocupéis por mí, pronto estaré en casa sano y salvo». Todavía esperaban un milagro para Navidad.

Stalin, entretanto, había estado esperando un segundo golpe decisivo, casi inmediatamente después del cerco del VI ejército. La operación Urano había sido vista en la *Stavka* como la primera parte de una estrategia magistral. La segunda y más ambiciosa fase sería la operación Saturno. Esto requería una ofensiva repentina por los ejércitos de los frentes del sudoeste y de Voronezh, que aplastara al 8º ejército italiano para avanzar hacia el sur, hasta Rostov. La idea era aislar al resto del grupo de ejércitos del Don y acorralar al 1er ejército blindado y al 17º ejército en el Cáucaso.

Incluso antes de que el VI ejército comenzara a atacar en la estepa entre el Don y el Volga, Vasilevski había estado debatiendo el siguiente paso con los comandantes de los frentes sudoeste y de Voronezh. Presentó su proyecto inicial a Stalin la noche del 26 de noviembre. La fecha inicial calculada para la operación, con previsión del traslado y el reforzamiento, era el 10 de septiembre. Stalin estuvo de acuerdo, y le dijo que prosiguiera. Una preocupación más inmediata, sin embargo, tenía que ser atendida primero. Esta era la cuestión de cómo Manstein actuaría para salvar al VI ejército.

Stalin comenzó a sufrir de un característico ataque de impaciencia. Deseaba que todo ocurriera de una vez, tanto la operación Saturno como la rápida destrucción del VI ejército. Había ya dado órdenes para que el 2º ejército de guardias, la fuerza más poderosa del Ejército Rojo, se trasladara al oeste de Stalingrado, listo para el ataque contra Rostov. Pero como Vasilevski descubrió en la primera semana de diciembre, incluso con siete ejércitos soviéticos desplegados contra ellas, las divisiones de Paulus iban a ser más difíciles de destruir de lo que habían pensado.

El 28 de noviembre, Stalin pidió a Zhukov una apreciación de las intenciones del enemigo. Zhukov envió su informe al día siguiente. «Las fuerzas alemanas acorraladas no tratarán probablemente de romper el cerco sin la ayuda de una tropa de refuerzo

procedente de Nizhne-Chirskaia y Kotelnikovo», escribió. Sus predicciones resultaron exactas, pero un estudio en detalle de la situación mostraba que esta era la única opción practicable. Después de enviar esta respuesta a Stalin, Zhukov debatió la situación con Vasilevski, a quien ahora Stalin había dicho que centrara su atención en el sometimiento del VI ejército. Los dos generales acordaron en privado que tendrían probablemente que posponer la operación Saturno y en cambio considerar una operación Pequeño Saturno. El plan sería aplastar la retaguardia y el flanco del grupo de ejércitos del Don de Manstein. Esto haría que cualquier avance para auxiliar a Stalingrado sufriera una abrupta interrupción.

El plan de Manstein para rescatar al VI ejército –la operación Tormenta de Invierno- fue desarrollado con una consulta punto por punto con el cuartel general del Führer. (Véase el mapa 5). Su objetivo era penetrar hasta el VI ejército y establecer un corredor para proporcionarle suministros y refuerzos, de modo que, según la orden de Hitler, pudiera mantener la posición de «piedra angular» en el Volga, «con relación a las operaciones de 1943». Manstein, sin embargo, que sabía que el VI ejército no podía sobrevivir al invierno allí, instruyó a su cuartel general para trazar un plan más amplio en el caso de que Hitler entrara en razón. Esto incluiría un posterior escape del VI ejército para el caso de que la primera fase tuviera éxito, y su reincorporación física al grupo de ejércitos del Don. Este segundo plan recibió el nombre de operación Trueno.

Tormenta de Invierno, como había predicho Zhukov, estaba planeada originalmente como un ataque sobre dos flancos. Una incursión vendría desde el área de Kotelnikovo, bastante al sur, y a unos 160 km del VI ejército. La otra comenzaría desde el frente de Chir al oeste del Don, que estaba a poco más de 65 km desde el borde del *Kessel*, pero los continuos ataques del 5º ejército de tanques de Romanenko contra los destacamentos alemanes a lo largo del río Chir descartaban esa línea de salida. Esto dejaba sólo el LVII cuerpo blindado alrededor de Kotelnikovo, apoyado por el resto del muy heterogéneo 4º ejército blindado de Hoth, para auxiliar a las divisiones acorraladas de Paulus.

El LVII cuerpo blindado, mandado por el general Friedrich Kirchner, había sido débil primero. Consistía en dos divisiones de caballería rumanas y la 23ª división blindada, que juntó no más de 30 tanques útiles. La 6ª división blindada, que llegó de Francia, era una formación mucho más poderosa, pero sus miembros difícilmente recibieron una impresión reconfortante. El comandante austriaco de la división, el general Erhard Raus, fue convocado al vagón real de Manstein en la estación de Jarkov el 24 de noviembre, donde el mariscal de campo le dio un informe. «Describió la situación en términos muy sombríos», escribió Raus. Tres días más tarde, cuando el primer tren de carga de la división de Raus llegó humeando a la estación de Kotelnikovo para descargar, sus tropas fueron saludadas por «una salva de bombas» de las baterías soviéticas. «Rápidos como relámpagos, los granaderos blindados saltaron de los vagones. Pero ya el enemigo estaba atacando la estación con gritos de batalla de "*Urrah!*"».

Hoth estaba realmente contento de ver a la 6ª división blindada. Había sido reacondicionada en Bretaña, y estaba completamente reforzada, con 160 largos cañones blindados Mark IV y cuarenta cañones ligeros. La división pronto tuvo una oportunidad de probar su nuevo equipo. El 3 de diciembre, participó en un combate salvaje con el 4º ejército soviético de caballería cerca de la aldea de Pajlevin, 11 km al noroeste de Kotelnikovo. Los tripulantes de los blindados, eufóricos cuando las orugas de sus tanques crujían sobre la capa de hielo, aislaron con una carga acorazada a la 81ª división

de caballería, inflingiéndole grandes bajas. El general Raus, complacido con el resultado, se refirió al combate como la «Cannas de Pajlebin». La llegada de la división de Raus confirmó la sospecha de Yeremenko de que los alemanes estaban a punto de atacar al nordeste desde Kotelnikovo, y sin embargo Stalin todavía se negaba a transferir reservas al sector amenazado.

También el 3 de diciembre, Hoth planteó su propuesta para «Tormenta de Invierno», que comenzaba: «Propósito: que el 4º ejército auxilie al VI ejército», pero se perdió un tiempo precioso. La 17ª división blindada, que debía completar su fuerza de ataque, se había mantenido atrás por orden del cuartel general del Führer, como reserva tras el 8º ejército italiano. Al final no se unió a la fuerza de Hoth sino hasta diez días después de que la operación hubo comenzado. Hitler sin embargo insistió en que no se debía perder más tiempo. Estaba también impaciente por descubrir cómo actuaría el nuevo tanque Tigre, con su cañón de 88 mm. El primer batallón en se formado había sido enviado a toda prisa al *Ostfront* y agregado a la fuerza de Kirchner. En la noche del 10 de diciembre, los comandantes recibieron la «Orden para el ataque de liberación de Stalingrado».

El 12 de diciembre, después de un breve bombardeo de artillería, los blindados de Hoth atacaron en el norte. Los soldados dentro del *Kessel* escuchaban ávidamente el fragor distante del combate. La confianza parecía ilimitada. Los rumores emocionantes corrían por todo el VI ejército. «¡Que viene Manstein!», se dijeron unos a otros los soldados, casi como si fuera el saludo pascual de la Iglesia ortodoxa. Para los hitlerianos, los distantes cañonazos eran la prueba una vez más de que el Führer siempre cumplía su palabra.

Hitler, sin embargo, no tenía la menor intención de permitir que el VI ejército escapara. En la conferencia del mediodía en la *Wolfsschanze*, dijo a Zeitzler que era imposible retirarse de Stalingrado porque esto significaba sacrificar «el significado entero de la campaña» y sostenía que demasiada sangre se había derramado. Como Kluge le había advertido a Manstein, todavía estaba obsesionado con los hechos del invierno anterior y su orden al grupo de ejércitos del centro de aguantar firme. «Una vez que una unidad ha comenzado a fugarse –sermoneaba al jefe del estado mayor del ejército-, los nexos de la ley y el orden desaparecen rápidamente en el curso de la fuga».

Los comandantes soviéticos no esperaban que la ofensiva de Manstein se iniciara tan rápido. Yeremenko inmediatamente temió por el 57º ejército, que defendía el ángulo sudoeste del *Kessel*. Vasilevski estaba en el cuartel general del 51º ejército con Jruschov el 12 de diciembre, cuando las noticias del ataque alemán fueron recibidas en un mensaje de radio. Trató de llamar a Stalin en Moscú, pero no pudo comunicarse. No queriendo perder ni un momento, se puso en contacto con el general Rokossovski, comandante del frente del Don, y le dijo que deseaba transferir el 2º ejército de guardias de Rodino Malinovski al mando del frente de Stalingrado para bloquear la ofensiva de Manstein. Rokossovski protestó enérgicamente, y Vasilevski supo consternado, cuando finalmente se comunicó con el Kremlin por teléfono esa noche, que Stalin estaba irritado por lo que consideraba un intento de forzarlo a tomar decisión. Rehusó dar una respuesta y obligó a Vasilevski a pasar una ansiosa noche.

Entretanto, Yeremenko había ordenado que el 4º cuerpo mecanizado y el 13º cuerpo de tanques bloquearan el avance precipitado de los acorazados alemanes. La 6ª división blindada avanzó unos 50 km en las primeras veinticuatro horas, cruzando el río Axai. Finalmente, después de las discusiones en el Kremlin que duraron hasta las

primeras horas del día siguiente, y más llamadas telefónicas a Vasilevski, Stalin aceptó que se transfiriera el 2º ejército de guardias en dos días.

En el segundo día de la ofensiva, la 6ª división blindada llegó a Verjne-Kumski. Comenzó a caer la lluvia trayendo un breve deshielo. En la tierra alta que rodeaba la aldea comenzó lo que el general Raus denominó «un descomunal partido de lucha». Esta furiosa «batalla giratoria» se hizo costosa. Resultó un éxito localmente –las divisiones de Hoth y los tanques Tigre avanzaron a la línea del Mishkova una vez que llegó la 17ª división blindada y Richthofen puso el máximo apoyo aéreo-, pero los acontecimientos pronto resultaron irrelevantes para la suerte del VI ejército, que estaba siendo decidida a unos 200 km al norte.

Stalin rápidamente se percató de que Zhukov y Vasilevski habían estado en lo correcto. La manera más efectiva de aplastar todo el intento de auxiliar al ejército de Paulus era bloquear el avance de Hoth sobre el Mishkova, mientras se daba un golpe decisivo en otra parte. Aceptó la idea de adaptar la operación Saturno. Las órdenes fueron preparadas el primer día de lucha en Verjne-Kumski, instruyendo a los comandantes del frente de Voronezh y del sudoeste para que se prepararan a lanzar una versión corregida llamada Pequeño Saturno. El plan era penetrar a través del 8º ejército italiano en la retaguardia del grupo de ejércitos del Don, antes que ir contra Rostov. Sus ejércitos debían estar listos para atacar en el plazo de tres días.

Yeremenko estaba todavía nervioso. Con el cuerpo blindado de Hoth en la línea del río Mishkova, la 6ª división blindada estaba a menos de 65 km del borde del *Kessel*, y el 2º ejército de guardias, detenido por nuevas ventiscas, no estaría totalmente en posición de contraatacar antes del 19 de diciembre. Suponía que las fuerzas blindadas del VI ejército irrumpirían desde el sudoeste del *Kessel* de un momento a otro, pero no sabía que Hitler todavía se negaba a permitirlo y que los setenta tanques que le quedaban a Paulus sólo tenían suficiente combustible para avanzar 20 km.

El 19 de diciembre, el mariscal de campo Von Manstein envió por avión al *Kessel* al mayor Eximan, su oficial de inteligencia. Su misión, según Manstein afirmó después, era informar a Paulus y Schmidt de que prepararan al VI ejército para la operación Trueno. Las versiones diferentes y las diversas interpretaciones de lo que fue dicho en esa reunión nunca se aclararán. Es evidente, no obstante, que Manstein todavía evitaba asumir la responsabilidad de desobedecer a Hitler. No daría a Paulus una directiva clara, y rehusó –sin duda, por razones de seguridad- volar al *Kessel* para debatir la cuestión cara a cara. Sin embargo, Manstein debió de haber sabido desde el comienzo que Paulus, un firme creyente en la cadena de mandos, nunca habría escapado sin una orden formal del alto mando. Los esfuerzos de Manstein en sus memorias por exculparse de cualquier responsabilidad por el destino del VI ejército son curiosamente exagerados así como injustos con Paulus. Parecía sufrir de mala conciencia, aunque nadie lo culpaba.

El 16 de diciembre, sólo a cuatro días de la ofensiva de Hoth, el 1º y el 3º ejércitos de guardias, así como el 6º ejército soviético situado más allá del Don, atacaron hacia el sur. Estorbados por la espesa niebla helada, sus formaciones de tanques tropezaron con campos de minas; la operación soviética no tubo un buen comienzo. En dos días, no obstante, el 8º ejército italiano se había derrumbado después de algunos actos de encarnizada resistencia. No había reservas para un contraataque, ahora que la 17ª división blindada se había unido a la operación de Hoth al este del Don, de modo que las columnas de tanques soviéticas irrumpieron rumbo al sur en plena estepa cubierta de nieve. La gran helada que se inició en la región el 16 de noviembre (sic) apenas impidió

a las brigadas de T-34 irrumpir en la retaguardia del grupo de ejércitos del Don. Los enlaces y estaciones de ferrocarril fueron capturados poco después de que los vagones llenos de equipos hubieran sido incendiados antes de huir por las tropas de refuerzo alemanas.

La amenaza más grave para los alemanes fue el avance de 240 km del 24º cuerpo de tanques del general Vasili Mijailovich Badanov. En la tarde del 23 de noviembre (sic), invadieron Skassirskaia, justo al norte de Tatsinskaia, la principal base de Junkers 52 de Stalingrado. El general Fiebig había recibido una orden del cuartel general del Führer de que sus aviones no abandonaran el aeródromo hasta que no lo alcanzara el fuego de la artillería. Nadie en el séquito de Hitler parecía haber considerado la posibilidad de que una columna blindada pudiera llegar a la vera del campo y abrir fuego allí.

Fiebig y sus oficiales estaban furiosos. Siempre se podía recuperar un campo de aviación, pero si se perdían los aviones de carga, entonces el VI ejército también estaba perdido. No tenían tropas de tierra para defender «Tazi» como lo llamaba la Luftwaffe. Todo lo que podían hacer era desviar siete cañones antiaéreos para cubrir el camino, y preparar todos los aviones útiles para que despegaran a primera hora de la mañana. Había tantos que esto no resultó fácil. «Alrededor de la pista de despegue todo era un caos –anotó el jefe del estado mayor de Richthofen, que estaba presente-. Con los motores encendidos, uno apenas podía entender una palabra». Para empeorar las cosas, había una niebla bastante espesa, las nuches estaban a 45 m del suelo y caía una nieve fina.

A las 5.20, las primeras bombas estallaron. El grueso de los tanques había pasado atravesando el campo, no por el camino. Muchos pilotos, por el ruido y el caos en el aeródromo, no se percataron al principio de lo que estaba pasando, incluso cuando se prendieron dos Junkers 52. Fiebig en persona dio la orden por radio: «¡Despeguen, rumbo a Novocherkassk!». Los pilotos no perdieron el tiempo. «La huida de Tatsinskaia» había comenzado. Considerando la confusión inicial, es impresionante que hubiera tan poco pánico. Los aviones despegaron en un flujo constante, pese a la creciente tasa de bajas. Para los T-34 rusos era como una barraca de tiro en una feria. Algunos tanques soviéticos disparaban salvajemente a medida que avanzaban por la nieve. Uno incluso chocó contra un trimotor Junkers que avanzaba por la pista dispuesto a despegar. La explosión consumió en una bola de fuego a ambos vehículos. Otros numerosos aviones chocaban entre sí en la pista de despegue o fueron destruidos por el fuego de los cañones. La visibilidad empeoraba a cada minuto, y los aviones restantes tenían que superar las ruinas envueltas en llamas para escapar. Finalmente a las 6.15, la máquina del general Fiebig, la última en despegar, estaba volando. En total 108 trimotores Ju-52 y 16 trainer Ju-86 se salvaron, pero la pérdida de 72 aviones representaba aproximadamente el 10 por 100 de toda la flota de transporte de la Luftwaffe.

Badanov, después de su audaz incursión, se encontró aislado durante cinco días, soportando fuertes ataques y sin comunicaciones. Stalin no escatimaba su aprecio. La formación fue rebautizada con el título de 2º cuerpo de guardias de tanques, y Badanov fue el primero en recibir la nueva orden de Suvorov. La propaganda del Ejército Rojo aseguraba que sus tanques habían destruido 431 aviones en total, pero esta era una típicamente desorbitada exageración. El resultado importante, sin embargo, fue que Tarsinskaia nunca más fue usada para las misiones de transporte. La Luftwaffe tuvo que trasladarse más allá a un aeródromo improvisado.

El resultado de la misión de rescate ya había sido decidido. La amenaza al flanco izquierdo del grupo de ejércitos del Don, y la posibilidad de un ataque hacia Rostov (confirmada al parecer por el interrogatorio del jefe del estado mayor del 3er ejército de guardias, que fue capturado el 20 de diciembre), forzó a Manstein a reconsiderar toda su posición. Las divisiones blindadas en el Mishkova estaban también sometidas a un enérgico bombardeo, en el que la 6ª división blindada perdió 1.100 hombres en un solo día. En la noche del 23 de diciembre, el cuerpo blindado de Hoth recibió la orden de retroceder, sin ninguna explicación. El general Raus escribió: «Ahora estaba suficientemente claro hasta para el soldado más bisoño que esto significaba la derrota de Stalingrado. Aunque nadie conocía todavía las razones, los oficiales y los hombres tenían una fuerte sospecha de que algo malo debía haber pasado».

Esa misma noche, Paulus y Manstein debatieron la situación en una conferencia realizada por teletipo. Manstein advirtió que el 4º ejército blindado había encontrado una fuerte resistencia y que el ejército italiano en el flanco norte estaba destruido. Paulus preguntó si había finalmente recibido permiso para que el VI ejército se retirase. Manstein replicó que todavía no había obtenido el consentimiento del cuartel general supremo. Fue parco con los detalles. Si Paulus hubiera recibido la suficiente información para actualizar su mapa de operaciones, habría visto que el VI ejército estaba perdido.

El 16 de diciembre, un viento duro y cortante había comenzado a soplar desde el nordeste. Todo estaba helado: las líneas de telégrafo, los árboles raquíticos, las ruinas de la guerra. El suelo estaba congelado con tanta dureza que los pasos sonaban como si se caminara sobre un metal. Cuando anochecía, después de una puesta de sol de un rojo vívido, el paisaje blanco en poco tiempo se volvía de un color azul ártico. Los defensores rusos de Stalingrado dieron la bienvenida al frío como algo natural y saludable. «Ayer y hoy el invierno comenzó aquí de verdad –escribió un soldado a su esposa-. Buenas heladas. Vivo muy bien, pero sin cartas tuyas».

Nadie estaba más feliz que los miembros del 62º ejército de Chuikov en Stalingrado, después de cinco semanas de oír el terrible crujido de los témpanos de hielo en el río Volga, prácticamente innavegable, y de subsistir de una reserva de emergencia de doce toneladas de chocolate y pequeños paquetes de suministro lanzados por los bimotores U-2. El río finalmente se congeló sólidamente en la noche del 16 de diciembre, cuando los témpanos se aglomeraron en una masa y se consolidaron. Se construyó un primer sendero sobre hielo con tablas. Después se hicieron autopistas usando ramas y derramando agua sobre ellas que luego se congelaba solidificando la superficie. En el curso de las siguientes siete semanas, los vehículos de oruga, 18.000 camiones y 17.000 vehículos de otro tipo pasaron por allí. Cualquier herido podía ser ahora llevado a través del hielo directamente al hospital de campaña. Más tarde fueron remolcados los cañones hasta el margen occidental, incluidos un obús de 122 mm que era necesario para romper el punto muerto en los talleres de Octubre Rojo. Fue utilizado con una elevación mínima a una distancia corta para volar el principal edificio de oficinas que los alemanes habían convertido en una fortaleza.

Lo más afortunado de todo para el 62º ejército fue que la escasez de bombas de la artillería alemana significaba que el constante bombardeo contra los pasos del Volga no era ya posible. La misma orilla ofrecía con frecuencia un escenario pacífico. Parecía un antiguo asentamiento minero, con cabañas improvisadas y cobertizos de lona impermeable sobre los hoyos de la orilla. Cuando los hombres partían los troncos, o aserraban la madera, un cartero del regimiento pasaba bajo la helada luz del sol hacia el

cuartel general con su maleta de cuero, con la esperanza de una taza de té caliente de un samovar de cobre. Otros pasaban llevando termos con comida caliente para las tropas en posiciones de avanzada. Los soldados podían ahora ir en grupos por el hielo a los baños de vapor establecidos en el lado oriental del río, para volver limpios y despiojados a la noche siguiente.

El 19 de diciembre el general Chuikov cruzó al margen oriental del Volga por primera vez desde que trasladara su cuartel general en octubre. Cruzó el hielo a pie, y cuando llegó al otro lado, al parecer, se volvió a mirar las ruinas que su ejército había defendido. Chuikov había venido para una fiesta ofrecida por el comandante de las tropas de la NKVD, el mayor general Rogatin, en honor del vigésimo cuarto aniversario del Departamento Especial de la Cheka. Al regresar, Chuikov, que estaba muy borracho, se cayó en un hoyo en el hielo y tuvo que ser sacado del agua helada. El comandante del 62º ejército estuvo a punto de tener un fin ignominioso y antiheroito.

Mientras los rusos recibían con agrado las bajas temperaturas, los doctores del ejército de Paulus las temían por varias razones. La resistencia de sus pacientes, tanto los enfermos como los heridos, se reducía. El congelamiento de una herida abierta podía volverse rápidamente mortal. La dureza del suelo, cuando las bombas, los cohetes *Katiusha* y los morteros explotaban, parecía ser la única explicación del gran incremento de heridas estomacales que ahora se encontraban. Y desde mediados de diciembre hubo «un constante aumento de casos graves de congelamiento». No sólo había pies hinchados y amoratados (una dolencia que se trataba con ungüento, vendas vuelta al servicio), sino pies ennegrecidos y potencialmente gangrenados que con frecuencia requerían una rápida amputación.

Ya en la segunda semana de diciembre, los doctores habían comenzado a notar un fenómeno muy perturbador. Un creciente número de soldados morían súbitamente «sin haber recibido una herida o sin sufrir de una enfermedad diagnosticable». Las raciones efectivamente habían sido drásticamente reducidas, pero, para los doctores, todavía parecía demasiado pronto para que se trataran de casos de inanición. «Las presuntas causas –escribió un patólogo a cargo de la investigación- incluían frío, "agotamiento" (ninguno de los casi 600 doctores en el *Kessel* se aventuró a mencionar inanición) y sobre todo una enfermedad no identificada».

El 15 de diciembre, el doctor Girgensohn, patólogo del VI ejército que trabajaba entonces en el hospital cerca del aeródromo de Tatsinskaia, recibió la orden de volar al *Kessel* al día siguiente. «Lamentablemente, no tenemos un paracaídas sobrante para usted», le dijo el piloto cuando se presentó al día siguiente al amanecer, pero fueron obligados a retroceder. Finalmente, el 17 de diciembre, llegaron al *Kessel*. El piloto le dijo que estaban sobre Pitomnik, y Girgensohn, atisbando por la ventanilla vio «en el blanco manto de nieve un paisaje marrón repleto de cráteres».

Girgensohn encontró al general doctor Ronoldi, el oficial médico jefe, en un vagón de ferrocarril hundido en el suelo a un extremo del aeródromo. Renoldi pretendía no saber nada de la misión de Girgensohn, porque el doctor Seggel, un especialista en medicina interna de la Universidad de Leipzig, había solicitado su presencia y Renoldi, en este punto, consideraba el asunto exagerado.[*] Desde Pitomnik, Girgensohn fue llevado al hospital de campaña cerca de Gumrak y también cerca del cuartel general de Paulus. Su base era un búnker revestido de madera, excavado en la ladera de una *balka*.

[*] El general doctor Renoldi prestó más interés después. Desde su vagón de ferrocarril, describió de modo bastante escalofriante el hundimiento de la salud de los soldados en el *Kessel* como «un experimento a gran escala de los efectos del hambre».

Este lugar era en verdad «lujoso», pues contenía una estufa de hierro y dos camas dobles de litera con sábanas limpias, sorprendentemente. Era una gran diferencia con el cercano alojamiento de los heridos, que en gran parte consistía en tiendas sin calefacción con temperaturas de 20 grados bajo cero.

Girgensohn tuvo conversaciones preliminares con los oficiales médicos de las divisiones, después viajó por todo el *Kessel*, realizando autopsias en los cadáveres de soldados que habían muerto sin motivo aparente. (Tal era la escasez de madera en el yermo sin árboles que para marcar una bifurcación o un cruce en la ruta aislada por la nieve, se clavaba al revés la pata de un caballo sacrificado en un montículo de nieve. El signo táctico correspondiente y la flecha de dirección estaban pegados sobre este escalofriante hito). Las autopsias tuvieron que realizarse en diversos lugares inconvenientes: tiendas, búnkeres subterráneos, cabañas campesinas, e incluso en vagones de ferrocarril. El frío excesivo había mantenido los cadáveres en buenas condiciones, pero la mayoría estaban helados. Dada la escasez de combustible descongelarlos resultó muy difícil. Un camillero tuvo que pasar la noche dando vueltas a los cadáveres apilados alrededor de una pequeña estufa de hierro. Una vez se durmió, y el resultado fue «un cadáver helado por un lado y asado por el otro».

Tan fuerte era el frío que ponerse los guantes de goma era difícil y doloroso para Girgensohn. Cada noche mecanografiaba los resultados a la luz de una vela. Pese a esas dificultades, que comprendían ataques aéreos y bombardeos de la artillería soviética. Girgensohn logró realizar cincuenta autopsias para el fin del mes. Exactamente en al mitad de la muestra encontró signos de muerte por inanición: atrofia del corazón y del hígado, una ausencia total de tejido graso, una drástica reducción del músculo.

En un intento de compensar la dieta baja en calorías de pan y «*Wasser-zuppe*» con unos trocitos de carne de caballo, el grupo de ejércitos del Don trajo pequeñas latas de pasta de carne con alto contenido de grasa, pero esto resultó contraproducente. Con mucha frecuencia, cuando un sargento hacía su ronda por los puestos de centinela y un soldado le decía: «Estoy bien, tengo ahora algo de comer», y después consumía un poco de esa pasta de carne, en hombre estaba muerto cuando el sargento hacía la siguiente ronda. La muerte por inanición, comentaba Girgensohn, era «*undramatisch*».

Una alta proporción de casos de muerte por inanición se dio en la 113ª división de infantería. Aquí al menos, Girgensohn encontró una explicación clara. El intendente de la división había reducido las raciones antes del cerco para guardarlas para el caso de que durante las lluvias de otoño hubiera escasez de suministros. En consecuencia, los hombres ya estaban desnutridos en la segunda quincena de noviembre. Después, al haber perdido varias divisiones todas sus vituallas durante la retirada, el cuartel general del VI ejército centralizó todos los suministros restantes para dividirlos por igual. De modo que la prudencia del oficial de intendencia resultó sumamente contraproducente para su división.

Girgensohn, que pasó varios años en campos de trabajo rusos después de la rendición, nunca perdió el interés por el tema. Siempre refutó enérgicamente cualquier sugerencia de «dolencia debida al estrés», fuese como condición en sí misma, o como explicación de muchas muertes inexplicadas; aun cuando investigaciones recientes, que han demostrado que las ratas privadas de sueño se consumen rápidamente. Reconoce que el patrón de ataques nocturnos rusos y la constante actividad que no permitía descansar sin duda tuvieron un efecto coadyuvante. Pero su explicación, después de todos estos años, es más compleja. Llegó al convencimiento de que una combinación de cansancio, tensión y frío desequilibró gravemente el metabolismo de la mayoría de los

soldados. Esto significaba que aunque recibieran, pongamos por caso, 500 calorías diarias, sus cuerpos sólo absorbían una fracción. De modo que uno puede decir que la táctica soviética produjo, o al menos contribuyó a ello, un acelerado proceso de inanición.

La desnutrición grave también redujo la capacidad de un paciente para sobrevivir a las enfermedades infecciosas, tales como la hepatitis y la disentería, en los inicios del período del cerco, y las enfermedades más graves al final, particularmente la fiebre tifoidea y el tifus. En la estepa no había agua para lavarse, menos aún para lavar la ropa, simplemente porque no había combustible suficiente para derretir la nieve y el hielo. «Pocas cosas nuevas hay por aquí –escribió un teniente de granaderos blindados de la 29ª división motorizada de infantería-. Al principio de la lista está el hecho de que cada día estamos más infestados de piojos. Los piojos son como los rusos. Matas uno, diez nuevos aparecen en su lugar». Los piojos serían los portadores de la epidemia que diezmaría a los supervivientes de Stalingrado.

Las preocupaciones inmediatas del personal médico, sin embargo, todavía se centraba en la debilidad por la falta de alimento. «Lentamente, nuestros valientes combatientes se vuelven decrépitos», escribió un doctor ayudante. Proseguía relatando una amputación a la altura del muslo que había realizado sin ningún tipo de anestesia a la luz de las antorchas en un refugio. «Uno se siente apático hacia todo y sólo puede pensar en la comida».

Los soldados alemanes sentían la necesidad de una esperanza que estaba mezclada con el aborrecimiento del enemigo soviético y un ansia de venganza. En un estado que puede llamarse de «fiebre del *Kessel*», soñaban en un cuerpo blindado de las SS aplastando a los ejércitos rusos que los cercaban para rescatarlos, de modo que se volvieran las tornas con una gran victoria inesperada. Tendían a ser los únicos que prestaban oído a los discursos de Goebbels. Muchos mantenían el ánimo cantando la canción del VI ejército, *Das Wolgalied*, con la letra de Franz Lehár: «En la orilla del Volga hay un soldado velando por su patria».

El departamento operativo de propaganda en el cuartel general del Don, utilizando asistentes alemanes comunistas, decidió explotar la afición de los *Landser* por las canciones. Los altavoces de sus furgonetas emitían una antigua favorita, que en la circunstancia presente tenía una nota cruel: «En la patria, en la patria, allá espera un cálido encuentro». Los comunistas alemanes bajo la supervisión de la NKVD eran Walter Ulbricht (después presidente de Alemania del este), el poeta Erich Weinert, el escritor Willi Bredel y un puñado de prisioneros alemanes: cuatro oficiales y un soldado, que habían sido captados para la causa antinazi. Enseñaban a los «pregoneros», que eran hombres del Ejército Rojo escogidos para deslizarse hasta el área muerta frente a las líneas alemanas y gritar consignas y noticias por megáfono. Pocos conocían el alemán y la mayoría fueron muertos.

La principal actividad del destacamento de propaganda era preparar programas de 20 a 30 minutos en un disco de gramófono, con música, poemas y propaganda (especialmente las noticias del ataque contra el frente del ejército italiano). Se ponía entonces el programa en un gramófono de cuerda y era emitido por altavoces, montados en un furgón o a veces llevados hacia delante en un trineo con un cable conectado por atrás. La mayoría de las transmisiones de propaganda de este tipo atraían de inmediato los disparos de los morteros alemanes, por orden de los oficiales temerosos de que sus hombres pudieran escucharlas. Pero en el mes de diciembre, la respuesta se hizo más débil debido a la falta de municiones.

Adoptaban diferentes trucos de sonido, tales como «el monótono tictac de un reloj» seguido por la afirmación de que un alemán moría cada siete segundos en el frente oriental. El «sonido chirriante de la voz de propaganda» entonaba después «¡Stalingrado, tumba masiva del ejército de Hitler!» y la música letal del tango comenzaba a oírse otra vez por toda la vacía estepa helada. Un refinamiento sonoro extra era el chillido espeluznante de un cohete *Katiusha* de verdad lanzado desde un «órgano de Stalin».

Las octavillas rusas habían mejorado mucho, ahora que eran escritas por alemanes. Los interrogatorios a prisioneros del 7º departamento confirmaron que «las que surten mayor efecto son aquellas que hablan de la casa, la esposa, la familia y los niños». «Los soldados leen con avidez los volantes rusos aunque no los crean», admitía un prisionero alemán. Algunos «lloraban cuando veían un volante que representaba el cadáver de un soldado alemán y un niño llorando sobre él. En el otro lado había sencillos versos del escritor Erich Weinert». El soldados no tenía idea de que Weinert, que había escrito el poema «Piensa en tu hijo», estaba muy cerca, adscrito al cuartel general del frente del Don.

Quizá el elemento de propaganda más efectivo era persuadir a los soldados alemanes de que no serían ejecutados al ser capturados. Muchos de sus oficiales se habían basado en el argumento de que la rendición era imposible, pues los rusos los matarían. Un panfleto terminaba con al declaración de Stalin, que comenzó a convencer incluso a los comandantes más jóvenes, de que la política soviética había cambiado: «Si los soldados y oficiales alemanes se entregan, el Ejército Rojo los tratará como prisioneros y respetará sus vidas» (de la orden nº 55 por el Comisario para la Defensa del Pueblo, J. Stalin).

El primer cerco de un gran ejército alemán, acorralado lejos de la patria, al que se le ordenó quedarse y que fue finalmente abandonado a su suerte, ha creado naturalmente un intenso debate a través de los años. Muchos participantes e historiadores alemanes han culpado a Paulus por no haber desobedecido las órdenes y escapado. Sin embargo, si alguien estaba en la posición de dar a Paulus, quien carecía de toda información, una pista en el asunto, debería haber sido su superior inmediato, el mariscal de campo Von Manstein.

«¿Puede uno servir a dos amos?», escribió Strecker cuando Hitler rechazó la operación Trueno, el plan de ataque a continuación de la operación Tormenta de Invierno. Pero el ejército alemán sólo tenía un único amo. El servil historial de la mayoría de altos oficiales desde 1933 los había dejado deshonrados así como políticamente impotentes. De hecho, el desastre y la humillación de Stalingrado fueron el precio que el ejército tuvo que pagar por la soberbia de los años de privilegio y prestigio bajo la cobertura nacionalsocialista. No hubo elección de amo, fuera de unirse al grupo de Henning von Tresckow y Stauffenberg.

Se ha empleado mucho tiempo debatiendo si era factible un ataque en la segunda quincena de diciembre, pero incluso los comandantes de blindados reconocen que «las probabilidades de un ataque exitoso disminuían cada semana». La infantería tenía aún menos ilusiones. «Nosotros los supervivientes –escribió un cabo a su familia- podemos apenas mantenernos en pie debido al hambre y a la debilidad». El doctor Alois Beck, con mucho acierto, rebate la «leyenda» de que «un ataque habría tenido éxito». Los rusos habrían matado a los «soldados medio congelados como liebres», porque los hombres en su estado de debilidad no podrían haber caminado por la nieve acumulada de 30 cm de alto, con la superficie cubierta por una costra de hielo, llevando armas y

municiones. «Cada paso era extenuante –comentaba un oficial del estado mayor del cuartel general del VI ejército-. Habría sido como el Berezina».

Todo el debate sobre «ataque o defensa» es por tanto una distracción puramente académica de las cuestiones reales. De hecho uno sospecha que el inteligentísimo Manstein reconoció esto en el acto. Hizo el gran número de enviar al mayor Eismann, su oficial de inteligencia, al *Kessel* el 19 de diciembre para preparar la operación Trueno. Sin embargo, Manstein sabía ya que Hitler, que había otra vez reafirmado su determinación de permanecer en el Volga, nunca cambiaría de opinión.

En cualquier caso, Manstein debía de haberse dado cuenta para entonces de que el intento de liberación estaba condenado a fracasar. Las divisiones blindadas de Hoth estaban paralizadas en el Mishkova, con fuertes bajas, incluso antes de que el grueso del 2º ejército de guardias de Malinovski se hubiera desplegado. Y Manstein, que se mantenía bien informado de los acontecimientos en el *Kessel* y del estado de las tropas, tuvo que haberse percatado de que los hombres de Paulus nunca habrían caminado (por no hablar de luchar) 65 km o 100 km entre ventiscas e intensas heladas. El VI ejército, con menos de setenta tanques mal aprovisionados, no tenía la menor oportunidad de romper el cerco del 57º ejército. Y todavía, lo más importante de todo era que Manstein sabía que la operación Pequeño Saturno, con tres ejércitos soviéticos irrumpiendo en la retaguardia, estaba transformando toda la situación de modo irreversible.

Simplemente, Manstein intuía que, en consideración a la historia y al ejército alemán, tenía que parecer que había hecho todos los esfuerzos, aun cuando pensara, con bastante acierto, que la única oportunidad del VI ejército de salvarse había expirado casi un mes antes. Al parecer, su mala conciencia después del acontecimiento debe de haberse debido al hecho de que, con la negación de Hitler de retirarse del Cáucaso, hubiera necesitado al VI ejército para comprometer a los siete ejércitos que lo rodeaban. Si Paulus hubiera intentado un ataque, tan pocos de sus hombres habrían sobrevivido, y en condiciones tan penosas, que no le hubieran sido útiles en el momento de crisis.

- 19 -

Navidad a la manera alemana

El razonamiento sobre el escape del Kessel en la segunda quincena de diciembre también deja de lado un factor psicológico curiosamente importante. La Navidad estaba a las puertas. Ninguna formación en la Wehrmacht estaba más preocupada por el tema que el asediado VI ejército. Los esfuerzos bastante extraordinarios dedicados a su celebración en los búnkeres subterráneos en la estepa apenas si indican una impaciencia por escapar. El letargo de la desnutrición combinado con el soñar despierto sin duda desempeñaron un papel, y probablemente la mentalidad de «fortaleza» que Hitler contribuyó a fomentar. Pero ninguno de estos factores explica por completo la fijación casi obsesiva en la perspectiva de la Navidad que tenían estos soldados atrapados tan lejos de sus hogares.

Los preparativos comenzaron mucho antes de que las divisiones blindadas de Hoth avanzaran hacia el norte, al río Mishkova, y no parecen haber decaído nunca, incluso cuando los soldados se alarmaban con el retumbar de los cañones cercanos. Desde prácticamente los inicios del mes, los hombres comenzaron a apartar pequeñas cantidades de comida, no como preparativo para una fuga a través de la nieve, sino para una fiesta navideña o para regalos. Una unidad de la 297ª división de infantería sacrificó un caballo de tiro con tiempo para hacer «salchichas de caballo» para regalos navideños. Se hicieron coronas de adviento con yerba de la estepa en vez de yedra, y se utilizaron arbolillos de Navidad de madera en un intento desesperado de hacerlo «exactamente como en casa».

El sentimentalismo no estaba en modo alguno limitado a los soldados: el general Edler von Daniels decoró su nuevo búnker con un árbol de Navidad y debajo de él puso

una foto de su «Kasselbebé», nacido poco después del cerco. Escribió a su joven esposa contándole sus planes para celebrar la Nochebuena «a la manera alemana, aunque en la lejana Rusia». El grupo militar se había convertido claramente en una familia sucedánea. «Cada hombre busca traer un poco de alegría al otro –escribió después de visitar a sus hombres en sus búnkeres-. Era una experiencia edificante vivir esta verdadera camaradería de la línea del frente». Una banderola festiva proclamaba: «Camaradería por la sangre y el acero», consigna que, pese a que era apropiada para las circunstancias, omitía bastante el mensaje navideño.

Una persona que en verdad no obvió el mensaje fue Kart Reuber, el doctor de la 16ª división blindada. Reuber, de 36 años, teólogo y amigo de Albert Schweitzer, era también un talentoso artista aficionado. Convirtió su bunker en la estepa al noroeste de Stalingrado en un estudio y comenzó a dibujar en el reverso de un mapa ruso capturado, la única hoja grande de papel que encontró. Esta obra, que hoy cuelga en la iglesia conmemorativa del emperador Guillermo en Berlín [Stalingrad-Madonna (Kurt Reuber 1942) Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche Berlin], es la «Virgen de la Fortaleza», una madre que es casi como un vientre abrazando protectora a un hijo, junto con las palabras de san Juan Evangelista: «Luz, vida, amor» (*Licht-Leben-Liebe - Weihnachten 1942 im Kessel - Festung Stalingrad*). Cuando terminó el dibujo, Reuber lo colgó en su búnker. Todos los que entraban, se detenían y lo miraban. Muchos comenzaban a llorar. Moviendo cierta confusión en Reuber (ningún artista podría haber sido más modesto de su talento), su búnker se convirtió en algo parecido a un santuario.

No se puede dudar prácticamente de la generosidad genuina y espontánea de esa Navidad. Un teniente repartió los cigarrillos, el papel de carta y el pan que le quedaba como presentes entre sus hombres. «No tenía nada –escribió a su familia- y sin embargo fue una de mis más bonitas navidades y nunca olvidaré». Además de dar su parte de cigarrillos, los hombres incluso daban el pan, que necesitaban muchísimo. Otros tallaban laboriosamente perchas de equipos que intercambiaban entre sí.

En la Nochebuena, el comandante de batallón pianista de Reuber dio su última botella de vino espumoso a los soldados en la enfermería, pero apenas todas las tazas estuvieron llenas, cuatro bombas explotaron fuera. Todos se tiraron al piso, derramando el champán. El oficial médico tomó su maletín de primeros auxilios y corrió desde el búnker a ver las bajas: un muerto y dos heridos. El muerto había estado cantando el villancico: «*O du fröhliche!*». No es extraño que el incidente pusiera fin a las celebraciones. En todo caso, tanto la 16ª división blindada como la 60ª división de infantería motorizada se encontraron pronto bajo un ataque general en la mañana de Navidad.

La canción tradicional y favorita de esa noche era «Noche de paz» («*Stille Nacht, heilige Nacht*»), que los soldados cantaban en búnkeres «con voces roncas» a la luz de cabos de velas amontonados. Hubo muchos sollozos ahogados al pensar los hombres en sus familias. El general Strecker se conmovió realmente cuando hizo una visita a las posiciones de la línea del frente. «Es una “Noche de paz” en medio del tumulto de la guerra … Una Navidad que muestra la verdadera hermandad de los soldados». Las visitas de los altos oficiales fueron también apreciadas por los beneficios que traían. Un suboficial de una división blindada anotó que «el comandante de división nos dio un trago de su botella y una barra de chocolate».

En las posiciones que no eran atacadas, los hombres se agolpaban en un búnker que tenía una radio para escuchar «la transmisión navideña de la Grossdeutsche Rundfunk». Para su asombro escucharon una voz que anunciaba: «Esto es Stalingrado», respondida por un coro que cantaba «Noche de paz, noche de amor», supuestamente en el frente del Volga. Algunos hombres aceptaron el engaño como necesario, pero otros se sintieron muy molestos. Pensaban que estaban engañando a sus familias y a todo el pueblo alemán. Goebbels había ya proclamado que esta debería ser una «Navidad alemana», una definición destinada a transmitir nociones de servicio y austeridad, y quizá una manera de preparar ya a la nación para las noticias de la tragedia de Stalingrado.

A las siete de la mañana del día de Navidad, el diario de guerra del VI ejército registraba: «Ningún vuelo de aprovisionamiento ha llegado en las últimas cuarenta y ocho horas (una pequeña exageración). Las provisiones y el combustible se están acabando». Más tarde en ese día, Paulus envió un mensaje de advertencia al grupo de ejércitos del Don para que se pasara al general Zeitzler: «Si no recibimos una mayor cuota de provisiones en los próximos días, hemos de esperar que la tasa de mortalidad por extenuación aumente».

Aunque se percataban de que las tormentas de nieve del día anterior podían haber dificultado los vuelos, no habían sido informados de que los tanques de Badanov habían atacado el aeródromo de Tatsinskaia la mañana anterior. El cuartel general de Manstein no transmitió siquiera las noticias de que se había iniciado el contraataque soviético con cuatro ejércitos contra las divisiones blindadas de Hoth en el río Mishkova. Cuando finalmente llegaron 108 toneladas de suministros el 26 de diciembre, el cuartel general del VI ejército descubrió que les habían enviado diez toneladas de dulces para Navidad pero nada de combustible.

La mayoría de hombres, cuando tenían la oportunidad, se sentaban aparte para escribir una carta navideña a sus familias en que expresaban sus deseos. «En el fondo del corazón todos nosotros mantenemos la esperanza –escribió un doctor de la 44ª división de infantería- de que todo cambie». Hablaba por muchos, pero el comandante en jefe del VI ejército, mejor informado, no se contaba entre ellos. «La Navidad desde luego no fue muy alegre –escribió Paulus a su esposa uno pocos días después-. En estos momentos, es mejor evitar las festividades … Uno no debería, creo, esperar demasiado de la suerte».

No resulta sorprendente que el contraste entre las cartas alemanas y rusas durante el período empezara a ser más marcado que de costumbre. Mientras las cartas alemanas tendían a ser sentimentales, doliéndose por el hogar y la familia, las cartas rusas que han quedado revelan claramente la lógica inexorable de que la patria tenía prioridad. Un soldado escribía a su esposa en la Nochebuena: «Querida: Estamos haciendo retroceder a las serpientes por donde vinieron. Nuestro exitoso avance hace nuestro encuentro más cercano». Kolia, otro soldado, escribió: «Hola, Mariya. He estado luchando aquí durante tres meses defendiendo nuestro bello [borrado por el censor]. Comenzamos presionando fuertemente al enemigo. Ahora hemos cercado a los alemanes. Cada semana unos cuantos miles caen prisioneros y varios miles son destruidos en el campo de batalla. Sólo quedan los más obstinados soldados de las SS. Se han hecho fuertes en los búnkeres y disparan desde ellos. Y ahora me voy a volar uno de esos búnkeres. Adiós, Kolia».

El día de Navidad la temperatura cayó a 25 grados bajo cero. El agua en los huecos causados por las bombas, pese a estar honda, se había helado sólidamente. Los

ventisqueros ocultaban buena parte de la miseria de las *balkas*. Los capellanes celebraron misas de campaña o de comunión en la nieve en medio del sonido de las lonas y tiendas de campaña flameando y restallando con el viento, los hombres en semicírculo rodeando un altar improvisado. En algunos casos, el consuelo espiritual y la justificación ideológica se confundían, como cuando la Alemania cristiana se comparaba con la Rusia sin Dios.

Incluso dentro del *Kessel*, la Navidad no resultó ser por completo una etapa de buena voluntad. El doctor Renoldi, cirujano general del VI ejército, prohibió la evacuación por aire de los afectados por congelamiento, porque sus heridas podrian haber sido autoinflingidas para evitar el combate. Y lo peor de todo, virtualmente no se había dado ningún alimento, aparte de algún grano podrido del silo de Stalingrado, a los 3.500 prisioneros rusos de guerra en los campos de Voroponovo y Gumrak, pues no figuraban en las raciones. Esta atrocidad en parte burocrática provocó una tasa de mortalidad de veinte por día hacia la Navidad, que pronto aumentó tremendamente. El oficial de intendencia responsable de alimentarlos aseguraba que la causa era el tifus, pero cuando el oficial del cuartel general del VI ejército preguntó si habían sido muertes por desnutrición, se mostró evasivo. «Después de reflexionar por un momento, lo negó –escribió el oficial-. Sé lo que quería decir, entre nuestras tropas estamos comenzando a ver cosas parecidas». Pero vincular su destino con el de los soldados alemanes era una evasión peor. Los primeros no tenían elección, no se podían rendir. Incluso cuando los prisioneros desesperados comenzaron a recurrir al canibalismo, nada se hizo para mejorar sus condiciones, porque eso significaba «quitar el alimento a los soldados alemanes».

La noche de Navidad fue «una bella noche estrellada» y la temperatura bajó incluso más. El combate, sin embargo, continuó a la mañana siguiente en el sector nordeste del *Kessel* defendido por la 16ª división blindada y la 60ª división de infantería motorizada. «De modo que una docena de nuestras unidades –informó el capellán de esta última división- fue enviada a contraatacar en medio de los vientos helados y con treinta y cinco grados bajo cero». Las dos divisiones, pese a las terribles condiciones y a la escasez de munición, lograron destruir unos setenta tanques.

En la misma mañana del 26 de diciembre, Paulus envió otro mensaje a Manstein, que comenzaba: «Las sangrientas bajas, el frío y los insuficientes suministros han reducido la fuerza combatiente de las divisiones drásticamente». Advertía que si los rusos volvía a traer las fuerzas que luchaban contra las divisiones de Hoth, y las reubicaban frente al VI ejército, «no sería posible resistirlos por mucho tiempo».

Una inesperada oportunidad surgió entonces. El 28 de diciembre, el general Hube, comandante del XIV cuerpo blindado, recibió una orden de volar del *Kessel* al cuartel general de Manstein en Novocherkassk. Un avión lo llevaría a Prusia Oriental a recibir las espadas de su Cruz de Hierro (con Hojas de Roble) del Führer en persona. Paulus habló con Schmidt para darle «todos los documentos necesarios» sobre todos los asuntos desde el nivel de combustible hasta escasez de equipamiento médico. Las esperanzas de los generales y los oficiales del estado mayor crecieron con las noticias de su visita a Rastenburg. Hube, el veterano tosco y manco, era uno de los pocos generales a quien el Führer respetaba. Todavía no podían creer «que Hitler abandonaría al VI ejército».

Hitler sin duda se había convencido de que estaba haciendo cuanto estaba a su alcance para salvar al VI ejército, pero su aprehensión de la realidad no había mejorado. Ese día su cuartel general se comunicó con el grupo de ejércitos del Don, prometiendo que pese a la situación deficiente del transporte, sería reforzado con «372 tanques y cañones ligeros». Manstein sabía que eso era una ilusión.

En la ciudad de Stalingrado, entretanto, los restos de las divisiones de Seydlitz estaban a la defensiva. Tenían que conservar la munición para repeler los ataques. Los soldados se refugiaron en lo profundo de los sótanos y búnkeres tanto para abrigarse como para protegerse de la artillería soviética. «Allá se sentaban como salvajes peludos en cuevas de la edad de piedra –escribió Grossman-, devorando carne de caballo entre el humo y la penumbra, entre las ruinas de la bella ciudad que habían destruido».

La frase «fuerte actividad de tropas de asalto enemigas» aparecía con frecuencia en el diario de guerra del VI ejército. Hans Urban, un sargento de policía de veintiocho años de Darmstadt, que servía con la 389ª división de infantería de Hess, proporcionó más tarde un informe detallado de este combate en el norte de Stalingrado a fines de diciembre:

> El enemigo solía atacar al amanecer y al anochecer, después de un preludio de la artillería pesada y morteros. Si capturaban dos o tres búnkeres nuestros, nosotros tratábamos de recuperarlos después. El 30 de diciembre, después de muchos de estos ataques, se me ordenó adelantarme con mi grupo de fuego graneado. Mis nueve hombres con sus ametralladoras fueron capaces de aguantar el siguiente ataque de cerca de 300 hombres desde Spartakovka. Los veinte infantes dejados en este sector estaban tan exhaustos por todos los ataques que no podían ofrecer mucha ayuda. La mayoría de ellos estaban dispuestos a abandonar sus posiciones. Tenía conmigo dos ametralladoras sin campo de tiro. El enemigo era capaz de hacer buen uso del terreno y de las ruinas. Teníamos que dejar a los rusos llegar a 18 m de nosotros antes de abrir fuego graneado. Al menos veintidós quedaron muertos frente a nuestras posiciones. Los rusos supervivientes trataron de hacernos salir con granadas. Los rusos atacaron otra vez en el mismo sector al amanecer del día de Año Nuevo con tres compañías. Es difícil hacer una estimación precisa porque estaban disparando desde los hoyos del terreno, desde detrás de los muros derruidos o los montones de escombros. Cogimos al enemigo en un fuego cruzado de las ametralladoras y sufrieron grandes bajas. Un operador de mortero fue alcanzado, y aunque nunca había sido yo entrenado con esta arma, pudimos utilizar sus propias municiones contra ellos. Cuando todo terminó, nos quedamos tan débiles y exhaustos y había tantos muertos congelados hasta los huesos tendidos a la intemperie, que no pudimos siquiera enterrar a nuestros propios camaradas.

En contraste con sus mensajes pesimistas al grupo de ejércitos del Don y la carta a su esposa, Paulus suscribió un mensaje estimulante para el VI ejército: «¡Nuestra voluntad de triunfo está intacta y el Año Nuevo con seguridad traerá nuestra liberación! Cuando ocurrirá esto, no puedo decirlo. El Führer, sin embargo, nunca se ha retractado de su palabra, y esta vez no será diferente».

Gracias a la insistencia de Hitler en las zonas horarias, el Año Nuevo ruso llegó dos horas antes que el alemán. La partida de «Doppelknopf» del general Edler von Daniels fue interrumpida a las diez de la noche por «potentes fuegos artificiales» que los sitiadores soviéticos encendieron en su «saludo de Año Nuevo».

Daniels parece haber estado de buen humor esta vez. Había sido recientemente ascendido a teniente general y había recibido la Cruz de Hierro. Como presente de Año Nuevo de Paulus inesperadamente recibió entonces una botella de Veure-Cliquot

«Schampus». Varios de los generales de Stalingrado todavía casi parecían preocuparse más por las condecoraciones y las promociones que por el destino del VI ejército.

Cuando la medianoche alemana llegó, sólo se dispararon las bombas de metralla. Los proyectiles más explosivos no podían desperdiciarse. Las últimas botellas fueron abiertas en el *Kessel* para un brindis: «*Prosit Neujahr!*». Las divisiones soviéticas, por otra parte, sufrían pocas restricciones en la munición y el alcohol. «Celebrar el Año Nuevo fue bueno –escribió Viktor Brasov de la infantería de marina-. Bebí 250 gramos de vodka esa noche, bebí 200 gramos más».

Los soldados alemanes trataban de restarle importancia a sus desgracias. «Queridos padres: Estoy bien –escribió un soldado-. Desafortunadamente, otra vez tengo que hacer guardia esta noche. Espero que en este Año Nuevo de 1943 no tendré que superar tantos chascos como en 1942».

El mensaje de Año Nuevo de Hitler para Paulus y el VI ejército produjo un optimismo casi obsesivo. Sólo los más escépticos percibieron que el texto no constituía una garantía firme. «En el nombre de todo el pueblo alemán, le envío a usted y a su valiente ejército los mejores deseos para este Año Nuevo. La dificultad de su peligrosa posición me es conocida. La heroica resistencia de sus tropas merece mi mayor respeto. Usted y sus soldados, sin embargo, deberían iniciar el nuevo año con la confianza inconmovible de que yo y toda la Wehrmacht alemana haremos todo lo que esté en nuestras manos para liberar a los defensores de Stalingrado y que su persistencia se convierta en la hazaña más gloriosa en la historia de las armas alemanas. Adolf Hitler».

«*Mein Führer!* –replicó Paulus inmediatamente-. Sus firmes palabras de Año Nuevo fueron saludadas aquí con gran entusiasmo. Justificaremos su confianza. Puede estar seguro de que nosotros –desde el general más antiguo hasta el granadero más bisoño- resistiremos, animados por una voluntad fanática, y contribuiremos por nuestra parte a la victoria final. Paulus». Las cartas de Año Nuevo de muchos soldados en el *Kessel* reflejaban un nuevo ánimo de determinación. «No permitiremos que se hundan los ánimos, creemos por el contrario en la palabra del Führer», escribió un capitán. «Mantenemos nuestra firme confianza en el Führer, inconmovible hasta la victoria final», escribió un suboficial. «El Führer ya conoce nuestras preocupaciones y necesidades –escribía un soldado-. Siempre, estoy seguro de ello, trata de ayudarnos tan rápido como es posible». Incluso un general escéptico como Strecker parece haberse sentido afectado. «Surge una nueva esperanza –escribió- y hay cierto optimismo para el presente y el futuro inmediato».

Paulus, por otra parte, estaba preocupado en este momento con el creciente éxito de la propaganda soviética. El 7º departamento del cuartel general del frente del Don a cargo de la «propaganda operativa» había investigado a la 44ª división de infantería y a la 376ª división de infantería del general Edler von Daniels, a las que identificaban como las formaciones donde debía concentrar sus esfuerzos.

La mañana del 3 de enero, temprano, Paulus visitó la 44ª división de infantería austriaca, «en seguimiento de las transmisiones de radio de los prisioneros de la 44ª división de infantería». Habían hablado de la escasez de municiones y alimentos y de las fuertes bajas. «El comandante en jefe –declaraba el informe del VI ejército-, deseaba que se advirtiera acerca de las consecuencias de participar en dichos programas. Cualquier soldado que lo hiciera debería saber que sus nombres serían conocidos y que se verían ante una corte marcial». Durante el encuentro de Paulus con el general Deboi, el comandante de división, hubo todavía otro «fuerte ataque con tanques».

A la mañana siguiente, Paulus visitó al comandante rumano del «área fortificada», cuyos soldados habían sufrido grandes bajas por congelamiento debidas a la escasez de vestimenta, «sobre todo de botas, pantalones y medias». El creciente

número de deserciones llevó a Paulus a concluir que «la contrapropaganda es necesaria contra los folletos rusos impresos en rumano».

Los batallones y las compañías estaban tan debilitadas que se habían convertido en denominaciones sin significado. De más de 150.000 soldados dejados en el *Kessel*, menos de uno de cada cinco eran tropas de la línea del frente. Muchas compañías habían bajado a doce hombres aptos para servicio. Cada vez había más fragmentos de unidades que eran por tanto fusionados en grupos de combate. Los granaderos blindados que quedaban con vida de la compañía del sargento mayor Wallrawe se encontraron mezclados «con compañías de la Luftwaffe y destacamentos cosacos» y fueron enviados a defender una posición cerca de Karpovka. Era una desgracia ser enviado a ese lugar. Una ojeada al mapa indicaba que la «protuberancia» o saliente que formaba el extremo sudoeste del *Kessel* sería el primer objetivo soviético cuando decidieran acabar con el VI ejército.

Eran unos días comparativamente suaves, con el clima húmedo propio del inicio del año. Los soldados odiaban el deshielo. «No me gusta el clima en Stalingrado –escribía Brasov de la infantería de marina-. Cambia mucho y esto hace que los fusiles se oxiden. Cuando se hace más cálido, comienza a nevar. Las *valenki* [las botas de fieltro para la nieve] comienzan a empaparse y no tenemos muchas posibilidades de secar las cosas». Sin duda, él y sus camaradas no estaban muy felices el 5 de enero, cuando la temperatura bajó a 30 grados bajo cero.

Las fuerzas soviéticas adoptaron una táctica deliberada para aprovechar su superioridad en equipamiento invernal. «Los rusos comenzaron con ataques de sondeo –escribió un oficial de enlace de la Luftwaffe-. Si rompían la línea, ninguno de nuestros hombres estaba en condiciones de abrir nuevas trincheras para disparar. Los hombres estaban muy débiles físicamente por la falta de alimento, y el suelo congelado estaba duro como una roca». Varados en plena estepa, incluso más morirían. El 6 de enero, Paulus transmitió al general Zeitzler: «El ejército está hambriento y muerto de frío, no tiene municiones y ya no puede mover los tanques». El mismo día, Hitler hizo al general Schmidt caballero de la Cruz de Hierro.

Ahora que la suerte del VI ejército estaba echada, los periodistas fueron llevados al cuartel general del Don en Zavarikino. Una delegación de escritores soviéticos vino de la capital a visitar a la 173ª división de fusileros, que había sido reunida en el distrito Kievski de Moscú y que tenía muchos intelectuales. «Desde el puesto de comando del 65º ejército, los escritores Alexandr Korneichuk y Wanda Vasilevskaia observaron a la división atacando el Karachi Kurgan, un cementerio tártaro en el noroeste del *Kessel*».

Incluso antes de que el intento de rescate de Hoth fuera aplastado en el río Mishkova, Stalin acosaba a sus generales para que crearan planes para aniquilar al VI ejército. En la mañana del 19 de diciembre, había telefoneado a Voronov el representante de la *Stavka* para supervisar la operación Pequeño Saturno, y le dijo que se trasladara al cuartel general del Don. Voronov se instaló cerca de la «*residenz*» de Rokossovski, extendida en las aldeas adyacentes de Zavarikino y Medvedevo, donde el alojamiento de cada general o departamento consistía en una *izba* campesina de «cinco paredes» (una cabaña de madera con una pared divisoria en el medio). Los coches del estado mayor, Willys estadounidenses con marcas soviéticas, se bamboleaban entre los surcos, llevando a los generales en viajes de inspección para animar a los comandantes subordinados en sus esfuerzos.

Voronov reunió rápidamente un grupo de planificación para examinar las opciones. Insistió primero, pese a la premura de Stalin en tener los resultados en dos

días, en inspeccionar el terreno por sí mismo. Su visita al cuartel del 57º ejército tuvo lugar en un día claro. Observó a un grupo de transporte Junkers que parecía volar a unos 2.700 m sin escolta de cazas. Las baterías antiaéreas rusas agrupadas en el área comenzaron a disparar demasiado tarde; también los cazas soviéticos llegaron muy tarde para interceptarlos. Ni un solo Junkers fue derribado. Voronov se enfureció aún más cuando descubrió la poca coordinación que había entre los observadores en tierra, las baterías antiaéreas y los escuadrones de bombarderos. Se atemorizó al general encargado de las operaciones antiaéreas para que emprendiera una febril actividad.

Pero en Zavarikino, Voronov examinó otra vez las cifras. Pese a la fuerte resistencia alemana de inicios de diciembre, el coronel I. V. Vinogradov, oficial jefe de inteligencia del frente del Don, no había revisado significativamente su estimación de soldados atrapados en el *Kessel*. Cuando se le pidió que fuera más preciso, calculó 86.000. Era una cifra que avergonzaría a la inteligencia del Ejército Rojo, especialmente cuando sus rivales de la NKVD hicieran alusiones sarcásticas más tarde.

El borrador del plan para la operación Anillo estaba listo por lo menos el 27 de diciembre, y fue enviado a Moscú. Al día siguiente se le pidió a Voronov que lo rescribiera. Stalin insistió en el sudoeste, debería proceder del noroeste y ser coordinado con otra operación en el extremo opuesto del *Kessel*, aislando el distrito industrial de Stalingrado y los suburbios septentrionales.

Stalin comentó en una reunión del consejo de estado de defensa que la rivalidad entre Yeremenko, comandante del frente de Stalingrado, y Rokossovski, comandante del frente del Don, tenía que ser resuelta antes de que comenzara la operación Anillo. «¿A quién encargaremos la aniquilación final del enemigo?», preguntó. Alguien mencionó a Rokossovski. Stalin preguntó a Zhukov qué era lo que pensaba.

-Yeremenko se sentiría muy ofendido –dijo Zhukov.

-No somos niñas de secundaria –repuso Stalin-. Somos bolcheviques y debemos poner a los jefes valiosos al mando.

Se encargó a Zhukov que transmitiera las ingratas nuevas a Yeremenko.

A Rokossovski, el comandante en jefe responsable de dar el golpe de gracia al VI ejército, se le dieron 47 divisiones, 5.610 cañones de campaña, morteros pesados y 169 tanques. Esta fuerza de 218.000 hombres estaba apoyada por 300 aviones. Pero la impaciencia de Stalin aumentó de nuevo, precisamente cuando estaba planeando atacar el 2º ejército húngaro. Se le dijo que las dificultades de transporte habían retrasado el despacho de refuerzos, suministros y municiones, lo que provocó su furia. Voronov exigió todavía otro retraso de cuatro días. Stalin replicó con agrio sarcasmo: «Estaréis sentados allá hasta que los alemanes os capturen a ti y a Rokossovski». Muy de mala gana, aceptó la nueva fecha del 10 de enero.

Los oficiales alemanes fuera del *Kessel* habían estado preguntándose qué pasaría ahora. El general Fiebig, comandante del VIII cuerpo aéreo, se preguntaba después de una larga conversación con Richthofen: «¿Por qué los rusos simplemente no aplastan el *Kessel* como una fruta madura?». Los oficiales del Ejército Rojo en el frente del Don se sorprendieron también de la demora, y se preguntaron cuánto pasaría antes de que recibieran órdenes de atacar. Voronov, sin embargo, había recibido otra llamada de Moscú que ahora le decía que debía prepararse un ultimátum para el VI ejército.

Voronov, esa primera semana de enero de 1943, escribió un borrador dirigido personalmente a Paulus. Fueron necesarias constantes llamadas de Moscú para que Stalin introdujera sus enmiendas. Cuando fue por fin aprobado, fue traducido en el cuartel general del frente del Don por los «alemanes antifascistas del grupo encabezado

por Walter Ulbricht». Entretanto, los representantes de la NKVD y el coronel Vinogradov de la inteligencia del Ejército Rojo, mostrando su habitual rivalidad, habían comenzado a buscar a los oficiales adecuados para actuar como emisarios de una tregua. Al final, se llegó a un compromiso. Al atardecer del 7 de diciembre, el mayor Alexandr Mijailovich Smislov, de la inteligencia del ejército, y el capitán Nikolai Dmitrevich Diatlenko, de la NKVD, fueron seleccionados para ir juntos. Vinogradov, cuando entrevistó a Diatlenko, preguntó de pronto: «¿Es usted un *jojol*?» (*jojol*, o «mechudo», era el término despreciativo para un ucraniano, que los rusos usaban con frecuencia para referirse de modo grosero a su peinado tradicional).

-No, camarada coronel –replicó Diatlenko fríamente-. Soy ucraniano.

-Es usted exactamente como un ruso –rió Vinogradov-. Bien hecho. Usted es un representante idóneo del Ejército Rojo para tratar con los fascistas.

Smislov y Diatlenko fueron después informados por el general Malinin, el jefe del estado mayor, y por Voronov en persona. Uno podría pensar que Stalin estaba mirándolos desde atrás por el modo en que ambos generales preguntaban constantemente a los emisarios si habían comprendido las instrucciones de Moscú por entero. En realidad, nadie tenía una idea clara de las reglas y el ritual de un emisario de tregua. Diatlenko admitió que su único conocimiento venía de la obra *El mariscal de campo Kutuzov* de Soloviov.

-Entonces, chicos –dijo Voronov-, ¿cumpliréis vuestra misión?

-La cumpliremos, camarada coronel general –corearon a una.

Malinin le ordenó entonces al oficial de intendencia en jefe del frente vestir a los dos oficiales con los mejores uniformes posibles. Los alemanes tenían que quedar impresionados. El oficial de intendencia prometió «vestirlos como novios», y les guiñó el ojo a los emisarios «como un mago». Con el respaldo de Voronov, hizo desfilar a todos los ayudantes de todos los generales en el cuartel general del frente. Les ordenó desvestirse de manera que los dos enviados pudieran probarse sus uniformes y sus botas. Los dos emisarios pronto subieron al coche Willys del cuartel general, con el coronel Vinogradov. Su destino, les dijeron, era la estación Kotluban en el sector del 24º ejército.

Las tropas rusas del área habían recibido la orden de alto el fuego desde el anochecer. Después, durante toda la noche, los altavoces del Ejército Rojo transmitieron un mensaje preparado por los antifascistas de Ulbricht, diciendo a los alemanes que esperaran a los emisarios de la tregua. En el siguiente amanecer, el del 8 de enero, los disparos habían cesado. A Smislov y Diatlenko se les unió un cabo de alta estatura, equipado con una bandera blanca y una trompeta con tres notas. «En la planicie cubierta de nieve reinaba una tranquilidad inusual» cuando avanzaban hacia las trincheras del frente. El cabo hizo sonar la trompeta con el toque de «¡Atención, Atención! ¡Oigan todos!». Avanzaron unos 100 m y entonces comenzaron los disparos. Los tres hombres se vieron obligados a cubrirse tras una muralla hecha en la nieve por grupos rusos de reconocimiento para la observación nocturna. Los uniformes «de novio» pronto lucieron menos elegantes; ofrecían poca protección contra el intenso frío.

Cuando los disparos cesaron, Smislov y Diatlenko se levantaron y reanudaron su avance cautelosamente. El cabo también se puso de pie y agitó la bandera, tocando la trompeta. Una vez más los alemanes dispararon, pero sin apuntarles directamente. Era claro que deseaban forzar a los emisarios de la tregua a retirarse. Después de varios intentos más, Vinogradov, furioso, envió un mensaje para suspender esta peligrosa versión de los pasos de la abuela.[*]

[*] Paulus después negó que él hubiera emitido una orden de abrir fuego contra ninguna bandera rusa de tregua, pero Schmidt podría muy bien haberlo hecho.

Smislov y Diatlenko volvieron al cuartel general del frente a informar, avergonzados del fracaso de su misión. «¿Por qué estáis cabizbajos, camaradas? –preguntó Voronov-. La situación es tal que no deberíamos ser nosotros los que pidamos que ellos aceptaran nuestras propuestas, sino al contrario. De modo que les daremos más fuego, y vendrán ellos mismos a rogarnos por ellas». Durante esa noche, los aviones rusos volaron sobre las posiciones alemanas, lanzando folletos impresos con el ultimátum a Paulus, y un mensaje dirigido a los «*Deutsche Offiziere, Unteroffiziere und Mannschaften!*», ambos firmados por Voronov y Rokossovski. Para subrayar el mensaje, «apoyaron las palabras con bombas». Las estaciones radiofónicas del ejército también transmitieron el texto, leído por Erich Weinert en las frecuencias más usadas por los alemanes, y una serie de operadores alemanes de radio las reconocieron. Los panfletos eran leídos efectivamente. Un capitán de la 305ª división de infantería admitió después de su captura que tanto los oficiales como los soldados habían leído las octavillas soviéticas en secreto, pese a los castigos, «porque la fruta prohibida es dulce». A veces mostraban los folletos en ruso a un *hiwi* de confianza y le pedían que tradujese. «Todos sabían del ultimátum», decía.

Smislov y Diatlenko habían dormido sólo un par de horas en el cuartel general del frente cuando fueron despertados a eso de la medianoche. Un coche del estado mayor estaba afuera esperándolos para el momento en que se vistieran con sus antiguos uniformes (los ayudantes habían reclamado de inmediato su propiedad). Cuando llegaron al departamento de inteligencia descubrieron que el coronel Vinogradov había sido ascendido a mayor general y que a ellos se les había adjudicado la orden de la Estrella Roja. Vinogradov, después de bromear de que había sido ascendido «por todos los pantalones que había gastado durante su servicio», les dijo que recibirían una medalla aún más importante si lograban cumplir su misión en un segundo intento.

Se les dijo a los dos emisarios que subieran al coche del estado mayor con Vinogradov y el oficial nombrado para reemplazarlo como jefe de inteligencia. Mientras avanzaban otra vez en medio de la noche, los dos generales recientemente ascendidos cantaban y «se interrumpían uno al otro continuamente con anécdotas de generales». (Aunque el respetuoso relato de Diatlenko no dice que estaban bebidos, realmente parecían haber estado celebrando sus ascensos). El ritmo de las canciones se veía muchas veces interrumpido, pues el coche del estado mayor se bamboleaba entre los grandes baches de los caminos de tierra congelados. Era un largo viaje por el lado sur del *Kessel* cruzando el Don en dirección oeste, y después otra vez al otro lado en Kalach, al sector cubierto por el 21º ejército. Poco antes del amanecer, llegaron al cuartel general de la 96ª división de fusileros, unos pocos kilómetros al oeste de Marinovka.

Se les sirvió el desayuno a Smislov y a Diatlenko, como si fueran condenados, mejorado «con una ración de Narkom [el ministro del gobierno]». Vinogradov no les dejó repetir y les dijo que se prepararan. De pronto se dieron cuanta de que habían entregado la bandera blanca al oficial de intendencia del cuartel general del frente. Se tuvo que hacer una nueva, usando una de las sábanas del comandante de división clavada toscamente a una rama de acacia.

El coche del estado mayor los llevó a la línea del frente y quedó aparcado en una *balka*, desde donde el grupo avanzó a pie. A Smislov y Diatlenko se les unió un anciano contramaestre con una trompeta que se presentó como «comandante del destacamento musical de Siderov». Un teniente también se presentó y se ofreció a escoltarlos a través de los campos minados, «porque mi vida no vale tanto como la vuestra», explicó.

Los tres emisarios se vistieron con ropa de camuflaje al llegar a las trincheras del frente, luego se pusieron en camino por la amplia blancura que se volvía borrosa en la

densa niebla. Unas dos docenas de montículos eran cadáveres congelados. El general Vinogradov y los otros dos generales subieron en dos tanques rusos quemados para observar en avance. Siderov tocó la trompeta. En lo oídos de Diatlenko, el toque de atención sonó más como «el toque de queda».

A medida que se aproximaban a las líneas alemanas, vieron figuras que se movían. Parecía que los búnkeres y las trincheras de la línea del frente estaban siendo reforzados. Siderov agitó la bandera blanca y tocó la trompeta otra vez con ansia. «¿Qué desean ustedes?», preguntó un suboficial.

-Somos los emisarios de la tregua del comandante del Ejército Rojo –le gritó Diatlenko en alemán-. Llevamos un mensaje para su comandante en jefe. Pedimos que nos reciban de acuerdo con la ley internacional.

«Vengan aquí entonces», dijo. Se asomaron varias cabezas más y las armas los apuntaron. Diatlenko se negó a avanzar hasta que no llamaran a los oficiales. Ambos bandos se pusieron nerviosos durante la larga espera. Finalmente, el suboficial se puso en camino hacia la retaguardia para traer al comandante de su compañía. Tan pronto como se hubo marchado, los soldados alemanes se pusieron en pie y comenzaron a mofarse: «*Rus! Komm, komm!*», gritaban. Un soldado, de baja estatura, envuelto en andrajos, se encaramó en el parapeto de la trinchera y comenzó a hacer el tonto. Se señalaba a sí mismo en operística cantando: «*Ich bin offizier*».

«Ya veo el tipo de oficial que eres», replicó Diatlenko, y los soldados alemanes se rieron. Los compañeros del gracioso lo cogieron de los talones y lo arrastraron de nuevo a la trinchera. Smislov y Siderov se rieron.

Finalmente, el suboficial regresó, acompañado por tres oficiales. El de más alta graduación preguntó educadamente qué deseaban. Diatlenko se lo explicó, y preguntó si serían recibidos según la convención internacional con garantías de su seguridad. Se sucedieron complicadas discusiones sobre los detalles (si debían quitarse sus trajes de camuflaje para la nieve y si debían ir con los ojos vendados) antes de que se les permitiera adelantarse. Después de que los oficiales de ambos bandos se hubieron hecho el saludo, Smislov mostró el paquete de hule, dirigido al capitán general Paulus. Los oficiales alemanes susurraron apresuradamente entre ellos. El teniente de más alta graduación aceptó llevar a los representantes soviéticos al comandante del regimiento. Las vendas negras que les habían dado el oficial de intendencia del frente habían sido devueltas el día anterior con la bandera blanca, de modo que tuvieron que improvisar con pañuelos y cinturones. Todo lo que pudo ofrecer Simonov fue la blusa de su traje para la nieve, y cuando la había envuelto alrededor de su cabeza, los soldados alemanes que observaban desde la entrada de su búnker le gritaban entre risas: «¡Beduino!, ¡beduino!».

El teniente de más alta graduación llevaba de la mano a Diatlenko. Al cabo de unos pocos pasos preguntó «con una sonrisa en la voz», que si lo que estaba escrito en el mensaje para Paulus era «que nos deberíamos rendir».

«No se me ha ordenado saberlo», replicó Diatlenko utilizando la fórmula del ejército zarista. Cambiaron de tema.

-Dígame por favor –dijo el teniente-, ¿es verdad que un escritor alemán llamado Willi Bredel ha estado en Platonovski? Se ha dirigido a mis soldados por la radio unos diez o quizá catorce días. Los exhortaba a rendirse y les juró que sus vidas serían respetadas. Por supuesto, mis soldados se han reído sin más. Pero, ¿estuvo de veras allí? Es evidente por su acento que es de Hamburgo. Entonces, ¿era él realmente o una grabación de su voz?.

Diatlenko ansiaba contestar. Bredel efectivamente era uno de los alemanes que trabajaban para su sección y se llevaba bien con él. Pero si daba algún indicio, el

teniente habría comprendido de inmediato cuál era su «verdadero trabajo». En ese momento ocurrió una interrupción imprevista. El hielo sobre el que caminaban estaba muy disparejo por el impacto de las bombas, pero también pulido por el roce de las botas envueltas en trapos. Diatlenko se cayó, arrastrando al teniente. Smislov, al oír el ruido, gritó alarmado. Diatlenko lo tranquilizó y se disculpo con el teniente. No temía ninguna jugarreta. «Unos mil prisioneros de guerra habían pasado por mis manos para entonces –escribió después-. Por ello conocía su psicología bastante bien y sabía que estos hombres no me harían daño».

Los soldados alemanes que vinieron a levantar a los dos hombres caídos resbalaron a su vez, creándose una masa de cuerpos desparramados. Diatlenko comparó esto al juego ucraniano de niños llamado: «Un montoncito es demasiado pequeño, se necesita a alguien encima».

El teniente continuó su interrogatorio cuando la marcha a ciegas se reanudó, luego volvió a la pregunta sobre Bredel. Diatlenko fue poco sincero. Dijo que conocía el nombre y que incluso había leído algunos de sus libros. Finalmente, el teniente le advirtió que estaban llegando a unos escalones.

Al serles retiradas las vendas de los ojos, los tres emisarios se encontraron en un búnker bien construido revestido de troncos. Diatlenko notó dos sacos de grano gris malogrado que estaban tratando de secar. «Os está bien empleado, serpientes –pensó Diatlenko-. Incendiasteis el silo de Stalingrado y ahora tenéis que sacar comida para alimentaros de debajo de la nieve». También observó las postales de colores y las decoraciones navideñas de papel todavía en su lugar.

Un alto oficial alemán entró y exigió conocer la autoridad de su misión. «El mando de la *Stavka* del Ejército Rojo», replicó Diatlenko. El oficial entonces salió del búnker, probablemente para telefonear. Durante la ausencia del coronel, los oficiales alemanes y Diatlenko hablaron de las celebraciones de Navidad. Luego hablaron de pistolas y los alemanes admiraron la Tokarev de Diatlenko, quién rápidamente la entregó cuando los emisarios rusos se percataron, con gran embarazo, de que según la convención internacional deberían haber dejado atrás sus armas personales.

Para mantener una atmósfera de cordialidad, Siderov abrió el paquete de cigarrillos entregado especialmente para impresionar a los oficiales alemanes. «Con gran dignidad, Siderov ofreció el paquete a los alemanes, como si siempre hubiera fumado el mejor, y no *majorka*». Pidió a Diatlenko que les dijera que esta era su tercera guerra: había luchado en «la guerra imperialista, la guerra civil y ahora la gran guerra patria». Diatlenko esperaba que agregara «contra los invasores fascistas alemanes», pero Siderov sonrió y dijo: «Y durante todas esas guerras, nunca he tenido la oportunidad de hablar tan pacíficamente con el enemigo». Los oficiales alemanes se mostraron de acuerdo y agregaron que esta pequeña reunión estaba formada por las personas más pacíficas de todo el frente. La conversación se detuvo después de esto. En el silencio que siguió, escucharon fuertes disparos. Los rusos quedaron horrorizados. Uno de los alemanes salió del búnker para averiguar lo que pasaba. Volvió con una acusación: «Era vuestra gente». Por suerte, pronto cesaron los disparos. (Los emisarios de la tregua descubrieron más tarde que habían sido las baterías antiaéreas rusas incapaces de resistir a la tentación cuando aparecieron aviones alemanes de carga en lo alto).

La tensión creció durante la larga espera de la vuelta del general. Pero cuando vino, no fue para anunciar como era de esperar que un coche del estado mayor había sido enviado desde el cuartel general del VI ejército. Tenia, en palabras de Diatlenko, «una expresión muy diferente, como la de un perro apaleado». Los oficiales más jóvenes, adivinando lo que había pasado, se levantaron «como si fuera a pronunciarse sentencia para todos ellos».

-Se me ha ordenado –anunció el coronel a los rusos- que no los lleve a ustedes a ninguna parte, que no los acompañe ni reciba nada de ustedes; sólo que les vende de nuevo los ojos, los conduzca de regreso, les devuelva sus pistolas y garantice su seguridad.

Diatlenko protestó elocuentemente. Ofreció, aun cuando iba contra sus instrucciones, dar el paquete de hule a un oficial especialmente autorizado a cambio de un acuse de recibo.

-Se me ha ordenado no recibir nada de ustedes –replicó el coronel alemán.

-Entonces le pido que escriba en el paquete que usted, según las órdenes recibidas de un mando superior, rehúsa aceptar la carta dirigida al comandante del ejército.

Pero el coronel se negó incluso a tocar el paquete. Smislov y Diatlenko concluyeron que no quedaba nada más que hacer que permitir que les vendaran los ojos otra vez y los escoltaran de regreso. El mismo teniente de alta graduación guió a Diatlenko de regreso.

-¿Qué edad tiene usted? –susurró Diatlenko cuando se habían puesto en camino.

-Veinticuatro –replicó. Había pocos años de diferencia entre ellos.

-Esta guerra entre nuestros pueblos es un error trágico –dijo Diatlenko después de una corta pausa-.Terminará tarde o temprano y sería bueno que lo encontrara a usted ese día, ¿no es así?

-En mi corazón no hay lugar para las ilusiones –dijo el teniente alemán-, porque antes de que el mes acabe, tanto usted como yo estaremos muertos.

-¿Piensan de veras ustedes, los alemanes –dijo Diatlenko-, que Rusia les dejará pasar un tranquilo invierno en tibios búnkeres?

-No era de suponer a partir de la experiencia del invierno pasado que ustedes lanzarían una ofensiva, pero nadie la esperaba en esta escala ni de esta manera.

-Usted me dijo antes que sus soldados se reían sin más del llamamiento de Willi Bredel.

Por curiosidad profesional, Diatlenko no pudo resistir el obviar sus intenciones de evitar asuntos de interés actual:

-Pero ¿no estaba en lo correcto cuando habló de su desesperada situación? ¿No fue su llamamiento serio?

-Todo lo que dijo era exacto –replicó el teniente-. Pero no olvide una cosa. Cuando se desata una guerra entre dos visiones del mundo, es imposible persuadir a los soldados enemigos lanzando palabras al otro lado de la línea del frente.

Al llegar a las trincheras, se les sacó las vendas de los ojos a los tres oficiales rusos. Les devolvieron sus pistolas y sus trajes de camuflaje para la nieve. Los dos grupos de oficiales se pusieron frente a frente y se hicieron el saludo, después los rusos bajo la bandera de Siderov regresaron «a través del blanco silencio» hasta el general Vinogradov, que todavía estaba esperando cerca del tanque quemado.

Vinogradov los condujo de regreso a la *balka*. El comandante de reconocimiento de la división no perdió el tiempo. «Siderov –dijo-, dibuje rápidamente un mapa de sus defensas». Los otros dos emisarios de la tregua los siguieron a un búnker abierto en una ladera de la *balka* y observaron «a nuestro viejo que hablaba con el enemigo tan pacíficamente» dibujar un mapa de sus puntos de tiro perfectamente. «No sé si había recibido esa misión desde el comienzo –escribió Diatlenko después- o si era sólo su habilidad, pero resultó que había estado reteniendo todo en su memoria». Diatlenko y Smislov regresaron entonces al cuartel general del frente en el coche Willys del estado mayor con los generales, «tristes y cansados», porque su misión había sido un fracaso y muchos hombres morirán inútilmente.

Quinta parte

El sometimiento del VI ejército

- 20 -

El puente aéreo

«La niebla estaba baja –escribió Hans Dibold, doctor de la 44ª división de infantería-, casi tocaba la cabeza de uno. Entre esas brumas el motor de un avión de transporte perdido gemía tristemente».

El término «puente aéreo» se usa rara vez en el teatro de operaciones. La idea de un nexo permanente sobre las cabezas e los rusos gratificaba a los ilusos que miraban mapas en Berlín y Rastenburg. Hitler exigiría información de pronto, de modo que todo general y todo oficial de estado mayor, desesperado por tener cifras a mano, importunaba constantemente a los comandantes de los aeródromos con las últimas

estadísticas y pruebas de acción. Esta interferencia compulsiva de la superioridad sólo empeoraba las cosas. Los generales de la Luftwaffe se habían precipitado a obedecer la decisión de Hitler de abastecer al VI ejército por aire, destinando aviones completamente inadecuados como el Ju-86, un aeroplano utilizado para entrenar a los pilotos, para engrosar las cifras. Incluso fue contemplado el uso de planeadores, hasta que alguien puntualizó que los cazas rusos los destruirían con facilidad.

Los comandantes de las bases aéreas de la retaguardia también causaban el caos enviando Junkers 52 que antes de que hubieran sido adaptados para operar en invierno, simplemente para mostrar que respondían al llamamiento del Führer rápidamente. La masa de aviones de transporte que llegaba sin previo aviso había causado desorden, particularmente a causa de que no había un grupo de operaciones de abastecimiento aéreo en su puesto para ejercer el control. A fines de noviembre, el general Fiebig y el estado mayor del VIII cuerpo aéreo asumió la responsabilidad, y la situación mejoró mucho, aun cuando los fallos fundamentales de todo el proyecto lo condenaba al fracaso desde el comienzo.

El general Von Richthofen había advertido que necesitaría seis aeródromos de tamaño completo dentro del *Kessel*, y no sólo uno, además de personal de tierra adecuadamente preparado. Su temor por la escasez de pistas de aterrizaje quedó rápidamente justificado por las malas condiciones climáticas. El mejor día había sido el 19 de diciembre, cuando 154 aviones aterrizaron con 289 toneladas, pero de hecho los días buenos para volar eran raros. El clima no era el único problema. El aeródromo de Pitomnik atrajo la atención del enemigo, de modo que los aviones acribillados y estrellados lo inutilizaban con frecuencia por cortos períodos. Los armazones de metal quemados eran amontonados en la nieve junto a la pista de aterrizaje, formando un «amplio cementerio de máquinas diseminadas». El aterrizaje de noche era doblemente peligroso. Las baterías para la defensa aérea en Pitomnik tenían que mantener un equilibrio casi imposible. Debían usar reflectores para distinguir a los bombarderos soviéticos nocturnos, pero el haz de sus rayos ofrecían un objetivo a la artillería rusa.

La tensión de la tripulación aérea de la Luftwaffe era intensa. «Los jóvenes e inexpertos tripulantes se sienten muy afectados» con el panorama en Pitomnik, sobre todo con la triste condición de los heridos aguardando al lado de las pistas de aterrizaje para ser evacuados, y las pilas de cadáveres congelados, dejados por el hospital de campaña allí porque el terreno está demasiado duro para enterrarlos.

Pese a la gratitud que el VI ejército pudiera guardar hacia los esfuerzos de la Luftwaffe, la exasperación era inevitable. Cuando al abrir una consignación se encontró sólo mejorana y pimienta, el teniente coronel Werner von Kunowski, oficial de intendencia del VI ejército, explotó: «¿Quién es el imbécil responsable de este cargamento?». Un oficial que estaba con él bromeaba de que la pimienta podría ser al menos utilizada para un combate a corta distancia.

Después del ataque soviético contra Tatsinskaia, la flota de transporte quedó muy reducida, dejando un parque mucho más pequeño de aviones utilizables que podían servir en las misiones. También la nueva base aérea de Ju-52 en Salsa, a algo más de 320 km de Pitomnik, estaba cerca del máximo de su capacidad operativa, de modo que no se podía utilizar aviones cuyos motores quemaran aceite. La desesperación hizo que algunos de los aviones cuatrimotores más grandes de la Luftwaffe –el Focke-Wulf 200 Cóndor, que podía llevar hasta seis toneladas, y el Junker 290, que podía cargar hasta diez- fueran puestos en servicio, pero eran muy vulnerables y carecían de la solidez del viejo trimotor «*Tante Ju*». Una vez que Salsa quedó también amenazado, a mediados de enero, los restantes Ju-52 tuvieron que trasladarse al noroeste hacia Zverevo, al norte de Shajti. Este nuevo aeródromo consistía en una pista de aterrizaje de nieve comprimida

en un terreno agrícola abierto. No había hospedajes de modo que la dotación de tierra, el personal de control y las tripulaciones de los aviones vivían en iglúes y tiendas.

El congelamiento se convertía en un problema más grande en el aire, mientras que en tierra era cada vez más difícil encender los motores. Las fuertes nevadas muchas veces causaban una interrupción en las bases, puesto que cada avión tenía que ser desenterrado de debajo de la nieve acumulada. Había pocas defensas antiaéreas en Zverevo, y el 18 de enero, los cazas y bombarderos soviéticos, viniendo en dieciocho oleadas durante el transcurso del día, lograron destruir otros cincuenta Ju-52 en tierra. Esta fue una de las pocas operaciones realmente efectivas de la aviación del Ejército Rojo, cuyos pilotos aún carecían de suficiente seguridad.

Richthofen y Fiebig habían sentido desde el comienzo que no tenían otra opción que hacer lo mejor posible un trabajo destinado al fracaso. Esperaban poca comprensión de la superioridad. «Mi confianza en nuestros jefes se ha hundido rápidamente a bajo cero», le dijo Richthofen al general Jeschonnek, jefe del estado mayor de la Luftwaffe, el 12 de diciembre. Una semana después, al escuchar que Goering le había dicho a Hitler que la situación de aprovisionamiento en Stalingrado «no era tan mala», escribió en su diario: «Aparte del hecho de que sería muy bueno para su figura el pasar un tiempecito en el *Kessel*, sólo puedo suponer que mis informes o no son leídos o no reciben ningún crédito».

Mientras Goering no hacía lo más mínimo para controlar su apetito, el general Zeitzler, en un gesto de solidaridad con las hambrientas tropas en Stalingrado, redujo su propia ración al nivel de éstas. Según Albert Speer, perdió 12 kg en dos semanas. Hitler, informado de esta dieta por Martin Bormann, ordenó a Zeitzler que volviera a comer normalmente. Como concesión, Hitler prohibió el champán y el coñac en el cuartel general del Führer «en honor de los héroes de Stalingrado».

La amplia mayoría de civiles en Alemania casi no tenía idea de cuán cerca estaba el VI ejército de la derrota final. «Espero que romperéis el cerco pronto –escribía una joven a un soldado con quien mantenía una amistad epistolar a mediados de enero-, y cuando lo hagáis, recibiréis una licencia de inmediato». Incluso el jefe del partido nazi en Bielefeld escribía a mediados de enero al general Edler von Daniels para felicitarlo por el nacimiento de su hijo, la condecoración y el ascenso, y le decía que esperaba verlo «muy pronto de regreso entre nosotros».

La atmósfera de irrealidad penetraba los círculos más altos del gobierno en Berlín. Speer, profundamente alterado por la situación en Stalingrado, acompañó a su esposa, «que como todos los demás no sospechaba ninguna desdicha», a una función de *La flauta mágica* en la ópera. «Pero sentados en nuestro palco, en aquellas sillas suavemente tapizadas entre esta concurrencia festivamente ataviada, en todo lo que podía pensar era en que el mismo tipo de multitud asistía a la ópera en Paris mientras Napoleón se retiraba de Rusia, y en el sufrimiento ahora igual de nuestros propios soldados». Voló de regreso a su ministerio, tratando de evadirse en el trabajo, y se esforzó por reprimir el «horrible sentimiento de culpa» hacia su hermano, soldado raso en el VI ejército en Stalingrado.

Hacía poco los padres de Speer lo habían llamado llenos de pánico. Acababan de oír que su hijo Ernst yacía en «un primitivo hospital de campaña» en un establo, «sólo parcialmente techado y sin paredes» sufriendo de ictericia con fiebre, con las piernas hinchadas y dolores de riñón. La madre de Speer sollozó en el teléfono: «No puedes hacer esto». Y su padre le dijo: «Es imposible que tú, entre todos, no puedas hacer algo para sacarlo». El sentimiento de impotencia y culpa de Speer se veía agravado por el hecho de que un año antes, siguiendo la orden de Hitler de que los oficiales de alto rango no debían utilizar su influencia en favor de sus parientes, había

engatusado a su hermano con la promesa de hacer que lo transfirieran a Francia una vez que la campaña terminara. Ahora la última carta de Ernst desde Stalingrado decía que no podía soportar contemplar a sus camaradas enfermos morir en el hospital de campaña. Se había unido a sus camaradas en la línea del frente, pese a sus piernas grotescamente hinchadas y a su patética debilidad.

Dentro del *Kessel*, cuando el VI ejército esperaba la ofensiva final rusa, se comenzaron a divulgar historias no sólo de que se aproximaba un cuerpo blindado de las SS, el que Hitler había prometido para mediados de febrero, sino que incluso una división aerotransportada estaba volando hacia el *Kessel* para reforzar sus defensas.

Algunos rumores habían perdido todo viso de realidad. Los de ánimo más sombrío aseguraban que el 4º ejército blindado había llegado a unos 20 km de sus líneas, pero Paulus había dicho entonces al general Hoth que no avanzara más. Más tarde algunos soldados se convencieron incluso de que Paulus, como parte de un acuerdo secreto con los rusos, los había traicionado. Según otra historia, «los rusos habían dado una orden, que cualquiera que matara a un piloto alemán [capturado] sería severamente castigado, porque los necesitaban para pilotar sus aviones de transporte a las áreas más lejanas de la retaguardia, pues había una escasez tremenda de tripulación aérea soviética».

Los rumores forzosamente se difundían en sus peculiares comunidades, bien fuera en los campamentos alrededor de los aeródromos, o bien en los refugios en las *balkas* de la estepa, agrupados juntos con una aldea troglodita. Si había alguna madera para quemar en las pequeñas estufas de los búnkeres, humo salía de pequeños cañones de chimenea, hechos de latas de comida clavadas entre sí. Los tablones, mesas, e incluso las literas cuando los hombres morían, eran troceados para hacer leña. El único sucedáneo del calor real era la atmósfera viciada, creada por los cuerpos y las lonas apiñados, pero aún así los hombres todavía tiritaban incontrolablemente. El calor relativo servía para poco más que para estimular la actividad de los piojos, que los enloquecían con su picazón. Con frecuencia dormían dos en una litera tapándose las cabezas con una manta en un intento lamentable de compartir el calor de corporal. La población de roedores aumentó rápidamente con la dieta de caballos y hombres muertos. En la estepa los ratones se volvieron voraces en su búsqueda de alimento. Un soldado informó de que los ratones le habían «comido los dedos congelados del pie» mientras dormía.

Cuando llegaron las raciones, en un trineo tirado por un raquítico poni, unas figuras rígidas, desgarbadas, envueltas en harapos, salían a escuchar los últimos rumores. No había combustible para deshacer la nieve para lavarse o afeitarse. Sus rostros con las mejillas hundidas estaban blanquecinos y sin afeitar, con las barbas patéticamente enmarañadas debido a la deficiencia de calcio. Sus cuellos estaban delgados y esqueléticos como los de los ancianos; sus cuerpos, plagados de piojos. Un baño y una muda de ropa interior limpia eran un sueño tan lejano como una comida decente. La ración de pan era ahora inferior a los 200 gramos por día, y muchas veces poco más de 100 gramos. La cerne de caballo agregada a la «*Wassersuppe*» procedía del suministro local. Las carcasas se mantenían frescas con el frío, pero la temperatura era tan baja que la carne no podía ser cortada con cuchillos. Sólo una sierra de zapador era lo suficiente fuerte.

La combinación de frío e inanición supuso que los soldados, cuando no estaban de guardia, se limitaban a estar tendidos en sus refugios, conservando la energía. El búnker era un refugio que difícilmente podían abandonar. Con frecuencia, estaban con

la mente en blanco a causa de que la frialdad de su sangre hacía muy lenta tanto la actividad física como la mental. Los libros habían circulado hasta que se desintegraban o se perdían en el barro y la nieve, pero ahora poquísimos conservaban energía para leer. Igualmente, los oficiales de la Luftwaffe que administraban el aeródromo de Pitomnik habían dejado el ajedrez a favor de las cartas porque cualquier esfuerzo de concentración estaba fuera de su alcance. En muchos casos, no obstante, la falta de alimento no llevó a la apatía sino a ilusiones enloquecidas, como las de los antiguos místicos que escuchaban voces a causa de la desnutrición.

Es imposible evaluar el número de suicidios o muertes como resultado de la tensión por la batalla. Los casos en otros ejércitos, como ya mencionamos, suben rápidamente cuando los soldados están aislados, y ningún ejército estaba más acosado que el VI ejército en Stalingrado. Los hombres deliraban desaforadamente en sus literas, algunos yacían aullando allí. A muchos, durante un ataque maniático de actividad, sus camaradas habían tenido que dominarlos o hacerles perder el sentido. Algunos soldados temían la crisis nerviosa y la locura de los demás como si fuera contagiosa. Pero la mayor alarma la suscitaba un camarada enfermo que tuviera la nariz dilatada y los labios negros, mientras que el blanco de los ojos se volvía rosado. El miedo al tifus parecía curiosamente atávico, casi como si fuera una plaga medieval.

La sensación de aproximarse a la muerte también podía estimular una intensa conciencia de todo lo que estaban a punto de perder. Hombres duros soñaban febrilmente con imágenes del hogar y lloraban en silencio por la idea de no ver nunca más a su esposa e hijos. Los caracteres más reflexivos reexaminaban sus recuerdos, o estudiaban el mundo a sus alrededor, especialmente a sus camaradas, con un nuevo interés. Algunos incluso tenían aún bastante capacidad de emocionarse como para dolerse por los caballos hambrientos que roían desesperadamente un trozo de madera.

Entre los primeros siete y diez días de enero, antes de que comenzara la ofensiva soviética, los hombres trataron de no dejar que el verdadero grado de miseria se mostrara en sus cartas familiares. «Recibí un cuarto de litro de vodka y trece cigarrillos por Año Nuevo –escribió un soldado llamado Willy a sus padres en una carta que nunca llegó-, pero toda la comida que tengo ahora es un trozo de pan. Nunca os he extrañado más que hoy en que hemos estado cantando el «*Wogalied*». Estoy sentado en una jaula aquí, pero no es de oro, es el cerco ruso». Muchos soldados camuflaban aún más la verdad. «Sólo podemos contar con el hecho de que la primavera comenzará pronto –escribió un soldado llamado Seppel a su familia-. El clima todavía es malo, pero lo principal es tener salud y una buena estufa. Las fiestas de Navidad las pasé bien». Otros, sin embargo, no trataban de ocultar sus sentimientos: «Lo único que me queda es pensar en vosotros tres», escribió un soldado a su mujer e hijos.

Algunos, desesperados por escapar, consideraron las heridas autoinflingidas. Aquellos que lo hacían no sólo se arriesgaban a ser ejecutados. Aun cuando no surgiera ninguna sospecha, podían morir a consecuencia de su propia acción. Una herida leve en la piel no era suficiente para conseguir un vuelo fuera del *Kessel*. Un tiro en la mano derecha era demasiado obvio; y con los pocos soldados que quedaban en la línea del frente, la herida tenía que causar impedimento si habían de ser liberados de sus obligaciones de combate. Pero una vez que se inició el avance final soviético, incluso «una herida leve que impidiera el movimiento significaba prácticamente la muerte».

Desde inicios de enero, un creciente número de soldados alemanes comenzó a rendirse sin resistencia o incluso a desertar al enemigo. Los desertores tendían a ser infantes en el frente, en parte porque tenían más oportunidades. Había también casos de oficiales y soldados que rechazaban la evacuación, por valentía y por un obsesivo sentido del deber. El teniente Löbbecke, el comandante de una compañía de tanques de

la 16ª división blindada, había perdido un brazo en el combate, pero siguió adelante sin tener la herida adecuadamente curada. El comandante de la división no logró persuadirlo de seguir el tratamiento. Finalmente, el general Strecker lo consiguió.

«Pido permiso para permanecer con mis hombres –dijo Löbbecke inmediatamente-. No puedo dejarlos ahora cuando la lucha es tan desesperada». Strecker, probablemente debido al olor, se dio cuenta de que el muñón del brazo de Löbbecke se estaba pudriendo. Tuvo que ordenarle que se marchara del *Kessel* en un avión a un hospital de base.

Para los realmente incapacitados, la única esperanza de evacuación a un hospital de campaña era en trineo o en ambulancia. Sus conductores eran ya conocidos como «los héroes del volante», debido a su alta tasa de bajas. Un vehículo en movimiento (y las ambulancias estaban entre los pocos a los que se concedía algo de combustible) inmediantamente atraía el fuego terrestre o un ataque aéreo ruso.

Los heridos y enfermos ambulantes hacían su propio camino a la retaguardia por la nieve. Muchos se detenían a descansar para no levantarse jamás. Otros llegaban a pesar de espantosas heridas o un estado de avanzado congelamiento. «Un día alguien llamó a nuestro búnker –recordaba un lugarteniente de la Luftwaffe en Pitomnik-. Afuera estaba un hombre viejo, miembro de la organización Todt encargada de la reparación de caminos. Sus dos manos estaban tan hinchadas por el congelamiento que nunca podría utilizarlas de nuevo».

Llegar al hospital general cerca del aeródromo no constituía una garantía de evacuación ni de ser atendido en las enormes tiendas, que apenas servían para protegerse del frío. Las heridas y el congelamiento representaban sólo una pequeña parte del trabajo, que amenazaba con superar a los doctores. Había una epidemia de ictericia, disentería y todas las demás enfermedades, acentuadas por la desnutrición y, con frecuencia, por la deshidratación, puesto que no había combustible para derretir la nieve. Los heridos también quedaban bastante más expuestos a los ataques aéreos soviéticos de lo que lo habían estado en el frente. «Cada media hora los aviones rusos atacaban el aeródromo –informó un cabo después-. Muchos camaradas que estaban a punto de ser salvados perdieron la vida en el último momento, después de haber sido subidos al avión, mientras esperaban el despegue».

La evacuación por aire de los heridos y enfermos era igual de impredecible que la llegada de vuelos y suministro. En tres días, el 19 y el 20 de diciembre y el 4 de enero, más de mil fueron llevados cada vez, pero el promedio total, incluidos los días en que los vuelos no eran posibles, entre el 23 de noviembre y el 20 de enero fue de 417.

La selección para los aviones no se hacía según la gravedad de las heridas. Se desarrolló un despiadado orden de preferencias debido a la escasez de espacio aéreo. «Sólo los heridos leves, capaces de moverse por sí mismos, podían tener esperanza de salir –contaba un oficial mensajero-. Sólo había espacio para unas cuatro camillas dentro del fuselaje del Heinkel, pero podía dar cabida a cerca de veinte heridos de pie. De modo que si uno había sido gravemente herido, o estaba tan enfermo que no podía moverse, era hombre muerto». La suerte, con todo, podía todavía intervenir. Haciendo valer sus privilegios, este oficial logró que un suboficial de infantería, que había estado tirado durante tres días en el aeródromo con una bala en la espalda, subiera a su avión. También subió a bordo a otro suboficial, un hombre anciano atacado por una fiebre muy alta.

La Feldgendarmerie, cuyos efectivos eran odiados por las tropas, que los llamaban los «perros con dogal», por la gola de metal que llevaban alrededor del cuello, guardaba el acceso a la pista de aterrizaje, comprobando los papeles minuciosamente para asegurarse de que ningún enfermo fingido se colara. Como la esperanza de escapar

disminuyó en enero, recurrieron cada vez más a sus metralletas para contener a los heridos y a los falsos enfermos.

Cabían muchos más heridos en los cuatrimotores gigantes Focke-Wulf Cóndor, los cuales fueron utilizados desde la segunda mitad de enero. Eran, sin embargo, excepcionalmente vulnerables si iban sobrecargados. Un sargento de la 9ª división antiaérea observaba la pesada aceleración de un Cóndor en el que dos de sus camaradas heridos acababan de ser embarcados. Cuando el avión subía como una flecha después de despegar para tomar altura, la desventurada carga humana dentro debió deslizarse hacia atrás, porque la cola súbitamente se bajó haciendo que el morro apuntara verticalmente al cielo. Los motores chillaron antes de que el avión entero cayera a tierra más allá del perímetro del campo y explotara en una bola de fuego con un «ruido ensordecedor».

Desde lejos, los soldados en el extremo oeste del *Kessel* presenciaron el destino de los aviones Junkers, sabiendo muy bien que su pesada carga de ida consistía en camaradas heridos. Con frecuencia estos aviones «no podían subir a la altura suficiente y topaban con un intenso fuego antiaéreo, que los precipitaba a un terrible fin. Vi desde mi trinchera en varias ocasiones este apocalíptico destino y me sentí muy, pero muy deprimido».

Además de trasladar por vía aérea a los heridos, a los mensajeros y a ciertos especialistas, los aviones todavía traían algunos oficiales y hombres que habían salido de licencia antes de que el *Kessel* estuviera cerrado. Debido al bloqueo informativo en Alemania, muchos de ellos no tenían ni idea de lo que había pasado en su ausencia hasta que su tren llegó a Jarkov. El ayudante de Manstein, Alexander Stahlberg, contaba cómo su primo político de veintiún años, Gottfried von Bismarck, llegó al cuartel general del grupo de ejércitos del Don en Novocherkassk el 2 de enero después de pasar la licencia de Navidad en su casa en Pomerania. Había recibido una orden de volar al *Kessel* para unirse a la 76ª división de infantería. Manstein, al descubrir la situación, lo invitó a su mesa a cenar, donde la conversación no estaba limitada. Tanto Manstein como Stahlberg admiraron mucho la manera en que el joven, sin quejarse, respetaba la tradición de Potsdam del 9º regimiento de infantería la volver a una batalla perdida, no por Hitler, sino por la devoción prusiana al deber. Bismarck, sin embargo, lo expresó en términos menos gloriosos: «Era un soldado, había recibido una orden y estaba obligado a aceptar las consecuencias».

El 9 de enereo, víspera de la ofensiva soviética, volvió el general Hube al *Kessel* y dijo a Paulus y a Schmidt que Hitler simplemente se negaba a reconocer la posibilidad de una derrota en Stalingrado. No había escuchado su relato de las condiciones en el *Kessel* y, en cambio, había tratado de convencerlo de que un segundo intento de auxilio podía ser llevado a cabo.

Algunos de los oficiales de Hube estaban abatidos porque él, entre todos, parecía haber sido engañado por una de las actuaciones de optimismo hipnótico de Hitler: la «cura de rayos de sol». Estaba muy decepcionado –recordaba el oficial de inteligencia de Hube, el príncipe Dohna- por cuán fácilmente un soldado tan valiente y recto como él pudo ser convencido». Otros, con todo, oyeron que Hube se había atrevido a «aconsejar a Hitler que tratara de terminar con al guerra», y cuando Hube murió, en un accidente aéreo el año siguiente, se difundieron rumores de que Hitler podría haber tenido algo que ver en ello. En cierto modo, ambos lados estaban en lo correcto. Cuando Hube se presentó al cuartel general del grupo de ejércitos antes de volar al *Kessel*, Manstein tuvo la convicción de que había sido engañado por una de las manifestaciones de confianza de Hitler. Por otro lado, descubrió más tarde que Hube se había atrevido a

sugerir a Hitler que haría mejor en pasar el mando supremo del ejército a un general, de modo que no se viera dañado personalmente si el VI ejército se perdía.

Hube había sido uno de los comandantes favoritos del Führer, pero su evidente convicción de que el VI ejército estaba condenado sólo confirmó la sospecha de Hitler de que todos los generales estaban infectados de pesimismo. Paulus reconoció esto. Llegó a la conclusión de que sólo un joven guerrero con muchas condecoraciones podía evocar las condiciones románticas de Hitler y por tanto estar en una posición para persuadirlo de que escuchara la verdad.

Paulus tenía un candidato obvio para esta misión en el capitán Winrich Behr, cuyo uniforme negro de blindado con la Cruz de Hierro probablemente produciría el efecto deseado en el Führer. Y Behr, responsable de poner al día no sólo la situación en el mapa, sino también todos los hechos y las cifras en los informes, era uno de los oficiales mejor informados en el cuartel general del VI ejército.

Behr recibió el aviso de su misión con tan poca anticipación la mañana del 12 de enero, dos días después del inicio de la ofensiva soviética, que no tuvo tiempo de ofrecerse a sus colegas para llevar cartas a sus familias. Empaquetó el diario de guerra del VI ejército en sus pertenencias para ponerlo a buen recaudo, luego corrió a Pitomnik. La pista de aterrizaje estaba ya bajo los disparos de morteros y artillería. Cuando Behr iba al Heinkel 111, lleno de heridos, la Feldgendarmerie armada con metralletas tuvo que contener a otros cientos que trataban de correr o incluso de arrastrarse hasta el avión.

El vuelo hasta Taganrog duró una hora y media. Le sorprendió que aún hiciera más frío en el Mar de Azov que en Stalingrado. Un coche del estado mayor estaba esperándolo y lo llevó al cuartel general del mariscal de campo Von Manstein. Manstein reunió a algunos de sus oficiales y pidieron a Behr que informara de la situación. Behr describió todo: el hambre; la tasa de bajas; el agotamiento de los soldados; los heridos yaciendo en la nieve con la sangre congelada a la espera de ser evacuados; la lamentable escasez de alimento, combustible y municiones. Cuando Behr hubo acabado, dijo Manstein: «Preséntele a Hitler la misma descripción que me ha dado». Se ordenó que un aeroplano lo llevara a Rastenburg a la mañana siguiente. El Führer lo estaba esperando.

La mañana siguiente fue igualmente fría, aun cuando el sol brillante producía una engañosa sensación de calidez. En el aeródromo el oficial de la Luftwaffe asignado para llevar a Behr a Prusia Oriental no se molestó en coger sus guantes cuando salió a calentar los motores. Cuando volvió al edificio tenía las manos desolladas de haber tocado el metal helado. Hubo que buscar otro piloto.

Behr finalmente llegó a la *Wolfsschanze* por la noche temprano. Le pidieron su cinturón y su pistola en el cuarto de guardia. Desde allí fue escoltado al centro de operaciones, adonde dieciocho meses después Stauffenberg llevaría un maletín repleto de explosivos. Había de veinte a veinticinco altos oficiales presentes. Al cabo de diez minutos, las puertas se abrieron y Hitler apareció. Saludó al joven capitán de blindados.

-*Heil Herr Hauptmann!*

-*Heil mein Führer!* –replicó Behr, en rígida posición de firmes con su uniforme negro con la Cruz de Hierro en el cuello. Behr ya sabía por su cuñado, Nicolaus von Below, que era ayudante de Hitler de la Luftwaffe, cuáles eran las tácticas del Führer cuando una «Casandra» traía malas noticias. Siempre trataba de controlar la conversación, imponiendo su versión de los hechos y abrumando a su interlocutor, que sólo conocía un único sector en el frente, con la imagen poderosa de la situación general. Esto fue exactamente lo que ocurrió.

Cuando Hitler terminó de contar sus planes para la operación Dietrich, una gran contraofensiva con las divisiones blindadas de las SS que convertirían la derrota en

victoria, dijo a Behr: «*Herr* Hauptmann, cuando vuelva donde el general Paulus, dígale esto y que todo mi corazón y todas mis esperanzas están con él y su ejército». Pero Behr, muy consciente de que éste era el «truco» de Hitler, sabía que no debía permitir ser silenciado.

«*Mein Führer* –respondió-, mi comandante en jefe me ordenó informarle de la situación. Por favor, déme usted permiso para dar mi informe». Hitler, frente a tantos testigos, no podía negarse.

Behr comenzó a hablar, y Hitler, para su sorpresa, no hizo ningún intento de interrumpirlo. No ahorró a sus oyentes ningún detalle, incluidas las crecientes deserciones de soldados alemanes en favor de los rusos. El mariscal de campo Keitel, incapaz de soportar tal franqueza en presencia del Führer, golpeó con el puño a Behr a espaldas de Hitler en un intento de acallarlo. Pero Behr continuó implacablemente con su descripción del ejército extenuado, hambriento y aterido, frente a abrumadores obstáculos, y sin el combustible ni las municiones para repeler una nueva ofensiva rusa. Behr tenía todas las cifras de los despachos aéreos diarios en la cabeza. Hitler le preguntó si estaba seguro de esas estadísticas, y cuando Behr contestó que sí, se volvió a un alto oficial de la Luftwaffe y le pidió que explicara la discrepancia.

-*Mein Führer* –replicó el general de la Luftwaffe-. Tengo aquí la lista de aviones y carga despachados por día.

-Pero *mein Führer* –interrumpió Behr-, para el ejército lo importante no es cuántos aviones fueron enviados, sino los que efectivamente recibimos. No estamos criticando a la Luftwaffe. Sus pilotos son verdaderamente héroes, pero hemos recibido sólo las cifras que he mencionado. Quizá algunas compañías recuperaron botes sueltos y los guardaron, sin notificarlo al cuartel general, pero no son bastantes como para significar una diferencia.

Algunos altos oficiales trataron de desviar las críticas de Behr con «preguntas idiotas», pero Hitler resultó sorprendentemente colaborador, quizá porque deseaba aparecer como defensor de los intereses del *Stalingradkämpfer* contra el estado mayor general. Pero cuando Behr llego a la situación en que estaba el VI ejército, Hitler regresó al gran mapa salpicado de banderitas como si nada hubiera cambiado. Behr sabía que esas banderitas, «las mismas que en meses anteriores», ahora representaban «divisiones con sólo unos pocos cientos de hombres». Sin embargo, Hitler una vez más recurrió a su mensaje de transformar toda la situación con una brillante contraofensiva. Incluso proclamó que todo el ejército blindado de las SS estaba ya concentrándose alrededor de Jarkov, a punto para atacar en dirección a Stalingrado. Behr sabía por el mariscal de campo Von Manstein que las formaciones de las SS llevadas hacia el este necesitarían varias semanas más. «Vi que había perdido contacto con la realidad. Vivía en un mundo de fantasía de mapas y banderas». Para Behr, que había sido un «joven oficial alemán nacionalista» y entusiasta, la revelación fue un *shock*. «Fue el fin de todas mis ilusiones sobre Hitler. Me convencí de que ahora perderíamos la guerra».

Behr no fue enviado directamente de regreso al *Kessel* como estaba planeado. Vio a Hitler otra vez al día siguiente al mediodía, con el mariscal de campo Milch, a quien se le ordenó que incentivara a la Luftwaffe en sus esfuerzos de liberar Stalingrado. Behr fue llamado más tarde por un ayudante militar de alta graduación de Hitler, el general Schmundt, y sometido a una entrevista larga y exhaustiva, aunque amistosa. Schmundt, uno de los admiradores más leales de Hitler (moriría dieciocho meses después con la bomba de Stauffenberg), supo de inmediato que el joven capitán de blindados había perdido la fe. Behr lo admitió abiertamente cuando se planteó la pregunta. Schmundt, por tanto, decidió que no debía volver con Paulus, en previsión de que le transmitiera sus recelos. Behr iría a la costa del Mar Negro, y trabajaría allí en

Melitopol como parte de una «estado mayor especial» que se establecería bajo el mando del mariscal de campo Milch para ayudar a la Fortaleza de Stalingrado a resistir hasta el fin.

En Rastenburg, el general Stieff y también el teniente coronel Bernhard Klamroth, quien conocía bien a Behr desde antes de la guerra, lo llevó aparte y le preguntó -«de una manera cifrada»-, si se uniría a un movimiento para derrocar a Hitler. Behr, que apenas había visto la verdad sobre la desastrosa conducción de Hitler, sentía que no podía hacer un giro de ciento ochenta grados. Klamroth comprendió, pero le advirtió que fuera cuidadoso con Manstein. «En la mesa está totalmente en contra de Hitler, pero es sólo un fanfarrón. Si Hitler le ordenara ir a la derecha o a la izquierda, haría exactamente lo que le dice».

La cita de Klamroth no era exagerada. Con toda la irreverencia que Manstein mostraba por el Führer en privado, entre sus subordinados de confianza y con la broma de su *dachshund* haciendo el saludo nazi con la pata levantada, no deseaba arriesgar su propia posición. En sus memorias, utilizó lo que podría llamarse el argumento de la puñalada por la espalda: un golpe de estado habría llevado al derrumbe inmediato del frente y al caos en Alemania. Era todavía parte de la clase de oficiales cuyo odio antibolchevique había sido moldeado por los motines y la revolución de 1918. Behr siguió el consejo de Klamroth, y fue cauteloso cuando se presentó de vuelta en el grupo de ejércitos del Don.

El miedo que Manstein le tenía a Hitler se manifestó pronto. Los francos debates entre sus propios oficiales sobre la responsabilidad por el desastre de Stalingrado lo ponían tan nervioso que dio una orden al jefe del estado mayor de que «los debates sobre la responsabilidad por los recientes acontecimientos deben terminar» porque «no podían tener ningún efecto en alterar los hechos del asunto y sólo podrían causar daño al minar la confianza». También se prohibió estrictamente a los oficiales que hablaran de «las causas de la destrucción del VI ejército» en su correspondencia personal.

El Führer deseaba ahora, cualquiera que fuese el resultado, un ejemplo heroico para el pueblo alemán. El 15 de enero concedió a Paulus las hojas de roble de la Cruz de Hierro y anunció otras 178 condecoraciones importantes para los miembros del VI ejército. Muchos de sus destinatarios no captaron que estos honores tenían un doble filo.

Manstein, por otra parte, si bien despreciaba los motivos de Hitler, sabía que también él necesitaba prolongar la agonía del VI ejército. Cada día que aguantaba, le daba más tiempo para concentrar los dos ejércitos del Cáucaso en una línea defendible. Hitler, mediante uno de sus grotescos retorcimientos de la lógica, podía ahora sostener que su decisión de ordenar a Paulus que mantuviera su posición había sido correcta.

La locura que entrañaban estos acontecimientos parece haber sido algo contagiosa. Max Plakolb, el oficial de la Luftwaffe a cargo de los operadores de radio de Pitomnik, recordaba haber recibido varios mensajes con extrañas exhortaciones de sus propios comandantes superiores. El 9 de enero, el día en que se proclamó el ultimátum soviético, Plakolb y otro miembro de su equipo recibieron órdenes de volar fuera del *Kessel*. «Dejar a aquellos que permanecían atrás fue duro. Cada uno escribió una carta a su familia, que nosotros llevamos». Pero como casi todos los que escapaban del *Kessel* de Stalingrado entonces, experimentó la sensación de volver a nacer. «De modo que este 9 de enero se convirtió en mi segundo día de nacimiento». Aquellos que escaparon, sin embargo, estaban destinados a sufrir algún resentimiento de culpa por haber sobrevivido. «Nunca oímos nada de aquellos camaradas que dejamos atrás».

Todos los que tenían la oportunidad confiaron sus últimas cartas o pequeñas posesiones importantes a los camaradas que tenían un lugar asignado en el avión. El comandante de batallón de la 16ª división blindada que tocaba el piano había caído enfermo, de modo que el doctor Kurt Reuber lo convenció de que se llevara a la «Virgen de la Fortaleza» con él. Reuber también logró terminar una última pintura para su esposa cuando la partida de su superior fue demorada por un día a causa del mal tiempo. La última carta para su esposa desde Stalingrado llegó con él. No veía la utilidad de desconocer la realidad que afrontaban: «Apenas queda alguna esperanza terrena … ».

Pasó algún tiempo antes de que los soldados se diesen cuenta de que el correo navideño que habían recibido el 22 de diciembre era probablemente el último que recibirían del mundo exterior. Llegaron después esporádicas remesas, una ya el 18 de enero, pero el *Luftpost* regular cesó efectivamente el 13 de enero, cuando se dijo a los soldados que era la última oportunidad de escribir a sus familias. Muchos mencionaron en sus cartas que sólo tenían tiempo «para garabatear un par de líneas». Un doctor en una carta a su padre comentaba: «El ánimo aquí es muy ambivalente. Algunos lo toman muy mal, otros a la ligera y de un modo comedido. Es un interesante estudio del carácter».

El contraste principal parece estar entre los que escribían para impresionar a su familia con el simbolismo patriótico de su cercana muerte y aquellos que escribían por cariño. Estos últimos, a diferencia de los fervientes nacionalistas, solían comenzar sus cartas del modo más amable posible: «Quizá sea ésta la última carta en mucho tiempo».

Un mayor Von R. escribió a su esposa: «Eres siempre mi primer y último pensamiento. Realmente no abandono la esperanza. Sin embargo, las cosas son tan graves que uno no sabe si nos veremos de nuevo. Nuestros hombres han conseguido y siguen consiguiendo lo imposible. No debemos ser menos valientes que ellos».

La palabra «destino» parece ser casi la única palabra compartida por igual. Un cabo escribió: «Queridos padres: El destino se ha decidido en contra nuestra. Si recibís noticias de que he caído por una Alemania más grande, soportadlo valientemente. Como último legado, encomiendo a mi esposa y mis hijos a su amor».

Aquellos más fieles al régimen se centraban bastante más en un engreído honor nacional y en la gran batalla que en la despedida familiar. Escribían de la «batalla fatídica de la nación alemana», a la vez que sostenían que «nuestras armas y nuestra dirección son todavía las mejores del mundo». En un intento de dar un significado a la grotesca tragedia, se animaban con la idea de las generaciones futuras que los verían como los defensores de Europa frente al bolchevismo asiático. «Esta es una lucha heroica como el mundo nunca ha experimentado en tal inclemencia –escribió un sargento-. Los héroes alemanes garantizan el futuro de Alemania».

Estas cartas nunca fueron enviadas. El capitán conde Von Zedtwitz, jefe de la censura postal del campo del 4º ejército blindado, había recibido la tarea de estudiar las cartas del *Kessel* de Stalingrado, para informar sobre la moral y los sentimientos hacia el régimen. Aunque en sus informes hacía lo imposible para evitar sonar derrotista, parece que Goebbels ordenó que esta última recogida de correo debía ser retenida y finalmente destruida. Las citas de arriba provienen de una muestra que fue al parecer copiada por Heinz Schröter, un oficial joven antes adscrito a la compañía de propaganda del VI ejército para escribir un relato épico de la batalla.[*]

Otras cartas fueron interceptadas de modo muy diferente. El general Voronov recordaba que, el 1 de enero, «escuchó por la noche que un avión de transporte alemán

[*] Los ejemplos publicados en una colección anónima titulada *Last Letters from Stalingrad*, que tuvieron un potente impacto emocional cuando se publicaron en 1954, son considerados ahora falsificaciones.

había sido derribado sobre nuestras posiciones. Cerca de 1.200 cartas se encontraron con los restos».

En el cuartel general del Don, el departamento dirigido por le capitán Zabashtanski y el capitán Diatlenko fueron a trabajar con los sacos de correspondencia con todo intérprete disponible, así como con todos los «antifascistas» alemanes durante tres días. Se encontraron allí las cartas en forma de diario del general Edler von Daniels a su esposa. Según Voronov y Diatlenko, la última carta del 30 de diciembre revelaba mucho sobre las débiles defensas de la 376ª división de infantería en el flanco sur occidental, lo que se relacionaba con lo que los interrogadores de la NKVD habían logrado averiguar a través de los prisioneros.

Hasta que comenzó la ofensiva soviética final el 10 de enero, la principal preocupación del VI ejército siguió siendo la misma. «¡El enemigo número uno es y siempre será el hambre!», escribió un doctor. «Mis queridos padres –escribió un cabo patéticamente-, si es posible, envíenme algo de comida. Tengo tanta vergüenza de escribir esto, pero el hambre es demasiada».

Los soldados alemanes comenzaron a correr grandes riesgos, aventurándose en la tierra de nadie para buscar en los cadáveres de soldados rusos una corteza de pan o una bolsa de lentejas, que pondrían a hervir en agua. Su mayor esperanza era encontrar un envoltorio de papel con sal, por cuya carencia sus cuerpos sufrían.

El dolor del hambre de los soldados alemanes en el *Kessel* eran realmente fuerte, pero otros sufrían mucho más. Los 3.500 prisioneros rusos de guerra en los campos de Voroponovo y Gumrak estaban muriéndose a un ritmo que se aceleraba rápidamente. Varios oficiales alemanes se sintieron hondamente conmocionados al descubrir en enero que estos prisioneros se vieron reducidos al canibalismo e hicieron informes orales de esto. Cuando las tropas rusas llegaron a los campos a fines de enero, las autoridades soviéticas aseguraron que sólo quedaban veinte hombres vivos de un total de 3.500.

El espectáculo que recibió a los soldados rusos –a juzgar por la película tomada por las cámaras de noticiarios que llegaron al lugar- era por lo menos tan terrible como los que vieron al llegar a los primeros campos nazis de la muerte. En Gumrak, Erich Weinert describió la escena: «En un barranco encontramos un gran montón de cadáveres de prisioneros rusos, casi desnudos, tan delgados como esqueletos». Las escenas, particularmente las de «Kriegsgefangen-Revier» filmadas en Voroponovo, pudieron haber hecho mucho para endurecer los corazones del Ejército Rojo hacia los recién derrotados.

Muchos de los miles de *hiwis* todavía adscritos a las divisiones alemanas estaban famélicos también. Girgensohn, después de realizar una autopsia en un cadáver, le dijo al oficial alemán encargado que este *hiwi* en particular había muerto de hambre. Este diagnóstico «lo dejó completamente atónito». Aseguró que los *hiwis* recibían las mismas raciones que los soldados alemanes.

Muchos eran tratados bastante bien por sus oficiales alemanes, y hay numerosos relatos que muestran la confianza mutua en la última batalla. Pero para entonces los rusos con uniformes alemanes sabían que estaban sentenciados. No había lugar para ellos en los aviones que salían, y los ejércitos soviéticos que los rodeaban iban acompañados por tropas de la NKVD esperando para ocuparse de ellos.

- 21 -

«Rendirse es imposible»

El frente en la estepa había estado comparativamente tranquilo durante la primera semana de enero. La mayor parte del tiempo, se había oído poco más que el crujido amortiguado del fusil del francotirador, la esporádica ráfaga de disparos de ametralladora, y el lejano silbido en la noche de una bengala de alarma elevándose: todo lo que un teniente llamaba «la habitual melodía del frente». Después de la transmisión y el lanzamiento de octavillas del 9 de enero, los soldados alemanes sabían que la ofensiva final era inminente. Los centinelas, tiritando incontrolablemente, tenían un motivo más poderoso para permanecer despiertos.

Un soldados le comentó a un capellán en sus rondas poco antes de la ofensiva: «Solo un poquito más de pan, *Herr Pfarrer*, suceda luego lo que sea». Pero la ración de pan acababa de ser reducida a sesenta y cinco gramos. Todos sabían que tendrían que enfrentarse al ataque soviético débiles por el hambre y la enfermedad y con pocas municiones, aun cuando no comprendieran completamente la razón.

Reinaba el fatalismo («uno hablaba de la muerte exactamente como de un desayuno») aunque también había un deseo de creer. Los soldados rasos creían las historias del cuerpo blindado de las SS y de refuerzos que vendrían por aire. En la 297ª división de infantería, los soldados continuaban convencidos «de que la fuerza de liberación había ya llegado a Kalach … las divisiones *Grossdeutschland* y *Leibstandarte*». Una bomba estrella vista en el oeste fue interpretada enseguida como una señal de ellas. Incluso los oficiales jóvenes eran mal informados por sus superiores, como un teniente dijo al interrogador de la NKVD. Aún en la primera semana de enero, el comandante de un regimiento de la 371ª división de infantería todavía les decía: «La ayuda está cerca». La sorpresa fue grande cuando supieron «por fuentes informales» (es

de suponer que era el personal de la Luftwaffe) del fallido intento de rescatarlo y de la retirada del grupo de ejércitos del Don hacia el oeste.

La NKVD, por otra parte, también se estremeció al conocer la cifra de rusos que luchaban ahora por los alemanes en la línea del frente en Stalingrado, no sólo trabajando como *hiwis* desarmados. Los relatos alemanes efectivamente parecen indicar que una proporción considerable de los *hiwis* adscritos a las divisiones del VI ejército en el *Kessel* estaban ahora luchando en la línea del frente. Muchos oficiales dieron testimonio de su habilidad y lealtad. «Los tártaros eran especialmente valientes –informó un oficial en el distrito fabril de Stalingrado-. Como artilleros antitanques que utilizaban un arma rusa capturada, se sentían orgullosos de todo tanque ruso que alcanzaban. Estos hombres eran fantásticos». El grupo de combate del teniente coronel Madre, basado en dos regimientos de granaderos de la 297ª división de infantería en el extremo sur del *Kessel*, contenía no menos de 780 «rusos deseosos de combatir», que eran casi la mitad de su fuerza. Se les confió papales clave. La compañía de ametralladoras tenía doce ucranianos «que se comportaban realmente bien». Su mayor problema, fuera de la falta de alimento, era la escasez de municiones. Los nueve cañones de campaña del grupo de combate tenían una ración promedio de un proyectil y medio por cada uno al día.

La operación *Koltso*, o «Anillo», comenzó temprano el domingo 10 de enero. Rokossovski y Voronov estaban en el cuartel general del 65º ejército cuando la orden de «¡Fuego!» fue dada en la radio a las 6.05, hora alemana. Los cañones rugieron, rebotando en sus cureñas. Los cohetes *Katiusha* chillaban en el cielo dejando densas estelas de humo. Los 7.000 cañones, lanzagranadas y morteros continuaron por cincuenta y cinco minutos en lo que Voronov describió como «un incesante retumbar de truenos».

En toda la estepa cubierta de nieve aparecieron fuentes negras, destruyendo el paisaje blanco. El bombardeo era tan intenso que el coronel Ignatov, un comandante de artillería, observó con sombría satisfacción: «Hay sólo dos modos de escapar de un ataque de este tipo, la muerte o la locura». En un intento de mostrarse despreocupado, el general Edler von Daniels dijo en una carta a su esposa que había sido un «domingo muy inquieto». El regimiento de granaderos de su división en la línea del frente no estaba de un humor para frivolidades, al encontrarse muy vulnerable en sus posiciones preparadas apresuradamente. «Las reservas de munición del enemigo –escribió el comandante- eran tan grandes, que nunca habíamos experimentado algo así».

La protuberancia sudoeste del *Kessel*, el «saliente de Marinovka», defendida por las divisiones 44ª, 29ª motorizada y 3ª motorizada de infantería, fue fortificada en el último momento por parte de la 376ª división. Todos los regimientos estaban desesperadamente escasos de fuerzas. La 44ª división de infantería tenía que ser reforzada con artilleros e incluso con los batallones de ingenieros. Se asignaron varios tanques y armamento pesado al sector. Justo detrás de la posición del batallón de zapadores había dos cañones autopropulsados de asalto y un cañón antiaéreo de 88 mm. Pero en el bombardeo los zapadores vieron su propio cuartel general del batallón volar en pedazos. «Nadie salió con vida», escribió uno de ellos. «Durante una hora, cien cañones de varios calibres y los órganos de Stalin dispararon», relató un teniente de la misma división. «El búnker oscilaba continuamente con el bombardeo. Después los bolcheviques atacaban en masas aterradoras. Tres oleadas de hombres avanzaron, sin acobardarse ni un momento. Las banderas rojas se mantuvieron en alto. Cada 50 o 100 m había un tanque».

Los *Landser*, que apenas podían meter sus dedos hinchados por el frío en el gatillo, disparaban desde hoyos sin profundidad contra los fusileros que avanzaban por los campos nevados con las largas bayonetas caladas. Los T-34 rusos, algunos llevando infantes trepados como monos en el lomo de un elefante, se abrían paso en la estepa. Los fuertes vientos que traspasaban la ropa habían hecho volar la nieve, descubriendo las puntas del pasto descolorido de la estepa. Los morteros rebotaban en el suelo helado y explotaban como neumáticos, causando muchas más bajas. Las defensas de la 44ª división de infantería pronto fueron aplastadas, y sus supervivientes, una vez en la intemperie, quedaron a merced del enemigo y de los elementos.

Por la tarde, las divisiones de infantería motorizadas 29ª y 3ª en la principal protuberancia del saliente comenzaron a encontrarse flanqueadas. En la 3ª división de infantería motorizada, los soldados de reemplazo estaban apáticos. «Algunos de ellos estaban tan exhaustos y enfermos –escribió un oficial-, que pensaban sólo en deslizarse a la retaguardia por la noche, y yo sólo podía mantenerlos en sus puestos a punta de pistola». Otros relatos sugerían que muchas ejecuciones sumarias fueron llevadas a cabo en esta fase final, pero no hay cifras disponibles.

La compañía improvisada de granaderos blindados, de tropas de la Luftwaffe y de cosacos del sargento mayor Wallrawe aguantaron hasta las diez de la primera noche, cuando recibieron la orden de retroceder porque el enemigo los había rebasado. Lograron tomar una posición al norte de la estación de Karpovka, pero pronto fueron obligados a retroceder otra vez. «¡A partir de ese día, no tuvimos ni un búnker abrigado, ni comida caliente ni paz!», escribió Wallrawe.

Estas divisiones debilitadas, con pocas municiones, no tenían la menor oportunidad frente a los ataques masivos de los ejércitos soviéticos 21º y 65º, apoyados por los ataques de los aviones del 16º ejército del aire. Los alemanes habían fortificado Marinovka y Karpovka en el lado sur del saliente con nidos de ametralladoras y emplazamientos de cañones, pero esto servía de poco, pues las principales acometidas venían del puente del saliente. Los intentos alemanes de contraataque con grupos esporádicos formados por sus tanques restantes y su debilitada infantería estaban condenados al fracaso. Los rusos utilizaban un intenso fuego de mortero para separar a la infantería de los tanques y luego aniquilaban a los supervivientes a campo abierto. En Rusia, el departamento político del frente del Don machacaba el lema: «¡Si el enemigo no se rinde, debe ser destruido!».

Mientras los ejércitos 65º y 21º atacaban el «saliente de Karpovka» ese primer día, el 66º ejército atacaba a la 16ª división blindada y a la 60ª de infantería motorizada en el punto extremo septentrional, donde los ondulados montes tenían manchas de color amarillo negruzco, pelados por el fuego de los morteros de trinchera soviéticos. Los tanques restantes del 2º regimiento blindado una vez más disparaban con buena puntería contra las oleadas de T-34 que cargaban a campo abierto, y forzaban a los supervivientes a retirarse.

Entretanto, en el sector sur, el 64º ejército comenzó a bombardear a la 297ª división de infantería, y al 82º regimiento rumano adscrito a ella. Poco después de que comenzara el bombardeo, el coronel Madre recibió una llamada del oficial del estado mayor de la división: «Esos cerdos rumanos huyeron». El batallón más lejano se había retirado, dejando un vacío de 800 m de ancho en el flanco de su grupo de combate. Los rusos, al ver la oportunidad, enviaron tanques y abrieron una profunda brecha en la línea. La posición de toda la división estaba en peligro, pero su batallón de zapadores, dirigido por el mayor Götzelmann, en un contraataque casi suicida logró sellar el agujero por un tiempo.

Esta división, parcialmente austriaca, que no había sufrido como las otras que se retiraron al otro lado del Don, logró mantener una sólida defensa. En los dos días siguientes, rechazó a la 36ª división de guardias fusileros, a la 44ª división de fusileros, a dos brigadas de infantes de marina y a una sección del 13º cuerpo de tanques. Cuando un soldado «con antecedentes penales» trató de pasarse a los rusos, fue abatido por sus propios camaradas antes de que llegara a las líneas enemigas. Pero a los pocos días, después de intensos esfuerzos propagandísticos, más de cuarenta desertaron hacia el bando enemigo.

El principal esfuerzo soviético estaba concentrado en el avance desde el oeste. Hacia el fin de la segunda mañana, el 11 de enero, Marinovka y Karpovka fueron recuperadas. Los vencedores contaron 1.600 cadáveres alemanes.

Tan pronto como terminó el combate, aparecieron campesinas como salidas de ninguna parte y se abalanzaron sobre las trincheras alemanas para buscar mantas, fuese para sus propias necesidades o para intercambiarlas. Erich Weinert, que acompañaba el avance de las tropas, vio que los soldados rusos lanzaban los archivos de los camiones capturados en el cuartel general de modo que pudieran utilizar ellos mismos los vehículos. «Karpovka parece como un enorme mercado de segunda mano», escribió. Pero entre el caos de material militar abandonado y destruido, vio los efectos del horrible bombardeo inicial. «Los muertos yacen, grotescamente retorcidos, con las bocas y los ojos todavía abiertos de horror, rígidos, congelados, con los cráneos partidos y las vísceras sacadas fuera, la mayoría de ellos con las manos y pies todavía empapados de ungüento anticongelante amarillo».

La resistencia del VI ejército, considerando su debilidad física y material, fue asombrosa. La medida más patente la dan las bajas inflingidas durante los primeros tres días. El frente del Don perdió 26.000 hombres y más de la mitad de su fuerza de tanques. Los comandantes soviéticos hicieron poco esfuerzo por reducir las bajas. Sus hombres proporcionaban un blanco fácil al avanzar en línea extendida. Bultos marrones de rusos muertos quedaban esparcidos por la estepa cubierta de nieve. (Los trajes de camuflaje blancos estaban reservados sobre todo a las compañías de reconocimiento y a los francotiradores). Los soldados y oficiales rusos descargaban su rabia en los prisioneros alemanes, esqueléticos y piojosos. Algunos fueron muertos en el acto. Otros murieron mientras los obligaban a marchar en pequeñas columnas, al alcanzarlos las ráfagas de ametralladora que los soviéticos les disparaban. En una ocasión, el comandante herido de una compañía *shtraf* obligó a un oficial alemán apresado a arrodillarse ante él en la nieve, y luego de gritar las razones por las que buscaba venganza, lo mató de un disparo.

Durante las primeras horas del 12 de enero, los ejércitos soviéticos 65º y 21º llegaron al margen occidental del helado río Rossoshka, eliminando así el saliente de Karpovka. Aquellas tropas que retrocedieron manteniendo todavía la voluntad de luchar tuvieron que llevarse a pulso sus cañones antitanque. En algunos casos, los prisioneros rusos fueron otra vez utilizados como animales de tiro, y los hacían trabajar hasta morir. Hacía tanto frío y el suelo se había helado hasta tal punto que (anotó el general Strecker) «en vez de cavar trincheras, nuestros soldados levantaban terraplenes y búnkeres de nieve». Los granaderos de la 14ª división blindada «resistieron encarnizadamente, aun cuando no tenían prácticamente municiones, allí en la estepa helada a la intemperie».

Pocos miembros del VI ejército tenían ánimo para celebrar el quincuagésimo aniversario de Goering ese día. La escasez de combustible y municiones era catastrófica. El cuartel general del VI ejército no exageraba en su mensaje de la mañana

siguiente al general Zeitzler: «Las municiones se están acabando». Cuando el grupo mixto de Wallrawe, que ocupaba las antiguas posiciones rusas del verano pasado, se vio ante otro ataque importante en la mañana siguiente pudo «abrir fuego sólo de cerca porque carecía de municiones».

La falta de combustible en esta retirada hacía la evacuación de los heridos más difícil que nunca. Los pacientes inválidos se helaban sin más a la intemperie, apilados en camiones que de un frenazo se habían atascado en la nieve. Aquellos «soldados con las caras color azul negruzco» que llegaban al aeródromo de Pitomnik se sentían sacudidos por la escena. «El aeródromo –anotó un joven oficial- era un caos: montones de cadáveres abandonados que los hombres habían sacado de los búnkeres y tiendas que albergaban a los heridos; los ataques rusos; los bombardeos; los aviones de carga Junkers aterrizando».

Los heridos leves y los enfermos fingidos, que semejaban una horda de mendigos harapientos, trataban de acercarse al avión cuando aterrizaba, en un intento de abordarlo. La carga no descargada era puesta a un lado o saqueada en busca de alimento. Los más débiles de esta horda eran atropellados. La Feldgendarmerie, que rápidamente perdía el control de la situación, abría fuego en numerosas ocasiones. Muchos de los malheridos con pases de salida legítimos dudaban de poder escapar en algún momento de este infierno.

En el ínterin, el sargento mayor Wallrawe había recibido un disparo en el estómago. Por lo general, en el *Kessel* esto era una sentencia de muerte, pero se salvó gracias a su determinación. Dos de sus cabos lo sacaron de su posición y lo pusieron en un camión con otros heridos. El conductor se dirigió directamente al aeródromo de Pitomnik. Cuando sólo faltaban 3 km, se quedaron sin combustible. En esas circunstancias el conductor tenía órdenes de destruir el vehículo. No podía hacer nada por los heridos, que fueron «dejados a su suerte». Wallrawe, pese al intenso dolor de la herida, sabía que moriría a no ser que lograra subir a un avión. «Tuve que arrastrarme el resto del camino hasta el aeródromo. Para entonces había anochecido. En una gran tienda recibí algún auxilio médico. Las bombas de un repentino ataque aéreo cayeron entre las tiendas del hospital destruyendo algunas». En el caos subsiguiente, Wallrawe logró subir en un Ju que salía a las tres de la madrugada.

En Pitomnik una coincidencia fortuita podía salvar la vida de un herido, mientras que se dejaba a cientos morirse en la nieve. Alois Dorner, un artillero de la 44ª división de infantería que había sido herido en la mano y el muslo izquierdo por las esquirlas de una bomba, estaba espantado con las escenas de Pitomnik. «Aquí reinaba la mayor miseria que he visto en toda mi vida. Un inacabable quejido de los heridos y moribundos … muchos de los cuales no habían recibido ningún alimento durante días. No se daba más comida a los heridos. Las vituallas estaban reservadas para los combatientes». (Es difícil decir hasta qué punto se trataba de una política oficial. Los altos oficiales del cuartel general del VI ejército lo negaron enérgicamente, pero algunos comandantes subordinados parecen haberla instituido con su propia autoridad). Dorner, que no había comido desde el 9 de enero, estaba también esperando a morirse, cuando en la noche del 13 de enero, el piloto austriaco de un Heinkel 111 pasó cerca y le preguntó por casualidad de dónde era. «Soy de cerca de Amstetten», respondió. Su compatriota austriaco llamó a otro miembro de la tripulación y juntos llevaron a Dorner al avión.

En el flanco norte, la 16ª división blindada y la 60ª división de infantería motorizada habían sido obligadas a retroceder, dejando una brecha en ese sector, mientras que en el

mismo Stalingrado, el 62º ejército de Chuikov atacaba a la 100ª división de cazadores y a la 305ª división de infantería, recuperando varias manzanas de casas. Entretanto, el avance soviético principal desde el oeste continuaba, en medio de una nevada, aplastando el lado oeste del *Kessel*. La 29ª división de infantería fue efectivamente batida. La carencia de combustible forzó a la 3ª división de infantería motorizada a abandonar sus vehículos y armamento pesado y a retirarse a pie por la espesa nieve. Había poca esperanza de establecer una nueva línea de defensa en plena estepa cuando los soldados no tenían fuerzas para cavar.

Los ejércitos soviéticos 65º y 21º avanzaron hacia Pitomnik, apoyados por los ataques de los ejércitos 57º y 64º en el flanco sur, donde la 297ª división de infantería, incluido el grupo de combate Mäder, fue obligada a retroceder. Su vecina a la derecha, la 376ª división de infantería de Edler von Daniels, estaba aislada. Temprano en la tarde del 14 de enero, el cuartel general del VI ejército comunicaba: «La 376ª división de infantería ha sido destruida. Es probable que el aeródromo de Pitomnik sólo sea utilizable hasta el 15 de enero».

Las noticias de los ataques soviéticos con tanques causaron ahora una ola de terror en las filas alemanas. Apenas si quedaban cañones antitanque con munición. Nadie tuvo tiempo para recordar la manera en que habían desperdiciado a los rumanos por esa misma reacción sólo dos meses antes.

En este momento bastante tardío de la batalla, Hitler decidió que el VI ejército debería recibir más ayuda para aguantar. Sus motivos eran casi con toda seguridad ambivalentes. Podía estar genuinamente conmocionado al saber por el capitán Behr cuán poca ayuda les llegaba, pero debe también de haber deseado asegurarse de que Paulus no tuviera ninguna excusa para rendirse. Su solución –una maniobra característica que desataba gran actividad con pocos resultados tangibles- fue establecer un «estado mayor especial» bajo el mariscal de campo Erhard Milch para supervisar la operación de suministro aéreo. Un miembro del estado mayor de Milch describió esta maniobra extemporánea como «una excusa de Hitler para poder decir que había hecho todo lo posible para salvar a los soldados en el *Kessel*».

Albert Speer acompañó a Milch al aeródromo, cuando iba a despegar para asumir el nuevo papel. Milch prometió que trataría de encontrar a su hermano y de hacer que saliera del *Kessel*, pero ni Ernst Speer y ni siquiera los restos de su unidad pudieron ser hallados. No quedaba nadie: «Desaparecidos dados por muertos». La única huella, según Speer, era una carta que llegó por vía aérea, «desesperada de la vida, furiosa con la muerte, y resentida conmigo, su hermano».

Milch y su plana mayor llegaron a Taganrog creyendo que habían logrado mucho, pero como escribió un alto oficial de transporte de la Luftwaffe, «una mirada a la situación existente fue bastante para convencerlos de que nada más podía hacerse con los inadecuados recursos disponibles».

La mañana del 15 de enero, su primer día de trabajo, no significó un inicio alentador. Milch recibió una llamada del Führer exigiendo que se aumentaran los vuelos del puente aéreo sobre Stalingrado. Como para subrayar sus esfuerzos, Hitler concedió ese día a Paulus las hojas de roble a su Cruz de Hierro. A la hora del almuerzo Goering llamó a Milch para prohibirle que volara al *Kessel*. Fiebig entonces informó de que Pitomnik había caído en manos de los rusos (este anuncio suyo era un poco prematuro) y que los radiofaros en Gumrak todavía no habían sido instalados, lo que significaba que los aviones de transporte no podían ser despachados-

Los Messerschmitts 109 que quedaban salieron de Pitomnik a la mañana siguiente poco después del amanecer, cuando ya se veía a los rusos avanzando. Aquellos que se desviaron al aeródromo de Gumrak aterrizaron para encontrar una gruesa capa de nieve, que no había sido despejada. Al medio día, Gumrak y los Stukas despegaron del *Kessel* por última vez obedeciendo órdenes de Richthofen. Paulus protestó en vano.

Ese día un batallón de la 295ª división de infantería se rindió en masa. La octavilla de Voronov prometiendo un trato correcto a los prisioneros parecía haber tenido cierto efecto. «No tenía sentido huir –dijo el comandante del batallón durante el interrogatorio del capitán Diatlenko-. Les dije a mis hombres que nos rindiéramos para salvar vidas». Este capitán, que había sido profesor de inglés, agregó: «Me siento muy mal porque este es el primer caso de un batallón entero de tropas alemanas que se rinde».

Otro comandante de batallón que se rindió después con la 305ª división de Stalingrado habló de las «condiciones insoportables en nuestro batallón». «No podía ayudar a mis hombres y evitaba encontrármelos. En todas partes en nuestro regimiento oía a los soldados hablar del sufrimiento, del frío y el hambre. Cada día nuestro oficial médico recibía docenas de bajas por congelamiento. Debido a que la situación era tan catastrófica, consideré que la rendición del batallón era la mejor salida».

El aeródromo de Pitomnik y su hospital de campaña fueron abandonados con enorme sufrimiento. Aquellos que no podían ser trasladados fueron dejados allí al cuidado de un doctor y un camillero por lo menos, la práctica normal en una retirada. El resto de los heridos fue cojeando o gateando, o los arrastraron en trineos por el camino agrietado de hielo duro como el hierro que al cabo de 13 km llegaba a Gumrak. Los pocos camiones que quedaron con combustible fueron atacados con frecuencia pese a que estaban llenos de heridos. Un capitán de la Luftwaffe informó de las condiciones a lo largo del camino el 16 de enero, el día en que cayó Pitomnik: «Denso tráfico en un solo sentido formado por soldados en retirada que parecen unos verdaderos vagabundos. Sus pies y manos están envueltos en jirones de mantas». Por la tarde registró un «aumento considerable de rezagados de varias armas que han perdido supuestamente contacto con sus unidades, mendigando comida y refugio».

A veces el cielo se despejaba por completo, y el sol reflejándose en la nieve era cegador. Cuando caía la noche, las sombras se volvían de un azul acerado, aunque el sol en el horizonte fuera de color rojo encendido. La condición de casi todos los soldados, no sólo los heridos, era terrible. Cojeaban con los pies congelados, tenían los labios cuarteados por la helada, sus rostros presentaban un aspecto cerúleo, como si la vida ya se les escapara. Hombres desfallecidos se desplomaban en la nieve para no levantarse más. Aquellos que necesitaban más ropa desnudaban a los cadáveres tan pronto como podían apenas morían: una vez que un cuerpo se congelaba, era imposible desvestirlo.

Las divisiones soviéticas no estaban muy lejos. «Hace un frío extremado –anotaba Grossman mientras acompañaba en avance de las tropas-. La nieve y el aire frígido te helaba las narices. Los dientes te duelen. Hay alemanes congelados, sus cuerpos intactos, por el camino que seguimos. No fuimos nosotros los que los matamos. Fue el frío. Llevan botas malas y malos abrigos. Sus túnicas son delgadas y parecen de papel … Hay huellas de pies por toda la nieve. Nos dicen cómo los alemanes se retiraron de los pueblos a la vera de los caminos, y de los caminos a los barrancos, lanzando sus armas». Erich Weinert, con otra unidad, observó a los cuervos merodeando, bajando luego para picotear los ojos de los cadáveres.

En cierto momento, al acercarse a Pitomnik, los oficiales soviéticos comenzaron a comprobar su rumbo porque habían divisado lo que parecía ser una aldea en la estepa, aunque ninguna estaba indicada en sus mapas. Cuando llegaron más cerca, vieron que se trataba de un gran vertedero militar, con blindados destruidos, camiones, aviones destrozados, carros motorizados, ametralladoras, semiorugas, remolcadores de artillería y casi todo elemento de equipo imaginable. La mayor satisfacción para los soldados rusos provenía de ver los aviones abandonados e inutilizados cerca del aeródromo de Pitomnik, especialmente los enormes Focke-Wulf Cóndor. Su avance hacia el oeste en dirección a Stalingrado generaba bromas constantes de estar «a la retaguardia de los rusos».

Durante esta etapa de la retirada, las esperanzas alemanas en las divisiones blindadas de las SS y el los refuerzos aerotransportados finalmente murieron para la mayoría de los hombres. Los oficiales sabían que el VI ejército estaba realmente sentenciado. «Varios comandantes –refería un doctor- vinieron y nos imploraron que les diéramos veneno para suicidarse». Los doctores se sentían tentados también por la idea del olvido, pero tan pronto como la consideraban cuidadosamente, sabían que su deber era permanecer con los heridos. De los 600 médicos del VI ejército, ninguno con capacidad de trabajo salió.

Las salas de heridos en este momento estaban tan repletas que los pacientes compartían las camas. Con frecuencia, cuando un hombre gravemente herido era traído por sus camaradas, un doctor les hacia señas para que se retiraran porque tenía ya demasiados casos desesperados. «Al vernos ante tanto sufrimiento –relataba un sargento de la Luftwaffe-, tantos hombres angustiados, tantos muertos, y convencidos de que no había posibilidad de ayuda, sin una palabra nos llevamos al teniente de nuevo con nosotros. Nadie sabe los nombres de todos los desdichados que, apiñados en el suelo, desangrados hasta morir, muchos sin un brazo o una pierna, murieron finalmente porque no había auxilio». La escasez de escayola hacía que los médicos recurrieran al papel para juntar las extremidades rotas. «Los casos de trauma posoperatorio aumentaron muchísimo», apuntaba un cirujano; los casos de difteria también. La peor parte era la proliferación de piojos en los heridos. «En la mesa de operaciones tuvimos que quitar los piojos de los uniformes y la piel con una espátula y tirarlos al fuego. Tuvimos también que sacarlos de las cejas y las barbas donde se habían arracimado como uvas».

«El llamado hospital» en Gumrak estaba incluso peor que el de Pitomnik, en buena parte porque estaba saturado por los ingresos. «Era una especie de infierno», informó un oficial herido que se había retirado del saliente de Karpovka. «Los cadáveres yacían en montones al lado del camino, donde los hombres habían caído y expirado. Nadie se preocupaba ya. No había vendas. El aeródromo estaba siendo bombardeado, y cuarenta hombres estaban aglomerados en un búnker hecho para diez, que temblaba con cada explosión». El capellán católico en el hospital era llamado el «rey de la muerte de Gumrak» porque daba la extremaunción a más de 200 hombres por día. Los capellanes, después de cerrar los ojos del muerto, solían partir la mitad inferior del disco de identidad del soldado como prueba oficial de defunción. Pronto se encontraron con los bolsillos llenos.

Los doctores de alrededor también trabajaban en los «barrancos de la muerte» con los heridos que yacían en los túneles excavados en las laderas para los caballos. Para un doctor, el lugar, con su cementerio precisamente encima, era el Gólgota. Este puesto central de socorro y centro para las heridas de cráneo tuvo que ser abandonado, dejando atrás a los heridos más graves. Cuando los rusos llegaron unos pocos días más

tarde, ametrallaron a la mayoría de las figuras vendadas. Ranke, un teniente de la división, que sufría de una herida en la cabeza, se levantó y les gritó en ruso. Estupefactos, los soldados dejaron de disparar y lo llevaron ante su comisario, que a su vez lo envió a los alemanes que se retiraban para que les exigiera la rendición.

Si los soldados rusos abrigaban ánimos de venganza, los cadáveres de prisioneros del Ejército Rojo en la intemperie eran una razón para inflamar más su rabia. Los supervivientes estaban tan hambrientos que cuando sus salvadores les dieron pan y salchichas de sus raciones la mayoría murieron de inmediato.

El *Kessel* se habría derrumbado mucho más rápido si algunos hombres no hubieran mantenido una fe incondicional en la causa por la que estaban luchando. Un sargento de la Luftwaffe con la 9ª división antiaérea escribió a su familia: «Estoy orgulloso de contarme entro los defensores de Stalingrado. Pase los que pase, cuando sea la hora de morir, habré tenido la satisfacción de haber tomado parte en el punto más oriental de la gran batalla del Volga en defensa de mi patria, y de haber dado la vida por el Führer y por la libertad de nuestra nación». Incluso en este momento final, la mayoría de las unidades combatientes continuaban mostrando una tenaz resistencia, y había ejemplos de notable coraje. El general Jaenecke informó de que «un ataque de veintiocho tanques rusos cerca de la estación de Bassagino fue detenido por el teniente Hirschmann, que manejaba un cañón antiaéreo completamente solo. Destruyó quince T-34 en este encuentro». En este momento final de la batalla, la jefatura marcaba la diferencia como nunca antes. La apatía y la autocompasión eran los peligros más grandes, tanto para el orden militar como para la supervivencia personal.

En los sectores que aún no habían sido penetrados, los hombres hambrientos estaban demasiado extenuados para salir del búnker a ocultar sus lágrimas de sus camaradas. «Estoy pensando en ti y en nuestro hijito –escribió un soldado alemán desconocido en una carta que nunca llegó a su esposa-. La única cosa que me queda es pensar en ti. Me es indiferente todo lo demás. Pensar en ti me destroza el corazón». En las trincheras de la línea de fuego, los hombres estaban tan fríos y débiles que sus lentos y descoordinados movimientos hacían que pareciesen estar bajo los efectos de una droga. Sin embargo, un buen sargento mantendría un control sobre ellos, asegurándose de todavía limpiarían sus fusiles y que guardaran las granadas a mano en las hornacinas excavadas.

El 16 de enero, poco después de la captura de Pitomnik, el cuartel general del VI ejército envió un mensaje, quejándose de que la Luftwaffe sólo los aprovisionaba por paracaídas. «¿Por qué no fueron desembarcados los suministros esta noche en Gumrak?». Fiebig explicó que las luces de aterrizaje y las radios de control de tierra no estaban funcionando. Paulus parecía no conocer el caos en el aeródromo. La opinión de la Luftwaffe era que los equipos de descarga estaban mal organizados y los hombres demasiados débiles para trabajar adecuadamente («completamente apáticos»). La disciplina se había roto entre los heridos leves así como entre los rezagados y desertores atraídos por el aeródromo y la promesa de salvación. Los «perros con dogal» de la Feldgendarmerie estaban comenzando a perder el control sobre la muchedumbre de soldados hambrientos, desesperados por escapar. Según los informes de la Luftwaffe, muchos eran rumanos.

Hacia el 17 de enero, el VI ejército había sido forzado a replegarse en la mitad oriental del *Kessel*. Comparativamente hubo pocos combates en los siguientes cuatro

días, mientras Rokossovski trasladaba s sus ejércitos para la arremetida final. Aunque la mayoría de regimientos alemanes en el frente seguían las órdenes, la desintegración se aceleraba en la retaguardia. El jefe oficial del departamento de intendencia constataba que «el ejército no está ya en situación de aprovisionar a sus tropas». Casi todos los caballos habían sido comidos. Casi no quedaba pan (congelado, era llamado «*Eisbrot*»). Sin embargo, había almacenes llenos de comida, guardados por oficiales de intendencia con excesivo celo, que los rusos capturaron intactos. Algunos que tenían autoridad, quizá inevitablemente, abusaron de su posición. Un doctor después contó que uno de sus superiores, ante sus propios ojos, «alimentaba a su perro con pan untado con abundante mantequilla cuando no había ni un solo grano disponible para los hombres en el puesto de socorro».

Paulus, convencido de que el fin se acercaba, había enviado un mensaje el 16 de enero al general Zeitzler recomendando que a las unidades todavía capaces de combatir debería permitírseles salir hacia el sur, porque permanecer en el *Kessel* significaba su captura o la muerte de hambre y frío. Aun cuando no consiguió una réplica inmediata de Zeitzler, se emitieron órdenes preparatorias. La noche siguiente, el 17 de enero, un oficial del estado mayor con la 371ª división de infantería dijo al teniente coronel Mäder que: «Con la contraseña "León" todo el *Kessel* se abrirá paso en todos los flancos. Los comandantes de regimiento deben reunir grupos de combate de unos doscientos de sus mejores hombres, informar al resto de la línea de la marcha y escapar».

Una serie de oficiales habían ya comenzado a «considerar modos de escapar al cautiverio ruso que nos parecía peor que la muerte». Freytag-Loringhoven, de la 16ª división blindada, tenía la idea de utilizar algunos de los *jeeps* americanos capturados de los rusos. Su idea era usar uniformes del Ejército Rojo y algunos de sus *hiwis* de más confianza, que deseaban escapar de la venganza de la NKVD, en un intento de escurrirse entre las líneas enemigas. Esta idea llegó al estado mayor de la división, incluido su comandante el general Angern. Incluso el comandante del cuerpo, el general Strecker, estuvo brevemente tentado al conocerla; pero, como oficial con fuertes valores tradicionales, la idea de dejar a sus soldados era imposible. Un grupo del XI cuerpo hizo posteriormente el intento, y una serie de otros pequeños destacamentos, algunos en esquís, escaparon al sudoeste durante los últimos días del *Kessel*. Dos oficiales del estado mayor del VI ejército, el coronel Elchlepp y el teniente coronel Niemeyer, jefe del estado mayor del VI ejército, murieron en plena estepa.

Está claro que Paulus nunca consideró la idea de abandonar a sus tropas. El 18 de enero, cuando el último correo de Alemania se distribuyó en algunas divisiones, escribió sólo una línea de despedida a su esposa, que un oficial llevó. Sus medallas, su anillo de boda y su sortija de sello también fueron enviados, pero estos objetos fueron al parecer tomados por la Gestapo después.

El general Hube recibió órdenes de salir de Gumrak a la mañana siguiente temprano en un Focke-Wulf Cóndor para unirse al estado mayor especial de Milch. El 20 de enero, después de su llegada, despachó a su vez una lista de «oficiales enérgicos y de confianza» que deberían ser enviados con él. No es para sorprenderse quizá que la mayoría no fueran especialistas en suministros ni en transporte aéreo, sino oficiales de su propio cuerpo blindado, especialmente de su antigua división. Hube, sin duda, se sentía justificado, puesto que el cuartel general del VI ejército había estipulado que los especialistas en blindados estaban entre aquellos que tenían derecho a ser evacuados por aire.

Los oficiales del estado mayor general especializados también fueron incluidos en la categoría de especialistas, pero la prioridad más curiosa de todas era la que podría ser mejor definida como el Arca de Noe del VI ejército. El sargento mayor Philipp

Westrich, de la 100ª división de cazadores, cuyo oficio era colocar tejas, fue «sacado del *Kessel* por vía aérea el 22 de enero de 1943 por orden del VI ejército, que pedía un hombre de cada división». El teniente coronel Mäder y dos suboficiales fueron seleccionados en la 297ª división de infantería, y así continuaba la lista, división por división. Hitler, que había dado al VI ejército por muerto, estaba ya considerando la idea de reconstruir otro VI ejército, un huevo del ave fénix arrebatado al fuego. El 25 de enero la idea se convirtió en un plan en firme. El jefe de ayudantes de Hitler, el general Schmundt, recordaba: «El Führer decretó la reforma del VI ejército con una fuerza de veinte divisiones».

Los oficiales mensajeros, que llevaron documentos vitales, habían sido seleccionados por razones compasivas. El príncipe Dohna-Schlobitten, que salió el 17 de enero, recibió la tarea del cuartel general del XIV cuerpo de blindados, no porque fuera el oficial jefe de inteligencia, sino porque tenía más hijos que los demás oficiales del estado mayor. Poco después, el cuartel general del VI ejército insistió en que los oficiales que salían por avión como especialistas debían operar también como mensajeros. El capitán Von Freytag-Loringhoven, seleccionado debido a su hoja de servicios como comandante de un batallón blindado, recibió primero la orden de recoger los despachos y otros documentos del cuartel general del ejército. Allí vio a Paulus, que «parecía completamente doblado bajo la responsabilidad».

En el aeródromo de Gumrak, después de una larga espera, salió hacia uno de los cinco bombarderos Heinkel, escoltado por la Feldgendarmerie, que tuvo que empujar a los heridos y enfermos a punta de metralleta. En el momento de salir del *Kessel* tenia inevitablemente sentimientos ambivalentes. «Me sentía muy mal de dejar a mis camaradas. Por otra parte, era la única oportunidad de sobrevivir». Había tratado también de sacar al conde Dohna (un primo lejano del príncipe Dohna), pero estaba demasiado enfermo. Aunque bien metido en el avión, con unos diez soldados heridos, Freytag-Loringhoven podía ver que no estaban fuera de peligro. Su Heinkel permanecía estático junto a la pista de despegue mientras otros cuatro despegaron. Un surtidor se había atorado al repostar. Las bombas de la artillería comenzaron a caer más cerca. El piloto dejó el surtidor, y corrió a la cabina de mando. Despegaron, elevándose lentamente, con la pesada carga de heridos, sobre las nubes bajas. Alrededor de los 1.800 m, el Heinkel repentinamente salió de la nube a un «maravilloso sol», y Freytag-Loringhoven fue uno más que sintió como «si hubiera vuelto a nacer».

Cuando aterrizaron en Melitopol, las ambulancias del hospital de la base estaban esperando a los heridos, y un coche del estado mayor se llevó a Freytag-Loringhoven al cuartel general del mariscal de campo Manstein. No se hacía ilusiones sobre su aspecto. Estaba en «un estado muy malo». Aunque era un hombre alto, bien constituido, se había quedado en los 54 kg de peso. Tenía las mejillas huecas. Como los demás en el *Kessel*, no se había afeitado durante muchos días. Su mono negro de blindado estaba sucio y roto, y sus botas de campaña estaban envueltas en harapos para protegerse del congelamiento. Stahlberg, el ayuda de campo de Manstein, inmaculado en su uniforme gris de campaña, claramente se sintió desconcertado. «Stahlberg me miró y ví claramente que se preguntaba: "¿Tiene piojos?" (y yo de veras tenía piojos), me estrechó la mano muy cautelosamente».

Stahlberg lo llevó directamente a ver a Manstein, que le dio una bienvenida mucho más calurosa. El mariscal de campo se levantó inmediatamente de su escritorio y vino a estrecharme la mano sin ningún reparo aparente. Tomó los partes y preguntó exhaustivamente al joven capitán sobre las condiciones en el *Kessel*. Con todo, Freytag-Loringhoven percibió que era esencialmente «un hombre frío».

Manstein le dijo a Freytag-Loringhoven que los adscribiría al estado mayor especial del mariscal de campo Milch para mejorar el puente aéreo. Se presentó primero al capitán general Von Richthofen, que acababa de reconocer su llegada y le dijo que estaba muy ocupado para verlo. El mariscal de campo Milch, por su parte, «un viejo nazi» que no esperaba que le agradase, resultó «mucho más humano». Estaba horrorizado del aspecto de Freytag-Loringhoven. Después de preguntar sobre las condiciones de Stalingrado, Milch dijo: «Ahora debe usted comer una buena comida».

Dio órdenes de que Freytag-Loringhoven recibiera raciones especiales de carne, mantequilla e incluso miel. El extenuado joven comandante de blindados fue llevado después a uno de los compartimentos dormitorio del tren de lujo. «Era la primera cama que había visto en nueve meses. No me preocupaban mis piojos. Me tiré sobre las sábanas blancas y decidí posponer mi visita a la estación de despiojamiento para primera hora de la mañana siguiente. La comodidad y el calor –se estaba a 20 grados bajo cero afuera- era un contraste increíble».

Aquellos oficiales que iban a trabajar en el estado mayor especial de Milch estaban desorientados al principio por su transformación en otro mundo de abundancia y posibilidades. Pero no tenían una idea de lo que podían y no podían esperar de un puente aéreo. «¿Es posible llevar por aire los tanques de uno en uno?», fue una de las preguntas de Hube en su primera reunión con Milch.

El mismo Milch, como cualquier otro que no había puesto un pie en el *Kessel*, todavía no podía captar cuán terribles eran las condiciones dentro de él. Al recibir el mensaje de Paulus el 18 de enero de que el VI ejército sólo sería capaz de aguantar unos pocos días porque estaban prácticamente sin combustible y municiones, dijo a Goering en una conversación telefónica: «Los de la Fortaleza parecen haber perdido el valor». Manstein era de la misma opinión, agregó. Ambos parecían haber adoptado instintivamente una política de simpatía por los individuos a la vez que se distanciaban de los horrores sufridos por el abandonado ejército.

Las repercusiones más amplias del desastre inminente se dejaron a cargo del cuartel general del Führer y del ministerio de propaganda en Berlín. «El *Kessel* de Stalingrado está llegando a su fin –había declarado Goebbels en su conferencia ministerial tres días antes-. La prensa alemana debe preparar una apropiada cobertura del triunfal resultado de esta gran batalla en la ciudad de Stalin, si fuera necesario con suplementos». La «victoria» tenía presuntamente un simbolismo moral.

Helmuth Groscurth, jefe del estado mayor de Strecker y el miembro más activo de la oposición al régimen en el *Kessel*, estaba decidido a que los hechos del desastre fueran comunicados a los altos oficiales para motivarlos a la acción. Arregló una salida de uno de sus colegas de confianza, el mayor conde Alfred von Waldersee. Waldersee debía ir directamente al estado mayor del ejército, en la Bendlerstrasse de Berlín, para ver al general Olbricht, un antiguo miembro de la oposición, y después al general retirado Beck, con el mensaje de que «sólo un ataque inmediato» contra Hitler podía salvar ahora al VI ejército. Beck pidió a Waldersee que fuera directamente a Paris a ver al general Von Stülpnagel y al mariscal de campo Von Rundstedt. La réplica de éste fue «tan deprimente» que Waldersee perdió toda esperanza de lograr alguna cosa.

Groscurth envió una última carta a su hermano el 20 de enero, cumpleaños de su hija Susi, «quien pronto ya no tendrá más un padre, como miles de otros niños», escribió. «El tormento continúa y empeora cada hora. Nos presionan hacia el área más estrecha. Lucharemos sin embargo hasta el último cartucho, como se ha ordenado,

particularmente desde que nos han dicho que los rusos han estado matando a los prisioneros, de los cual dudo … La gente no tiene idea de lo que está ocurriendo aquí. No se cumple ni una sola promesa».

El cuartel general del VI ejército sentía que el estado mayor de Milch no apreciaba cuán mal estaban las cosas. «No queda ni un solo hombre sano en el frente –informó ese día- todos por los menos sufren de congelamiento. El comandante de la 76ª división de infantería de visita en el frente ayer se encontró con que muchos soldados se habían congelado hasta morir».

La ofensiva soviética comenzó otra vez con renovada fuerza en esa mañana del 20 de enero. El 65º ejército atacó por el noroeste de Gonchara, que fue capturada esa noche. Gumrak, a sólo unos pocos kilómetros de distancia, era el principal objetivo.

La evacuación del aeródromo y cercano cuartel general la noche siguiente fue caótica pues las baterías *Katiusha* abrieron fuego. Esa noche, el cuartel general de Milch recibió un mensaje del cuartel general del VI ejército: «El aeródromo de Gumrak inutilizado desde el 22 de enero a las 4.00. A esa hora el nuevo aeródromo de Stalingradski estará despejado para aterrizar». Esto era ser optimista. La pista de aterrizaje era impracticable para los aviones grandes. El general Paulus para entonces era todo lo contrario, y casi con toda seguridad sufría de una honda depresión. Un mayor de la Luftwaffe que acababa de retornar del *Kessel* informó al mariscal de campo Milch de que Paulus le había dicho: «Cualquier ayuda que llegue desde ahora en adelante vendrá demasiado tarde. Lo teníamos claro. A nuestros hombres no les quedan fuerzas». Cuando el mayor trató de informarle de la situación general para el grupo de ejércitos del Don, había contestado: «Los muertos ya no tienen interés en la historia militar».

Debido a la falta de combustible, 500 hombres heridos fueron abandonados en el hospital de campaña de Gumrak. Cuando amaneció la mañana del 22 de enero, podía verse en lontananza a la infantería rusa, avanzando a lo ancho «como en la caza de la liebre». Cuando el enemigo se acercaba a tiro de fusil, los oficiales de la 9ª división antiaérea que habían sido responsables del aeródromo se apretujaron en el último vehículo, un coche del estado mayor. A unos 100 m más allá encontraron a un soldado del hospital de campaña, cuyas dos piernas habían sido amputadas, que trataba de avanzar impulsándose en un trineo. Los oficiales de la Luftwaffe se detuvieron, y ataron el trineo en la parte de atrás del coche tal como lo pidió, pero se volcó tan pronto arrancaron otra vez. Un teniente sugirió que se agarrara a la parte delantera, ya que no había espacio dentro. El hombre herido se negó a retenerlos por más tiempo. Estaban ya al alcance de la infantería rusa. «¡Déjenme! –gritó-. De todas formas no tengo ninguna posibilidad». Los oficiales de la Luftwaffe sabían que decía la verdad. Quien no pudiera caminar en este momento estaba muerto. Continuaron su camino y el soldado inválido se sentó acurrucado en la nieve al borde del helado camino, esperando que los rusos llegaran y lo liquidaran.

Es muy probable que los mataran como a muchos otros heridos al borde del camino. El escritor comunista Erich Weinert alegó que los «inválidos abandonados» cojeando detrás de sus camaradas habían sido atrapados por los «cañonazos del Ejército Rojo que avanzaba». La verdad era que el Ejército Rojo, como la Wehrmacht, no garantizaba el futuro de los enemigos heridos. Los informes de que los 500 dejados en el hospital de campaña de Gumrak al cuidado de dos camilleros enfermos y un capellán de división fueron masacrados son, no obstante, inexactos. El Ejército Rojo los dejó

para que se las arreglaran solos con «agua de la nieve y caballos muertos». Aquellos que sobrevivieron fueron trasladados al campo de Beketovka diez días después.

El espectáculo de la derrota se hacía más terrible cuanto más se acercaban los soldados que se retiraban hacia Stalingrado. «Hasta donde la vista alcanza, yacen soldados aplastados por tanques, heridos gimiendo inútilmente, cadáveres congelados, vehículos abandonados por falta de combustible, cañones y diversos equipos destrozados».

Aunque el derrumbe en el centro no podía ser contenido, en muchos sectores los grupos de combate alemanes efectuaron una retirada combatiendo encarnizadamente. La mañana del 22 de enero temprano, los restos de la 297ª división de infantería fueron expulsados del sector de Voroponovo hacia los suburbios del sur de Stalingrado. El mayor Bruno Gebele y los supervivientes de su batallón esperaban el siguiente ataque. Su único apoyo de artillería consistía en varios obuses de montaña dirigidos por un sargento, a quien se le dijo que mantuviera el fuego hasta que los rusos estuvieran a entre 180 y 225 m de distancia. Poco antes de las siete de la mañana, cuando los restos del batallón de Gebele refugiados del fuego de artillería en su búnkeres, un centinela dio la alerta: «*Herr Major, sie kommen!*».

Gebele sólo tuvo tiempo de gritar «*Raus!*». Sus soldados se lanzaron a sus posiciones de fuego. Una masa de infantes con trajes blancos de camuflaje cargaba contra ellos, aullando «*Urrah! Urrah! Urrah!*» Los primeros estaban a sólo 35 m de distancia cuando los granaderos alemanes abrieron fuego con sus metralletas, fusiles y pistolas ametralladoras. Los rusos sufrieron terribles bajas. «La primera oleada fue liquidada o se la dejó allí tirada, la segunda también, y entonces vino una tercera oleada. Frente a nuestra posición los muertos soviéticos se apilaban y servían como una especie de muro de sacos de arena para nosotros».

Los rusos no dejaron de atacar. Simplemente cambiaron de dirección, y se concentraron en los destacamentos del flanco. A las 9.30, atacaron a los rumanos de la izquierda. Un cartucho antitanque le dio al segundo en el mando de Gebele, que estaba de pie junto a él, matándolo al instante. Gebele mismo sintió un fuerte impacto en el hombro izquierdo. Una bala de la misma ráfaga de la ametralladora había también matado a su principal escribano, *Feldwebel* Schmidt, al atravesar su casco de acero. Gebele, indignado, apoyando una carabina en el muro de nieve frente a el, pudo disparar unos cuantos tiros con su hombro y brazos sanos.

Otra oleada de infantería rusa vino contra ellos. Gebele gritó a sus restantes hombres que dispararan otra vez. Un sargento del estado mayor disparaba un mortero ligero, pero el campo de tiro era tan corto que el viento contrario hizo que un par de bombas cayeran en sus propias posiciones. Finalmente, habiendo aguantado durante siete horas, Gebele vio que la bandera rusa había aparecido en una torre de agua en su retaguardia. Habían sido rebasados. Reunió a los últimos supervivientes de su batallón, y los condujo hacia el centro de Stalingrado. Dentro de la ciudad, las escenas de destrucción y derrumbe bélico los estremecieron. «Hacía un frío espantoso –escribió uno de ellos-, y rodeados por tal caos, parecía que el mundo estuviera a punto de acabarse».

Ese 22 de enero, un día después de que Goebbels hubiera preparado la administración teatral de la tragedia de Stalingrado llamando a la «guerra total», el VI ejército recibió el mensaje de Hitler que sellaba su destino. «Rendirse es imposible. Las tropas han de luchar hasta el fin. Si es posible, que se defienda la Fortaleza reducida con tropas capaces aún de combatir. La valentía y la tenacidad de la Fortaleza han dado la

oportunidad de establecer un nuevo frente y de lanzar contraataques. El VI ejército ha desarrollado así su aportación histórica en el pasaje más grande de la historia alemana».

- 22 -

«Un mariscal de campo alemán no se suicida con un par de tijeras de uñas»

Cada vez que los aviones de la Luftwaffe los sobrevolaban, los hombres alzaban la vista con ansia y continuaban mirando fijamente el cielo después de que el punto minúsculo hubiera desaparecido. «Con pesadumbre –escribió un soldado- calvábamos la mirada en los aviones alemanes y pensábamos cuán maravilloso sería que pudiéramos volar lejos de este infierno en que nos habían abandonado». Después de la captura del aeródromo de Gumrak en las primeras horas de la mañana del 22 de enero, sólo una puñado de aviones habían conseguido aterrizar el la pequeña pista aérea de Stalingradski. El «puente aéreo», y con ello la última vía de escape, se había derrumbado.

El suministro ahora dependía de botes lanzados en paracaídas, «las bombas de vituallas», pero pese a que el VI ejército pidiera botes rojos, la Luftwaffe continuaba usando el blanco. El sistema de lanzamiento cada vez más se hacía a la buena de Dios porque a pocas unidades les quedaban tableros de reconocimiento y el VIII cuerpo aéreo perdió contacto radial con el cuartel general del VI ejército el 24 de enero. Hube hizo que se transmitiera el mensaje a los soldados en las ruinas de Stalingrado de que, al oír un motor de un avión, deberían echarse en el suelo nevado en forma de cruz para indicar «soldados alemanes aquí». Cuando la luz o la visibilidad eran deficientes, disparaban bengalas de aviso en el aire para guía de los aviones que se aproximaban, pero los rusos de los alrededores inmediatamente disparaban bengalas de color parecido al cielo para confundir a los pilotos. Los fuertes vientos también empujaban muchos cargamentos al otro lado de las líneas a manos enemigas. Algunos hombres estaban tan desesperados que se arriesgaban tratando de recuperarlos a campo abierto. Los francotiradores rusos

los mataban de uno en uno con facilidad. En las ruinas de Stalingrado, soldados alemanes hambrientos intentaban emboscar a los soldados soviéticos sólo para conseguir su bolsa de pan.

La caída de Gumrak había significado aun otro terrible trayecto para los heridos, muchos de los cuales habían sido ya transferidos de Pitomnik, al no haber podido encontrar un lugar en un avión allí. «Hombres heridos desfallecidos iban penosamente hacia las ruinas de la ciudad –relataba un superviviente- gateando como animales salvajes de cuatro patas, con la esperanza de encontrar algún auxilio».

Las condiciones en los hospitales improvisados en Stalingrado eran incluso más espantosas que en Gumrak, pues cerca de 20.000 heridos se apretujaban en sótanos bajo las ruinas de la ciudad, por no decir nada de los enfermos, de los que podía haber un total de 40.000. Unos 600 hombres muy malheridos llenaban los sótanos del teatro de Stalingrado sin luz ni servicios sanitarios. «Quejidos, gritos de auxilio y oraciones –escribió un doctor de la 60ª división de infantería motorizada- se mezclaban con el tronar del bombardeo. Un olor paralizante de humo, sangre y el hedor de las heridas llenaba el salón». No había más vendas, ni medicina ni agua limpia.

Una serie de doctores de las unidades de la línea del frente recibieron órdenes de ayudar en la red de túneles del barranco del Tsaritsa. Este complejo, como las galerías de una mina, ahora contenía más de 3.000 soldados heridos o enfermos graves. Cuando llegó a prestar sus servicios, al doctor Hermann Achleitner le vino a la mente el verso de Dante: «Al entrar aquí dejad toda esperanza». Los montones de cadáveres congelados le impresionaron mucho. Dentro, la imagen de infierno se acentuaba con las improvisadas lámparas de aceite que eran la única fuente de iluminación. Respirar el aire fétido, sin oxígeno, era desagradable. Fue recibido por gritos lastimosos de «Dadnos algo de comer». Los pacientes recibían sólo una fina rebanada de pan rancio al día. Los doctores lo convertían en una especie de sopa, que calentaban y hacían alcanzar un poco más. La falta de vendas era grave para los casos de congelamiento agudo. «Con frecuencia –anotó- los dedos de pies y manos se quedaban en las viejas y asquerosas vendas, cuando las cambiábamos». El despiojamiento era imposible. Los camilleros que cambiaban las vendas encontraban una masa gris trepando de las muñecas y brazos de los pacientes a las suyas. Cuando un hombre moría, se podía ver a los piojos dejando su cuerpo en masa en busca de carne fresca. Los doctores hacían lo que podían para aislar los casos de tifus tan pronto como eran diagnosticados, pero sabían que no pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran una epidemia entre las manos. A un joven soldados alemán que contemplaba la miseria a su alrededor, se le oyó murmurar: «No deben saber nunca en Alemania lo que está ocurriendo aquí».

La retirada de la estepa, mientras el *Kessel* era aplastado por los ejércitos de Rokossovski, hizo que el número de alemanes hacinados en la ciudad arruinada llegara a 100.000 hombres. Muchos, si no la mayoría, con los rostros teñidos de amarillo verdoso, sufrían de disentería, ictericia y otras enfermedades.

La reacciones de los civiles de Stalingrado no eran siempre hostiles, como los heridos de la 297ª división de infantería descubrieron. «Dos mujeres de Stalingrado frotaron mis piernas heladas durante una hora para contrarrestar los efectos del congelamiento agudo –escribió un oficial-. Una y otra vez decían: “Tan joven y sin embargo ya está muriéndose”». El mismo grupo de soldados se sorprendió de encontrar a varias mujeres rusas en una casa medio arruinada. Acababan de hornear un poco de pan, y aceptaron intercambiar una barra por un pedazo de carne de caballo helada.

Los regimientos y las divisiones no tenían en absoluto ningún significado. La 14ª división blindada tenía menos de ochenta hombres capaces de combatir. Apenas si quedaba un solo tanque o armamento pesado con municiones. En esa situación desesperada, la disciplina comenzaba a relajarse. La resistencia continuó en buena parte por miedo a la venganza rusa, después de que Paulus se negara a rendirse.

Sin la amenaza de cañones antitanque, los T-34 soviéticos aplastaron los fosos y los artilleros por igual bajo sus orugas. Los búnkeres y los edificios fortificados fueron destruidos con un cañón de campaña disparado casi a bocajarro. Los soldados alemanes padecían ahora de una terrible sensación de impotencia, imposibilitados de hacer algo por sus camaradas heridos o incluso por sí mismos. Su propio avance despiadado del anterior verano parecía pertenecer a un mundo completamente distinto. El 25 de enero, Paulus y el coronel Wilhelm Adam, uno de los altos oficiales de su estado mayor, recibieron heridas leves por la explosión de una bomba. El general Moritz von Drebber se rindió con parte de la 297ª división de infantería a 5 km al sudoeste de la desembocadura del Tsaritsa. Se dice que el coronel soviético que vino a recibir su rendición había preguntado: «¿Dónde están sus regimientos?» Moritz von Drebber, según esta versión emitida por radio dos días después en una emisora soviética por el novelista Theodor Plievier, otro comunista alemán de la «emigración a Moscú», echó un vistazo al puñado de hombres a su alrededor, deshechos por la extenuación y el congelamiento, y repuso: «¿Tengo realmente que explicarle, coronel, dónde está mi regimiento?».

El oficial médico en jefe del VI ejército, el general Renoldi, fue uno de los primeros generales en entregarse. (La inteligencia del Ejército Rojo oyó primero como resultado del interrogatorio que Paulus estaba en un estado de colapso). Algunos generales, sin embargo, adoptaron un papel activo. El reemplazo de Hube, el general Schlömer, recibió un disparo en el muslo, y el general Von Hartmann, de la 71ª división de infantería, fue muerto de un tiro en la cabeza. El general Stempel, comandante de la 357ª división de infantería, se mató de un tiro, como hicieron una serie de oficiales a medida que el enemigo tomaba el sur de Stalingrado hasta el río Tsaritsa.

El 26 de enero al amanecer, los tanques del 21º ejército se encontraron con la 13ª división de guardias fusileros de Rodimtsev en el norte del Mamaev Kurgan, cerca de los asentamientos de los trabajadores de Octubre Rojo. Como era de esperar la escena fue emotiva, especialmente para el 62º ejército de Chuikov, que había estado luchando por su cuenta casi cinco meses. «Los ojos de los curtidos soldados se llenaron de lágrimas de alegría al encontrarse», escribió Chuikov. Las botellas iban y venían en una intensa celebración. El *Kessel* de Stalingrado fue separado en dos, con Paulus y la mayoría de los altos oficiales aislados en la bolsa más pequeña al sur, y el XI cuerpo del general Strecker en la parte norte de la ciudad alrededor de la fábrica de tractores de Stalingrado. Su único vínculo con el mundo exterior era el aparato de radio de la 24ª división blindada.

En los dos días siguientes, los rezagados, los heridos y los afectados por la neurosis de guerra, así como los grupos de combate aún activos, alemanes y rumanos, retrocedieron a la bolsa cada vez más reducida del sur, donde Paulus y Schmidt habían establecido un nuevo cuartel general, bajo los grandes almacenes Univermag de la Plaza Roja. El último símbolo de la ocupación alemana era la bandera de la esvástica que colgaba de un asta improvisada atada al balcón sobre la entrada principal. Los restos del 194º regimiento de granaderos del coronel Roske proporcionaban la fuerza defensora. Roske fue ascendido a general como nuevo comandante de la extinguida 71ª división de infantería.

El creciente número de altos oficiales que se rendían significaba que el 7º departamento del frente del Don, responsable de la «propaganda operativa», estaba más ocupado que nunca. Tantos prisioneros habían sido traídos para interrogarlos desde que comenzó la ofensiva que era difícil seleccionar a los «más interesantes».

El capitán Diatlenko recibió un mensaje que le ordenaba volver de inmediato al cuartel general del Don. Otro general alemán capturado había sido traído para ser interrogado. Diatlenko sabía que valía la pena dedicar tiempo al recién llegado, el general Edler von Daniels. La búsqueda en las valijas de correo del avión de transporte derribado a inicios del mes había tenido como hallazgo las cartas en forma de diario que Daniels había escrito a su esposa. Daniels, como la mayoría de prisioneros recién capturados, estaba en un estado vulnerable. Como interrogador experimentado, Diatlenko sabía que la mejor táctica era la más inesperada. Preguntó a su prisionero indirectamente sobre su «bebé del *Kessel*» entonces lo desconcertó mostrándole las cartas y papeles que Daniels pensaba estaban seguros en Alemania.

«*Herr General* –Diatlenko recuerda haberle dicho-, por favor, le devuelvo sus papeles. Son de su propiedad y puede guardarlos en su archivo familiar cuando vuelva a casa después de la guerra». Al parecer Daniels se sintió vencido por la gratitud. Acepto el té, las galletas y los cigarrillos rusos, y luego «respondió nuestras preguntas». Diatlenko lo retuvo hasta la noche. Después de un pausa para cenar, continuó hasta medianoche.

En muchas ocasiones, un acercamiento tan refinado no era necesario. La confusión psicológica y la rabia por la derrota producían docilidad, si no colaboración, de los oficiales que se sentían personalmente traicionados, y también culpables hacia sus hombres por haberles garantizado las promesas de salvación del Führer. Durante el interrogatorio, generalmente se preocupaban de hacer observaciones denigrantes sobre Hitler y el régimen. Llamaban a Goebbels «el pato cojo» y lamentaban amargamente que el obeso Goering no empezara una «dieta de Stalingrado». Pero realmente les parecía a sus captores rusos que estos generales habían reconocido el carácter verdadero de su Führer sólo cuando habían experimentado la forma traicionera en que se había comportado con ellos y el VI ejército. Pocos entre ellos definían como criminales su persona o sus políticas cuando avanzaban en Rusia y se estaban cometiendo atrocidades tan cerca de las líneas del frente que debieron de haber sido ellas, si no eran en algunos casos directamente responsables.

A partir de estas entrevistas con oficiales capturados, el cuartel general del frente del Don se formó la firme impresión de que Paulus «estaba bajo una gran tensión, desempeñando un papel al que se le había forzado». Cada vez estaban más convencidos de que Paulus era virtualmente un prisionero de guerra en su propio cuartel general, custodiado por el jefe de su estado mayor. Diatlenko no tenía dudas de que Schmidt era «los ojos y el brazo derecho del Partido Nazi» en el VI ejército, porque los oficiales capturados informaban de que «Schmidt mandaba el ejército e incluso al propio Paulus».

El coronel Adam, cuando fue interrogado después por Diatlenko, le dijo que Schmidt había sido quien dio la orden de que los emisarios de la tregua fueran enviados de regreso. (Diatlenko no reveló que él había sido uno de ellos). Los altos oficiales del VI ejército habían sido muy conscientes del contenido de la bolsa de hule. En la mañana del 9 de enero, cuando Diatlenko y Smislov esperaban en el búnker, habían leído durante el desayuno las octavillas lanzadas por los aviones rusos con el texto del ultimátum. Esa misma mañana, el general Hube había volado al *Kessel* después de visitar a Hitler, con la orden de que no debía haber rendición. Según Adam, esto había

reforzado la posición intransigente del general Schmidt en el cuartel general del VI ejército.

El 29 de enero, la víspera del 10º aniversario de la ascensión de Hitler al poder, el cuartel general del VI ejército envió un mensaje de felicitación desde su ruinoso sótano: «¡Al Führer! El VI ejército felicita al Führer en el aniversario de su ascensión al poder. La bandera de la esvástica todavía flamea en Stalingrado. Que nuestra lucha sea un ejemplo para las generaciones presentes y futuras para que nunca se rindan en situaciones desesperadas de modo que Alemania logre la victoria al final. *Heil mein Führer!* Paulus».

Este mensaje, grotesco en tales circunstancias, parece haber sido redactado y enviado más probablemente por el general Schmidt. Las palabras tienen su tono. Paulus, en ese momento, estaba enfermo de disentería, sacudido por los acontecimientos y desmoralizado, de modo que no es difícil imaginarlo asintiendo cuando le mostraron el mensaje. Groscurth, por ejemplo, había informado en una carta no mucho antes: «Paulus está en un estado de desintegración moral y física».

El 30 de enero, el día del aniversario, Goering emitió un mensaje radiofónico desde el Ministerio del Aire, comparando el VI ejército a los espartanos en las Termópilas. Este discurso no fue bien recibido en Stalingrado, donde fue escuchado por radio. El hecho de que fuera Goering, entre todos, quien estaba pronunciando «nuestro propio sermón fúnebre», añadía sal a la herida. Gottfried von Bismarck definió el efecto como «macabro». En los sótanos del teatro de Stalingrado, que estaba atestado de heridos, la voz de Goering fue reconocida de inmediato. «Subid el volumen», gritó alguien. «¡Apagad!», gritaron otros maldiciéndolo. La transmisión finalizó con la 5ª sinfonía de Bruckner. Algunos oficiales bromeaban amargamente que el «suicidio de los judíos» en la cumbre de Masada podría haber sido una comparación más exacta que la de las Termópilas. Hitler contaba en efecto con un suicidio masivo, sobre todo de los altos oficiales.

El discurso de Hitler fue pronunciado por Goebbels más tarde en el día del aniversario, habiendo sido retrasado por lo bombardeos de la RAF. Sonaba con amargo desafío, pero la retahíla de autojustificaciones era demasiado gruesa para esconderla. Dedicó una sola frase a Stalingrado, el desastre que proyectaba una sombra sobre el día de celebración del régimen: «La lucha heroica de nuestros soldados en el Volga debería ser una exhortación a que todos hagan lo máximo en la lucha por la libertad de Alemania y el futuro de nuestra nación, y en un sentido más amplio por la preservación de toda Europa». Era la primera admisión de que a partir de entonces la Wehrmacht estaría luchando para evitar la derrota.

Al día siguiente, Hitler, como para compensar cualquier sensación de desastre, creó no menos de cuatro nuevos mariscales, incluido Paulus. Era el grupo más grande de ascensos de alto nivel desde la victoria sobre Francia. Cuando llegó la noticia anunciando su ascenso a gran mariscal de campo, Paulus adivinó enseguida que se le había brindado una copa de cicuta. Exclamó ante el general Pfeffer en la última conferencia de generales: «No tengo ninguna intención de pegarme un tiro por este cabo bohemio». Otro general dijo al interrogador de la NKVD que Paulus había dicho: «Parece una invitación al suicidio, pero no le haré ese favor». Paulus desaprobaba instintivamente el suicidio. Cuando escuchó que algunos de sus hombres estaban optando por un «suicidio de soldado» (subirse sobre las trincheras esperando ser alcanzado por los disparos del enemigo), dio órdenes de prohibir dicha práctica.

Hitler no estaba, por supuesto, preocupado por salvar vidas, estaba interesado en crear poderosos mitos. Claramente suponía que los altos oficiales de su ejército seguirían el ejemplo del almirante Lütjens en el *Bismarck*, una fantasía sin duda alentada por las noticias de las muertes de los generales Von Hartmann y Stempel.

La reducción de la bolsa sur continuaba rápidamente. En enero, las tropas soviéticas habían penetrado directamente en el mismo centro de la ciudad. En los sótanos donde la masa principal de alemanes se refugiaba del frío y del fuego de la artillería, había un ánimo de desesperación y aterrorizada anticipación. En el antiguo cuartel general de la NKVD, se veía el cielo invernal a través de la cúpula rota. El suelo de piedra estaba cubierto de escombros y ruinas, y la estructura en forma de jaula de las escaleras y barandas estaba torcida. Una bandera de la Cruz Roja en la entrada encolerizó a un oficial alemán de infantería, que la veía como una señal de rendición. Fue al sótano, donde los doctores continuaban operando a la luz de una lámpara de gas del hospital de campaña, mientras esperaban que llegaran los rusos. Demacrado y con los ojos enloquecidos, el oficial los amenazaba con una metralleta: «¿Qué está pasando aquí? ¡No habrá rendición! ¡La guerra sigue!». Muchos hombres estaban desequilibrados por la tensión del combate y las alucinaciones debidas a una grave desnutrición. Los sótanos estaban llenos de hombres delirando. El doctor Markstein, de Dantzig, sólo se encogió de hombros: «Este es un centro de socorro», dijo. El guerrero demente no les disparó, desapareció como un fantasma en la penumbra sin decir más».

Cuando el 25 de enero, el general Von Seydlitz, en el mismo edificio, dejó a sus comandantes de división en libertad para que decidieran si se rendían o no, Paulus lo relevó de su puesto de mando y puso todas las divisiones de Seydlitz bajo el mando del general Walter Heitz, comandante del VIII cuerpo. Heitz emitió una orden de que todo el que intentara rendirse fuera ejecutado. Como Seydlitz y más de una docena de otros oficiales se rindieron (incluidos los generales Pfeffer, Korfes y Sanne) les dispararon ráfagas de ametralladora desde las líneas alemanas cuado los rusos los llevaban. Seydlitz aseguró más tarde que dos oficiales alemanes fueron mortalmente heridos de resultas de la «orden apocalíptica» de Heitz.

El general Heitz, sin embargo, al dar la orden «Lucharemos hasta la penúltima bala», no parece haberse incluido a sí mismo ni a su cuartel general en este gesto retórico. Un oficial bajo su mando advirtió que su estado mayor, casi seguro con su consentimiento, había ya preparado banderas blancas.

El coronel Rosenfeld, comandante del 104º regimiento antiaéreo de la Luftwaffe, adoptó la retórica esperada por el régimen. «La bandera de la esvástica flamea sobre nuestras cabezas», señaló en la noche del 30 de enero. «La orden de nuestro supremo comandante en jefe será seguida hasta el final. ¡Viva el Führer!». Esa noche el cuartel general del VI ejército envió un aviso, advirtiendo que los comandantes individualmente se estaban rindiendo porque su tropas no tenían más municiones, pero también adoptaron gestos parecidos a los de Rosenfeld, asegurando que estaban «escuchando el himno nacional por última vez con el brazo en alto con el saludo alemán». Otra vez esto suena más como el estilo de Schmidt que como el de Paulus. Cualquiera que fuera la verdad, pocos soldados tenían ganas o la energía para compartir tales emociones. «Durante esa noche del 30 de enero –recordaba un sargento- cada hombre estaba preocupado por sus propios pensamientos, por la corrosiva incertidumbre, por las penosas heridas y el congelamiento, por la familia y por su destino». Especialmente, los oficiales suponían que serían ejecutados. Muchos se arrancaron las insignias de su rango.

Esa misma noche, el general Voronov, en su *izba* en el cuartel general del frente del Don, se despertó con el pánico de un inquieto sueño. La idea repentina de que Paulus podría escapar en un avión que aterrizara sobre el hielo del Volga. La reacción de Stalin a la pérdida de tal presa no era evidentemente difícil de imaginar. Saltó de la cama de inmediato y telefoneó para ordenar que cañones a lo largo del margen oriental de Stalingrado apuntaran al hielo como precaución.

A la mañana siguiente, el 31 de enero de 1943, el 64º ejército de Shumilov había asegurado prácticamente todo el centro de Stalingrado. Los edificios y los sótanos arruinados habían sido despejados con granadas y lanzallamas. La Plaza Roja fue sometida a un intenso bombardeo de mortero y artillería, antes de que los soldados rusos avanzaran hacia los grandes almacenes de Univermag. Los granaderos restantes de Roske, que estaban sobre el cuartel general de Paulus, situado en el sótano, finalmente depusieron sus armas. A las 7.35 el capitán Behr del estado mayor de Milch recibió el aviso: «Rusos en la entrada. Nos preparamos para rendirnos». Diez minutos después, cuando el teniente Fiador Ilchenko bajó al atestado y apestoso sótano, llegó el mensaje: «Nos rendimos». Behr entonces pasó el mensaje al cuartel general de Manstein en el grupo de ejércitos del Don. De regreso a Alemania, el comunicado oficial anunciaba: «En Stalingrado la situación no ha cambiado. El ánimo de los defensores está intacto».

Los oficiales del estado mayor del cuartel general del general Shumilov llegaron a discutir los términos de la rendición con el general Schmidt en el sótano. Paulus estaba en el salón adyacente, mientras Adam lo mantenía informado de cada paso. No es claro si se trataba de un ardid para permitirle a Paulus distanciarse de la rendición, o un ejemplo más de Schmidt manejando los hechos porque Paulus estaba en un estado de virtual colapso. Finalmente, dos horas después de la aparición del teniente Ilchenko, el general Laskin llegó para recibir la rendición formal de Paulus; antes él, Schmidt y Adam fueron llevados al cuartel general de Shumilov por un coche del estado mayor, tal como, al parecer, había insistido el general Roske. Como sus soldados, los tres hombres que salieron a la luz del sol tenían barbas incipientes, aunque sus rostros no estaban tan cadavéricos como los de aquéllos. El coronel Adam, notó Vasili Grossman, tenía las orejas de su *ushanka* [gorra de piel] bajadas «como las orejas de un perro con pedigrí que acaba de salir del agua». Los camarógrafos de los noticiarios estaban esperando para registrar el acontecimiento.

Aquellos que estaban todavía en los sótanos del centro de la ciudad esperaban que los soldados del Ejército Rojo aparecieran. Encañonándolos con su metralletas ordenaron a los alemanes que lanzaran sus armas en un rincón y salieran en fila. Los vencidos se preparaban para la cautividad envolviendo los andrajos de uniforme despedazados alrededor de sus botas. Algunos soldados alemanes decían «*Hitler kaputt!*» en señal de rendición. Los soldados rusos podían contestar «*Kamaraden, Krieg kaputt! Paulus kapituliert!*», pero la mayoría de las veces gritaban: «*Faschist!*» o «*Fritz! Komm! Komm!*».

Cuando las tropas soviéticas entraron en los sótanos del teatro, dieron la orden: «Quienes puedan caminar, que salgan para ser conducidos a un campo de prisioneros». Aquellos que se pusieron en camino supusieron que los heridos serían atendidos. Sólo después descubrirían que el Ejército Rojo operaba según el principio de que aquellos prisioneros que no podían caminar fueran liquidados donde yacían.

En uno o dos casos, la rabia y la desesperación produjo una mezcla explosiva. En el edificio de la NKVD, todos los alemanes suponían que serían ejecutados en represalia, después de que un oficial, que había escondido su pistola, repentinamente

disparó contra un mayor ruso a quemarropa, y luego volvió el arma contra sí mismo. De algún modo, el momento de ira entre las tropas rusas pasó y los prisioneros fueron perdonados.

La rendición de Stalingrado generó una atmósfera volátil en la que el destino de un alemán era absolutamente imprevisible. Los soldados soviéticos, fuera deliberadamente o por accidente, incendiaron el hospital improvisado lleno de heridos en las barracas de zapadores cerca del aeródromo. Dos oficiales de las baterías antiaéreas de la Luftwaffe, que habían sido escoltados a una habitación en el piso superior por soldados rusos, que creían que los parches rojos del cuello de sus uniformes indicaban un alto rango, escaparon saltando por las ventanas destrozadas. Cayeron en la letrina, y cuando los soldados aparecieron listos para matarlos, el teniente más joven salvó ambas vidas al pensar rápido con aguda psicología. Le dijo a su compañero que se bajara los pantalones. Los rusos se rieron y los perdonaron. No podían matar a hombres con los pantalones bajados.

El departamento de la NKVD estaba buscando *hiwis* y también «perros fascistas», con los que querían decir «SS, Gestapo, tropas de blindados y Feldgendarmerie». Una serie de soldados alemanes, identificados erróneamente como SS, que se rieron de la sugerencia, fueron empujados a un lado y ejecutados con metralletas. Al parecer los soldados de una división siberiana del Ejército Rojo giraron el rostro con desagrado para no ver el espectáculo. El mismo relato, basado en el interrogatorio seis meses después de una oficial de la inteligencia soviética por la policía secreta de campaña, registra la ejecución de un grupo de veintitrés *hiwis*.

La búsqueda de *hiwis* por la NKVD era implacable. Cualquier hombre con uniforme alemán incompleto se arriesgaba a ser muerto en el acto, como descubrió un comandante de batallón de la 297ª división de infantería. «Los soldados soviéticos de pronto nos detuvieron, y debido a que carecía de uniforme y gorra, querían ejecutarme como un *hiwi*. Sólo me salvé gracias al conocimiento del ruso de un doctor».

Un considerable número de *hiwis* se mantuvieron leales a los alemanes hasta el fin. En las ruinas de Stalingrado justo antes de la rendición, unos soldados de la 305ª división de infantería estaban muriéndose de hambre. Los *hiwis* que estaban con ellos desaparecieron, y pensaron que habían visto al último de ellos, pero los rusos volvieron después con comida para ellos. Dónde la habían encontrado, no lo dirían. La lealtad de estos rusos no fue siempre correspondida, sin embargo. Poco antes de la rendición, un oficial fue preguntado por el suboficial: «¿Qué haremos con nuestros ocho *hiwis*? ¿Debo matarlos?». El teniente, pasmado ante tamaña sangre fría, rechazó la idea. Le dijo a los *hiwis* que se ocultaran o se escabulleran lo mejor que pudieran. Estaban librados a su suerte.

El destino de los *hiwis* capturados al final de la batalla de Stalingrado es todavía oscuro, en parte porque los archivos de la 10ª división de la NKVD permanecen estrictamente cerrados. No hay manera de saber cuántos murieron durante las diez semanas del cerco y las últimas tres semanas de intensa lucha. Algunos fueron ejecutados al ser capturados, un puñado fueron utilizados como intérpretes e informantes, luego casi con seguridad asesinados después, pero la mayoría fueron llevados por la NKVD. Incluso los miembros de la inteligencia del Ejército Rojo no sabía lo que había pasado después. Pudieron muy bien haber sido masacrados (existen relatos de *hiwis* capturados que fueron golpeados hasta la muerte, antes que ejecutados a tiros, para ahorrar municiones), pero a inicios de 1943 en régimen soviético deseaba aumentar la cantidad de trabajo esclavo, especialmente cuando estaba transfiriendo prisioneros del Gulag a las compañías *shtraf*. La solución de hacer trabajar a los *hiwis* hasta matarlos ofrecía con certeza una venganza más brutal ya que prolongaría su

sufrimiento. Por otra parte, tanto Stalin como Beria estaban tan obsesionados con la traición que sólo una muerte inmediata podía satisfacerlos.

Durante los últimos días de la batalla, las autoridades militares soviéticas se sentían cada vez más ansiosas por impedir que pequeños grupos escaparan de la red. Tres oficiales alemanes con uniformes del Ejército Rojo, dirigidos por un teniente coronel, fueron capturados el 27 de enero. Un teniente ruso de un regimiento de tanques acorraló a otros dos oficiales, y fue herido cuando éstos le dispararon. De los nueve o diez grupos que se estimaba habían roto el cerco, ninguno parece haber escapado, pero entonces el grupo de ejércitos del Don había sido forzado a retroceder más allá del río Donets, a más de 320 km del *Kessel*. Hay, sin embargo, una historia no corroborada y poco convincente de un soldado que lo logró, pero que murió al día siguiente cuando una bomba cayó en el hospital de campaña donde los atendían a causa del agotamiento y el congelamiento. Se dice que otros trataron de escapar hacia el sur en plena estepa y buscaron refugio entre los kalmiks, que habían sido amistosos, pero los propios kalmiks, como otros numerosos pueblos de la regiones del sur de la Unión Soviética, pronto atrajeron la venganza de la NKVD de Beria.

Se dice que los soldados rusos de las unidades de la línea del frente, especialmente las divisiones de guardias, fueron más correctos en su trato que las unidades de segunda línea. Pero algunos soldados bebidos que celebraban la victoria mataron a prisioneros, pese a las órdenes contrarias. Incluso los miembros de las formaciones de elite rápidamente despojaron a sus prisioneros de relojes, anillos y cámaras, así como de las apreciadas latas de aluminio con rancho de la Wehrmacht. Muchos de estos objetos serían luego intercambiados por vodka. En algunos casos, se le quitaban un par de botas buenas a un prisionero para darle un par de botas deterioradas. Un doctor perdió su apreciado ejemplar de *Fausto*, una edición de bolsillo encuadernada en cuero impresa en papel de biblia, que un soldado ruso deseaba para hacerse cigarrillos *majorka*. Las mantas también les fueron arrebatadas de la espalda, a veces sólo por la satisfacción de la venganza ya que los alemanes habían tomado las ropas de abrigo de tantos civiles rusos.

Cuando los demacrados prisioneros salían tambaleándose de los sótanos y búnkeres, con las manos en alto en señal de rendición, sus ojos buscaban una pieza de madera que pudiera servirles de muleta. Muchos sufrían de un congelamiento tan extremo que apenas podían caminar. Casi todos habían perdido no sólo las uñas de los pies, sino los dedos también. Los oficiales soviéticos observaron que los soldados rumanos estaban en un peor estado que los alemanes. Al parecer sus raciones habían sido reducidas antes en un intento de mantener la fuerza alemana.

Los prisioneros se mantenían cabizbajos, sin atreverse a mirar a sus guardas ni a la ronda de demacrados civiles que habían salido de las ruinas en un número sorprendente. Por todas partes, disparos esporádicos rompían el silencio del antiguo campo de batalla. Los tiros dados en los búnkeres sonaban amortiguados. Nadie sabía si cada detonación significaba el fin de un soldado encontrado escondiéndose, de uno que había ofrecido resistencia de alguna manera, o de un soldado gravemente herido que había recibido el tiro de gracia.

Estos soldados derrotados del VI ejército, sin armas ni cascos, encasquetándose gorros de lana o usando solamente harapos envueltos alrededor de la cabeza para evitar el congelamiento, temblando en sus abrigos inadecuados con cables que hacían las veces de cinturones, fueron conducidos en largas filas. Un grupo de supervivientes de la

297ª división de infantería se encontró con un oficial ruso, que señalando alrededor les gritó: «¡Así se verá Berlín!».

El mariscal de campo Paulus, acompañado por el teniente Lev Beziminski, de la inteligencia del Ejército Rojo, era conducido desde el cuartel general del 64º ejército en el coche de su propio estado mayor al cuartel general del frente del Don fuera de Zavarikino, a unos 80 km de Stalingrado. Schmidt y Adam le seguían escoltados en otro coche. Les mostraron sus alojamientos, otra *izba* de planta pentagonal. Un destacamento permanente de guardas bajo el mando del teniente C. M. Bogomolov los esperaba. Los otros «generales de Stalingrado» fueron traídos a otra *izba* cercana, donde eran vigilados por el teniente Spekto y un pelotón de hombres.

Bogomolov y sus hombres, agudamente conscientes del momento histórico, miraban a sus prisioneros con fascinación. Paulus por su alta estatura tuvo que agacharse para entrar. Siguiendo el ejemplo Adam, había dejado la gorra del uniforme por una *ushanka*. Todavía usaba el uniforme de capitán general. Paulus fue seguido por el general Schmidt y el coronel Adam, quien impresionó a sus guardas con su «conocimiento bastante bueno del ruso». El soldado chófer de Paulus vino al final trayendo sus pesadas maletas. El mercedes del estado mayor pasó rápidamente a poder del general W. I. Kazakov, el comandante de la artillería del frente.

Paulus y Schmidt ocuparon la habitación interior de la *izba*, mientras que el coronel Adam y la escolta ocuparon el cuarto exterior. Se le unieron dos agentes de la NKVD enviados por Beria de Moscú. Después por la noche llegaron el general Malinin, el jefe del estado mayor del frente, y el coronel Yakimovich, un alto oficial del estado mayor. Beziminski, actuando como intérprete, informó a Paulus y a Schmidt de que su tarea era buscar en su equipaje «artículos prohibidos», que incluían todos los objetos de metal afilados. Schmidt estalló: «Un mariscal de campo alemán no se suicida con un par de tijeras de uñas». Paulus, que estaba agotado, le hizo ademán con mano de que no se molestara, y les entregó sus adminículos de afeitar.

Poco antes de la medianoche, se le dijo a Paulus que los comandantes del Ejército Rojo estaban reunidos ahora y esperaban entrevistarlo. El teniente Yevgeni Tarabrin, el oficial que hablaba alemán de la NKVD enviado para escoltarlo dondequiera que fuese, escucho a Paulus susurrarle a Schmidt, mientras éste le ayudaba a ponerse el abrigo: «¿Qué debo decir?».

«Recuerda que eres un gran mariscal de campo del ejército alemán», se dice que Schmidt le habría susurrado. Lo más sorprendente y más significativo para los oídos de la inteligencia del Ejército Rojo fue que el oficial ruso informó de que Schmidt tuteaba a su superior.[*]

Sólo una hora y media antes de que la reunión comenzara, el capitán Diatlenko de la NKVD recibió órdenes de presentarse en la *izba* utilizada por el mariscal Voronov, que acababa de ser ascendido por Stalin. «Bien, capitán –Voronov lo saludó afablemente-. Sin duda recuerda usted la vez en que el viejo no quiso recibirlo. Bueno, ahora nos visita él mismo. Y usted va a recibirlo a él».

Voronov estaba sentado a la mesa con el general Rokossovski, el comandante del frente, y el general K. F. Telegin, el comisario del frente. Un fotógrafo apareció usando una chaqueta de piloto forrada de piel. Diatlenko estaba estupefacto de que éste tratara a Voronov con tranquila familiaridad. Resultó que era el cineasta de documentales Roman Karmen, que se había hecho amigo de Voronov durante la guerra

[*] Winrich Behr, que conocía bien a Schmidt, piensa que el tuteo era sumamente improbable, aunque consideraba que «no hay duda de que el general Schmidt ejercía una gran influencia sobre Paulus».

civil española. Karmen enderezó la silla destinada a Paulus, para obtener las tomas correctas desde la puerta del dormitorio de Voronov. Sabía que el resultado sería utilizado para comunicar al mundo la gran victoria de la Unión Soviética.[**]

La atmósfera era tensa en la *izba* de Voronov cuando llegó su «huésped». El alto, delgado y encorvado Paulus presentaba una figura gris, con su uniforme «color ratón» y el rostro ceniciento por la tensión nerviosa. Su cabello parecía estarse tornando de pimienta y sal, e incluso la barba le había crecido gris y blanca. Sólo cuando Paulus se acercó a la mesa, Voronov le indicó la silla vacía: «Siéntese, por favor», le dijo en ruso. Diatlenko se puso en pie y le tradujo. Paulus hizo una venia y se sentó. Diatlenko entonces le presentó a los dos comandantes soviéticos: «¡El representante de la *Stavka*, mariscal de artillería Voronov; el comandante del frente del Don, el coronel-general Rokossovski!». Paulus se puso de pie bruscamente e hizo una ligera venia a cada hombre.

Voronov comenzó a hablar, haciendo pausas de modo que Diatlenko pudiera traducir. «Señor coronel general, es bastante tarde y usted debe de estar cansado. Nosotros también hemos estado trabajando mucho durante los últimos días. Por ello sólo hablaremos de un problema urgente».

«Perdone –interrumpió Paulus, desconcertando a Diatlenko-. Pero no soy coronel general. Anteayer , mi cuartel general recibió un aviso diciendo que había sido ascendido a gran mariscal de campo. Está también escrito en mis papeles de identidad militar». Tocó el bolsillo delantero de su guerrera. «No ha sido posible, sin embargo, cambiarme de uniforme dadas las circunstancias».

Voronov y Rokossovski se miraron con divertida ironía. El general Shumilov había ya informado al cuartel general del frente del Don del ascenso en el último minuto de Paulus.

-Bien, señor gran mariscal de campo –continuó Voronov-, le pedimos firmar una orden dirigida a la parte de su ejército que todavía resiste, diciéndoles que se rindan para evitar el inútil derramamiento de sangre.

-Sería indigno de un soldado –estalló Paulus antes de que Diatlenko hubiera terminado de traducir.

-¿Es posible decir –preguntó Voronov- que salvar las vidas de sus subordinados sea una conducta indigna de un soldado cuando el comandante mismo se ha rendido?-

-No me he rendido. Fui apresado por sorpresa.

Esta «ingenua» réplica no impresionó a los oficiales rusos, que sabían muy bien las circunstancias de la rendición. «Estamos hablando de un acto humanitario –siguió Voronov-. Nos bastarían sólo un par de días o incluso unas pocas horas para destruir el resto de sus tropas que continúa luchando. La resistencia es inútil. Sólo causaría la muerte innecesaria de miles de soldados. Su deber como comandante del ejército es salvar sus vidas, y con mayor razón porque usted ha salvado la propia al rendirse».

Paulus, que había estado jugando nerviosamente con el paquete de cigarrillos y el cenicero colocado en la mesa para su uso, eludió la pregunta apegándose a las fórmulas. «Aun cuando firmara esa orden, no obedecerían. Si me hubiera rendido, automáticamente habría dejado de ser su comandante».

[**] La fotografía de Karmen fue falseada en Moscú. El general Telegin fue borrado de la foto porque Stalin no consideraba que fuera lo bastante importante para dicha ocasión histórica. (Incluso la pronoción de Diatlenko a mayor fue apresurada para la publicación de la fotografía). Este incidente se convirtió en unas de aquellas grotescas farsas de la era estalinista. Cuando la fotografía apareció en la página frontal del *Pravda* con su rostro borrado, Telegin se aterrorizó de que alguien lo hubiera denunciado por una observación casual. Nada pasó, no obstante, de modo que pensó que estaba seguro, pero después, en 1948, fue repentinamente arrestado por órdenes de Abakumov (el jefe de SMERSH) sin motivo aparente.

-Pero hace unas horas usted era su comandante.

-Puesto que mis tropas se han dividido en dos grupos –insistió Paulus-, yo era comandante de la otra bolsa sólo en teoría. Las órdenes vienen separadas desde el cuartel general del Führer y cada grupo está comandado por un general diferente.

La discusión continuó «dando vueltas en círculos». El tic nervioso de Paulus era aún más pronunciado, y Voronov, sabiendo que Stalin estaba esperando oír los resultados en el Kremlin, también comenzó a mostrarse tenso. Su labio superior palpitaba, un legado del accidente automovilístico en Bielorrusia. Paulus, con sus tácticas de bloqueo, adujo que aun cuando firmara el papel, sería considerado como una falsificación. Voronov replicó que, en ese caso, traerían uno de sus propios generales para que fuera testigo de la firma, y éste sería enviado al *Kessel* del norte para garantizar su autenticidad. Pero Paulus, pese a lo poco convincente de sus argumentos, se aferró a su negativa a firmar. Voronov finalmente tuvo que aceptar ya que seguir intentando persuadirlo era inútil.

«Debo informarle, señor gran mariscal de campo –tradujo Diatlenko- que al negarse a salvar las vidas de sus subordinados, está asumiendo una grave responsabilidad frente al pueblo alemán y al futuro de Alemania». Paulus miró fíjamente la pared, deprimido y callado. En esta «actitud atormentada» sólo el tic en su rostro indicaba sus pensamientos.

Voronov finalizó entonces la entrevista preguntándolo a Paulus si su alojamiento era satisfactorio, y si necesitaba una dieta especial debido a su enfermedad. «La única cosa que me gustaría pedir –contestó Paulus- es que se alimente a los muchos prisioneros de guerra y que se les dé atención médica». Voronov explicó que «la situación en el frente dificultaba recibir a una masa tan grande de prisioneros y hacer frente a sus necesidades», pero que harían todo lo que pudieran. Paulus se lo agradeció, se puso de pie e hizo una ligera venia.

Hitler escuchó la noticia en el bien custodiado *Wolfsschanze* en lo profundo del bosque de Prusia Oriental, un lugar descrito una vez por el general Jodl como un cruce entre monasterio y campo de concentración. No golpeó la mesa esta vez, miró fijamente en silencio su plato de sopa.

La voz y la ira le volvieron al día siguiente. El mariscal de campo Keitel y los generales Jeschonnek, Jodl y Zeitzler fueron todos convocados a una conferencia con el Führer al mediodía. «Se han rendido formal y absolutamente –dijo Hitler con airada incredulidad-. De otro modo, habrían cerrado filas formando un erizo y se habrían pegado un tiro con el último cartucho. Cuando uno piensa que una mujer tiene el orgullo de irse, encerrarse y pegarse un tiro de inmediato sólo porque ha escuchado unos cuantos insultos, no puedo sentir ningún respeto por un soldados que teme esto y prefiere marchar al cautiverio».

«No puedo entenderlo yo tampoco –replicó Zeitzler, cuyo comportamiento en esta ocasión hace que uno se pregunte por las garantías que dio a Manstein y otros de que había hecho todo cuanto había podido para convencer al Führer de la verdadera situación del VI ejército-. Soy de la opinión de que esto podría no ser cierto; quizá está tendido allá muy malherido».

Hitler seguía dando vueltas sobre el error de Paulus de no suicidarse. Claramente esto había malogrado el mito de Stalingrado en su fantasía. «Esto duelo mucho porque el heroísmo de tantos soldados queda anulado por un alfeñique sin carácter … ¿Qué es la vida? La vida es la nación. El individuo de cualquier modo debe morir … Lo que más me hiere personalmente, es que todavía lo ascendí a mariscal de campo. Deseaba darle

esta última satisfacción. Podía haberse liberado de todo daño y ascendido a la eternidad y a la inmortalidad nacional, pero prefiere ir a Moscú».

El reducto septentrional, con los restos de las seis divisiones bajo el general Strecker, aguantó todavía. Strecker, con el cuartel general del XI cuerpo en la planta de tractores de Stalingrado, indicaba: «Las tropas están luchando sin armamento pesado y sin suministros. Los hombres se derrumban de cansancio. Muriéndose de congelamiento todavía sostienen sus armas. Strecker». Su mensaje era sólido, aunque evitaba notablemente los clichés nazis. Hitler, que lo recibió después de encontrarse con Zeitzler, respondió al caer la tarde: «Espero que el *Kessel* del norte resista hasta el fin». Para subrayar más este punto, emitió una directiva del Führer poco tiempo después: «El XI cuerpo del ejército debe resistir hasta el fin para comprometer a cuantas fuerzas enemigas sea posible, con el objeto de facilitar las operaciones en otros frentes».

Los cuatro ejércitos soviéticos se habían trasladado rápidamente para aplastar el último reducto. Con una concentración de 300 cañones de campaña sobre 800 m, el distrito fabril fue aplastado otra vez. Todos los restantes búnkeres fueron destruidos a quemarropa, algunos con cañones de campaña, otros con lanzallamas, a veces con tanques que se dirigían y metían su cañón en una tronera.

Strecker creía que, sencillamente, para ayudar a Manstein, existía un propósito militar para el que era útil seguir luchando, pero rechazó expresamente cualquier idea de autodestrucción con fines de propaganda. En su opinión, no había duda dónde estaban los deberes de un oficial, como mostraba una conversación con un ayudante de regimiento poco antes del fin.

-Cuando llegue la hora –le tranquilizó el ayudante- nos suicidaremos.

-¿Suicidio? –exclamó Strecker.

-¡Sí, *Herr General!* Mi coronel se pegará un tiro. Creo que no deberíamos permitir que nos tomen prisioneros.

-Bueno, déjeme decirle algo. No se pegará un tiro, ni su coronel lo hará. Irá usted a prisión junto con sus hombres y hará todo lo que pueda para dar un buen ejemplo.

-¿Quiere usted decir … -los ojos del joven oficial se iluminaron- que no tengo que matarme?

Strecker pasó casi toda la noche del 1 de febrero en el cuartel general del regimiento de un antiguo amigo, el coronel Julios Müller. Un solo candil ardía en un rincón del búnker cuando el pequeño grupo presente hablaba del reciente combate, los antiguos amigos y la prisión que les aguardaba. «Nadie mencionaba todo el sufrimiento –Strecker anotó-, nadie hablaba con amargura». En las primeras horas de la mañana, Strecker se levantó. «Müller, tengo que irme –dijo-. Que Dios esté con usted y con sus hombres». Strecker se sentía muy entusiasmado con la definición de Dios como «el verdadero mariscal de campo» de Thomas Carlyle. Sin duda, su idea de cielo era un lugar de un orden militar perfecto.

«Cumpliremos nuestro deber, señor general», repuso Müller cuando se estrecharon la mano.

Strecker había ya rechazado las peticiones de sus comandantes de división de rendirse, pero a las cuatro de la madrugada del 2 de febrero, los generales Von Lenski y Lattmann pidieron a Strecker una vez más su autorización. Strecker se negó otra vez. Lenski entonces dijo que uno de sus oficiales había ya salido a negociar los términos con los rusos. Strecker no veía razón para continuar. Groscurth y él redactaron su mensaje final. «El XI cuerpo del ejército con sus seis divisiones ha cumplido su deber

hasta el último hombre en un duro combate. ¡Viva Alemania!». Fue recibido por el grupo de ejércitos del Don. Strecker afirmó después que él y Groscurth habían omitido deliberadamente cualquier aclamación a Hitler, pero la versión registrada y después enviada a Prusia Oriental terminaba con «¡Viva el Führer!». Algunos debieron de haber pensado que era político hacer el mensaje más aceptable para la *Wolfsschanze*.

Cuando dos soldados rusos se asomaron titubeando a la entrada del búnker del comandante, Groscurth les gritó que llamaran a un general. Strecker escribió después que muchos de sus propios soldados estaban «apenas con vida».

Los periodistas extranjeros fueron llevados a una excursión por el distrito fabril unos pocos días después. «Nadie podía decir cuál había sido el relieve normal del terreno –escribió el corresponsal británico, Alexander Werth-. Se va arriba y abajo serpenteando una y otra vez. Nadie podría decir si era una cuesta natural, o si era el flanco de una docena de cráteres hechos por las bombas que se habían fusionado en uno; en el fondo de las trincheras todavía yacían verdes, los alemanes, y grises, los rusos, además de otros fragmentos con forma humana, y había cascos de acero, alemanes y rusos, tirados entre las ruinas de ladrillo, y los cascos estaban medio llenos de nieve, Había alambradas con púas aquí, y minas medio ocultas, y casquetes de bombas, y más escombros, y restos de paredes, y tortuosas marañas de oxidadas vigas de acero. Cómo alguien pudo haber sobrevivido aquí era difícil de imaginar».

La mañana del 2 de febrero comenzó con una espesa niebla, que fue más tarde dispersada por el sol y un viento que batía la nieve polvo. Cuando las noticias de rendición final se difundieron entre el 62º ejército, bengalas de aviso fueron disparadas en el cielo en una demostración improvisada. Los marineros de la flotilla del Volga y los soldados del margen izquierdo cruzaron el hielo con barras de pan y latas de comida para los civiles que habían estado atrapados cinco meses en los huecos y sótanos.

Los grupos y los individuos que caminaban por allí abrazaban a aquellos con que se encontraban maravillados. Las voces quedaban amortiguadas en el aire helado. No escaseaban las figuras en el incoloro paisaje de ruinas, pero se sentía que la ciudad estaba abandonada y muerta. El final apenas si era inesperado, o incluso repentino, pero los defensores rusos encontraban difícil de creer que la batalla de Stalingrado hubiese terminado por fin. Cuando pensaban en ello, y recordaban a los muertos, su propia supervivencia los asombraba. De cada división enviada al Volga, sólo unos cuantos de cientos de hombres sobrevivieron. En toda la campaña de Stalingrado, el Ejército Rojo había sufrido 1.100.000 bajas, de las cuales 485.751 habían resultado mortales.

Grossman evocó los últimos cinco meses. «Pensé en el amplio camino polvoriento que llevaba al pueblo de pescadores en la orilla del Volga, un camino de gloria y muerte, y las columnas silenciosas que marcharon por él entre el asfixiante polvo de agosto, en las noches de luna de septiembre, entre las torrenciales lluvias de octubre, en medio de las nieves de noviembre. Habían marchado con pasos pesados (los hombres de los antitanques, los ametralladores, los simples soldados rasos), habían marchado en un silencio lúgubre y solemne. El único ruido que venía de sus filas era el del metal de sus armas y de sus calculados pasos».

Lo que quedaba de la ciudad que había existido antes de que los bombardeos de Richthofen aparecieran en esa tarde de agosto era apenas reconocible. Stalingrado era ahora poco más que un esqueleto quemado y aporreado. Casi el único punto de referencia que quedaba en pie era la fuente con estatuas de niños y niñas danzando

alrededor. Parecía un perturbador milagro después de que tantos miles de niños hubiesen perecido por doquier entre las ruinas.

- 23 -

«¡Se terminó el baile! Ha caído Stalingrado»

En el mediodía del 2 de febrero un avión de reconocimiento de la Luftwaffe daba vueltas sobre la ciudad. El mensaje de radio fue inmediatamente pasado al mariscal de campo Milch: «Ya no hay signos de combate en Stalingrado».

Después de la primera entrevista de Voronov y Rokossovski con Paulus, el capitán Diatlenko regresó a interrogar a los demás generales capturados. El general Schlömer, que había asumido el mando del XIV cuerpo blindado de Hube, llegó cojeando con un bastón y llevando una chaqueta acolchada del Ejército Rojo. Se ganó a sus interrogadores con su sencillo encanto y comentarios sobre «el cabo sin instrucción en problemas militares» y los «arribistas sin dotes de su séquito». El general Walther von Seydlitz, por otra parte, de quien la NKVD «descubriría más tarde que era el más enérgico defensor de la desobediencia al Führer durante el cerco», se comportó «de modo muy reservado».

Para Stalin, los 91.000 prisioneros, incluidos veintidós generales alemanes, eran mejores trofeos que las banderas y los cañones. Paulus, todavía en un estado de *shock*, primero se negó a aparecer ante los periodistas traídos de Moscú. «Tenemos nuestras propias reglas», replicó en coronel Yakimovich del cuartel general del frente del Don, lo que tradujo el teniente Beziminski: «Haga caso de lo que se le dice». Se permitió, no obstante, un compromiso. Paulus no tendría que responder preguntas de los periodistas, sólo tenía que aparecer para probar que no se había suicidado.

Los corresponsales extranjeros se sorprendieron mucho con el aspecto de los generales alemanes. «Se les veía saludables, y de ningún modo desnutridos –escribió Alexander Werth-. Evidentemente, durante la agonía de Stalingrado, mientras sus soldados se morían de hambre, ellos continuaron con las comidas más o menos regulares. El único hombre que tenía un mal aspecto era el mismo Paulus. Se le veía pálido y enfermo, y tenía un tic nervioso en la mejilla izquierda».

Los intentos de plantear preguntas no tuvieron éxito. «Era como estar en el zoológico –escribió Werth- donde algunos animales mostraban interés por el público y otros se enfurruñaban». El general Deboi obviamente tenía ganas de agradar, e inmediatamente dijo a los periodistas extranjeros -«como si nos pidiera que no tuviéramos miedo»- que era austriaco. El general Schlömer era el más tranquilo. Se volvió a uno de sus captores y, palmeando una de las charreteras del oficial, que acababan de ser reintroducidas por Stalin, exclamó con una expresión de cómica sorpresa: «¡Qué … ¿nuevas?». El general Von Arnim, por otra parte, estaba ante todo preocupado por el destino de su equipaje y lo que pensaba de los soldados del Ejército Rojo a raíz de esto: «Los oficiales se comportan muy correctamente», dijo, pero a los soldados los llamó «ladrones desvergonzados».

La tensión de la captura también generó conductas indignas en las dos casas campesinas de Zavarikino. Adam provocó deliberadamente al teniente una mañana con el saludo nazi y un «*Heil Hitler!*». Schmidt, sin embargo, era el oficial que más desagradaba a los rusos. Bogomolov lo obligó a disculparse con una camarera del comedor militar a quien había hecho llorar mientras ésta le servía la comida. Unos pocos días después, surgieron problemas al otro lado del camino, en la *izba* que alojaba a los generales. El teniente Spektor del grupo de guardia nº 2 telefoneó a Bogomolov rogándole que viniera enseguida. Había estallado una reyerta. «Cuando abrí la puerta de la casa –escribió Bogomolov- vi que un general alemán cogía la muñeca de un general rumano. Cuando el alemán me vio, lo soltó, entonces el rumano lo golpeó en la boca. Resultó que la pelea había sido por el cuchillo, el tenedor y la cuchara del rumano, que éste decía que el alemán había tratado de quitarle». Bogomolov, con despectiva incredulidad, advirtió sarcásticamente al teniente Spektor de «que si permitía que esta conducta siguiera, se le confiscaría su cuchara».

Las rivalidades y antipatías latentes entre generales se hicieron abiertas. Heitz y Seydlitz se detestaban y todavía más después de que Seydlitz había permitido a sus comandantes de división decidir por sí mismos sobre la rendición. Heitz, que había ordenado a sus soldados «luchar hasta el último cartucho menos uno», se había rendido, y después aceptado una cena del general Shumilov en el cuartel general del 64º ejército. También pasó la noche allí. Cuando finalmente se unió a los demás generales prisioneros en Zavarikino, hubo un revuelo porque llegó con varias maletas llenas listas para la prisión. Al ser interrogado sobre la orden que había dado de luchar hasta el fin, respondió que se habría suicidado, pero su jefe de estado mayor se lo impidió.

Para la Wehrmacht, era hora de calcular los costes. El estado mayor del mariscal de campo Milch estimó que habían perdido 488 aviones de transporte y 1.000 miembros de tripulaciones durante el puente aéreo. La 9ª división antiaérea fue destruida, junto con otro personal de tierra, por no decir nada de las pérdidas de bombarderos, cazas y Stukas de la 4ª flota aérea, durante la campaña.

Las bajas exactas del ejército son todavía inciertas, pero no cabe duda de que la campaña de Stalingrado fue la más catastrófica derrota experimentada hasta entonces en la historia alemana. El VI ejército y el 4º ejército blindado habían sido destruidos

efectivamente. Sólo en el *Kessel* unos 60.000 habían muerto desde el inicio de la operación Urano y alrededor de 130.00 hombres habían sido capturados. (Otra vez la confusión de estadísticas parece deberse principalmente al número de rusos con uniformes alemanes). Estas cifras no tienen en cuenta las bajas en y alrededor de Stalingrado entre agosto y noviembre, la destrucción de cuatro ejércitos aliados, la derrota del intento de rescate de Manstein y las pérdidas inflingidas por la operación Pequeño Saturno. En total, el Eje debió de haber perdido más de medio millón de hombres.

Presentar tal catástrofe al pueblo alemán era un reto al cual Goebbels se había entregado con frenética energía, utilizando todo su talento para la distorsión descarada. El régimen no había admitido que el VI ejército estaba rodeado sino hasta el 16 de enero, cuando habló de que «¡nuestras tropas durante varias semanas han estado resistiendo ataques enemigos de todas partes!». Ahora optó por un enfoque totalmente opuesto, asegurando que no había sobrevivido ni un solo hombre.

Goebbels movilizó las estaciones de radio y la prensa para que unieran al país en un duelo marcial. Sus instrucciones a los periódicos sobre cómo debían retratar la tragedia se divulgaron a raudales. Debían recordar que cada palabra sobre esta dramática lucha pasaría a la historia. La prensa debía siempre emplear la palabra bolchevique, no ruso. «Toda la propaganda alemana debe crear un mito a partir del heroísmo de Stalingrado que se convertirá en una de las posesiones más preciosas de la historia alemana». El comunicado de la Wehrmacht, en particular, debía ser redactado de modo «que conmueva los corazones de los siglos venideros». Tenía que equipararse con el discurso de César a sus legiones, con la proclama de Federico el Grande a sus generales antes de la batalla de Leuthen, y con la arenga de Napoleón a su guardia imperial.

El comunicado fue emitido como un anuncio especial en la radio veinticuatro horas después de la rendición de Strecker. «Desde el cuartel general del Führer, 3 de febrero de 1943. El supremo comando de la Wehrmacht anuncia que la batalla de Stalingrado ha terminado. Leal a su juramento de fidelidad, el VI ejército bajo el ejemplar mando del mariscal de campo Paulus ha sido aniquilado por la abrumadora superioridad numérica del enemigo … El sacrificio del VI ejército no ha sido en vano. Como baluarte de nuestra misión histórica europea, ha soportado el ataque de seis ejércitos soviéticos … Han muerto para que Alemania pueda vivir».

Las mentiras del régimen resultaron contraproducentes, especialmente la idea de que todos los miembros del VI ejército habían muerto. No se hizo ninguna referencia al anuncio de los 91.000 prisioneros ya proclamado por el gobierno soviético, un elemento de las noticias que había sido rápidamente difundido por todo el mundo. Inevitablemente, más personas de las habituales sintonizaron las emisoras extranjeras.

Se ordenó un período de tres días de duelo nacional, cerrando los locales de diversión mientras las estaciones de radio ponían música solamente, pero se prohibió que los diarios usaran filetes negros y las banderas no ondearon a media asta.

El servicio de seguridad de las SS no subestimaba el efecto en la moral de los civiles. Sabían también que las cartas del *Kessel*, que hablaban del horror y la sordidez, contradecían fundamentalmente el tratamiento heroico que el régimen daba al desastre. «Las cartas de despedida de los combatientes de Stalingrado –decía un informe- propalan una gran inquietud espiritual no sólo entre sus parientes, sino también en un círculo más amplio de la población, tanto más porque el contenido de las letras se propaga rápidamente. La descripción del sufrimiento durante las últimas semanas de la lucha atormentaron a los familiares día y noche». Goebbels, en efecto, había previsto este problema con anticipación y decidió interceptar las postales de aquellos que fueron

tomados prisioneros. En su diario, el 17 de diciembre, escribió: «En el futuro las postales de familiares no se deberían repartir más, porque ofrecen una puerta de acceso a Alemania para la propaganda bolchevique».

Los esfuerzos soviéticos resultaron demasiado enérgicos para ser detenidos. Los campos de prisioneros de la NKVD proporcionaban postales, pero como las autoridades alemanas no las dejaban ingresar, su contenido fue impreso en letras pequeñas, varias en una hoja y lanzadas sobre las líneas alemanas como folletos de propaganda. Cuando eran lanzados, los soldados alemanes en el frente las recogían, aunque se arriesgaban a un castigo severo, y enviaban cartas anónimas a las direcciones de la lista para decirles que su pariente estaba vivo. Firmaban «un compatriota» o sólo «xxx». A veces, suscitando el horror de las autoridades nazis, las familias incluso recibían la hoja volante soviética y entraban en contacto con otros en la misma situación.

Paulus mismo parece haber intuido antes de la rendición que el régimen podría tratar de tergiversar el desastre de Stalingrado con una nueva versión del mito de la puñalada por la espalda. (Es imposible decir si esto influyó en su decisión de rehusar los términos de rendición del 9 de enero). Esta vez, sin embargo, los chivos expiatorios no serían los comunistas y los judíos, sino el estado mayor general y la aristocracia, todavía estrechamente asociados en la mentalidad popular. Aquellos a punto de ir a la línea de fuego tenían una sospecha de la tormenta que se avecinaba.

Otto, conde de Bismarck, el ministro alemán en la embajada de Roma, se escabulló con su esposa para unas vacaciones a fines de enero para evitar la celebración oficial del décimo aniversario del régimen. Como la mayoría de diplomáticos alemanes que estaban lejos de Berlín, apenas si tenía idea de los horrores de la debacle de Stalingrado. En la noche del 31 de enero, estaban en el hotel Palace en St. Moritz cuando llegó una llamada urgente del embajador alemán en Berna. «¡Se terminó el baile! –advertía el embajador-. Ha caído Stalingrado». Ambos sabían que Saint Moritz se había convertido en el balneario de los altos oficiales de las SS. No era necesario decir nada más.

La línea del Partido del ministro de propaganda de presentar generales y granaderos luchando hombro con hombro cambió pronto. El 18 de febrero, Goebbels organizó una manifestación masiva en el Palacio de los Deportes de Berlín, con el lema: «La guerra total es la más corta». Una gran banderola llenaba el gran llamamiento de 1812: «Que nuestro grito de guerra sea: Ahora el pueblo se levanta y la tormenta se desata». Los contextos históricos tan diferentes hacían que esto fuera inapropiado de modo evidente para todos, excepto para los más devotos partidarios del régimen.

«¿Quieren una guerra total?», gritó Goebbels desde el podio. Su audiencia aulló asintiendo. «¿Están decididos a seguir al Führer y luchar por la victoria a cualquier precio?». Una vez más el grupo de fieles bramó.

Goebbels, durante las semanas que siguieron a Stalingrado, fijó el programa. Exigió el fin de las medidas a medias, con la movilización masiva, aunque el simbolismo era casi lo más importante en ese rosario de medidas. El revestimiento de cobre de la puerta de Brandenburgo fue sacado para ser usado en la industria bélica. Las actividades deportivas profesionales fueron prohibidas. Las tiendas de lujo, incluidas las joyerías, permanecieron cerradas. Todas las revistas de modas dejaron de publicarse. Goebbels incluso organizó una campaña contra la moda, con la idea de que las mujeres no necesitaban ir bien vestidas, porque les gustarían a los «victoriosos soldados que regresasen a casa igual con ropa remendada». Se difundieron rumores de que las permanentes serían prohibidas. Hitler, que creía firmemente que el deber de las mujeres

era ser un adorno, se opuso a esta medida, y Goebbels fue obligado a anunciar que «no hay necesidad de que una mujer se ponga fea». El trueque, primer signo de una economía de sitio, se popularizó rápidamente. Los cepillos de fregar pronto se cambiaron por boletos para un concierto de Furtwängler.

Los clubes nocturnos y los restaurantes de lujo, tales como Horcher y el Quartier Latin, Neva Grill, Peltzers Atelier y el Tuskulum en el Kurfürsterdam, fueron cerrados. Cuando reabrieron, los clientes fueron animados a limitarse a *Feldküchengerichte* (platos de cocina de campaña) como actos de solidaridad con los soldados en Rusia, una idea muy probablemente inspirada por el ayuno que se le prohibió a Zeitzler. Goering, sin embargo, arregló que Horcher, su restaurante favorito, fuera reabierto como club de oficiales para la Luftwaffe.

El mensaje apenas encubierto de que los corruptos generales de clase alta habían traicionado el ideal nazi fue transmitido de varios modos. No mucho después, se dijo a todos los miembros de las familias reales alemanas que servían en las fuerzas armadas que renunciaran a sus nombramientos. Incluso se interrumpieron los paseos a caballo en el Tiergarten.

Los lemas de la propaganda nazi cada vez más llenaban las paredes, pero los berlineses cínicos preferían las pintadas: «Disfrute de la guerra, la paz será mucho peor». «Resistir» se convirtió en la palabra más usada en el léxico propagandístico. Crecía el temor por el futuro, sobre todo por la determinación de Rusia de llevar a cabo una violenta venganza. Un mesonero de la Selva Negra en licencia del *Ostfront* le dijo a Christabel Bielenberg: «Si tenemos que pagar un cuarto de los que estamos haciendo en Rusia y en Polonia, señora doctora, sufriremos, y nos merecemos sufrir».

Los alemanes que repudiaban a los nazis reconocían la grotesca paradoja muy bien. La invasión de la Unión Soviética había obligado a los rusos a defender el estalinismo. Ahora la amenaza de la derrota forzaba a los alemanes a defender el régimen de Hitler y su espantoso fracaso. La diferencia era que los rusos tenían una vasta masa de tierra donde retirarse, mientras que Alemania se veía ante una guerra en dos frentes, masivas incursiones de bombardeos y un bloqueo. Para empeorar las cosas, Roosevelt y Churchill en Casablanca habían declarado su intención de luchar hasta la rendición incondicional del Eje. Esto fortaleció la influencia de Goebbels desmedidamente.

La oposición, por una diversidad de razones que iban desde la indecisión y la falta de acuerdo hasta la mala suerte, no había logrado actuar a tiempo. Era ya demasiado tarde para convencer a los Aliados de que había una alternativa democrática al régimen nazi, diferente de un golpe palaciego de generales temerosos de la derrota. Sus miembros, aunque eran muy conscientes de esto, todavía esperaban que Stalingrado proporcionaría al menos un detonante para la revuelta, pero ningún comandante de un grupo de ejércitos estaba preparado para actuar. De menor rango, pero mucho más decididos, los oficiales estaban preparados para correr altos riesgos, si era necesario perder la vida en el intento, pero Hitler, que parecía poseer un instinto salvaje para el peligro, estaba muy bien protegido y constantemente cambiaba de planes en el último momento.

La única muestra abierta de desafección que siguió al derrumbamiento de Stalingrado provino de un pequeño grupo de estudiantes de Munich, llamados la Rosa Blanca. Sus ideas se difundieron entre otros estudiantes en Hamburgo, Berlín, Stuttgart y Viena. El 18 de febrero, tras una campaña de folletos y consignas pintadas en las paredes llamando a derribar el nazismo, Sophie Scholl y su hermano Hans fueron arrestados después de esparcir más octavillas en la Universidad Ludwig-Maximilian en Munich. Torturados por la Gestapo, fueron sentenciados a muerte más tarde por Roland

Freisler en una sesión especial del Tribunal del Pueblo en Munich; ambos hermanos fueron degollados. Una serie de otros miembros de su círculo, incluido el profesor de filosofía, Kurt Huber, sufrió un destino similar.

Poco después de la rendición final de Stalingrado, Hitler vio al mariscal de campo Von Manstein, el primer oficial de alto rango fuera de su círculo inmediato. Manstein resumió las medidas que se había visto obligado a tomar para evitar el derrumbe total en el sur de Rusia. Hitler deseaba ordenarle que no retrocedieran más, pero Manstein sabía que, en estas circunstancias, podía establecer los términos. Durante sus conversaciones, Hitler dijo que él solo asumía toda la responsabilidad por Stalingrado, y después rápidamente esquivó su propia confesión agregando que parte de la culpa era de Goering, pero como ya había nombrado al mariscal del Reich para ser su sucesor, no podía hacerlo responsable por Stalingrado. No se hizo mención a su propia estrategia confusa y a sus intentos de controlar las operaciones desde lejos. Sus mayores recriminaciones estaban reservadas para Paulus. Le dijo a Goebbels que después de la guerra haría que Paulus y sus generales comparecieran ante una corte marcial por no haber cumplido con su orden expresa de resistir hasta el último cartucho.

Hitler ahora rara vez peroraba en la mesa, como había sido su costumbre. Prefería comer solo. Guderian lo encontró muy cambiado: «Su mano izquierda temblaba, su espalda estaba encorvada, tenía la mirada fija y los ojos salidos, pero les faltaba su antiguo brillo; sus mejillas tenían pecas rojas». Pero cuando Hitler se encontró con Milch no mostró ningún dolor por la enorme pérdida de vidas en Stalingrado. Sólo podía pensar en aumentar la apuesta una vez más, sacrificando inútilmente aún más vidas. «Terminaremos la guerra este año –dijo-, he decidido ordenar una movilización colosal de toda la fuerza del pueblo alemán».

En Rusia, el intenso alborozo por la victoria era tanto espontáneo como orquestado. Las campanas del Kremlin se lanzaron al vuelo con la noticia de la rendición de Paulus. Se emitió música marcial por la radio y se publicaron comunicados en la primera plana de todos los diarios. Alababan la «severa lección de la historia» propinada a los «aventureros del estado mayor general alemán» por los aníbales del Ejército Rojo en esta moderna batalla de Cannas. Se representaba a Stalin como un jefe sabio y gran arquitecto de la victoria.

La moral en la Unión Soviética se elevó realmente. Durante la batalla la gente en todas partes se preguntaba entre sí por las noticias de la lucha en el Volga. Cuando llegó después de tan terrible batallar, la gente se decía: «No puede detenerse a un ejército que ha logrado el triunfo de Stalingrado». Bromeaban también a costa del enemigo derrotado: «Me pregunto cómo se siente uno al ser un mariscal de campo cuando se está atrapado en un sótano», era un comentario popular. «Después de Stalingrado, ni un solo soldado tiene la menor duda de cuál será el resultado de la guerra», dijo un oficial herido allí. Las divisiones de Stalingrado fueron distribuidas en diferentes ejércitos y frentes para elevar aún más la moral.

Stalin fue pronto nombrado mariscal de la Unión Soviética por el Presidium del Soviet Supremo de la URSS, un toque que era apenas más modesto que el de Napoleón coronándose a sí mismo. La historia de la guerra fue repentinamente remodelada. Se hicieron aparecer los desastres de 1941 como parte de un astuto plan diseñado por Stalin. La foto de Stalin y su nombre habían sido mantenidos fuera de la prensa durante los malos períodos, pero ahora «el gran capitán del pueblo soviético», «el genial

organizador de nuestras victorias» estaba de vuelta al primer plano. Todos los desastres y los males fueron atribuidos a otros, de modo muy parecido a como ocurría en la época del zar, en la que los cortesanos eran los culpados. Ilia Ehrenburg, con pasmoso cinismo, señaló que el pueblo «necesitaba creer». Incluso los prisioneros del Gulag escribieron al gran padre del pueblo, convencidos de que él intervendría para corregir un terrible error de la justicia, impensable en el comunismo. Ningún jefe tenía un pararrayos más efectivo que Beria.

Los generales del Ejército Rojo fueron premiados de modo ostensible. La reciente suspensión del mando dual de comisarios fue coronada con el restablecimiento formal del rango y la definición de oficial. El eufemismo «comandante» fue abandonado. Como el general Schlömer había notado con regocijo, las charreteras (símbolos de privilegio que algunas muchedumbres bolcheviques en 1917 al linchar a los zaristas que las ostentaban se las habían clavado en el cuerpo) fueron restablecidas. (Se trajeron galones de oro secretamente de Gran Bretaña, lo que suscitó la sorpresa y desaprobación de los funcionarios allí). Un soldado en la división de guardas escuchó las noticias sobre las charreteras de un viejo limpiabotas en la estación de tren: «Están usando de nuevo las charreteras –dijo con indigna incredulidad-. Exactamente como el ejército blanco». Sus compañeros también se quedaron estupefactos cuando les dio las noticias al regresar al tren: «¿Por qué en el Ejército Rojo?», preguntaron. Dichas murmuraciones fueron ignoradas. Las nuevas condecoraciones de la gran guerra patria, las órdenes de Suvorov y Kutuzov, fueron también otorgadas a los comandantes veteranos de la campaña.

El éxito de propaganda, sin embargo, se extendió más allá de las fronteras soviéticas. El relato del sacrificio del Ejército Rojo tuvo un potente efecto en todo el mundo, especialmente en la Europa ocupada. Su impacto en los movimientos de resistencia en todas partes, y por tanto su influencia en la política de la Europa de posguerra, fueron considerables. El triunfo del Ejército Rojo aumentó el estatus del miembro del Partido y atrajo compañeros de viaje a montones. Incluso los conservadores no podían evitar alabar el heroísmo del Ejército Rojo. En Gran Bretaña, el rey Jorge VI encargó que se forjara una espada de Stalingrado para presentarla a la ciudad. La moral de los civiles y los soldados se elevó por igual con las noticias que alababan la victoria, con las parpadeantes secuencias de la imagen de Paulus y de las largas filas de prisioneros de guerra serpenteando por el paisaje cubierto de nieve. Todos sabían que los rusos estaban soportando lo más duro de la ofensiva alemana, y que el frente oriental estaba desangrando a la Wehrmacht hasta la muerte con mucha más seguridad que cualquier teatro de operaciones occidental. El Ejército Rojo avanzaría, como el oficial les había gritado a los prisioneros de guerra, hasta que Berlín se pareciera a la ciudad arruinada de Stalingrado.

- 24 -

La ciudad de los muertos

El silencio que el 2 de febrero reinaba en la ciudad arruinada era sobrenatural para los que se habían acostumbrado a la destrucción como a un estado natural. Grossman se refirió a montículos de escombros y cráteres de bombas tan profundos que los rayos del sol invernal con sus ángulos bajos no parecían nunca llegar al fondo, y de «raíles de tren, donde los vagones están boca arriba, como caballos muertos».

Unos 3.500 civiles fueron puestos a trabajar en cuadrillas de enterradores. Apilaban los cadáveres alemanes como troncos al lado del camino, y aunque tenían unas cuantas carretas arrastradas por camellos, la mayor parte del trabajo de limpieza era realizado con trineos y carretillas improvisadas. Los alemanes muertos fueron llevados a los búnkeres, o lanzados a la gran zanja antitanque excavada en verano anterior. Más tarde, 1.200 prisioneros alemanes fueron puestos a hacer el mismo trabajo, utilizando carretas tiradas por hombres en vez de caballos. «Casi todos los miembros de estas cuadrillas de trabajo –informó un prisionero de guerra- pronto se murieron de tifus». Otros («docenas cada día», según el oficial de la NKVD en el campo de Beketovka), fueron ejecutados por sus escoltas en el camino al trabajo.

La horripilante huella del combate no desapareció de inmediato. Después de que el Volga se deshelara en primavera, bultos de piel ennegrecida y coagulada fueron encontrados en la orilla del río. El general De Gaulle, cuando se detuvo en Stalingrado de camino a Moscú en diciembre de 1944, se sorprendió al descubrir que todavía se estaban desenterrando cuerpos, pero esto iba a continuar por varias décadas. Casi todas las obras en los edificios hallaban restos humanos de la batalla.

Más asombrosa que el número de muertos resulta la capacidad de supervivencia humana. El comité del Partido en Stalingrado realizó reuniones en todos los distritos «liberados de la ocupación fascista», y rápidamente organizó un censo. Encontraron que al menos 9.796 civiles habían vivido durante el combate, en medio de las ruinas del campo de batalla. Entre éstos había 994 niños, de los cuales sólo nueve se reunieron con sus padres. La amplia mayoría fue enviada a los orfanatos del estado o se les dio trabajo en despejar la ciudad. El informe no dice nada de su estado físico o mental, presenciado por una asistente de Estados Unidos, que llegó poco después del combate a distribuir ropa: «La mayoría de los niños –escribió- habían estado viviendo en el terreno durante los cuatro o cinco meses de invierno. Estaban hinchados de hambre. Se encogían en los rincones, con miedo de hablar, incluso de mirar a la gente a la cara».

El comité del Partido de Stalingrado tenía prioridades más elevadas. «Las autoridades soviéticas inmediatamente restablecidas en todos los distritos de la ciudad», informó a Moscú. El 4 de febrero, los comisarios del Ejército Rojo hicieron un mitin político para «la ciudad entera», tanto civiles supervivientes como soldados. Esta asamblea, con largos discursos en honor al camarada Stalin y su conducción del Ejército Rojo, era la versión del Partido de una misa de acción de gracias.

Las autoridades no permitieron primero a los civiles que habían escapado al margen oriental retornara a sus casas, porque era necesario quitar las bombas que no habían explosionado. Los equipos de limpieza de minas tenían que preparar un patrón de «corredores especiales de seguridad». Pero pronto muchos lograron deslizarse por el Volga helado sin permiso. Aparecieron mensajes escritos con tiza en los edificios arruinados, testificando que numerosas familias habían quedado rotas por el combate: «Mamá, estamos bien. Búscanos en Beketovka. Klava». Muchas personas no descubrieron si sus parientes estaban vivos o muertos hasta después de que la guerra terminó.

Un gran contingente de prisioneros alemanes, muchos de los cuales estaban demasiado débiles para tenerse en pie, se vieron también obligados a asistir al mitin político de Stalingrado y a oír las largas arengas de tres de los principales comunistas alemanes: Walter Ulbricht, Erich Weinert y Wilhelm Pieck.

El estado de la mayoría de prisioneros en el momento de la rendición era tan lastimoso, que era previsible una considerable tasa de mortalidad para las siguientes semanas y meses. Es imposible calcular cuánto fue agravado esto por los malos tratos, la brutalidad ocasional y, sobre todo, por las deficiencias logísticas. De los 91.000 prisioneros tomados al final de la batalla, casi la mitad había fallecido en el momento en que empezó la primavera. El propio Ejército Rojo reconoció en informes posteriores que las órdenes para el cuidado de los prisioneros habían sido ignoradas, y que es imposible decir cuántos alemanes fueron ejecutados sin control durante la rendición o inmediatamente después, con frecuencia en venganza por la muerte de parientes o camaradas.

La tasa de mortalidad en los llamados hospitales era aterradora. El sistema de túneles en la garganta del Tsaritsa rebautizado como «Hospital de prisioneros de guerra nº 1» siguió siendo el más grande y horrible, aunque sólo fuera porque no habían quedado edificios en pie que ofrecieran alguna protección contra el frío. Las paredes rezumaban agua, el aire estaba poco menos que contaminado, reciclaje malsano de la respiración humana, con tan escaso oxígeno que las pocas lámparas de aceite, hechas de latas, titilaban y se apagaban constantemente, dejando los túneles en la oscuridad. Cada galería no era más ancha que las víctimas tendidas allí, una al lado de otra, en la húmeda

tierra removida del suelo del túnel, de modo que era difícil, en la penumbra, no tropezar o pisar algún pie que sufría de congelamiento, provocando roncos alaridos de dolor. Muchas de estas víctimas de congelamiento murieron de gangrena porque los cirujanos no daban abasto. Otra cuestión es si hubieran sobrevivido a una amputación en su debilitado estado y sin anestesia.

La condición de muchos de los 4.000 pacientes era penosa en grado sumo y los doctores se veían impotentes pues los hongos se propagaban en la carne podrida. Casi no había vendas ni medicamentos. Las úlceras y las llagas abiertas ofrecían puntos fáciles de entrada al tétanos generado por la suciedad. La instalación sanitaria, que consistía en un único cubo para veintenas de hombres afectados por la disentería, era incalificable, y por la noche no había lámparas. Muchos hombres estaban demasiado débiles para levantarse del suelo y no había suficientes camilleros para responder a los constantes gritos pidiendo ayuda. Los camilleros, ya débiles por la desnutrición y pronto acosados también por la fiebre, tenían que sacar agua contaminada del barranco.

Los doctores carecían incluso de una lista fiable de los nombres de los pacientes, por no hablar de recetas médicas adecuadas. Las tropas rusas de la segunda línea, y también los miembros de las unidades de ambulancia, habían robado el equipo médico y las medicinas, incluidos los analgésicos. El capellán protestante de la 297ª división fue muerto por la espalda por un mayor soviético cuando se inclinaba para ayudar a un hombre herido.

Los oficiales médicos rusos estaban espantados por las malas condiciones. Algunos eran comprensivos. El comandante ruso compartía sus cigarrillos con los doctores alemanes, pero otros miembros del personal soviético intercambiaban pan por los relojes que hubieran escapado a las primeras rondas de saqueo. Dibold, el doctor de la 44ª división de infantería, contaba cómo, cuando una cirujana del ejército, alegre y con una cara colorada de ancestro campesino, vino a negociar por los relojes, un joven austriaco de una familia pobre le mostró un reloj de plata, una reliquia familiar que sin duda le entregaron al marchar a la guerra, y a cambio recibió media hogaza de pan que el joven dividió entre otros hombres, quedándose con la porción más pequeña para él.

La miseria también sacó la escoria a la superficie. Ciertos individuos explotaron el desamparo de sus antiguos camaradas con una desvergüenza antes inimaginable. Los ladrones robaban a los cadáveres y a los pacientes más débiles. Si alguno tenían un reloj, un anillo de matrimonio o cualquier otro objeto de valor, pronto se lo arrebataban en la oscuridad. Pero la naturaleza tiene su propia forma de justicia poética. Los ladrones de los enfermos rápidamente se convirtieron en enfermos de tifus, víctimas de los piojos infectados que venían con el botín. A un intérprete, conocido por sus infames actividades, se le encontró, cuando murió, una gran bolsa de anillos de oro que escondía.

Primero, las autoridades soviéticas no proporcionaron ninguna ración. Los archivos de la NKVD y del Ejército Rojo muestran ahora que, incluso aunque se sabía que la rendición era inminente, no se habían hecho prácticamente preparativos para custodiar a los prisioneros, por no hablar de alimentarlos. El comunista alemán, Erich Weinert, asegura que la nieve alta impidió el transporte de suministros, pero esto es poco convincente. El problema real era una mezcla de indiferencia brutal y de incompetencia burocrática, sobre todo la descoordinación entre el ejército y la NKVD.

Había también una profunda resistencia a ofrecer raciones a los prisioneros alemanes cuando la Unión Soviética padecía una escasez tan desesperada de alimentos. Muchos soldados del Ejército Rojo estaban muy desnutridos, por no hablar de los

civiles, de modo que la idea de dar algún alimento a los invasores que habían saqueado el país parecía casi perversa. Las raciones finalmente comenzaron a llegar a los tres o cuatro días; para entonces los hombres no habían comido prácticamente nada durante casi dos semanas. Incluso para los enfermos había poco más que una hogaza de pan para diez hombres, más algo de sopa hecha de unos cuantos granos de mijo y pescado salado. Hubiera sido irreal esperar un mejor trato, especialmente si uno considera el historial de la Wehrmacht en el trato de sus propios prisioneros, tanto militares como civiles, en la Unión Soviética.

Lo que más temían los doctores para sus pacientes, sin embargo, no era a la muerte por inanición, sino a la epidemia de tifus. Muchos habían esperado un brote en el *Kessel* cuando aparecieron los primeros casos, pero no se habían atrevido a expresar sus preocupaciones pues temían que se desatara el pánico. En el sistema de tuneles, continuaban aislando las diferentes enfermedades según iban apareciendo, fuera difteria o tifus. Rogaron a las autoridades que procuraran centros de despiojamiento, pero muchos soldados del Ejército Rojo y casi todos los civiles de la región estaban todavía infectados.

No es sorprendente que muchos murieran. Parecían quedar pocas razones para luchar por la vida. La perspectiva de ver otra vez a la familia era remota. Alemania estaba tan lejos que podría haber estado en otro mundo, un mundo que ahora parecía tener más que ver con la pura fantasía. La muerte prometía una liberación del sufrimiento, y hacia el final, sin dolor y sin fuerzas, no había más que un sentimiento de flotante ingravidez. Era más probable que sobrevivieran aquellos que luchaban, fuese por fe religiosa, o por una obstinada negativa a morir en esa sordidez, o por estar decididos a vivir para el bien de sus familias.

La voluntad de vivir desempeñaba un papel igual de importante en aquellos que fueron llevados a los campos de prisioneros. Los que Weinert llamó «fantasmas harapientos que cojeaban y arrastraban los pies» seguían al hombre que iba delante. Tan pronto como el esfuerzo de la marcha calentaba sus cuerpos, podían sentir que los piojos se volvían más activos. Algunos civiles les arrebataban las mantas de la espalda, les escupían en la cara o les tiraban piedras. Era mejor estar adelante en la columna, y lo más seguro, estar cerca de uno de los escoltas. Algunos soldados junto a los que pasaban, en contra de las órdenes del Ejército Rojo, disparaban por divertirse a las columnas de prisioneros, exactamente como los soldados alemanes habían disparado a los prisioneros del Ejército Rojo en 1941.

Los más afortunados fueron llevados directamente a uno de los campos de agrupamiento designados en el área, aunque variaban mucho en la distancia. Los de la bolsa septentrional, por ejemplo, fueron llevados a Dubovka, a 20 km al norte de Stalingrado. Tardaron dos días. Durante la noche, fueron llevados a edificios arruinados sin techo, destruidos por la Luftwaffe, como sus guardias no dejaban de recordarles.

Miles, sin embargo, fueron llevados a lo que sólo puede llamarse marchas de la muerte. La peor, sin alimento ni agua a temperaturas que oscilaban entre los 25 y 30 grados bajo cero, seguía un rumbo zigzagueante desde el barranco del Tsaritsa, a través de Gumrak y Gorodishche, y terminaban al cabo de cinco días en Beketovka. De vez en cuando escuchaban disparos en el aire helado, cuando otra víctima se desplomaba en la nieve incapaz de caminar más. La sed era una amenaza tan grande como la debilidad por el hambre. Aunque rodeados de nieve, sufrían el destino del Viejo Marinero, sabiendo los peligros de consumirla.

Rara vez había un refugio disponible para la noche, de modo que los prisioneros dormían juntos sobre la nieve. Muchos se despertaban para encontrar a sus camaradas cercanos muertos y congelados tiesos junto a ellos. En un intento de impedirlo, uno del grupo era designado para permanecer despierto listo para despertar a los otros después de media hora. Entonces todos se movían enérgicamente para reactivar la circulación. Otros ni siquiera se atrevían a acostarse. Esperando dormir como los caballos, se paraban juntos en un grupo con una manta sobre la cabeza para conservar algo del calor de la respiración.

La mañana no traía ningún alivio, sino el horror de la marcha hacia adelante. «Los rusos tenían métodos muy simples –señaló un teniente que logró sobrevivir-. Aquellos que podían caminar, fueron llevados. Aquellos que no, fuera por las heridas o la enfermedad, los mataban o los dejaban sin comida para que se murieran». Habiendo captado esta lógica brutal, estaba listo para cambiar su jersey de lana por leche y pan de una campesina rusa en la parada de la noche, porque sabía que de otro modo se caería de debilidad al día siguiente.

«Nos pusimos en marcha con 1.200 hombres –relataba un soldado de la 305ª división de infantería- y sólo un décimo cerca de 120 hombres, quedaron vivos para cuando llegamos a Beketovka».

El ingreso al principal campo en Beketovka era otra entrada que merecía la inscripción: «Al entrar aquí dejad toda esperanza».

A su llegada, los guardias revisaban otra vez si los prisioneros tenían objetos valiosos, luego los hacían quedarse de pies para la «inscripción». Los prisioneros pronto descubrieron que estar de pie en el clima helado durante horas y horas, desfilar en grupos de cinco hombres para el «conteo», sería un castigo diario. Finalmente, después de que la NKVD realizó un procesamiento inicial, fueron llevados a cabañas de madera, donde metieron de cuarenta a cincuenta hombres por habitación, «como arenques en un barril», recordaba un superviviente. El 4 de febrero, un oficial de la NKVD se quejaba al cuartel general del frente del Don de que la situación era «sumamente crítica». Los campos de Beketovka habían recibido 50.000 prisioneros, «incluidos también enfermos y heridos».

Las autoridades del campo de la NKVD estaban abrumadas. No tenían transporte motorizado en absoluto y trataban de pedir al ejército un camión por los menos. El agua finalmente fue traída al campo en barriles de hierro en carretas tiradas por camellos. Un doctor austriaco prisionero apuntaba su primera impresión: «Nada de comer, ni de beber, nieve sucia y hielo color amarillo orina ofrecían el único alivio a una sed insoportable … Cada mañana más cadáveres». Después de dos días, los rusos proporcionaron una «sopa», que no era más que un saco de salvado vaciado en agua caliente. La rabia por las condiciones hizo que algunos prisioneros se sacaran piojos del cuerpo para tirárselos a los guardias. Dichas protestas provocaron ejecuciones sumarias.

Desde el comienzo, las autoridades soviéticas se dispusieron a dividir a los prisioneros de guerra, primero según nacionalidad, después según afiliación política. Los prisioneros rumanos, italianos y croatas recibieron el privilegio de trabajar en la cocina, donde los rumanos en particular se propusieron vengarse de sus antiguos aliados. Los alemanes no sólo los habían metido en este infierno, sino que también, según creían, habían reducido sus suministros en el *Kessel* para alimentar mejor a sus propias tropas. Bandas de rumanos atacaban a los alemanes que individualmente recogían comida para su cabaña y se la quitaban. Los alemanes en represalia enviaban escoltas a guardar a los portadores de su comida.

«Después vino otra sorpresa –relató un sargento mayor de la Luftwaffe-. Nuestros camaradas austriacos súbitamente dejaron de ser alemanes. Se llamaban "*Austritsy*", esperando recibir un mejor trato, cosa que efectivamente ocurría». Los alemanes se sentían amargados de que «toda la culpa de la guerra se atribuyera a aquellos de nosotros que seguían siendo "alemanes", particularmente desde que los austriacos, con un interesante giro de la lógica, tendían a culpar a los generales prusianos, más que al austriaco Hitler, por su situación.

La lucha por sobrevivir seguía siendo de suma importancia. «Cada mañana los muertos eran colocados fuera del bloque de barracas», escribía un oficial de blindados. Estos cadáveres congelados y desnudos eran después amontonados por cuadrillas de trabajo en una línea siempre en expansión a un lado del campo. Un doctor estimó que en Beketovka la «montaña de cuerpos» era «de unos 90 m de largo y dos de alto». Al principio de cincuenta a sesenta hombres morían cada día, estimaba un suboficial de la Luftwaffe. «No nos quedaban ya lágrimas», escribió después. Otro prisionero empleado como interprete por los rusos logró más tarde leer el «registro de defunciones». Apuntó que hasta el 21 de octubre de 1943, habían muerto sólo en Beketovka 45.200. Un informe de la NKVD reconoce que en todos los campos de Stalingrado, 55.228 prisioneros habían muerto hacia el 15 de abril, pero uno no sabe cuántos fueron capturados entre la operación Urano y la rendición final.

«El hambre –comentó el doctor Dibold- cambiaba la psicología y el carácter visiblemente en los patrones de comportamiento e invisiblemente en los pensamientos de los hombres». Tanto los soldados alemanes como los rumanos recurrieron al canibalismo para mantenerse con vida. Se hirvieron finas tajadas de los cuerpos congelados. El producto final era ofrecido como «carne de camello». Aquellos que la comían eran rápidamente reconocibles, porque su complexión adquiría un tinte rojo, en vez de la palidez verde grisácea de la mayoría. Se informó de casos en otros campos en y alrededor de Stalingrado, incluso en un campo de prisioneros capturados durante la operación Urano. Una fuente soviética informa de que «sólo a punta de pistola pudieron los prisioneros ser forzados a desistir de esa barbarie». Las autoridades ordenaron más alimento, pero la incompetencia y la corrupción frenaban cualquier medida.

El efecto acumulado del agotamiento, el frío, la enfermedad y la inanición deshumanizaba a los prisioneros de otros modos. Con tal abundancia de casos de disentería, se dejaba que se ahogaran aquellos que desfallecían y caían por el hueco de las letrinas, si todavía vivían. Su terrible destino fue ignorado arriba. La necesidad de que otros que padecían disentería usaran la letrina era mucho más urgente.

Curiosamente, la letrina salvó a un joven teniente muerto de hambre, un conde cuya familia poseía castillos y propiedades. Escuchó al pasar a un soldado decir algo en el inconfundible dialecto de su distrito, y rápidamente llamó preguntando de dónde era. El soldado le dio el nombre de un pueblecito cercano. «¿Y quién es usted y de donde viene?», le preguntó a su vez. El oficial se lo dijo. «¡Oh sí! –rió el soldado-. Lo sé. Solía verlo a usted pasar en su Mercedes deportivo rojo, saliendo a cazar liebres. Bueno, aquí estamos juntos. Si tiene hambre, quizá le pueda ayudar». El soldado había sido escogido como camillero en el hospital de la prisión, y como tantos prisioneros morían antes de que tuvieran oportunidad de comer su ración de pan, había logrado acumular una bolsa de sobras de cortezas de pan para compartir con otros después de cada jornada de servicio. Esta intervención absolutamente inesperada salvó la vida del joven conde.

La supervivencia ocurría a veces en contra de lo previsible. Los primeros en morir eran generalmente aquellos que habían sido grandes y de constitución fuerte. El hombre pequeño y delgado siempre tenía mayores posibilidades. Tanto en el *Kessel* como después en los campos de prisioneros, las raciones igualmente diminutas estaban

casi dirigidas a invertir la norma de la supervivencia de los más aptos, porque no se hacía concesión al tamaño del individuo. Es interesante en hecho de que en los campos soviéticos de trabajo, sólo los caballos eran alimentados según su tamaño.

Cuando llegó la primavera, las autoridades soviéticas comenzaron a reorganizar la población de prisioneros de guerra en la región. Unos 235.000 antiguos miembros del VI ejército y del 4º ejército blindado, incluidos aquellos capturados durante la operación de intento de liberación de Manstein en diciembre, así como los rumanos y otros aliados, habían sido retenidos en cerca de veinte campos y hospitales de prisioneros en la región.

Los generales fueron los primeros en salir. Su destino era un campo cerca de Moscú. Partieron en lo que los jóvenes oficiales llamaban cínicamente el «tren blanco», porque sus vagones eran muy cómodos. Causaba gran resentimiento el hecho de que aquellos que habían dado órdenes de luchar hasta el fin no sólo habían sobrevivido a su propia retórica, sino que ahora disfrutaban de condiciones mejores que sus hombres. «Es el deber de un general permanecer con sus hombres –comentó un teniente-, no irse en un cochecama». Las posibilidades de sobrevivir resultaron brutalmente dependientes del rango. Más del 95 por 100 de soldados y suboficiales murieron, el 55 por cien de oficiales de baja graduación y sólo el 5 por 100 de altos oficiales. Como los periodistas extranjeros habían notado, pocos altos oficiales mostraban signos de inanición después de la rendición, de modo que sus defensas no estaban peligrosamente debilitadas como lo estaban las de sus hombres. El trato de privilegio que recibían los generales, sin embargo, era un testimonio revelador del sentido de jerarquía de la Unión Soviética.

Pequeños grupos de oficiales fueron enviados a los campos en la región de Moscú, tales como Lunovo, Krasnogorsk y Suzdal. Aquellos seleccionados para una «educación antifascista» fueron enviados al monasterio fortificado de Yelabuga, al este de Kazán. Las condiciones de transporte no eran por cierto equiparables a las que se ofrecieron a los generales. De un convoy de 1.800 hombres en marzo, murieron 1.200. Además del tifus, la ictericia y la difteria, apareció ahora el escorbuto, la hidropesía y la tuberculosis. Y tan pronto llegó de lleno la primavera, los casos de malaria aumentaron rápidamente.

La diáspora de soldados y oficiales de baja graduación fue considerable: 20.000 fueron enviados a Bekabad, al este de Tashkent, 2.500 a Volsk, al nordeste de Saratov, 5.000 a Astracán por el Volga, 2.000 a Usman, al norte de Voronezh, y otros a Basianovski, al norte de Sverdlovsk, Oranki cerca de Gorki y también a Karaganda.

Cuando los prisioneros eran registrados antes de partir, muchos escribieron «trabajador agrícola» como profesión con la esperanza de ser enviados a una granja. Los fumadores empedernidos recogían estiércol de camello y lo secaban para tener algo que fumar durante el camino. Después de la experiencia de Beketovka, estaban seguros de que los peor había terminado, y la perspectiva de movimiento y cambio tiene su propio atractivo, pero pronto descubrieron su equivocación. Cada vagón de ferrocarril, con hasta cien hombres metidos en cada uno, tenía sólo un hueco en el medio del suelo como letrina. El frío era terrible, pero la sed era otra vez la peor desgracia, pues recibían pan seco y pescado salado para comer, pero poco agua. Se desesperaron tanto que lamían la condensación congelada en las partes metálicas en el interior del vagón. En las paradas donde se les dejaba fuera, los hombres no podían resistir coger puñados de nieve para metérselos a la fuerza en la boca. Muchos murieron a causa de esto, por lo general tan calladamente que sus camaradas sólo se dieron cuanta de que había muerto mucho después. Sus cuerpos eran entonces amontonados cerca de la puerta corrediza

del vagón, listos para ser descargados. «*Skolko kaputt?*», gritaban los guardas soviéticos en su alemán macarrónico en las paradas: «¿Cuántos muertos?».

Algunos trayectos duraban hasta veinte días. El transporte pasando por Saratov, después a través de Uzbekistán hasta Bekabad, estaba entre los peores. En un vagón solo quedaron vivos ocho hombres de 100. Cuando los prisioneros finalmente llegaron al campo de recepción con vista a las montañas de Parir, descubrieron que había sido establecido para la construcción de una presa hidroeléctrica cercana. Su alivio al oír que por fin iban a ser despiojados, pronto se tornó en consternación. Fueron torpemente afeitados al rape, lo cual «sólo podía compararse al esquileo de la ovejas», y luego se les roció polvo. Algunos murieron por las primitivas sustancias químicas usadas.

No había cabañas donde vivir, sólo búnkeres de tierra. Pero la peor sorpresa fue el cabo alemán que se había unido a los soviéticos como guarda comandante. «Ningún ruso me trató con tanta brutalidad», escribió el mismo prisionero.[*] Por fortuna, el movimiento entre campos en este Gulag paralelo era frecuente. Desde Bekabad, muchos fueron a Kokant o, lo mejor de todo, a Chuama, donde había instalaciones médicas mucho mejores, e incluso una piscina toscamente improvisada. Los prisioneros italianos allí estaban ya bien organizados, cogiendo espárragos para complementar la sopa.

Aquellos que se quedaron en Stalingrado encontraron que el campo de agrupamiento en Krasnoarmeisk se había convertido en un campo de trabajo. La comida al menos había sido mejorada con *kasha* (alforfón) y sopa de pescado, pero el trabajo era con frecuencia peligroso. Cuando llegó la primavera, muchos de ellos fueron puestos a trabajar en la recuperación de las embarcaciones hundidas en el Volga por la Luftwaffe y el ejército alemán. El gerente ruso de un astillero, estremecido por la cantidad de prisioneros que morían en este trabajo, se lo dijo a su hija pidiéndole que guardara el secreto.

El control de la NKVD sobre Stalingrado no se había aflojado. Los prisioneros alemanes que trabajaban en ambos márgenes del Volga habían advertido que el primer edificio en la ciudad que fue reparado había sido el cuartel general de la NKVD, y casi de inmediato hubo colas de mujeres fuera con paquetes de comida para los parientes que habían sido arrestados. Los antiguos soldados del VI ejército adivinaron que ellos también permanecerían presos allí por muchos años. Mólotov confirmó después sus temores, declarando que ningún alemán vería su hogar hasta que Stalingrado no hubiera sido reconstruida.

---

[*] Se emplearon guardas alemanes en otros campos. Los peores fueron unos doscientos alemanes (por alguna razón la mayoría era de Sajonia) que habían desertado de los batallones de castigo. Armados con porras de madera, y con la designación de «luchadores contra el fascismo», no permitían a los soldados romper filas para que hicieran sus necesidades durante el pase de lista, aunque la abrumadora mayoría sufría de disentería.

- 25 -

La espada de Stalingrado

En noviembre de 1943, un año después de la operación Urano, un avión de transporte Douglas voló sobre Stalingrado. Los diplomáticos soviéticos a bordo iban de Moscú rumbo a encontrarse con los dirigentes británicos y estadounidenses en Teherán. Uno de los pasajeros era Valentín Berezhkov, que había sido intérprete de Dekanozov en Berlín en vísperas de Barbarroja.

«Nos agolpamos en las ventanas en silencio –escribió después-. Primero aparecieron las casas aisladas dispersas en la nieve, luego comenzó una especie de caos increíble: montones de muros, bloques de edificios semiderruidos, moles de escombros, chimeneas aisladas». Pudieron, con todo, distinguir signos de vida. «Visibles contra la nieve había figuras negras de personas y por aquí y allá indicios de nuevos edificios». En plena espeta, otra vez, vieron armazones oxidados de tanques.

En la conferencia de Teherán, Churchill presentó la espada de Stalingrado al «pueblo soviético». La hoja tenía una dedicatoria grabada: «A los ciudadanos de corazón de acero de Stalingrado, un obsequio del rey Jorge VI como prenda del homenaje del pueblo británico». Churchill hizo memorable la ceremonia con su elocuencia. Stalin, que aceptó la espada con ambas manos, la llevó a sus labios para besar la vaina. Entonces se la pasó al mariscal Voroshilov, quien torpemente dejó que la espada se deslizara de su vaina. Resonó con estrépito en el suelo.

Esa noche, Stalin alzó su copa después de la cena y dijo: «Propongo un brindis –dijo- por el modo más rápido de justicia para todos los criminales de guerra de Alemania. Brindo por nuestra unidad para despacharlos tan pronto los cojamos, a todos,

y debe de haber unos cuantos de ellos». Algunas fuentes dicen que propuso la ejecución de 50.000 oficiales de la Wehrmacht para destruir el poder militar alemán para siempre. Churchill se puso de pie encolerizado y declaró que el pueblo británico jamás «apoyaría tal asesinato en masa». Nadie sería ejecutado sin un juicio justo, dijo, y acto seguido se marchó. Stalin, divertido por la reacción que había provocado, fue detrás de él. Colocando ambas manos sobre sus hombros, aseguró que había estado bromeando y con sus zalamerías hizo que Churchill regresara.

La conferencia de Teherán determinó la estrategia aliada para el resto de la guerra. El plan de Churchill para invadir a través de los Balcanes fue vetado por razones militares fundamentadas. El esfuerzo principal de los Aliados occidentales se había dedicado al noroeste de Europa. Pero este esfuerzo estratégico lógico dejaba el destino de Europa central y oriental enteramente en manos de Stalin. Churchill, con una fuerte sospecha de las consecuencias, no podía hacer nada. Los sacrificios del Ejército Rojo y el terrible sufrimiento de los civiles rusos permitieron a Stalin manipular a los Aliados occidentales mediante una especie de culpa por la sangre pues sus pérdidas habían sido mínimas en comparación. Varios historiadores que trazan un mapa o esquema del surgimiento de la Unión Soviética como superpotencia han señalado correctamente la victoria de Stalingrado como la base del éxito de Stalin en Teherán.

Stalin, aprovechando su nueva aura de gran estadista, y como una deliberada concesión a Roosevelt, había anunciado la abolición del Komintern el 15 de mayo de 1943. Era un peón fácil para fingir un sacrificio. Georgi Dimitrov se quedó en su lugar, dirigiendo un Komintern recortado con un diferente nombre: la Sección Internacional del Comité Central. Entretanto, la victoria soviética en Stalingrado había sido el impulso más grande imaginable para la propaganda comunista en todo el mundo. Era una inspiración aún para aquellos que habían perdido la fe después de la inquisición estalinista en la guerra civil española o el pacto nazi-soviético de 1939. La historia exaltó a escultores, pintores, novelistas y poetas de izquierda como Pablo Neruda, que en su *Nuevo canto de amor a Stalingrado*, escribió un poema de amor internacional a la ciudad cuyo nombre había traído esperanza al mundo.

Para los prisioneros alemanes capturados en Stalingrado, el futuro era proporcionalmente desolador. Algunos todavía soñaban con una gran contraofensiva que los liberaría, se convencían de noche de que podían escuchar los cañones de un ejército avanzando. Eran los que con menos probabilidad sobrevivían a los años en los campos de prisioneros de guerra, construidos según las normas de la NKVD con un perímetro rodeado de vallas de diez filamentos horizontales de púas.

La cautividad era un destino tan inseguro como el combate. También compartía las ironías de la guerra. Dibold, el doctor austriaco de la 44ª división de infantería, se sorprendió cuando tres nuevos pacientes ingresaron en el hospital cárcel. Este trío, que parecía compuesto de judíos, usaba uniformes alemanes con águilas y esvásticas. Uno de ellos sonrió ante su confusión. «Doctor, el milagro del siglo XX: un judío soldado de Adolf Hitler». Eran de un batallón de trabajo húngaro. Sus carceleros rusos los habían vestido con ropa de los almacenes capturados.

Aunque las raciones de los campos de prisioneros habían mejorado en el verano de 1943, eran todavía desiguales, variando según el campo. Las raciones eran con frecuencia robadas por los oficiales de intendencia corruptos que las cambiaban por vodka, o por los guardias cuyas familias recibían apenas más que los prisioneros alemanes. El maltrato provenía en su mayor parte de la falta de imaginación, la incompetencia monumental y, sobre todo, de la tolerancia rusa para el sufrimiento que

la doctrina marxista-leninista había logrado explotar con tanto éxito. Nada, sin embargo, era previsible. Los prisioneros daban testimonio de cómo los guardas, al ver una foto de sus hijos, se suavizaban. En el hospital cárcel en las afueras de Stalingrado, después de que los presos se habían habituado a la idea de que los hombres eran asesinados o dejados morir en la marcha, los guardas rusos inexplicablemente perdonaron a tres prisioneros recapturados después de un intento inútil de huir.

Incluso cuando las condiciones mejoraron en la primavera de 1943, la tasa de mortalidad en la mayoría de hospitales prisión era por los menos del 1 por 100 al día. Los problemas eran todavía enormes, especialmente en la región de Stalingrado, con la palabra, la tuberculosis, la hidropesía y el escorbuto sumados a otras enfermedades. Una doctora soviética dijo a sus colegas alemanes que los civiles en Stalingrado estaban sufriendo más de escorbuto que los prisioneros alemanes, pero dio permiso para que fueran enviados en cuadrillas a recolectar yerbas y otras plantas verdes de las cuales los doctores alemanes, en sus dispensarios, hicieron concentrados vitamínicos. La inventiva de los doctores de prisioneros de guerra produjo brillantes improvisaciones. Uno creó a partir de restos de metal un tensiómetro para medir la presión sanguínea. Los doctores manufacturaron su propia vacuna contra el tifus, que consistía en inyectar un extracto de piojos machacados. Se recogió cualquier artículo de seda para hacer hilo quirúrgico y se hicieron escalpelos con tapas de lata afiladas.

Los prisioneros, de pronto convertidos en una clase marginal, tenían que aprender rápidamente. Hurtaban y creaban un buen número de ingeniosos cacharros. También aprendieron a sacar todo el provecho posible de sus raciones, por ejemplo, tostaban las espinas de pescado de la sopa en una estufa, y luego las molían. Algunos cometieron terribles equivocaciones. En Ilmen, los prisioneros reducidos a comer juncos y cicuta de agua murieron rápidamente como consecuencia de ello. Y uno de los prisioneros que logró robar un poco de mantequilla en la cocina murió con horribles dolores porque su estómago estaba desacostumbrado a las grasas.

La pobre dieta, añadida a las muchas semanas de inanición en el *Kessel*, era la razón principal por la que los pacientes de los hospitales de prisioneros no se recuperaban. Perdieron casi todo el cabello, y los músculos del cuello se les vovieron demasiado débiles para aguantar la cabeza. Aquellos que estaban muriendo rehuían la luz del día, como si se prepararan para una perpetua oscuridad.

La muerte podía con frecuencia ser una liberación, como el sueño para los exhaustos. Varios murieron de modo bastante repentino, precisamente cuando los doctores pensaban que había superado lo peor. Los enfermos compartían las camas por el calor, aun cuando al despertar algunos se encontraron junto a un cadáver. Algunos habían sucumbido con rapidez. Helmuth Groscurth murió de tifus el 7 de abril de 1943 en el campo de oficiales de Frolovo, donde murieron 4.000 de 5.000 prisioneros. Pasaron tres años antes de que su familia recibiera la noticia de su muerte. Kurt Reuber murió el 20 de enero de 1944 en el campo de Yelabuga, sólo unas pocas semanas después de que hubiese dibujado otra Virgen para Navidad con las mismas palabras: «Luz, vida, amor».

Unos pocos, habiendo sobrevivido a lo peor, de pronto se suicidaban inesperadamente. En un hospital de prisioneros, un oficial se despertó para encontrar a un amigo en la cama próxima sentado inmóvil. Había conseguido matarse «clavándose una larga astilla de vidrio de una ventana rota en el corazón».

Incluso los comparativamente sanos tenían poca esperanza de sobrevivir. Sus raciones (tales como el mijo sin moler que pasaba directamente a través del estómago) les daban pocas fuerzas para el trabajo pesado que la NKVD intentaba extraer de ellos mediante los programas de trabajo estajanovista. El materialismo, tal como uno de ellos

lo decía, significaba que «el hombre era sólo otro material» para ser utilizado y descartado. Los prisioneros eran utilizados como animales de tiro. Primero tenían que edificar sus propios campos en el bosque casi virgen. No se les permitía tener chozas sino sólo búnkeres de tierra que se inundaban en primavera y otoño. Una vez que el campo se establecía, llevaban una vida de duro trabajo, talaban y arrastraban troncos, y a veces cortaban turba para combustible de invierno. Aquellos que fueron retenidos en el área de Stalingrado, reconstruyeron la ciudad y recobrando los barcos hundidos en el Volga, fueron después puestos a trabajar, junto con otros prisioneros del Gulag, excavando para la joya estalinista, el canal del Volga-Don.

Poco después de su triunfo en Stalingrado, el estado soviético hizo planes para socavar el régimen nazi y reemplazarlo con un estado comunista títere. Los prisioneros de todos los rangos fueron divididos en «antifascistas» y «fascistas».

En la primavera y el verano de 1943, los oficiales de alta graduación fueron trasladados de un campo en Krasnogorsk al monasterio de Suzdal, y entonces a lo que parecía su base semipermanente: el campo 48 en Voikovo, un viejo mesón y casa de salud, que era apodado «el castillo» a causa de su relativo lujo. La NKVD trasladó al implacable Schmidt lejos de Paulus, porque era visto como una mala influencia.

El departamento de la NKVD a cargo de los prisioneros de guerra organizó una organización aglutinante, el Comité Nacional por una Alemania Libre. Para dirigirla, los hombres de Beria utilizaron a sus dóciles comunistas alemanes. Dos meses después, otro grupo, la Liga de Oficiales Alemanes, fue establecido para atraer a los antinazis que deseaban apoyar al Comité Nacional.

El mayor general Melkinov, vicepresidente del departamento, controlaba estas actividades. Aunque también era parte del imperio de Beria, Melnikov también trabajó estrechamente con la Sección Internacional del Comité Central. Dimitri Manuilski, antiguo espía de Stalin en el Komintern con especial responsabilidad para los asuntos alemanes, había recibido otro informe de vigilancia, que puede explicar su curiosa visita a Stalingrado durante la última parte de la batalla, cuando Chuikov le negó el permiso para cruzar al margen occidental.

El 19 de agosto de 1943, tres generales de Stalingrado, Seydlitz, Lattmann y Korfes, que habían sido identificados por los interrogatorios como probables colaboradores, fueron llevados de Voikovo a un «centro de reeducación» en Lunovo. Seydlitz parece haberse sentido emocionalmente abrumado por lo que consideraba era un cambio colectivo de opinión de muchos oficiales, todos deseando salvar a Alemania del Apocalipsis hitleriano. Se veía a sí mismo como su jefe natural.

A inicios de septiembre, Melnikov envió a Seydlitz, Korfes y Lattmann de regreso a Voikovo para atraer a otros generales de Stalingrado. Su llegada a una hora tardía de la noche sacó a los generales de sus habitaciones en pijama, intrigados por saber qué era todo aquel alboroto. Pero cuando Seydlitz anunció dramáticamente que este era el día del «nuevo Tauroggen», el general Strecker se apartó furioso. Y al día siguiente, cuando Seydlitz y Lattmann los animaron a unirse en un llamamiento a una revuelta contra el régimen de Hitler, Strecker, Sixt von Arnim, Rodenburg y Pfeffer los acusaron encolerizados de traición. Seydlitz, sin embargo, consiguió atraer a los generales Edler von Daniels, Drebber y Schlömer.

Seydlitz en su indignación moral contra Hitler y la convicción de que tenían que unirse a la corriente de la historia para salvar Alemania, no logró percibir el peligro. Habían dejado ver su oposición al régimen nazi tan tarde que los Aliados nunca los escucharían ni les darían la palabra en el destino de su país. Entretanto, sus

organizadores (Seydlitz no parece siquiera haberse dado cuenta de que Melnikov pertenecía a la NKVD) simplemente los explotarían en función de los intereses soviéticos.

Los documentos soviéticos muestran que el 17 de septiembre de 1943, Seydlitz, como presidente de la Liga de Oficiales Alemanes, presentó un plan al general Melnikov que proponía organizar un cuerpo de ejército de 30.000 hombres con aquellos capturados en Stalingrado. «Según la idea de Seydlitz –Melnikov informó a Beria-, este cuerpo daría la base para el nuevo gobierno después del derrocamiento de Hitler».

«Seydlitz –agregaba Melnikov- se considera un candidato para el puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas de la Alemania Libre en el futuro». Por lo visto también prometía preparar un plan para la campaña de prensa y de radio «enviando hombres a la retaguardia alemana para convencer a los comandantes de división de unirse a nuestro bando y organizar acciones conjuntas contra el régimen de Hitler». Seydlitz enviaría mensajes a «sus amigos personales, al comandante del frente central, Von Kluge, y al general Thomas, que es responsable del estado mayor del cuartel general de Hitler».

Seydlitz, acompañado por los generales Lattmann y Korfes, y el coronel Günter van Hooven, presentó su plan el 22 de septiembre. Esperaba que las autoridades soviéticas lo ayudaran a formar «un pequeño ejército de prisioneros de guerra que podrían se utilizados por un nuevo gobierno alemán para tomar el poder». Pidió un estado mayor del ejército, dos estados mayores de cuerpos, cuatro divisiones completas, cuatro escuadrones de cazas y un grupo de reconocimiento aéreo: en total siete generales, 1.650 oficiales y 42.000 soldados. Seydlitz no parece haber tenido la menor idea de la tasa de mortalidad de los prisioneros de Stalingrado después de la rendición.

En una reunión posterior, Seydlitz recomendó «que todos los contingentes deberían ser llevados por aire a Alemania, quizá a Berlín». El oficial de la NKVD allí presente señaló «las dificultades técnicas de enviarlos por aire a Alemania, pero Von Seydlitz replicó que tocaba a los rusos arreglar los detalles«. El general Korfes, sin embargo, no ocultaba su exasperación con tales quimeras. «Es absolutamente utópico –dijo- pensar que tosas estas unidades pueden ser transportadas por aire». Agregó: «Los comandantes de las fuerzas aéreas rusas consideran tal propuesta como una prueba de que los generales alemanes son unos fantaseadores».[*]

Seydlitz parece haber sido ajeno a la rabia y a los malos sentimientos que sus compañeros y él despertaban. Los oficiales que se oponían encarnizadamente a los antifascistas establecieron una corte de honor, sentenciando a aquellos que habían colaborado con los rusos a sufrir el vacío a perpetuidad. En un gesto de desafío, comenzaron a utilizar el saludo del brazo alzado. Esta polarización hacía la vida muy difícil para aquellos que no deseaban tener nada que ver ni con los «antifascistas» ni con los partidarios de Hitler. Un teniente se vio obligado a dormir en el suelo durante varias semanas porque los grupos rivales no le permitían usar una litera.

En febrero de 1944, la aviación rusa comenzó a lanzar octavillas sobre Alemania y las tropas de la línea del frente, firmadas por Seydlitz y sus colegas. La Gestapo proporcionó un informe urgente para Himmler verificando que la firma de Seydlitz era auténtica. El general Gille de las Waffen SS, cuyas tropas en el saliente de Cherkassi fueron inundadas por octavillas del Comité Nacional, envió copias a Alemania.

---

[*] Es posible, por supuesto, que el general Von Seydlitz secretamente viera esta operación como una oportunidad de engañar a los soviéticos para que los enviaran junto con miles de prisioneros del VI ejército a Alemania. Pero si este hubiera sido el caso, uno habría esperado que mencionara el episodio después de la guerra cuando se vio ante las graves críticas de antiguos colegas por haber colaborado con el régimen de Stalin.

También pasó cartas personales dirigidas a él por los generales Seydlitz y Korfes, que habían sido enviadas a su sección del frente por Shcherbakov. La letra fue analizada por la Gestapo y confirmada otra vez como auténtica.

Las octavillas causaron pánico. Hitler convocó a Himmler a una reunión, después envió al general Schmundt con una declaración de lealtad para que la firmaran los mariscales de campo. Incluso esto no fue suficiente para tranquilizarlo. El 19 de marzo, Rundstedt, Rommel, Kleist, Busch, Weichs y Manstein fueron llamados de sus puestos al Berghof para pronunciar un mensaje condenando al general Von Seydlitz-Kurzbach, «el despreciable traidor a nuestra santa causa», y subrayar su apoyo a Hitler.

El departamento de Melnikov, por otra parte, comenzó a tener dudas. El reclutamiento fue disminuyendo, mientras que los esfuerzos propagandísticos no habían convencido ni a una unidad importante, pese a que la Wehrmacht estaba sufriendo derrotas masivas. Seydlitz atribuyó «la ausencia de éxito significativo» a «la falta de inclinación de los alemanes a la revolución, a un sistema de violencia policial, a la completa supresión de la opinión, a la ausencia de cualquier organización de resistencia capaz, y al miedo absoluto a la derrota y a sus consecuencias, estimulado por mucho tiempo por el miedo al bolchevismo». Pese a estos fracasos, todavía deseaba que la Unión Soviética «reconociera oficialmente» al Comité Nacional como a un gobierno interino. Pero Dmitri Manuilski, en un giro típicamente estalinista, advirtió que el memorándum de Seydlitz, «redactado de un modo tortuoso» era un «intento provocador» de «perjudicar nuestras relaciones con nuestros aliados». No hay duda –escribió- que la relación del Comité Nacional por el gobierno soviético provocaría en Gran Bretaña y Estados Unidos una campaña entera dirigida a mostrar que la posición de la Unión Soviética era pro alemana». El pacto Mólotov-Ribbentrop evidentemente proyectaba largas sombras en la memoria soviética. Manuilski sospechaba que Seydlitz estaba siendo manipulado por el general Rodenburg y el «antiguo jefe de inteligencia militar», coronel Van Hooven (que era de hecho un oficial de transmisiones).

La paranoia estalinista empeoró. En mayo de 1944, Weinert, el presidente del Comité Nacional, envió tres oficiales alemanes para realizar propaganda para el Ejército Rojo. Dos de ellos, el capitán Stolz y el teniente Willimzig, se negaron a hacer lo que les ordenaban. Fueron llevados de regreso a Moscú bajo estrecha vigilancia para ser interrogados por Weinert, Ulbricht, el general Von Seydlitz y el general Lattmann. Al cabo de cuatro días dijeron haber confesado ser «miembros de una organización fascista dentro de la Liga de Oficiales Alemanes». Ambos fueron arrestados por la NKVD como agentes dobles que trabajaban para los nazis, y llevados para un nuevo interrogatorio. Otros oficiales alemanes, incluido el general Rodenburg, fueron arrestados y «confesaron» a su vez. Manuilski, pretendiendo que sus anteriores sospechas de una conspiración estaban justificadas ahora, inmediatamente dio la orden de que todos los oficiales alemanes fueran retirados del servicio de propaganda en el frente. Claramente Stalin había decidido que no valía la pena que sus esfuerzos fallidos le causaran problemas con los Aliados occidentales en este momento de la guerra, en que necesitaba toda su ayuda.

Seydlitz en este momento sufría una fuerte depresión. En un intento de reforzar su moral, los oficiales de la NKVD le hicieron una torta de cumpleaños con cuatro rosas de mazapán que representaban a sus cuatro hijas. Pero como todos los maniaco-depresivos, también experimentaba arranques irracionales de optimismo. El intento de asesinar a Hitler el 20 de julio pudo haber sido un fracaso, pero la consiguiente represión de la Gestapo reveló el nivel de oposición existente en el ejército alemán en la misma

Alemania. Incluso Strecker, al oír de la ejecución del mariscal de campo Von Witzleben, fue convencido a firmar un llamamiento contra Hitler, pero todavía despreciaba a Seydlitz.

El 8 de agosto de 1944, Beria informó triunfante a Stalin de que Paulus había firmado por fin una declaración al pueblo alemán. El llamamiento de Paulus al grupo de ejércitos del norte a que se rindieran fue enteramente redactado por la NKVD «según las instrucciones del camarada Shcherbakov» y firmado el 21 de agosto por Paulus y veintinueve generales prisioneros.

Las declaraciones de Paulus desataron de nuevo la furia de Hitler por haberlo ascendido a mariscal de campo. La sospecha del Führer de que cedería ante sus captores soviéticos parecía haberse confirmado. Sin embargo, es evidente que Paulus, después de casi un año y medio en prisión, no había tomado esta decisión de improviso. Su hijo Friedrich, un capitán, había muerto en Anzio en febrero de 1944, y sin duda había empezado a ver su deber de un modo diferente. Deseaba contribuir a acortar una guerra perdida y aminorar el número de muertes sin sentido. Su otro hijo, Ernst Alexander, también capitán, fue arrestado siguiendo el decreto *Sippenhaft*. Ese otoño la Gestapo comunicó a su madre rumana, Elena Constante Paulus, que siempre había desconfiado de los nazis, que sería perdonada si renunciaba a su nombre. Se dice que les volvió la espalda desdeñosamente. Fue arrestada y retenida en un campo.

Paulus, aislado de noticias fiables, pidió reunirse con un miembro del Comité Central «que pudiera explicarles los principios de la política soviética hacia una Alemania conquistada». Él «y los demás generales prisioneros tenían una grave responsabilidad llamando al derrocamiento del gobierno de Hitler y por tanto tenían el derecho moral a conocer la posición del gobierno soviético respecto a Alemania».

Expresó su esperanza de que Alemania pudiera salvarse de la aniquilación durante una serie de entrevistas en febrero de 1945, con el teniente general Krevemko, el jefe del departamento de la NKVD para prisioneros de guerra, y Amiak Zajarovich Kobulov, que dirigía la tercera dirección del Ministerio de Seguridad del Estado. (Kobulov, el residente de la NKVD en Berlín antes del lanzamiento de la operación Barbarroja, había manejado la sala de tortura y ejecución de Dekanozov en la embajada soviética). «Debería mencionarse –escribieron Krivemko y Kobulov en su informe a Beria- que con las operaciones militares realizadas en el territorio alemán, los ánimos de los generales alemanes prisioneros de guerra están muy bajos. El general de artillería Von Seydlitz estaba sumamente perturbado con las noticias de la reunión de los jefes de las tres potencias [en Yalta]. Seydlitz declaró que parecía como si Alemania fuera a ser dividida entre EE.UU., Gran Bretaña, la URSS y Francia. Alemania quedaría hecha jirones y la mejor salida sería unirse a la URSS "como la decimoséptima república soviética"».

Cuando las noticias de la rendición incondicional de Alemania llegaron a Moscú el 9 de mayo de 1945, y una salva de mil cañonazos atronaba monótonamente desde el Kremlin, Strecker refirió que él y sus colegas sufrieron «una depresión espiritual … al escuchar los anuncios rusos de la victoria y las canciones de los soldados soviéticos borrachos».

Para los rusos, por otra parte, era el final estupendo pero triste de una pesadilla que había empezado cuatro años antes y costado al Ejército Rojo casi 9 millones de muertos y 18 millones de heridos. (Sólo 1,8 millones de prisioneros de guerra regresaron vivos de más de 4,5 millones hechos por la Wehrmacht). Las bajas civiles son más difíciles de calcular, pero se piensa que fueron cerca de 18 millones, con lo cual el total de muertos de la Unión Soviética supera los 26 millones, lo que sobrepasa más de cinco veces el total de los muertos alemanes en la guerra.

En 1946, Paulus apareció como testigo en el juicio de Núremberg. La prensa soviética se refería a él como «el fantasma de Stalingrado». Después fue hospedado en una villa en Moscú, donde jugaba a los naipes y escribía su versión de los acontecimientos. Había envejecido rápidamente y su tic nervioso estaba peor que nunca. En 1947, su esposa murió en Baden-Baden, sin haber vuelto a ver a su esposo. Uno sólo puede especular sobre sus sentimientos sobre el desastre que la batalla de Stalingrado había significado para Rumanía, su país de origen, así como para su propia familia.

En noviembre de 1947, cuando la guerra fría se estaba intensificando rápidamente, las autoridades soviéticas decidieron que aquellos considerados culpables de crímenes de guerra bajo el *ukase* del 13 de abril de 1943, «sin tener en cuenta su estado físico», serían enviados a trabajos forzados a Voluta en el extremo norte de los Urales. Los antiguos miembros de las SA, las SS, guardas de campos, de la policía secreta de campaña y la Feldgendarmerie (en algunos casos incluso de las Juventudes Hitlerianas) fueron transferidos a campos de «régimen especial». La definición de crímenes de guerra abarcaba desde atrocidades contra los civiles hasta el robo de pollos y forraje para los caballos.

Como la futura estructura de la República Democrática Alemana (DDR) comenzó a formarse en la zona de la Alemania ocupada por los soviéticos, se les asignó un papel a algunos altos oficiales, incluidos Lattmann, Korfes, Müller y Steidle, varios de los cuales se unieron a la Volkspolizei. La conversión del general Arno von Lenski al comunismo significó que fuera escogido como miembro del Politburó. El coronel Adam, todavía un compañero de viaje, fue nombrado para un puesto en el dócil Partido de la Unidad Social. El general Von Seydlitz, sin embargo, perdió en todos sentidos.

En 1949, otra oleada de purgas estalinistas asoló la Unión Soviética. Los prisioneros de guerra alemanes de pronto se encontraron ante juicios fabricados por «crímenes de guerra». La guerra fría, después del sitio de Berlín Occidental, estaba en su momento más volátil. El as de los pilotos de guerra, Erich Hartmann, fue acusado de destruir aviones, propiedad del gobierno soviético. El general Strecker fue llevado de nuevo a Stalingrado, donde una corte marcial lo encontró culpable de destruir la fábrica de tractores, aun cuando su cuerpo no había estado en modo alguno cerca del lugar hasta el final de la batalla, cuando hacía mucho tiempo que estaba en ruinas. Como la mayoría de acusados durante esta oleada, fue sentenciado a muerte, pena que le fue conmutada por veinte años de prisión. El teniente Gottfried von Bismarck fue condenado a veinte años de trabajos forzados porque los prisioneros de guerra rusos habían trabajado en su propiedad familiar en Pomerania. En julio de 1950, el general Von Seydlitz, completamente desengañado y amargado, fue arrestado y sentenciado a veinticinco años de prisión como criminal de guerra y «general reaccionario revanchista».

Los prisioneros menos controvertidos encontraron una cierta paz, con frecuencia gracias a la compasión de las mujeres rusas. En algunos casos, esto formaba parte de una vieja tradición. Por delante del campo de prisioneros de Kamshkovo, entre Moscú y Gorka, pasa el Vladimirskaia, antiguo camino por el cual los exiliados zaristas eran llevados a Liberia. Los campesinos habían salido a darles agua o incluso a cargarles los bultos a lo largo del camino. Una humanidad parecida, no afectada por la ideología, todavía existía.

El doctor austriaco Hans Dibold se sintió hondamente conmovido por la simpatía de los rusos cuando uno de sus más respetados oficiales médicos, el doctor Richard Speiler, del hospital Weizsäcker en Heidelberg, cayó súbitamente enfermo a

inicios de la primavera de 1946. Había sobrevivido al tifus, y a la difteria en el campo de Ilmen. Al principio sus colegas estaban convencidos de que tenía malaria. En realidad era una infección de la sangre que había cogido en el trabajo. Sus colegas se sentían atormentados por la idea de que su diagnóstico equivocado lo estaba llevando a la muerte. Le dieron sulfonamidas y lo último que les quedaba de penicilina. Los dos asistentes rusos del dispensario también entregaron lo que les quedaba de la penicilina que había sido asignada a los pacientes rusos, pero murió a pesar de todo.

El cementerio del hospital estaba cerca de un camino de pinos chatos y arbustos de juníperos a cada lado. Detrás estaba el bosque. Los doctores rusos vinieron a darle el último adiós y el comandante permitió a los colegas de Speiler organizar el funeral en el cementerio del bosque tal como quisieron. Speiler había regresado a la fe cristiana en sus últimos días. Los doctores rusos, sin prestar atención a las posibles reacciones de un comisario, también asistieron al funeral, oficiado por un pastor alto y frágil. Para los supervivientes del VI ejército presentes ese día, el oficio «era válido no sólo para el difunto aquí presente, sino para todos los que yacían más allá, y para aquellos otros más al sur, en Stalingrado y en la estepa entre el Don y el Volga, y a quienes ninguna palabra cristiana había acompañado en su último descanso».

Desde 1945, unos 3.000 prisioneros de Stalingrado habían sido liberados, fuera individualmente o en tandas, y se les había permitido volver a sus casas, generalmente porque eran considerados inútiles para el trabajo. En 1955, había todavía 9.626 prisioneros alemanes de guerra, o «criminales de guerra convictos» como los definió Jruschov, de los cuales unos 2.000 eran supervivientes de Stalingrado. Estos prisioneros fueron finalmente liberados después de la visita del canciller Honrad Adenauer a Moscú en septiembre de 1955. Entre ellos estaban los generales Strecker, Seydlitz, Schmidt y Rodenburg, y el teniente Gottfried von Bismarck, que, casi trece años antes, había volado al *Kessel* para reunirse con su unidad después de la cena con el mariscal de campo Von Manstein. Sólo el haber sobrevivido, escribió, era «razón suficiente para estar agradecido al destino».

Seydlitz, cuando concluyó su viaje de regreso en Friedland bei Göttingen, sabía que se enfrentaría a un futuro difícil en la atmósfera de la guerra fría. En abril de 1944, había sido condenado *in absentia* como traidor y todas sus propiedades habían sido confiscadas. Este dictamen fue revocado por un tribunal en 1956, pero el nuevo Bundeswehr rehusó devolverle el rango y la pensión. El hecho de que hubiera colaborado con el enemigo comunista lo ponía a los ojos de muchos en un grupo diferente al de aquellos que habían intentado asesinar a Hitler, aun cuando el general Achim Ester, uno de los pocos que sobrevivieron a la conspiración de julio, reconocía a Seydlitz como perteneciente a sus filas. Como su antecesor de la caballería, murió siendo «un hombre muy infeliz».

Cuando en los años de posguerra se hurgó en los acontecimientos históricos, las recriminaciones mutuas por el sacrificio del VI ejército se hicieron cada vez más amargas. Schmidt, que en contra de las expectativas de Hitler se había negado siempre a colaborar con sus carceleros, se mantuvo ferozmente hostil a los oficiales del movimiento por la Alemania Libre. El coronel Adam, que lo había acusado de forzar a Paulus a luchar hasta el fin, fue tratado en cambio mordazmente como «pensionista de la zona ocupada por los soviéticos».

Paulus, en Alemania del Este, trataba vanamente de defenderse de las acusaciones de haber sido servil con Hitler e indeciso. Después de su liberación de la prisión, en el otoño de 1953, vivió en la zona soviética, donde escribió página tras página explicando la situación en que se encontró. Una enfermedad larga y penosa lo

llevó a la muerte en Dresde en 1957. Su cuerpo fue llevado al oeste, y enterrado junto al de su mujer, en Baden-Baden.

Su adversario en Stalingrado, el general Chuikov, cuyo 62º ejército había seguido el largo camino hasta Berlín como el 8º ejército de guardias, se convirtió en el comandante de las fuerzas de ocupación, mariscal de la Unión Soviética y ministro de Defensa bajo Jruschov, que lo había nombrado esa noche de septiembre de crisis junto al Volga. Los miles de soldados soviéticos ejecutados en Stalingrado por orden suya nunca recibieron una tumba señalada. Quedaron perdidos en la estadística entre las demás bajas de la batalla, lo que en cierto modo es un acto involuntario de justicia.

Apéndice A

Orden de la batalla de alemanes y soviéticos, 19 de noviembre de 1942

WEHRMACHT

VI EJÉRCITO	General de tropas blindadas Paulus General Schmidt
Ia Operaciones:	Coronel Elchlepp†
Ib Intendente:	Mayor Von Kunowski
Ic Inteligencia:	Teniente coronel Niemeyer†
IIa Ayudante:	Coronel Wilhelm Adam
Jefe de artillería:	General Vassoll
Jefe de comunicaciones:	Coronel Arnold* (reemplazado por el coronel Van Hooven††)
Jefe de Ingenieros:	Coronel H. Selle* (reemplazado por el coronel Stiotta*)
Jefe del cuerpo médico:	General Renoldi
OKH Oficial de enlace:	Teniente coronel Von Zitzewitz*

TROPAS DEL EJÉRCITO: PRINCIPALES UNIDADES
Regimientos de mortero: 51º, 53º
Regimientos Nebelwerfer: 2º, 30º
Regimientos de artillería: 4º, 46º, 64º, 70º
Batallones de artillería: 54º, 616º, 627º, 849º
Batallones de artillería pesada: 49º, 101º, 733º
Batallones de zapadores: 6º, 41º

IV CUERPO	General de zapadores Jaenecke*
	Coronel Crome
29ª División de Infantería Motorizada:	General Leyser
297ª División de Infantería:	Teniente general Pfeffer
371ª División de Infantería:	Teniente general Stempel†
VIII CUERPO	General de artillería Heinz
	Coronel Schildknecht
76ª División de Infantería:	Teniente general Rodenburg
113ª División de Infantería:	Teniente general Sixt von Arnim
XI CUERPO	Teniente general Strecker
	Coronel Groscurth††
44ª División de Infantería:	Teniente general Deboi
376ª División de Infantería:	Teniente general barón Edler von Daniels
384ª División de Infantería:	Teniente general barón Von Gablenz*
XIV CUERPO BLINDADO	General de tropas blindadas Hube*
	Coronel Thunert*
3ª División de Infantería Motorizada:	Teniente general Schlömer
60ª División de Infantería Motorizada:	General Kohlermann*
16ª División Blindada:	Teniente general Angern†
LI CUERPO	General de artillería Von Seydlitz-Kurzbach
	Coronel Clausius
71ª División de Infantería:	Teniente general Von Hartmann†
79ª División de Infantería:	Teniente general conde Von Schwerin*
94ª División de Infantería:	Teniente general Pfeiffer*
100ª División Jäger:	Teniente general Sanne
295ª División de Infantería:	General doctor Korfes
305ª División de Infantería:	General Steinmetz*
389ª División de Infantería:	General Magnus
14ª División Blindada:	General Lattmann
24ª División Blindada:	Teniente general Von Lenski

TROPAS DE TIERRA DE LA LUFTWAFFE	
9ª División Flak	General Pickert*
APOYO AÉREO A LA LUFTWAFFE	
4ª Flota Aérea	Capitán general barón Von Richthofen
VIII CUERPO AÉREO	General Fiebig

* Huyeron de Kessel antes de la rendición final.
† Muerto antes o justo después de la rendición final.
†† Muerto en cautiverio.

EL EJÉRCITO ROJO EN EL «EJE DE STALINGRADO»

REPRESENTANTES DE LA *Stavka*
General del ejército G. K. Zhukov
Capitán general de artillería N. N. Voronov
Capitán general A. M. Vasilevski

Frente de Stalingrado — Capitán general A. I. Yeremenko
N. S. Jruschov

62º EJÉRCITO — General V. I. Chuikov
Divisiones de fusileros: 13ª de guardias (A. I. Rodimtsev), 37ª guardias (V. G. Zhodulev), 39ª de guardias (S. S. Guriev), 45ª, 95ª (V. A. Gorishni), 112ª, 138ª (I. I. Liudinov), 193ª (F. N. Smejotvorov), 196ª, 244ª, 284ª (N. F. Batiuk), 308ª (L. N. Gurtiev), 10ª División de fusileros de la NKVD (Rogatin).
Brigadas de infantes de marina: 92ª
Brigadas especiales: 42ª, 115ª, 124ª, 149ª, 160ª
Brigadas de tanques: 84ª, 137ª, 189ª

64º EJÉRCITO — General M. S. Shumilov
Divisiones de fusileros: 36ª de guardias, 29ª, 38ª, 157ª, 204ª
Brigada de infantes de marina: 154ª
Brigadas especiales: 66ª, 93ª, 96ª, 97ª
Brigadas de tanques: 13ª, 56ª

57º EJÉRCITO — General F. I. Tolbujin
Divisiones de fusileros: 169ª, 422ª
Brigada especial: 143ª
Brigadas de tanques: 90ª, 235ª

★ 13º cuerpo mecanizado (T. I. Tanashchishin)

5Iº EJÉRCITO — General N. I. Trufanov
Divisiones de fusileros: 15ª de guardias, 91ª, 126ª, 302ª
Brigada especial: 38ª
Brigada de tanques: 254ª

★ 4º cuerpo mecanizado (V. T. Volski)
★ 4º cuerpo de caballería (Shapkin)

28º EJÉRCITO
Divisiones de fusileros: 34ª de guardias, 248ª
Brigadas especiales: 52ª, 152ª, 159ª
Brigada de tanques: 6ª de guardias

Reserva del frente de Stalingrado: 330ª división de fusileros, 85ª brigada de tanques.

8º EJÉRCITO DEL AIRE — General T. T. Jriukin

Frente del Don

66º EJÉRCITO — General A. S. Zhadov
Divisiones de fusileros: 64ª, 99ª, 116ª, 226ª, 299ª, 343ª
Brigada de tanques: 58ª

24º EJÉRCITO — General I. V. Galanin
Divisiones de fusileros: 49ª, 84ª, 120ª, 173ª, 233ª, 260ª, 273ª
Brigada de tanques: 10ª

16º cuerpo de tanques

65º EJÉRCITO — Teniente general P. I. Batov
Divisiones de fusileros: 4ª de guardias, 27ª de guardias, 40ª de guardias, 23ª, 24ª, 252ª, 304ª, 321ª
Brigada de tanques: 121ª

16º EJÉRCITO DEL AIRE — General S. I. Rudenko

Frente Sudoeste

21º EJÉRCITO — General I. M. Christiakov
Divisiones de fusileros: 63ª, 76ª, 96ª, 277ª, 293ª, 333ª
Regimientos de tanques: 1º, 2º, 4º de guardias

★ 4º cuerpo de tanques (A. G. Kravchenko)
★ 3er cuerpo de guardias de caballería (P. A. Pliev)

5º EJÉRCITO DE TANQUES — General P. L. Romanenko
Divisiones de fusileros: 14ª de guardias, 47ª de guardias, 50 de guardias, 119ª, 159ª, 346ª

★ 1er cuerpo de tanques (V. V. Butkov)
★ 26º cuerpo de tanques (A. G. Rodin)
★ 8º cuerpo de caballería

1er EJÉRCITO DE GUARDIAS — General D. D. Leliushenko
Divisiones de fusileros: 1ª, 153ª, 197ª, 203ª, 266ª, 278ª

Reservas del frente: 1er cuerpo mecanizado de guardias

2º EJÉRCITO DEL AIRE

17º EJÉRCITO DEL AIRE General S. A. Krasovski

★ Formaciones de la primera oleada de ataque para la operación Urano.

Apéndice B

El debate estadístico: El número de hombres del VI ejército en el *Kessel*

La diversidad de cifras citadas en referencia al número de hombres del VI ejército sitiado en Stalingrado requiere como mínimo un intento de esclarecimiento. Las estimaciones del número de hombres del VI ejército en el *Kessel* el 19 de noviembre de 1942 varían mucho, debido principalmente, al parecer, a que había tantos rusos incorporados a las filas del VI ejército que habían sido incluidos en el número de raciones alemanas sin ser citados por separado. Algunas de las cifras de Manfred Kehrig, el autor de *Stalingrad: Analyse und Dokumentation einer Schlacht*, el volumen magistral publicado en 1974 con los auspicios del Militärgeschichtlichen Forschungsamt, han sido sobre todo con estimaciones retrospectivas de la Wehrmacht (básicamente un intento de calcular a partir de los registros de personal el número de quienes ulteriormente habrían quedado acorralados dentro del *Kessel*), calcula la cifra de alemanes cercados en un mínimo de 195.000, los *hiwis* en 50.000 y los rumanos en 5.000, un total de 250.000 aproximadamente. Kehrig había calculado 232.000 alemanes, 52.000 *hiwis* y 10.000 rumanos, un total de 294.000 aproximadamente. Otro estudio más reciente estima un total de 268.900 el 18 de diciembre, de los cuales 13.000 eran rumanos e italianos, y 19.300 *hiwis*.

Este último desglose, que toma en cuenta la diferencia de las fechas y las cifras de bajas consiguientes, coincide bastante con el total compilado el 6 de diciembre por el *Oberquartiermeister* del VI ejército. Este «número de raciones del VI ejército en el *Kessel*» daba un total de 275.000 hombres, que incluía 20.300 *hiwis* y 11.000 rumanos. (Las fuentes del ejército rumano afirman que ellos tenían 12.600 hombres en el *Kessel*. Había también varios cientos de italianos). Si uno agrega a estas cifras los 15.000

hombres perdidos «sólo dentro del *Kessel*» entre el 21 de noviembre y el 6 de diciembre, esto significaría que casi 290.000 hombres fueron cercados en 22 de noviembre.

Todos los escritores están de acuerdo en que cerca de 25.000 heridos y especialistas salieron por vía aérea, pero hay mucha mayor incertidumbre sobre el número de los muertos o prisioneros. La verdad nunca será conocida, dado el caos después de la ofensiva soviética del 10 de enero de 1943 para aplastar el *Kessel*. Todo lo que se puede decir con cierta seguridad es que algo menos de 52.000 miembros del VI ejército habían muerto entre el 22 de noviembre y el 7 de enero, pero no se ha especificado cuántos de éstos eran *hiwis*. La cifra soviética de prisioneros capturados entre el 19 de noviembre y el 31 de enero, 111.465 así como 8.928 en hospitales, no especifica cuántos eran alemanes, ni (lo más importante) cuántos habían pertenecido a las tropas cercadas, a diferencia de aquellos capturados durante las operaciones Tormenta de Invierno y Pequeño Saturno.

La ofensiva soviética de la operación Anillo el 20 de enero de 1943 (sumada a los efectos de las enfermedades, el frío, la inanición, el agotamiento y las ejecuciones sumarias) hace pensar que las bajas experimentaron un fuerte ascenso (pueden haberse duplicado hasta cerca de 100.000, incluidos los *hiwis*). Tanto Kehrig como Overmans estiman que las bajas alemanas desde el 22 de noviembre hasta la rendición llegaron a cerca de 60.000. Naturalmente no hicieron ningún intento de estimar el número de *hiwis* que murieron durante la batalla. Unos sólo puede conjeturar que muy pocos salvaron la vida posteriormente.